JOCELYN GREEN
TRAS LA CORTINA DE HUMO
Libros de seda

© Double-Wide Design

Jocelyn Green es una autora que inspira fe y coraje con sus libros, muchos de ellos premiados y *best sellers*, tanto de ficción como de no ficción. Entre ellos se encuentran *The Mark of the King* o Tras la cortina de humo. Ha recibido reseñas destacadas en *Booklist* y en *Publishers Weekly*, y ha ganado el Premio Christy, la medalla de oro de la Military Writers Society of America y el Premio Golden Scroll de la Advanced Writers and Speakers Asociation. Se graduó por la Universidad de Taylor, en Upland, Indiana, en Inglés, con énfasis en escritura. Le encantan la comida mexicana, los musicales de Broadway, los pasteles, el color rojo y leer junto a una taza de té. Vive con su marido Rob y sus dos hijos en Cedar Falls, Iowa.

Tras un cúmulo de reveses, un gran incendio acaba por quemar lo poco que Meg y su hermana tienen. Sin amigos, sin dinero y con un padre acusado de asesinato, ¿qué les queda? ¿A quién pedir ayuda?

Meg y Sylvie Townsend llevan la librería de la familia y también se ocupan de su padre, Stephen, un veterano de la Guerra Civil americana que arrastra secuelas, no solo físicas, sino mentales. Para colmo, el gran incendio de Chicago hace que pierdan su librería. Y no solo eso, sino que acaban separadas de su padre y Meg se quema las manos al intentar salvar de las llamas lo poco que tienen, con la ayuda de Nate Pierce, un reportero del Chicago Tribune. Para cuando las llamas se apagan y el humo desaparece, ambas hermanas consiguen reunirse con Stephen, pero descubren que el amigo que las ha ayudado ha muerto durante el incendio y, lo peor: que ha sido asesinado. Para colmo de males, su padre es acusado del crimen y enviado al psiquiátrico de Cook County.

Sin casa, sin empleo y con su hermana herida, Meg se ve en la obligación no solo de recomponer su vida, sino también de demostrar la inocencia de su padre antes de que este acabe loco de verdad en el manicomio.

Tras la Cortina de Humo

Tras la cortina de humo

Título original: *Veiled in Smoke*

Copyright © 2020 by Joscelyn Green
Originally published in English under the title:
Veiled in Smoke
by Bethany House Publishers,
a division of Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.
All rights reserved

© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com
Diseño de cubierta: Nèlia Creixell
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Books and Chips
Imagen de cubierta: © Ilina Simeonova/Trevillion Images (jóvenes abrazadas); Michael Gaida/Pixabay (fondo)

Primera edición digital: marzo de 2022

ISBN: 978-84-17626-62-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

JOCELYN GREEN

TRAS LA CORTINA DE HUMO

Libros de seda

A todos aquellos heridos por la
pérdida y el dolor.
Que Dios os traiga belleza de entre
las cenizas.

«La fortaleza, si la tenemos, es algo
que no
radica en nosotros mismos; es un
don».

Charlotte Brontë

Capítulo 1

Chicago, jueves, 28 de septiembre de 1871

El padre de Meg había desaparecido. Otra vez.

Se quedó parada en el cuarto vacío tan solo un momento, tratando de pensar. Los grillos cantaban al otro lado de las ventanas abiertas y la luz de la luna se derramaba sobre la cama deshecha. Seguro que no habría ido muy lejos.

Un golpe de viento cerró la puerta. Con creciente temor, abrió el cajón superior del escritorio de Stephen y lo halló vacío. «Oh, no».

Enfilaba a toda prisa el pasillo de su apartamento en la segunda planta cuando se topó con su hermana, Sylvie, que salía de su propia habitación, con el oscuro cabello recogido en una trenza que le bajaba por la espalda. Tenía veintiún años, era dos años menor que Meg, aunque al tener el ceño fruncido se adivinaban los pesares de alguien mucho mayor.

—Acabo de oír un portazo. ¿Se ha ido? —preguntó Sylvie.

—Y lleva la pistola.

Meg corrió a la escalera exterior del edificio. Notó el frío del metal en la piel conforme subía descalza; una mano pálida sobre la barandilla, la otra levantándose el bajo del camisón mientras el aire húmedo soplaba a su alrededor.

—¡Espera! —gritó Sylvie desde abajo, pero Meg no aflojó el paso hasta que alcanzó el descansillo que quedaba a medio camino entre la tercera planta y la azotea. Las escaleras temblaron cuando Sylvie echó a correr tras ella—. ¡Espera!

Con los ojos desorbitados y sin aliento, alcanzó a Meg y la agarró

del brazo.

—¡Shhh! —susurró al tiempo que apuntaba por encima de ellas. Stephen caminaba por la azotea, tan larga como el edificio, patrullando a fin de proteger la propiedad de unos peligros que solo él imaginaba—. No lo asustes. Tengo que convencerlo para que entre antes de que nadie más lo vea.

—¡No, por favor!

Con una fuerza inusitada, Sylvie tiró de su hermana hasta que ambas se sentaron en el descansillo, dando la espalda a los ladrillos, que les arañaban los camisones de algodón que llevaban. Abajo, en la calle, se veían las farolas, rodeadas de pálidas coronas de luz.

—¿Qué vas a hacer? —musitó Meg. Al otro lado de la pared se encontraba el apartamento de la tercera planta, que alquilaban a James y Flora Spencer. La joven esperaba que los viejos inquilinos no se despertasen.

—Escúchame. —La punta de la trenza de Sylvie se mecía con el viento que gemía alrededor del edificio. Clavó los dedos en el brazo a su hermana.—. Tú lo recuerdas como era antes de la guerra, antes de que Andersonville lo cambiara. Yo lo conozco tal y como es ahora. Es impredecible, Meg. No te acerques a él. Ojalá nuestra madre no lo hubiera hecho.

A Meg la voz se le quedó atrapada en un duro nudo en la base de la garganta. Tragando saliva, se obligó a hablar:

—Estaba enferma, y jamás debió salir de la cama.

Sylvie tensó la mandíbula y resopló.

—Según lo cuentas, se diría que ella tuvo la culpa.

A Meg se le escapó el cabello, rubio, de la trenza, y le azotó el rostro.

—Si alguien tuvo la culpa, fui yo.

Aun enferma, la primera preocupación de Ruth siempre había sido su marido. Meg se había quedado dormida cuando le tocaba hacer guardia; de lo contrario, habría detenido a su madre y habría salido a buscar a su padre ella misma. Su madre se caló hasta los huesos aquella noche de tormenta, tratando de convencer a su marido para que bajase. Su débil salud no lo soportó. Jamás logró recuperarse.

—Con sus últimas palabras, me rogó que lo cuidase. Se lo prometí. Y eso es exactamente lo que trato de hacer.

Sylvie, con la barbilla apoyada en las rodillas, contempló la silueta oscura de la ciudad. Los murciélagos se entrecruzaban por delante de la luna. Algunos bloques más allá se oían voces *in crescendo*, lo que indicaba que un grupo salía de un espectáculo musical, teatro o

taberna. Al oírlo, su padre se puso más nervioso y, sin dejar de caminar, comenzó a farfullar para sí.

Sylvie le asió la mano a Meg.

—Creo que necesita ayuda.

—Estoy de acuerdo. Antes de que haga daño a alguien.

Una tenue luz titiló tras la ventana del apartamento de James y Flora. Meg comenzó a ponerse en pie.

—No. —Sylvie tiró de su hermana para impedir que se levantase—. No me refiero a nuestra ayuda, sino de otro tipo. —Esperó a que la voz de su padre se alejase hacia el otro extremo de la azotea—. Creo que necesita más de lo que nosotras podemos brindarle.

—¿Qué quieres decir?

—Han pasado seis años y sigue sin ser él.

—No está loco —siseó Meg.

—No he dicho que lo esté. Pero tampoco está bien. Es hora de que nos planteemos algún tratamiento.

—Tratamiento. —Meg sintió cómo la frustración la atravesaba—. Eso es lo que hacen en el sanatorio. No. Nuestra madre nunca habría querido algo así para él.

—Nuestra madre no está aquí. Ya hace dos años que no está.

—Bien, entonces soy yo quien no lo quiere.

La voz de Stephen, flotando sobre sus cabezas, comenzó a oírse más fuerte. Al cambiar de sentido, unas astillas alquitranadas de madera de la azotea cayeron escaleras abajo y aterrizaron en su regazo. Su padre se estaba acercando demasiado al borde. El corazón de Meg latía con fuerza. ¿Y si resbalaba, con el dedo en el gatillo de la pistola?

Por debajo de ellos, un perro ladró y, al echar a correr por el callejón cubierto de hojas, empujó una caja llena de latas. Dos caballeros se hicieron a un lado y casi cayeron antes de soltar una risa beoda y despedirse ante la puerta del hotel Sherman House, que compartía edificio con la librería que la familia de Meg poseía en la planta baja.

Tenía la piel húmeda de sudor y, con el viento helado, se estremeció.

—Después de haber pasado tanto tiempo en un campo de prisioneros, ¿cómo crees que reaccionaría si lo encerrasen en un manicomio? —Una nube pasó por delante de la luna—. No irá —concluyó, poniéndose en pie sin esperar respuesta de su hermana.

—¿Quién anda ahí? —Stephen apretó el paso hacia ellas—. ¡Da la cara!

Sin inmutarse, Meg lo llamó.

—¿Padre? Soy yo, Meg. No pasa nada.

—¿Meg?

—Sí, somos Meg y Sylvie. Estamos en la escalera. No hay nadie más.

El hombre caminó con rigidez hasta el borde del edificio y miró hacia abajo.

—¿Qué diantres hacéis ahí? —exclamó, con el brillo del revólver Colt del ejército en la mano—. Soy yo quien ha de montar guardia, no vosotras.

—Deje la pistola —respondió Meg, con voz calmada—. No hace falta. Entre en casa.

La luz de la luna se reflejó en los ojos de Stephen.

—No puedo entrar. He de montar guardia.

En el momento en que Meg comenzó a subir las escaleras, Sylvie tiró de ella y masculló:

—Ni se te ocurra. No subas ahí.

Atrapada entre el miedo de su hermana y la paranoia de su padre, Meg notó que se le tensaban los hombros. ¿Cómo iba a cuidar de uno sin dejar de lado al otro? No era de extrañar que su madre hubiera sufrido hemorragias nasales crónicas desde que su padre volvió a casa.

Alzando la cabeza, Meg trató de razonar con él.

—Hace muchísimo viento ahí arriba. Estamos cansadas y queremos irnos a casa. Vámonos los tres. Cuando hayamos llegado, cerramos la puerta y ya está.

No obtuvo sino silencio por respuesta. Pasado un buen rato, la escalera tembló con los pesados pasos de su padre. Meg sabía que no era el momento de abrazarlo, pues el contacto ya no lo reconfortaba. Daba igual: en aquel momento, más que sentir afecto estaba irritada. Y se había dado cuenta de que la compasión no era infinita.

—Se han llevado a John. —Echó la vista tras de sí antes de mirar abajo, inspeccionando los alrededores con el rostro teñido de preocupación—. Hoy he recibido una carta en la que dicen que lo han sacado de casa y lo han encerrado. Dicen que estará a salvo, pero no es cierto, ¿sabéis? No está bien. Se han llevado a John.

—Tiene que descansar —le dijo Sylvie—. Vamos adentro.

El hombre resopló.

—No estoy cansado —afirmó antes de bajar la voz—. El mal acecha, lo sé. John debió de bajar la guardia; si no, jamás lo habrían atrapado. A mí no me pillarán desprevenido. No volverán a encerrarme. Por mi vida que no.

—Claro que no, padre. —A Meg se le pegaba el polvo a la piel con

cada golpe de viento—. Vámonos a casa.

El hombre se acarició la barba, pensativo.

—Padre, por favor —musitó Sylvie, frotándose los brazos.

Antes de que obtuviera respuesta, la campana de incendios sonó desde la cúpula de los juzgados, atrayendo su atención.

—No pasa nada —terció Meg—. Mire a su alrededor, padre: no hay ningún peligro a la vista. Será algún pequeño incendio en alguna parte. Ya sabe que el vigía tiene la obligación de tañer la campana cada vez que se llama a los bomberos desde cualquier punto de la ciudad.

Había crecido oyendo la campana sin prestarle atención, aunque últimamente sonaba con más frecuencia que nunca debido al verano seco y a los vientos fuertes que llegaban desde las praderas. Pero el número de toques indicaba en qué lugar de la ciudad se hallaba el incendio, por lo que sabían que se encontraban lejos del peligro.

Aun así, cada uno de los tañidos de la enorme campana añadía más desesperación al semblante de Stephen.

—Meteos en casa, muchachas —dijo al cabo de un rato—. El mal acecha. Lo sé. No me pillará desprevenido.

Sylvie corrió escaleras abajo, Stephen regresó a la azotea y Meg se quedó en medio, con los brazos extendidos tratando de alcanzarlos y las manos vacías.

❋❋❋

Viernes, 29 de septiembre de 1871

A Meg le costaba admitirlo para sí, cuanto más ante Sylvie, pero más allá de impedir que encerrasen a su padre, no tenía idea de cómo aplacar su mente y su espíritu. Era un pensamiento incómodo que solo podía obviar si trabajaba, pues entonces podía perderse en aquello que sí sabía hacer.

Así, en el rincón suroriental de la librería familiar, flanqueada por el escaparate, Meg estrujó los tubos metálicos de pintura para depositarla en la paleta; luego añadió una porción de disolvente en el centro. Notó que la tensión de los hombros se aliviaba cuando empezó a mezclar los colores.

—Las diez. Espero que hoy haya más movimiento del que hemos tenido esta semana —dijo Sylvie al tiempo que abría la puerta delantera y daba la vuelta al cartel para anunciar que la librería Rincón de Libros y Más estaba abierta.

Meg echó un vistazo al bullicio de la calle. Desde la posición estratégica de la librería en la esquina de las calles Randolph y Clark, alcanzaba a ver en diagonal toda la plaza del Palacio de Justicia. Coches de caballos, carros y carretas traqueteaban por el adoquinado de pino de la calle. Damas ataviadas con elegantes faldas y corpiños y hombres de traje amplio se apeaban todos a la vez de un tranvía para alcanzar las aceras elevadas de madera. En Chicago vivían más de trescientas mil almas. Que al menos el uno por ciento, una pequeña fracción, pensara en comprar un libro no era una esperanza vana.

—Aún tenemos la renta de los inquilinos —le recordó Meg a su hermana—. Y si Beth y Rosemary no nos visitan hoy, tendrás más tiempo para dedicárselo a los clientes.

Las dos mejores amigas de Sylvie, de cuando iba al colegio, eran simpáticas, pero más les valía no distraer a la joven mientras trabajaba. Con que las tres se vieran en la iglesia debía ser suficiente, o en la panadería de Hoffman, situada al final de la manzana, y en casa de Beth y Rosemary.

—Si tus amigas vinieran a verte, yo no las echaría —respondió Sylvie, tensa.

Pero eso era harto improbable, y ambas lo sabían. Las pocas amigas de Meg estaban casadas, atadas al hogar por las cintas del mandil. Tenían maridos e hijos que atender. Meg tenía la tienda y a su padre, y ya se había olvidado de sus sueños de juventud. Había aceptado que la guerra se había llevado a muchos jóvenes y que, sea como fuere, cuidar de su padre era su obligación. Ni marido ni hijos propios.

Resuelta, Meg se volvió hacia su retrato de Margaret Hale, la heroína de *Norte y sur,* de Elizabeth Gaskell. Cuando hubiera acabado de leérselo, Margaret pasaría a formar parte de la docena de personajes favoritos que colgaban de las paredes de la librería. Los clientes no solo acudían a comprar libros, sino a ver qué personaje estaba pintando Meg en ese momento, motivo por el que tan a menudo lo hacía allí y no en su estudio del piso superior. Incluso había llegado a vender algunos de aquellos retratos, aunque no tantos como le hubiera gustado.

Tras mezclar un poco de disolvente con la pintura, frotó el fondo del lienzo. Estaba tan concentrada que no se percató de que alguien había entrado en la librería hasta que lo vio junto a ella.

—¡Buenos días, querida!

Apoyado en el bastón, Hiram Sloane quedaba a la altura de la joven, pues los años le habían encorvado los hombros ocultos por una levita de espiga marrón. Durante años había desempeñado el papel de

amable tío de Meg y Sylvie, y de guardián de la familia mientras su padre estuvo en la guerra.

—Mi padre se alegrará de verlo —le dijo Meg. Los dos hombres se habían conocido en una reunión abolicionista diez años antes de que estallara la Guerra Civil. Habían entablado amistad enseguida y quedaban una y otra vez para departir sobre convicciones compartidas, noticias o literatura. Aquel era el único amigo que le quedaba a Stephen—. Creo que está en el jardín trasero.

—Hace un día estupendo para estar al sol. Habría venido andando si mi cochero me lo hubiera permitido.

—En tal caso, Eli tiene más juicio que usted —se rio Meg, quitándole hierro a sus palabras.

La casa de Hiram quedaba a cuatro kilómetros al sur. No solo estaba demasiado lejos para que alguien de la edad de Hiram recorriera la distancia a pie, sino que el último verano lo había intentado tres veces y se había perdido. Gracias a Dios que no había terminado en alguno de los barrios de perdición de la ribera del río. En cada ocasión, un policía lo había llevado de vuelta a casa antes de que corriese peligro.

—Sí, Eli. —Por el modo en que repitió el nombre, Meg vio que trataba de guardarlo en la memoria una vez más—. Muy bien. Iré a ver a tu padre una vez le haya presentado mis respetos a tu hermana —concluyó antes de adentrarse en el establecimiento.

Algunos viandantes se detuvieron ante el escaparate a contemplar cómo Meg difuminaba el fondo con una gran brocha de cerdas planas. Sus pensamientos, sin embargo, seguían junto a su padre, quien tendría que haber estado inclinado sobre su mesa de trabajo en la parte trasera, reparando la encuadernación rota de alguna primera edición singular. Antes de la guerra, se enorgullecía y disfrutaba sobremanera reparando lo que estaba roto, restaurando y renovando antiguos tesoros. Ahora ya no siempre era capaz de concentrarse lo necesario. Meg inhaló los aromas del aceite de linaza y la trementina antes de exhalar con lentitud. Por fin había relegado sus preocupaciones al último rincón de la mente cuando la puerta volvió a abrirse.

Algunas hojas secas penetraron en el establecimiento, aplastadas por un par de zapatos agrietados por el uso, aunque lustrados. Su dueño consultó el reloj y se lo guardó en el chaleco antes de quitarse el sombrero hongo. El cabello castaño le rozaba el cuello del traje color canela.

Sylvie dejó a Hiram y se acercó al cliente con un frufrú de la falda

tableada.

—Señor Pierce, qué placer verlo por aquí.

El hombre hizo una leve reverencia antes de subirse los anteojos hasta el puente de la nariz.

—Una vez más, gracias por invitarme a venir.

—Un placer. Esta es mi hermana, Meg. Meg, este es el señor Nathaniel Pierce, del *Chicago Tribune*. Lo conocimos el domingo en el Hogar del Soldado.

—Encantado de conocerla —dijo el señor Pierce, mirando fijamente a Meg.

La joven le dedicó una sonrisa al tiempo que lo evaluaba desde la perspectiva del artista, tomando nota del tono exacto de azul de sus ojos, las proporciones de su esbelta silueta, el brillo del sol en su cabello y los dedos largos y finos, con una mancha de tinta en uno de ellos.

—Mi hermana puede ayudarlo a encontrar lo que necesite. O a quien necesite, dado el caso. A David Copperfield, ¿quizá? ¿O a la escurridiza Moby Dick?

El hombre elevó una de las comisuras de los labios, al tiempo que se pasaba la mano por los dos remolinos que tenía en la coronilla.

—A Stephen Townsend, si no le importa. Por si la señorita Sylvie no se lo ha contado, estoy preparando un artículo sobre los héroes de guerra de Chicago y me gustaría recopilar las experiencias de su padre.

—Un artículo. —Tragándose la sorpresa que había asomado a su voz, Meg soltó la brocha y se acercó al hombre haciendo crujir la muselina de su falda verde manzana—. ¿Ahora? ¿Seis años tras el fin de la guerra?

—Diez años tras el comienzo. Un buen momento para la reflexión, ¿no cree?

Qué privilegio que algunos pudieran esperar tanto antes de plantearse el coste de la contienda, cuando ella y Sylvie no habían podido escapar de las consecuencias.

—Hizo diez años en abril. Llega un poco tarde, ¿no le parece?

—Desde entonces he estado escribiendo regularmente sobre nuestros veteranos. —El señor Pierce la miró como si tuviera ganas de decirle que lo sabría si leyera el periódico—. Solo continúo con la serie.

Hiram se les unió con el ceño fruncido.

—Conque escribiendo sobre la guerra, ¿eh, joven? Vaya, pues si le soy de ayuda, aquí me tiene. Trabajé como guardián en la prisión de

Camp Douglas, en la zona sur de la ciudad. Lo recuerdo bien.

Ahí tenía razón. Era todo lo sucedido tras la guerra lo que últimamente parecía escapársele a Hiram de la memoria.

Mientras los dos hombres charlaban, Meg arrastró a Sylvie hacia el mostrador. Sobre él descansaba el ejemplar de *Mujercitas* de su madre, que la menor de las hermanas debía de estar leyendo. No solo contenía las notas al margen de la madre, sino también la fotografía que su padre se había hecho al alistarse. La preciada imagen mostraba a Stephen tal y como era antes de que la guerra lo cambiara. Él se negaba a verla, pero sus hijas no se habrían separado de ella por nada del mundo.

Meg miró al reportero antes de volver la vista hacia su hermana.

—¿Qué es exactamente lo que habéis acordado?

—Nada malo. El señor Pierce estaba recopilando historias en el Hogar del Soldado la semana pasada cuando fui a entregar unos libros. En cuanto se enteró de lo de nuestro padre, me pidió entrevistarlo y accedí.

—Para un artículo del periódico. Él apenas habla con nosotras de la guerra. ¿Qué te hace pensar que va a hacerlo con un desconocido?

—¿Por qué no? —Sylvie se enderezó el camafeo que llevaba al cuello—. Quiero que todo Chicago se entere de los sacrificios que hizo por la ciudad. Por el país. Mira —dijo señalando el ventanal del escaparate—. Toda esa gente a su aire, como si no hubiera pasado nada. Esta ciudad se hizo rica a costa de la guerra, asquerosamente rica, mientras que los soldados dieron la vida, perdieron la integridad física o volvieron a casa con el alma rota y sin esperanza de recuperación.

Meg sintió una opresión en la garganta.

—Nuestro padre aún puede curarse. Únicamente necesita tiempo, paciencia y amor.

Tal era la convicción que su madre le había inculcado antes de morir. Tan solo esperaba que su voz sonase tan confiada como sus palabras.

Sylvie apartó la vista.

—Ha tenido tiempo, amor y paciencia. Pero quizá también podría mostrar un poco más de respeto. Y podría ayudar en la tienda. Nos hace falta. Podríamos atraer nuevos clientes de otras partes de la ciudad que quisieran patrocinar el establecimiento de un veterano. Un artículo es nuestra mejor oportunidad de conseguirlo.

—¿Quieres explotar a nuestro padre para obtener ganancias?

—Disculpe —terció el señor Pierce en la discusión, con Hiram aún a

su lado—, pero yo no exploto a nadie.

—Nuestro padre... —Meg se detuvo antes de decir que era distinto a los demás veteranos. Que era fácil de explotar, que los niños ya se mofaban de él. Que arrojaban cortezas de pan y corazones de manzana por la valla del jardín trasero de los Townsend para reírse cuando Stephen se apresuraba a recogerlos. Alzó el mentón y volvió a empezar—: Nuestro padre sobrevivió a Andersonville.

—Justo por eso hay que difundir su historia.

Hiram golpeó el suelo con el bastón.

—¡Claro que sí! Muchachas, vuestro padre es un hombre adulto. Dejémosle la cuestión a él, ¿os parece? Concedámosle la dignidad de que lo decida él mismo.

Sylvie suavizó el ceño fruncido y la arruga que lo dibujaba desapareció.

—Yo me haré cargo de la tienda.

Aceptando la derrota, Meg dejó a medias lo que estaba pintando y condujo a los hombres hacia la única tarea en la que no parecía capaz de progresar.

❋❋❋

No era cierto, Meg se había percatado años atrás: el fin de la guerra no implicaba el fin del sufrimiento. Se había dado cuenta a los diecisiete años, mientras esperaba abrazada a su madre y su hermana el regreso de su padre en el andén de la estación. Las locomotoras siseaban, los silbatos pitaban, las gentes pisaban el suelo cubierto de hollín. Medio mareada por la anticipación, había estirado el cuello buscando su silueta y su rostro. Pero el desconocido que acabó por abrirse paso hasta ellas no se parecía en nada a Stephen Townsend. Se le veía demacrado, cubierto de costras, y el aliento le apestaba a enfermedad. Hasta su voz parecía apagada. Del hombre que recordaban solo quedaban los ojos, pero se veían tormentosos y torturados.

Aquella noche, de vuelta en casa, en lugar de retomar su puesto a la cabecera de la mesa, había dejado la silla vacante y había preferido sentarse en otro lugar. Cuando Meg le había señalado el asiento vacío que llevaba cuatro años esperando su regreso, había respondido: «El hombre que se fue no es el hombre que ha vuelto. Lo lamento. Sé que es una desilusión. Yo también lo siento así».

Meg se preguntó si también desilusionaría a Nathaniel Pierce. Aunque las huellas que había dejado en él la inanición habían desaparecido, seguía con mala cara, llevaba la barba mal cortada y

tenía los ojos siempre alerta. Estaba acuclillado en el extremo más alejado del jardín, con las rodilleras del pantalón brillantes por el desgaste, y eso que tenía un armario repleto de pantalones que podía ponerse. Llevaba una cantimplora colgada de la cadera. Al ver que se acercaban, los detuvo alzando una mano antes de señalar el motivo.

Bajo un tilo desnudo, un perro callejero devoraba la tarta de arándanos que la noche anterior Meg había traído de la pastelería. Esparcidas entre las hojas muertas se veían las migajas de lo que imaginó había sido una barra de pan.

Meg contempló la escena con impotencia, flanqueada por Hiram y el señor Pierce. Acabado el festín, el animal errante se escabulló por un agujero en la valla de madera. El aire era cálido y seco como el polvo, pues desde julio no caía una gota de lluvia.

—Padre. —Meg se acercó con cuidado de esquivar las marcas que el hombre había dibujado en el suelo, mientras Hiram aguardaba atrás con el señor Pierce—. El pan y la tarta eran para nosotros —susurró.

—Tenía hambre. Ningún hombre ni animal debería conocer el hambre. Si una criatura se me acerca pidiendo comida y puedo dársela, lo haré. Siempre.

Viendo la compasión y la amabilidad de su acto, Meg asintió, aunque se preguntó si el reportero lo interpretaría igual que ella.

Stephen se pasó la mano por la barba castaña, moteada de toscas hebras grises a pesar de que tenía más de cuarenta y cinco años.

—¿Quién es el hombre que está con Hiram?

—Se llama Nathaniel Pierce y es periodista del *Tribune*. Sylvie lo conoció en el Hogar del Soldado. Desea conocer sus experiencias durante la guerra para una serie de artículos que está escribiendo sobre los veteranos de Chicago. Si quiere, se lo presento —dijo Meg, confiriendo a la última frase la entonación de una pregunta.

—¿Quiere información? —Stephen lo observó con los ojos entrecerrados. Al cabo de un rato, dijo—: Veamos qué quiere.

Caminó hasta los dos hombres con paso torpe por el continuo dolor de las articulaciones.

—¡Stephen! —Hiram le estrechó la mano—. Este joven desea conocer lo que tengas que decir sobre Andersonville. Dice que publicará en ese periódico suyo lo que quieras que la ciudad sepa al respecto.

—Será un honor, señor —confirmó el señor Pierce, tendiéndole la mano.

Stephen lo evitó y se llevó a Hiram a un aparte. El señor Pierce dio un paso atrás para permitirles mayor privacidad. Meg le ofreció una

débil sonrisa a modo de disculpa. En la tercera planta se entreabrió una ventana, por lo que imaginó que los Spencer estarían oyéndolo y observándolo todo.

—¿Quién es este hombre en realidad? —le susurró Stephen a Hiram —. ¿Qué sabemos de él?

Este le asió el brazo y trató de convencerlo.

—Es un reportero, amigo mío. Solo quiere escuchar tu testimonio.

Gracias a Dios que tenían a Hiram Sloane. Disiparía las sospechas de Stephen de un modo imposible para ella, puesto que su padre la consideraba una ingenua. Si Meg hubiera nacido varón en lugar de mujer, tal vez habría tenido en cuenta su opinión. Si hubiera sido un muchacho, habría ido a la guerra y luchado junto a él. En cambio, era una hija que había necesitado de tiempo y atención adicionales en la infancia, y aún la consideraba «delicada». Si tal adjetivo implicaba que era una persona frágil, se equivocaba.

—La decisión es tuya, por descontado —añadió Hiram—. Pero yo me fío de él. Está dispuesto a oír lo que tengas que decirle. Algunos lo considerarían un verdadero regalo.

Hiram no era consciente de que él sí le hacía un regalo cada vez que iba a visitarlo y escuchaba las mismas anécdotas una y otra vez con igual atención, como si fuera la primera ocasión en que las oía. Aunque en su mente, así era.

El señor Pierce cambió el peso del cuerpo y se llevó el sombrero al corazón.

—En verdad sería un honor conocer los sacrificios que hizo y dárselos a conocer a nuestros lectores. Todos estamos en deuda con usted.

—¿Sirvió en el ejército? ¿O era demasiado joven para alistarse?

Las mejillas del reportero se tiñeron de un leve rubor.

—Cuando estalló la guerra, tenía veinte años. Era lo bastante mayor como para quedarme aquí y criar a mis tres hermanastros menores.

Meg reprimió un gesto de sorpresa. Si no era un veterano, ¿cómo iba a entender y a retratar a alguien como su padre?

—Puede que, después de todo, no sea una buena idea. Gracias por su tiempo —dijo, tocándole el codo al señor Pierce para darle a entender que era el momento de marcharse.

Stephen extendió una mano para detenerlos. Tenía las uñas llenas de tierra.

—¿Y sus padres?

—La epidemia de cólera del cincuenta y uno se llevó a mi madre, a mi padrastro y a numerosos vecinos.

Hiram chasqueó la lengua.

—Y usted tuvo que ocuparse de los niños.

—Lo mínimo que puedo hacer ahora es consignar historias como la suya —continuó el señor Pierce—. Y, siendo como es librero, seguro que entenderá la importancia de no dejar que la historia se pierda. Tenemos mucho que aprender de usted, señor.

Stephen enlazó la correa de la cantimplora con el pulgar y se encaminó hacia la parte trasera de la casa, como si reflexionara.

—Lejos de mí juzgar a un hombre por cuidar de los suyos. —Se aclaró la garganta—. Hablaré.

—Bien. Se lo agradezco.

Una sonrisa contenida dulcificó el rostro del señor Pierce. Volvió a ponerse el sombrero y preguntó si Stephen prefería celebrar la entrevista en algún otro lugar.

—Aquí está bien —respondió Stephen—. Está bien, sí.

El hombre extendió los brazos y, al girar en un lento círculo, levantó el polvo y se formó una nube entorno a sus botas. Meg siguió su mirada y vio a través de sus ojos aquello a lo que ya se había acostumbrado durante los últimos seis años.

Stephen había arrancado toda la hierba. Había un gran rectángulo que abarcaba la casi totalidad del jardín y en él una serie de estacas talladas en punta. Por dentro de dicha barrera había otro perímetro construido de igual manera. En el interior de este segundo rectángulo podía leerse escrito con filas de piedrecillas: LÍNEA DE LA MUERTE. Tres líneas rectas estaban marcadas como CALLE DEL MERCADO, CALLE DEL AGUA y CALLE SUR. La mitad meridional del rectángulo se veía atravesada por un profundo surco que Stephen había practicado con un cuchillo. Al verlo seco, se agachó y vertió agua de la cantimplora. ARROYO DE LA EMPALIZADA, rezaban las piedrecillas dispuestas a lo largo del reguero. Por dentro de la línea de la muerte había un sinfín de pequeños retales clavados en el duro suelo.

El hombre se puso en pie y tomó un sorbo de la cantimplora.

—Bienvenido a Andersonville.

Meg sintió cómo la aflicción le atenazaba el pecho, oprimiéndola un poco más con cada respiración. El mapa fielmente trazado y mantenido llevaba tanto tiempo formando parte del paisaje doméstico que había aprendido a enterrar su significado. Después de tantos años, y en una ciudad que se había enriquecido y prosperado a costa de la guerra, su padre aún no era libre de la prisión que lo había destruido.

Capítulo 2

Domingo, 1 de octubre de 1871

Sylvie no solía salirse con la suya frente a Meg. Ni siquiera le gustaba llevarle la contraria y prefería dejar que todos los conflictos de su vida se circunscribiesen a las páginas de los libros, donde se resolvían al llegar al último capítulo, o a las pulcras columnas de números, cuyos errores podían subsanarse con un cálculo cuidadoso. Así pues, que Meg hubiera accedido a que el señor Pierce escribiese sobre su padre en el periódico resultó aún más agradable al leer la semblanza publicada ese domingo en la edición matinal del *Tribune*. El artículo era todo lo respetuoso que había rezado para que fuese.

Siendo sincera, no obstante, la sensación de triunfo se había visto aplacada por las sorpresas que contenía. Sylvie sabía que Andersonville había albergado hasta doce mil prisioneros en una cárcel a cielo abierto. Lo que no podía imaginar era que, para evitar el deterioro mental, su padre había organizado una sociedad de oratoria con otros reclusos en la que debatían todo tipo de asuntos elevados, y eso a pesar de que todos allí se estaban muriendo de hambre.

No tenía ni idea de que «un hombre podía matar a otro por un cubo o un retal bajo el que protegerse del sol», como su padre había mencionado en el artículo. «Abordé a uno de estos canallas para impedir que le quitase un jarrillo de latón a un hombre enfermo y me rompió el brazo con una porra. No fue difícil: gozábamos de una salud muy precaria. Teníamos los huesos como algodón de azúcar».

Sylvie solo tenía trece años cuando apresaron a su padre. Desde entonces, las dos veces que escribió a casa, dijo que lo estaban

tratando bien.

Mentira.

Sabía poquísimo de lo que había pasado. Sabía poquísimo de su presente. Cuando esa misma mañana, antes de ir a la iglesia, le preguntó si quería leer el artículo, le respondió que no le hacía falta porque ya lo había vivido una vez y, por si fuera poco, seguía reviviéndolo en sueños.

—Debería saber que el señor Pierce le ha escrito un buen artículo —le dijo—. Incluso me he enterado de algunas cosas. Cosas que usted podría habernos contado.

El hombre bajó el mentón y no dijo más. A Sylvie le vino a la mente una frase de *Mujercitas*: «Papá no está con nosotras y eso no va a cambiar por una buena temporada».

En ese momento, sentada junto a Meg en el carruaje que Hiram les había enviado a los Townsend para llevarlos a cenar a su casa, miraba al complejo hombre que tenía enfrente.

Su padre separó los largos dedos, que tenía entrelazados sobre el regazo, para agarrarse al asiento de cuero, con los nudillos crispados, al tiempo que estiraba el cuello para otear los alrededores mientras traqueteaban rumbo sur por la calle Clark, con el río al oeste y el lago Michigan al este, aunque ninguno de ellos lo bastante cerca como para atisbarlos. Siempre, siempre estaba en guardia.

Era irónico que a ella ni la mirase.

No le importaba. Su padre no estaba bien. Pero aun cuando lo estaba, siempre le había dedicado mucho más tiempo a Meg que a ella.

Algo parecido al resentimiento vivía agazapado en lo más profundo de su ser, aunque le avergonzara admitirlo incluso ante sí misma, especialmente tras leer el artículo del *Tribune*. Pero durante esos días, su padre se podía pasar el día entero reparando la vallita que había construido alrededor de la réplica de Andersonville, Meg se pasaba horas con sus pinturas y ella se dedicaba a estudiar los libros de cuentas y los recibos, pensando en cómo seguir a flote, y eso a pesar de que era la más joven de la familia.

Un argumento irrelevante, además de egoísta. A sus veintiún años, tenía edad suficiente para llevar una casa y un negocio. Aunque a esas alturas, habría preferido que fueran los suyos.

Meneó la cabeza para ahuyentar tal pensamiento. Su hermana no se quejaba del riesgo cercano de convertirse en una solterona, así que ella tampoco debería hacerlo. La vida era más, mucho más que noviazgos y propuestas de matrimonio. Tanto mejor, ya que ningún

hombre había demostrado hasta entonces poseer la valentía suficiente como para pedir su mano a su padre.

Tenía la cabeza demasiado llena de Jane Austen, eso era todo. Lo que le hacía falta era algo más de las hermanas Brontë, o casi cualquier cosa de Dickens.

Se le escapó un suspiro y Meg le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Últimamente pareces muy cansada.

No podía negarlo.

—Espero que haya café en casa de Hiram.

—Eso y más —respondió su hermana con ilusión—. ¿Te he contado que su sobrino ha venido a quedarse con él? Debe de ser un joven encantador, si la mitad de lo que dice Hiram es cierto. Hoy cenará con nosotros. Ha venido a Chicago a estudiar Derecho.

—En tal caso, puede que la conversación sea tan estimulante como el café.

Sylvie esperaba que al menos los temas de conversación se salieran de lo habitual. Cualquier variación sería bienvenida.

Stephen, tamborileando con la punta del pie en el suelo del coche, sacó el reloj y lo abrió y cerró casi sin mirarlo. No llevaba bien conocer gente nueva, pero tratándose de un pariente de Hiram haría un esfuerzo.

Bajo el asiento, las ruedas del coche traqueteaban sobre las juntas alquitranadas entre los bloques de pino que pavimentaban la calle. Las farolas y fuentes públicas se fueron sucediendo hasta que Eli Washington condujo a los caballos por la avenida Prairie. A ambos lados, las ramas de los árboles se arqueaban hasta tocarse sobre el centro de la vía. A principios de verano solían formar un agitado dosel de sombra. En ese momento, las puntas desnudas arañaban el cielo.

Vallas de hierro forjado cercaban setos de boj y jardines sedientos en los que las hortensias cabeceaban con sus ramos de un bronce marchito. Los escalones del porche delantero, altos y amplios, se hallaban flanqueados por esculturas de leones y primorosos arbustos perennes en macetas de piedra. En las mansiones señoriales del vecindario despuntaban chimeneas, cúpulas y torrecillas.

El carruaje se detuvo en una entrada circular. La residencia de Hiram, construida en piedra arenisca, lucía una torre a la izquierda de un porche de columnas blancas, ventanas con sobradillo, puerta delantera doble y cubierta mansarda a modo de digna corona y tercera planta de la mansión. Hiram había hecho fortuna en el comercio de la madera antes de vender la mitad del negocio a su socio y retirarse.

—Cuidado al bajar, señorita Margaret —dijo Eli, al tiempo que con

una mano de gruesos nudillos ayudaba a apearse a Meg y luego a Sylvie, seguidas de Stephen.

—Eli —dijo Sylvie—, ¿cree que Hiram estará... esperándonos?

Era tradición almorzar con Hiram el primer domingo de cada mes, pero el anciano estaba perdiendo la capacidad de seguir la cuenta de los días. Y el mes anterior habían tenido que prescindir del almuerzo, pues había pasado la gripe.

Eli sonrió y las arrugas de su rostro de ébano se ahondaron.

—Todos, tanto el personal del señor Sloane como yo, hemos hecho lo posible para que supiera que ustedes iban a venir. ¿La verdad? Estamos deseando recibirlos tanto como él. Así la cocinera y la señorita Dressler tienen un fin al que dedicar sus atenciones.

Sylvie sonrió. Helene Dressler, el ama de llaves, era una mujer formidable, con un corazón tan grande como su amplio talle.

—Solo puedo imaginar cómo serán los preparativos para la visita del sobrino de Hiram.

—Habría sido digno de ver si hubieran sabido cuándo tenía prevista la llegada. El señor Sloane debió de organizarlo y luego se olvidó de comunicárselo al personal. Diría que él mismo lo olvidó hasta que el señor Jasper apareció en la puerta hace un mes. Pero nos arreglamos bien, como siempre. El señor Jasper se pasa la mayor parte del tiempo en la universidad o estudiando.

Una vez dentro, condujeron a los Townsend entre las palmeras del vestíbulo hasta la sala de recepción para esperar a su anfitrión. Stephen caminaba entre las paredes revestidas de madera. Meg se quitó los guantes tirando de las puntas y se los guardó en el ridículo antes de ponerse a estudiar el mosaico de estilo italiano suspendido sobre la chimenea mientras Sylvie, sentada en una butaca de cuero, acariciaba con los dedos los remaches de bronce que pespunteaban el borde del asiento.

Las puertas corredizas de nogal se abrieron y Hiram entró del brazo de un hombre de agudos y escrutadores ojos verdes y cabello rizado del color del pino y el roble.

—¡Ya iba siendo hora de que me hicierais una visita! —exclamó Hiram, sonriente—. Llevaba semanas sin veros, amigos míos.

Sylvie sintió un peso en el estómago al levantarse, pero no lo corrigió.

—Este es el nieto de mi hermana, que Dios tenga en su gloria, y mi único pariente vivo. Mi sobrino nieto —dijo alzando la vista hacia el joven, haciendo un esfuerzo evidente con la mirada.

—Jasper Davenport —se presentó el sobrino.

Los afilados pómulos se le marcaban bajo la piel, aunque al esbozar una sonrisa cortés le salió un hoyuelo en la mejilla izquierda que suavizó su expresión.

—Jasper, te presento a... —Hiram carraspeó y lo intentó de nuevo —. A esta excelente familia, a los que considero como si fueran la mía propia. Los conozco desde que este buen hombre abrió su librería, cuando estas jovencitas no levantaban ni un palmo del suelo.

Stephen se presentó antes de añadir:

—Y estas son mis hijas, Margaret y Sylvie.

—Eso. —Una sombra de fastidio atravesó el rostro de Hiram al oír sus nombres. Era la primera vez que no lograba recordarlos, y se notaba que le daba rabia. Levantó la barbilla con decisión—. ¿Tu querida esposa no ha podido venir hoy? Una lástima.

Sylvie no se atrevió a mirar a su padre.

Meg se puso pálida, pero reaccionó enseguida.

—Hoy no, Hiram.

—Ah, dadle recuerdos de mi parte. —Se volvió hacia el señor Davenport antes de continuar—: Stephen es un hombre de letras y, además, un héroe de guerra. Meg es una artista prometedora, y Sylvie... —Justo cuando parecía hacer memoria, se detuvo y se quedó mirándola.

La aludida se removió, incómoda junto a su hermana de dorado cabello, sintiéndose sosa, aburrida, parduzca: desde el cabello y los ojos hasta la falda y los botines. Se tiró de los puños de la manga y se preguntó si se notaría que les había dado la vuelta para poder alargar su uso. ¿Qué se podía decir de ella? ¿Que era una ávida lectora? ¿Que, más allá de Rosemary y Beth, sus mejores amigos eran personajes de ficción? ¿Que se hallaba más cómoda en su mundo que en la realidad?

Hiram le tomó la mano entre las suyas, de palmas secas y apergaminadas.

—Que no te engañe. Sylvie Townsend puede llevar la librería familiar con los ojos cerrados. Es el motor que hace que todo se mueva. Y ese es un trabajo importantísimo. —Arqueó las cejas al tiempo que la soltaba—. Chicago posee dinero y avaros en abundancia, pero si no fueran igualmente ricos en cultura, en verdad sería un lugar de lo más pobre para vivir. Los Townsend brindan arte y literatura a una ciudad que los necesita sobremanera.

Las mejillas de Sylvie se encendieron con el halago. Chicago tenía teatros, óperas, galerías de arte y sociedades culturales mucho mayores que lo que los Townsend ofrecían en la esquina de la plaza del Palacio de Justicia. Le dirigió una sonrisa agradecida mientras

Meg respondía de palabra, una habilidad que en ese momento había abandonado a Sylvie.

Pero cuando el señor Davenport hizo una reverencia y dijo «Encantado» con un deje curioso en la voz, fue en Sylvie en quien clavó su mirada.

—Mi tío ya me ha contado muchas cosas sobre su familia.

Un rayo de sol penetró entre las cortinas de terciopelo y, reflejándose en la araña de cristal, formó varios arcoíris a sus pies.

Stephen lo miró con los ojos entrecerrados:

—¿De dónde decía que era?

—Su acento te confunde —adivinó Hiram—. Lo entiendo. Es del sur de Indiana, cerca de la frontera con... —El hombre bajó la vista y frunció el ceño con frustración.

—¿Kentucky? —repuso Sylvie, incapaz de soportar su vana búsqueda de la palabra correcta.

—Por supuesto. Lo tenía en la punta de la lengua. Ya os dije que ha venido de visita, ¿verdad? Diría que sí...

—Claro que nos lo dijo —lo reconfortó Meg—. Y estamos encantados de que tenga a un pariente en la ciudad. ¿Se quedará con Hiram mientras duren sus estudios? —le preguntó al señor Davenport.

Hiram golpeó con el bastón el suelo de taracea en maderas nobles.

—Si depende de mí, se quedará indefinidamente.

Sylvie se percató de que era la segunda vez que Hiram respondía por su sobrino y se sintió identificada con él, pues tampoco había dicho sino una palabra hasta el momento. No es que fuera terriblemente tímida, como se había dicho de las hermanas Brontë. Simplemente era reservada hasta que alguien sacaba un tema sobre el que pudiera opinar. Quizá al señor Davenport le sucedía lo mismo.

—Seguro que la casa puede hacerse cargo —estaba diciendo Hiram —, pero no lo voy a presionar. No todos los jóvenes desean vivir con un viejo como yo.

—Espero que se quede un tiempo —dejó escapar Sylvie, sorprendiéndose a sí misma—. Lo que quiero decir es que es muy agradable ver a Hiram tan feliz.

Desde que lo conocía, el hombre anhelaba tener una familia propia, y habida cuenta de que su memoria ya no era de fiar, la presencia de su sobrino podía serle de gran ayuda.

Los finos labios del señor Davenport se curvaron con aquiescencia.

—Desde luego, nos llevamos muy bien.

—No hay nada más importante que la familia —añadió Hiram—. Hablando de familia, ¿tu querida esposa no nos va a acompañar hoy?

Sylvie miró de soslayo a Stephen, cuyo rostro parecía de granito. La mano le temblaba mientras se tironeaba la barba.

—Hoy no —murmuró.

—Una lástima. Dale recuerdos de mi parte.

❋❋❋

Sylvie removió el humeante guiso de ostras, temiendo darle el primer bocado. Apenas soportaba el olor. La vista se le fue de las cabezas de carnero esculpidas en la chimenea, que iban del suelo al techo, a los azulejos que cubrían la mitad superior de la pared, por encima de los paneles de nogal. El motivo de pasifloras de los azulejos confería algo de vida al salón, por lo demás oscuro.

—Señor Townsend, si no le importa que le pregunte, ¿dónde combatió usted? —preguntó el señor Davenport—. En la guerra, quiero decir.

Stephen respondió con los nombres de batallas mil veces oídos por Sylvie antes de contarle que había acabado en Andersonville.

El señor Davenport se limpió una gota de la barbilla con una servilleta de un blanco níveo.

—Su historia es fascinante.

—«Fascinante» no es la palabra que me viene a la mente al recordar esos días —añadió Stephen antes de tomar una nueva cucharada.

—Un crimen contra la humanidad, eso es lo que fue Andersonville —farfulló Hiram sin levantar la vista del guiso—. Yo conocí Camp... Camp David. No. Camp Douglas, eso era lo que quería decir. Camp Douglas, aquí en Chicago, tampoco era precisamente una fiesta para los reclusos, pero al menos...

El señor Davenport lo miró fijamente.

—Entonces, ¿aquí tenían comida suficiente, tío? Imagino que sí, dada la riqueza de Chicago, sobre todo en comparación con la pobreza de la Confederación. ¿Los hombres aquí tenían ropa suficiente, supongo, para soportar los inviernos?

Había algo en la forma en que formuló las preguntas, como si en todos los años tras la guerra jamás hubieran abordado el tema. Sylvie se preguntó hasta qué punto habían estado alejados, por qué, qué era lo que había traído de vuelta ahora al señor Davenport. Pero sería el colmo de la descortesía preguntar. Comió un poco del guiso, evitando los correosos pedazos de ostras.

Las comisuras de los labios de Hiram descendieron.

—Por supuesto que no. Mentiría si admitiera esa descripción. Y yo

no dirigía el campo, simplemente actuaba de guardián con un regimiento de hombres mayores, no aptos para el combate.

En el extremo opuesto de la mesa, Stephen tomó un segundo panecillo del cesto y lo untó con mantequilla.

—Díganos, señor Davenport, ¿cómo pasó usted la guerra?

—Luchando. Desde el principio.

—¿Desde el principio? —Sylvie efectuó el cálculo mental—. ¿Era lo bastante mayor para luchar hace diez años?

—Quince años era edad suficiente para mí y para muchos otros.

—Lo que quiero decir —repuso Sylvie mientras alisaba la servilleta extendida en su regazo— es que necesitaría el permiso de sus padres para alistarse si aún no había alcanzado la edad mínima...

El señor Davenport ahogó una carcajada.

—¿Permiso? De donde yo vengo, cada hombre se sumó a la defensa de su país, le hiciera o no falta afeitarse por las mañanas. Era un honor hacerlo. Habría sido una vergüenza no alistarse.

Stephen asintió, aunque Sylvie notó que lo hacía a regañadientes.

—Mi sobrino sabía cuál era su deber —dijo Hiram—. Antes de tener edad para votar, ya estaba luchando. Ya es más de lo que pueden decir muchos aquí, en Chicago, ¿verdad, Stephen? ¿Te acuerdas de aquel aprovechado, Otto Schneider? Caramba, estaba en su mejor momento durante la guerra y no se presentó voluntario.

—¿Quién fue ese Schneider? —preguntó el señor Davenport, más por cortesía que por curiosidad.

Hiram se limpió las manos en la servilleta y se inclinó hacia delante.

—Le compré acciones a bajo precio. Estaba encantado de convertirlas en efectivo, seguro de que nos hallábamos al borde de un nuevo pánico financiero como el del cincuenta y siete. Pero no fue así. —Se encogió de hombros—. Yo le compré todo lo que me ofreció, lo invertí con cabeza y obtuve unos buenos réditos. ¿Te puedes creer que me denunció por ello? Afirmaba que lo había engañado y que esa fortuna, en realidad, le pertenecía. Durante toda la guerra, cuando podía haber estado luchando por su país, luchaba por quedarse con mi dinero. Qué desperdicio —concluyó, negando con la cabeza.

La cortesía del señor Davenport se había convertido en verdadero interés.

—¿Y qué fue de él?

—Oh, todavía anda por ahí, sobreviviendo a duras penas. Las costas procesales lo arruinaron. De eso también me echa la culpa, como me ha señalado en más de una enfurecida carta. Siento que su esposa e

hijos tengan a un hombre así de desesperado al mando de la familia.

Sylvie intercambió con Meg, sentada al otro lado de la mesa, una mirada que expresaba su cansancio por oír una vez más la historia. Sin duda podrían hablar de alguna otra cosa.

Por lo que parecía, Stephen estaba de acuerdo:

—¿Salió usted ileso de los cuatro años de guerra? —le preguntó al señor Davenport, dando así por zanjado el asunto de Schneider.

El joven tomó un largo trago de café y dejó la taza antes de responder:

—No llegaría a decir tanto.

—¿Lo hirieron, entonces? ¿Lo capturaron? —preguntó Stephen—. ¿O enfermó?

El hombre sonrió con incomodidad.

—Apostaría a que hay temas de conversación más apropiados para la compañía femenina. —Se volvió hacia Sylvie—. ¿Ha leído últimamente algún libro interesante?

Fuera o no genuino su interés por la lectura, debía de imaginar que sabría responderle y apreció que la incluyera de ese modo en la conversación.

—La verdad es que sí. Louisa May Alcott acaba de publicar una nueva novela titulada *Hombrecitos*. Seguro que ha oído hablar de *Mujercitas*, ¿verdad? En su nuevo libro, Jo y su esposo, el profesor, abren una residencia para muchachos. Carece de la gravedad de la obra de Dickens, pero es una lectura muy agradable, que sin duda atraerá a... —Se detuvo al ver un atisbo de sonrisa en el rostro del señor Davenport—. Tal vez haya hablado demasiado.

—Jamás he oído hablar de ese libro —terció Hiram—. Pero ¿qué opináis de *La cabaña del tío Tom*? Ese sí que está en boca de todos.

—Bueno, estaba —dijo Meg—. Creo que el entusiasmo se ha ido apagando bastante. La novela de Stowe se publicó hace diecinueve años.

—¿Qué dices? —Hiram se echó atrás para que el lacayo le retirase el tazón vacío—. No pueden haber pasado más que unos pocos meses. El mismísimo presidente la ha elogiado —dijo mientras le ponían delante una ensalada de pepino.

—No es de extrañar en alguien como Grant —respondió el señor Davenport mientras sustituían su tazón por el siguiente plato.

—¿Ulysses Grant? —Hiram miró asombrado a su sobrino—. ¿El general? Te equivocas, mi querido muchacho.

No habría servido de nada y habría disgustado sobremanera a Hiram Sloane si le hubieran dicho que Abraham Lincoln había muerto

y que, entretanto, otros dos presidentes habían jurado el cargo.

Meg volvió a cambiar de tema con habilidad. Mientras hablaban del tiempo, Sylvie se preguntó cuánto sabía el señor Davenport de la enfermedad de su tío y si el personal de la casa le habría revelado algo para orientarlo. Notó el inicio de una jaqueca. Entablar conversaciones empezaba a parecerse a sortear un campo minado: debía ir con cuidado de no decir nada que pudiera molestar a los tres hombres presentes. Miró por la ventana al jardín, donde los rosales languidecían en una espaldera, con los pétalos resecos y pardos aleteando al viento.

Hans, el lacayo, se inclinó para llevarse el tazón de guiso apenas tocado.

—¿Ha acabado, señorita?

—Sí, gracias —musitó.

—Muy bien —asintió este antes de llevárselo.

Pero para entonces Stephen ya había reparado en que no se había comido el guiso.

—Sylvie, ¿y ese despilfarro? —En su voz sonó el tremor de la tormenta que se avecinaba—. Joven —se dirigió a Hans con un gesto para que regresara.

—¿Hay algún problema? —preguntó Hiram.

Con la barba salpicada de migas, Stephen señaló el tazón.

—No te has terminado la comida.

—No tenía ganas, ni me gusta en demasía —susurró Sylvie, antes de añadir—: Habrá más que suficiente con los siguientes platos. Estoy segura de que acabaré llena.

—¿Cómo puedes malgastarla así, cuando hay tantos que pasan hambre cada día? —repitió Stephen como si no la hubiera oído—. ¿Sabes cómo sobrevivíamos allí abajo? Ese guiso que tanto te disgusta podría haberle salvado la vida a un hombre. A tres. Más.

—¿Señor? —Hans se quedó parado con el tazón en la bandeja que sostenía.

—¿Qué va a hacer ahora, joven? ¿Se lo comerá usted?

—Claro que no, señor.

—¿Lo devolverá a la olla y lo guardará para que Hiram lo coma más tarde?

—No acostumbramos a hacer algo así, señor. No le daríamos al señor Sloane comida que sobró de los platos de otras personas —respondió el pobre hombre con perplejidad.

—¡Es comida en perfecto estado! —explotó Stephen—. ¡Apenas la ha tocado!

Ante tal arrebato, Hiram levantó una mano.

—No te encuentras bien, amigo mío. Permíteme que llame a un médico.

—No, gracias, Hiram —respondió enseguida Meg.

Stephen negó con la cabeza.

—Nada de médicos. Pero explícame qué tenéis previsto hacer con esa comida. Si crees que no está en condiciones de que la coma ninguna persona, al menos déjala fuera para que la encuentre algún animal.

Cuando el señor Davenport le dirigió a Sylvie una mirada interpelante, esta le comentó:

—A nuestro padre le preocupa mucho el bienestar de todo ser que viva en la calle.

—¿De verdad? ¿Los animales callejeros? —preguntó el señor Davenport con la voz teñida de sorpresa.

—Animales, niños, inmigrantes, menesterosos en general —aclaró Stephen—. La ciudad está llena de necesitados. Ninguna criatura debería pasar hambre. Si alguna vez hubiera pasado hambre, hambre de verdad, sabría a qué me refiero. Y me daría la razón.

Algo se removió en el semblante del joven.

—Se la doy. —Irguiendo la espalda, se volvió hacia Hans—. Haga lo que ha dicho el señor Townsend.

Hans miró a Hiram buscando su confirmación.

El anciano asintió.

—Haz lo que ha dicho mi sobrino.

—Como desee.

Pero, justo cuando Hans se volvía para salir del salón, entró otro lacayo con una bandeja de platos tapados con cubreplatos. Los dos hombres chocaron y Hans trastabilló hacia atrás. La bandeja se inclinó y el tazón se volcó, derramando el guiso de Sylvie por todo el suelo.

Stephen lanzó un grito y, agarrando su cuchara, corrió hacia el guiso y trató en vano de recogerlo y devolverlo al tazón.

—¡Qué despilfarro! —exclamó mientras tomaba los pedazos de ostras con los dedos. Las lágrimas le rodaban por las mejillas—. ¡Podría haber aliviado a una criatura hambrienta!

Mientras Hans, atónito, balbuceaba una disculpa, Meg, como era de esperar, empujó hacia atrás la silla, dispuesta a socorrer a su padre, pero Sylvie la detuvo con la mirada. Era su culpa, al menos en parte. Era ella quien debería acudir a su lado.

Al agacharse junto a Stephen, arrastró la falda por el guiso templado. El pesar se apoderó del centro de su pecho, con un dejo de

desgarradora vergüenza. Era culpa suya. Nada de aquello habría sucedido si se hubiera comido el guiso. Pero tan rápido como se formó tal pensamiento, afloró otro: «Yo no soy el problema». Con su padre se veía obligada a ejercer de niña y de madre, cuando no era ninguna de las dos cosas.

Hiram se puso en pie.

—No pasa nada —trató de aplacarlo—. Aún podemos sacar un guiso para los necesitados.

—Pero no este. —Stephen se sentó sobre los tobillos con los hombros encogidos y escondió el rostro entre las manos—. Este poco guiso podría haber sido de ayuda. Podría haber salvado a Pritchard, Jenkins y Smith. Aún puedo verlos —musitó—. Cada vez que como, los veo ante mí.

Al levantarse, el señor Davenport interceptó un rayo de sol que atravesaba el salón e hizo relucir sus bucles. Los dos lacayos se quedaron mirándolo y él los despidió de la estancia, en un gesto de respeto hacia Stephen.

No es que este se percatara. Cuán solo debía de sentirse. «Estoy aquí —habría querido decirle Sylvie—. ¡Mírame! Estás aquí, con nosotras, ¡estamos a tu lado! Sea cual fuere el peso que cargas, compártelo con nosotras. Allá donde vayas, ¡llévanos contigo!». Pero las palabras murieron antes de brotar de su garganta. En su mente, ya estaba muy lejos de ellas.

Le tocó la espalda con dulzura.

Se encogió como si lo hubieran golpeado antes de empujarla con una fuerza que no habría empleado de ser consciente de que se trataba de su hija.

—¡Oh! Sylvie, ¿qué haces ahí? —preguntó. ¿De verdad no se había dado cuenta de su presencia hasta ese momento?

—Creo de verdad, amigo mío —resonó la voz de Hiram por encima de sus cabezas—, que no te encuentras bien. Deja que llame a un médico.

Stephen se pasó los dedos por el cabello.

—¡He... dicho... que... no! —dijo temblando, con el rostro cubierto de silenciosas lágrimas.

Los ojos de Sylvie seguían secos. La mancha de guiso del vestido, antes templada, se había enfriado y se le pegaba a la piel a través de las enaguas, una delgada capa de pegamento que la adhería al desastre.

Fue el sobrino de Hiram quien la ayudó a levantarse, con cierto reconocimiento en su expresión. Meg se apresuró a asistir a Stephen

mientras se ponía en pie. No obstante, en cuanto este se irguió, salió a toda prisa por la puerta y los dejó atrás.

❋❋❋

El polvo le cubría la piel mientras arrastraba la punta de un palo por el suelo, volviendo a marcar la línea de la muerte en el mapa de un metro de Andersonville. Gotas de sudor le brotaban en el cuero cabelludo y se deslizaban por un lado de su cara. No parecían molestarle.

Lo único que le preocupaba en ese momento era preservar la memoria del lugar en honor a quienes allí habían muerto. Había prometido a sus amigos que no serían olvidados. Era una promesa que iba a mantener.

Mientras miraba al suelo, parpadeó y el recuerdo lo tiñó del brillante rojo de la tierra arcillosa de Georgia. Cuando volvió a parpadear, vio el suelo abierto y se vio a sí mismo apilando los cuerpos de sus compañeros yanquis en la fosa. Se frotó los ojos con las manos, pero no dejó de verlos. Los cuerpos estaban tan devastados por el hambre y el escorbuto que ni las madres habrían reconocido a sus hijos. Pero Stephen los conocía bien. Conocía a sus amigos. Eran Jenkins, Pritchard y Smith. Se los había entregado a una tierra extraña para que los devorara. Otra fosa común, sin marcas, un final insultantemente indigno para cualquier persona, tanto más para un soldado al servicio de su país.

La mayoría de los prisioneros consideraba el turno de entierros un castigo, pero Stephen se había presentado voluntario. Entonaba salmos y oraciones a través del trapo que le cubría la nariz y la boca. «Estamos contigo», decía cada vez que sacaba un cadáver del carro de los muertos y lo depositaba en la fosa. Se negaba a arrojarlos como si fueran leña. «Rendimos honores a tu sacrificio y a tu persona». Citaba sus nombres cuando los conocía.

—¡Buuu! —gritó un chiquillo al otro lado de la valla, devolviendo a Stephen al presente. Tenía los ojos tan redondos como las mejillas cubiertas de pecas, brillantes de emoción.

Los huevos volaron por encima de los tablones, uno tras otro, hasta estrellarse sobre la maqueta de Andersonville. Cuando el niño y su cómplice echaron a correr, lanzaron un último misil con impecable puntería. El huevo se rompió contra la sien del hombre. La yema podrida le resbaló por el rostro.

El pulso se le aceleró a un ritmo imposible. La furia abrasadora lo

hizo estremecer. ¿Por qué nadie había comido esos huevos antes de que fermentaran? Se limpió la pestilente baba de la piel y la arrojó al suelo.

—¡Podría haberlos salvado! —rugió—. ¡Esta ínfima cantidad podría haber prolongado su vida! ¡Vergüenza, vergüenza debería daros, derrochadores! ¿Por qué no volvéis aquí a que os dé una lección? ¡Rufianes desagradecidos! ¡Atreveos a volver a poner un pie en mi propiedad y veréis lo que es bueno! —gritó cuan alto le permitían los pulmones, entregándose a la ira, pues era más sencillo que sucumbir al pesar.

La furia se abría paso en su interior como la hoja de un cuchillo y la soportó cuanto pudo. Pero, para su propia vergüenza, las lágrimas brotaron y cayeron. Se sintió completamente emasculado e insignificante. ¿Cómo no había sido capaz de plantar cara a las mofas de unos colegiales? ¿Cómo no había podido evitar llorar por el guiso derramado?

El pulso le percutía en el cuello. El estallido emocional en casa de Hiram se reprodujo en su mente. Sabía que su viejo amigo tenía problemas de memoria, pero en parte sospechaba que el anciano simplemente no escuchaba. ¡Esas preguntas, una y otra vez! Y Sylvie no debería haber malgastado la comida tal y como hizo. Pero ¿la había golpeado? ¿De verdad? Apenas acertaba a recordar más que el modo en que ella se había quedado mirándolo mientras él le agarraba el brazo, con los ojos velados de miedo, censura o condena.

Stephen examinó sus manos. La tierra le oscurecía las uñas y marcaba las líneas de las palmas. El huevo crudo las hacía relucir. ¿Qué habían hecho esas manos aquel día?

Trató de aplacar su pulso desbocado. Le costaba respirar, jadeaba a toda prisa. El pecho le vibraba, recordándole que jamás había llegado a recuperarse del todo de las enfermedades debilitantes del campo de prisioneros. Se levantó con un gruñido, aunque demasiado rápido. Sintiéndose mareado, se apoyó en la valla, de la que se desprendieron fragmentos de pintura blanca y cayeron al suelo. Allá donde miraba, solo hallaba ruinas, y él era la mayor de todas.

Capítulo 3

Miércoles, 4 de octubre de 1871

Meg agarró con fuerza los dos lienzos envueltos en lino. Un policía detuvo el tráfico en la esquina, por lo que se apresuró a cruzar la calle Clark. Al tiempo que regresaba a la acera, un tranvía la rebasó traqueteante por la calle Randolph, y deseó en parte ir subida en él, dado que iba cargada. Sin embargo, apenas tenía que recorrer un puñado de manzanas —dos hacia el este por Randolph y otras tres en dirección sur por State— y tenía que ahorrar todo lo posible. Después de todo, aún no había vendido los cuadros.

Aunque estaba a punto de hacerlo. Nada más y nada menos que Bertha Honoré Palmer había entrado la mañana anterior en Rincón de Libros y Más con sus pieles y sus pendientes de diamantes, así como un ejemplar del *Tribune* doblado de forma que mostraba el artículo que el señor Pierce había escrito sobre Stephen. Quería comprar en el establecimiento del notable veterano destacado en el periódico del domingo.

Cuando la señora Palmer vio a Meg pintando, anunció que no solo quería libros singulares para su nueva biblioteca, sino también obras originales de una artista local. Para empezar, eligió dos de sus favoritas: Margaret Hale, de *Norte y sur*, y Helena de Troya, de la *Ilíada* de Homero. Dado que el primero necesitaba un día más para secarse antes de poder trasladarlo, Meg se había ofrecido a llevarle ella misma ambos cuadros esa mañana. La señora Palmer había accedido, y además había comprado dos volúmenes sobre la historia temprana de Chicago en ese momento. Al ver la transacción, otro

nuevo cliente había adquirido los retratos de Marianne y Elinor Dashwood, las hermanas de *Sentido y sensibilidad*, además de una caja con las obras completas de Jane Austen para el inminente cumpleaños de su esposa. A ese ritmo, en poco tiempo Sylvie ya no tendría que preocuparse por los libros de cuentas.

Al doblar la esquina de la calle State, su entusiasmo casi compensaba la falta de sueño. La campana de incendios de la torre del Palacio de Justicia llevaba toda la semana sonando día y noche, y todas y cada una de las veces había disparado una alarma en lo más profundo de su padre. Si no era para montar guardia en la azotea por la noche, se negaba a salir del apartamento. Tenía que estar preparado, decía, para cualquier cosa.

Había que agradecer que el artículo de Nathaniel Pierce no hubiera sembrado duda alguna sobre el estado mental de Stephen, lo que había supuesto un enorme alivio para Meg. Sabía bien cómo era que a uno lo malinterpretaran.

De niña la habían considerado deficiente, y había estado a punto de creer que era cierto. La escritura y los números, que Sylvie aprendió con suma facilidad, a ella se le atragantaban. Las letras se le mezclaban en un batiburrillo de formas serpenteantes hasta que se desesperaba creyendo que jamás aprendería a leer. Llegó a aborrecer la escuela y la librería, por albergar en sus páginas mundos que ella jamás descubriría, mundos de los que disfrutaban todos los miembros de su familia, menos ella. Había encontrado consuelo pintando sus propios dominios y comiendo más dulces de los que debía.

Los maestros de Meg la dieron por simple, ineducable y desabrida. Su padre fue el único que vio, más allá de la hostilidad, su frustración y padecimiento. Si no se hubiera propuesto instruirla en casa, Meg jamás habría superado aquellos obstáculos.

Aun en la actualidad, los números le bailaban ante los ojos cuando estaba cansada o estresada, pero hacía mucho que había aprendido a afrontarlo y a leer. No obstante, los escarnecedores trazos con que la habían retratado le habían dejado huella. Detestaba la idea de que considerasen loco a Stephen: permanecería a su lado, en cuerpo y alma, hasta que se recuperase. Igual que él había hecho con ella.

Cambiando los cuadros de mano, reemplazó la preocupación por su padre por las oportunidades que se presentaban ante ella. En la calle State, sus pasos no tardaron en llevarla bajo la sombra del edificio de seis plantas que albergaba los grandes almacenes Marble Palace, en la esquina noreste de State y Washington. El aroma a castañas asadas procedente de un puesto ambulante la alcanzó al pasar por delante del

First National Bank y de Bookseller's Row, cuyas cinco plantas se hallaban repletas de agencias de noticias y editoriales.

Finalmente llegó ante el edificio más alto de todo Chicago y el único hotel a prueba de fuego de Estados Unidos, según los periódicos. El Palmer House, con sus ocho plantas de altura, había abierto sus puertas la semana anterior. Meg sintió un escalofrío de emoción al pasar bajo sus arcos de medio punto y atravesar sus enormes puertas dobles.

La recibió un empleado de elegante uniforme.

—He concertado una visita con la señora Palmer —le dijo tras darle su nombre.

—Sí, señorita Townsend, la está esperando. —Una sonrisa de aprobación iluminó su rostro oscuro al tiempo que la invitaba a adentrarse en el edificio. Su voz poseía un acento distintivo y agradable que denotaba sus raíces sureñas. Al oír un rápido taconeo en su dirección, se volvió para decir—: ¡Ah! Aquí está la señora Palmer.

—¡Meg! Gracias por venir.

Los anillos en los dedos de la señora Palmer destellaban. Su piel de alabastro estaba radiante, llevaba el cabello perfectamente recogido con peinetas incrustadas de diamantes y su cintura encorsetada se veía mucho más estrecha que la de Meg. La famosa filántropa contaba veintiún años cuando, el año anterior, se había casado con Potter Palmer. Eso significaba que, a la sazón, con veintidós, era un año menor que Meg, y su querido esposo la doblaba en edad.

—Creo que estos dos ahora le pertenecen —dijo Meg—. Es decir, si le agradan.

—¡Oh! —exclamó la señora Palmer—. Zachary, ¿le importa?

A un gesto suyo, el hombre que había recibido a Meg desenvolvió los lienzos y sostuvo los retratos mientras la señora Palmer los observaba con la cabeza ladeada.

—Perfectos —concluyó con una sonrisa—. Aún mejores de lo que los recordaba. Zachary, estos cuadros son para mi biblioteca personal en nuestro cuarto de estar privado. ¿Le importaría llevaros allí? Más tarde le diré dónde colgarlos. Gracias. —Esperó a que el hombre se alejara antes de entregarle a Meg un diminuto monedero—. Sus honorarios, además de un pequeño extra por las molestias de traerlos hasta aquí. Entiendo que no tiene inconveniente en que le pague en efectivo, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Gracias.

Meg se guardó el dinero en el ridículo. A su alrededor se

arremolinaban hombres de negocios, cuyas conversaciones formaban un murmullo bajo y constante.

—De nada. —La señora Palmer le restó importancia con un movimiento de su elegante muñeca—. ¡Ay, menuda jaula de grillos! Se suponía que las obras habrían acabado antes de la inauguración, claro. El señor Palmer y yo aún no hemos terminado de trasladarnos a nuestra suite, ya que aún queda demasiado por hacer. Pero de veras es extraordinario. Doscientas cincuenta y cinco habitaciones, y, por descontado, todas las plantas accesibles por un ascensor. Es el invento favorito del señor Palmer. Yo prefiero los lujos importados: alfombras de Axminster tejidas a mano, arañas y candelabros franceses, y mármol original de Carrara.

—¿Carrara? ¿Como el mármol de Carrara de Miguel Ángel? ¿El mismo mármol con que esculpió el *David* y la *Piedad*?

Meg contempló la chimenea de mármol del vestíbulo deseosa de tocarla, como si al hacerlo pudiera transmitir a su mano algo del genio artístico de Miguel Ángel.

A decir verdad, el pintor de la Capilla Sixtina la intimidaba demasiado como para ser su ejemplo. Ese honor le correspondía a Élisabeth Louise Vigée Le Brun, la retratista favorita de la reina María Antonieta. En una época en la que las mujeres artistas encontraban obstáculos casi insalvables, Le Brun no solo sobrevivió a la Revolución francesa, sino que se hizo con una larga lista de clientes entre la realeza europea.

Meg emulaba a Le Brun en su mezcla de técnicas de los antiguos maestros y figuras en posturas naturales y atrayentes, incluso sonrientes, aunque no se hacía ilusiones de alcanzar el éxito de la francesa. Había jugado con la idea de pintar del natural, pero eso habría supuesto pasar gran parte del día demasiado lejos de su padre, que podría necesitarla. Así que se conformaba con pintar los frutos de su imaginación.

—Hay otro asunto que me gustaría tratar con usted —le dijo la señora Palmer—. Estoy fascinada con los retratos literarios que ha pintado y quiero más. Me encantaría tener retratos de Agnes Grey y Jane Eyre, pero no los vi ayer en su tienda. Si se los encargara, ¿podría pintarlos para mí? ¿Cuánto tiempo cree que tardaría?

Meg ya estaba dibujando los bocetos en su mente.

—Podría tener listo el primero dentro de una semana, puesto que no tengo otros pedidos.

—Muy bien... —Claramente distraída, la señora Palmer sonrió a una dama que en ese momento atravesaba el vestíbulo.

—En tal caso, lo mejor será que vuelva al estudio de inmediato —dijo Meg—. ¿Desea que le enseñe los bocetos antes de pintarlos?

—Una idea excelente. Quedemos para almorzar. Digamos... ¿el lunes que viene, aquí mismo, a las once? Me aseguraré de que el chef incluya su famosa tarta de chocolate en el menú. —Mientras acompañaba a Meg a la puerta, se inclinó para que la oyera por encima de los carpinteros que martilleaban los últimos clavos en los paneles de madera—. Gracias una vez más por traerme a Margaret y a Helena. ¡Las guardaré como un tesoro! Y he de escribirle una nota de agradecimiento a ese reportero por atraer inicialmente mi atención a su librería. Por cierto, espero que no le haya molestado la carta publicada en el periódico de hoy. No le dé ninguna importancia. El autor ni siquiera se atrevió a poner su nombre, por lo que no es más que basura, pura y simplemente.

Un fuerte estruendo sobresaltó a Meg, que se volvió para ver cómo un hombre vestido con mono de trabajo enderezaba una escalera de mano que se había caído. A su alrededor se oyeron aplausos sarcásticos.

—Como le decía, una jaula de grillos, ¿lo ve? Hasta la próxima, querida. Esperemos que para entonces ya hayan retirado todas las escaleras.

Con estas palabras, la señora Palmer se despidió de Meg y la dejó de nuevo en la calle State.

Enrollándose la correa del ridículo a la muñeca, Meg apretó la mandíbula y se encaminó derecha al quiosco más cercano.

❋❋❋

—¡Señor Pierce!

Nate, que se encontraba a las puertas del edificio del *Tribune*, se volvió y parpadeó al ver a la mujer que lo llamaba a voces desde el otro lado de la calle Dearborn. El borde de su sombrero se agitaba al viento cuando cruzó la calzada. Los bucles dorados se bamboleaban sobre las hombreras de su chaquetilla entallada. Al llegar a su altura, Meg Townsend levantó el periódico que llevaba en la mano y lo sacudió.

—Señorita Townsend —dijo al tiempo que se levantaba el sombrero —. Me alegro de verla. ¿Ha pasado algo?

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? —preguntó en tono cortante, lanzando una mirada al mármol del edificio de cuatro plantas en que se alojaba el *Chicago Tribune*—. Aquí no.

—¿Quiere que la acompañe a su casa?

—No, no. Allí tampoco.

La mujer tiró del sombrero para bajárselo un poco sobre la frente. Estaba agitada. Y había ido a verlo. ¿Por qué? La curiosidad venció a su impaciencia por volver al trabajo, por lo que la llevó al Wild Onion Café, a la vuelta de la esquina, donde ambos pidieron café. Un olor a salvia, salchichas, beicon, huevos y cebolla impregnaba el lugar, pero Meg se decantó por la tarta de arándanos con helado. Su padre le había dado la suya a un perro la semana anterior, pero en lugar de mencionarlo, Nate pidió lo mismo para él.

La camarera llenó sus tazas de humeante café y se alejó hasta el mostrador de las tartas, donde distintas variedades esperaban protegidas bajo cúpulas de cristal.

Con los labios apretados formando una fina línea, la señorita Townsend bajó el mentón, tratando visiblemente de ordenar sus ideas. Se quedó mirando el posavasos de papel festoneado, luego su vista pasó a la flor que descansaba en una botella de leche a guisa de jarrón antes de posarse en dos jóvenes universitarios que arrastraban los pies por el suelo de damero blanco y negro, camino de un reservado. A todas partes menos a Nate. Era extraño, y ligeramente irritante, dado que había sido ella quien había acudido a él.

Sin demasiada sutileza, echó un vistazo a su reloj de bolsillo.

—¿Es un secreto lo que le ronda la mente? —preguntó, desenrollando los cubiertos de la servilleta.

La señorita Townsend se desprendió del sombrero y lo dejó a su lado en el banco.

—Pensé que sería capaz de adivinarlo —respondió, mientras el sol, que se filtraba por las cortinas de ganchillo, salpicaba su rostro de motas de luz.

El tintineo de los cubiertos en los platos fue aumentando a medida que servían a otros clientes. Nate removió la leche en el café y el aroma lo envolvió.

—Usted desconfió de mí desde el principio. No puedo sino sospechar que mi artículo ha demostrado que tenía razón —dijo, aunque por su vida que no acertaba a imaginar por qué.

La mujer negó con la cabeza.

—¡Si supiera lo que su artículo ha supuesto para nosotros! Para mí, para mi familia, para nuestro negocio. Bertha Palmer lo leyó y, de la noche a la mañana, se ha convertido en mi mecenas más entusiasta. Sylvie está inaguantable, dado que todo fue idea suya.

Vertió leche y azúcar en la taza hasta que su café se volvió del

mismo tono de caramelo que sus ojos.

—Entonces, ¿el artículo ha atraído a clientes a su tienda?

Y nada menos que a Bertha Palmer. Cualquiera podría sacar una historia de ahí: «Esposa de millonario descubre a una joya escondida en una artista local». Nate sonrió.

—En efecto, y se lo debemos a usted —repuso, imitando su gesto.

La camarera regresó con dos platos antes de apresurarse a atender a otra mesa. Sendas bolas de cremoso helado de vainilla goteaban sobre sus tartas.

La señorita Townsend tomó un bocado y cerró los ojos.

—Qué rica.

Nate se sintió henchido de satisfacción. Estaba siendo mucho más agradable que cuando se conocieron. Si había contribuido de alguna manera a mejorar las vidas de la familia Townsend, se daba por satisfecho.

—Pero, en tal caso, ¿por qué me sacudió el periódico en la cara no hace ni diez minutos?

Al tiempo que tragaba, la joven desplegó el diario y lo deslizó a través de la mesa. Señaló con dos dedos una columna. Una carta al director en el periódico del día.

—¿Ha visto esto?

No lo había visto, por lo que rápidamente se puso a leer.

> *Gentes de Chicago, no os engañéis. Puede que el señor Stephen Townsend, sito en la esquina de las calles Clark y Randolph, haya disparado un mosquete, puede que haya sobrevivido al cautiverio sureño, pero ¿quién es hoy en día? Hoy no es ningún héroe. Hoy es un demente, entregado a arrebatos violentos y a insultantes amenazas. Es una vergüenza que el reportero Nathaniel Pierce asocie el honor con un hombre así. Más investigación, señor Pierce, y menos sentimentalismo nos vendrían a todos mejor.*

Sintió cómo el calor le subía por el rostro. Al levantar la vista, descubrió a la señorita Townsend con la mirada clavada en él y la aflicción reflejada en su semblante.

—Siga leyendo —dijo antes de beber un sorbo de café y fijar la vista en el periódico.

> *Juzgad vosotros mismos su conducta, de la cual soy testigo. Ha abandonado la dirección de su establecimiento en manos de sus dos hijas, jóvenes y solteras, mientras él juega en la tierra de su jardín*

trasero, gritando obscenidades a cualquiera que pase por delante de su destartalada valla. Ni siquiera los niños se ven libres de sus abusos. Se pasa la noche andando por la azotea de su edificio, evitando el sueño con la esperanza de cazar a algún fantasma. ¿Quién prefiere las tinieblas a la luz, sino aquel cuyo corazón alberga oscuridad?

Andad con cuidado, mis conciudadanos. Nuestra ciudad no es segura cuando a los lunáticos se los llama héroes sin tener en cuenta sus delitos. Y cuidado con él, mis convecinos. ¿Cuánto habrá que esperar hasta que insistamos en que lo encierren por su bien y por el nuestro?

La ira se apoderó de Nate. Dobló el periódico, ocultando el repugnante libelo.

—¿Y bien? —le preguntó la señorita Townsend, al tiempo que empujaba su plato a un lado de la mesa, los restos de la tarta anegados en un charco de vainilla—. Usted habló con mi padre. Él le contó cosas que jamás nos dijo a mi madre, a mi hermana o a mí. ¿Piensa que, o más bien, por lo que sabe, diría que habría que encerrarlo? Diga la verdad.

Nate se percató de lo mucho que le había costado preguntarlo.

—No —respondió, sosteniéndole la mirada—. Y debería saber que siempre digo la verdad, me lo pidan o no.

Para su vergüenza, había aprendido al comienzo de su carrera periodística lo fácil que era engañar al público «retocando» las noticias y el daño que esto podía causar. Desde entonces se había comprometido con la verdad.

La mujer suspiró.

—Entonces, ¿qué demonios hago con esto? Es su periódico y el autor de la carta también ha manchado su nombre. ¿Qué va a hacer usted?

Con el ceño fruncido mientras pensaba, se acabó los últimos bocados de tarta, se limpió con la servilleta y rodeó la taza de café con las manos.

—Hablaré con mi editor, pero no me retractaré de lo que escribí. El autor de esta opinión es anónimo, lo que indica su falta de confianza en la carta. No desmiente ninguno de los hechos mencionados en mi artículo. No hay nada que corregir en mi texto, por lo que no hay necesidad de imprimir rectificación alguna.

—¿Responderá de alguna manera a las acusaciones, con una réplica o algo así?

—Señorita Townsend...

—Llámeme Meg.

—Está bien. Gracias. En tal caso, debes llamarme Nate.

—¿Qué me decías?

Contempló cómo ascendía el vapor del café mientras escogía las palabras con cautela.

—Las cosas que esta persona ha dicho sobre tu padre... algunas de ellas son ciertas. Puede que lo mejor sea dejarlo pasar. Que las noticias del día siguiente lo tapen.

—Pero no puedo ni imaginarme que dejemos que... —Se interrumpió en el momento en que la camarera se acercó para rellenarles las tazas de café y retirar los platos sucios.

—¿Tienes una solución en mente? —preguntó Nate.

—Si la tuviera, no te estaría preguntando —repuso Meg con frustración al tiempo que se cruzaba de brazos. Tenía la nariz, algo respingona, ligeramente salpicada de pecas, lo que le recordaba a su hermanastra Edith.

Edith era de la edad de Meg, pero llevaba cuatro años casada y tenía dos hijos, a los que criaba en las afueras de Chicago. Sus hermanos menores, una muchacha y un varón, habían permanecido con Nate hasta ese mismo verano. Harriet enseñaba en una pequeña escuela de Iowa y Andrew, con tan solo dieciocho años, se había ido al oeste a trabajar en el ferrocarril.

Durante los años en que había sido su único sostén, Edith decía a menudo que ya no eran familia de Nate, puesto que sus padres ya no estaban vivos. Estaba furiosa por lo que la vida le había deparado. Echaba de menos a su padre y a su madrastra, y no la culpaba por ello. Pero le había dicho con dulzura que, aunque era cierto que Nate no estaba emparentado con ellos, si los llevaba a un orfanato, era probable que los tres hermanos acabaran separados en distintos hogares. Habían sido las pecas de Edith, una adorable rociada que se le había ido desvaneciendo con los años, las que le recordaron que bajo su hosquedad no había más que una niñita. Una niñita que había perdido demasiado, demasiado pronto.

Más allá de las pecas, la mujer sentada frente a él no era ninguna niña.

—Escucha. —Se pasó la mano por los rebeldes remolinos de su cabello—. Me has pedido mi opinión y te la he dado. Déjalo estar. No respondas a un ataque anónimo. Tengo la impresión de que tu padre no lee el periódico. ¿Hay alguien en su entorno que pudiera mencionárselo?

Meg negó con la cabeza.

—No se relaciona demasiado.

—Eso me pareció. La gente que conoce bien a tu familia no se creerá ninguna mentira. Si te preocupa que la difamación afecte a vuestro negocio, ya verás que no. El mecenazgo de Bertha Palmer atraerá a otros.

Asintiendo con resolución, Meg se colocó el sombrero y lo prendió con la aguja. Cuando se levantó, él la imitó.

—Gracias, Nate —le dijo, estrechándole la mano con una sonrisa.

—De nada. Y ahora, si me permites —respondió, quitándole el calumnioso diario de las manos—, tiraré esto a la basura, que es donde tiene que estar.

Agradecido porque el asunto se hubiera resuelto con tanta facilidad, se despidió y le pidió que le transmitiera sus buenos deseos a la familia.

Lo decía en serio. Los Townsend y sus dificultades lo habían conmovido aún más que el resto de los veteranos a los que había entrevistado. De hecho, tenía más o menos en mente hacerles un seguimiento para ver cómo les iba.

Pero su bienestar no era responsabilidad suya. Bastante había tenido con criar a Edith, Harriet y Andrew. Al menos, en ese momento solo era verdaderamente responsable de sí mismo. ¿Echaba de menos a sus hermanastros? Por descontado. Lo que no echaba de menos era el peso de saber que tres almas vulnerables dependían de su sustento y orientación. Mientras que él invertía todas sus energías en su crianza, sus compañeros le habían arrebatado historias que él no había tenido tiempo de investigar, y habían disfrutado de momentos de asueto.

Era hora de que Nate volviera a centrarse en su carrera y a dormir por las noches sin preocuparse por cómo llegar a final de mes. Quizá hasta se dedicase a algún pasatiempo o, como mínimo, a leer un buen libro.

Los Townsend no eran asunto suyo.

Capítulo 4

Domingo, 8 de octubre de 1871

La campana de incendios volvía a tañer.

Meg gruñó. Con aquel sonido incesante, esa noche su padre no sería capaz de conciliar el sueño. Otra vez. Si consiguiera dormir estaría más tranquilo, sería más él mismo. Aunque no estaba bien que en lo primero que pensase fuera en su comodidad cuando otros podían hallarse en peligro.

—¿Cuántas campanadas han sido? —preguntó Sylvie cuando se desvaneció el sonido de la última.

Meg colgó el sombrero en el perchero del espejo del recibidor. Eran las nueve y media de la noche y acababa de volver del oficio vespertino en la iglesia.

—No lo sé. Vamos a la azotea a mirar.

Cuando llegaron a la azotea alquitranada, encontraron ya allí a su padre. Hacía mucho que había dejado de asistir a los oficios; era incapaz de soportar el gentío.

—¿Qué se ve? —le preguntó Meg. Al respirar hondo por si olía humo, el corsé la oprimió.

Stephen apuntó al sur, donde un trozo de cielo brillaba anaranjado.

—Parece ser la misma zona que ardía anoche, o muy cerca. Puede que los restos volvieran a prenderse.

Meg entrecerró los ojos, tratando de calcular la distancia y la intensidad del color, pero no era más que una mancha de luz en mitad de la oscuridad. No estaba lo bastante cerca como para preocuparse.

Un viento fuerte le soltó a Sylvie varios mechones de la redecilla

del pelo, que le revolotearon por la cara.

—Creo que está más lejos que el incendio de anoche, ¿no?

—No sabría decirte. —Stephen se pasó un pañuelo por la frente y se lo guardó de vuelta en el bolsillo con dificultad. El fuego lo alteraba, independientemente de la distancia a la que se hallara—. Yo me quedaré aquí montando guardia.

—¿Está seguro? —preguntó Meg, algo más tranquila al advertir que no llevaba el revólver. Habían pasado cuatro días desde la publicación de la carta anónima en el *Tribune* y, por mucho que deseara olvidarlo, no lo conseguía. Quienquiera que hubiera visto a su padre en la azotea, probablemente sus inquilinos, también lo estaría observando en ese momento—. ¿Por qué no se va a la cama?

—Por favor, padre —añadió Sylvie. También había visto la carta, claro, y le había disgustado tanto como a Meg. Ninguno de sus clientes la había mencionado, pero habían aparecido más chiquillos de lo habitual a espiar por la valla. Si Meg no hubiera creído que humillaría aún más a Stephen, habría salido al jardín y ella misma los habría ahuyentado.

Mientras recorría las azoteas con la vista, Stephen se atusó la barba.

—Estoy seguro de que no soy el único que está fuera esta noche, vigilando el fuego.

Durante el camino de vuelta de la iglesia, sin embargo, no había parecido que la ciudad estuviera preocupada. Hacía calor y las cervecerías alemanas estaban henchidas de alegres cánticos. Los paseantes, aún vestidos de domingo como Meg y Sylvie, recorrían las aceras y los parques. Si aquella noche llamaba la atención, era por lo agradable que resultaba.

Sylvie ahogó un bostezo y se sujetó la falda para evitar que se le levantase de manera indecente.

—No creerá usted que nuestra seguridad depende de su vigilancia. Si aumenta el peligro, ya nos enteraremos.

Stephen le dio la razón, aunque a regañadientes. Los hombros de Sylvie se relajaron en cuanto los tres se encaminaron de vuelta al apartamento.

Cuando entraron, Stephen caminó hasta el salón y se puso a mirar por la ventana que daba a la plaza del Palacio de Justicia. No se sentó ni encendió lámpara alguna. Volvió a enjugarse la frente.

Meg se le acercó por un costado, pues había aprendido hacía ya mucho tiempo que, de hacerlo por detrás, lo asustaría.

—¿Necesita algo antes de que me retire?

Había levantado la mano para tocarle la espalda, pero se lo pensó

mejor: dobló los dedos hasta formar un puño y, bajándolo, lo ocultó entre los pliegues de la falda.

Stephen abrió la ventana y el siseo de las farolas de gas de la calle penetró en el cuarto, envuelto en la oscuridad. Parecía un escenario, sin luz ni movimiento, salvo por el aire que movía los visillos. El hombre estaba parado, tenso por el suspense, como un actor en una tragedia shakespeariana que espera a que se levante el telón.

No había sufrido un nuevo episodio desde la crisis en casa de Hiram la semana anterior, pero en varias ocasiones había estado a punto. ¡Si al menos los incendios pararan y la campana con ellos! Era difícil funcionar cuando uno no había descansado lo suficiente. En algún momento, sin duda, el agotamiento se apoderaría de él.

Como si ni siquiera hubiera oído la pregunta, se asustó al percatarse de la presencia de Meg y, al darse la vuelta, descubrió a Sylvie esperando a su hermana en el umbral.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó, con la respiración agitada golpeando el delicado muro de su pecho. Entre toses, se volvió hacia la ventana.

Sin mediar palabra, Sylvie le acercó una jarra de agua, le sirvió un vaso y dejó ambos objetos sobre la mesita, a su lado.

—Buenas noches, padre —susurró Meg antes de enlazar el brazo con el de su hermana menor.

Cuando lo dejaron, las toses habían cesado, pero el hombre había empezado a tamborilearse el muslo con los dedos.

—Ya vendrá —le dijo a Sylvie en el pasillo que separaba sus dormitorios.

—Descansa —respondió esta—. Mañana es un día importante para ti.

Al entrar en el cuarto, el cansancio hizo que le pesasen las extremidades y se le cayesen los párpados. Se había pasado desde el miércoles por la mañana dibujando y redibujando los retratos para Bertha Palmer, mientras sus emociones oscilaban entre el júbilo por el nuevo encargo y las oportunidades que este le daría, y la angustia persistente por la carta difamatoria sobre su padre. Cuando se puso el camisón y se dejó caer en la cama, lo único que quería era dormir largo y tendido. Quedaban poco más de doce horas para su almuerzo con la señora Palmer.

Sylvie tenía razón. El día siguiente iba a ser importante.

❋❋❋

A Nate el humo le picaba en los ojos y le atenazaba la garganta mientras tomaba nota mental para su artículo. Ante él, el comandante Williams se afanaba con un pequeño círculo de bombas alrededor del incendio que se había desatado en la calle DeKoven hacía hora y media. Los caballos, cinchados a los carros que sostenían las bombas, piafaban y agitaban la cola sin dejar de relinchar.

Según sus cuentas, había cinco bombas a vapor, tres carros de caballos y un carro con escalera de mano, y todos ellos trataban de sofocar el fuego desde todos los ángulos. Los chorros de agua siseaban y hervían al tocar la madera incandescente, provocando que se elevasen columnas de vapor blanco. Los edificios colindantes humeaban, prestos para arder. Al resto de los bomberos convocados los habían enviado al lugar equivocado.

—¡Eh, los de ahí! ¡Vosotros! —exclamó Williams, dirigiéndose a Nate y al grupito de espectadores que se había formado—. Si no queréis que el fuego se extienda, ¡haced algo! —vociferó al tiempo que señalaba las vallas y aceras de madera, que constituían un combustible perfecto para las llamas.

De inmediato se pusieron manos a la obra. Nate sacó un hacha de uno de los carros y corrió de vuelta a la acera: levantó la herramienta por encima de la cabeza y golpeó las planchas con la hoja hasta que su tamaño le permitió arrancarlas con las manos desnudas. Mientras lo hacía, un hombre llamado Richard agarró el hacha y echó abajo la valla cercana, al tiempo que otros se llevaban la madera a un lugar que Nate ni veía ni tenía tiempo para considerar. Ya no era un mero espectador, por lo que se enfrascó en la tarea. Las astillas debían de haberle cortado las manos, porque advirtió un hilo de sangre. No lo sentía.

—¿Cree que aguantarán? —gritó Richard por encima del clamor de las llamas. El fuego ya había devorado cinco manzanas.

Nate habría querido decirle que sí, pero sabía demasiado como para creerlo. La víspera, la mitad de los ciento ochenta y cinco miembros del cuerpo de bomberos había luchado durante diecisiete horas contra un incendio en la División Oeste hasta bien entrado el nuevo día. Luego, como era su costumbre, se habían relajado con ayuda del alcohol. Al cabo de apenas unas horas de sueño, los habían vuelto a llamar; sin embargo, ahora tenían que trabajar sin los equipos dañados la noche anterior. No había habido tiempo de repararlos.

El sudor le resbalaba sobre los ojos y se empujó las lentes con la muñeca antes de seguir partiendo madera. Notaba calor en las manos y bajo las rodillas, cada vez mayor. La tela del pantalón se le rasgó al

moverse a una nueva sección.

—¡El fuego está fuera de control!

Nate bajó el ritmo y, alzando la vista, vio a un antiguo concejal, llamado James Hildreth, gritándole al comandante Williams lo que sin duda ya sabía.

—¡Lo que necesitan es hacer un cortafuegos, uno de verdad! Romper las aceras y las vallas servirá de poco. —Señaló una hilera de viviendas—. Hay que volar esas casas.

Los ojos de Williams destellaban en mitad del rostro manchado de hollín.

—¿Volar las casas de esta gente sin más? No tengo autoridad para ello.

—Esto es una emergencia —insistió Hildreth—. ¡Hay que tomar medidas excepcionales, hombre! Unos pocos sufrirán las consecuencias, pero se salvarán cientos de personas, tal vez más. Si no vuela esas casas, el fuego las devorará de todos modos.

—Aunque quisiera hacerlo, no tengo pólvora.

—¡Yo sé dónde conseguirla! —gritó Hildreth.

Empujándolo con fuerza, Williams respondió:

—¡Pues vaya a por ella!

Nate se puso en pie y, al contemplar el destrozo que él y los otros hombres habían creado, supo que Hildreth tenía razón. Con un fuego tan voraz y el viento soplando con tal fuerza, sus esfuerzos solo habían servido para apartar a los mirones. Calculaba que las llamas llegarían adonde ellos se encontraban en menos de media hora, ya fuera arrasando con todo a nivel de suelo o por las brasas que saltarían por el aire hasta aterrizar en las azoteas. Richard, que sin lugar a duda debía pensar lo mismo, devolvió el hacha al carro y huyó.

Nate se quedó. Aquel sería el titular de primera plana del día siguiente.

Una corriente ascendente aspiró madera y ropas ardiendo y las levantó por encima del fuego. Una camisa de hombre en llamas se elevó por el cielo, con las mangas extendidas, como si pidiera socorro. Sobre los restos de la acera caían chispas, que la prendían: Nate las sofocaba con sus pisadas, una tras otra. Otros espectadores hacían lo mismo.

Los agotados bomberos, con las piernas abiertas, proyectaban el agua sobre las llamas, en lo que parecía un esfuerzo vano. Uno de ellos dejó caer la manguera, corrió más allá del ángulo de visión de Nate y regresó al cabo de unos instantes con una puerta de madera, que apoyó en el suelo a modo de escudo entre su cuerpo y el calor de

las llamas. Con la puerta contra el hombro, reanudó su labor desde atrás.

La puerta se prendió. El bombero se apartó de un salto en cuanto estalló en llamas, como si se hubiera quemado.

—¡Usted es el siguiente! —lo avisó Nate, que seguía pisando brasas para apagarlas. El uniforme del bombero había empezado a humear y el casco de cuero había perdido la forma por el calor—. ¡El fuego lo va a alcanzar!

—¡Salgan de ahí! —los llamó Williams—. Rocíen el otro lado de la calle o también se prenderá.

Nate y otro hombre se apresuraron a ayudar a cambiar de posición un carro, mientras los bomberos sujetaban la manguera. No obstante, antes de llegar a su destino, la presión del agua bajó y apenas salía un hilo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nate, con los nervios a flor de piel.

El bombero, con el rostro adusto y oleoso como cera derretida, respondió:

—Acaba de llegar la bomba de vapor: han quitado mi manguera de la toma para poder usarla.

Aunque más potente, la bomba no llegaría a su posición lo bastante rápido. Nate vio cómo empezaban a arder cinco casas al otro lado de la calle. El comandante Williams bramó de frustración.

El humo dificultaba la respiración. Las chispas, que no dejaban de aterrizar alrededor de Nate y, en ese momento, también sobre su ropa, no le dejaban concentrarse. Impotente, contempló cómo una nueva bomba fallaba y se quedaba sin agua. Una apresurada reparación recuperó el caudal, pero poco después estalló una sección envejecida de la manguera y el agua dejó de brotar, esta vez de forma definitiva.

Williams se afanó en recolocar las bombas que quedaban en funcionamiento, pero el viento había arrastrado el incendio mucho más allá de donde se encontraban sus hombres. Empujaba las llamas hacia el noreste, devorando las aceras de madera que Nate y los demás habían dejado por imposibles. Las lenguas de fuego se extendían sin nada que las detuviera. Consumían todo a su paso: vallas, árboles, gallineros, letrinas, casas de madera...

Para entonces, el viento ascendente era aún más fuerte y las llamas, elevadas cientos de metros, teñían el cielo de un espeluznante tono naranja. Llegaron la policía y más ciudadanos voluntarios, dispuestos a derribar a la desesperada vallas y cabañas. Esta vez Nate no se les unió, convencido de que el fuego se había propagado demasiado como para controlarlo con tales esfuerzos.

Las brasas incandescentes le caían como nieve roja sobre el cabello y los hombros: cada una era como una punzante aguja que penetraba en su carne. En cuanto se posaban, las apagaba a manotazos, al tiempo que grababa la escena en la memoria.

—Al menos el río lo detendrá —dijo un hombre por detrás de Nate, pues el brazo sur del río Chicago discurría entre la División Oeste y el distrito empresarial.

Sin embargo, en cuanto el hombre hubo expresado su esperanza, se incendió la aguja de la iglesia de San Pablo. A través de las nubes de humo, Nate vio cómo una lluvia de chispas atravesaba el cielo, cayendo directamente sobre el corazón de la ciudad.

El fuego había cruzado el río.

❋❋❋

Sylvie se despertó al oír unos fuertes golpes en su puerta, que al instante se repitieron a lo largo del pasillo, ante el cuarto de Meg.

—El mal acecha. —La voz del padre dejaba entrever una alarma contenida.

Cuando salió al pasillo, lo encontró caminando arriba y abajo.

—¿Qué sucede?

Las campanas del Palacio de Justicia tañían sin cesar. Las de las iglesias también daban la alarma. Una luz anómala iluminaba el salón. Sylvie corrió hasta la ventana y miró hacia fuera. Las calles estaban llenas de gente que alzaba la vista, contemplando cómo en la zona sur de la ciudad brillaba el cielo, naranja como el amanecer.

—¿Qué pasa? —Meg, todavía frotándose los ojos, se situó junto a su hermana.

—Es… Es fuego, ¿no? —Sylvie se asomó al alféizar, como si así pudiera acercarse de alguna manera a las respuestas: ¿dónde se hallaba exactamente? ¿A qué velocidad se extendía?

Stephen se situó tras ella.

—Viene hacia aquí —dijo—. Creedme, viene hacia aquí.

—¿Está seguro? —preguntó, aunque ya notaba el pulso agitado, instándola a correr.

Abajo, en la calle, algunos dedos se extendían hacia el cielo, apuntando a algo que Sylvie no podía ver. Cada vez más personas se sumaban a los primeros observadores, pero hasta que oyó un grito no se dio cuenta de lo que era.

—Cenizas.

Meg ahogó un grito. Caían como gigantescos copos de nieve gris

sobre la plaza del Palacio de Justicia.

—Viene hacia aquí —repitió Stephen, en trance.

Sylvie se volvió a mirarlo.

—¡Tenemos bajo los pies una tienda llena de papel! —Si el fuego la alcanzaba, lo perderían todo—. Aún hay tiempo para salvar parte del inventario. Todo lo que podamos.

Esta vez fue Meg quien se asomó a la ventana y llamó a alguien que estaba en la calle.

—¡Señor Applebaum! ¿Adónde lleva todo eso?

—¡A la estación de tren! —Respondió—. Lleven sus objetos de valor a la estación de tren y los vagones los sacarán de la ciudad hasta que haya pasado el peligro.

Sylvie tomó una decisión al instante.

—Eso es —dijo—. Padre, lleve todas las cajas y baúles que tengamos a la tienda. Meg y yo nos reuniremos con usted en un momento.

Oyeron pasos por encima de sus cabezas; los Spencer también se habían puesto en marcha. Por un fugaz instante, Sylvie pensó en sus amigas, pero tendría que confiarlas a ella y a sus familias a la protección del Señor. Seguro que estaban despiertas, recogiendo sus pertenencias, huyendo. «Que Dios se apiade de todos nosotros».

Sin mediar otra palabra, las muchachas se apresuraron a sus cuartos y se pusieron las blusas y faldas más sencillas que poseían. Con el cabello todavía trenzado para dormir, corrieron escaleras abajo para reunirse con su padre.

—Primero los libros singulares —ordenó Sylvie, apuntando al estante que los contenía.

Al ver titubear a Stephen, Sylvie fue hasta él y asió una de sus manos, que retuvo aun cuando este intentó soltarse.

—Padre, le necesitamos. Meg y yo solas no podemos salvar la tienda, nuestra tienda, su tienda. Tiene que ayudarnos. Necesitamos que esté al cien por cien, ¿lo entiende? No podremos lograrlo sin usted. Por favor, ayúdenos.

Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero le pareció que estas últimas palabras habían aplacado su espíritu inquieto y suavizado las duras líneas de su rostro. La miró directamente a los ojos como si la viera de verdad por primera vez en años.

—Aquí me tienes, hija mía. Aquí me tenéis las dos.

El alivio de Sylvie fue ostensible, pero breve. Fuera, las calles se llenaban de caballos que transportaban enormes pilas de enseres. La urgencia de verse entre ellos era abrumadora.

—Voy por los cuadros —dijo Meg, al tiempo que sacaba una escalera de mano del cuarto trasero mientras Sylvie arrastraba otro baúl hasta el mostrador.

La caja registradora, los libros de cuentas, los registros de inventario comprado y vendido, la lista de proveedores y clientes… Todo ello acabó en el fondo del baúl. Encima apiló las novelas de Austen y Alcott, Brontë y Brontë, Dickens y Defoe, Homero y Hugo, hasta casi rebosar.

Sintió el aguijón de la desesperación al mirar a su alrededor. Solo tenía otros tres baúles, uno de los cuales tendría que acoger las pinturas de Meg, así como cuatro cajones de madera para llenar. Tratando de no atormentarse por los títulos, fue sacándolos a ciegas de los estantes.

Stephen arrastró la carga de libros singulares hasta la parte delantera.

—También he guardado los útiles de reparación, pues estoy seguro de que nos harán más falta que nunca. Necesitaremos un carro…

Su voz se fue apagando al mirar por la ventana, y Sylvie casi podía oír la protesta que tenía en la punta de la lengua. Las personas, el gentío, lo perturbaban. Su reticencia era tangible, se notaba en el aire.

Meg bajó por las escaleras y colocó un retrato de Jo March en una de las cajas.

—Si es demasiado para usted, supongo que yo podría…

—Ni se te ocurra —la interrumpió Sylvie. Todas las ocasiones en que había contenido sus discrepancias para mantener la paz parecían oprimirle cada vez más el pecho. La ira que la quemaba por dentro la impresionó por su fuerza.

Una vez más, Meg estaba haciendo concesiones por su padre y, una vez más, parecía que él le dejaba hacerlo. Sylvie albergaba en lo más profundo de su ser una persona mejor, una mujer llena de compasión y misericordia. Pero, en ese momento, estaba mortalmente cansada de que su hermana protegiese a su padre. En ese momento, había cosas mucho más importantes que sus sentimientos. Era hora de que sirviera y protegiese a alguien más. Lo había hecho por los soldados de su regimiento; lo había hecho por el bien de esclavos y desconocidos. ¿Es que no podía servir y proteger también a sus hijas?

Se tragó la amargura antes de volver a hablar.

—Meg estará más segura y será de más ayuda aquí, conmigo. Mientras usted encuentra y trae un vehículo, nosotras podremos terminar de guardar los bienes de la tienda y algunos objetos valiosos del apartamento.

Los preciados segundos pasaban uno tras otro en el reloj: Stephen parecía anclado al lugar, desesperantemente inmóvil, mientras al otro lado del escaparate la ciudad entera se había puesto en marcha, las cabezas gachas, el cabello, las faldas y los camisones ondeando a su paso. Los perros se abrían paso entre las personas, huyendo del peligro, lo bastante listos como para hacer aquello a lo que se negaba su padre.

—¡Váyase! —gritó Sylvie—. ¡Dijo que nos iba a ayudar! ¡Compórtese como un padre por una vez en diez años!

—¡Sylvie! ¡Eso es demasiado! —exclamó Meg, la tez lívida, antes de mirar a Stephen, cuando más le habría valido mirar al exterior.

Sylvie se sintió culpable, pero enseguida levantó una barricada.

—No irá demasiado lejos, y lo sabes. Tendría que ir él, ni tú ni yo. Es más fuerte y es un hombre, hay menos probabilidad de que se aprovechen de él.

En ese momento, Karl Hoffman, el dueño alemán de la pastelería del final de la manzana, pasó por delante de la tienda. Todavía sorprendida por su propio arrebato, aunque no arrepentida de él, Sylvie se apresuró a abrir la puerta y salir.

—¡Señor Hoffman! ¡Espere! ¿No irá a buscar un carro o una carreta?

El hombre se giró, pero sin aflojar el paso.

—*Ja,* ¿adónde si no?

Tras volverse y clavarle una mirada furiosa a Stephen, se dirigió al señor Hoffman:

—Mi padre irá con usted.

Stephen tragó saliva antes de dar un paso al frente; Meg le puso algo de dinero en la mano.

—*Schnell!* ¡Dese prisa! —exclamó el señor Hoffman, cuya agitación se hizo patente en el uso de su lengua materna.

La campanilla de la puerta se agitó con violencia cuando Sylvie la cerró de un portazo tras su padre. Seguía furiosa cuando se volvió hacia su hermana.

—Es de recibo que vaya él en lugar de una de nosotras.

Meg se colocó entre dos estantes para que Sylvie no la viera.

—Que Dios nos ayude —dijo.

—Que Dios ayude también a nuestro padre —murmuró Sylvie en voz baja para que su hermana no la oyera. Y, sin embargo, lágrimas de vergüenza escocían sus ojos por las palabras que había empleado como arma. Mientras rezaba por su regreso, sintió la punzada de la culpa.

Una explosión atravesó la noche. Dando un respingo, Sylvie se tapó los oídos y por un instante se quedó mirando atónita a Meg, antes de correr hacia el exterior.

—¡Mirad! —gritó alguien, señalando una enorme bola de fuego en el cielo y una serie de llamaradas que ascendían rectas como columnas —. La planta de gas ha explotado.

Todas las llamitas de las farolas de gas se extinguieron y apagaron a un tiempo. Quienes huyeran de la ciudad no dispondrían de más luz que la del incendio. Aún peor, el gas liberado era ahora alimento para el voraz infierno desatado. Sylvie miró a su alrededor con consternación. ¿Cómo iba a ingeniárselas su padre, que no soportaba las multitudes ni los ruidos fuertes, para sobrellevar aquello?

Capítulo 5

Stephen sentía el corazón a punto de estallar. Los oídos seguían pitándole mucho tiempo después de la explosión de la planta de gas. Las campanas de cada torre y de cada cúpula de la ciudad tañían, fundiéndose en un clamor incomprensible que hacía casi imposible pensar. Hasta el viento, que le clavaba el polvo en el rostro como si de alfileres se tratase, era un martirio.

Había perdido toda noción del tiempo y la distancia, por lo que no sabía cuánto llevaba arrastrando tras él la carreta con el inventario de la tienda. Tampoco sabía dónde se hallaba el fuego, solo que estaba cada vez más cerca. Lo único que sabía era que la gente se había vuelto loca. En un terreno baldío, unos insensatos bebían alcohol y peleaban entre ellos. Los saqueadores irrumpían en las tiendas y negocios abandonados para salir cargados de productos que apilaban en carros. De todas partes llegaban ladrones, familias y huéspedes de hoteles, desorientados, impidiéndole avanzar por la calle.

—¡Abran paso! —gritó.

No sirvió de nada. No escuchaban. Cada vez más personas inundaban la calle: hombres y mujeres en camisón, con cestos sobre la cabeza o hatillos improvisados con manteles a la espalda. Había quien aferraba jaulas de pájaros como los niños se aferran a sus muñecos. Por encima del gentío sobresalían alfombras y colchones enrollados y cargados a hombros.

¿Cuánto tardaría en partir de la estación el último tren con los bienes de la ciudad? Stephen no dejaba de rumiar esta pregunta, pues su paso era aterradoramente lento. ¿Qué iba a hacer si perdía la

oportunidad? ¿Cómo reaccionarían las muchachas cuando se enterasen de que había vuelto a fallarles?

El cielo naranja estaba moteado de pavesas, y, de pronto, de algo más.

Chispas.

Ascuas encendidas, arrastradas por el fuerte viento desde la zona sur, donde el incendio proseguía, rabioso. Lo único que se movía a mayor velocidad era su pulso. Se sentía atrapado. Encerrado. Aprisionado en un mar de gente incapaz de mantener el orden en la retirada.

Notó un repentino malestar al pensar en aquellos realmente encerrados. Al pasar junto al Palacio de Justicia, había oído gritos procedentes de los calabozos del sótano. ¿Qué iba a ser de aquellos hombres? ¿Morirían abrasados?

Los nervios empezaron a fallarle, la sangre le hervía. No había pasado tanto tiempo desde que él fuera prisionero como para olvidar la apabullante sensación de impotencia que dicha situación infundía.

Con las palmas empapadas de sudor, agarró con firmeza los mangos y miró atrás. Al ver que una de las cajas estaba a punto de caer, la empujó para devolverla a su lugar en la pila y apretó la soga a su alrededor.

—¡Siga avanzando! —le gritó alguien desde atrás—. ¡Mueva esa maldita carreta o apártese de mi camino!

—¡Todos tenemos prisa, señor mío! —respondió Stephen—. ¡Me moveré en cuanto haya adónde ir!

En ese momento, una chispa le cayó en el hombro. La apagó de un manotazo antes de que le prendiera la ropa.

En algún lugar lloraban niños, y sus sollozos le crisparon aún más los nervios. Rodeó la carreta y, agarrando de nuevo los mangos, logró avanzar algunos metros antes de levantar la cabeza y gritar:

—¡Que alguien calle a esas criaturas!

—Cállese usted y deje a mi hijo en paz o le…

La voz del hombre se perdió entre las demás, todas furiosas, algunas amenazantes, y cada una de ellas dirigida contra él. Cayeron nuevas chispas; la gente se apagaba a golpetazos las llamas que se les prendían en la espalda y el cabello. Stephen, que lo oía todo como a través de un túnel, sintió cómo retrocedía por los pasillos de la memoria hasta que ya no se hallaba en Chicago, ya no era un veterano, sino que se encontraba en la guerra que había arrasado el sur y destruido a la persona que antaño fuera.

Alzó la vista al furioso cielo en llamas. La confusión lo sacudió

hasta lo más hondo. ¿Era un sueño o una realidad de pesadilla? ¿Veía cosas que no existían de verdad? Sacudió la cabeza para aclararse la mente. Era demasiado elaborado para ser producto de su imaginación. Llevaba meses sabiendo que el mal acechaba, ¿no? Pues ahí estaba. Pero ¿quién se hallaba detrás de ese incendio?

¡Pum!

Stephen se tiró al suelo y se cubrió la cabeza. Tenía el corazón desbocado. Ningún incendio habría producido tal sonido: los estaban atacando. Sintió un hormigueo en la cabeza y las extremidades. Cuando alguien le pisó la pierna, agarró el pie del culpable, le arrancó el zapato y lo arrojó lejos.

—¡Oiga!

El hombre se volvió hacia Stephen, lo sujetó contra el suelo con la rodilla y le asestó un puñetazo en la nariz.

Este trató de defenderse lanzando los puños al aire hasta que el hombre se puso en pie, lo apartó de una patada y se fue a buscar su zapato.

—¡Levántese! ¡¿No ve que está bloqueando el paso?!

Stephen, con el sabor de la sangre en la boca, se puso en pie, agarró los mangos de la carreta y siguió avanzando.

¡Pum!

Volvió echarse a tierra, con los nervios a flor de piel y todos los sentidos alerta. Esa vez se arrastró bajo la carreta y no se movió. No habían pasado ni cinco minutos entre ambas explosiones. Los rebeldes, porque tenían que ser los rebeldes, habían traído artillería, y allí estaba él, atrapado.

Quizá en ese mismo momento estaba rodeado de rebeldes. Podía haber espías, agentes o soldados escondidos entre quienes huían. La idea era diabólica, pero no imposible.

«Es el mal que acecha, desde luego».

—Joe, échame una mano aquí, anda.

Dos hombres empezaron a empujar la carreta con el inventario de la librería para apartarla a un lado de la calle. Stephen era demasiado listo como para salir, así que rodó con el cuerpo para permanecer debajo.

—Oye, podría sacarle un buen dinero a esta carreta —dijo una voz.

Muy astuto. Pero Stephen no iba a dejar que nadie le arrebatase su refugio. Salió de debajo de la carreta, se sacó el Colt del cinto y apuntó.

—¡Fuera de aquí, malditos rebeldes! —exclamó al tiempo que amartillaba el gatillo—. No os llevaréis esta carreta.

—¡Tranquilo, hombre!

Los dos hombres retrocedieron con las manos en alto y Stephen bajó el revólver.

¡Pum!

—¡Aléjense de ese loco! —gritó una mujer—. ¡Tiene un arma! ¡Está disparando!

Stephen miró el revólver en su mano temblorosa. ¿Había disparado cuando lo sobresaltó la última ráfaga de artillería? Se acercó el cañón a la nariz y lo olió antes de echar un vistazo a la recámara. Faltaba una de las balas. Debía de haber disparado al suelo.

Esos rebeldes habían tenido suerte.

Y él también. No quería disparar a nadie en ese momento. Lo único que quería, lo único que quería siempre, era que lo dejaran en paz.

Con las rodillas temblando, volvió a ocultarse bajo la carreta, a la espera del siguiente cañonazo.

❋❋❋

El edificio del *Tribune*, al menos, era ignífugo.

Una vez que dispuso de información suficiente para una crónica de peso sobre la fase inicial del incendio, Nate Pierce corrió hasta la oficina, redactó el artículo en la sala de composición y se lo llevó a los editores. Aunque la ciudad entera ardiese esa noche, el *Chicago Tribune* lo contaría al día siguiente.

—No hay manera de evitar que el fuego llegue hasta aquí —le dijo Nate al corrector. El parque de bomberos se repartía por toda la ciudad, tratando de salvar algunas estructuras de importancia con los pocos recursos que les quedaban—. ¿Vas a quedarte aquí?

El joven se quedó mirando los agujeros que las chispas encendidas habían horadado en la ropa de Nate. Hacía una hora que el viento le había arrebatado el sombrero estropeado.

—¿Por qué no? Es probable que este sea el lugar más seguro.

Nate pensó que tal vez tuviera razón. El exterior era de granito, mientras que los techos de chapa ondulada se apoyaban en vigas de hierro forjado. Los muros interiores eran de ladrillo.

—Pero el tejado… Es de madera alquitranada.

—El equipo de suscripciones ya se está ocupando. No va a haber ningún problema.

Nate subió las escaleras de dos en dos hasta salir al tejado para verlo por sí mismo. Varios hombres del departamento de suscripciones apagaban a pisotones las pavesas encendidas, mientras que otro, un

novato llamado Mike, regaba la tela asfáltica con una manguera conectada a los depósitos de agua de la azotea. El agua se evaporaba peligrosamente rápido de la superficie del tejado.

Nate pisó una chispa que le acababa de aterrizar cerca del zapato.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó, con la vista puesta en la zona sur. Para entonces, el viento sonaba como el lago en mitad de una tormenta.

Uno de ellos se rio.

—Es un espectáculo mejor que cualquiera que haya visto en el teatro, eso por descontado —respondió antes de saltar sobre un trozo de tela en llamas que cayó a medio metro.

Las campanas de iglesias y escuelas tañían sin parar, mientras se derrumbaban los edificios cuyo mortero se había desintegrado. La madera crepitaba, el vidrio estallaba. Una explosión distinta a las anteriores se oyó proveniente del sur.

Mike se estremeció, pero no dejó de regar el tejado con un chorro de agua uniforme.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo diría que era pólvora —respondió uno de los hombres.

Nate asintió.

—Suficiente para volar una casa. —No había forma de ver a través del humo como para estar seguro, pero compartió su suposición con los hombres—: La última vez que vi al señor Hildreth, estaba empeñado en hacerse con pólvora suficiente para volar una hilera de viviendas y formar un cortafuegos. Parece que lo ha conseguido.

—Un cortafuegos. ¿Como el río? —preguntó Mike antes de abalanzarse sobre otra chispa y apagarla con el pie. Otros cinco jóvenes ejecutaban la misma danza por el tejado.

Nate no respondió. Estaba embobado con las llamas que avanzaban por la manzana hacia ellos. Con ellas llegaba el olor acre del gas procedente de la explosión de la planta, que picaba en la garganta y quemaba en los pulmones. Corrió al otro lado de la azotea y miró hacia el norte, a la muchedumbre que atascaba las calles. En algún lugar allí abajo se encontraba su pensión, bajo el humo que soplaba anticipando el fuego.

Tras intercambiar unas últimas palabras con los muchachos del tejado, Nate corrió escaleras abajo y, una vez en la calle, se fue abriendo paso hasta la pensión donde vivía, en una bocacalle de Clark. Gracias a Dios estaba vacía y, en pocos minutos, sacó de las habitaciones que alquilaba sus más preciadas posesiones. Lo único que pudo llevar consigo fue aquello que cabía en su cartera de piel: dinero,

las alianzas de sus padres, la Biblia de su madre, la pipa de su padre. Aquellas dos habitaciones eran lo más parecido a un hogar que había tenido últimamente.

Pero no había tiempo para la nostalgia. Nate huyó.

Jamás había visto en las calles desorden semejante. Estufas, colchones y carros enteros de muebles habían sido abandonados e impedían el paso de aquellos que trataban de avanzar. Un caballo sin jinete galopaba curioso, con la cola en llamas. Una mujer llevaba un abrigo de pieles y una estola de zorro encima del camisón, y en su cuello resplandecían varios collares. Descalza, estrujaba a un perrito contra el pecho.

Cuando tropezó con una jaula de gallinas en mitad de la calle, Nate se encogió de dolor por el golpe en la espinilla. Después de limpiarse los anteojos de polvo y ceniza, se detuvo en una fuente pública lo suficiente para aplacar su acuciante sed, pero no había nada que pudiera hacer con el dolor que le abrasaba los pulmones.

Una brillante llamarada en una calle lateral le llamó la atención. Una carreta llena de baúles y cajas de madera se había incendiado con las brasas que flotaban en el aire. A su lado, un hombre se apagaba a manotazos las chispas anaranjadas de la barba.

—¿Señor Townsend? —Tras un instante de vacilación, Nate corrió hacia él. Fuera lo que fuese lo que transportaba, serían cenizas dentro de pocos minutos, si no antes—. No hay nada que hacer, señor Townsend. Lo siento. Tiene que salir de aquí y cobijarse en un lugar seguro.

Stephen no lo reconoció, absorto como estaba en los libros, cuyas páginas se retorcían, se desintegraban y echaban a volar con el viento. Nate lo agarró del brazo y tiró de él para alejarlo de las llamas.

—¡Suélteme!

Con los ojos inyectados en sangre, Stephen se volvió hacia Nate y le propinó un puñetazo en el mentón.

Este retrocedió trastabillando, con el labio partido e hinchado. El instinto de conservación le susurró con urgencia que siguiera corriendo y abandonara a Stephen a su suerte, pero su conciencia no le permitiría rendirse sin intentarlo de nuevo.

—Señor Townsend, soy yo, Nathaniel Pierce. Del *Tribune*. Venga, hay que irse. Deje todo esto y venga conmigo. Hay que salir de aquí.

Stephen se frotó los ojos y negó con la cabeza. En su mirada no se leía el reconocimiento: únicamente terror, confusión y una hostilidad apenas reprimida. Nate solo alcanzaba a imaginar los estragos que el incendio y la huida estarían causando en la castigada mente del

veterano.

—¿Y su familia? —Nate miró a su alrededor en busca de algún signo de Meg y Sylvie—. ¿Están por aquí? ¿Se encuentran bien?

Seguro que sus hijas podrían convencerlo de huir: así Nate seguiría por su camino. La historia del siglo se estaba desarrollando a su alrededor y quería escribir la noticia.

¡Pum!

Stephen se cubrió los oídos y se tiró al suelo.

—¡Abajo! —vociferó—. ¡Póngase a cubierto!

De repente, Nate entendió lo que sucedía y se acuclilló junto al veterano.

—El señor Hildreth quiere hacer un cortafuegos. Está volando casas, nada más. Venga, ¡tenemos que salir de aquí!

Al extender el brazo para ayudar a Stephen a ponerse en pie, se encontró frente al extremo equivocado de un revólver.

—No pienso ir a ninguna parte con usted, y vive Dios que como vuelva a ponerme la mano encima se la reviento de un disparo.

Nate retrocedió, con el corazón latiéndole en los oídos. Recorrió los alrededores con la mirada y, al no ver el rastro de Meg ni de Sylvie, imaginó que si no estaban con su padre aún estarían en casa, recogiendo sus pertenencias. Se dio la vuelta en dirección a Rincón de Libros y Más.

Pero entonces se detuvo. No eran niñas. Eran dos mujeres inteligentes, con vecinos que podrían ayudarlas si lo necesitaban. No era responsable de sus actos. Su deber era documentar aquel desastre.

La gente corría a su alrededor, algunos con tanto ímpetu que casi lo tiraron al suelo. Tenía que moverse, y tenía que hacerlo ya.

❋❋❋

El viento tempestuoso levantaba la arena y azotaba el rostro de Meg. Con un chal alrededor del cabello, intentaba cubrir las posesiones de valor que su hermana y ella habían enterrado en mitad del mapa de Andersonville de su padre. Cuando su padre se llevó la carreta a la estación de tren, hacía más de una hora, decidió no esperar su regreso y hacer lo que fuese para salvar más bienes. Sylvie y ella habían conseguido cavar una serie de agujeros poco profundos en los que guardar más libros, la ropa, la plata, las joyas de su madre, las escrituras y el título de propiedad del inmueble y el terreno, sus pinturas y pinceles y varios paquetes de antiguas cartas, incluidas aquellas que su padre había escrito durante la guerra. Le dolía la

espalda por el esfuerzo de escarbar en el suelo de tierra compacta, pero cuando llegase el momento de huir, lo harían con la ropa que llevaban puesta y nada más.

El tañido disonante de las campanas de toda la ciudad reflejaba la alarma que Meg sentía en cada fibra de su ser conforme el muro de fuego avanzaba hacia ellas. James y Flora Spencer ya habían huido, arrastrando tras ellos un mantel repleto de enseres.

—¡Marchaos! —les había gritado Flora mientras James la urgía a avanzar. Mechones de cabello plateado escapaban bajo el gorro de dormir—. ¡¿A qué esperáis?!

Meg también se lo preguntaba. Stephen ya debería estar de vuelta. Tendría que haber regresado a por sus hijas.

Sylvie dejó la pala a un lado.

—Puede que esté en la parte delantera.

Meg notó cómo el sudor le descendía por los costados, bajo los brazos, mientras seguía a su hermana, que atravesó la puerta trasera de la librería y salió por la delantera. La multitud cruzaba la plaza del Palacio de Justicia huyendo de la zona sur, algunas de las prendas que los cubrían calcinadas casi por completo. Del hotel Sherman House no dejaban de salir huéspedes; pero seguía sin haber rastro de Stephen.

—Tenemos que irnos —dijo Meg, aunque detestaba la idea de marcharse sin él.

A su lado, Sylvie apretó con dedos temblorosos el nudo que le sujetaba el chal bajo la barbilla.

—Creí que lo lograría. De verdad, pensaba que padre cumpliría el encargo y volvería a por nosotras.

Una enorme algazara brotó al otro lado de la calle. Los prisioneros de los calabozos del Palacio de Justicia salieron en tropel, corriendo como si les fuera la vida en ello. Su urgencia avivó la que Meg ya sentía. Sin volver la vista atrás, se adentró en el maremágnum de los que huían, con Sylvie a su lado.

Algo cayó en la acera, una mancha oscura con pico y las alas extendidas. Luego cayó otro, y otros dos más después.

—Los pájaros —dijo Sylvie—. Se están asfixiando con el humo.

Apretaron el paso y Meg comenzó a recitar mentalmente el salmo 32, ya que no era capaz de elevar oración alguna.

La campana del Palacio de Justicia dejó de sonar. La cúpula se había incendiado con unas brasas arrastradas por el viento. Meg oyó débilmente el sonido de las ventanas al estallar.

Sylvie se volvió y contempló lo que habían dejado atrás.

—¡Meg, tu estudio! ¡Ya está en llamas!

Esta se giró para verlo por sí misma.

—Pero ¿cómo…?

Entonces lo entendió. Llevaba tiempo sin lavar los trapos que usaba para limpiar los pinceles. Estaban empapados de aceite de linaza y habrían generado calor suficiente para entrar en combustión.

Sylvie le agarró la mano.

—El libro de madre —dijo—. La otra noche dejé su ejemplar de *Mujercitas* en tu estudio.

Meg creía que Sylvie lo había guardado. Se quedó sin habla; negó con la cabeza. Otro pájaro cayó del cielo.

Sylvie perdió la compostura.

—¡La fotografía que se hizo padre en la guerra también está dentro del libro! ¡Vamos a perderla! ¡Perderemos las dos cosas!

Desesperada, Meg habría querido decirle que podían conseguir otro ejemplar; pero el libro era irremplazable, pues conservaba los pensamientos y observaciones que Ruth había ido anotando meses antes de su muerte. Y tampoco habría forma de sustituir el retrato de su padre.

Meg se agarró la falda y echó a correr los seis metros que la separaban de su hogar, subió las escaleras y penetró en el estudio. Se atragantó con el humo y el olor de la trementina, el aceite de linaza y los pigmentos quemados. Las llamas devoraban el montón de trapos y ascendían por las cortinas, que se disolvieron en montoncitos sobre el suelo, donde los charcos de fuego empezaron a expandirse.

Cada inspiración le oprimía los pulmones, y se sintió aturdida y lenta por los vapores tóxicos y el miedo que la ahogaba como un humo letal. El viento se filtró por el cuarto, agitando y extendiendo las llamas. Otros lienzos ya empezaban a formar burbujas antes de derretirse en charcos de aceite.

La madera crujió y sacó a Meg de su estupor. En el suelo, la esquina del libro asomaba bajo una sábana que cubría un lienzo. La sábana ya humeaba: cuando la alcanzó, la tela salpicada de pintura estaba en llamas. Más rápido de lo que habría creído posible, tiró de la sábana y la echó a un lado. La falda se le prendió y la apagó con las manos. Cuando alzó la vista, la cubierta del libro ardía, al igual que el estante, que contenía sus utensilios de pintura.

El tiempo se ralentizó y el aire se enrareció. El calor y el humo martilleaban dentro de su cabeza y le perforaban los pulmones. Sujetándose la falda, le propinó una patada al libro para alejarlo del lienzo que ardía detrás. Apagó a manotazos las chispas, que volvieron a adherirse a su falda.

—¡Meg! —La voz de Sylvie flotaba en algún lugar a sus espaldas—. Meg, déjalo, ¡ya no es posible recuperarlo!

Pero sí era posible, y estaba muy cerca. Apenas podía respirar, y mucho menos pensar: las llamas danzaban sobre la cubierta del libro, pero aún no habían devorado las páginas del interior. No obstante, bastaría una fracción de segundo para que fuera demasiado tarde.

Abalanzándose sobre el libro en llamas, lo agarró con ambas manos.

Capítulo 6

El dolor que estalló en su carne consumió su razón. Mientras sofocaba las llamas del libro, el estante superior se vino abajo y un frasco de aceite de linaza, al derramarse sobre el lado derecho de la cubierta, prendió fuego y le quemó profundamente la mano. En su caída, el estante la atrapó bajo el fuego durante un interminable momento de agonía. Apartó el tablón con la otra mano antes de arrancar la cubierta del libro y arrojarla a un lado.

Un fuerte tirón la arrastró hacia atrás. Rodeándola por la cintura, Sylvie le arrebató el volumen quemado y lo lanzó fuera de la estancia.

La piel de Meg seguía ardiendo, o así se lo parecía. Sin luz de gas en los apliques de la pared, la escalera se hallaba a oscuras y, mordiendo el polvo que se le había adherido a los dientes, hubo de bajar a ciegas como por un túnel infinito hasta que Sylvie la hizo salir a un mundo exterior, pintado de naranja y gris.

—¡Ay, no, Meg! ¡Tus manos! —exclamó Sylvie.

Sentía como si le hubieran marcado las palmas y los dedos a fuego y aún tuviera el hierro al rojo vivo sobre la piel. La mano derecha era la que tenía peor aspecto, pero le dolía menos que la izquierda. A falta de agua, Meg se escupió en la mano y oyó cómo siseaba. Una arcada la sacudió.

—Lo siento —sollozaba Sylvie—. Lo siento. Es culpa mía.

Pero no había tiempo para lamentarse, no había tiempo para pensar más allá del momento presente. Meg apretó los dientes para aguantar el dolor. Del cielo seguían cayendo cuervos y gorriones. La cúpula del Palacio de Justicia seguía ardiendo y una montaña de fuego se cernía

sobre ellas.

—¡Meg! ¡Sylvie! —Nate Pierce cruzó la calle a toda velocidad—. ¡Deberíais haber huido hace mucho! ¿Estáis bien?

Entonces brotaron las lágrimas, no solo por las quemaduras, sino por su padre ausente, por la ciudad en llamas, por el hogar que estaba a punto de perder. «No», pensó Meg. «No lo estoy. Nadie lo está».

Sin embargo, lo que respondió fue:

—Solo me he quemado las manos. Puedo andar. O correr. —Contemplando el infierno en que se había convertido la calle y las pavesas que llegaban flotando desde el sur, añadió—: El libro podría estropearse o perderse. O le podría caer una chispa encima, y se quemaría. Tenemos que enterrarlo.

La preocupación asomó a las facciones manchadas de hollín de Nate, pero enseguida se vio reemplazada por la sensación de urgencia.

—Yo lo haré —dijo antes de sacar su americana de la bolsa, envolver con ella el libro y desaparecer.

Entretanto, Sylvie rasgó dos largas bandas de tela de su delantal y comenzó a envolver las manos de Meg. Para cuando hubo acabado, Nate estaba de regreso.

—Vamos —las exhortó, y las hermanas enlazaron los brazos con los del hombre.

Las manos de Meg le latían con un dolor candente en el momento en que abandonaron la acera y se echaron a la calle, pero en cuanto se vieron envueltos por la muchedumbre en marcha, sus nervios se concentraron en la huida.

—Estábamos esperando a padre. —El viento se llevó las palabras de Sylvie, acallando la explicación que trataba de ofrecerle a Nate. Ante ellos, un pedazo de papel en llamas trazó una espiral roja en el aire.

—Eso me imaginé cuando lo vi —dijo.

—¿Lo viste? ¿En la estación? ¿Se encontraba bien?

—No llegó hasta allí con la carreta. Cuando me lo encontré, estaba ardiendo a su lado.

—¿Cómo? —Meg detuvo sus pasos, pero Nate la obligó a continuar. Sylvie caminaba deprisa al otro lado. Rodearon una cómoda y un sofá.

—No te preocupes, no le pasará nada.

—Pero...

Una columna de fuego se elevaba en un callejón aledaño, devorando regueros de hojas secas y pilas de leña preparada para el próximo invierno.

—Luego os lo cuento —repuso Nate—. Ahora mismo no puedo malgastar el aliento.

A su alrededor llovían cenizas. Una cayó sobre el chal de Sylvie y, aunque la apagó de inmediato, el olor a lana quemada irritó aún más los nervios de Meg.

Nadie volvió a mencionar a Stephen. Meg lo buscaba entre los rostros de la multitud, pero fue en vano. De pronto, algo tiró de ella hacia atrás, y trastabilló.

Nate se había detenido. En la manzana próxima, una ráfaga de viento se había apoderado del mobiliario en llamas que alguien había abandonado en mitad de la calle y lo elevaba por el aire.

—Por ahí no podemos seguir.

Allá donde iban, parecía que cada camino acabara cortado. Cuando un edificio se derrumbó en una esquina, los escombros que se desparramaron por la calle levantaron una nube de polvo de caliza que les cubrió el cuerpo, se les introdujo por la nariz y les secó la garganta. Otra intersección se hallaba bloqueada por una bomba de vapor, con la que los heroicos bomberos trataban de salvar un elegante edificio. El fuego no solo se acercaba hacia ellos desde atrás: se extendía mediante llamaradas y chispas flotando en el aire.

El estruendo de los edificios al desplomarse aumentó, al igual que las explosiones, casi constantes. Los barriles de aceite de un colmado sonaron como una ráfaga de atronadora artillería al estallar. Después no quedó sino el sonido del propio fuego, eclipsando cualquier otro. En la ciudad no tañían ya las campanas, o aquellas que quedaban no llegaban a oírse. Un hotel se derrumbó hacia dentro, casi sin hacer ruido.

—Ahí está el puente —dijo por fin Nate.

El río presentaba manchas de aceite en llamas sobre la superficie. Los palos de los barcos se quemaban antes de partirse y caer siseando en el agua. Un retazo de ardiente velamen flotó por el aire antes de posarse en el puente y consumirse.

—Tendremos que correr. La estructura de acero nos soportará aun cuando las planchas de madera caigan —gritó para hacerse oír por encima de los caballos y los carros que se dirigían al puente. Estaba cubierto de una película de polvo de yeso de los edificios derruidos, cada centímetro de su persona de un pálido tono verde grisáceo salvo por los ojos azules, llorosos.

El suelo tembló y, acto seguido, se oyó un bramido aterrador. La cúpula del Palacio de Justicia debía de haberse desplomado con su campana, imaginó Meg, cuyos pensamientos se deslizaban por encima del dolor que sentía. Tal vez fuera el instinto de supervivencia o sencillamente la gracia de Dios en un momento extraordinario, pero

notaba la mente más clara que nunca. Sabía que ese puente los sostendría y sintió una atracción magnética por alcanzarlo.

—Vamos.

Adentrándose en la multitud, se encaminaron al puente.

A cada minuto se producía algún choque. Cuando el eje de una rueda se rompió y dejó inutilizable un carro, varios hombres descargaron los ataúdes que transportaba y se los echaron a hombros. Cuando los portadores quedaron ocultos entre la muchedumbre, los ataúdes aún se veían, ondeando por encima de las cabezas.

El dolor era penetrante; el pánico, aterrador. Pero aquella noche también acabaría, se dijo Meg, igual que acabaría el océano de llamas que avanzaba hacia ellos. Habría un después. Ese no era el final de la historia o, al menos, no tenía por qué serlo, aunque se oía, se veía y se sentía como si fuese el último día sobre la faz de la tierra.

❋❋❋

Cruzar el puente no garantizó su seguridad. Igual que el fuego había saltado sobre la rama sur del río Chicago, lo mismo sucedió con el cauce principal. Poco después de las tres de la madrugada, a Meg le llegó el rumor de que el sistema de abastecimiento de la ciudad se había incendiado.

Se desató una nueva oleada de locura. La gente se empujaba, sollozaba y rezaba mientras a su alrededor corrían caballos y vacas desorientadas. Meg notó cómo unas ratas pasaban bajo su falda y entre sus tobillos, buscando también refugio. Estaban rodeados por el río y el lago, pero como las bombas de agua dejaron de funcionar, se cortó el suministro a la ciudad. El poco control que se había ejercido contra el fuego se vino abajo.

—No os detengáis —conminó Nate, como si la misma urgencia que él sentía no le quemase también a Meg por dentro.

Cuando el chal que le cubría la cabeza se deslizó hacia atrás, Sylvie se lo volvió a colocar sobre el cabello y le apretó el nudo bajo la barbilla.

—Gracias.

Le dolía al hablar, al sonreír, al gesticular. Tenía los labios agrietados y llenos de ampollas, la garganta como un desierto, y todas las fuentes estaban ya secas.

Cuanto más avanzaban hacia el norte, más parecía que la mitad del mundo avanzara con ellos, pues además del inglés y del marcado acento irlandés, Meg oía palabras en polaco, sueco, checo y noruego.

Todos huían de su hogar. Todos habían quedado desamparados de golpe.

Pequeños grupos de personas se fueron separando de la multitud hasta que decenas y luego cientos de ellas buscaban refugio ascendiendo al lago Michigan. El agua estaría helada en esa época del año.

Nate, Meg y Sylvie continuaron junto a otros miles rumbo al norte.

—No tenía que haber mandado a padre a ningún sitio —dijo Sylvie al tiempo que estiraba el cuello, buscándolo, para desistir un instante después. El polvo que los cubría a todos impedía distinguir a la persona que hubiese debajo—. Si lo encontramos...

—Lo encontraremos. —Gotas de sudor descendían por las sienes de Nate, abriendo estrechos surcos a través de la suciedad—. Es todo un superviviente.

Su confianza animó a Meg, aunque no a Sylvie. Al fin y al cabo, Nate había sido el último en ver a Stephen durante el incendio.

—Pero él no quería marcharse —la voz de Sylvie se quebró—. No estaba preparado. Como dijiste, Meg, fui yo quien lo obligó. No sé si será capaz de perdonarme. Si hubiera sabido lo que nos depararía la noche, no lo habría hecho. Si algo le sucede… —La interrumpió un acceso de tos rebosante de polvo y hollín.

Nate se giró y contempló el incendio por encima de sus cabezas. Con la mandíbula contraída, miró a Meg y le hizo un gesto señalando hacia el norte.

—Seguid adelante.

El bramido del fuego a sus espaldas era un recordatorio constante de la amenaza que los acechaba.

Meg enlazó el brazo con el de su hermana y adaptó su ritmo al de Sylvie, haciendo caso omiso del dolor lacerante bajo las vendas.

—Lo solucionaremos —dijo, el habla levemente alterada por la sequedad de su lengua sedienta—. Más tarde. Pronto.

Sylvie apoyó la cabeza en el hombro de Meg.

—Rezo por que así sea.

Al fin el sol se levantó y amaneció la mañana del lunes. El fuego seguía ardiendo a la luz del día; su brillo era demasiado cegador como para mirarlo de frente, como un sabueso que les mordiera los talones. Aunque el velo de la noche se había levantado, el aire estaba demasiado cargado y el viento soplaba con tal fuerza que Meg no acertaba a atisbar el final de la manzana. Una constante tormenta de arena azotaba su rostro como minúsculos pedazos de cristal.

La luz del sol no conseguía penetrar entre el polvo y la pólvora, por

lo que el día permanecía velado y sin color. El hambre marcaba el paso del tiempo a medida que el día daba paso a la tarde. Después de atravesar los viejos cementerios alemán y católico, por fin llegaron a Lincoln Park, una larga franja de tierra a lo largo de la orilla del lago. Miles de personas, llegadas antes que ellos, atestaban el parque y Meg supuso que otros cientos, si no miles, llegarían muy pronto. Montones de muebles de todo tipo jalonaban el parque: alfombras, escritorios, camas desmontadas, bañeras, relojes, sillas y baúles.

La sensación reinante era la de haber sobrevivido al terror, aunque el fuego, todavía amenazante, lamía la valla que bordeaba el margen del parque a lo largo de la calle Clark. Grandes espejos planos, apoyados en árboles, reflejaban el incendio. El lugar permanecía iluminado por un sinfín de chispas flotando por encima de sus cabezas. Las llamas consumían las lápidas de pino barato del viejo cementerio y, en ocasiones, incluso penetraban en el suelo reseco, por lo que ni siquiera los muertos descansaban en paz. Los vivos, en cambio, observaban desde la orilla sin hierba del lago Michigan, vencedores de una prueba de fuego.

Un fuego que los había igualado. Veinticuatro horas después de que se desatase, la misma ceniza cubría a estibadores irlandeses, criadas suecas y hombres de negocios de acento afectado. Un grupo de personas bien vestidas procedente de un salón alemán cantaba, mientras una pequeña congregación de metodistas entonaba una silenciosa oración, todos ellos sobre la misma tierra al borde del agua.

—Meg. —Nate le tocó el hombro y esta se volvió a mirarlo. El polvo se incrustaba en las finas líneas de su rostro, reflejo de la preocupación que expresaban sus ojos y su boca. Le recordó a uno de sus bocetos, tan necesitado de color—. Venid. Sylvie y tú podréis dormir un poco —dijo al tiempo que señalaba una caja de piano abandonada que había tumbado de lado—. Yo vigilaré.

La joven ladeó la cabeza y se quedó mirando al reportero, que poco tiempo atrás no era sino un desconocido.

—¿Por qué fuiste a buscarnos? —preguntó, esforzándose por que su voz no delatara la agonía de sus manos.

Nate observó las vendas antes de levantar la vista a sus ojos.

—Considéralo un exagerado sentido de la responsabilidad. ¿O cierta tendencia a meterme en los asuntos de los demás? Gajes del oficio. —Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Dudo que la mayoría de los reporteros se dedicasen anoche a buscar a sus recientes entrevistados —repuso Meg, poco convencida.

—Puede que no —rio—. Pero me apuesto algo a que podré escribir

un artículo que rivalizará con los suyos —respondió, dándose una palmadita en la cartera que aún le colgaba del hombro, con los dedos hormigueantes por el ansia de transferir al papel sus notas mentales.

—No podríamos estarte más agradecidas —dijo Sylvie con la respiración entrecortada—. Pero ¿por qué no vino nuestro padre?

Nate se frotó el mentón, cubierto de una barba incipiente, y se embadurnó aún más la cara de ceniza. Pero, retirada una parte de la suciedad, Meg se percató del corte en el labio y de la piel amoratada.

—Digamos que, anoche, tenía sus propias batallas que librar, y no precisamente contra el fuego.

Meg se estremeció.

—Y serían más importantes para él que sus hijas —replicó Sylvie, indignada.

—No era él mismo. No me reconoció.

—¿Qué dijo? —Las palabras de Sylvie sonaron áridas—. ¿Qué te hizo?

Nate tardó en responder.

—El ruido, el humo y el fuego. Una parte de él creía que había vuelto a la guerra. Como ya os he dicho, no era él mismo. No era culpa suya.

Así que Nate había ido a buscarlas por iniciativa propia, sin que su padre lo exhortara. Si Meg no se equivocaba, Stephen le había propinado un puñetazo, cegado por la furia, y Nate había puesto la situación en contexto con compasión y comprensión. Obviaría la punzada de rechazo que sentía por lo que su padre había hecho y se concentraría en esos sentimientos.

Sylvie elevó las rodillas y las rodeó con los brazos, mirando a la lejanía.

—No sé si estoy más enfadada con él o conmigo misma, por insistir en mandarlo al tumulto. Lo único que sé es que estoy enfadada, porque no volvió. Ni anoche, ni después de la guerra. Nuestro padre nunca volvió a casa.

Era insoportable oírla hablar así. Meg buscó en su mente agotada alguna respuesta que aliviase el corazón roto de su hermana, y también el suyo, pues no podía negar la verdad que encerraban las palabras de Sylvie. Stephen Townsend no había vuelto a casa. Pero su lealtad no le permitía admitir algo así en voz alta. Dado que no podía alejar las tribulaciones, prefería pintar sobre ellas con un grueso trazo de esperanza; pero en momentos como ese, no parecía sino una leve capa de vulgar barniz.

—Lo siento —dijo Nate, posando la mano en la espalda temblorosa

de Sylvie—. Por favor, tratad de descansar, las dos.

La joven asintió y se tumbó de lado. El ceño permaneció fruncido por la preocupación aun cuando su respiración se calmó y adoptó el ritmo pausado del sueño.

Meg, tendida a su lado, se debatía entre el dolor de las manos y el agotamiento que la consumía hasta el tuétano. Lo último que vio antes de caer en un profundo y pesado sueño fue a Nate sofocando a pisotones una nueva llamarada.

Cuando despertó, volvía a ser noche cerrada: sentía las piernas frías. Y mojadas.

Sobresaltada, se incorporó y salió al aire libre. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo protestaron por el movimiento, especialmente sus pies, hinchados y llenos de ampollas, pero extendió los brazos de par en par y alzó el rostro a unos cielos que hasta hacía muy poco habían sido el escenario del infierno.

—Es lluvia —dijo—. ¡Está lloviendo! —exclamó, mientras sus botines se hundían en la tierra reblandecida.

—Gracias a Dios —con la ropa arrugada y hecha jirones, Nate se situó junto a Meg: su calor era reconfortante—. Gracias por la lluvia, Dios mío.

Sylvie salió de la caja del piano, con el pelo alborotado y gris de polvo y suciedad, y frotándose los ojos para ahuyentar el sueño.

—¿Está pasando de verdad? —preguntó, alzando las manos y viendo cómo las húmedas gotas le mojaban las palmas.

Nate las rodeó en un fraternal abrazo y luego las soltó. El agua les caía por la cabeza, formando una pasta con la ceniza del pelo, enjuagando sus rostros, empapando su ropa carcomida por las chispas y adhiriéndola a su piel. Por todo el parque se elevó un clamor jubiloso en media docena de idiomas: habían sobrevivido al incendio. Tras la sequía que había convertido su ciudad en una caja de cerillas, Dios les había enviado lluvia. Estaban salvados.

Sin embargo, Meg seguía sintiéndose perdida. En sus mejillas, la lluvia se mezclaba con lágrimas de gratitud y de tristeza, emociones que pugnaban con igual fuerza en su interior.

Nate se agachó y, extrayendo su cartera de la caja de piano, se la echó al hombro.

—Señoritas, es hora de que vuelva al trabajo —acertó a decir con tono profesional, a pesar de la voz rasposa por el humo—. Ahora que es seguro regresar, tengo que ir al *Tribune*. Pero no voy a dejar que paséis el resto de la noche bajo la lluvia y sin protección.

Sacando fuerzas de flaqueza, Meg se apartó el cabello de la cara

con el antebrazo.

—Tienes razón. Es hora de volver a casa.

Estas palabras transmitían mayor optimismo del que sentía. Sus pensamientos oscilaban entre el alivio por haber sobrevivido, la preocupación por el destino de Stephen y el miedo por sus manos, que aún palpitaban de dolor bajo los vendajes. Aunque, si algo había aprendido durante los últimos años, era que el cuerpo se curaba con mucha mayor facilidad que el espíritu. Sus manos se recuperarían de la terrible experiencia. ¿Podría decirse lo mismo de su padre?

Se hallaba en el límite entre el antes y el después. No era la primera vez que cruzaba tal frontera, o así se lo pareció al hacer memoria de otros hitos en su vida: antes de la guerra y después. Antes del encarcelamiento de su padre en Andersonville y después. Antes de la muerte de su madre y después.

El después siempre era peor.

—No quedará mucha casa a la que volver —dijo Sylvie con voz queda—. Pero tal vez padre nos encuentre allí. No sé qué haremos si no es así. —Se quedó callada un instante—. No sé qué haremos siquiera si es el caso. ¡Oh, Meg! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Temerosa de plantearse una respuesta, lo único en lo que Meg podía pensar era que hacía años que Sylvie no le hacía esa pregunta. ¿Cuándo había sido la última vez? Meg sustituyó el escenario monocromático de Lincoln Park por las acuarelas de los recuerdos. ¿Cuándo había dejado su hermana de buscarla en los momentos de crisis? ¿Y por qué? En ese momento, Meg se sentía incapaz de mirar a un futuro sombrío, por lo que echó la vista atrás.

En el lienzo de su mente se veía a sí misma y a su hermana: esta, con quince o dieciséis años, buscaba su consejo. «¿Qué voy a hacer? ¿Qué vamos a hacer ahora?». Meg le daba la espalda para volverse a su padre, lloroso, que la necesitaba más que ella.

El arrepentimiento le escoció en los ojos. En aquel momento no había sabido qué decir, y tampoco lo sabía en este. Esta vez, al menos, abrió los brazos para su hermana y la abrazó lo más fuerte que pudo antes de echar a andar con Nate.

El fuego lo había cambiado todo hasta extremos que, en ese momento, ni siquiera era capaz de imaginar. Sin embargo, había dos pilares que seguían en pie: Meg tenía una hermana a su lado y a un padre fuera de su alcance.

Capítulo 7

Martes, 10 de octubre de 1871

Stephen no sabía dónde estaba.

La razón le decía que estaba en Chicago, pero no encontraba pruebas de ello, y no era capaz de discernir en qué calle se hallaba ni lograba reconocer ninguna de las adyacentes. Allá donde miraba había montones de ladrillos, fragmentos de tejados de cinc, cables de telégrafo, algún que otro muro en pie o un arco de entrada delante de un edificio derruido. Casas y hoteles se habían hundido hasta los cimientos. Cada manzana en ruinas era igual a la siguiente. Si al menos encontrase el Palacio de Justicia, o acaso la campana en mitad de los escombros, a partir de ellos podría encontrar el camino a casa. Siguió andando.

Tiempo atrás, las calles se habían elevado entre metro y medio y cuatro metros por encima del nivel original de la ciudad. En ese momento se alzaban como pasos elevados, descollaban como los huesos de un prisionero de guerra famélico. Ofrecían una impresión lúgubre y estremecedora.

Un boletín arrugado rodó ante sus pies. Lo agarró y alisó el papel contra su pecho antes de leerlo. *Evening Journal: número extra*, rezaba el titular. Estaba fechado a 9 de octubre de 1871.

> *¡La gran calamidad de nuestra época!*
> *¡Chicago reducida a cenizas!*
> *Cientos de millones de dólares en propiedades destruidos.*
> *Los Distritos Sur y Norte, y parte de la División Oeste de la ciudad, en ruinas.*

Todos los hoteles, bancos, edificios públicos, redacciones de periódicos y grandes empresas, desaparecidos.
El incendio aún no ha sido sofocado.
El fuego sigue devorándolo todo.

Stephen ojeó el resto de la página, pero era incapaz de concentrarse lo suficiente como para leer con atención. Dándose por vencido, dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo del pantalón; más tarde tal vez intentase de nuevo entender lo sucedido.

Varios niños se movían por entre los montones de ladrillos: extraían cubiertos de plata fundidos, botellas de vidrio aplastadas, candelabros doblados por la mitad. Uno de ellos encontró un bloque de canicas que se habían derretido hasta formar una colorida masa deforme. Curiosidades, las llamaban. Reliquias del incendio.

Stephen también se sentía como una reliquia, una curiosidad incluso para sí mismo. Un hombre cuyo espíritu se había aplastado y deformado hasta tal punto que no había logrado cuidar de sus propias hijas cuando más le necesitaban. Con la ropa todavía húmeda de la lluvia de la víspera, temblaba de frío y algo más, algo que bien podría haber sido vergüenza.

Había fallado a las muchachas. Había perdido todo lo que le habían encomendado y las había dejado abandonadas a su suerte. ¿Qué les diría cuando las encontrase?

¿Y si no las encontraba en este mundo? ¿Y si ya no era posible encontrarlas? Las curiosidades no eran lo único que la gente estaba desenterrando ese día: también retiraban restos humanos carbonizados. Las rodillas le cedieron al caer en la cuenta de que tal vez sus propias hijas no hubieran escapado de las llamas. Y entonces, ¿qué?

Stephen se sentó sobre una pila de ladrillos aún caliente y apoyó la cabeza en las manos, intentando poner en orden sus pensamientos, pero estos se negaban a obedecer. Eran como un tren cuyos vagones no dejaran de desengancharse y descarrilar.

Tendría que haberse preocupado por el bienestar de Meg y Sylvie mucho antes, y le inquietaba no haberlo hecho. Incluso en ese momento, mientras consideraba lo que les podría haber sucedido, no sentía la angustia de un padre, sino una suerte de indiferencia, de insensibilidad, que sin duda heriría a sus hijas si se enterasen.

Como si su ausencia no las hubiera herido o enojado ya lo suficiente.

Había algo en él que no estaba bien. Debería ser capaz de sentir por

ellas más de lo que sentía. Pero antes de la guerra era más fácil. Después, cuando sentía algo, normalmente era miedo, recelo o rabia. Si pudiera sentir pesar, es probable que en ese momento la situación lo hubiera entristecido.

La grava crujió bajo unas pisadas y, al alzar la mirada, Stephen vio a un par de hombres que rescataban otro cuerpo de entre los escombros. No se había quemado. Supuso que lo habría aplastado un caballo desbocado o un carro, o quizá un edificio al derrumbarse.

Un retazo de recuerdo pasó raudo por su mente. Durante el incendio había herido a alguien, o al menos lo había intentado. Recordaba haber estampado sus puños sobre carne y hueso. Alguien, tal vez más de una persona, había sangrado bajo su mano. Luego, tan rápido como se había visto librándose de sus atacantes, su memoria escapó de Chicago y tomó el camino que siempre lo llevaba de vuelta a Andersonville.

Al dolor que había infligido para seguir vivo. Aunque, siendo sinceros, no era cierto: allí se había tratado más bien de autodefensa. Cuando golpeó con una barra a un hombre hasta provocarle la muerte, lo hizo únicamente para impartir una terrible justicia y defender a los más débiles de entre los suyos.

Al cerrar los ojos, lo vio de nuevo: podía sentir la tierra arcillosa de Georgia sobre la piel, entre los piojos y las costras. Los *raiders* habían ido demasiado lejos. Era una despiadada banda de prisioneros que se aprovechaba de otros reclusos: les rompían huesos y hasta los mataban para quedarse con su ración o arrebatarles un lugar a la sombra. Eran una vergüenza para el uniforme de la Unión; representaban lo peor de la raza humana y creían que el campo entero era suyo. Nadie se atrevió a hacerles frente hasta que los guardias armaron en secreto a Stephen y a otros hombres con porras para que los sometieran a palos. Stephen era lo que se conocía como un regulador, nada más. No había sido su intención matar a aquel hombre con la porra, pero lo había hecho.

Había sido distinto de poner a un enemigo en el punto de mira y disparar el gatillo en mitad de una batalla: había matado a un hombre, a un compañero yanqui, a sangre fría. Y lo habían considerado un héroe por ello.

Desde entonces, lo consideraban un héroe.

Pero no lo era.

—¡Eh, señor! —Un chiquillo de unos doce años, con el rostro lleno de pecas, trepó hasta donde se hallaba Stephen, devolviéndolo al presente—. Échele un vistazo a este objeto tan hermoso, ¿eh? ¿No le

gustaría guardar un recuerdo de la gran calamidad de nuestra época?

—¿Qué es? —preguntó Stephen con el ceño fruncido.

—¿Cómo, es que no lo ve? Es un montón de tazas de cerámica que se han fundido. Podrían ser hasta del café Wild Onion. Imagíneselo: allí estaban, limpias, brillantes, listas para servir un buen café caliente a los clientes que desayunasen el lunes por la mañana. Pero los clientes nunca llegaron: lo que llegó fue el fuego. Entonces, ¿cuánto me da por algo así? Acepto ofertas, ¿eh?

—Estás hecho todo un comercial, ¿no?

El chiquillo sonrió de oreja a oreja y se apartó un mechón de cabello negro de los ojos.

—Me llamo Louis Garibaldi. Si algún día necesita algo, solo tiene que preguntar por mí por ahí y puede estar seguro de que se lo conseguiré. Conozco a todo aquel a quien hay que conocer. Tengo contactos, señor.

Sus palabras no impresionaron a Stephen.

—No, gracias. No quiero ese montón de tazas inútiles.

—Muy bien, ¿y esto otro? ¿Qué cree que sería en una vida anterior?

Sin molestarse siquiera en mirar, Stephen se levantó de la pila de ladrillos.

—No tengo ni idea.

—¡Un revólver, por supuesto!

Stephen miró a Louis antes de bajar la vista a la reliquia que sostenía.

—¿Dónde has encontrado eso? —preguntó mientras se palpaba la cintura en busca de su Colt. No estaba ahí.

—¿Por qué? ¿Qué más le da?

Stephen agarró el revólver y le dio la vuelta para inspeccionarlo. El cañón se había desalineado. El cilindro que albergaba las balas no giraba sino aplicando una fuerza enorme y el fuego había reducido a cenizas la culata de avellano. Como arma era inútil, pero era suya y así se lo dijo al chiquillo.

—No, aún no lo es —Louis se la arrebató a Stephen de la mano—. Pero puede serlo por un buen precio. ¿Cuánto está dispuesto a darme?

—Mira, niño, no me queda ni un penique en el mundo. Pero eso es lo de menos, porque ya te he dicho que es mío.

—Demuéstremelo.

—Mira bien el lado del cañón. Verás unas iniciales grabadas: SJT. Ese soy yo, Stephen James Townsend. Ese revólver y yo hemos vivido mucho juntos y no me voy a separar de él simplemente porque haya tenido un mal día. Devuélvemelo.

Louis arrugó el entrecejo mientras escudriñaba las iniciales que Stephen sabía que estaban ahí.

—«SJT» puede significar muchas cosas, señor. Podría ser Samson Jeffrey Talbot. O Simeon Jason Thorndike. Esta pistola podría ser la preciada propiedad de un tal Sagaz... Jarrón... Torcido.

—¿Sagaz Jarrón Torcido?

El niño se encogió de hombros.

—Un nombre en código. Quienquiera que fuese el propietario debería pagar una pequeña recompensa por recuperarlo, ¿no cree?

—Quienquiera que robe un objeto a su legítimo propietario debería ir a la cárcel, ¿qué te parece? —replicó Stephen, que sentía la frustración como un hormigueo bajo la piel. Ese chiquillo le iba a quitar lo único que le hacía sentirse seguro.

Louis soltó una carcajada al tiempo que se zafaba de Stephen.

—Pero, señor, ¿usted cree que la policía se va a preocupar por algo así en estos momentos? —Negó con la cabeza, sonriendo alegre—. Si lo quiere, va a tener que darme algo a cambio. En esta vida no hay nada gratis, ¿sabe?

Con estas palabras, el pequeño ratero echó a correr, levantando nubes de polvo y arenisca. Aunque Stephen salió corriendo tras él, al cabo de unos pocos pasos se detuvo, preso de un acceso de tos. Jamás lograría quitarle el revólver a ese niño, y aunque lo consiguiera, jamás volvería a usarlo. Un humor sombrío se apoderó de él.

El silbato de una locomotora sonó en el momento en que esta se adentraba en la estación, a varias manzanas desiertas de distancia. Avanzando a duras penas en sentido contrario, Stephen dio con el camino de vuelta a la plaza del Palacio de Justicia. La cúpula había desaparecido, junto con la enorme campana que tañía incesante la semana anterior. Algunos de los paramentos exteriores seguían en pie, pero no quedaba nada dentro. Stephen se quedó mirándolos largo tiempo: sentía una suerte de identificación con las ruinas en la que no quiso ahondar.

Tampoco quiso pensar en dónde estarían en ese momento todos los delincuentes liberados de los calabozos. No habría querido que murieran abrasados, pero... eran criminales, y a saber dónde estarían. Por instinto, se llevó la mano al revólver, pero al instante recordó su pérdida.

A su alrededor, hombres con prístinos cuellos blancos y levita daban órdenes a otros con palas, picos y carros. Las ruinas de los edificios al otro lado de la calle obstaculizaban el paso. Su mirada se detuvo donde debería haberse alzado Rincón de Libros y Más. En su

lugar no había sino un montón de ladrillos y más buscadores de reliquias a su alrededor.

—¡Eh! —gritó—. ¡Fuera de ahí, carroña! ¡Si queda algo de valor, es mío!

Una gitana desharrapada chilló al verlo, al tiempo que otra se tapaba la boca con las manos cubiertas de vendas antes de gritar:

—¡Padre!

Stephen notó una leve punzada al ver a sus hijas vestidas con andrajos, el cabello cubierto por chales mugrientos, pero vivas. Estaba seguro de que tendría que haber sentido más.

❋❋❋

Después de todo, Sylvie no había enviado a su padre a una muerte segura. Muda de alivio al reconocerlo, se quedó petrificada viendo cómo trepaba por el montículo de escombros donde solía estar su acera. Aquella misma mañana, en la iglesia adonde Nate las había llevado a Meg y a ella en busca de refugio y descanso, Sylvie había rezado desesperadamente para que tal reunión se hiciera realidad. Pero no había pensado en qué diría.

Meg fue la primera en recuperar la voz.

—¡Padre! Está usted vivo; eso es lo único que importa.

En diez palabras, lo había absuelto de la pérdida del inventario y de no haber regresado a buscarlas.

«¿Lo único que importa?», pensó Sylvie, irritada. Siete largos kilómetros de la ciudad habían sucumbido bajo las llamas, incluida su casa y las de Beth y Rosemary. La calle State y la avenida Michigan eran un erial salpicado de ruinas que podrían rivalizar con las de la antigua Roma, por no hablar de las fábricas y aserraderos destruidos, y de los barcos atrapados bajo los puentes caídos. El hotel Palmer House y el *Chicago Tribune* habían resistido al fuego hasta que las bombas de agua dejaron de funcionar y fue imposible mantener húmedos los tejados cubiertos de papel embreado. Desde luego, todo aquello importaba también.

Olvidando sin duda la aversión al contacto físico de Stephen, Meg se acercó a abrazarle. Este se estremeció cuando la distancia entre ellos se acortó y su hija dio un paso atrás: ni siquiera entonces era capaz de estrecharla entre sus brazos, sino que se apartó y caminó para ver el sótano calcinado de la librería.

A una velocidad pasmosa, el alivio de Sylvie por ver vivo a su padre se tornó en frustración: Meg intentaba llegar a él, mucho más de lo

que a Sylvie siquiera le importaba. ¿Es que no veía el daño que le hacía al rechazarla?

—Estábamos muy preocupadas por usted —dijo Sylvie—. Pensábamos que lo habíamos perdido.

Él no dijo que se hubiera preocupado por ellas. No preguntó por las manos de Meg. El dolor dio paso a la ira, por ella y por su hermana.

—¿Qué pasó, padre? —le preguntó Meg.

Stephen se rascó la coronilla y le propinó una patada a un ladrillo roto.

—Lo perdí.

—Ya lo sabemos —respondió—. Nos lo dijo Nate. Nathaniel Pierce, el reportero del *Tribune*, ¿se acuerda de él? ¿Quiere contarnos lo que pasó?

Su padre entrecerró los ojos, inyectados en sangre.

—¿Cómo iba a saberlo él? Si me acabo de enterar yo.

La impaciencia espoleó a Sylvie.

—¿De qué habla?

—De mi revólver. Debió de caérseme en alguna parte durante el incendio y no hace nada que un cazador de reliquias me lo ha enseñado, pero no me lo ha querido devolver si no le pagaba.

—¡Su revólver! —exclamó Sylvie con las mejillas encendidas—. ¡Maldita sea! Ha perdido mucho más que un revólver, lo sabe bien. Ha perdido el inventario y los registros. Hemos perdido todo salvo lo que enterramos en el jardín y ahora hemos sacado. ¡Chicago está en ruinas y usted se lamenta por el revólver!

Meg era demasiado amable o miedosa para decir nada, pero alguien tenía que hacerlo. Y Sylvie no tenía nada que perder.

—¿Qué habéis salvado? —preguntó con los ojos echando chispas—. ¿Qué tenemos? —Su mirada se iluminó al ver los bultos envueltos en almohadones a sus pies—. Si encuentro a ese chiquillo de nuevo, puedo hacer un trueque y recuperar mi Colt. Un hombre necesita un arma, especialmente en estos tiempos. Los rebeldes...

—¡Pero qué rebeldes! Basta ya de rebeldes —masculló Sylvie. Quería gritar. Temiendo hacerlo, se dio la vuelta y se alejó mientras trataba de calmarse.

—Padre, lo que hemos salvado es para nosotros —dijo Meg con voz temblorosa—. Tenemos que comenzar de nuevo. Recuperarnos y empezar una nueva vida sin su revólver.

Su rostro se tornó sombrío, pero olvidó lo que iba a decir al reparar en los vendajes de Meg. Al fin.

—¿Qué te ha pasado?

La joven tragó saliva.

—En el último minuto salvé uno de los libros de madre que estaba en el estudio. Tenía dentro su fotografía, de cuando se fue a la guerra. Las manos se me curarán.

—Mejor lo hubieras dejado arder, hija —respondió, arrugando el entrecejo.

Sylvie casi pudo oír cómo se le rompía el corazón a su hermana.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir? —espetó, pero no obtuvo respuesta—. Estuvimos esperándolo. Nos gustaría saber qué lo retuvo. Díganos cómo pasó la noche.

El hombre dio un paso atrás.

—Lo sabéis tan bien como yo, ¿no? Las calles eran un caos; todo el mundo corría tratando de huir y, al mismo tiempo, no avanzaba.

—Pero ¿qué le impidió llegar a la estación? —Sylvie se cruzó de brazos—. Y, dado que no llegó allí, ¿por qué no regresó a por nosotras como habíamos hablado? —Casi le parecía un pecado presionarlo de tal modo para obtener una respuesta. Pero él tampoco era inocente, por mucho trauma que hubiera sufrido en la guerra.

El hombre frunció el ceño, perplejo.

—Nate dijo que la carreta ya estaba en llamas cuando se lo encontró —terció Meg.

Stephen se volvió hacia su hija de repente.

—¿Ese reportero estaba allí? No lo recuerdo. Sí que me acuerdo del fuego de artillería, de la descarga de mosquetes, de ponerme a cubierto bajo la carreta. Pero no recuerdo todo lo sucedido anoche, así que no puedo responder a tus preguntas, Sylvie. Hay recuerdos que mi cerebro sencillamente rechaza.

—Esa historia ya nos la sabemos.

—Es la verdad —respondió con la mirada endurecida—. Si el pasado es un libro, ciertas páginas de mi mente están emborronadas o han sido arrancadas por completo.

—No pasa nada, Sylvie —dijo Meg, aunque su semblante desmentía sus palabras—. No lo recuerda.

O tal vez no quería recordarlo.

Stephen descendió de un salto al sótano, que había quedado a cielo abierto, y comenzó a rebuscar quién sabía qué. Si hubiera querido conservar algo, tendría que haberlo pensando antes.

—¡Sylvie! —masculló Meg—. Déjalo en paz. Para ya de interrogarlo. Estoy tan disgustada como tú, pero no es el momento de discutir. Nos hemos quedado sin hogar, literal y figuradamente. Es el momento de reconstruir. No lograré que nuestra familia vuelva a ser

lo que era si no me ayudas.

—¿Y qué te hace pensar que con mi ayuda sí lo lograrás? —Las palabras le supieron tan amargas como el sentimiento que albergaban. Trató de sacarse la suciedad bajo las uñas, pero desistió del esfuerzo con un suspiro—. Lo siento. Es que no comparto tu confianza.

Una conmoción atrajo su mirada a la calle. Un carro acababa de detenerse y la gente acudía con baldes y cubos.

—¡Agua! —gritó el carretero—. ¡Tomen aquí su agua por un chelín el balde! ¡Agua para beber, agua!

Sylvie introdujo la mano en el almohadón en busca del dinero y la jarra de peltre que habían salvado. Con ellos en la mano, se apresuró hacia el carro del agua, tan sedienta de noticias como de algo que beber. Tras pedirle a su padre que vigilase sus pertenencias, Meg la siguió.

Al cabo de una docena de personas, les llegó el turno.

—¿Qué puede contarnos? —preguntó Meg al hombre que llenaba la jarra de Sylvie—. Seguro que ahora hay más que contar que lo que leímos en el boletín de esta mañana.

—Sí —respondió el aguador—. Ahora se calcula que cien mil personas han perdido su hogar.

Los caballos sacudieron la cola, inquietos.

—¡Cien mil personas! —exclamó una mujer con acento polaco—. ¿Adónde vamos a ir tantos?

Sylvie y Meg se apartaron una vez hubieron pagado, pero se quedaron para oír la respuesta. Sylvie le acercó a su hermana la jarra a los labios antes de beber ella: jamás nada le había sabido tan exquisito.

El aguador se echó el sombrero hacia atrás y se enjugó la frente antes de llenar el balde de la mujer polaca.

—Los ferrocarriles ofrecen billetes gratuitos a quien quiera salir de la ciudad y tenga adónde ir. El general Sheridan y sus tropas van a montar cincuenta mil tiendas del ejército en Lincoln Park; si no, uno puede quedarse en cualquier iglesia o colegio que encuentre. También puede hacer como aquellos y levantar chabolas con restos de madera y tela —respondió, señalando con los ojos entrecerrados una choza pequeña y chamuscada que se alzaba sobre los cimientos de un edificio derruido.

Sylvie contempló con tristeza cómo la iban levantando. Un lugar así jamás le valdría a su padre. Se parecía demasiado a lo que había descrito de Andersonville. Y estaba segura de que también había pasado tiempo de sobra en tiendas del ejército.

En ese momento, una figura familiar entró en su campo de visión.

—¡Meg! ¿Ese no es Eli Washington?

Meg vio a un cochero esforzándose por guiar una calesa por un camino abierto en la calle La Salle.

—¡Es él! ¡Eli!

Dejaron al aguador y Sylvie se acercó a saludar al cochero.

Eli sujetó las riendas del caballo.

—¡Bendito sea Dios! Al menos todos ustedes se han salvado. Aunque no parecen estar totalmente a salvo.

—Espero que su barrio no haya sufrido daños —dijo Meg.

Antes de que Eli pudiera responder, la puerta de la calesa se abrió, y Jasper Davenport se apeó, extendiendo sus largas extremidades. Sylvie apenas lo conocía de nada, pero su sola presencia la tranquilizó.

—Nuestro vecindario no ha sufrido daños, no. Estamos más al sur de donde se desató el incendió, así que no corrimos peligro en la casa —dijo, aunque mostraba una expresión tan adusta como la de Eli.

—¿Qué ha pasado? ¿Traen noticias?

Cuando Sylvie alzó la mirada, vio acercarse a su padre con todas sus pertenencias a cuestas. Tenía la barba quemada y cubierta de polvo de arenisca, la ropa llena de agujeros, la cara manchada de hollín. Estaba segura de que su aspecto no era mucho mejor, y sintió vergüenza. En un inútil esfuerzo por acicalarse, remetió varios mechones de cabello bajo el chal que le rodeaba la cabeza.

—Mi tío... —comenzó a decir el señor Davenport, arrastrando levemente las palabras. Al quitarse el sombrero, descubrió su cabello rizado del color del bronce—. Eli ha pensado que querrían saberlo.

Sylvie perdió todo interés por su apariencia cuando el miedo se apoderó de su estómago.

—Ha pasado algo.

Algo terrible.

—Díganos —le rogó Meg.

La mirada del señor Davenport se volvió tan dura como la de Stephen.

—Bueno, ya saben que tenía la costumbre de deambular por ahí. Desapareció el domingo por la noche, después de que nos hubiéramos retirado, pero antes de que se diese la alarma general.

—Oh, no —susurró Sylvie—. ¿Cuánto tiempo estuvo desaparecido esta vez? ¿Adónde fue? —preguntó, imaginando lo aterrorizado y confundido que estaría si se acercó en algún momento al incendio.

En el asiento del conductor, Eli encorvó los hombros hacia delante, perdida la compostura. Estrujaba las riendas entre las manos.

—Ese es el problema, me temo —dijo el señor Davenport mientras daba vueltas al sombrero por el ala—. No sabemos a dónde fue.

—¿Quiere decir que aún está desaparecido? —preguntó Meg—. ¿Después de todo este tiempo?

Stephen lo azuzó con un gesto de la mano.

—Venga, joven. Vaya al grano.

—Acabamos de encontrarlo. En un establo de la avenida Milwaukee, en la División Oeste —dijo, como si aún tratara de entenderlo.

—¿Qué diantres estaba haciendo allí?

—El establo se está usando como morgue temporal para las víctimas del fuego. Cuando vimos que no lo encontrábamos entre los vivos, la policía sugirió que lo buscásemos allí.

Sylvie se quedó mirándolo, esperando información. Cualquier cosa que dotase de sentido a lo que acababa de mencionar.

—No querrá decir que... ¿está muerto?

—Aún peor —el señor Davenport clavó en Stephen sus ojos verdes —. Hiram Sloane fue asesinado. Una bala le atravesó el pecho.

Capítulo 8

Miércoles, 11 de octubre de 1871

Cuando Meg, de niña, estaba aprendiendo a leer en casa después de que su maestra la diera por imposible, señalaba cada palabra mientras su padre las leía, y memorizaba las formas de vocablos y sintagmas enteros en lugar de hacerlo letra a letra. Practicaban tanto durante el día que, por la noche, después de irse a la cama, veía las palabras estampadas en sus párpados cerrados. «Érase. Una. Vez». Qué tortura había supuesto concentrarse para dar sentido a todas aquellas formas.

Las palabras que en ese momento circulaban por su consciencia eran igualmente difíciles de comprender. «Hemos perdido nuestra casa. Hiram ha muerto. Asesinado». A su lado, Stephen murmuraba frases imposibles. Meg sabía que también intentaba dar sentido a lo ocurrido.

No sabía si el pesar —el pesar de ambos— se sumaba o se superponía al dolor de sus manos.

Sentada en el suelo de la iglesia en ruinas que en ese momento era su hogar, Meg contemplaba los arcos de inspiración gótica por encima de donde antaño estuviera el altar e imaginaba las vidrieras que habrían decorado los muros. En su mente veía formas y colores, luz y belleza, una historia de redención en el retrato de Cristo en su trono celestial, las manos estigmatizadas extendidas en un gesto de victoria sobre la muerte. Que los ventanales hubieran estallado durante el incendio que había destruido Chicago no significaba que Cristo ya no reinase. Que Hiram Sloane hubiera sido asesinado...

«Cristo aún reina», se repitió. Con las manos igualmente marcadas, cerró los ojos, tan impactada y apenada por la noticia como cuando se había enterado la víspera. No había habido ningún aviso, ninguna despedida. ¿Hiram habría sentido miedo y confusión? ¿Habría sufrido? ¿Por qué iba nadie a matar al pobre hombre?

Se removió sobre el suelo de piedra y, al abrir los ojos, vio que Stephen por fin había caído en un sueño inquieto. Luego contempló, más allá de donde se hallaba Sylvie, la fila de personas que esperaban atención médica. Solo en esa iglesia había más de doscientos refugiados. Aunque la Sociedad de Ayuda y Socorro de Chicago había distribuido ropa donada entre la mayoría, el olor de los cuerpos sin lavar era potente. Varias personas aferraban rosarios y crucifijos durante la espera; sus labios resecos se movían en una plegaria silenciosa. Otros charlaban animados alrededor de una hoguera.

—¿Qué es esto sino el castigo de Dios sobre una ciudad pecadora, llena de vicio y perdición? —preguntó uno.

—No, no, lo estás interpretando mal. Lo que tú ves como un castigo, yo lo veo como misericordia. Es la oportunidad de reconstruir una ciudad aún mejor.

Una pelota rodó hasta el hombre que había hablado, que se la devolvió a una docena de niños que jugaban en el santuario vacío, cuyos bancos de madera se habían calcinado.

—¿Misericordia? —replicó un tercero—. Lo que quieres decir es «conveniencia». Ya veréis cómo Chicago convierte la tragedia en una forma de hacer dinero y restregárselo a los neoyorquinos.

Sylvie se inclinó sobre los abultados almohadones dispuestos entre ella y su hermana.

—Deja que te remangue. El médico está a punto de llegar.

Ágiles, sus dedos fueron enrollando la manga hasta que el brazo de Meg quedó expuesto.

Esta tenía los nervios a flor de piel cuando el médico se presentó: se trataba del doctor Dennis Gilbert, y le administró a su hermana la vacuna contra la viruela. El cabello grisáceo daba cuenta de sus años de experiencia y la amabilidad de sus gestos resultaba reconfortante. Cuando le llegó el turno a Meg, observó cómo la aguja penetraba en el brazo y volvía a salir.

—Doctor Gilbert —dijo, al tiempo que levantaba las manos. Los vendajes se habían convertido en harapos, ennegrecidos y hechos jirones.

—Ya veo —las puntas enceradas del bigote descendieron cuando el hombre arrugó la frente. Su chaleco con estampado de cachemira

desprendía el aroma dulzón del tabaco de pipa—. ¿Naturaleza de las lesiones?

Se lo contó brevemente.

—Supongo que no le aplicaron ungüento ni linimento alguno antes de colocar los vendajes.

El gesto de Meg se ensombreció.

—No hubo tiempo. Teníamos que...

—Lo entiendo —la interrumpió, mientras le mostraba una botella y se la ponía en los labios—. Todo será más fácil si bebe un poco de esto. Dos grandes tragos. Ojalá pudiera ofrecerle láudano.

Debía de ser *whisky*, porque nunca había sentido una quemazón semejante en la lengua y la garganta. Tosió y escupió. El sudor le perlaba el nacimiento del cabello.

Meg ni siquiera había recuperado el aliento cuando el doctor Gilbert le retiró el vendaje de la mano izquierda hasta llegar a la parte adherida a las quemaduras.

—Va a notar cierta incomodidad —dijo, antes de retirar la tela y arrancar con ella parte de la carne quemada. Había una sustancia amarillenta mezclada con sangre de las manos, que presentaban un aspecto apergaminado, rojo oscuro y marrón—. Eso es serosidad. Es normal.

Meg cerró los ojos y giró la cabeza, apretando los dientes. No debería haber mirado.

A su lado, Stephen despertó de repente.

—¿Qué le está haciendo? —le espetó al doctor.

—Ni más ni menos que lo hay que hacer. Si tuviera más tiempo y agua a mi disposición, le trataría mejor las quemaduras y se las lavaría como se debe.

—¿Quiere decir que no la está tratando como se debe? —preguntó indignado—. ¿Es que vamos a tener que esperar a que se gangrene?

Meg se estremeció ante tal palabra, pero apreció el sentimiento de base. Que su padre expresase preocupación por ella era una amabilidad inesperada: que se hubiera convertido en algo tan inusual como para que le llamara la atención, cuando antes de la guerra había sido tan común como el respirar, era una verdad demasiado dolorosa como para detenerse en ella. Dejó que la idea se desvaneciese como quien deja de apretar un moratón.

El doctor Gilbert comenzó a quitarle la venda de la mano derecha.

—Tranquilo, buen hombre. Hago todo lo que puedo.

—Esta no me duele tanto como la izquierda —le dijo Meg. Aun así, no quería mirar cuando la descubriera. Y tampoco Sylvie, que en su

lugar le sostuvo la mirada a ella.

El silencio que se extendió no debió de durar más que unos segundos, pero bastó para sembrar la incertidumbre.

—Su mano izquierda ha sufrido una profunda quemadura de segundo grado. Sin embargo, la derecha... —El tono del médico había variado leve pero claramente.

Acostumbrada a estudiar las caras, vio en el rictus de la boca y la mirada huidiza que estaba preparándose para lo que iba a decir a continuación, por lo que ella también debería prepararse. El miedo la sacudió por dentro.

—En la mano derecha hay una sección con una quemadura de tercer grado, que cubre la parte inferior del pulgar, el índice y parte de la palma, por debajo del dedo corazón, antes de dar paso a una quemadura de segundo grado. Por eso no siente dolor alguno ahí. La lesión es tan profunda que ha dañado los nervios.

Oyó lo que decía. Pero lo oyó como quien oye una voz al otro lado de un largo túnel. Una oleada de calor la mareó; las preguntas le afloraban a la punta de la lengua, pero se las tragó, incapaz de oír qué nivel de funcionalidad podría o no recuperar. Antes bien, alimentaría la esperanza y la determinación. ¿Acaso no le habían dicho que jamás aprendería a leer ni a sumar? Aquellas terribles predicciones habían resultado equivocadas. Aun así, un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Qué podemos hacer, doctor? —Con un gesto tan dulce como su tono de voz, Sylvie rodeó con el brazo a su hermana.

El médico extrajo del maletín un tarro de pomada y empezó a extendérsela por las manos. Solo las quemaduras de segundo grado protestaron por el contacto.

—Vamos a volver a vendárselas. Si consigue láudano, que lo tome durante los tres próximos días para aguantar el dolor, especialmente antes de cambiarle los vendajes, cosa que deberá hacer a diario. Basta con que le quite las vendas, le remoje las manos un poco antes de lavárselas y se las vuelva a vendar. Me temo que no tengo ungüento de sobra.

—Pero ¿estará mejor? —preguntó Sylvie, con la voz quebrada—. Es decir, ¿cuando ya no le hagan falta los vendajes?

—La mano izquierda se recuperará en dos o tres semanas. La derecha necesitará un par de semanas más. Vengan a mi consulta en la clínica gratuita de la División Norte dentro de una semana o diez días, si no las veo antes por aquí.

—¿Y luego? ¿Qué pasará con las cicatrices? —insistió Sylvie—. No le impedirán el uso normal de las manos, ¿verdad? ¿Al menos de la

izquierda?

El médico terminó de aplicar la pomada antes de cubrirle las heridas con vendas limpias.

—Desde luego que le quedarán cicatrices, incluso en la mano izquierda. Pero la gravedad y cómo le afectará en el día a día es algo que se irá viendo.

La manera en que discutían su futuro delante de ella, pero sin su intervención, hizo que Meg se sintiera extraña y afortunadamente ajena a todo.

El doctor Gilbert se dirigió a Stephen.

—Muy bien, pues ha llegado su turno, señor. Solo tiene que levantarse la manga.

En vez de hacerlo, el hombre se levantó y se alejó, arrastrando con sus pasos una chirriante esquirla de pizarra por el suelo. El sonido atrajo la atención de Meg, a pesar de la sensación de estupor.

—¿Señor? —lo llamó el médico.

—Toda esta gente...

—Sí, está esperando a que la atienda. Así que, si me permite administrarle rápidamente la vacuna...

Stephen se dio un tironcito en la punta de la barba y se puso a tamborilear con los dedos a un lado de la pierna.

—Hay demasiada gente. Casi no puedo respirar.

El viento penetraba por los ventanales abiertos, desordenándole el ya despeinado cabello.

Los hombres que habían estado debatiendo las causas y beneficios del incendio interrumpieron su conversación y prestaron atención. Una mujer se guardó con sigilo el rosario y lo miró.

—Padre, deje que el doctor le ponga la inyección y luego podrá ir a dar un paseo —le dijo Sylvie. El toque de queda empezaría en pocas horas y era de estricto cumplimiento, pero tendría tiempo de sobra.

Si Meg no se equivocaba, se estaba formando una tormenta en el interior de Stephen. Debería aplacarlo, pero en ese instante no se le ocurría cómo hacerlo.

El doctor Gilbert torció el gesto.

—Debo insistir. El mayor ha ordenado que todos se vacunen para evitar una epidemia de viruela. Las condiciones de hacinamiento e insalubridad crean un entorno propicio a las enfermedades.

—Conozco bien las condiciones de hacinamiento e insalubridad —masculló entre dientes—. Sé perfectamente cómo el entorno propicia las enfermedades. ¿Ha oído hablar de un lugar llamado Andersonville?

Los rasgos del médico se ablandaron al comprender. Pero antes de

poder responder, se dejó oír una fuerte voz.

—¿Stephen Townsend? Buscamos a Stephen Townsend. ¿Alguien lo ha visto?

Dos agentes de policía estaban en la puerta de la iglesia. Meg sintió un vacío en el estómago. Stephen se dio la vuelta y se dirigió a ellos.

—¿Quién quiere saberlo?

—Es él —dijo alguien en la cola—. Ese es Stephen Townsend.

Los dos policías marcharon hacia él; sus rostros eran implacables. Sylvie se puso en pie y ayudó a su hermana a hacer lo mismo. Esta se tambaleó; el calor del alcohol se le había subido a la cabeza.

—¿De qué se trata? —preguntó. Aborreció que su voz sonase débil.

No le hicieron caso. El más alto se identificó como el agente McNab y el más robusto, como O'Hara.

—¿Es usted Stephen Townsend, anteriormente afincado en el 133 de la calle Randolph?

Stephen se palpó la cintura, buscando el revólver que había perdido. La cara y el cuello le brillaban por el sudor.

—Así que finalmente han venido a por mí. Y a una iglesia, nada menos. Me acojo a sagrado.

—Queda detenido por el asesinato de Hiram Sloane.

Meg se quedó petrificada. Sylvie la agarró por la cintura.

—¿Cómo? —exclamó Stephen—. ¡Eso es mentira! No soy el hombre al que buscan.

—Y, sin embargo, parecía saber que vendríamos a buscarlo. Es interesante que no estuviera demasiado sorprendido.

Meg se estaba mareando. En ese momento había policías en cada puerta, impidiendo toda escapatoria.

—¿Qué pruebas tienen? —preguntó.

—Sujétenlo —dijo el agente O'Hara mientras se sacaba unas esposas del bolsillo.

Stephen trató de escabullirse, pero había demasiadas personas bloqueándole el paso. McNab le propinó un porrazo en la rodilla.

—¡Paren!

Si Meg no hubiera tenido las manos vendadas, les habría clavado las uñas a aquellos hombres para que se detuvieran. Entretanto, Sylvie no decía nada.

Su padre estaba doblado por la cintura, tosiendo, incapaz de huir. En un instante le pusieron las manos a la espalda y lo esposaron.

—¡No lo hagan! ¡Exijo saber qué pruebas tienen para acusarlo de algo tan ridículo! —Meg trató de cerrar los puños y tuvo que ahogar un grito por el dolor que la invadió.

Stephen se revolvía con violencia para zafarse de sus captores, por lo que le asestaron un golpe en la sien que hizo que cayese de rodillas.

—¡Paren! ¡Paren, se lo ruego! —gritó Meg.

El doctor Gilbert acabó por intervenir.

—Agentes, ya tienen a este hombre bajo su custodia. ¿Es que no pueden tener la cortesía de explicarles el por qué a sus hijas?

O'Hara miró a Meg, cuyos ojos quedaban directamente a su altura.

—Un testigo ocular nos ha dicho que vio a Stephen Townsend matar a Sloane durante una riña la noche del incendio, el 8 de octubre.

—No es posible —dijo Meg—. Eran amigos.

—Sí, bueno... —dijo McNab, mientras sujetaba a Stephen—. Hemos hablado con el sobrino de la víctima, Jasper Davenport. Dice, y el personal de la casa así lo ha confirmado, que durante la cena que compartieron el domingo, 1 de octubre, Townsend sufrió algún tipo de arrebato. ¿Es eso cierto?

Meg sintió cómo se le secaba la garganta.

—Además, los artículos del *Tribune* dicen que este hombre perdió la cordura en Andersonville.

—Eso no es cierto. —La ira eclipsó el dolor de sus manos y aclaró sus pensamientos—. El artículo de Nathaniel Pierce no decía absolutamente nada sobre que hubiera perdido el juicio. La carta al editor que apareció después no eran más que habladurías y calumnias. —Miró a Sylvie buscando su ayuda—. ¿No tienes nada que decir?

Pero Sylvie tenía el semblante pálido y surcado de líneas, como la hoja de un libro de cuentas.

—¿Qué podría decir que mejorase la situación? —susurró—. Si pudiera decir algo en su defensa, ¿no crees que lo haría?

Uno de los hombres que esperaba a que lo vacunasen se puso en pie y dijo:

—Yo lo vi la noche del incendio. Estaba escondido debajo de una carreta y, cuando me acerqué, salió y me apuntó con una pistola a la cara. Me llamó rebelde y amenazó con dispararme.

—¡Porque iba a robarme mi carreta! —rugió Stephen, antes de estremecerse e inclinar la cabeza—. ¿En qué se ha convertido el mundo si un hombre ni siquiera puede proteger su propiedad de los ladrones rebeldes? —preguntó. El sudor le corría por las sienes. El cuello de la camisa se le había oscurecido por la humedad. Hasta los niños habían dejado de jugar y observaban.

—Alguien le tomará declaración a ese testigo en breve. ¿Qué le parece, doctor? —preguntó O'Hara—. ¿Es este otro caso claro de un

veterano que ha perdido la chaveta? No sería la primera vez que encerramos a uno por haberse convertido en un peligro para la sociedad.

Meg sintió que perdía pie. Quería protestar, gritar que su padre no era una amenaza. Pero acababa de admitir que había apuntado con su arma a uno de los presentes en la iglesia. Había algo que no estaba bien en él, algo misterioso y perpetuo, algo que ella no había sido capaz de reparar con amor, tiempo y fuerza de voluntad.

El doctor Gilbert se retorció la punta del bigote.

—He podido observar entre mis pacientes en el Hogar del Soldado que los veteranos que también fueron prisioneros de guerra sufren el mayor porcentaje de crisis nerviosas. Tienen problemas para confiar en los demás. ¿Es eso locura? No siempre. Pero sus sospechas interfieren en sus relaciones y en su vida diaria, como si estuvieran convencidos de que alguien los persigue.

—Y tenía razón —dijo Stephen, parpadeando sin parar—. Tenía razón.

—Muchos de esos veteranos tienen miedo y son agresivos verbalmente —continuó el doctor Gilbert—, pero no todos tienden a la violencia física.

—Este sí —O'Hara se sacó del bolsillo un revólver Colt cuya empuñadura se había calcinado.

—¡Eso es mío! —gritó Stephen, y las rodillas de Meg estuvieron a punto de ceder—. Mire uno de los lados, pone SJT. Stephen James Townsend. Se me debió de caer. No me acuerdo.

—Otro rasgo habitual en este tipo de paciente —añadió el doctor Gilbert—. Pueden experimentar o desencadenar un episodio traumático, como si una furia cegadora se apoderase de su ser, para luego verdaderamente no guardar recuerdo alguno.

—Bueno, por suerte para nosotros, alguien más lo recuerda —O'Hara volvió a guardarse la prueba en el bolsillo—. No se le cayó, lo enterró. Otro testigo nos dijo dónde encontrarlo.

—Un momento, espere —la mente agitada de Meg trataba de seguir su lógica—. Eso no puede ser cierto. Enterramos nuestras pertenencias y se salvaron del fuego. Pero ese revólver está deformado y la empuñadura se calcinó. Es imposible que lo enterrara. Ese supuesto testigo no es de fiar.

—El testigo ha aclarado que su padre no lo enterró «bien». —O'Hara sonrió condescendiente—. Tenía prisa por librarse de él y cavó un hoyo poco profundo con las manos. Cuando llegó el incendio, no bastó para protegerlo. Cuando lo encontramos, estaba enterrado entre

cenizas en el lugar donde el testigo nos había dicho.

—Le digo que no recuerdo haberlo hecho —insistió Stephen—. Pero si hubiera querido librarme del revólver, lo habría arrojado a las llamas o al río y nadie habría vuelto a verlo.

Tenía razón: algo fallaba.

—Basta de charla. —McNab puso a Stephen en pie—. Tenemos delincuentes que detener, saqueadores que atrapar y convictos que encontrar, ya que la otra noche se abrieron las puertas de la prisión —concluyó, negando con la cabeza y rechinando los dientes.

O'Hara agarró a Stephen por el otro brazo y los agentes lo sacaron de la iglesia.

—¿Adónde lo llevan? —les preguntó Sylvie.

McNab se detuvo y volvió la cabeza por encima del hombro.

—¿Adónde se lleva a todos los delincuentes locos?

—No. —La voz de Stephen perdió todo atisbo de hostilidad, reemplazada por un terror atroz—. Allí no. No me encierren en ese lugar. Les juro que no maté a Hiram Sloane.

Por instinto, Meg echó a andar hacia ellos, pero el doctor Gilbert y Sylvie la sujetaron.

—Detente, Meg. —Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Sylvie—. No hay nada que podamos hacer. Se ha acabado.

—No, no se ha acabado.

Sin embargo, la voz de Meg sonó tan vacía como sus palabras, porque ese momento pesaba de forma tan definitiva como la muerte. Algo le había desgarrado el alma el día que enterraron a Ruth, la angustiosa conciencia de que no volvería a ver a su madre, de que la relación madre e hija se había cortado de un modo cruel. También afloró la culpa, porque si Meg hubiera sabido que Ruth subiría al tejado en mitad de una tormenta, la habría detenido. No obstante, aunque aún le dolía su pérdida, encontraba cierto consuelo en el hecho de que la mujer descansaba ahora en el cielo, un lugar libre de lágrimas, enfermedades y pesar.

Cuán ancho era el abismo entre el cielo y la tierra. Stephen no iba camino del cementerio, pero igual que había perdido una parte de sí mismo en la guerra, decaería aún más en el sanatorio.

¿Hubieran podido evitarlo? ¿Hubo algún momento, después de que Stephen volviera a casa, alguna encrucijada invisible en la que hubieran podido tomar un camino diferente que los hubiera llevado a cualquier otro lugar salvo el sanatorio? Quizá un tratamiento temprano habría evitado toda esta confusión y angustia. La culpa envolvió a Meg y la oprimió hasta casi impedirle respirar.

Se preparó, porque sabía que Sylvie le diría que siempre había sabido que iban acabar así, que Meg se había negado a ver y oír las señales. Sylvie podía destrozarla con sus reproches; pero, por compasión, no lo hizo.

—Con todas las noticias que padre recibió de cómo habían acabado antiguos amigos —susurró Sylvie, sin soltarle el brazo a Meg—, ¿crees que sabía que presagiaban el rumbo que tomaría su propia vida?

A la joven se le quebró la voz. Meg le miró la nariz enrojecida y las mejillas surcadas de lágrimas y buscó una respuesta que no las destruyese a ambas. «Ciertos caminos dan media vuelta», quería decirle. «Aún podría volver con nosotras». El dolor de la mano izquierda palpitaba al ritmo de los latidos de su corazón. La mano derecha pendía ausente y muerta. «Todavía es posible sanar las heridas del cuerpo y el alma».

Pero lo único que hizo fue llorar.

Capítulo 9

Jueves, 12 de octubre de 1871

El dolor laceraba las muñecas esposadas de Stephen cuando dos enfermeros lo arrastraron por los codos a través de una puerta de hierro y lo metieron en un cuarto encalado que no superaría los dos metros por dos y medio. La cabeza aún le percutía donde lo habían golpeado.

—Yo no debería estar aquí —gruñó—. No soy un demente.

—El juez ha dicho que sí, y normalmente confiamos más en su veredicto que en el del paciente —dijo el enfermero llamado Linden —. Ahora acomódate en la celda. Descansa. Pronto vendrá a verte el médico.

Cuando el otro enfermero, Slattery, le soltó los grilletes, tuvo que hacer uso de toda su fortaleza mental y física para no abalanzarse hacia la puerta. La bloqueaban aquellos dos hombres corpulentos de uniforme blanco, y sabía por experiencia que no dudarían en reducirlo, a golpes si fuera necesario, en cuanto les diera un mínimo motivo. Además, aunque se abriera paso entre ellos, no podría escapar. Cada escalera contaba con una puerta cerrada con llave, y el manicomio del condado de Cook se hallaba a kilómetros de la ciudad. Lo atraparían y lo traerían de vuelta en menos que cantaba un gallo.

—Eso es —sonrió Linden—. No tiene sentido luchar, 283.

Stephen le clavó la mirada a Linden, con el corazón acelerado. Su agitada respiración le cortaba como una sierra. ¿Había hablado en voz alta? Se cubrió la cara con una mano y lo sorprendió la sensación de suavidad bajo la palma. Debían de haberlo drogado con algo para

doblegar su voluntad, pues le habían afeitado la barba y la cabeza, y habían sustituido sus ropas por una muda con un número. 283.

Eso era en lo que se había convertido, en un número. Como si buscara la barba ausente, su mano se deslizó por el mentón hasta acariciar la nada que había debajo.

Si no había estado loco al llegar a aquel lugar, pronto lo estaría.

La puerta se cerró con llave. Solo, alzó la vista al ventanuco cuadrado que coronaba la puerta y no vio sino el muro desnudo del pasillo al otro lado. Era blanco, como todo lo demás allí. Pero no era el blanco de la pureza, el blanco de la nieve arrastrada por el viento. Era el blanco de los sepulcros encalados.

La puerta carecía de pomo o picaporte interior. Una ventana dejaba entrar un haz de luz, pero hasta este se veía fracturado por las barras de acero que obstruían el cristal. Había un catre empotrado en un rincón, con un orinal debajo. Todo un detalle, imaginó, en caso de que no lo llevasen a tiempo al cuarto de baño que había al final del pabellón.

Un catre y un orinal. Eso era todo.

Stephen se hundió en el delgado colchón, sintiendo cómo se le clavaba cada uno de los muelles. Se abrazó las rodillas, pero no dejaba de tiritar. La rígida tela de la ropa que le había proporcionado el sanatorio le picaba. A sus espaldas, alguien golpeaba la pared desde el otro lado. El sudor le empapaba la piel y la camisa se le pegaba al pecho hundido.

Apelando al soldado que había sido antaño, se puso en pie de un salto y dio algunos pasos por el cuarto antes de dar media vuelta y continuar en sentido contrario.

—Esto no está sucediendo —se dijo a sí mismo, con la voz tomada por el terror—. Ahora no; no después de todo lo que he soportado.

«Era solo cuestión de tiempo», le susurró una voz. «Y es precisamente por todo lo que has soportado».

Rumió la idea mientras seguía caminando en círculos por la celda. Varios de sus amigos de Andersonville habían sufrido un destino similar, por lo que era evidente que no se trataba de una coincidencia.

—Pero ¿es este el destino que he de aceptar hasta el final de mis días? ¿O es un destino del que puedo liberarme si lucho contra él?

En ese instante, en su imaginación surgió la visión de Scrooge y el fantasma de las Navidades futuras: «¿Son estas las sombras de las cosas que serán o solo las sombras de las que podrían ser?».

Stephen negó con la cabeza. No quería citar *Canción de Navidad* ni dejar espacio en su mente para la ficción. Puede que en otra época

hubiera sido librero, pero aquella había sido otra vida, una vida tan encantadora que bien podría haber sido un cuento de hadas.

Sin embargo, el lugar donde se hallaba en ese momento no era fruto de su imaginación, como tampoco lo era la espiral que daba vueltas en su interior. Necesitaba pensar.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué motivos arguyó el juez para considerarme demente? Dar de comer a los perros callejeros no es algo tan extraño, ni tampoco caminar por la azotea, de noche, para proteger mi casa.

«Cobarde. Conoces el motivo».

—No, no lo conozco.

«Sí lo conoces».

Los golpes en la pared no se habían detenido. Stephen volvió a llevarse la mano a la barba inexistente antes de descansar el puño sobre el corazón desatado.

—No. No. No.

Su negativa seguía el ritmo de la protesta inarticulada de su vecino.

«Asesinaste a Hiram Sloane en un momento de enajenación».

—¡No estoy enajenado! —bramó.

Los golpes cesaron. También cesó la voz de su cabeza.

Agotado, se dejó caer en el catre, con la cabeza dándole vueltas por la fuerza de su voz. Se balanceaba adelante y atrás, tratando de aplacar a la bestia en su interior.

«Así que lo mataste, consciente de lo que hacías».

Ahogó un grito ante el impertinente pensamiento.

—No soy un asesino —musitó—. No he matado a nadie.

«Mentiroso. ¿Cuántas mujeres del sur se han quedado viudas, sin padre o sin hijos por todas las vidas que segaste a los rebeldes?».

—Eso era distinto. —Stephen se lamió los labios—. Era la guerra. Ambos bandos acababan con sus enemigos.

«Y no olvidemos los soldados unionistas que mataste a sangre fría en Andersonville».

Stephen gruñó y se ovilló en el catre.

—Tuve que hacerlo. Ya no se comportaban como soldados. Aquellos muchachos se aprovechaban de los más débiles: teníamos que impartir justicia. Teníamos que detenerlos antes de que matasen a prisioneros más enfermos y vulnerables, a sus propios compañeros yanquis.

«Vaya, vaya. Conque admites haber matado tanto a enemigos como a camaradas. Tienes las manos manchadas de sangre. ¿Qué te hace creer que no sea también la de Hiram?».

Stephen extendió los dedos. Por un momento los vio rojos y sintió el cálido goteo que le descendía hasta las muñecas. Parpadeó y se pellizcó el interior del brazo hasta que la imagen se disolvió.

—No recuerdo haber visto a Hiram la noche del incendio, cuanto menos matarlo.

«Uno de tus amigos atacó a su propia esposa. Era un buen hombre, como tú, pero después de la guerra veía fantasmas donde no los había y enemigos en el lugar de aquellos que lo amaban. ¿De verdad puedes decir que no has hecho lo mismo? ¿Tal vez durante el incendio?».

Aunque los latidos le retumbaban dolorosamente, se obligó a rememorar la noche del 8 de octubre: la noche en que fue incapaz de ayudar a sus hijas cuando más lo necesitaban. Un hecho que debía considerar con frialdad si quería hacer frente a la corriente turbulenta de culpabilidad y arrepentimiento. La decepción de sus hijas no era lo que lo había mandado al manicomio. No era el problema que tenía que resolver para lograr la libertad. Claro que se había percatado de cómo lo miraban. De algún modo, había pasado de ser su protector a ser su carga más pesada. ¿Se alegrarían de que hubiera desaparecido de su camino?

Evitó tales pensamientos como quien evita un charco en la calle y se concentró en lo sucedido de camino a la estación de ferrocarril. Estaba en peligro. Toda aquella gente, todos aquellos gritos: aquella gente le gritaba a él. Había empleado su revólver para protegerse. Estaba en su derecho, máxime en mitad de aquella anarquía. Sí, lo recordaba bien: la gente robaba y saqueaba, algunos bebían para olvidarlo todo, como si fuera su última noche sobre la faz de la tierra. Uno tenía que defenderse de tal chusma. ¿Cómo hacerlo si no era con un arma? Era lo único que ciertos rufianes entendían.

Con cuidado, fue repasando los rostros que había visto aquella noche. El de Hiram no aparecía entre ellos.

Sí que aparecían los de los rebeldes, al igual que sus armas. Contaban con artillería. Le habían disparado, habían intentado matarlo a pesar de que la guerra ya había acabado. Al menos eso era lo que le parecía, y eso era lo que había creído en aquel momento. Sea cual fuere la explicación de aquellas explosiones, se había puesto a cubierto y había apuntado con su revólver. Eso lo recordaba bien.

Pero más allá de aquello, unas sombras profundas ocultaban los recuerdos de varias horas, calculaba, de aquella aciaga noche. Por mucho que se concentrarse, no lograba arrojar luz sobre ellas.

Los golpes al otro lado de la pared se reanudaron, como un eco de los latidos de su corazón. Era cierto que últimamente Hiram lo

irritaba, pero jamás había sido una amenaza. Los lazos de su amistad se habían ido aflojando, pero ¿para qué iba a matar a un anciano? ¿Por qué Hiram no había estado a salvo en su cama de la avenida Prairie cuando el incendio se desató al norte de su vecindario?

En su mente surgieron nuevas palabras impresas, y se aferró a ellas: «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo». Recitó las Sagradas Escrituras para alumbrar la oscuridad de su alma. Hubo tiempo en que era un hombre de Dios, incluso había asistido al seminario antes de decidir que el ministerio pastoral no era para él. «Todo lo puro, todo lo amable...; si hay algo digno de alabanza, en esto pensad».

No se obsesionaría con esos lugares sombríos del pasado.

—No —dijo en voz alta, clavándose los dedos en la cabeza afeitada —. No creo haber matado a Hiram Sloane, ni intencionadamente ni por accidente.

«No quieres creer que mataste a Hiram. Es distinto».

—No. Basta. ¡Basta de palabras! —le chilló a aquella voz que susurraba en su interior, y el dolor de cabeza se reduplicó. No obstante, sabía que esa voz era la de la conciencia; silenciarla podría ser aún peor.

Sonó un tintineo de llaves y un chirrido en la cerradura antes de que la puerta se abriera con un gemido. Los dos enfermeros estaban de regreso con un psiquiatra que Stephen ya había visto antes. Por los profundos surcos entre la nariz y el mentón y el nacimiento del cabello alejado de la frente, Stephen calculó que tendría como mínimo diez años más que él.

—Bueno, bueno —dijo el doctor Franklin mientras se quitaba el estetoscopio del cuello—. ¿A quién le gritaba? ¿Escuchaba alguna voz?

—¿Qué? —Stephen se puso en pie—. No. Quiero decir, sí, pero solo dentro de la mi cabeza.

—¿Así que no vio a nadie en su cuarto antes de que llegásemos nosotros tres?

—No, por supuesto que no —respondió. La falsa ilusión de sangre en las manos había sido fácil de gestionar.

Cuando el estetoscopio se le pegó al pecho, el frío del metal atravesó la camisa de lino. Aguantando la respiración, trató de aminorar el ritmo de sus pulsaciones.

Con el ceño fruncido, la mirada del doctor Franklin recorrió su cabeza y se detuvo en las manos temblorosas que tamborileaban contra los muslos. Stephen quiso esconderlas en los bolsillos, pero

descubrió que sus pantalones no tenían. El estetoscopio se movió hasta su espalda, un frío punto de presión junto a la columna. Stephen exhaló, mareado.

El psiquiatra volvió a colocarse el estetoscopio alrededor del cuello.

—Su ritmo cardíaco es peligrosamente rápido.

Estaba lo bastante cerca de Stephen como para poder contarle los poros de la nariz. Sintiendo que se ahogaba, el hombre dio un paso atrás y tropezó con el catre antes de enderezarse.

—¿Es usted consciente de lo mucho que está sudando? ¿Ha realizado algún esfuerzo en los últimos minutos?

—¿Esfuerzo? —Stephen se enjugó la frente con el puño de la camisa—. Estaba caminando.

—Te hemos oído gritar —dijo Linden.

—Sí, también —admitió Stephen—. Pero no diría que eso cuente como esfuerzo.

El doctor Franklin alzó un dedo y, moviéndolo de un lado a otro, le pidió a Stephen que lo siguiera con la mirada. Una vez completado el ejercicio, anotó algo en una ficha.

—Pupilas dilatadas de manera no uniforme —murmuró—. Su mente enfebrecida le ha afectado a todo el cuerpo. La transpiración, los temblores, las voces en la cabeza… Debemos tratarlo cuanto antes.

—¿Qué tipo de tratamiento?

—Slattery y Linden se harán cargo de todo. Coopere con ellos, por su propio bien. Caballeros —concluyó el doctor Franklin despidiéndose de los enfermeros con un gesto de la cabeza antes de marcharse.

Los hombres flanquearon a Stephen, lo agarraron de los brazos y lo sacaron de la celda. Enfilaron el pasillo hasta un cuarto alicatado de azulejos. En el interior había una bañera con patas en forma de garras, llena de agua y hielo.

—Vas a pasar un ratito en la bañera, lo suficiente para dejar de temblar —le dijo Linden.

—¡Esa bañera está llena de hielo! —protestó Stephen. El frío que desprendía el agua llegaba hasta donde él se hallaba.

—Bébete esto. Así será más sencillo, créeme —dijo Slattery al tiempo que le abría la boca y vertía una dosis de láudano.

Entre tragar y escupir, Stephen fue incapaz de impedir que los hombres lo desvistieran. Humillado, cerró los ojos ante su propia desnudez. Casi antes de percatarse de que los enfermeros lo habían izado en volandas, fue sumergido en la bañera y ahogó un grito por el sobresalto.

El frío lo atravesó como un cuchillo y le robó el aliento. Cuando trató de ponerse en pie, deseoso de escapar, cuatro fuertes manos lo empujaron de nuevo hacia abajo. Luego lo sujetaron por los hombros y las rodillas para que mantuviera el cuerpo bajo el agua. Stephen se revolvió, desesperado, mientras los hombres lanzaban exabruptos por las salpicaduras.

—¡Estate quieto! —vociferó Slattery.

Los dientes le castañeteaban y notaba calambres en los músculos al tiempo que el cuerpo le temblaba con violencia. El frío lo consumía y, conforme reemplazaba cada fibra de su ser, empezó a creer que no solo se ahogaba en el hielo, sino que se convertía en él. Hasta sus pensamientos iban más lentos, congelándose a la par que el resto de su persona.

—P-p-por favor —acertó a balbucear—. ¡D-déjenme s-s-salir! >

—Son órdenes del médico —respondió Linden—. Dentro de un momento te quedarás entumecido y ya no te importará. Si esperas un poco, puede que hasta sientas calor.

En Georgia jamás lo habían bañado en hielo, pero sabía lo que era humillar a alguien, y eso era lo que estaban haciendo. Con un esfuerzo hercúleo, se levantó, haciendo caso omiso de las agujas que se le que clavaban en el cuerpo por doquier.

—¡He dicho que te estés quieto!

Sintió un impacto contra el cráneo, una explosión de dolor cuando la cabeza golpeó el borde de la bañera, y luego, nada más.

❋❋❋

Jueves, 12 de octubre de 1871

Nate Pierce entró como un vendaval en la oficina de su editor, situada en un edificio nuevo de tres plantas en el número 15 de la calle Canal, y soltó de golpe un periódico sobre el escritorio, al tiempo que señalaba el titular: «Supuesto héroe de guerra detenido por el asesinato de otro veterano».

—¿Acaso Stephen Townsend ya ha sido juzgado y condenado? Porque si no lo ha sido, la palabra «supuesto» no está en el lugar correcto. Lo supuesto es el asesinato, ¿no?

Joseph Medill, editor de asuntos locales, se recostó en la silla y atravesó a Nate con la mirada.

—Un equívoco del redactor, sin duda —respondió. No parecía demasiado preocupado.

Sobre el papel secante de la mesa descansaba el periódico del día anterior. Notas personales bordeaban las páginas, impresas sin coste alguno para todo aquel que las enviase. «Tommy Jackson, de diez años, desaparecido: envíese toda información a la Iglesia del Centenario. Henry Leary se encuentra en la Primera Iglesia Congregacional. Desaparecidos la señora Brown y sus cuatro hijos. Cualquier información será bien recibida en la Primera Iglesia Congregacional». Dentro de ese marco de personas perdidas y encontradas destacaba un artículo a doce columnas titulado «¡Chicago, destruida!», aunque solo un tercio de la ciudad había sido arrasada.

Nate trató de refrenarse.

—He entrevistado tanto al sospechoso como a la víctima. ¿Por qué no me encargaron a mí que cubriera el asunto?

Ni siquiera se había enterado hasta que vio el artículo en el periódico esa misma mañana.

Al otro lado de la ventana, la calle Canal estaba atestada de carros y hombres que se afanaban por trasladarse a sus oficinas temporales. Los carteles clavados a los árboles indicaban a los sintecho dónde encontrar comida y cobijo. Un tren de vapor discurría en paralelo a la rama sur del río Chicago. Una vez hubo pasado, el sonido de las palas excavando y desescombrando llegaba desde varias manzanas más allá, donde las cuadrillas de obreros seguían retirando restos.

—Creo que es obvio, Pierce. —Medill recortó el extremo de un puro y lo encendió—. De acuerdo con la carta que recibimos, su artículo sobre Townsend era corto de miras y sentimental. Así no es como se trabaja en este periódico. Además, se pasó la noche del incendio con las hijas de ese hombre, cuando podía haber estado recopilando información sobre la mayor calamidad de nuestros tiempos.

—Estaba recopilando información al mismo tiempo, y mis artículos lo demuestran. —Nate se recolocó los anteojos, furioso—. ¿Qué otro reportero del *Tribune* llegó hasta Lincoln Park para escribir sobre las hordas refugiadas allí?

—Respóndame a una cosa. —Medill se llevó el puro a los labios e inhaló antes de soltar volutas de humo gris azulado con sus palabras —. ¿Por qué Stephen Townsend no fue quien puso a sus hijas a buen recaudo?

El aroma dulzón del tabaco impregnaba toda la estancia. Nate caminó hasta la ventana y se asomó hacia el este, más allá del hervidero de la calle y el río, en busca de una respuesta adecuada. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y acarició el relieve de la moneda de diez centavos con la que se compraría una barra de pan

después del trabajo. En su mente, Stephen Townsend también tenía una cara y una cruz. Por un lado, alimentaba a los perros callejeros con tarta de arándanos; por el otro, lo había apuntado con un revólver con ojos ciegos y desorbitados. Ambas imágenes eran verdad. Resultaba perturbador.

Y, sin embargo, tenía que haber algo más.

Se dio a la vuelta y encaró a su editor.

—¿Quién dice que no lo asesinara un grupo de vándalos, aprovechándose del caos provocado por el incendio? ¿Acaso la policía ha tenido eso en cuenta?

—No olvide quién es, señor Pierce. Nosotros nos dedicamos a imprimir las noticias, no a llevar a los acusados a juicio y a determinar su inocencia o culpabilidad. Pero para acabar con sus continuas protestas y quedarme tranquilo: sí, la policía lo tuvo en cuenta. El reportero no lo incluyó en el artículo porque esa posibilidad no tardó en quedar descartada por el relato de los testigos oculares y el hecho de que el arma homicida tuviera grabadas las iniciales del acusado. El papel escasea, por si no se ha dado cuenta. No vamos a malgastar espacio escribiendo algo que no sucedió —concluyó, antes de sacudir el puro sobre un cenicero de cristal y darle una nueva calada.

Nate no podía negar que la noche del incendio, Stephen se había visto verdaderamente incapacitado por la dolencia que le mermaba mente y espíritu. Era cierto que había apuntado a Nate con el revólver, pero ¿le habría hecho lo mismo a un amigo al que conocía desde hacía décadas?

—Me gustaría leer las declaraciones completas de los testigos —dijo. Tal vez hasta los entrevistara él mismo.

—¿Para qué? El artículo ya está publicado. No hay más que decir sobre el asunto.

Jirones de humo viciaban el aire que se interponía entre los dos hombres.

—No estoy de acuerdo —insistió Nate—. La vida de un hombre está en juego, por no hablar del destino de sus hijas, quienes han quedado desamparadas tras la detención de Townsend.

No tenía idea de cómo estarían o dónde habrían acabado. Él había encontrado un apartamento de dos habitaciones en alquiler cerca de la calle Canal por veinticinco dólares al mes, un aumento doloroso en comparación con los doce que pagaba antes del incendio. No estaba seguro de si Meg y Sylvie podrían permitirse un alojamiento similar, si habrían encontrado refugio con algún pariente o si seguirían contándose entre los indigentes.

Medill apoyó las manos extendidas en el escritorio y se puso en pie.

—Somos periodistas y vivimos en una ciudad de la que todo el mundo quiere oír hablar. El público quiere grandes historias de escasez de agua y de personas sin hogar, de destrucción y restauración, de reconstruir algo más grande y mejor. Quiere historias de un fénix que resurge de entre las cenizas. También sabemos más sobre otros incendios que se produjeron al mismo tiempo que el nuestro. El que arrasó Peshtigo, en Wisconsin, se llevó por delante entre ochocientas y mil doscientas almas. Holland y Manistee, en Michigan, también se vieron destruidas, aunque las víctimas fueron muchas menos. ¿Qué espera ganar si investiga la insignificante historia de un único hombre?

Nate se aflojó de un tirón el cuello de la camisa.

—Me niego a que un hombre vea arruinada su reputación por culpa del mal periodismo.

El señor Medill se quedó mirándolo tanto tiempo que Nate se preguntó si el editor estaba realmente reflexionando sobre lo que acababa de decir. Acto seguido se frotó el rostro y el cansancio desapareció de su semblante.

—Se ha vuelto blando, Pierce. Estoy planteándome mandarlo a las columnas de sociedad o a ocuparse de la correspondencia. Todo el mundo por aquí sabe que se siente culpable por no haber luchado en la guerra: idolatra a aquellos que sirvieron en el ejército. Puede que me equivocara al permitirle invertir tanto tiempo en esa serie de artículos obsequiosos sobre los veteranos de Chicago.

Nate se dio media vuelta para ocultar el calor que le subía por el rostro; se acercó a una mesa que había cerca de la pared y se sirvió un vaso de agua de un decantador. Dejó de beber cuando notó el sabor a humo y pescado.

—¡Supérelo! —vociferó Medill, al tiempo que daba un puñetazo en el escritorio—. ¡Hechos, hombre! Queremos hechos, no cuentos de viejas.

—Hechos —repitió Nate con frialdad—. Me pregunto si el reportero que culpó a la vaca de Catherine O'Leary de desencadenar el incendio es tan estricto con los hechos como usted. Sabe tan bien como yo que la señora O'Leary no le ha concedido ni una sola entrevista a la prensa. Nadie conoce su versión del incidente.

—Me da la impresión de que no siempre ha tenido tanto afán por plasmar las dos versiones, ¿no?

El dardo acertó en el blanco. De repente, Nate volvía a ser un muchacho desesperado de dieciocho años que se había saltado alguna

que otra regla a la hora de investigar un artículo sobre la especulación con la esperanza de conseguir un puesto permanente en plantilla. Había funcionado. No estaba orgulloso de ello. Que ese día llevase una americana donada, con las mangas demasiado largas, puesto que su ropa había sido pasto de las llamas, le hacía sentir como un chiquillo que se fingía profesional.

Pero no era cierto. Puede que hubiera sido joven cuando empezó en el negocio, pero había pasado más de una década desde entonces. Había crecido en edad y experiencia. Había perdido la ilusión. Y en ese preciso momento, ni siquiera le importaba que su semblante lo delatase.

Medill extendió el brazo y señaló con la punta del puro el distrito que se había quemado.

—Ahí fuera hay otras mil historias que merecen publicarse, sin necesidad de volver a lo que ya hemos hecho. Deje en paz a O'Leary y a Townsend. Como me entere de que anda por ahí husmeando cuando debería estar cubriendo otros asuntos, se quedará en la calle. Tal cual. ¿Le ha quedado claro?

Nate dejó la taza de líquido grisáceo en el escritorio de su editor.

—Más claro que el agua.

Sin esperar respuesta de Medill, se marchó.

Capítulo 10

Con la sensación de que las manos seguían ardiéndole, Meg se detuvo en el porche delantero de la mansión de Hiram Sloane y esperó a que Sylvie recobrase la presencia de ánimo.

—Ha llegado el momento —dijo con toda la delicadeza que el dolor le permitía.

Veinticuatro horas después de la detención de su padre, Sylvie había accedido a presentarse ante Jasper Davenport, si es que aún estaba en la casa, y al personal que quedase. Como no tenían ningún lugar donde guardar sus pertenencias, las hermanas llevaban consigo los raídos almohadones. Se habían peinado, pero apenas tenían horquillas para sujetarse el cabello y no habían tenido la oportunidad de bañarse desde el sábado anterior.

Ninguna de las dos había descansado demasiado la víspera en la iglesia, por mucho que Meg hubiera deseado dormir para huir del dolor y olvidarse de todo; pero la piedra húmeda se le clavaba en la cadera y las costillas, su única almohada había sido su brazo y una delgada manta le había servido apenas de abrigo. Los bebés sollozaban, los niños chillaban en medio de pesadillas alimentadas por las llamas. Sylvie se despertó sobresaltada más de una vez, desorientada y tiritando de frío o miedo. ¿Quién de entre ellos, al cerrar los ojos, no veía el terrible brillo naranja, quién no olía el humo u oía las campanas de alarma? Por la mañana, Meg se había levantado descorazonada por su padre, además de entumecida y debilitada por la falta de sueño.

Sylvie respiró hondo antes de levantar la aldaba de latón y dejarla

caer tres veces. Meg desvió la vista hacia el movimiento de uniformes azules en la calle. Dos compañías enteras de los soldados del general Sheridan vigilaban las pocas manzanas que formaban el vecindario de la avenida Prairie. En comparación con las cinco compañías destinadas a proteger las cajas fuertes bajo tierra por todo el distrito empresarial, el lugar parecía particularmente concurrido.

Al otro lado de la puerta sonó un chasquido. Aunque empezó a entornarse con lentitud, Helene Dressler la abrió de par en par en cuanto atisbó a Meg y a Sylvie, a quienes envolvió en un abrazo con aroma a talco de lilas.

—¡Muchachas! —exclamó al soltarlas—. Disculpen el derroche de emoción, pero estaba preocupadísima. ¡Ay, sus manos, señorita Margaret! ¿Recobrará su pleno uso?

La recepción era tan distinta de la que Meg había imaginado que en la garganta se le formó un nudo de alivio y gratitud.

—Eso espero.

Agitada, Helene las hizo pasar al recibidor y cerró la puerta antes de conducirlas hasta el vestíbulo principal.

—Helene —dijo Sylvie, retorciéndose los dedos, con el semblante del mismo color que las estatuas de diosas griegas de alabastro que flanqueaban la gran escalera—. Sentimos muchísimo la muerte de Hiram. No se imagina cuánto. Aún estamos impactadas por la noticia, nos cuesta creer que sea verdad.

Los ojos de la mujer se empañaron mientras se alisaba el delantal negro sobre la negra falda.

—No lo oí marchar. No sé qué pasó.

Meg tragó saliva para sofocar las lágrimas no derramadas que le oprimían la garganta.

—Nosotras tampoco sabemos qué pudo pasar. La policía ha detenido a nuestro padre… —Su voz se apagó. Por supuesto que Helene ya lo sabría. Todo Chicago lo sabía, al menos quienes leían el *Tribune*—. Pero no creo ni por un momento que lo hiciera. ¿Sabe de alguien más que hubiera querido hacerle daño a Hiram?

Helene extendió los brazos en un gesto de impotencia.

—Se relacionaba muy poco desde que empezó a fallarle la memoria. La única persona que se supiera que le deseaba mal alguno al señor Hiram era Otto Schneider, pero aquello fue años atrás.

Meg asintió. No parecía probable que un enfrentamiento tan antiguo como la guerra fuera a resurgir en ese momento sin alguna suerte de provocación.

—¿Va a celebrarse un funeral? —preguntó Sylvie—. ¿O nos lo

hemos perdido?

—El señor Davenport encargó una ceremonia privada —respondió Helene con la voz cargada de pesar—. Supongo que no tenía medios para más. Pero, por favor, vengan, queridas. Lo que han pasado ha sido un infierno.

Las hermanas la siguieron hasta el salón, donde muebles de madera pulida rodeaban divanes y butacas tapizados en tonos ocres y carmesíes. Gruesos cortinones de terciopelo rozaban el suelo. Desde una hornacina entre dos ventanas las observaba un busto de Robert Burns, el poeta favorito de Hiram.

Helene se quedó mirando los bultos que llevaba Sylvie.

—¿Es todo lo que les queda?

Meg respondió que así era antes de acomodarse en un sillón por primera vez desde el incendio. Habría sido más fácil dejarlo todo enterrado, pero los saqueadores andaban a la zaga, cavando en busca de cámaras de caudales y objetos de valor. No se arriesgaría a perder lo poco que les quedaba.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Sylvie. Aunque el espejo que pendía encima de la chimenea estaba cubierto por una tela de crepé negro, era obvio que Helene seguía ocupándose de la casa; igualmente obvio era que ella, y no el mayordomo, era quien había respondido a la puerta.

—A diferencia de la mayoría del personal, me quedaré en el puesto hasta que las cosas se calmen. Todos se han marchado en busca de otro empleo, todos menos Kirstin, Eli y yo. Los tres tenemos previsto aceptar algún trabajo extra con otras familias para redondear el salario, pero este sigue siendo nuestro hogar, al menos por ahora. —La mujer se inclinó hacia delante y bajó la voz—. El señor Davenport también sigue aquí. Imagino que se quedará hasta que aparezca el testamento, por lo menos. Como es lógico, quiere acabar el semestre en la universidad, así que si abandona la mansión buscará otro alojamiento en la ciudad.

Meg sintió una punzada de sorpresa en medio de la neblina de dolor.

—¿No tienen una copia del testamento? —El documento oficial, registrado en el Palacio de Justicia, se habría perdido en el incendio. Pero…—. Seguro que Hiram guardaba una en la casa.

—Eso es lo que todos creíamos. No estaría bien que el personal de la casa buscase el testamento, pero el señor Davenport ha mirado por todas partes, en vano; aunque tendrá que aparecer en algún momento. Y si la propiedad queda en sus manos, como imagino que debería al

tratarse del único pariente vivo de Hiram, tal vez conserve mi puesto. No tengo ningún deseo de marcharme.

—Y yo tampoco quiero que se marche, pues sin usted no sabría cómo salir adelante, señorita Dressler. —Con una sonrisa que hizo ruborizar a Sylvie, Jasper Davenport entró en el salón y se sentó en una silla—. No sabía que teníamos compañía. ¿Cómo se encuentran?

Helene se puso en pie y le hizo una reverencia, aunque aún no era el señor de la casa.

—Señor Davenport —dijo Meg—, sentimos mucho su pérdida.

Meg se calló cuando estaba a punto de insistir en que habían detenido a su padre por el asesinato. Fuera quien fuese el asesino de Hiram, era evidente que su sobrino estaba de luto. Sería cruel convertir su visita en un alegato para exculpar a Stephen.

—Desearíamos de todo corazón que Hiram siguiera con nosotros —añadió Sylvie.

—Aprecio mucho sus palabras, de verdad. Señorita Margaret, parece que le han tratado las lesiones. Me alegro. —El hombre no comentó los cargos presentados contra su padre.

—¿Desean que les traiga té y tartaletas de mermelada? —preguntó Helene.

El señor Davenport echó un vistazo al sol que descendía por el otro lado de la ventana.

—Seamos respetuosos con su tiempo, señorita Dressler. Les espera una buena caminata y el toque de queda es muy estricto. —Se volvió hacia Sylvie—. Eli podría haberlas llevado, pero en estos momentos está prestando sus servicios a otros. Yo las acompañaré.

Sylvie y Meg, conscientes de la indirecta, se pusieron en pie.

—Pero no hay ninguna necesidad —dijo Helene en voz baja, con un tono y una postura más sumisos que sus palabras—. Aquí tenemos espacio de sobra, ¿verdad? El señor Sloane las habría acogido con los brazos abiertos.

La sugerencia sorprendió y conmovió a Meg.

El señor Davenport hizo sonar algunas monedas que llevaba en el bolsillo, pensativo.

—Bueno, estas son unas circunstancias extraordinarias.

—No querríamos molestar —dijo Sylvie —. Vamos, Meg.

—Tiene usted razón, señor Davenport —repuso Helene, sin perder ni un ápice de compostura—. Estas son unas circunstancias extraordinarias, en efecto. Habida cuenta lo que ha estado circulando sobre el padre de las señoritas y sobre su tío, sería de lo más caritativo abrirles las puertas de su casa a estas dos huérfanas. Ay, disculpe mi

confusión: la casa no es suya, al menos todavía. Pero si lo hiciera, demostraría ser tan benevolente como su tío. La verdad, es un honor y un privilegio ocuparme de la casa y cocinar para usted mientras seguimos esperando a que aparezca el testamento.

Meg se quedó estupefacta, maravillada ante su franqueza.

El reloj de la chimenea avanzó un minuto entero, aunque parecieron diez, antes de que Jasper se volviese y les hiciera una pequeña reverencia a las dos hermanas.

—La señorita Dressler las ayudará a acomodarse.

❋❋❋

Meg sintió el aguijón de la culpa mientras Kirstin atizaba el fuego del dormitorio en el que iba a quedarse con Sylvie. Los tapizados y la alfombra de la alcoba eran de color azul de Prusia y mostaza, y dos jarrones con plumas de pavo real flanqueaban la chimenea. El mobiliario de caoba incluía una gran cama con cuatro columnas y dosel, lo bastante grande para las dos hermanas, rodeada de cortinas de terciopelo. Junto a la alcoba había un cuarto alicatado en blanco, con retrete, lavabo y una bañera con patas tras un biombo de seda japonesa. No obstante, como aún se estaban reparando las bombas, los grifos no funcionaban. El agua que había en la casa la traía Eli del lago.

—Pagaremos por la madera —dijo Meg a la criada, consciente de toda la leña que se había consumido durante el Gran Incendio de Chicago, como lo llamaban los periódicos. Contempló las ascuas y las llamas que Kirstin llevaba, y luego las puntas incandescentes de los cabos en las palmatorias que descansaban en las mesillas. Jamás volvería a ver el fuego de la misma forma: aquella fuente de calor y confort también podía traer muerte y destrucción sin igual.

—Y también por la comida —añadió Sylvie, sacando a Meg de su ensimismamiento—. Llevaremos la cuenta de los gastos adicionales que suponemos para la casa. De hecho, dado que las cocineras han encontrado otro trabajo, será un placer ayudar en la cocina. No queremos ser una carga, Kirstin. Queremos pagar por cualquier trabajo que lleven a cabo por nosotras.

La criada se puso en pie y dejó el atizador en el soporte, junto al resto de los utensilios.

—Muy amable por su parte, señoritas.

—Entiendo que el señor Davenport también les paga por sus servicios, dado que ya no reciben un sueldo de Hiram, ¿verdad? —

preguntó Meg.

—Me deja quedarme en la casa, y no es poca cosa. Además, es lo bastante caballero como para permitirme aceptar labores de costura y colada de otras casas. Y tampoco es que sea desagradable a la vista. —Se cubrió la boca con la mano—. Ay, por Dios. No debería haber dicho eso.

Sylvie bajó la barbilla y sonrió, en una insólita muestra de picardía.

—¿Qué puede decirnos sobre él?

Kirstin sonrió de soslayo y se enderezó la cofia.

—Vino para ir a la universidad. ¿O decidió ir una vez que ya estaba aquí? Que yo recuerde, hubo ciertas prisas por que lo admitieran, ya que sucedió cuando las clases estaban a punto de empezar este otoño.

—¿Algo más? —inquirió Sylvie.

—Sé que tiene veinticinco años y que no tiene familia, pero poco más. Ni siquiera cuando conversaba con el señor Sloane, que Dios tenga en su gloria, decía gran cosa sobre sí mismo.

Meg frunció el ceño.

—Pero ¿no les avisó de su llegada? ¿Vino sin avisar?

Su hermana atravesó la habitación hasta la ventana y descorrió las cortinas.

—Ya sabes que Hiram podría haber recibido el aviso y que se le olvidara.

—Eso es verdad. Pero tienes que reconocer que es bastante misterioso. Y luego, con la muerte de Hiram y el testamento, que no aparece…

—¡Qué vergüenza, Meg! —Sylvie corrió hasta la puerta y la cerró con llave, antes de acercarse a su hermana con los ojos echando chispas—. Nos abre las puertas de su casa, después de que hayan detenido a nuestro propio padre por el asesinato de Hiram —balbuceó antes de enmudecer.

—Le agradezco tanto como tú su hospitalidad. Pero fue Helene quien lo propuso. ¿Te puedes creer que fuera tan atrevida por nosotras?

A Sylvie le costaba creerlo; pero no a Kirstin, una vez que Meg le contó lo sucedido.

—Es muy parecido a como guiaba al señor Sloane, que Dios tenga en su gloria, desde hacía algún tiempo. El pobre señor lo necesitaba, pero Helene se equivoca si cree que el joven amo apreciará su «ayuda» igual que hacía su tío.

Meg estaba de acuerdo. Inclinó la cabeza a un lado y a otro para liberarse de la tensión que llevaba acumulando desde el domingo. De

poco le sirvió. Hasta que su padre fuera exculpado del asesinato de Hiram y lo dejasen salir del manicomio, no podría relajarse.

Stephen no había matado a Hiram. Así que, ¿quién lo había hecho? ¿Cuál podría haber sido el motivo? ¿A quién le beneficiaría la muerte de Hiram? ¿Quién había estado con él aquella noche?

Poco a poco, de su mente exhausta y sobrecargada fue emergiendo una hipótesis. No le gustaba. Era rebuscada y, probablemente, fruto de la falta de sueño y el exceso de estrés. Aun así, si no contemplaba siquiera la posibilidad, esta le perseguiría.

—Kirstin —dijo mientras se sentaba al escritorio y se rascaba el interior de la muñeca para aliviar un leve picor—. ¿El señor Davenport cree que, una vez que el testamento aparezca, lo declarará el principal beneficiario?

—Así lo creo, señorita.

Helene ya lo había mencionado, por lo que no era ninguna sorpresa. Pero aún faltaba saber si eso sería motivo suficiente para un asesinato. No obstante, Meg se limitó a preguntar:

—¿Dónde estaba la noche del incendio?

La criada volvió la vista a la puerta cerrada.

—El señor Davenport pasó la tarde del domingo estudiando con unos compañeros de la universidad y, cuando llegó de vuelta a casa, el señor Sloane ya se había ido a la cama. El señor Davenport se retiró poco después. Cuando fui a atizar el fuego a la habitación del señor Sloane, vi que se había marchado y fui directamente a despertar su sobrino. Después de aquello, el señor Davenport siempre estuvo acompañado de, al menos, uno de los criados, mientras buscaba a su tío.

Meg entrecerró los ojos e imaginó la secuencia de los acontecimientos.

—Pero hubo un lapso en el que nadie lo vio, ¿verdad? ¿Entre el momento en que estaba estudiando en alguna otra parte y el momento en que el personal lo vio aquí?

—¡Meg! —Sylvie puso los brazos en jarras y miró a su hermana—. Pero ¿tú te has oído? ¿Tan desesperada estás por librar a padre de toda culpa que, en su lugar, acusarías a nuestro benefactor?

La ira se apoderó de Meg, como siempre le sucedía cuando se enfrentaba a problemas que no sabía cómo resolver.

—¿Tan convencida estás de la culpabilidad de nuestro padre que te niegas a plantearte la posibilidad de su inocencia?

El fuego crepitaba en la chimenea. Luces y sombras danzaban sobre el rostro de Sylvie.

—Te has negado a aceptar la verdad sobre padre desde que volvió a casa. Si no te hubieras opuesto a llevarlo al médico, podrían haberlo ayudado o, al menos, lo habrían llevado a un lugar donde no hiciera daño a nadie. Puede que Hiram aún estuviera vivo.

A Meg las palabras le cayeron como un golpe en el estómago, pues se hacían eco de la condena contra sí misma que estaba intentando evitar.

—Eso no es justo —dijo, pero la réplica sonó débil e infantil incluso a sus oídos.

Mordiéndose el labio inferior, Kirstin salió de la habitación.

—El testamento —dijo Meg—. ¿Te parece que no emitamos juicio alguno hasta que aparezca?

—El señor Davenport tiene una coartada —respondió Sylvie con voz temblorosa—. No puede haber sido él, aun cuando el testamento lo beneficie. Además, ¿a quién más dejaría Hiram su fortuna sino a su sobrino nieto, cuando no tiene ningún otro pariente? Sería lo lógico, no un cargo contra él.

¿Tendría razón? ¿Realmente Meg se agarraba un clavo ardiendo para limpiar el nombre de su padre?

—Nada malo puede haber en que ayudemos a Jasper a buscar el testamento.

Le habría gustado poder hablar con Stephen. Quedaban meses hasta que se celebrara el juicio por el asesinato de Hiram, pero el juez ya había declarado demente a su padre y lo habían cerrado de manera indefinida en el manicomio del condado de Cook, que no admitía visitas personales. Toda comunicación había quedado interrumpida entre ellos, como si la familia hubiera sufrido una amputación.

Sylvie se sentó en el borde de la cama y se apoyó en la cortina que cubría uno de los postes tallados.

—Tenemos que empezar a planificar nuestro futuro. Nadie lo va a hacer por nosotras. Estamos más solas que nunca.

Meg abandonó el escritorio y se sentó a su lado. Mientras ponía sus pensamientos en orden, su mirada recorrió los sarmientos que decoraban el mosaico de azulejos que rodeaba la chimenea. Si hubiera tenido las manos libres, le habría soltado el cabello a su hermana y habría tomado el cepillo de plata del tocador para desenredarle los largos bucles castaños y calmar sus nervios.

Trató de flexionar y doblar las manos por dentro de los vendajes, pero las palmas y los dedos se resistieron al movimiento, inflexibles bajo su envoltorio. Meg frunció el ceño y lo intentó de nuevo, hasta que el dolor de tensar la piel devastada la conminó a detenerse.

Qué desahogo que Dios no estuviera limitado como sí lo estaba ella: qué consuelo que su presencia y su poder fueran constantes, aunque ella no los sintiera cercanos. Debía confiar en Él aun cuando no lo viera. ¿No era esa la esencia de la fe? Ella tenía las manos atadas. Él no.

El día siguiente sería mejor.

—Muy bien. —Fue la determinación, más que la confianza, lo que hizo que Meg alzara la voz. Se preguntó si Sylvie notaría la diferencia —. Esto es lo que vamos a hacer: primero escribiremos a la aseguradora e interpondremos una reclamación por las pérdidas. Aún tengo el dinero que Bertha Palmer me pagó por los dos retratos que compró la semana pasada. Tenemos las escrituras y el título de la propiedad. Una vez que hayan retirado los escombros, contrataremos a un constructor para que vuelva a levantar la casa.

Meg tenía fondos suficientes para empezar y, cuando les hicieran falta más, los habrían conseguido. De algún modo.

Sylvie respiró hondo.

—Mañana clasificaremos a conciencia el inventario que tenemos y haremos una lista de quién podría comprar cada ejemplar —dijo, al tiempo que se levantaba de la cama y extraía de la americana de Nate la novela que habían rescatado, depositándola sobre la mesita.

—La mayor parte aún es legible —le dijo Meg, que se había situado a su lado. Entre las páginas del libro aún estaba la fotografía de Stephen vestido de uniforme —. Salvamos lo más importante.

Sylvie rozó con el pulgar el borde de sus uñas partidas.

—No estoy segura de ello.

A Meg se le hizo un nudo en la garganta al pensar en la diferencia entre la familia que antaño había tenido y lo que en ese momento le quedaba.

—No podemos rendirnos —susurró—. Tenemos que seguir intentándolo.

—Sé que tú puedes. Tú eres así: esperas, rezas, amas y te esfuerzas. Dices que soy horriblemente pesimista, pero nuestro futuro nunca ha sido tan incierto como ahora mismo. Diría que la mejor oportunidad que tenemos de asegurarlo es casándonos, pero ¿quién va a casarse con la hija de…? Aunque no hubiera matado a Hiram, cualquier esperanza de matrimonio ya está descartada. El apellido de nuestra familia está deshonrado. Nadie querrá tener nada con nosotras.

Pocas eran las veces en que Meg se planteaba que todas las muchachas de su edad ya se habían casado y habían empezado a llenar sus hogares de hijos. Cuando la guerra terminó, Sylvie y ella,

con quince y diecisiete años, apenas alcanzaban la edad casadera; pero conforme los daños que había sufrido su padre fueron manifestándose, los posibles pretendientes dejaron de llamar. Meg estaba tan pendiente de la salud de su propia familia que no los echó en falta. ¿Cómo iba ella a salir de paseo un domingo o a recibir una visita de cortesía en el salón de casa cuando su padre se debatía entre la vida y la muerte y su madre se consumía de angustia?

Además, Jane Austen y su hermana Cassandra jamás se habían casado. Louisa May Alcott se había quedado soltera. Charlotte Brontë, que no se casó hasta los treinta y ocho, había escrito que «no hay persona más respetable en la tierra que una mujer soltera, que se abre paso por la vida en silencio, con perseverancia».

Pero las palabras de Sylvie eran dignas de consideración. Meg trató de ofrecerle una respuesta.

—¿Hay, o ha habido, algún joven que te interese?

Sintió el peso enorme de la culpa, pues había estado ciega al anhelo de amor o seguridad, o las dos cosas, de su hermana. Si Meg se hubiera percatado de ello, ¿habría podido hacer algo para promover una relación? ¿O, en su egoísmo, habría apartado la idea para conservar la compañía de su hermana?

Sylvie bajó la vista y se apartó un mechón grasiento de cabello de la cara.

—¿Qué más daría que lo hubiera?

Una réplica se le formó en la punta de la lengua, pero, siendo sincera, Meg no podía contradecirla. En su lugar, atrajo a Sylvie a un cálido abrazo, mientras la responsabilidad que sentía hacia su hermana menor la fortalecía por momentos.

—Yo te cuidaré —le dijo.

—Mi querida hermana —respondió Sylvie al tiempo que se apartaba y, con la mirada llena de dolor, le tomaba las manos vendadas entre las suyas—. Ni siquiera puedes cuidar de ti misma.

Capítulo 11

Sábado, 14 de octubre de 1871

Quedarse de brazos cruzados no era una opción.

Resuelta a desentenderse de unas lesiones por las que no podía hacer gran cosa, Meg se propuso hacer lo que estuviera en su mano por limpiar el buen nombre de su padre. Y, por lógica, solo había un lugar por el que empezar.

Helene Dressler, gracias a Dios, había accedido a acompañarla a la sede temporal de la comisaría mientras Sylvie se quedaba en casa elaborando una lista de sus clientes y proveedores. Tanto mejor: no parecía que hubiera espacio suficiente para más de una persona en el edificio atestado. El aire estaba cargado de olor a café quemado y a los montones de escombros humeantes que se apilaban a lo largo del río cercano. Las brasas seguían consumiéndose y prendiéndose a intervalos, bajo la atenta mirada de unos ciudadanos que montaban guardia y, llegado el caso, las sofocaban.

Con el rostro encendido por el calor asfixiante del lugar abarrotado, Helene se abanicaba a sí misma y a Meg. Policías de uniforme atravesaban a toda prisa el vestíbulo antes de encerrarse en una serie de cuartos de los que volvían a salir para lanzar apenas una mirada a quienes esperaban en las sillas y bancos. Un atareado funcionario se veía rodeado de montañas de papel en el escritorio y torres de cajas de cartón a sus espaldas.

—Siguiente —señaló, acompañando el anuncio con un leve movimiento de muñeca. Los cercos de sudor bajo sus axilas demostraban que estaba tan incómodo como el resto de los presentes.

Meg se abrió paso a través del suelo cubierto de barro y hojarasca para acercarse al funcionario con la fiel Helene a su lado.

—Buenas. He venido a ver el expediente policial sobre el asesinato de Hiram Sloane —comenzó, con las manos ocultas entre los pliegues de la capa azul marino que llevaba puesta.

El funcionario alzó la vista.

—¿Y eso?

Meg bajó la voz.

—Hiram era un buen amigo. Y mi padre está acusado de su asesinato. Tengo derecho a ver el informe.

—Porque quiere impugnarlo, ¿verdad? —respondió el joven rubio mientras se sacudía unas migajas de la camisa. Un cerco marrón manchaba el escritorio cerca de donde descansaba una taza sucia de café.

A Meg no le gustó el funcionario, un sentimiento que era claramente compartido. Obligándose a sonreír, lo intentó de nuevo.

—Veo que está usted muy ocupado. Me llamo Margaret Townsend y solo quiero un minuto de su tiempo, señor…

—Gruber.

—Señor Gruber. Me gustaría ver el informe policial, el informe del médico forense, las declaraciones de los testigos y cualquier fotografía que tengan relacionada con el caso.

Helene asentía, dando énfasis a sus palabras, bien erguida con el fin de parecer aún más alta.

—No puedo darle permiso para ello —respondió el funcionario, enarcando las cejas—. He empezado a trabajar esta misma semana. Como puede ver, hay sobrecarga de trabajo en el cuerpo de policía.

—Sin duda. —Meg trató de mostrarse paciente y convincente—. Por favor, pregunte a quien tenga autoridad para este tipo de solicitudes, ¿le importa? Esperaremos aquí mismo.

—¡Eh! —exclamó el hombre justo detrás de ella—. ¿Cuánto tiempo va a tardar? ¡Que ya llevo dos horas aquí! —Otras voces se alzaron al mismo tiempo para quejarse.

Helene lanzó al individuo una mirada comprensiva.

—Igual que nosotras, caballero. En cuanto al tiempo, eso depende del señor Gruber, aquí presente. Señor Gruber, ¿cuánto tardará usted en averiguarlo?

El funcionario se enderezó la corbata antes de levantarse del escritorio y desaparecer durante un cuarto de hora para regresar con una carpeta. Una finísima carpeta.

—Esto es todo lo que le puedo mostrar. Y no puede moverse de esta

mesa —dijo mientras deslizaba los papeles a una esquina para hacer sitio a la siguiente persona de la cola.

Helene abrió el expediente mientras Meg lo examinaba. La policía había redactado el breve informe con tanta prisa que había errores tipográficos que nadie se había molestado en corregir. La mayor parte de los datos eran los mismos que ya les habían comunicado los agentes O'Hara y McNab cuando detuvieron a su padre.

—¿Dice dónde encontraron el cadáver? —murmuró Helene mientras recorría las líneas con el dedo.

—Ahí —respondió Meg, señalando el margen con la mano vendada —. Parece ser que el cuerpo fue recogido con el resto de los cadáveres tras el incendio y que se llevó a un establo de la avenida Milwaukee. Solo entonces alguien se dio cuenta de que le habían disparado.

Debía de haber estado cubierto de polvo y ceniza, por lo que la herida y la sangre no se distinguirían, pensó.

Era otro callejón sin salida: no había registro de quién había llevado el cuerpo de donde había sido hallado originalmente. Meg seguía sin tener idea de dónde se había producido el crimen.

Continuó leyendo.

—¿Ha visto esto, Helene? —musitó Meg—. ¡Dice que a Hiram le dispararon por la espalda! ¿Quién haría algo así?

Helene se apartó el sombrero, que se le caía hacia delante, y frunció el ceño.

—El señor Davenport dijo que le habían disparado en el pecho. Tal vez también fuera eso lo que creyó la policía hasta que el forense lo desmintió —dijo antes de apartar el documento a un lado, dejando a la vista dos fotografías del cuerpo de Hiram.

Meg se estremeció y desvió la mirada del torso desnudo y el rostro del anciano caballero. No quedaba rastro de vida en sus facciones. Ya no era Hiram, no era más que un cuerpo. Su alma se había liberado de las ataduras y volado al cielo, donde su mente habría vuelto a recuperar el juicio y su cuerpo, la juventud. Se aferró a tal idea mientras se armaba de valor para examinar las imágenes de color sepia. Se consoló al pensar que al menos no reflejaban la paleta de los verdaderos colores de la naturaleza.

Aun así, le parecía una falta de respeto contemplar su cuerpo desnudo. Se percató de que Helene había cerrado los ojos y apretaba el puño contra la boca. Meg contuvo el aliento y volvió a mirar. La herida de la bala en la espalda de Hiram era más pequeña y simétrica que el orificio del pecho, que parecía informe y torcido.

—Solo un cobarde dispararía a un anciano desarmado por la

espalda. Es imposible que lo hiciera mi padre. —Estaba más convencida que nunca—. ¿No hay nada más en el expediente?

Helene retiró la hoja y las dos fotografías antes de devolverlas a la carpeta.

—Nada —concluyó al tiempo que volvía a ponerse los guantes, como si el asunto quedara así concluido. Tal vez fuera demasiado para ella ver a su antiguo patrón en semejante estado, pero no era suficiente para los fines de Meg.

En cuanto el señor Gruber hubo acabado con el hombre que iba tras ella, le llamó la atención.

—Necesito ver las declaraciones de los testigos y el informe del forense.

—Señorita Townsend —dijo con un tono de condescendencia que la irritó. No parecía mayor que ella—. Está haciendo uso de un tiempo que no tenemos. Esos otros documentos que busca están clasificados como pruebas, pero nuestro nuevo sistema de clasificación es imperfecto, como puede imaginar. Desde que nuestra sede ardió en llamas esto es un galimatías, y estamos intentando juntar los documentos sueltos que se salvaron, pero que se hallan desordenados. Tenemos más trabajo que nunca y poca gente que colabore. Este caso está cerrado y no va a servir de nada que siga husmeando. Buenos días.

—¿Podría decirme al menos los nombres de los testigos? —preguntó con tono suplicante. Odiaba rebajarse, pero lo haría si era necesario.

El señor Gruber se inclinó hacia un lado de manera exagerada y miró la larga cola que se había formado tras ella. Los periódicos crujían por encima de las voces que tronaban en los oídos de Meg.

—No. No sé dónde están esos documentos y jamás los he leído. Apártese.

—Quiero hablar con un agente —insistió Meg.

—Es imposible. Al menos por el momento. Pero tomaré nota y alguien se pondrá en contacto con usted cuando tenga tiempo.

Cosa que no sucedería nunca. El mayor había invitado a las tropas de Sheridan para que contribuyeran a proteger la ciudad porque la policía estaba sobrecargada. Ningún agente tendría tiempo, ni habría tiempo para ella con todo el trabajo que tenían pendiente después de la catástrofe.

Las manos le ardían y el dolor le subía hasta el codo izquierdo, lo que le hacía sentirse irritable, pero también en guardia y decidida.

—¿No podrían al menos buscar a un tal Otto Schneider e

interrogarlo como potencial sospechoso del asesinato de Hiram Sloane? Él tenía un motivo para hacerlo, mientras que Stephen Townsend no.

—¿Potencial sospechoso? ¿En un caso cerrado? —El señor Gruber se rio, incrédulo—. Jamás en... —Antes de acabar la frase frunció el ceño y miró a un lado—. Un momento, ese nombre me suena —afirmó antes de rebuscar entre unos papeles del escritorio y extraer una lista de nombres—. Aquí está. —El apellido Schneider aparecía hacia la mitad de la página—. Ya está en la cárcel, señoras mías, desde el 1 de octubre. Por lo que parece, su sospechoso tiene una coartada. Y ahora, como no se vayan, tendré que llamar a un agente para que las eche del edificio.

Meg notó cómo la sangre le encendía las mejillas: en su mente tomó forma la imagen de McNab y O'Hara llevándose a su padre.

—No será necesario.

Helene le dio las gracias al señor Gruber por su tiempo mientras Meg trataba de recuperar la compostura. Había ido a la comisaría en busca de respuestas y salía de allí con más preguntas que antes. La policía no iba a ayudarla, eso estaba claro. Si quería llegar al fondo del asunto, tendría que hacerlo sola.

Capítulo 12

Domingo, 15 de octubre de 1871

Todo había cambiado desde el domingo anterior. Y, sin embargo, en el hogar de la hermanastra de Nate, nada más rebasar el límite occidental de la ciudad, parecía que nada hubiera sucedido. El salón seguía oliendo ligeramente a aceite de limón, Edith seguía sirviendo el estofado en la misma vajilla dispareja y sus dos hijos seguían dormitando apacibles, como si no hubiera un solo problema en el mundo. Era un oasis de normalidad.

—Come —le urgió Edith, aunque ya había tomado un poco de todo —. Parece que no hayas probado bocado en toda la semana.

No estaba muy lejos de la verdad.

Los domingos siempre habían supuesto un descanso para Nate. Como reportero, sus horarios eran irregulares y solían extenderse a las noches y a los sábados, ya que las noticias no respetaban reloj ni calendario alguno. El domingo era el único día de la semana en el que podía confiarse a la rutina: por la mañana a la iglesia y luego, tiempo con la familia. Durante los últimos cuatro años, eso significaba comer con Edith y Frank. Su hogar era modesto pero limpio, sin florituras, ya que su boda había sido discreta y Edith no tenía una madre de quien heredar el ajuar. La única diferencia era que, una vez que Harriet y Andrew se marcharon, había dos sitios menos a la mesa.

—Todavía no entiendo por qué no te quedas una temporada con nosotros. Al menos hasta que el precio de los alquileres vuelva a bajar a los niveles anteriores al incendio. Ya lo hemos hablado, ¿verdad, Frank? —dijo Edith, mirando a su esposo, que no podía responder,

pues acababa de tomar un bocado.

Tanto daba.

—Agradezco el ofrecimiento, pero tengo que estar en la ciudad, cerca de las noticias y del *Tribune*. —Nate ya se lo había explicado el martes, cuando los había visitado brevemente para que supieran que se encontraba bien.

—Por supuesto. —Frank Novak se sirvió otra porción de estofado. Boticario de formación, cortó la carne con la precisión que exigía el oficio. El cuello blanco almidonado, el bigote meticulosamente recortado, el cabello negro brillante de vaselina y la corbata anudada con primor contribuían a la impresión de alguien que valoraba la pulcritud, aun cuando la levita tuviera los codos algo desgastados—. No te culpo, Nate. Te has ganado el derecho de hacer vida de soltero por primera vez en..., bueno, por primera vez en la vida. Nadie a quien rendir cuentas; entrar y salir según te convenga...

—¡Pero bueno! Si no te conociera tan bien, diría que le tienes envidia —bromeó Edith.

—Algunos días más que otros. —Frank le guiñó el ojo y le dio un apretón en el hombro, y ella lo apartó de un manotazo bienhumorado antes de volverse hacia Nate—. Me apuesto algo a que estarás agradecido de haberte librado de las responsabilidades familiares, ¿eh? Especialmente ahora. Realmente puedes labrarte un nombre con las historias que andan por ahí esperando a quien las escriba.

Nate tragó un pedazo de batata especiada con clavo y canela.

—Me siento más cómodo trabajando con horarios largos y poco convencionales.

Durante los últimos años, se había resignado a pasar tiempo lejos de sus hermanastros, pero no siempre estaba cómodo con la situación. Andrew, sobre todo, tenía tendencia a meterse en líos.

—Por cierto, escribí a Harriet para contarle lo del incendio y que estabas bien, pero estoy segura de que apreciará que se lo cuentes tú mismo. —Edith dio un sorbo al café—. No tengo la dirección de Andrew, si no, te pediría que le escribieras también.

—Ya he escrito a Harriet. —Nate se quitó los anteojos, los limpió con una esquina de la servilleta de lino y volvió a ponérselos—. Andrew sabe dónde encontrarnos a ambos.

Frank se reclinó en la silla y, entrecerrando los ojos, miró a Nate, al otro lado de la mesa.

—No seas demasiado duro contigo en lo que a Andrew se refiere. Hiciste todo lo posible por tu familia, que ya es mucho más de lo que podrían decir la mayoría de los jóvenes. Edith y Harriet salieron muy

bien. Andrew tan solo...

—Necesitaba un padre —acabó Nate por él—. Y yo no lo era.

De hecho, a Andrew le gustaba mencionar que no compartían apellido, pues el suyo era Gibson mientras que el de Nate era Pierce, y decir que este ni siquiera era su hermano. No compartían ni una gota de sangre.

—Quién sabe lo que habría necesitado Andrew, o lo que necesitará ahora —musitó Edith. Suspirando, miró por la ventana con el semblante pálido—. Sea lo que fuere, tal vez lo encuentre en el oeste. Siempre fue muy independiente.

Eso era cierto, tal vez porque no confiaba en que Nate realmente cuidase de ellos. Cuando tenía seis años había robado comida: no creía que Nate fuera capaz de volver del trabajo a tiempo de darles de cenar a todos. Sorprendido y abochornado, Nate había llevado a Andrew hasta la frutería para que confesase y echase una mano hasta que el tendero considerase que la deuda estaba pagada. «Te dije que cuidaría de ti», le había reprochado Nate. «¿Por qué no me creíste?».

No se percató de lo irónico del caso hasta que era demasiado tarde, pues aquella misma semana había publicado un artículo sobre unos carruajes que se estaban averiando por toda la ciudad. Nate había hecho un seguimiento y todos habían salido del taller de Martin Sullivan. Había citado a testigos que afirmaban que el irlandés había saboteado los ejes para aprovecharse de los clientes de clase alta. Nate también había reproducido el testimonio de aquellos que afirmaban que no era cuestión de sabotaje, sino de la incompetencia propia de los irlandeses. Su caracterización de Sullivan había hecho que pareciera lento y amenazador, en consonancia con la descripción de los denunciantes, sabedor de que era lo que el público esperaba. Lo que deseaba.

Para cuando se enteró de que había sido el competidor de Sullivan quien había manipulado los coches después de que estos fueran vendidos, para echarlo del negocio, era demasiado tarde. Gracias al artículo de Nate, su plan había funcionado. Después de que a Sullivan se le hundiera el negocio, este había trabajado en el puerto hasta que una lesión de espalda le impidió continuar.

El pequeño Andrew había robado pan y manzanas porque no confiaba en que Nate cubriese sus necesidades, pero este le había robado su reputación a un hombre porque no había confiado en que Dios le diese un trabajo sin recurrir a la falsedad: un pecado que se había prometido no volver a cometer. Por eso había insistido tanto con su editor en ceñirse a los hechos, solo a los hechos y nada más que

a los hechos.

—No siempre fui el mejor ejemplo para Andrew —respondió tras apurar el café.

Edith se tapó la boca para bostezar y negó con la cabeza.

—Ya estás otra vez con lo de Martin Sullivan. ¿Aún estás al tanto de cómo le va?

Con una sonrisa afligida, Nate se reclinó en la silla y, estirando una pierna, mostró un zapato viejo pero brillante bajo el pantalón. Sullivan, que ya rebasaba la cincuentena, se pasaba los días postrado a los pies de otros hombres, lustrándoles los zapatos por una miseria.

Edith arqueó una ceja.

—¿Y aún te quedas sin comer por dejarle una propina absurdamente generosa?

Siempre que podía. Habían pasado dos años, tal vez tres, entre la publicación del artículo y el día en que se encontró por primera vez a Sullivan limpiando zapatos. Martin no había reconocido a Nate y este no le había dicho quién era.

—Su negocio florece al pie del distrito empresarial calcinado. La gente va a verlo para satisfacer su curiosidad y, para cuando ha terminado, tiene los zapatos cubiertos de polvo.

El sol cambiante arrojó un rayo sobre los ojos castaños de Edith; los entrecerró y Frank se acercó a la ventana para correr la cortina.

—¿Y también estás al tanto de las jóvenes con las que huiste del incendio? —preguntó—. Townsend, se llamaban, ¿no? Vimos el artículo sobre la detención del padre.

Nate se rascó el cogote.

—Ah. Otro artículo que no cuenta todos los hechos —farfulló—. Pero no, no la he visto. —El rostro de Meg le vino a la mente y se preguntó cómo llevaría sus lesiones—. No las he visto, quiero decir. Llevo sin ver a las hermanas Townsend desde el martes a primera hora.

Se había encargado de ponerlas a salvo, y eso fue todo, especialmente porque su editor le había prohibido ocuparse de la triste historia de Stephen Townsend. Por mucho que simpatizara con él, no estaba dispuesto a perder su trabajo.

—Me parece bien. —Una vez hubieron terminado de comer, Frank se quitó la levita—. Ya has hecho lo que debías.

Desde el fondo del pasillo les llegó el sonido del bebé, que despertaba de la siesta. Edith se excusó y regresó al cabo de unos momentos con Henry apoyado en la cadera: tenía la carita enrojecida y arrugada a causa del sueño. Acercó la mano regordeta al cabello de

color de las nueces pecanas de su madre, el mismo tono que el suyo, y le entresacó un mechón con el que empezó a juguetear. Tommy llegó tras ella, frotándose los ojos con el puñito: su cabello y pestañas, negros, eran el fiel reflejo de los de su padre.

—Ven aquí, muchachote. —Nate levantó al soñoliento niño de dos años y le retiró el pelo de la frente, lo que le llevó a pensar en los rebeldes remolinos que se le formaban también a él. Nate no se parecía en nada a Edith o a los niños. No se parecía a nadie. ¿Cómo sería mirar a la cara de alguien, un padre, un hermano, un hijo, y ver el reflejo de uno?

Frank tomó a Henry y lo alzó en el aire, para regocijo del pequeñuelo y de Edith. Nate se preguntó cómo se sentiría si a alguien se le iluminasen los ojos al verlo igual que se le iluminaban a Frank con Edith. Tenía treinta años y aún no lo sabía.

Tommy se revolvió y alzó los bracitos hacia su madre. Nate le pasó el niño a su hermanastra y se cruzó de brazos. La pertenencia y la responsabilidad eran dos caras de la misma moneda: no podía tener una sin la otra. Y la única persona de quien era responsable por el momento era de sí mismo.

Capítulo 13

Lunes, 16 de octubre de 1871

Una nueva puerta se cerró ante Meg. Permaneció en el porche del vecino de Hiram hasta que la aldaba de latón cayó y pudo ver su reflejo en el metal pulido. No parecía la hija de un asesino, pero eso era exactamente lo que la señora de la casa había visto.

Un trueno restalló en la distancia. Con la nariz y los dedos de los pies ateridos de frío, se volvió y bajó la escalera de piedra, saludando por el camino a la escultura de un león.

—Gatito bonito —murmuró.

Un soldado que hacía patrulla enarcó una ceja con curiosidad en el momento en que Meg atravesó la cancela de hierro y accedió a la acera.

—Buenas tardes —le dijo, pero ella solamente asintió, sin deseos de entablar conversación.

La presencia de los soldados en el vecindario hacía que se sintiera perfectamente segura mientras recorría las calles en soledad, pero no tenía deseos de explicárselo. Ni a él ni a nadie.

Lo único que quería era averiguar si algún vecino había visto algo fuera de lo común en los alrededores de la mansión de Hiram la noche del incendio, y si sabían de alguien que le desease algún mal. Había llamado a una docena de puertas después de comer, pero no había obtenido ningún dato relevante. No, nadie sabía quién podría querer hacer daño al señor Sloane. No, nadie lo había visto salir la noche del 8 de octubre, ni se había visto a nadie sospechoso entrar en la casa. Luego estaban aquellos que, como la vecina cuya casa acababa de

abandonar, se percataban de que era la hija del supuesto asesino, nada menos que un lunático, y hacían todo lo posible por librarse de ella cuanto antes.

Era hora de dejar de interrogar a los vecinos por el momento. Ese día también había hablado con Eli para comprobar la coartada del señor, pero no le había dicho nada que arrojase duda alguna sobre el joven. Según Eli, Jasper Davenport se había mostrado vigilante y había hecho todo lo posible por encontrar a Hiram durante horas y horas rastreando la ciudad.

Sus pasos apenas se oían sobre la hojarasca húmeda y resbaladiza. Trató de flexionar las manos vendadas, ocultas en los bolsillos de su capa: el dolor se había diluido y ya no la torturaba con su atroz intensidad, pero seguía necesitando ayuda para vestirse, para lavarse el cabello con agua del lago, hervida y luego enfriada, y para cambiarse las vendas, una labor que Sylvie llevaba a cabo atentamente.

Una lluvia suave repiqueteaba en las ramas sobre su cabeza antes de caerle en el sombrero y los hombros, pero sus pensamientos seguían centrados en las lesiones. Meg trataba de evitar extraer conclusiones a partir de lo que veía cada vez que se cambiaba las vendas. Ni siquiera el doctor Gilbert, a quien había consultado en la clínica gratuita el sábado pasado después de salir de la comisaría, había emitido un juicio definitivo. Si escuchase a sus propios miedos, diría que sus manos jamás volverían a servirle como antaño. Diría que la derecha, su mano dominante, parecía un miembro muerto porque realmente estaba muerta, arrugada como una hoja seca. Una no podía pintar con una mano muerta y deforme. Apenas se podía hacer nada con ella.

Al menos la mano izquierda se le había curado lo suficiente como para que el vendaje solo le cubriera la palma y el pulgar, dejando libres las puntas de los dedos. Algo era algo. Lo único que podía hacer era esperar a seguir sanando y, entretanto, hacer lo posible por la familia a la que había prometido cuidar.

Era muy muy poco.

Sylvie se había encargado de hacer inventario de sus pertenencias. No obstante, no hizo falta escribir a la aseguradora, ya que, según había publicado el *Tribune,* había sido una de las muchas arruinadas por el incendio. Los Townsend, junto a otras decenas de miles de personas, no obtendrían indemnización alguna por sus pérdidas.

Sin embargo, no costaba nada hacer cola, y así era como Meg había pasado la mañana. En cuanto leyó que la Sociedad de Ayuda y Socorro

estaba ofreciendo un número limitado de hogares temporales gratuitos, fue a solicitar uno. Al menos no se había mojado con la lluvia.

Al doblar la esquina, Meg apretó el paso hasta llegar a la mansión de Hiram: subió las escaleras y entró. En cuanto Kirstin la hubo ayudado a quitarse la capa y el sombrero, la criada regresó a la cocina y Meg se encaminó a la biblioteca, dispuesta a pensar en algo que no fuera ella misma y sus circunstancias.

Se trataba de una estancia masculina, con una repisa en la chimenea de madera de cerezo oscurecida, cortinas doradas en las ventanas y, en el techo, paneles de lienzo pintados en vivos colores. Tras echar un vistazo a las estanterías que iban del suelo al techo, Meg eligió un volumen que ella misma le había vendido a Hiram años atrás: *Vida de Charlotte Brontë*, escrito por Elizabeth Gaskell, quien fuera amiga de Charlotte. El lomo no mostraba signos de uso. La caja de colección con las novelas también parecía nueva. Hiram había debido de comprarlo todo como un gesto de amistad.

Meg se llevó el preciado libro sobre la vida de Charlotte a la mesa de estudio y lo abrió. Sentía más afinidad con la autora que con cualquiera de los personajes que ella o sus hermanas habían inventado. Charlotte había pasado años en casa, cuidando de su padre enfermo, que dormía con una pistola cargada bajo la almohada. Habría querido ser artista, pero no veía bien; solo dibujaba o escribía cuando había acabado las labores domésticas cotidianas y atendido de su padre, al menos hasta que también hubo de cuidar de sus hermanas moribundas.

El deber había sido la prioridad de Charlotte, igual que lo era de Meg. Aquella había publicado para sostener a su familia; esta pintaba por el mismo motivo. Todo giraba en torno a la familia. Así, mientras que Meg admiraba a *madame* LeBrun por haber pintado a María Antonieta cuando tenía su edad, su modelo de conducta era Charlotte Brontë: la familia era lo primero.

En ese momento le dolía no poder pintar ni cuidar de su padre.

El fuego, crepitante, calentaba el aire húmedo. El rumor de la lluvia se había convertido en clamor al arreciar allí fuera, donde empapaba a los soldados que marchaban al otro lado de las ventanas. Sus bayonetas recordaban a Meg que, mientras ella filosofaba cómodamente instalada en la biblioteca, Chicago aún pugnaba por restablecer el orden, por no hablar de su reconstrucción. Los sintecho aún llenaban iglesias y escuelas. Aunque había perdido mucho, seguía siendo rica en comparación, gracias a la generosidad que le ofrecían

en la mansión.

El señor Davenport entró en la pieza y, tras saludar a Meg con una inclinación de cabeza, se acomodó en una silla al otro lado de la mesa antes de abrir su libro de Derecho.

El cálido brillo de las velas y el fuego le iluminaban las mejillas y una cicatriz blanca en la frente, mientras que los rincones oscuros a sus espaldas ofrecían un contraste digno de un cuadro de Caravaggio: su expresión parecía albergar igual gravedad.

Era precisamente ese peso lo que le había impedido a Meg comunicarle que a Hiram le habían disparado por la espalda. No le haría ningún bien saberlo.

Incapaz de soportar su determinado silencio, cerró el libro.

—Creía que prefería estudiar con sus compañeros, señor Davenport.

El joven se reclinó en la silla con parsimonia, las manos entrelazadas detrás de la cabeza. El brazalete de luto que rodeaba su manga se fundía con las negras sombras a sus espaldas.

—Mejor llámame Jasper, dado que vamos a pasar tanto tiempo juntos.

Fuera bramó un trueno.

—Jasper, pues.

—Estudiaba con compañeros, sí. Pero se me han quitado las ganas, visto que la última vez que lo hice mataron a mi tío.

A Meg se le secó la boca. La silla crujió cuando se removió sobre ella.

—Leí en el periódico que los estudiantes universitarios se habían alistado a un regimiento para contribuir a proteger la ciudad. ¿Tú no lo has hecho?

—Ah, sí, la compañía L, del Primer Regimiento de Voluntarios de Chicago, creada por un ciudadano privado para proteger la ciudad y disparar a todo el que salga después del toque de queda. ¿Con qué autoridad? ¿La del mayor? ¿La de Sheridan? No estoy seguro de que sea constitucional y no tengo ninguna gana de jugármela con esos jóvenes. Están armados y ansiosos, tienen miedo y carecen de formación. Una combinación terrible. Así que no, no formo parte de la compañía L.

Tal vez fuera la primera vez que le oía hablar tanto. Por un momento se preguntó por su experiencia y sintió una oleada de compasión por el muchacho soldado que había sido. Su mirada se deslizó de su rostro anguloso al retrato de Hiram que coronaba la chimenea. Representaba con bastante fidelidad al estimado anciano: lucía orgulloso e imponente con el uniforme, aunque solo hubiera

servido en el Cuerpo de Inválidos, aquí, en casa.

Y aquí estaba Jasper, entre la imagen del tío que había perdido y la hija del hombre que supuestamente lo había asesinado.

Una incómoda amalgama de emociones bullía en su interior.

—Dime la verdad. De uno a diez, ¿hasta qué punto te duele nuestra presencia? Si te disgusta que estemos aquí, debes decírmelo.

Mientras la estudiaba, una leve sonrisa fue curvándole los labios.

—Y si te dijera que vuestra presencia es un amargo recordatorio de la tragedia, un rotundo diez en esa escala tuya, ¿os iríais?

—Por supuesto que lo haríamos; al menos a la otra punta de la casa, siempre que no estuvieras en clase.

Para su sorpresa, se rio. Y no fue una risita discreta o afectada, sino una sonora carcajada que le dibujó un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Me gustan las chicas sinceras. Si hubieras dicho que os iríais sin más, no te habría creído. —Apoyó los brazos en la mesa con los largos dedos entrelazados.

—Pero nos iremos —afirmó Meg—. En cuanto tengamos un lugar al que ir.

—¿Y eso cuándo sucederá? —preguntó ladeando la cabeza, de modo que los rizos desordenados le cayeron sobre la frente.

—Reconstruiremos la casa aun sin ayuda de la aseguradora —respondió ruborizada, pues tal vez no sucediera pronto, y le explicó brevemente su plan—. Hemos presentado una solicitud para una de esas casas prefabricadas que se están ofreciendo a quienes tenían propiedades antes del incendio.

—Algo he leído al respecto. Pero por lo que sé, no son más que chabolas.

A Meg le molestaba el término, pero se mordió la lengua.

—Cada casa cuenta con dos habitaciones y mide cinco por ocho metros en total. —Era pequeña, pero, si no, ¿cómo iba a albergar la Sociedad de Auxilio a los miles de personas que solicitaban alojamiento? Además, sería solo temporal—. Tendrá suelo de madera, puertas y ventanas, y estará equipada con estufa, colchones y algo de menaje. Será pequeña como para montarla al final de nuestro terreno y vivir allí mientras reconstruimos la librería sobre los cimientos originales.

—Entonces, ¿han aprobado vuestra solicitud? —preguntó Jasper mientras que, con la yema del pulgar, daba vueltas al anillo que lucía en el anular.

—Todavía no. —Tampoco sabía cuándo les notificarían la resolución—. Pero, en cualquier caso, en cuanto me quiten los

vendajes, seré de más ayuda aquí mientras esperamos a que reconstruyan la casa. —Estaba segura de que su mano izquierda funcionaría mejor que la derecha—. Te ayudaré a encontrar el testamento de tu tío. Podríamos buscarlo de manera metódica, del ático al sótano. Sylvie también podría unirse.

—No querría molestar a mis invitadas con tal tarea. —Parpadeó lánguidamente.

—Pero ¿y si queremos ayudar?

El viento ululaba entre los árboles del exterior. Las llamitas amarillentas en los cabos de las velas blanquecinas oscilaron, empujadas por la corriente.

—Agradezco el ofrecimiento, pero no estoy seguro de que quiera que nadie distinto a la familia registre todos y cada uno de sus objetos personales.

Meg consideraba que ella y Sylvie habían sido parte de la familia de Hiram, más incluso que Jasper. Dejó caer las manos bajo la mesa y las juntó en el regazo, donde descansaron adormecidas una vez más. No le gustaba la inactividad.

—Disculpen. —Helene hizo una reverencia al entrar en la estancia: su complexión pálida contrastaba con el atuendo negro de luto—. Tiene visita; está esperando en la sala de recepción.

Jasper se puso en pie y se alisó el delantero de la camisa. El ama de llaves carraspeó.

—La visita es para la señorita Margaret.

—Por supuesto. —Jasper, cuyos hombros se relajaron, señaló la puerta con un gesto.

Agradecida por la distracción, Meg salió de la biblioteca y enfiló el pasillo. Helene abrió las puertas correderas de la sala de recepción antes de retirarse.

—¡Nate! —exclamó con voz ahogada cuando este se dio la vuelta y la miró.

Se hallaba de pie junto a la chimenea, limpiando sus anteojos empapados: la lluvia había formado un charquito a sus pies.

—Aquí estás —dijo con una sonrisa, mientras volvía a colocárselos sobre la nariz. Las mangas de la americana le quedaban largas; era evidente que se trataba de una donación procedente del armario de otro hombre.

—Nos has encontrado. —El rostro de Meg irradiaba alegría; era un enorme alivio volver a verlo, aunque no estaba segura de cuál sería la manera adecuada de saludarlo. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde la catástrofe que los unió, aunque apenas había

pasado más de una semana. Y no hacía ni dos días que Sylvie había escrito al *Tribune* para añadir su paradero a las largas columnas que aún bordeaban la primera página.

—Creo que tienes algo que me pertenece. —Con una leve reverencia se llevó la mano, con los dedos manchados de tinta azul, al corazón—. ¿O valía tan poco que te has deshecho de ella?

—La tengo. Espera un momento. —Poco después regresó con su americana en el brazo—. La hemos lavado, pero no estoy segura de que quieres seguir poniéndotela —dijo mientras le tendía la prenda, que él aceptó y desdobló, revelando en ella las huellas del incendio que había arrasado Chicago.

Nate atravesó un par de agujeros con los dedos.

—Desde luego, hoy no me iba a mantener seco. Pero la guardaré como una reliquia del incendio. ¿Puedo preguntarte si el libro sobrevivió? ¿Y cómo están tus manos?

A modo de respuesta, Meg movió cuatro dedos.

—Algo mejor en la mano izquierda —respondió, restándole importancia—. Pero ese no es el motivo por el que te hice llamar.

Nate inclinó la cabeza a un lado y entrecerró los ojos azules.

—¿Me hiciste llamar?

—Sabía que vendrías por tu americana en cuanto supieras dónde encontrarnos. Es decir, esperaba que lo hicieras. —Sin ganas de abandonar la privacidad de la pequeña sala, señaló con un gesto una butaca de cuero—. ¿Quieres sentarte?

El sombrero hongo que sujetaba entre las manos chorreaba agua.

—Creo que es suficiente con formar un charco en el suelo, no quiero empapar también el mobiliario.

—Ay, es verdad —dijo antes de tragar saliva, con los nervios a flor de piel.

Los segundos se sucedían entre ellos, ocupando el espacio de las palabras no pronunciadas. Nate ya había hecho tanto por ella que dudaba en pedirle más. Que ella supiera, quizá hasta se creyese que su padre era un asesino, y no se atrevía a preguntarle.

—Meg, no he tenido nada que ver con el artículo del *Tribune* sobre la detención de tu padre —dijo al fin—. Para mí es importante que lo sepas.

—Necesito ayuda. —Las palabras, tan ajenas a ella, le salieron de sopetón—. No sé a quién más preguntar.

—¿Qué sucede?

Meg se reafirmó en su decisión.

—Quiero ir al manicomio. Sylvie no cree que debiera y sé que no

me dejarán visitar a mi padre, pero seguro que me permitirán ver a algún médico.

—No puedes ir a un lugar así sola. De ninguna manera.

—Estoy de acuerdo.

Esa era la respuesta que deseaba. No era solo que no quisiera enfrentarse ella sola a aquella horrible institución: habría sido tremendamente inapropiado y, desde luego, ineficaz. Además, el trabajo de Nate consistía en sacarle información a la gente. Sería la persona perfecta a quien tener a su lado en una empresa semejante.

—Me doy cuenta de que es de lo más presuntuoso, especialmente después de todo lo que has hecho por mi familia. Pero te has ganado mi confianza, Nate Pierce, y no sé a quién más pedírselo. Ven conmigo, por favor.

❋❋❋

«No te impliques», se había dicho Nate. «No vayas a ver a esas chicas, olvídate de la americana. Céntrate en el trabajo, que tienes más que de sobra, y demuestra a Medill todo de lo que eres capaz». Pero ¿había escuchado a la voz de la razón? No.

Antes bien, había seguido el dictado de otra voz. Llámese la voz de la conciencia. Llámese curiosidad o instinto periodístico. Llámese cualquier cosa menos la atracción magnética por volver a ver a Meg. Desearía que le hubiera respondido la verdad a la pregunta sobre sus manos. Tal vez otro día.

La lluvia golpeaba el techo del carruaje que alejaba a Nate y a Meg de la ciudad, y agudizaba los aromas del cuero y de la grasa para los ejes. Sentada frente a él, la mujer parecía pensativa; mientras Helene Dressler la ayudaba a ponerse la capa, le había dicho que iba a salir, pero no había especificado adónde. Nate tenía la impresión de que no quería arriesgarse a que la convencieran de no hacerlo.

Lo comprendía. Si su editor se enteraba de lo que estaba haciendo, se arriesgaba a perder su trabajo. Pero siempre que no afectase a los artículos que escribía para el periódico, lo que hiciera con su tiempo libre era solo cosa suya.

Distraído, se toqueteó los puños demasiado largos de la americana, tratando de que no le cubrieran la mitad de los pulgares. De todas las que había encontrado entre las pilas de ropa donada para las víctimas del incendio, ninguna le quedaba bien: eran demasiado cortas o demasiado largas, y le daban el aspecto de un muchachillo que aún estuviera creciendo. Nada que ver con la imagen que deseaba

proyectar.

Aunque tampoco era que Meg lo mirase.

Siguió su mirada a través de la ventana. Un cielo de peltre martillado descargaba sobre una atmósfera que olía a metal mojado. Nate se alegraba de que Eli Washington estuviera libre para llevarlos: Meg le había asegurado que el hombre no se iría de la lengua. Si Jasper se enteraba de la visita al manicomio, sería por ella.

Con las bridas tintineando, el caballo arrastraba el carruaje a duras penas por el suelo reblandecido hasta que, quince kilómetros al noroeste del distrito empresarial de Chicago, las carreteras de grava aliviaron su esfuerzo. El manicomio del condado de Cook se alzaba como una fortaleza, coronada de torres y chimeneas. Un escalofrío recorrió la piel húmeda de Nate al contemplar su inmensidad. Sabía que el complejo ocupaba más de ciento veinte hectáreas, pero no había sido consciente de lo minúsculo que lo haría sentir.

El rostro de Meg se demudó: las pecas se tornaron más llamativas sobre su semblante pálido. Cuando se irguió en el borde del asiento para ver mejor, los suaves pliegues de sus faldas rozaron las rodillas de Nate. Olía levemente a aceite de rosas.

—Qué escenario tan apropiado para un relato de Edgar Allan Poe. Especialmente con este tiempo de perros.

Nate no podía negarlo.

Eli detuvo al caballo en la entrada circular frente al acceso principal antes de bajarse del pescante cubierto para ayudar a Meg a salir del coche.

Nate se cubrió con el sombrero y se apeó tras ella.

—¿Quiere entrar para no pasar frío mientras espera, Eli?

El cochero alzó la vista para contemplar la imponente estructura y la lluvia le llenó el ancho rostro de gotas. La hiedra desnuda, durmiente durante el invierno, se aferraba tenaz a la fachada del edificio.

—No, señor. Cyrus y yo estaremos bien aquí —respondió antes de cerrar la portezuela y darle una palmadita al caballo en el lomo.

Después de darle las gracias, Nate le ofreció el brazo a Meg y subieron juntos los escalones de la entrada. A su lado parecía más pequeña de lo habitual, aunque erguía la espalda con obvia determinación. Le dedicó una ligera sonrisa con la esperanza de infundirle seguridad.

Una vez rebasadas las pesadas puertas de madera de acceso, Nate se secó los anteojos y juntos atravesaron otras dos que daban al recibidor y desembocaban en el vestíbulo. A unos diez metros, tras un arco, se

abría un pasillo que conducía a los pabellones, a ambos lados del edificio central, donde se encontraban. A la izquierda de Nate se hallaban dos oficinas con las puertas cerradas. A su derecha, una sala de recepción comunicaba con el despacho del médico. Fue a dicha sala adonde llevó a Meg.

La luz de gas titilaba en los apliques dispuestos sobre una fila de sillas de respaldo recto. Dos de ellas estaban ocupadas por una pareja de ancianos; la mujer hacía calceta en silencio. Detrás de un mostrador, una recepcionista alzó la vista al ver aproximarse a Nate y a Meg, y les sonrió.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, mirándolos por encima de la montura de sus lentes. Con el cabello castaño pulcramente recogido en una redecilla de color marfil, pasaría de los cuarenta y cinco años. Un camafeo le cubría el botón superior del vestido azul oscuro.

Cuando Nate inclinó el sombrero, un chorrito de agua cayó al suelo.

—Nathaniel Pierce, del *Chicago Tribune*. Esta es Margaret Townsend.

—Yo soy la señorita Dean —respondió la mujer, entrelazando los dedos.

—Es un placer. —Tensa, Meg recurrió a la formalidad—. Mi padre es paciente aquí: Stephen Townsend. Me gustaría ver a su médico.

—Ya veo. ¿Conoce el nombre de su médico?

Nate observó a Meg, que negó levemente con la cabeza.

—Estoy seguro de que sus registros indicarán quién atiende a Stephen Townsend. Y estoy seguro de que hará todo lo posible por ayudarnos. Si el doctor no está en su despacho, podría buscarlo yo mismo mientras visito la institución.

La señorita Dean se puso a dar vueltas a un anillito de oro que llevaba en el meñique.

—No sabía que hubiera ninguna visita programada.

Era curioso que, aunque los propios pacientes no podían recibir visitas, el turismo de manicomios fuera popular entre aquellos atraídos por lo macabro.

Pero Nate no era ninguno de los dos.

—Soy reportero, señorita Dean. Las visitas no programadas son más de mi estilo.

Desde algún lugar indeterminado, a través de las paredes, les llegó el grito de un hombre. El continuo tintineo de las agujas de punto se detuvo; la mujer de pelo gris cerró los ojos y las arrugas de su frente se hicieron más profundas. El hombre a su lado le dio una palmadita en la rodilla al tiempo que las puntas de su bigote blanco descendían

en una mueca. Meg le apretó el brazo a Nate. Otra voz, de mayor autoridad, respondió al grito del paciente antes de que se hiciera un abrupto silencio, que amplificó el golpeteo rítmico desde otro lugar desconocido.

—Por favor, busque al doctor, señorita Dean. —El tono de Nate sonaba casi jovial.

Esta se quitó los anteojos, que quedaron colgando de una cadenita con cuentas alrededor del cuello.

—Esperen aquí —dijo antes de alejarse de la sala con un frufrú de faldas demasiado almidonadas.

Meg transmitía a Nate la tensión que sentía a través de la fuerte presión con que le asía el brazo. Observaba la puerta que conducía al vestíbulo.

—¿Hay algo más que podamos ver? ¿Alguna ventana que permita echar un vistazo a... algo?

Una corriente fría agitó la pluma del sombrero de Meg y le recorrió el cuello a Nate, que negó con la cabeza.

—La primera planta solo cuenta con oficinas y un almacén. Una vez que los pacientes entran en el edificio, no pasan tiempo en este piso porque les resultaría demasiado fácil escapar. Las escaleras están cerradas con llave, así que no podremos subir a menos que nos acompañe alguien del personal.

Además, no tenía claro que Meg debiera ver más, aunque se lo permitieran. Bastante nerviosa estaba ya.

Aflojó la presión sobre su brazo cuando se movió para mirarlo de frente.

—Tú ya has estado aquí. ¿Has subido a ver dónde viven los internos?

En efecto. El año anterior había cubierto la inauguración del edificio y la había combinado con una historia sobre los métodos con que se atendía a los enfermos mentales. El tratamiento moral consistía en un régimen de descanso y labores sencillas en los terrenos del sanatorio, suplementado con opiáceos, estimulantes y «tónicos» a base de leche, azúcar, huevos y *whisky*. Pero para aquellos pacientes que no respondieran bien había otros métodos. Confinamiento en jaulas de madera. Camisas de fuerza. Aislamiento. En esos casos, el único objetivo era separar a los internos del resto de la sociedad hasta el final de su vida.

—He estado arriba —admitió—. Cada pabellón cuenta con su propio comedor. La comida sube desde la cocina del sótano por medio de un montaplatos. Los pacientes comparten tres retretes y dos

bañeras en cada planta.

—¿Qué más? —preguntó Meg, con la nariz arrugada.

La señorita Dean regresó a la sala de recepción con un hombre que parecía contrariado. El escaso cabello negro le cruzaba la cabeza calva formando surcos.

—Esto es absolutamente irregular —dijo al llegar hasta ellos—. Son conscientes de que no se puede visitar a los pacientes, ¿verdad?

A Nate le molestó su falta de educación. Si así era como el médico los trataba a ellos, ¿qué no haría con los pacientes?

—Vamos a empezar de nuevo, ¿le parece? —Nate extendió la mano, sin parar mientes en el puño que le bailaba más allá de la muñeca—. Nathaniel Pierce, del *Chicago Tribune*, y esta es Margaret Townsend. ¿Usted es?

La señorita Dean se excusó y regresó al mostrador con la cabeza gacha.

A regañadientes, por lo que se veía, el hombre le estrechó la mano a Nate y lanzó un somero vistazo a Meg.

—Soy el doctor Edmund Franklin. El paciente en cuestión se halla a mi cargo.

—Es el capitán Stephen Townsend —dijo Meg con calma aparente —. El «paciente en cuestión» tiene nombre y es mi padre.

Alrededor de los ojos del psiquiatra se formó un abanico de arrugas mientras la contemplaba.

—Para mí es un paciente. El desapego emocional hacia los pacientes es la mejor forma de cuidarlos.

—Explíquemelo, doctor. Explíqueme cómo está cuidando de mi padre ahora mismo —dijo Meg con voz temblorosa. Nate entendía que no era por el miedo, sino por la profunda responsabilidad que sentía.

El doctor Franklin exhaló un profundo suspiro. No obstante, condujo a Nate y a Meg al despacho contiguo. En la pared colgaban varios diplomas enmarcados, por detrás de un escritorio desnudo de todo objeto salvo un protector, un tintero y una bandeja repleta de correspondencia. Además de la puerta que comunicaba con la sala de recepción, había otra que daba al vestíbulo.

—Siéntense —dijo antes de rodear el escritorio y hacer lo propio. Su bata blanca olía a medicamentos.

Nate se quitó el sombrero y lo dejó sobre el regazo al tomar asiento en una de las duras sillas. Meg se sentó con la espalda erguida.

—Entenderán que esto es una institución pública —comenzó por decir el doctor Franklin—. En cuanto que veterano, el paciente recibe tratamiento gratuito. Dado que ustedes no pagan por ello, no tenemos

compromiso ni obligación de responderles de forma alguna.

Las mejillas de Meg se tornaron del color de las amapolas.

—Tienen un compromiso con el gran público —replicó Nate—. Y nosotros también lo somos, ¿no? Los lectores del *Chicago Tribune* son su público. Estarían muy interesados en saber que un psiquiatra de esta institución oculta deliberadamente información sobre un padre de familia.

—Lo dudo, ahora que el incendio y los esfuerzos por la reconstrucción ocupan la mente de todos.

—¿Quiere que lo comprobemos? —Nate sonrió, aunque sabía que caminaba por una línea muy fina entre la motivación y el enfrentamiento con el doctor Franklin.

—Por favor —terció Meg—. Dígame lo que pueda. ¿Qué está haciendo por mi padre? ¿Cuánto tiempo cree que durará el tratamiento?

Tras un largo silencio, el médico respondió:

—283 sufre un trastorno...

—Disculpe —lo interrumpió—. ¿Cómo que 283?

—A los pacientes se les asignan números al llegar al asilo. El suyo es el 283. Soy un hombre ocupado, por lo que, si insiste en interrumpirme, tendré que dar por finalizada nuestra entrevista.

El doctor, desafiante, levantó ligeramente la barbilla.

—Como iba diciendo, el paciente 283 sufre un trastorno denominado «corazón de soldado». Según mi experiencia, se trata de una enfermedad crónica, sin cura. Su corazón experimentó una sobrecarga excesiva durante la guerra, y más concretamente durante la estancia en el campo de prisioneros de Andersonville. De modo que el ritmo errático y acelerado del corazón, así como otros síntomas normalmente asociados a la ansiedad, se ven acompañados por otras manifestaciones. Insomnio. Paranoia. Pensamientos y conductas irracionales. Hay numerosos casos documentados por todo el país.

Meg dejó que transcurrieran algunos segundos.

—¿Qué le sucederá?

—Si me está pidiendo que prediga el futuro de 283, es algo que no haré.

—En otros casos, entonces —dijo Nate, haciendo un esfuerzo por ocultar la creciente irritación que le provocaban las cortantes respuestas del médico—. ¿Qué les ha sucedido a otros hombres que padecían de corazón de soldado?

El doctor Franklin abrió un cajón del escritorio, localizó un expediente y abrió la carpeta de color crudo sobre el protector en el

momento en que alguien llamó a la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

—¿Sí?

Un enfermero de uniforme blanco introdujo un pie en el despacho.

—Doctor, tenemos un... un problema que debemos consultarle. Es una cuestión de cierta urgencia.

El doctor Franklin salió y cerró la puerta tras él. Por el sonido de las voces, Nate adivinó que se habían alejado algunos pasos.

—¡Mira! —musitó Meg, señalando el expediente con un gesto de la cabeza.

Nate se acercó la carpeta y la abrió. No eran historiales confidenciales de pacientes, sino recortes de periódico y algunas notas mecanografiadas. Leyó el texto por encima.

Un soldado del 16º Regimiento de Infantería de Connecticut había vuelto de la guerra con el cuerpo y la mente tan quebrantados que no reconocía ni su propio nombre. Experimentaba una fuerte agitación al dormir, soñando que aún buscaba comida en Andersonville. Murió a los veintidós años.

Nate pasó a la página siguiente, presidida por un encabezamiento del Hospital para Dementes de Indiana. En una lista identificó a un veterano que sollozaba imaginando que los rebeldes aún lo perseguían. A otros los habían internado porque se habían atrincherado en sus cuartos.

Cuanto más leía, mayor era su consternación. Ni los veteranos ni sus familias habían tenido idea alguna de que sacrificarían su cordura por servir al país.

En Utica, Nueva York, un paciente no consiguió que el confinamiento en una jaula de madera lo calmase, sino que acabó hiriéndose al golpearla con las extremidades, mientras gritaba a soldados invisibles y montaba a caballos fantasma. Murió a los veintitrés años.

Pero fue el siguiente recorte el que caló a Nate hasta lo más profundo. Un veterano había matado a un hombre sin que después recordase haberlo hecho. Acabó suicidándose en la prisión de Sing.

—¿Qué dice? —Meg se inclinó y su brazo rozó el de Nate.

Este enderezó las páginas y, cerrando la carpeta, la devolvió a su lugar inicial en el escritorio.

—Luego te lo cuento.

Durante unos instantes fue incapaz de mirar a sus grandes ojos castaños. No podía mentir a Meg, pero ¿cómo iba a decirle toda la verdad? ¿Era correcto decirle solo una parte? Eso tampoco le parecía

bien.

La puerta volvió a abrirse y el doctor Franklin penetró en el despacho.

—Nuestro tiempo juntos ha terminado.

La silla rechinó contra el suelo cuando Meg se puso en pie.

—Pero ¿qué pasa con mi padre? ¿No puede decirme nada sobre su pronóstico?

—Lo que puedo decirle es que, en la mayoría de los casos, la estancia en el sanatorio es de por vida, dure esta poco o mucho.

Se diría que a Meg le habían propinado un golpe. Sus ojos se llenaron de lágrimas y apartó la vista.

—No vuelva por aquí, señorita Townsend. Si necesita decir algo más, hágalo por escrito. Buenos días.

Nate, con la piel de gallina una vez más, se caló el sombrero y condujo a Meg hasta el coche que esperaba fuera. Una fina lluvia le mojaba el rostro y se adhería gota a gota a las ventanas. Tras ayudarla a subir, la siguió. El olor acre de las hojas en descomposición y la tierra mojada permeaba el aire incluso dentro del carruaje.

—Lo siento —susurró Meg, al tiempo que se limpiaba con la muñeca una única lágrima que le descendía por la mejilla—. Le prometí a mi madre que cuidaría de él y… bueno, no lo estoy haciendo. No sé cómo solucionarlo. Al menos cuéntame lo que leíste en el expediente.

No podía hacerlo. Al menos no en ese momento.

—Era información recopilada sobre otras personas. Tu padre es único: no hay por qué juzgarlo a partir de otros casos.

¿La conocía lo bastante bien como para decirle que solucionar el problema de su padre estaba más allá de sus capacidades, igual que el carácter de su hermanastro Andrew estaba más allá de las suyas? Es lo que habría querido, porque veía en ella el peso de la responsabilidad por su familia. Y también se veía a sí mismo.

Capítulo 14

Martes, 17 de octubre de 1871

Querido padre:

Soy Sylvie. Te envío saludos, pero es Meg quien me está dictando esta carta, pues ella todavía no puede sujetar la pluma.

Nathaniel Pierce y yo hemos ido hoy al sanatorio para informarnos sobre su situación. ¿Se lo han dicho? No pude ver las celdas, por lo que no sé si serán lo bastante limpias y cálidas, o si le darán suficiente de comer. Si hay cualquier problema, encuentre la manera de hacérmelo saber.

Sylvie y yo nos hemos mudado con Jasper Davenport a la mansión de Hiram, por lo que puede enviarnos cualquier correspondencia a esa dirección. Helene y Kirstin aún siguen en la casa y Eli vive en las cocheras.

El domingo acudimos a la iglesia, pero no aquí, en el vecindario de la avenida Prairie. No nos parecía bien celebrar el oficio en un lugar que el incendio no había tocado, con una congregación a la que no conocíamos. Así que fuimos a la Iglesia de la Unidad, o lo que quedaba de ella, donde el reverendo Collyer celebró entre los muros chamuscados del santuario, con la bóveda del cielo abierto sobre nuestras cabezas. Se dirigió a los feligreses desde lo alto de un sillar que había caído de un arco. Ojalá hubiera podido escucharlo.

Sylvie tomó notas para que no olvidáramos sus palabras. Queríamos compartir algunas líneas con usted, padre. Dijo así:

«Puede que ciertos hombres, de corazón más fuerte, sean capaces de agradecer a Dios esta gran calamidad. Yo, por mi parte, he buscado cierta altura del alma, un sentimiento moral elevado desde el que mirar abajo y dar gracias a Dios por enviarnos esta gran tribulación... Pero esta mañana no me he visto capaz de hacerlo...

Ha pasado muy poco tiempo. Le daremos gracias a Dios en cuanto podamos».

Espero que, de algún modo, estas palabras le reconforten, igual que nos reconfortaron a nosotras. Daremos gracias a Dios en cuanto podamos.

Y le sacaremos de allí en cuanto podamos también.

Con todo mi amor,
Meg

P. D. Soy Sylvie otra vez. Meg dice que padece usted de un trastorno llamado corazón de soldado. Por favor, haga todo lo que los médicos le digan para curarse.

❋❋❋

Viernes, 20 de octubre de 1871

El aroma del café recién hecho envolvió a Sylvie al entrar en la cocina. La pesadilla de la víspera no había sido distinta de la de cada noche desde el incendio, pero al menos se había dado cuenta de que solo soñaba, de que la ciudad no estaba nuevamente en llamas, por mucho de lo que viera y sintiese en su mente. Era un avance.

El sol penetraba por las ventanas y se reflejaba en las sartenes de cobre que colgaban sobre el hogar. Helene, que se estaba cambiando el delantal manchado de harina por uno limpio, le sonrió mientras se lo anudaba a la cintura.

—Buenos días —dijo—. Tengo buenas noticias: las bombas de agua vuelven a funcionar. Ahora dispondremos de todo el té y el café que quiera, por no hablar de agua suficiente para un baño como Dios manda. Después de nueve días bebiendo la del lago, supongo que estará deseando tomarse un té que no sepa a pescado.

—Desde luego. Pero esta mañana lo que necesito es una buena taza de café, si es que ha preparado bastante. Y si hubiera pan, una rebanada gruesa me vendrá de perlas.

—Ay, Dios mío. —Helene volvió la mirada a la cocina, sobre la que descansaba una bandeja de panecillos ennegrecidos—. No estoy segura de que se le pueda llamar pan, pero se suponía que lo era. Perdóneme, señorita Sylvie. Esta vieja ama de llaves sabe más de limpiar que de hornear.

—No pasa nada. —Sylvie tomó un panecillo, lo lanzó al aire y volvió a atraparlo—. Yo tampoco tengo mucha experiencia horneando,

ya que teníamos una excelente pastelería a una manzana de nuestra librería. Lo hacían todo tan bien que nuestra madre ni se molestó en enseñarnos.

Cerró los ojos; casi podía oler las hogazas, los panes de leche, los *pretzels*, los *strudels* y las tartas de estilo americano que la pastelería Hoffman había perfeccionado. Cómo lo echaba de menos. Echaba de menos compartir un plato de berlinesas con Rosemary y Beth. Echaba de menos su casa y a sus amigas con un anhelo tal que tuvo que reprimir las lágrimas.

La habían visitado la víspera, tras haber visto el anuncio de su paradero en el periódico. Habían ido para despedirse. Sus respectivas familias habían decidido empezar de nuevo en otro lugar, donde tenían parientes con los que vivir hasta que volvieran a tener las cosas bajo control. Era probable que ya estuvieran subidas al tren. Sylvie no tenía facilidad para hacer amigas, y perderlas a las dos a la vez le dolía más de lo que era capaz de expresar.

Con una jovialidad que estaba lejos de sentir, sonrió a Helene.

—En cualquier caso, ahora me toca a mí hornear para mañana.

—Muy bien, señorita Sylvie. —Helene se quitó una pelusilla del delantal—. ¿Disfrutará de ese panecillo duro como una piedra en el comedor?

—No —se rio Sylvie—. Aquí estoy bien —dijo, acomodándose en el banco de la amplia mesa de trabajo mientras Helene le servía el café.

Los pasos de Jasper delataron su presencia aun antes de que entrase en la cocina. Sonrió al ver a Sylvie.

—¿Vas a ir a alguna parte?

Las manos se le fueron a la chaquetilla que llevaba puesta.

—Sí, enseguida.

Tras aceptar la taza de café que Helene le tendía, el joven se sentó enfrente de Sylvie.

—No vas sola, ¿verdad? —La inflexión de su voz hizo que sonase como una afirmación más que como una pregunta.

La chica se obligó a no encogerse de hombros.

—Supongo que sí —dijo, antes de dar un sorbo a la bebida y torcer el gesto sin querer.

—¿Tan malo está?

—Ya no es agua del lago —respondió—. Puede que haya perdido la costumbre de beber café preparado con agua corriente.

Jasper tomó un sorbo del suyo.

—Los bebí peores en la guerra. Mucho peores. ¿Qué es eso? ¿Galletas para marineros? —preguntó al tiempo que tomaba el

panecillo y golpeaba la mesa con él.

—Madre del amor hermoso. —Helene alzó las manos con fingida desesperación—. Si me disculpan, voy a ver si hago alguna tarea para la que sí esté preparada.

Jasper ahogó una carcajada mientras la mujer se alejaba. Parecía distinto allí, en la cocina, como si la dureza de sus rasgos se hubiera atenuado. Sylvie le quitó el panecillo y trató de partirlo.

—Prueba a mojarlo en el café —sugirió.

La joven así lo hizo.

—¿Es un truco que aprendiste en la guerra?

—Más o menos. Tampoco intentes comerlo con elegancia, no por mí. Aunque sería divertido ver cómo lo intentas.

Se echó hacia atrás para tomar un panecillo de la encimera y lo sumergió en su taza.

—Bueno, volviendo a lo de salir sola de casa. De donde yo vengo, es algo que no se estila. ¿Qué tienes que hacer, si no es indiscreción?

—Ir a la iglesia a coser, o a clasificar ropa donada; cualquier cosa para ayudar, hay muchas personas pasando necesidad.

—¿Y cualquier cosa que te saque de esta casa? —En su tono no había malicia alguna.

Sylvie sintió cómo la atravesaba una nueva oleada de nostalgia por su hogar.

—Este no es mi sitio, la verdad. Estoy agradecida, pero… —Sacó el panecillo del café y vio cómo goteaba en la taza. Se le había quitado el hambre—. Me siento agitada.

—¿Y echas de menos tu casa?

—Desesperadamente. —La comprensión que leyó en sus ojos le deshizo el nudo que sentía entre los hombros—. Mis dos mejores amigas se han marchado. Y sé que no sirve de nada admitir ante Meg lo mucho que me duele: ella lleva tanto tiempo arreglándoselas sin amigas que no espero que lo entienda. Además, bastantes problemas tiene con sus quemaduras. —Cuando le había cambiado las vendas esa mañana, tenían mejor aspecto, pero las de la mano derecha no auguraban nada bueno.

—Es una pena. Pero eso no es óbice para sentir nostalgia por tu casa. Tienes derecho a echar de menos a tus amigas.

—Emily Brontë tuvo enormes dificultades con la añoranza del hogar. Intentó ir a la escuela en la que su hermana mayor, Charlotte, era profesora, pero se puso físicamente enferma de tanto como echaba de menos su casa y tuvo que regresar al cabo de tan solo tres meses. ¿No te parece interesante que tener a su hermana con ella no le

bastase? —De alguna manera, Sylvie se sentía validada por ello.

Jasper no le quitaba el ojo de encima.

—¿Son amigas tuyas? ¿Emily y Charlotte?

—En cierto modo, sí. Escribieron algunos de mis libros favoritos. Novelas para mujeres —añadió enseguida, por si él se sentía avergonzado al no conocerlas—. ¿Echas de menos a tus amigos por estar aquí estudiando? ¿También sientes añoranza de tu hogar?

El joven parpadeó, sorprendido.

—No he dejado atrás a nadie a quien amase, tan solo recuerdos de cómo eran las cosas en tiempos mejores. Años atrás empezó a irnos mal y no conseguimos salir adelante, aunque no por no haberlo intentado. No me gusta hablar de ello. Pertenezco a este lugar tan poco como tú, Sylvie.

El sonido de su nombre en la voz del joven le provocó un escalofrío. ¿Era así como Jane Eyre se había sentido con el señor Rochester? Sylvie se reprochó recurrir a la ficción cuando tenía a alguien de carne y hueso enfrente, escuchándola.

No había nadie más en la pieza, pero seguro que, si Helene hubiera creído que hacía falta una carabina, habría encontrado algún motivo para quedarse. Sin duda, Sylvie estaba siendo ridícula. No era más que un desayuno improvisado en la cocina del sótano, con panecillos requemados y un café malísimo.

Al dar un bocadito al pan, le chorreó un fino hilo de líquido por la barbilla y, mientras lo limpiaba, borró también de su mente toda idea candorosa de una posible relación. Dominándose, le dio un sorbo al café.

—¿Qué quieres decir con lo de que no perteneces aquí?

—Para empezar, no provengo de una gran ciudad. Esta es la primera vez que vengo a Chicago. Aquí la gente se mueve mucho más rápido de lo que estoy acostumbrado. Pero hay más. —Giró el anillo que llevaba en el dedo antes de quitárselo y darle vueltas entre el pulgar y el índice. Había pertenecido a Hiram—. Mi abuela tuvo un desencuentro con el tío Hiram largo tiempo atrás y, por lealtad, corté toda comunicación con él. Me crie con la abuela y cuando murió decidí reconciliarme con mi tío abuelo. Le escribí y me respondió invitándome a visitarlo. Conque me tragué mi orgullo y vine.

—Se alegró mucho de que lo hicieras. —Igual que ella.

—Sí que se alegró, y también mejoró nuestra relación. Pagó la matrícula de mis estudios de Derecho, al menos del primer semestre. En cuanto expresé interés por ello, insistió en proporcionarme la educación que no había podido conseguir por mí mismo.

Sylvie exhaló despacio, guardándose la información para compartirla más tarde con su hermana.

—Suena exactamente a algo que él haría. También pagó la incorporación de Meg a la Academia de Diseño de Chicago para que pudiera recibir clases de pintura cuando la institución abrió, hace algunos años.

Si en algún momento había albergado un ápice de duda sobre la inocencia de Jasper, con esto quedaba resuelta. Nadie mataría al hombre que había corrido con los gastos de su educación. Pero ¿confirmaba eso que su padre era culpable? Detestaba la idea. Porque ¿cómo iba a volver a mirar a Jasper a la cara, por no hablar de sentirse cómoda con él, si su padre realmente había asesinado a Hiram?

—Soy un hombre normal que busca una segunda oportunidad y un futuro digno —dijo—. Es el motivo por el que estoy aquí y estudio Derecho.

—Una segunda oportunidad —repitió Sylvie—. Creo que es lo que todos queremos, toda la ciudad de Chicago. Y me gustaría contribuir a ello en lugar de quedarme aquí sentada y rumiar mis pérdidas. —Empezaba a acalorarse con tantas capas de ropa: llevaba demasiado tiempo con la chaquetilla puesta dentro de casa—. Es hora de que me vaya.

Jasper se terminó el café y se puso en pie.

—Te acompañaré. No tengo clase hasta esta tarde.

Sylvie llevó los platos sucios al fregadero.

—¿Estás seguro?

—Independientemente de lo que opine de los métodos del mayor para mantener el orden, él cree que los riesgos hacen necesaria la ley marcial. Así que sí, estoy seguro. —Ladeó la cabeza—. Pareces sorprendida. Casi me siento insultado.

—Creía que, después de lo que había pasado con tu tío y lo que se anda diciendo, no te sentirías en la obligación de tomarte molestia alguna con nosotras —titubeó—. Especialmente después de que nos abrieras las puertas de tu casa.

El joven se enderezó la corbata.

—Las sospechosas no sois tu hermana y tú, y no soy un desalmado, Sylvie. No me agradaría enterarme de que os han molestado en las calles cuando está en mi poder que viváis a salvo.

Puede que Jasper Davenport fuera pobre en fortuna, pero era rico en modales y sentimientos cristianos. Meg se equivocaba al haber dudado de él.

—¿Vamos? —Una sonrisa incierta volvió a asomar en su semblante.

Sylvie no tuvo deseo alguno de rechazarlo.

❋❋❋

Tal vez acudir hubiera sido un error, pero Sylvie se apeó igualmente del carruaje, agarrándose al brazo de Jasper para no perder pie.

—Gracias, Eli —le dijo al cochero—. Tardaré solo un momento.

—Tómese su tiempo, señorita Sylvie —respondió al tiempo que se bajaba el borde de la gorra para que no le diera el sol en los ojos—. No me moveré de aquí.

Abrumada por la nostalgia de su hogar, Sylvie había pedido que se desviaran por la plaza del Palacio de Justicia antes de continuar hacia la iglesia. Por el camino pasaron junto a docenas de soldados de uniforme, con las bayonetas rutilantes al sol. La había sorprendido ver cientos de estructuras temporales de madera dispuestas en el lugar de las casas arrasadas: parecían poco más que chabolas de distintos tamaños, pero una serie de señales pintadas indicaban que los colmados y tiendas estaban abiertos. Allí donde se habían derrumbado o quemado edificios mayores, afloraban otras señales entre los restos con el nombre del establecimiento y una nota para los clientes:

¡Seguimos abiertos en el número 23 de la calle Canal!
¡La reconstrucción comenzará el 1 de diciembre!
Se necesitan albañiles, razón en el 69 de la calle Canal.
Nos hemos marchado al este.

El olor de la tierra quemada lo invadía todo. Con una mano, Sylvie se levantó las faldas para evitar el polvo que cubría el suelo y le llegaba hasta los tobillos. Con la otra se aferró a Jasper, trastabillando entre los pedazos ocultos de ladrillos y piedras. El florón ennegrecido que coronara el Palacio de Justicia yacía de lado, medio enterrado en un amasijo de escombros, cables y hojalata. En la esquina de La Salle y Randolph, una mujer vendía castañas.

Por encima de sus cabezas pasó una bandada de gansos del Canadá, pero no se veían otros pájaros pues el distrito calcinado carecía de árboles que los cobijaran. Algunos de los muros exteriores del palacio aún estaban en pie, pero el interior se hallaba desierto. Cuadrillas de hombres armados de pico y pala estaban repartidos por la plaza, inclinados sobre carros y carretas que iban llenando de escombros. Cada giro de una rueda, cada movimiento de las ruinas destrozadas

levantaba una nube de polvo y el aire estaba tan cargado que Sylvie se vio obligada a dejar caer las faldas para taparse la nariz y la boca.

Poco a poco se giró para contemplar su antigua calle. Estaban retirando los restos del hotel Sherman House, al igual que los del café City y la tienda de puros, pero la esquina de la manzana de lo que había sido su hogar presentaba el mismo aspecto que cuando se fue. Nada había cambiado salvo un rincón en el que se alzaba una mesa, presidida por un chiquillo de unos doce años y un hombre joven. A juzgar por el parecido de sus ojos y el hoyuelo de la barbilla, debían de ser familia.

—Esa es nuestra propiedad —dijo Sylvie con voz ahogada—. ¿Qué hacen ahí?

Jasper frunció el ceño.

—Vamos a ver.

Se abrieron paso por un estrecho pasillo hasta la mesa, que encontraron llena de pequeños objetos que parecían basura.

—¡Reliquias del incendio! —anunciaba el muchacho con un leve deje italiano. Se levantó la gorrilla de repartidor de periódicos para rascarse la cabeza antes de volver a colocársela—. ¡Consigan aquí sus reliquias del incendio! ¡Recuerdos de la desolación de Chicago! Señora, señor, me llamo Louis Garibaldi y estas son reliquias auténticas, preservadas y garantizadas por mi hermano Lorenzo y por mí. Echen un vistazo, ¿eh? ¡Lleven un recuerdo siempre con ustedes!

Sonriendo ante los teatrales ademanes del chiquillo, Sylvie se acercó a los objetos, entre los cuales distinguió un montón de arandelas que se habían fusionado hasta formar una sola pieza, el fragmento de una estatua de mármol formado por dos manos unidas, una pila de facturas chamuscadas, así como un himnario y devocionario de alguna de las iglesias, medio consumido. Mas abajo se veían filas de cascos de bombero y campanas en miniatura, todos ellos de metal impoluto.

Jasper tomó uno de los cascos y lo balanceó sobre la punta del dedo.

—No parece que estos hayan sufrido incendio alguno.

—Ah. —Louis extendió las manos sobre ellos como si fuera un mago. Los mitones le bailaban bajo las mangas de un abrigo que necesitaba un buen lavado—. Lo han sufrido y han resurgido de las cenizas. Todas las miniaturas están fabricadas a partir de la campana del Palacio de Justicia, fundida y vuelta a colar.

Atónita, Sylvie tomó una campanita en la mano y en su mente resonó el fuerte tañido de la noche del incendio, y no solo de la

campana del palacio, sino de todas las iglesias y escuelas que daban la alarma. El polvo del aire se convirtió en el de los terribles vientos que soplaban sobre las llamas. El pulso se le aceleró. Todo había acabado, se dijo, pero notó el picor de la transpiración bajo el sombrero y por dentro de la camisa: una huella de miedo imposible de olvidar.

Conmocionada por la intensa respuesta de su cuerpo ante la baratija, la dejó caer como si aún conservara el calor de aquella noche aciaga.

Jasper apenas le rozó el codo con las puntas de los dedos.

—¿Te encuentras bien?

Haciendo caso omiso a la pregunta, formulada con dulzura, se alisó la chaquetilla por encima de la falda y se dirigió a los vendedores de reliquias:

—Esta es la propiedad de mi padre. Éramos los dueños de Rincón de Libros y Más.

—Ah, ¿sí? —El joven, Lorenzo, mascaba un palillo que sostenía entre los dientes—. ¿Van a reconstruirlo o a trasladarse? No parecía que molestásemos a nadie al plantarnos aquí.

—Nos gustaría reconstruir la librería, pero... —La voz de Sylvie se desvaneció mientras contemplaba toda la actividad en el resto de la manzana—. No parece que se haya retirado un solo ladrillo de la parcela. ¿Sabéis por qué?

—¡Reliquias del incendio! —gritó Louis sin prestarle atención, agitando la gorra para atraer a posibles clientes—. ¡Consigan aquí sus reliquias de la gran conflagración!

—Señora, es responsabilidad de los propietarios limpiar sus parcelas. ¿Creía que la ciudad iba a hacerlo por usted? No sé dónde han estado su padre o usted para no saberlo, pero si quieren retirar los escombros, tendrán que hacerlo ustedes. De lo contrario, todo el mundo asumirá que se han marchado al este y que el espacio está libre.

Sylvie se hizo a un lado y miró por detrás de los chicos. En el sótano calcinado de lo que había sido su librería, siete u ocho personas habían levantado sus chozas. Una cuerda de tender pendía de un extremo a otro y de ella colgaban pañales y calzones. Con un bebé apoyado en la cadera, una mujer se inclinaba sobre un fogón dispuesto en el centro.

—¿Es esa vuestra familia? —se atrevió a preguntar—. ¿Estáis viviendo aquí?

—¿Nosotros? Qué va. —Lorenzo se pasó el palillo al otro lado de la boca—. Pero ya ve por qué pensaban que el lugar estaba abandonado.

Imagino que se marcharán en cuanto el tiempo empeore. La Sociedad de Ayuda y Socorro está levantando barracones, pero no voy a culpar a la gente por querer permanecer lejos de ellos todo el tiempo posible.

La frustración se apoderó de Sylvie; le dio las gracias a Lorenzo y los dejó a su hermano y a él para que siguieran vendiendo sus artículos.

—¿En qué estábamos pensando? —exclamó indignada mientras regresaba a la calle—. Meg y yo creíamos que la parcela se limpiaría por arte de magia. ¡Qué estupidez! ¿De dónde sacamos tal idea?

Jasper no la censuró. Ella sola se bastaba para hacerlo.

—Hemos malgastado un tiempo precioso que podíamos haber pasado trabajando. Si nos conceden una casa, necesitamos un lugar donde levantarla. No querría que nos aprovechásemos de tu hospitalidad más de lo necesario.

Jasper enarcó una ceja bajo el ala del sombrero, pero no dijo nada. Era probable que estuviera de acuerdo.

Las nubes de polvo volvieron su falda de un tono sepia por debajo de la cintura, como si saliera de un daguerrotipo. Tras volver la vista a la parcela de la esquina, siguió adelante, abriéndose paso entre los escombros.

—Tenemos que contratar a una cuadrilla.

Jasper la condujo hasta Eli y el coche.

—¿Tenéis para pagar a los miembros?

—Pagaríamos un poco ahora y otro más adelante. ¿No es así como se deben de estar haciendo los negocios por toda la ciudad?

—Es cierto —respondió, ayudándola a subir al carruaje.

—¿Todo bien, señorita Sylvie? —preguntó Eli, que había vuelto la cabeza.

Sylvie se frotó los brazos para alejar el frío y tomó asiento.

—Meg y yo tenemos más trabajo del que creíamos, si es que queremos reflotar Rincón de Libros y Más. Ya estoy lista para ir a la Primera Iglesia Congregacional de la Zona Oeste, por favor.

Cuando el carruaje emprendió la marcha, presionó la mano contra uno de los laterales para mantener el equilibrio. Una vez habituada al rítmico movimiento, extrajo un pañuelo del ridículo y se lo pasó con discreción por rostro y cuello para limpiarse el polvo que se había depositado en ellos.

Un soldado pasó a su lado con el rifle al hombro. Formando una bola con el pañuelo en el puño, Sylvie lo siguió con la mirada.

—Jasper, ¿hay otros jóvenes en la universidad que prefieran agarrar una pala en vez de un arma cuando no están estudiando o en

clase?

Este dejó el sombrero en el asiento y se pasó la mano por los rizos.

—Puedo averiguarlo: y, si los hay, yo los dirigiré. Retirar escombros es solo cuestión de fuerza, no se necesita ninguna habilidad específica. Es la construcción posterior, con los materiales y la obra, lo que resultará más difícil.

—Poquito a poco —respondió Sylvie mientras contemplaba las ruinas a su paso—. Si me pongo a pensar en todo a la vez, no seré capaz de hacer nada.

La leve sonrisa de Jasper hizo aflorar un pequeño hoyuelo en su mejilla.

—Eres más valiente de lo que crees.

Era muy amable por su parte. Pero al recordar sus pesadillas recurrentes, por no hablar de su reacción a una campanita de metal más pequeña que su pulgar, supo que mentía.

Capítulo 15

Había pasado media mañana cuando Meg acabó su recado y volvió a la mansión. Sujetando con los dedos las cabezas de perla de los alfileres de su sombrero, consiguió extraerlos y descubrirse la cabeza. Se detuvo frente el espejo del vestíbulo y se quedó mirando su reflejo: bajo los ojos aparecían dos medias lunas oscuras. Los labios se veían pálidos; el cabello, sin vida. No era un retrato favorecedor, sino realista.

Ese día Sylvie hacía voluntariado en la iglesia, y Meg estaba dispuesta a ser también de utilidad. Helene había recordado el nombre del abogado que leyó el testamento de Hiram, por lo que esa mañana Meg había ido al *Tribune* a consultar un listín de negocios reubicados, dado que el bufete de Thomas Grosvenor había estado ubicado en el distrito arrasado. Nate se encontraba en el edificio del periódico cuando llegó y, tras explicarle que estaban buscando el testamento perdido, la acompañó a visitar al colegiado. Como era de temer, la mayoría de los expedientes se habían perdido en el incendio, entre ellos el de Hiram. Pero el secretario creía que el señor Grosvenor podría recordar algo de utilidad, por lo que le concertó a Meg una cita para el día siguiente. Era mejor que nada, se dijo.

—¿Hola? —dijo al entrar en la mansión—. ¿Jasper? ¿Kirstin? ¿Helene? —Su voz resonó en las paredes, pero no obtuvo respuesta.

No recordaba cuándo había estado sola por última vez.

Enfrentada a la tarea de desabotonarse la capa sin ayuda, tiró con los dientes de la venda que cubría un lado de la mano izquierda hasta dejar expuesto el pulgar. Una vez liberado el dorso, movió el dedo

para aflojar la venda. La piel cicatrizada se tensó: el movimiento le resultaba incómodo y antinatural. Con el ceño fruncido, vio cómo sus dedos manipulaban los botones con torpeza. La presión que aplicaba no se correspondía con la presión que sentía: notaba los nervios más lejos de la piel de lo que lo estaban antes del incendio. Había esperado que estos estuvieran dañados en la mano derecha, pero no en esa. Aun así, con esfuerzo consiguió desabrocharse la capa y colgarla del perchero del vestíbulo.

Meg se observó la mano izquierda y presionó el índice con el pulgar, a pesar de la venda que le rodeaba la mano.

¿Podría sujetar un lápiz si no era capaz de sentirse los dedos? Los trazos que acertara a dibujar serían poco elegantes, pero podía intentarlo. Tenía que intentarlo.

Llegada al dormitorio de la planta superior, encontró lápiz y papel en el escritorio. Si conseguía escribir con la mano no dominante, ¿no sería razonable concluir que también podría pintar con ella? ¿Con el tiempo?

Un rayo de sol calentaba la alfombra a sus pies. Sentada al escritorio, tomó el lápiz con una sensación peculiar. No era agradable. Cuando acercó la punta de grafito al papel, el lápiz se le escapó de la mano. Volvió a agarrarlo, esforzándose por sujetarlo en la posición correcta sin que se moviera.

Escribió su nombre despacio, aunque el lápiz se le cayó tres veces. Las letras que contemplaba parecían los primeros intentos de escritura de un niño pequeño.

Volvió a intentarlo, consciente de cómo su mano hacía que las letras quedasen inclinadas hacia la izquierda. Trató de compensarlo modificando el punto en que apoyaba la muñeca y el codo en el escritorio. No solo no notaba la presión del agarre, sino que también se le escapaba la presión entre lápiz y papel.

La aprensión le agarrotó los hombros. Cuando pintaba, las minúsculas variaciones de presión que aplicaba al pincel suponían una enorme diferencia en el grosor de las líneas y la consistencia del sombreado. Era más importante de lo que estaba dispuesta a admitir.

Con la cabeza retumbándole, quiso dejar las preocupaciones para otro día, o al menos intentarlo. Mientras estudiaba el resultado, las letras comenzaron a ondear y agitarse ante sus ojos, pero cuanto más se concentraba, más se cansaba y con mayor virulencia regresaba su dolencia infantil. ¿Había escrito mal su propio nombre? En ese momento las palabras le parecían amontonadas y las letras, desordenadas.

Cerró los ojos y respiró hondo. Solo quería calmarse, pero los recuerdos se le agolpaban: la voz de los maestros que la habían llamado estúpida y perezosa, la de los niños que se reían de ella… Meg se había resistido a tales provocaciones, aunque cada una de ellas apelaba a sus mayores miedos. «¿Y si tuvieran razón sobre mí?», se preguntaba en secreto. Pero, de cara al exterior, los desafiaba con fiereza.

Sus padres le habían dicho que había sido creada a imagen y semejanza de un dios que la amaba a pesar de todo. Pero, si algo había aprendido de su niñez, era que la valía, tal y como la medía el mundo, no era algo innato. Estaba definida por lo que uno sabía y por lo que hacía. Su don para la pintura era la demostración de que, a pesar de todo, era valiosa.

Abrió los ojos y dio la vuelta a la hoja para olvidarse de las palabras danzantes, e intentó dibujar un boceto. El lápiz le tembló en las manos y rodó por el suelo. Tras recuperarlo, trató de esbozar el sencillo contorno de una cabeza con su cabello, un contorno que había dibujado mil veces.

Aunque logró sujetar el lápiz en la mano, las líneas se desviaban del rumbo deseado, distorsionando el contorno hasta lo caricaturesco. La desconexión entre su mente y sus dedos la sacaba de quicio. Un atisbo de razón le susurró que fuera más tolerante consigo misma, pues estaba usando una mano con la que jamás en la vida había dibujado. El miedo, sin embargo, le gritaba que su habilidad se había consumido con el fuego y que jamás la recuperaría.

Aguantó la respiración y lo intentó de nuevo. Esa vez, la presión que ejerció para atinar rompió la mina del lápiz, y su fracaso quedó marcado con un asterisco.

Meg lanzó el lápiz a la otra punta de la estancia. Se sentía exhausta e irritable, como si cada decepción de las últimas semanas se le hubiera acumulado bajo la piel. Su alma anhelaba la belleza y la esperanza, pero lo único que encontraba eran garabatos sin orden ni concierto y el temor de que, al final, el tiempo no curase todas las heridas.

Ni las suyas ni las de su padre. Le dolía no poder controlar ni su mano ni el destino de Stephen. Tendría que poner a ambos en manos de Dios: como Charlotte Brontë había escrito, tendría que «evitar mirar hacia delante y hacia atrás, y tratar de mirar solo hacia arriba».

Decidida a cumplir al menos eso, Meg recogió el lápiz de donde había caído en el secreter. Al lado se encontraba el ejemplar de *Mujercitas* de su madre. Había perdido la cubierta, pero eso era todo.

La visión del nombre en la portada le cortó el aliento. En ese momento estaba muy necesitada de consuelo materno.

Tras acercar el ejemplar al escritorio, Meg fue pasando las páginas con cuidado, deleitándose en la bella letra de su madre. Ruth siempre escribía en sus libros favoritos, subrayaba fragmentos e incluso, en ocasiones, dialogaba con los personajes en los márgenes. Aunque el agotamiento le dificultaba la lectura, ya que las letras se negaban a quedarse quietas, Meg se las ingenió para descifrar algunas líneas. En la página en blanco frente al comienzo del primer capítulo, Ruth había reproducido una cita de Amy March: «No tengo miedo de las tormentas, pues estoy aprendiendo a gobernar mi barco».

Meg siempre se había sentido identificada con el personaje por el interés que ambas sentían por el arte, a pesar de que fuera la mayor de las hermanas March quien compartía nombre de pila con ella. Pero había olvidado ese fragmento. Escrito por la mano de Ruth, adquiría un nuevo significado. Debajo, en letra menor, había añadido: «Sí, querida Amy, pero yo no tengo miedo de las tormentas porque Aquel que hizo los mares navega conmigo».

Meg se volvió hacia la ventana para descansar la vista del texto. En el exterior, un viento fuerte agitaba los árboles. Un pedazo de corteza se desprendió y voló lejos del tronco de un sicomoro.

Se suponía que las madres no debían tener favoritos, pero si Ruth se hubiera visto obligada, habría elegido a Sylvie. Después de todo, era Sylvie quien había conservado el libro. Era Sylvie quien había sido una estudiante excelente y quien jamás había disgustado a Ruth con rabietas o llenándole la casa de dibujos y pinturas. Deseosa de establecer con su madre una conexión que la había eludido en vida, Meg tornó nuevamente la atención al libro.

Hacia mitad de la novela, una hoja de papel doblada y escrita con la letra de Ruth ocultaba el comienzo del capítulo 30. Meg la desplegó con dificultad. Fechada en 1865, parecía que la hubiera arrancado de su diario.

Ruth había querido esconderla.

El impulso de honrar los deseos de su madre le revolvió las entrañas en cuanto vio los contornos de su propio nombre entre la amalgama de letras. Su madre había escrito sobre ella. Algo sumamente sencillo y banal, pero suficiente para que Meg olvidase la intimidad de los muertos en aras de la oportunidad de sentirla más cerca. Se frotó los ojos y comenzó a desenmarañar poco a poco las letras.

Puede que las esperanzas de Meg respecto a Stephen se demuestren falsas. Insiste en que se recuperará con el tiempo, pero nunca volverá a ser el que era. Perdóname, Dios mío, pero en ocasiones querría zarandearla por no aceptarlo.

Meg se reclinó en la silla y exhaló. No era un diario, sino un cuaderno de oraciones, una ventana al alma de Ruth. Y Ruth había querido «zarandearla». ¿Tanto había molestado a su madre? La tensión que la atenazaba se intensificó.

Pinta únicamente a partir de su imaginación y no de la realidad, pero también hay belleza en la imperfección. Tú, Señor, usas vasijas rotas. No tienes miedo de las limitaciones humanas ni de sus cicatrices. Temo que, si no lo acepta, algún día se cansará de su padre y dejará de amarlo si no se recupera hasta alcanzar sus imposibles niveles de exigencia. La esperanza también tiene sus límites.

Estas palabras envolvieron a Meg como una enredadera y la expresión «imposibles niveles de exigencia» se le clavó en la conciencia como una espina. Había luchado por convencerse de que jamás abandonaría a su padre. Pero ¿perseveraba únicamente por la oportunidad de que recuperase la salud? ¿Seguiría amándolo, amándolo verdadera y libremente, si su estado actual no mejoraba?

En cuanto a las cicatrices que su madre mencionaba, Meg viviría con ellas el resto de su vida.

El tintineo de un carillón de viento competía con el clamor de los pensamientos de Meg. Se inclinó hacia delante para examinar el resto de la página. En el siguiente fragmento cambiaba el color de la tinta y la letra era algo más suelta.

Dios mío, consuela a nuestro querido amigo Hiram.

Meg se sorprendió al ver dicho nombre. Entrecerró los ojos y continuó leyendo.

Se niega a decir por qué ha cambiado su testamento para convertirnos a Stephen y luego a mí y a las chicas en sus herederos. Tan solo nos ha confesado que es algo que hizo tiempo atrás.

El corazón se le salía del pecho. Sintió las manos y los pies tan fríos

como la tierra baldía. Volvió a leer las líneas, sin querer creerse su primera interpretación de las palabras enmarañadas. Deseó que se reordenaran formando una frase distinta, pero fue en vano.

Jasper no tenía nada que ganar con la muerte de Hiram.

Stephen, sí.

Capítulo 16

Entre exhausta y emocionada tras pasarse todo el día cosiendo en la iglesia, Sylvie subió las escaleras hasta la alcoba que compartía con Meg, preparándose para comunicarle que tendrían que contratar a una cuadrilla para retirar los escombros de su propiedad. Y que Jasper se había ofrecido a dirigirla.

Al pensar en él, una sonrisa afloró a sus labios. No solo la había llevado a la iglesia, también había ido a buscarla a la hora convenida para devolverla a casa sana y salva. No era necesario, le había dicho, pero Jasper le había respondido que a él sí se lo parecía. Sentaba bien sentirse cuidada de tal manera, aunque fuese en algo tan nimio.

—¡Ay! Perdone, señorita Sylvie. —Kirstin se topó con ella al final de las escaleras—. Estaba atizando el fuego en su cuarto, y también le he preparado té, por si le apetece.

—Gracias, me encantaría —asintió mientras se cruzaba con ella.

Cuando entró en el dormitorio, no obstante, su sonrisa se esfumó. Le bastó una mirada al semblante demudado de Meg para saber que algo no iba nada bien.

Los tonos azules y mostaza de la habitación, que tan alegres resultaban durante el día, se habían oscurecido tanto como su ánimo. Hasta la textura del aire era distinta. Preñado de los aromas del fuego y el té a la menta, había algo más, como la pesadez que precede a un cambio en el clima.

—¿Meg? ¿Qué sucede? —Sylvie miró por la ventana y se preguntó si, al abrirla, liberaría lo que fuera que reinaba en el ambiente y empezaba a provocarle dolor de cabeza.

—¿Lo sabías? —masculló Meg—. Todo este tiempo has estado segura de que Jasper no había matado a su tío y ahora quiero saber por qué. —Apoyó la mano en un libro abierto—. ¿Lo sabías?

Todo lo que Sylvie estaba deseando contarle a Meg se le esfumó de la mente. Desconcertada por la acusación implícita en la pregunta de su hermana, se giró para descubrirse y dejar el sombrero sobre el secreter. Con la boca seca, se acercó al escritorio y tomó la página que Meg había estado leyendo.

Ah, conque lo había encontrado. El estómago le dio un vuelco.

—Dime. ¿Tú sabías que Hiram nos había convertido a padre y a nosotras en sus beneficiarios?

Haciendo un esfuerzo, Sylvie dejó el refugio de la escritura de su madre para enfrentarse al juicio de su hermana. Soltó la página sobre el escritorio y se sentó en el borde de la cama, donde empezó a deslizar los dedos por las costuras de la colcha.

—Lo sabía.

Meg no se inmutó ni le echó nada en cara, pero parecía que sobre la suya se hubiera cerrado una cortina, llevándose toda la luz para no dejar sino oscuridad.

Pero Sylvie no había hecho nada malo.

—Había muchas cosas que hubieras sabido sobre ella si te hubieras molestado en mirar con atención.

—¿Qué quieres decir?

Sylvie trató de poner en orden sus pensamientos mientras se desataba las botas. Se las quitó y dobló las piernas bajo las faldas.

—¿Te diste cuenta, durante la guerra, de que madre iba a su dormitorio y se ponía a oler la ropa de padre que estaba en el armario para recordarse a sí misma que era real? ¿Te diste cuenta de que se obsesionó hasta tal punto con limpiar que acababa con los nudillos en carne viva y los delantales hechos jirones de tanto arrodillarse?

Los ojos de Meg brillaban.

—Intenté ayudar. Pero mi forma de limpiar nunca era suficiente para ella. Siempre venía por detrás y volvía a hacerlo todo. Y la cosa empeoró cuando padre volvió a casa.

—Era la única forma que tenía de soportar la situación, Meg. No podía curar a padre, pero sí podía enfrentarse a la suciedad. Esa era una batalla que sí podía ganar.

—Sí, y la ganaba una y otra vez, cada día. Enfermó de tanto trabajar. Solo tenía tiempo para barrer, fregar y pulir.

—Podías haber ayudado más. Podías haber aliviado su carga, igual que hice yo. Te cansabas enseguida y preferías pintar y ocuparte del

hombre que la hacía llorar.

Parecía que Sylvie había sido la única que veía a Ruth, que realmente la veía, antes de su muerte y después.

Meg cerró los ojos un instante, estrechando la boca como un hilo de puntada tensa antes de volver a hablar.

—De lo que estamos hablando ahora es del testamento. —Dio un nuevo golpecito en la página—. Sabías que Hiram lo había cambiado a beneficio de la familia y no me lo dijiste.

—Lo habrías sabido si la hubieras querido tanto como yo.

Ruth y Sylvie habían gozado de comprensión mutua, en vida y de un modo que desafiaba la muerte. Meg dio un paso atrás.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Aun después de muerta, yo fui la única que siguió prestándole atención. Examiné todos sus libros y cuadernos, especialmente los que contenían sus oraciones. Tanto los hojeé que el adhesivo de la encuadernación se soltó, por lo que inserté las hojas en su novela para que no se perdieran. Traté de leer cada palabra que leyó, cada palabra que anotó. Cualquier cosa para grabarla en la memoria. Tú no lo hiciste y siempre me he preguntado por qué. ¿Por qué no querías honrarla conociendo mejor quién fue? De buen grado te habría tenido a mi lado. Sin embargo, hube de llorar a nuestra madre en soledad, mientras tú te pasabas el día preocupada por padre.

Meg tenía la nariz enrojecida de la emoción.

—No me permití permanecer en la oscuridad tal y como hiciste tú. ¿Alguna vez te has planteado que mi preocupación por padre honraba a nuestra madre del modo que ella hubiera deseado? ¡Lo quería a pesar de todo! ¡Su última voluntad fue que lo cuidara! La muerte de madre lo destrozó; su desesperación era tal que lo único que podía hacer era impedir que no la siguiera por voluntad propia al otro mundo. No tenía otra alternativa que dedicarme a su vigilancia y cuidado.

Sylvie asintió, incapaz de que palabra alguna atravesara el nudo que sentía en la garganta. Tendría que haber sido ella quien estuviera en el cuarto con Ruth cuando murió. Pero en un arrebato de inquietud, se había escapado a visitar a Beth, solo una hora. La peor hora.

Durante los meses que siguieron a la muerte de Ruth, se sintió como si hubiera perdido a toda su familia; tal vez fuera el castigo por haber descuidado su labor de vigilancia.

—Solo te importaba padre. ¿Es de extrañar que buscase refugio en los libros y las amigas, cuando no lo encontraba en ningún otro lugar?

—Sylvie había intentado sonar enojada y resentida. Pero lo único que oyó en su voz fue pesar, y eso era muchísimo peor.

Meg permaneció con la cabeza gacha unos momentos. Parpadeó intensamente hasta que, al cabo, se secó una lágrima con la mano vendada.

—Me dejaste sola para que recogiera los pedazos de nuestro padre. No tenía amigo en el que refugiarme más que tú, y tú me habías dado de lado. Pero si sientes que te descuidé igual que tú me descuidaste a mí, lo siento.

Las llamas tras la rejilla ardían de forma tenue, y un gélido frío se extendió por la estancia. Sylvie se levantó de la cama, rechazando esta nueva información: que había herido a su hermana del mismo modo en que Sylvie se había sentido herida por ella. La culpa que había arrojado sobre Meg había regresado para alojarse en el interior de su pecho.

Con cuidado de mantener las faldas apartadas, atizó el fuego y añadió un nuevo tronco.

—La muerte de madre no era de lo que querías hablar —terminó por decir, volviéndose a mirarla—. Yo tampoco quiero seguir hablando de ello.

—Bien —convino Meg con voz fría. Apartó la vista y no la volvió hasta que estuvo sereno de nuevo—. Explícame por qué me ocultaste una información crucial sobre el testamento.

Sylvie se cruzó de brazos. No le extrañó tener que aclararle algo así a su hermana.

—Tú querías encontrar el testamento para proteger a padre. Yo quería protegerlo haciendo lo contrario.

—Porque sería un motivo que lo incriminaría.

—Sí. Si no lo condenan por enajenación, podrían hacerlo por asesinato.

Meg levantó la taza de té con la mano izquierda, sujetándola con el dorso de la derecha.

—Teniendo en cuenta su estado mental la noche del incendio, habría sido casi imposible que llevase a cabo un crimen así en mitad del caos y la catástrofe. Temía por su propia vida. Jamás se habría abierto camino entre las llamas rumbo al sur en busca de Hiram cuando la única forma de salvarse era huyendo hacia el norte. —Dio un sorbo al té antes de devolver la taza al platillo—. Ahora la cuestión es ¿qué hacemos con lo que madre escribió sobre el testamento?

Sylvie se frotó los brazos, pues su espalda empezaba a absorber el calor de la chimenea.

—Ya lo han acusado de asesinato. Aunque nos guardemos la información, al menos por el momento, lo juzgarán de todas formas. No creo que una vieja entrada de diario tenga validez ante el tribunal. A menos que encontremos el testamento como tal, no habrá pruebas concluyentes.

Meg se puso en pie y, al acercarse al fuego, sus pies fueron dejando huellas sobre la alfombra mullida. Se la veía pálida y frágil, incluso lejos de las sombras.

—Acerca del testamento, quería contarte que hoy he ido al bufete del abogado que lo redactó. No estaba, así que he concertado una cita para hablar con él el jueves. Su secretario me dijo que creía que Hiram había otorgado dos testamentos, o que había enmendado el primero. Aunque no tienen registros, le preguntaré al señor Grosvenor en persona.

Una fina película de sudor cubría el rostro y el cuello de Meg. No parecía encontrarse bien. Sylvie le tocó la frente e hizo que se sentara. Las noticias debían de haberle afectado a los nervios.

—Eso coincidiría con lo que madre escribió en su cuaderno de oraciones. En algún momento, Hiram cambió su testamento. Aunque no sabemos por qué. ¿Estás segura de querer seguir investigando, aun cuando podría confirmarse que padre realmente es culpable?

Meg se dejó caer en la silla y apoyó la cabeza en el brazo doblado.

—Creo que no podría vivir sin saberlo.

La luz de las llamas titilaba sobre el servicio de té de plata, pero la idea de beber algo hizo que a Sylvie se le contrajera el estómago.

—Jasper también necesita saberlo. Ninguno de nosotros puede permitirse permanecer en el limbo para siempre.

❋❋❋

La tarde siguiente, Meg seguía indispuesta, pero, habida cuenta de las revelaciones de la noche anterior, ¿cómo iba a sentirse bien?

Quería creer que Sylvie había guardado el secreto por una buena causa y no por falta de confianza, pero algo en la atmósfera había cambiado entre las dos. No era la hostilidad lo que había levantado un muro entre ellas, sino la distancia. Era una nueva piedra que se sumaba al peso que ya la oprimía: igual que ella se había sentido abandonada por su hermana tras la muerte de su madre, Sylvie también se había sentido descuidada por Meg.

En la medida en que fuera capaz, esta vez Meg no volvería a descuidarla.

Sylvie había dicho que tendrían que pagar a una cuadrilla para que desescombrase su casa. Para ello podían usar el dinero que la señora Palmer le había pagado por las dos pinturas. Les quedaría algo, aunque no daría para mucho. Necesitaban una fuente de ingresos.

Con el estómago todavía revuelto, se dirigió al cuarto de los criados y cogió un trapo para limpiar el polvo. Jasper estaba en clase, Helene y Kirstin habían salido a trabajar para otros clientes, y Sylvie estaba cosiendo en la iglesia, haciendo nuevas amistades, mientras Meg se quedaba sola en casa. Otra vez.

Al menos podía llevar a cabo alguna labor doméstica sencilla: no hacía falta habilidad alguna para deslizar un trapo por una superficie. Por su tacto y olor, el tejido aún conservaba restos de aceite de linaza.

La mano derecha le pendía a un lado, inerte, mientras le quitaba el polvo a la biblioteca. Era lo único que podía hacer.

Así había empezado su madre. Por mucho que Meg hubiera odiado que nada estuviera lo bastante limpio para Ruth, entendía que, al menos al principio, tener la casa limpia cuando la vida era un desastre había constituido la forma en que su madre demostraba su amor a la familia. Con el tiempo, sin embargo, había dejado de parecer amor. A ojos de Meg, su madre se preocupaba más por la pintura que caía al suelo que por la pintura en el lienzo, y más por la simetría de las pilas de platos en el aparador que por la armonía de una composición artística.

Apartó tales pensamientos y se dispuso a limpiar un estante. Su madre la había amado. Ruth los había amado de la mejor forma que sabía. Gracias a Dios, no había vivido para ver a su marido encerrado en el manicomio.

Pese al dolor de cabeza, Meg se esforzó por tejer sus pensamientos en filas ordenadas: su madre, su padre, su hermana, sus manos. La librería, el asesinato, el testamento. Pero cada línea de pensamiento se le deshilachaba y su mente saltaba de un punto a otro. Estaba deslizando el trapo por la mesa del despacho en movimientos largos y fluidos cuando le llamó la atención el periódico que reposaba sobre esta.

El papel crujió cuando lo atrajo hacia ella. Había un anuncio solicitando retratistas. El incendio había destruido tantas pinturas que los ciudadanos acaudalados necesitaban que alguien volviera a representar su imagen.

Algo vibró en su interior, respondiendo a la llamada. Había una necesidad. ¿Sería capaz de satisfacerla?

Olvidado el trapo del polvo, agarró un lápiz y, después de que se le

cayera un par de veces, empezó a dibujar directamente en la página del periódico. Las líneas eran atroces, igual que lo habían sido la víspera. Se concentró aún más, con la mano derecha como un peso muerto sobre el regazo.

Llamaron a la puerta principal. Suspirando, Meg soltó el lápiz y fue a responder: Nate estaba en el porche, con su sombrero hongo en la mano.

—¡Caramba, Nate! —dijo. Lo había visto el día anterior, cuando la acompañó a la oficina del señor Grosvenor. No esperaba que volviese a visitarla tan pronto.

—¿Te encuentras bien? —Le sonrió con timidez al entrar en la mansión—. Pareces cansada.

Una vez que hubo colgado el bombín en el perchero del vestíbulo, Meg lo condujo al salón delantero y abrió dos de las cortinas de terciopelo. La luz que penetró en la estancia reavivó los colores de una lámpara con pantalla de cristal y tiñó de dorado el helecho plantado sobre un pedestal.

—Tal vez lo esté. Desde anoche no me encuentro del todo bien, pero estoy segura de que se me pasará.

Nate se sentó junto a ella en el sofá y empezó a retorcer entre los dedos los flecos de un cojín. El callo de su dedo corazón despertó en Meg el anhelo de desarrollar una marca similar, después de horas de creación. No obstante, más allá de las manos, el reportero tampoco presentaba su aspecto habitual.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Voy tirando.

Seguro que podría obtener una respuesta mejor.

—Quizá estés más cómodo haciendo preguntas que respondiéndolas, pero somos amigos, ¿no? O podríamos serlo si te abrieses conmigo, aunque fuese una mínima fracción en comparación con todo lo que sabes sobre mí y mi familia.

Sonrió para quitarle hierro a sus palabras, pero sonaba realmente desesperada. Tal vez lo estuviera, pero es que las personas estaban hechas para la conexión y la compañía, y hacía mucho tiempo que no disfrutaba de ninguna de las dos.

Nate se quitó los anteojos y se masajeó el puente de la nariz.

—¿Tienes la menor idea de cuánto tiempo hace que nadie distinto de mi hermanastra me pregunta nada sobre mí? —preguntó al tiempo que una carcajada le vibraba en el pecho. Con los anteojos aún en la mano, se arrellanó y fijó la mirada en las rosetas de yeso y las molduras que adornaban el techo. Se diría que sus pensamientos lo

alejaban de ella.

—Demasiado, por lo que parece. —No quería apremiarlo, así que no dijo nada más.

Qué ironía, pensó, que un hombre que dedicaba su vida a extraer información de las fuentes ocultase profundidades inexploradas.

El canto de los pájaros era el único sonido que interrumpía su silencio; aunque deseaba oír lo que tuviera que decirle, la espera no le resultaba incómoda. Había cierta calidez en su mera compañía. Era un alivio pensar en alguien distinto de ella y su familia.

Por fin, Nate se removió y dijo:

—Se diría que he perdido la práctica. Me has preguntado cómo estoy. Estoy un poco cansado, aunque hoy ya he bebido más cafés de los que debería.

Una obviedad. Aunque había que empezar por alguna parte.

—¿Estás trabajando muchas horas extra? Si ayudarme te supone una carga adicional…

Nate le tocó la muñeca por encima de los vendajes. La presión fue tan leve y rápida como si se hubiera posado un ruiseñor, pero bastó para infundirle seguridad.

—No me supones carga alguna. Pero sí veo la que supone para ti ayudar a tu familia, y lo entiendo.

Le contó cómo había sido criar a Edith, Harriet y Andrew, sus hermanastros, dándole a conocer nuevos aspectos de su vida. El cariño que sentía por su familia era evidente. A Meg la enterneció descubrir esta cara amable que acababa de revelarle.

—Los querías mucho.

—Con todo mi corazón. Si eso bastaba, era tan solo porque solo Dios basta y, en su misericordia, suplía mis carencias. Soy humano y no doy para más, Meg. Al final, nada depende de nosotros, sino de Él —concluyó con una convicción y una compasión que a Meg le llegaron al alma.

Por un momento, no pudo sino devolverle la mirada.

—Y ahora que todos han abandonado el nido, ¿cómo te sientes? ¿Solitario? ¿Libre?

Alrededor de sus ojos se formaron unas líneas finas mientras volvía a ponerse los anteojos y se enderezaba en el asiento.

—He descubierto que uno puede sentirse ambas cosas a la vez. Pero no he venido para hablar de mí. Traigo noticias. —Su tono de voz cambió—. ¿Anda Jasper por aquí? Esto también le concierne.

Meg le respondió que no se encontraba en la casa.

—Sabe que tenemos una cita mañana con el señor Grosvenor e irá

en mi nombre, dado que es probable que el abogado solo quiera hablar con alguien de la familia.

—Nadie irá a esa reunión.

—¿Qué ha pasado? —Al verlo vacilar, Meg desvió la mirada al busto de Robert Burns que descansaba discretamente al otro lado del salón. «Los mejores planes de ratones y hombres a menudo se frustran», había dicho.

—He venido a decirte en persona lo que los periódicos publicarán esta noche y saldrá en la edición de la mañana. Thomas Grosvenor ha muerto.

Meg lo miró, atónita.

—Anoche volvía a casa de una reunión que se había alargado más allá del toque de queda. Un joven de la Primera Compañía de Voluntarios de Chicago, un estudiante de nombre Theodore Treat, le dio el alto. Cuando Grosvenor le explicó que iba camino a casa y siguió caminando, Treat le disparó. Y ha muerto.

—¿Muerto? —musitó Meg con el pulso retumbándole en los oídos. Se sintió ingenua y desanimada.

—Vi el cuerpo; yo mismo he redactado la noticia. —Un músculo le tembló en el mentón—. Cualquier información que pudiera tener para vosotros se la ha llevado a la tumba. Lo siento. Por Grosvenor y su familia, por vosotros, por Jasper e incluso por el exaltado estudiante de Wisconsin que creyó estar cumpliendo con su deber. Lo siento por esta ciudad, que ansiando protección no hace sino perjudicarse.

Otro muerto sin motivo. Solo por eso habría que lamentarlo. Además, eso significaba que tal vez jamás supieran a quién había legado Hiram sus bienes.

—¿Qué va a pasar ahora con Jasper? —Tal vez fuera vulgar pensar en las implicaciones prácticas cuando la familia del señor Grosvenor acababa de sufrir una pérdida irreparable, pero Jasper querría saberlo. Y ella también—. Si no aparece el testamento, ¿se subastarán públicamente los bienes?

—Puede que sí —respondió Nate—. Es probable que no de inmediato, pero no se me ocurre ninguna otra solución plausible. Por el momento, el gobierno está preocupado haciendo levantamientos y trazando los límites de las propiedades, por no hablar de la redacción de ordenanzas antiincendios que eviten que un desastre como este vuelva a suceder. Puedes estar segura de que Jasper Davenport es la única persona a quien ahora mismo le preocupan los bienes de su tío.

—No creas. —Meg se puso en pie, agitada por una nueva urgencia —. Hiram debía de tener una copia del testamento en algún lugar de

la mansión. Y da la casualidad de que yo tengo un montón de tiempo libre.

Nate se levantó y, alzando una ceja, se quedó mirándola.

—Creía que Jasper había dicho que no quería que lo buscases. Ese era el motivo por el que me pediste que te acompañase al bufete de abogados.

—Jasper necesita más ayuda de la que cree. —Y, acaso, también Meg—. Venga. Al fin y al cabo, tienes a tu disposición el doble de dedos que yo.

Capítulo 17

Con energías renovadas, Meg enfiló el pasillo hasta llegar al antiguo despacho de Hiram.

Tras ella, Nate se detuvo en el umbral.

—Tengo tanta curiosidad como tú, pero si me implico, me juego el puesto. Acompañarte a la oficina de Grosvenor era una cosa, pero buscar activamente así… A mi editor no le iba a gustar.

Meg se volvió con el ceño fruncido.

—¿Desde cuándo investigar está fuera de los límites del periodismo?

—Cree que no soy objetivo. Dice que estoy demasiado implicado en la historia.

No obstante, por su ademán parecía deseoso de dar un paso más. Su figura esbelta se recortaba en líneas limpias cuando cambió el peso al pie delantero. Hasta los puños de la camisa volvían a ser de su talla, y Meg se preguntó si él mismo habría empuñado aguja e hilo para cosérselos o si lo habría hecho Edith.

Se preguntó cómo sería pintarlo, cómo sería trazar los contornos de su mejilla y su mentón con el pincel y qué colores mezclaría para reflejar el singular azul de sus ojos.

Sacudió la cabeza para alejar el pensamiento.

—¿Y lo estás? ¿Demasiado implicado en la historia?

Mientras consideraba la respuesta, apretó los labios. Luego negó con la cabeza.

—Por lo que a mí respecta, ojalá lo estuviera más.

—Tu secreto está a salvo conmigo —sonrió—. Pongámonos manos

a la obra.

Mientras Nate buscaba en los cajones y gavetas del enorme escritorio, Meg se apresuró a registrar el resto de la estancia. El día arrojaba una luz tímida a través de la ventana, pero era suficiente para que hiciese relucir los candelabros de plata en la repisa de la chimenea. Entre ellos había una caja para puros con incrustaciones de madreperla: Meg levantó la tapa y palpó el interior. Estaba vacía.

Pasó el siguiente cuarto de hora extrayendo libros de un estante bajo y hojeándolos por si hubiera algo en su interior. No encontró nada más que algunas hojas y flores prensadas.

Finalmente, miró en el interior de un jarrón chino y descubrió un sobre. Acercó la mano para sacarlo, pero se lo pasó a Nate.

—Hazlo tú, por favor —le dijo.

Era demasiado para hacerlo con una sola mano. Lo que el periodista extrajo era un folio, no un documento legal.

—No es el testamento —supuso Meg.

—Échale un vistazo —dijo Nate volviéndose hacia ella.

—¿Un vistazo a qué? —Jasper entró en la biblioteca, con las mejillas aún enrojecidas del frío del exterior. Sylvie no habría podido estar más pegada al joven, aunque hubiera enlazado el brazo con el suyo. Meg se preguntó cuándo había empezado a acompañarla de la iglesia a casa—. ¿Estáis buscando el testamento?

—Ha habido un nuevo revés, Jasper —le respondió—. Al abogado, el señor Grosvenor, le dispararon anoche por saltarse el toque de queda y ha muerto. Tu única esperanza para quedarte en la casa es encontrar el testamento.

—Ya veo. —Jasper se quitó el sombrero y lo lanzó sobre el escritorio; la línea blanca de la cicatriz destacaba en su frente. Su mirada se detuvo en el papel que Nate sostenía—. ¿Puedo?

Nate se lo entregó.

Con el entrecejo fruncido, Jasper lo leyó en voz alta.

—Dice: «Me has arruinado. Has arruinado mi nombre, mi futuro y mi familia. Eres culpable como el pecado, Hiram Sloane. Pagarás por lo que has hecho. Algún día, cuando menos te lo esperes, me las pagarás y con intereses». Está firmado: «Otto Schneider».

En la estancia ya hacía frío, pues no estaba encendida la chimenea, pero el escalofrío que atravesó a Meg era de otra naturaleza.

—El nombre me suena, pero me estoy perdiendo algo —dijo Nate, recorriendo sus rostros con la mirada—. ¿Qué había entre Schneider y Sloane?

Meg le relató brevemente la situación.

—Años atrás, Schneider denunció a Hiram; afirmaba que este lo había engañado para que le vendiera unas acciones y que su fortuna le correspondía a él. Las costas legales lo arruinaron y su reputación se vino abajo. En aquel tiempo tenía esposa y un bebé. Ahora mismo el niño no llegará a los once años. Pero Schneider tenía coartada para la noche del incendio. Ya estaba en la cárcel.

—Schneider. Schneider. Ese nombre lo conozco. —Le dio la vuelta al escritorio y apoyó los codos en el respaldo del sillón orejero de cuero, con las manos entrelazadas—. Lleva tiempo teniendo sus más y sus menos con la justicia.

—Parecía un posible sospechoso, hasta que fui a comisaría y me enteré de que ya estaba en la cárcel —repitió Meg.

—Ya recuerdo dónde he visto ese nombre antes —dijo Nate, enderezándose—. Estaba en la lista de prisioneros liberados del calabozo situado bajo el Palacio de Justicia la noche del incendio. Todos estaban encerrados por delitos menores, como hurto, embriaguez o vagabundeo. Entre ellos había un tal Otto Schneider. Pero estaba en el «calabozo», no en la cárcel. Quien te lo dijera en comisaría estaba mal informado.

Meg recordó lo sucedido aquel día. El señor Gruber llevaba poco tiempo trabajando allí y los papeles que cubrían todo su escritorio eran la viva imagen del caos. Habría sido fácil que se confundiera de lista o que emplease una palabra incorrecta.

—Eso cambia las cosas —dijo con un hilo de voz—. Tenemos un nuevo sospechoso.

Nate la detuvo alzando la mano.

—No nos precipitemos y le carguemos el asesinato solo porque no estaba entre rejas aquella noche. Si lo hubiera hecho, lo que habría sido todo un logro en un momento como aquel, ¿no habría intentado también robar a Hiram? No se produjo robo alguno en la mansión aquella noche ni la siguiente. Una cosa es vengarse, pero esta venganza en concreto era por dinero.

—Puede que el dinero ya no le importase —propuso Sylvie—. Tal vez vio la oportunidad de matar a Hiram y, en un arrebato, la aprovechó.

Jasper se situó en la ventana y miró hacia fuera. La luz del sol salpicaba las verjas de hierro forjado y a los soldados que patrullaban por el vecindario.

—Nadie deja de preocuparse por el dinero a menos que tenga tanto que pueda permitirse pensar en otras cosas. Y un hombre como él, si es que realmente culpa a mi tío de su ruina financiera, no se habría

limitado a matarlo. También habría intentado quedarse con parte de su fortuna. —Chasqueó los dedos y se dio la vuelta—. Schneider no podría haber robado en casa, aunque hubiera querido. La noche del incendio, el tío Hiram se alejó de la protección de este vecindario. Cuando Schneider lo mató…

—Supuestamente —lo interrumpió Nate antes de invitarlo a continuar con un asentimiento de cabeza.

—Supuestamente, entonces. Schneider habría huido de la escena del crimen y el incendio le habría impedido venir aquí. Primero tendría que haberse puesto a salvo para luego venir a la mansión, asumiendo que estaría vacía salvo por los criados. Pero la avenida Prairie lleva desde entonces bajo vigilancia las veinticuatro horas. No habría podido atravesar la línea formada por los soldados.

Meg miró a los ojos a Sylvie, evaluando su reacción. Parecía tan desanimada como ella.

Sylvie se volvió hacia Jasper e inclinó la cabeza.

—Pero, si salió directamente del calabozo, no llevaría un arma consigo.

—Cierto. —Jasper se cruzó de brazos—. Pero no habría tenido dificultad para encontrar una, dado el caos y los miles de personas que había en la calle.

El corazón de Meg le golpeaba con fuerza en el pecho. A Stephen se le había caído la pistola y alguien más la había encontrado: sería demasiada coincidencia que esa persona hubiera sido Otto Schneider. Pero el asesino podía haber encontrado el arma de cualquiera o habérsela arrebatado.

Transcurrieron unos momentos de silencio, marcados únicamente por el sordo tictac del reloj que Nate llevaba en el chaleco.

—La policía ya está buscando a los prisioneros liberados —dijo—. Si lo atrapan, podrán interrogarlo. Sin embargo, os advierto que no alberguéis falsas esperanzas: puede que no sirva de nada.

—O puede que sí —musitó Meg y, para su sorpresa, su hermana asintió con una sonrisa.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudar, tened por seguro que lo haré —concluyó Jasper, tocándole el hombro a Sylvie, lo que hizo que sus mejillas se ruborizaran un instante.

Capítulo 18

Martes, 24 de octubre de 1871

Los pasos de Nate levantaban una nube de polvo mientras caminaba por la sección suroeste del distrito incendiado. Se había acostumbrado a recorrerlo cada día para evaluar su avance y estar pendiente de cualquier historia que pudiera surgir. Normalmente, el bullicio de la actividad lo llenaba de energía; ese día, sin embargo, se sentía entumecido. Torpe. Dentro de una hora tendría que espabilarse para la reunión de la corporación municipal, donde se discutiría la controvertida ordenanza para convertir Chicago en una ciudad a prueba de incendios. Pero en ese momento, lo único que deseaba era sentarse.

Delante de él, una carreta cargada cruzó la calle: los caballos de tiro brillaban de sudor. Pasaron carretillas y algunos carros. El sonido de los cascos, de las palas que horadaban el suelo y de las voces se amplificaba en los oídos de Nate y agudizaba su creciente dolor de cabeza. Debía de haber algo en el aire: al ir a visitar a Meg la tarde anterior, Helene no le había permitido entrar, pues Meg y Sylvie no se encontraban bien y no deseaban contagiarle nada. Si no mejoraba para el fin de semana, se saltaría su visita dominical a Edith y su familia en lugar de arriesgarse a que acabaran enfermando.

Arrastrándose hacia el límite occidental del distrito, llegó hasta una silla de madera dispuesta como puesto de limpiabotas a los pies del puente de la calle Randolph. Tomó asiento y colocó el zapato sobre la caja. La rama sur del río Chicago corría bajo el puente y el ruido del agua reverberaba contra las vigas de acero.

—Buenas tardes. —Martin Sullivan se llevó la mano a la gorra antes de empezar a quitar el polvo a los zapatos de Nate. Su cabello gris sobresalía por encima de sus grandes orejas, cuyos lóbulos le rozaban el mentón, moteado de una incipiente barba plateada—. El tiempo está cambiando. El aire frío anuncia que el invierno está a la vuelta de la esquina, ¿no cree? —preguntó con un leve acento irlandés marcando sus palabras.

Nate asintió, pero no dijo mucho más. Tampoco hacía falta, ya que Martin ofrecía un incansable monólogo al tiempo que daba lustre a su calzado.

Poco le importaba. Sus pensamientos habían regresado junto a Meg.

Le había dicho que no era una carga para él y, lo que era aún más sorprendente, lo había dicho en serio.

A pesar de lo mucho que se había propuesto no implicarse, no preocuparse, no atarse a nada que pudiera alejarlo del trabajo, ¿qué estaba haciendo? Jugarse el puesto haciendo justo lo contrario.

Meg no era una carga, o al menos no una que le pesase. Eso era lo que pasaba con la gente, ¿no? Si te acercabas lo suficiente a alguien, si realmente caminabas a su lado, su yugo te acaba cayendo sobre los hombros. Juntos, el peso sería soportable; la carga, ligera.

Era distinto de cómo se había comportado y cómo se había sentido con sus hermanastros.

Nate había tenido oportunidades de alejarse de Meg. Cuando le había preguntado por las horas extra en su trabajo, le podía haber dicho que no tenía tiempo para ella. Podía haberse negado a ayudarla a buscar el testamento; habría sido la respuesta más lógica. Pero había descubierto que no quería liberarse de lo que fuera que los mantenía unidos. ¿Amistad? ¿Era así como lo llamaban?

Nate se llevó el pañuelo a la boca y tosió antes de centrar su atención en Martin, cuyas manos salpicadas de manchas oscuras seguían siendo gruesas y fuertes, más apropiadas para fabricar carruajes que para limpiar botas. Aun así, doblaba el espinazo a diario y desempeñaba su oficio con honradez.

—Este año muchos vamos a pasar un invierno bien frío —decía—. Los barracones nos ofrecen un techo, claro, pero no sé cómo vamos a calentarnos en esas construcciones endebles y apresuradas. Puede que tengamos que apretarnos como cachorrillos; tampoco es que fuera a resultarnos difícil, visto el número de gente hacinada.

Un crudo viento del noroeste arañó el rostro de Nate, que encogió los hombros hasta alcanzar las orejas.

—¿Sabe quiénes son sus vecinos? ¿Hay alguien a quien conociera

de antes del incendio?

—A algunos sí y a otros no —respondió Martin mientras frotaba el talón del zapato—. Pero qué más da. En breve nos conoceremos todos de sobra, ¿no? No se imagina la velocidad a la que vuelan los cotilleos —dijo antes de contraer el rostro y levantar un lado de la cadera, como si intentase aliviar cierta incomodidad.

Nate esperó a que se relajase.

—¿Por casualidad no conocerá a la familia Schneider? Otto es el padre. Creo que su mujer y él tienen un niño como mínimo, de unos once años. —Nate no sabía dónde vivían los Schneider antes del incendio, ya que los directorios de la ciudad se habían quemado. Pero dado el alcance del fuego y la pobreza de los Schneider tras su ruina, no sería de extrañar que fueran una de las familias que habían quedado en la indigencia y no podían solicitar su propia cabaña.

Martin se dispuso a limpiarle el otro zapato.

—Conozco a la familia, por supuesto. Otto no es ninguna joya, así se lo digo, pero por algún motivo su mujer sigue con él. Ahora tienen tres hijos, si es que hablamos del mismo Otto Schneider. El mayor tiene once años y luego están las gemelas de... ¿seis, quizá? —El hombre se encogió de hombros—. La verdad es que no he visto a Otto por los barracones, pero sí a Martha y a los críos. Les está costando salir adelante, esa es la verdad. No es que tuvieran gran cosa antes del fuego. Ahora tienen aún menos.

Tres hijos. Otto Schneider, de quien Meg esperaba demostrar que era un asesino, tenía una esposa fiel y tres hijos.

Al otro lado del río, vomitando una nube de humo gris hacia el cielo desvaído, pasaba un tren con su traqueteo. Nate observó cómo Martin Sullivan terminaba de lustrarle los zapatos y, una vez más, lamentó que la noticia que había escrito más de diez años atrás hubiera acabado con su reputación y su negocio. Si hubiera sido más cauteloso, si hubiera tirado de todos los hilos y entrevistado a más personas antes de extraer conclusiones, la vida de Martin no habría descarrilado de tal manera.

La reputación de Otto Schneider ya estaba dañada, por lo que se veía, y por su propia mano, pero un cargo de asesinato era algo completamente distinto. Nate sabía que Meg y Sylvie esperaban que Schneider fuera culpable, por el bien de su padre. Pero, por mucho que Nate quisiera que se exculpase a Stephen Townsend, no podría vivir consigo mismo si permitía que otro hombre inocente pagase por un crimen que no había cometido.

Todo esto siempre y cuando encontrasen a Schneider.

Contemplando hacia el este el distrito arrasado, Nate vio lo vacío que estaba desde que la víspera terminase la ley marcial, responsable en última instancia de la muerte a destiempo de Thomas Grosvenor. Si Otto Schneider aún estaba libre y en Chicago, y si quería robar en la mansión de Hiram, en ese momento sabría que ya no estaba protegida.

Era mucho suponer.

Para Martin Sullivan ya era demasiado tarde, pero tal vez Nate tuviera una segunda oportunidad para hacer bien las cosas. Una oportunidad para buscar la verdad en su totalidad, sin quedarse a medio camino.

Sintió un peso en el estómago. Su editor le había dicho que no se implicase. No era policía ni detective. No era más que un reportero, y ni siquiera famoso, que quería que se hiciera justicia.

¿Bastaba con eso?

Una vez lustrados los zapatos, Martin soltó el trapo ennegrecido.

—¿Qué le parece?

Nate contempló el brillo de sus zapatos viejos.

—Perfectos, como de costumbre, Martin. Gracias.

Le pagó la tarifa correspondiente y una propina. No era tanto como le habría gustado darle, pero era todo lo que tenía ese día: Nate era de esos hombres que dan todo lo que tienen.

❋❋❋

Con un estruendo que despertó a Stephen de sus pesadillas, la trampilla metálica situada en la parte inferior de la puerta se abrió y alguien empujó una bandeja de comida al interior de la celda, seguida de un platillo con agua. La trampilla se cerró y atrancó con un fuerte chasquido que le reverberó por el cuerpo.

—¡Eh! —gritó, abalanzándose sobre la puerta, con los brazos bloqueados por la camisa de fuerza—. ¡Eh! —volvió a gritar, golpeando con el hombro la plancha de hierro—. ¿Qué día es hoy? ¡Tienen que sacarme de aquí! —Desesperado por que le oyeran, continuó golpeando su cuerpo contra los muros de la celda hasta hacerse daño.

«No es de extrañar que te hayan encerrado aquí». Otra vez esa voz. Era su conciencia, su tormento, su sola compañía en aquel confinamiento solitario. «Eres voluble. Desde el baño con hielo, no permites que nadie se te acerque sin pelearte con él. Creen que harás daño a los demás, por no hablar de ti mismo. ¿Acaso puedes culparlos?».

Stephen cayó de rodillas y empezó a comer y a beber de los platos como un perro. El puré le embadurnaba la mejilla y el mentón, y el agua le había salpicado hasta la nariz. No podía limpiarse la cara. Notaba cómo la comida se le endurecía sobre la piel y no podía lavarse.

Lágrimas de humillación se le agolparon en la garganta, hasta que las liberó con un bramido gutural de furia y desesperación. Eso era lo que le habían hecho. Le habían arrebatado al hombre y lo habían convertido en un animal.

«No eres un animal. Has sido creado a imagen de Dios».

Bajó la cabeza hasta las rodillas y lloró.

—Esto no es un reflejo de Dios todopoderoso. Estoy más cerca de la bestia que del hombre.

«Has sido creado a imagen de Dios».

—A imagen de Dios —se repitió—. He sido creado a imagen de Dios. Oh, Dios mío, Dios mío, ¿cómo he llegado a esto?

Sentado sobre los talones, se balanceó adelante y atrás, llamando al único que podía salvarlo de sí mismo.

Cansado, apoyó la espalda sobre los fríos azulejos y extendió las piernas. El agua derramada del plato le empapaba los pantalones y le atería la piel. Tosió hasta que le dolieron las costillas; luego gritó de frustración. En Andersonville habían quebrantado completamente su constitución: sus pulmones habían quedado debilitados para siempre. ¿Qué otros daños sufriría en aquel lugar?

«Descansa. Tan solo descansa».

Cerrando los ojos con fuerza, gimió. Aún no sabía si había matado su amigo, pero le producía pavor pensar que podría haberlo hecho. Quienquiera que fuese en ese momento, no era quien quería ser. Una pequeña parte de sí reconocía que era digno de lamento, igual que uno lamentaría la muerte de un buen amigo. Pero si había alguien cuya pérdida lamentar en ese momento, era Hiram.

Al igual que Stephen, el anciano no había sido quien fuera una década atrás. Siempre había tratado Stephen como si todavía fuese la mejor versión de sí mismo. Hiram no merecía lo que le había sucedido: tendría que haber muerto mientras dormía, en el calor de su cama, cuando le hubiera llegado su hora, y aun entonces Stephen habría lamentado la pérdida de su fiel amigo.

Pero ¿por la pérdida de sí mismo? No derramaría lágrima alguna. Stephen seguía allí, al menos en parte. A diferencia de tantos hombres buenos.

Abrió los ojos, y ya no estaba solo. Allí estaba Peter, quien había

muerto en Andersonville. Stephen lo había enterrado, pero allí estaba, una alucinación conjurada por su mente febril. Normalmente Stephen se habría pellizcado hasta ver cómo la falsa imagen se desvanecía.

—Pero, dadas las circunstancias —rio—, no me importa que te quedes por aquí.

Peter llevaba puesto el uniforme y, sentado sobre un cajón de madera, se calentaba las manos al fuego.

—¡Hola, Steve! —lo saludó. Los botones de latón pulido destellaban.

—Hola, mi viejo amigo. —Las lágrimas le rodaban entre la barba incipiente de las mejillas. Hablaba con un producto de su imaginación, y lo que era peor, disfrutaba haciéndolo—. Qué alegría volver a verte.

—No tienes muy buen aspecto, ¿sabes?

—Bueno, es lógico. No me encuentro bien, Pete.

Peter se quitó la gorra cuartelera y frotó los emblemas para sacarles brillo antes de volver a colocársela en la cabeza.

—A ver, que yo me entere. Lo conseguiste. Sobreviviste a la guerra, a aquel infierno de campo de prisioneros y volviste con tu familia. Has tenido suerte.

Stephen meneó la cabeza.

—No estoy tan seguro. Tú, o el hombre al que representas, estás en el cielo. En el paraíso. Yo me encuentro atrapado una vez más. —Aun cuando no se hallase en el sanatorio, seguiría atrapado dentro de sí mismo—. Estaría mejor contigo, y mi familia también estaría mejor sin mí.

Cualquier otro habría considerado la conversación ridícula. Cualquier otro día, Stephen le habría dado la razón. Pero en ese momento, era lo único que tenía y lo necesitaba. No era la imagen de los hombres a quienes Stephen había matado en la batalla, ni la de los camaradas que había tenido que arrojar a un foso fuera de la empalizada de Andersonville. Esta visión no era una marca de santidad ni un fantasma venido para atormentarlo. Era la demostración de su mente enferma, y como tal lo aceptaba.

La alucinación que representaba a Peter torció el gesto.

—Cuidado. ¿Me estás diciendo que, después de todo por lo que has pasado, ahora estás dispuesto a rendirte? ¿Te quitarías la vida? ¿Y qué pasaría con tu familia? ¿Qué dirían las chicas?

—El suicidio es un pecado terrible, Pete. Ahora mismo no tengo previsto hacerlo. Y en cuanto mi familia, mi esposa ya está en la gloria.

—Ya veo. Pero ¿y tus hijas? ¿Es que no merece la pena vivir por

ellas?

El actual estado de existencia de Stephen no era precisamente lo que uno llamaría «vivir».

Peter echó un nuevo tronco a la fogata imaginaria y la memoria de Stephen se llenó del aroma del humo.

—Si pudiera elegir —dijo Peter—, vería crecer a mis hijos. Los protegería hasta que ya no fuera responsable de su cuidado y entonces…

—Ya basta, Pete, gracias. —Stephen ya se había perdido la infancia de sus hijas. No había sido capaz de protegerlas ni de proteger sus intereses, y no hacía falta que se lo recordaran—. Como ya te dije, Meg y Sylvie están mejor sin mí.

Peter se enjugó la frente sudorosa.

—Bueno, es discutible. Sería una verdadera lástima si malgastases la vida que te queda por vivir, cuando tantos muchachos de los nuestros yacen en una tumba anónima del sur. No nos decepciones rindiéndote.

—Tú no entiendes cómo es vivir aquí.

—Ah, ¿no? —rio la alucinación. Después de todo, ese Peter había surgido de la mente de Stephen.

—Lo que quiero decir es que no hay gran cosa que pueda hacer mientras permanezca encerrado en un manicomio, ¿no? Me inyectan drogas, me obligan a tomar píldoras aunque no quiera, me sumergen en baños de hielo, me atan y me alejan de mí mismo. Me han quitado mi ropa, mi nombre, mi dignidad. Estoy a su merced, y son despiadados. ¿Qué demonios puedo hacer aquí?

Poniéndose en pie, Peter se barrió con la mano la ceniza y los restos de hojas secas depositados en sus pantalones.

—Puedes intentarlo.

—¿Intentar el qué? —preguntó Stephen casi frenético, pues la alucinación comenzaba a desvanecerse. Podía ver el otro lado de la celda a través del cuerpo de Peter.

—Intentar recuperarte.

Capítulo 19

La alcoba se había convertido en una caverna carente de luz, lo que no era de lamentar, puesto que cualquier rayito de sol se clavaba en la cabeza de Meg como un doloroso dardo. Su hermana estaba en la cama, a su lado: sus pies eran como bloques de hielo cada vez que la tocaban bajo las sábanas. En cambio, los almohadones se hallaban empapados del acre sudor provocado por la fiebre. Los mechones de pelo grasiento se le adherían a la cara. El crepitar del fuego se dejaba oír bajo un chirrido incesante, que solo después advirtió que era el colchón sobre el que se revolvía.

Sea cual fuere el mal que sufrían, las había atacado con igual virulencia a Sylvie y a ella. Medio turbada por el delirio, notó otra presencia en el cuarto. Alguien debía de haber abierto las cortinas del dosel de la cama para permitir que corriera el aire fresco. Aroma de talco de lilas, acompañado de un suave murmullo y un paño húmedo en la frente. En su mente se dibujó la figura de Helene, afanándose de un lado al otro de la cama para atender a las dos pacientes.

Había alguien más. Una voz masculina reverberaba por encima de su cabeza. Luego se detuvo y un círculo de fría presión le oprimió el pecho. Quiso apartarlo o girarse sobre el costado, pero alguien la sujetó hasta que la presión desapareció. Sin interés por lo que el desconocido estaría diciendo, gimió por el calor insoportable.

El tiempo se detuvo. Meg no tenía idea de la fecha en la que estaban, pues el día y la noche se hilvanaban en un hilo sin fin que se desarrollaba a un ritmo desconocido e irregular. Cuando no la aquejaban calambres o náuseas, caía en un agitado duermevela.

Los sueños se deslizaban en derredor y la envolvían como el agua hasta ahogarla entre falsas imágenes. El rostro de un desconocido aparecía en la ventana y, aunque nunca lo hubiese visto, sabía que era Otto Schneider, en busca de venganza. Rodeando la cama, su madre, su padre y Sylvie recitaban al unísono: «No te ocupaste de mí». Luego el fuego se alzaba como un muro entre ella y los suyos, le quemaba las manos y consumía su carne. Despertó jadeante y con un picor insoportable bajo el tejido cicatricial, duro como el cuero.

Cuando al fin pudo tolerar sentarse y recibir la luz del sol, Helene la ayudó a bañarse y le lavó el pelo antes de ponerle una camisa limpia y una falda de lana de merino. Sylvie se había recuperado antes que ella, pues la encontró sentada en el diván.

No estaba sola.

—Doctor Gilbert —saludó Meg al tomar asiento junto a su hermana.

El bigote del médico se alzó cuando este sonrió con calidez y se llevó la mano a los extremos del estetoscopio que llevaba alrededor del cuello.

—Le señorita Dressler fue a la clínica y me pidió que viniera a la mansión. —Sus dedos, suaves y secos, le palparon los ganglios del cuello—. Dígame, ¿cómo se siente hoy?

Cansada —admitió—. El estómago se me ha asentado y la cabeza ya no me duele tanto, pero no tengo apetito. ¿Tal vez podría tomar una taza de té?

—Mejor no —repuso Sylvie antes de invitar al doctor Gilbert a explicar el motivo con un gesto de asentimiento. A su lado estaba Helene, su semblante teñido de preocupación.

El médico se tiró de los pantalones al sentarse en la butaca frente a ellas.

—Normalmente, un té suave sería lo ideal para un convaleciente. Pero en este caso, el té es precisamente el problema. Es decir, el agua que se utiliza para prepararlo. Lleva más de una semana enfermando a la gente por toda la ciudad.

—¿Cómo están Kirstin, Eli y Jasper? —La voz debilitada de Sylvie sonaba, de algún modo, distante. Su cabello oscuro olía a agua de rosas, pero carecía de su brillo habitual.

—Kirstin y Eli ya están mejor —respondió Helene, quitándose un hilo suelto del delantal—. Pero el señor Davenport cayó enfermo hace tres días y aún no se ha recuperado.

—Ya saben que el suministro de agua quedó cortado durante el incendio —dijo el doctor Gilbert, entrelazando las manos—. Aunque

las bombas de agua ya vuelven a funcionar, nadie tuvo en cuenta el efecto que tendría la suciedad depositada en las cañerías durante días antes de que el agua volviera a fluir por ellas. Es decir, hasta ahora. Hay miles de personas enfermas, especialmente niños.

Helene chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo tenemos que hervir el agua para que sea segura? ¿O tendremos que traerla del lago hasta que las cañerías vuelvan a estar limpias?

—Hiervan el agua del grifo durante más de un cuarto de hora antes de usarla y notarán una mejoría considerable —respondió el médico, retorciéndose la punta del bigote—. Dentro de una semana, el agua podrá volver a beberse sin necesidad de esta medida. Y ahora —dijo mirándole las manos a Meg—, el siguiente punto en el orden del día, jovencita.

—Pensaba que íbamos a esperar a que pasasen al menos dos semanas —repuso esta, presa de una mezcla de alivio y temor.

—Y eso hemos hecho. Ha estado enferma varios días, señorita Townsend. Así que ya es hora, al menos para su mano izquierda. La derecha necesitará un poco más de tiempo.

Retiró la venda con cuidado hasta que la mano quedó expuesta. Helene trajo una palangana de agua en la que mojarla y luego la secó.

Meg apenas sentía nada.

La mano no parecía haber cambiado mucho desde la última vez que despertó para que le cambiaran el vendaje. El color era más rosado que rojo o marrón, pero el tejido cicatricial le cubría la palma. Al agitar los dedos, notó lo limitado del movimiento.

—Trate de cerrar el puño —ordenó el doctor Gilbert.

Meg lo hizo.

—Bien. Ahora pruebe a colocar su palma contra la mía y presione hasta que quede plana. Eso es. Empuje hasta que note cómo se estira la piel, y empuje entonces un poco más.

El labio superior se le perló de sudor. La mano no obedecía sus órdenes, al menos en ese sentido.

—Estoy empujando —dijo, aunque no lo parecía.

—Estoy seguro de que está haciéndolo. Tiene que insistir, querida, para recuperar el movimiento. El tejido cicatricial está tenso y le curva la mano hacia dentro. Su cerebro encuentra formas de superar las limitaciones, pero debe usar la mano y estirarla varias veces al día. Así.

Meg observó la demostración e imitó los movimientos lo mejor que pudo. Sus vanos intentos parecían burlarse de ella.

—Puedes hacerlo, Meg. —No había un atisbo de pena en el tono de Sylvie—. Confío plenamente en ti.

—¿Tal vez quiera ayudarla?

El doctor Gilbert enseñó a Sylvie cómo ayudar a estirarle los dedos a Meg, primero juntos y luego de uno en uno. Esta se estremeció la primera vez que la piel de Sylvie, perfecta y hermosa, tocó su carne deforme.

—¿Volverá algún día la sensación de presión? —le preguntó al médico.

—Aprenderá a compensarla y a usar la sensación de tacto que aún le queda en la mano.

Eso era un no. Ese aspecto jamás mejoraría: la mano no se enderezaría y apenas tendría tacto. Cuando Sylvie dejó de estirarlos, los dedos volvieron a formar una garra sobre el regazo de Meg. En la garganta le ardían las lágrimas no derramadas.

El doctor Gilbert, que aún tenía que visitar a Jasper, se despidió y Helene lo acompañó fuera del cuarto.

La puerta se cerró tras ellos. Meg se hundió en el respaldo del diván con los ojos cerrados. Si ya la repelía ver y sentir su propia carne, cuando su mano derecha quedase expuesta sería aún peor.

—Estás progresando —le dijo Sylvie—. Deberes conformarte con ello, al menos por ahora.

Progresar era un flaco consuelo cuando lo que Meg deseaba para sí era alcanzar la perfección.

Capítulo 20

Viernes, 27 de octubre de 1871

—Nate —dijo Meg, con los ojos empañados al verlo. Tenía el rostro pálido de haber pasado, poco tiempo atrás, la misma enfermedad que ella por el agua contaminada, pero los ojos le brillaban mientras esperaba de pie en el porche, con los brazos cargados de unos objetos angulosos envueltos en tela.

Cuando se dio cuenta de lo que le había traído, la mano izquierda, ya sin vendajes, se le fue instintivamente al nudo que se le había formado en el pecho.

El reportero sonrió.

—Imaginaba que estarías preparada para esto. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto —respondió, armándose de valor antes de conducirlo a la sala de recepción.

Como sospechaba, al retirar la tela quedaron ante ella varios lienzos en blanco, que parecían observarla.

Nate los dejó sobre una silla.

—Creo recordar que este era el tamaño que utilizabas en la librería. ¿Te servirán?

—Claro que me servirán, gracias. Qué detalle tan amable.

Era un regalo extravagante y considerado, e igualmente intimidante. Desde la visita del doctor Gilbert el pasado miércoles, se había pasado horas tratando de escribir y dibujar. Aunque los resultados eran mejores que la primera vez que lo intentó, aún estaban lejos de satisfacerla.

—Entonces, ya tienes todo lo necesario, ¿verdad? ¿Para empezar a

pintar de nuevo? —preguntó. Parecía sumamente confiado, optimista.

—También me ayudaría una mano que obedeciera a mis órdenes. La mía vacila como la de un niño.

—E igual que la de un niño, aprenderá. Ya enseñaste a tu mano derecha a hacerlo. Ahora le toca a la izquierda —afirmó al tiempo que, con dulzura, se la tomaba entre las suyas.

El dorso de la mano registró su tacto. La palma también lo hizo hasta cierto punto, provocándole una surrealista sensación de desconexión. Pero lo que sintió fue como un bálsamo para sus nervios. Le gustara o no, vivía en una sociedad que juzgaba a la mujer por tres cosas: la blancura de su complexión, la delgadez de su cintura y la belleza de sus gráciles manos. Meg era pecosa. Su cintura delataba cierta debilidad por los dulces. Y sus manos…

Sin embargo, Nate no había retrocedido al tocarla.

—Además —continuó el reportero—, ¿no fue Miguel Ángel quien dijo que el hombre pinta con la mente y no con las manos?

—Algo fácil de decir para el mayor genio artístico de todos los tiempos —repuso Meg, aunque no pudo evitar una sonrisa de reconocimiento. Nate intentaba alegrarla y le estaba más agradecida de lo que podría expresar con palabras—. Pronto volveré a pintar. Si consigo hacerlo de manera aceptable, le llevaré los retratos al señor VanDyke, el agente y propietario de la galería que publicó aquel anuncio en el periódico. Está emparejando artistas con clientes acaudalados que desean que los vuelvan a pintar tras el incendio.

—Eso era lo que esperaba —dijo Nate, soltándole la mano.

Pero aún no.

—Hoy tengo otros planes.

Precedida de un suave golpecito en el marco de la puerta, Sylvie entró en la sala de recepción, sonriendo al ver a Nate.

—Creí haber oído voces. Me alegro de verte, Nate. ¿Cómo te encuentras? —preguntó. Los brillantes bucles castaños le caían por la espalda formando una cascada desde el recogido que llevaba en la coronilla. Prestaba más atención a su apariencia desde que Jasper se había recuperado de la enfermedad.

—Mucho mejor.

—Me alegro de oírlo. Meg, ¿qué es eso de que tienes planes para hoy?

Esta no había creído que a su hermana le importasen.

—Voy a visitar el Hogar del Soldado. —Ya había pedido a Eli que la llevase—. Puede que haya algunos veteranos que conocieran a Hiram. Tal vez sepan algo que pueda ayudarnos.

Los ojos de Sylvie perdieron todo brillo.

—¿Ayudarnos a qué?

—Bueno, no me haré una idea hasta que me entere de qué saben.

Sylvie resopló por la nariz, impaciente.

—No sé qué es lo que pretendes conseguir. La policía…

—No está haciendo nada —acabó Meg por ella—. Puede que estén buscando a Otto Schneider, pero, aunque lo atraparan, no lo van a acusar del asesinato de Hiram cuando la única prueba es una nota amenazante.

—Ni deberían hacerlo —añadió Nate—. Visitar el Hogar del Soldado es una buena idea. Cuantos más puntos de vista tengamos, mejor. Como ya dije, ignoramos si fue Schneider quien lo mató. Así que tenemos que hablar con el mayor número posible de personas que conocieran a Hiram.

—Y los vecinos no han resultado de ayuda. —Meg había preguntado en otra manzana más desde que se recuperara de su enfermedad. Era hora de buscar nuevas fuentes.

—Ya veo. —Sylvie entrelazó sus dedos de porcelana por delante de la falda de seda verde—. No voy a ir contigo. Y tú no puedes ir sola.

—No irá sola. —Nate se enderezó el sombrero—. Conozco a varios de los residentes, de cuando escribí los artículos sobre los veteranos de Chicago. Será un placer presentárselos a tu hermana.

—Todo un placer, ya me lo imagino —repuso Sylvie en un tono que expresaba descortesía—. Entretanto, yo me quedaré en casa y haré lo que pueda para salvar la librería.

Meg parpadeó, sorprendida.

—¿Qué estás haciendo? —Habría creído que, en ese momento y sin edificio a su disposición, no había gran cosa que hacer.

—Estoy reforzando nuestra relación con los clientes. Mientras tú sigues con tus investigaciones, yo he estado peinando los periódicos, tomando nota de la nueva dirección de nuestros clientes. Ahora les estoy escribiendo una tarjeta personal a cada uno para garantizarles que abriremos en cuanto podamos, que agradeceríamos que siguieran acudiendo a nuestra librería y que querríamos saber qué libros les gustaría ver en nuestros estantes. Quiero hacerles sentir parte de ella. Cualquier cosa para evitar que el negocio se vaya a pique antes de volver a tener una presencia física.

—Es una idea fantástica —dijo Nate al tiempo que apoyaba un brazo en el respaldo del sillón orejero y cruzaba los tobillos.

—Sí que lo es —corroboró Meg—. Te ayudaría a escribir todas esas tarjetas, y sabes que lo haría, si mi letra fuera legible. Agradezco lo

que estás haciendo por nosotras.

—No soy la única que se esfuerza por reconstruir el negocio. Jasper y su cuadrilla de compañeros acabarán de retirar escombros hoy y, como agradecimiento, vendrán a merendar a casa. Han llevado a cabo el trabajo por un precio tan módico que mucho me temo que no hayan querido confesarnos el coste real. Esperaba que tú también estuvieras presente. Sé que no puedes ayudarme demasiado en la cocina, pero al menos podrías darles las gracias en persona.

—No dudes que le daré las gracias a Jasper en cuanto vuelva a verlo. ¿Te importaría darle las gracias por mí al resto de los hombres?

El modo en que Sylvie entrecerró los ojos indicaba que últimamente había hecho demasiadas cosas por su hermana.

—¿Te he contado que ayer encontraron un pequeño joyero bajo un montón de ladrillos? Está roto, pero en la tapa aparece pintado el nombre de Flora Spencer. Aún contenía las joyas.

—Ni siquiera sé a dónde se han ido los Spencer —reconoció Meg, que no había recibido noticias de sus antiguos inquilinos desde la noche del incendio.

—Podrías poner un anuncio en el *Tribune* —propuso Nate—. Si aún siguen en la ciudad, pueden recuperarlo. Si quieres, me aseguraré de que lo publiquen.

Sylvie asintió, aunque con expresión pétrea y la mandíbula tensa.

—Has de creer que lo que estoy haciendo, como hablar con los vecinos y visitar el Hogar del Soldado, también lo hago por nosotras. Teniendo en cuenta cómo me han tratado los vecinos de Hiram, ¿cómo crees que irá la librería si no limpiamos el buen nombre de padre?

La mirada de su hermana se desvió hasta los lienzos que había traído Nate.

—Podrías volver a pintar. Cualquier venta que hicieras sería de ayuda. Una ayuda inmediata y tangible. Necesitamos ganar dinero y ahorrar para los gastos de la reconstrucción.

Oculto en un pliegue de la falda, el pulgar de Meg acariciaba la piel rugosa en la base de los dedos.

—Haré lo que pueda.

—Pero no ahora —replicó Sylvie, que con la mandíbula todavía tensa se despidió de Nate y salió de la estancia.

Meg sintió un incómodo calor en el cuello, debido a la culpabilidad, a la frustración o a ambos. Miró a Nate, buscando su reacción.

—¿Soy una irresponsable?

El reportero negó con la cabeza.

—Si no sigues indagando, ¿quién lo hará?

Exacto.

Ese fue su consuelo durante los veinte kilómetros que duró el trayecto hasta el Hogar del Soldado de South Evanston, a orillas del lago Michigan. Bueno, eso y que Nate estuviera a su lado.

❋❋❋

Meg se asomó a la ventanilla del carruaje y contempló el azul infinito del lago. Las gaviotas graznaban al sobrevolar la playa de guijarros. En la distancia, el horizonte fundía el agua con el cielo.

Cuando de pequeña iba al lago de merienda con la familia, se adentraba en el agua helada mientras Sylvie y su madre se mantenían a una distancia prudencial para no mojarse. «No veo el final, papá», decía, poniéndose de puntillas, con el agua rozándole el ruedo del vestido. «Tómame en brazos, que quiero ver el final».

Él la izaba y se la colocaba en el hueco de la axila, con los pies de la pequeña chorreándole sobre la ropa.

Ella se hacía visera sobre los ojos y exclamaba: «¡El agua no se acaba nunca!» y se sentía como si se hallase en el fin del mundo.

«¡No, mi pequeña! Que no veas la otra orilla no quiere decir que no esté».

De algún modo, Meg seguía buscando la otra orilla; seguía anhelando alcanzar el fin de la profundidad ignota que se extendía ante ella. «Tómame en tus brazos, Señor», rezó en silencio. «Déjame ver el final». Luego, pensándolo mejor, añadió: «Acompáñame hasta el final».

—¿Meg? Ya hemos llegado. —Nate echó un vistazo al reloj—. Los hombres estarán comiendo.

El recuerdo infantil se desvaneció en cuanto dio las gracias a Eli por el viaje y entró con Nate en el edificio de ladrillos, de dos plantas. Una supervisora de uniforme blanco los recibió en el salón antes de mandarlos al comedor, situado en el sótano. Una hilera de ventanas alargadas cerca del techo permitía que entrase la luz del sol en la estancia.

Seis largas mesas formaban tres filas, a las que los hombres se sentaban en bancos a cada uno de los lados. El aire olía a comida: chuletas de cerdo, caldo, puré de calabaza, judías verdes, pan recién hecho y café. Cuatro mujeres trajinaban alrededor de lo que parecían cuatro docenas de veteranos, sirviéndoles azúcar para el café y mantequilla para el pan.

—¡Asa Jones! —saludó Nate a un hombre cuyo cabello rubio ceniza empezaba a escasear.

Antaño había debido de lucir la esbelta figura del soldado curtido, pero su cintura había ido creciendo a medida que se ablandaba. Una muleta apoyada en la pared atrajo la atención de Meg a sus piernas: le habían amputado una de ellas por debajo de la rodilla. También le faltaba un brazo a partir del codo.

El señor Jones los recibió con los carrillos llenos de pan.

Tras las presentaciones de cortesía, Nate añadió:

—Esta es la hija de Stephen Townsend. ¿Lo conoció usted?

Meg y Nate se sentaron frente al señor Jones; ella se preparó para una nueva reacción negativa. Sin embargo, el rostro del veterano se relajó, mostrando comprensión.

—Sí, durante seis semanas hicimos juntos la instrucción en Camp Douglas. Luego lo enviaron a un regimiento distinto del mío. Me pareció un alma noble, y más inteligente que la mayoría. No lo tuvo nada fácil, jovencita. Y tampoco debería avergonzarse de ello. Son las cartas que le tocan a uno en la vida. No es más que un juego, ¿sabe? Todo es un juego.

Desde luego, así lo parecía en ocasiones. Y, sin embargo, qué planteamiento tan descorazonador el pensar que no había un propósito superior, que desafiase el entendimiento humano. Meg quería creer que Dios seguía sujetando las riendas, aunque a sus hijos se les escapasen; especialmente cuando a sus hijos se les escapasen.

Pero lo único que dijo fue:

—Se diría que ha leído en el *Tribune* lo que le ha pasado a mi padre.

—Empezando por el artículo que escribió nuestro amigo Nate, aquí presente. También escribió sobre mí. —Se limpió el rostro con la servilleta—. Pero estoy seguro de que no ha venido a pedirme un autógrafo.

Meg apoyó los antebrazos en la suave mesa de roble, preparando sus preguntas. El señor Jones observó sus manos vendadas y llenas de cicatrices antes de mirarla a los ojos. Había visto cosas peores. Había sobrevivido a cosas peores.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Tienes más preguntas, Nate?

—Creo que es la señorita Townsend quien las tiene —respondió este, antes de invitarla a continuar con un gesto de la cabeza.

—Usted conoció a mi padre. ¿Por casualidad no conocería también a Hiram Sloane? Fue guardián en Camp Douglas, formaba parte del Cuerpo de Inválidos.

El señor Jones negó con la cabeza.

—El campo de prisioneros era una sección independiente de donde hacíamos instrucción. Allí no se me había perdido nada, pero alguna vez eché un vistazo a los rebeldes desde el Observatorio de la Unión. Era una torre de quince metros de alto cerca de la puerta principal que daba a Cottage Grove. Por cinco centavos, cualquiera podía subir y ver lo que pasaba en el patio de la prisión. A la gente le encantaba.

A Meg se le puso la piel de gallina. Ruth jamás les había permitido ni a ella ni a Sylvie acercarse al campo por miedo a las enfermedades contagiosas que podían transmitirles los soldados a ambos lados de la valla. Así, ignoraba que el público hubiera acudido a ver a los prisioneros de Chicago igual que le había sucedido a Stephen en Andersonville.

—¿Qué es lo que vio? —preguntó Nate. Como buen reportero, sacó un lapicero y un taco de folios, listo para tomar notas.

—Ay. —El señor Jones agarró un salero y empezó a hacerlo rodar en la mano—. Obligaban a los muchachos del sur a quedarse de pie durante horas en mitad del hielo y la nieve, haciendo frente a la niebla helada que venía del lago, sin un bocado con que alimentarse. Si se movían, alguno de los guardias les disparaba.

—Pero no Hiram —dijo Meg—. No puedo imaginármelo siendo tan cruel.

—Como le he dicho, no habría podido distinguir a un guardia de otro; no los conocía más que de vista. También había otras formas de castigo, cosas tan retorcidas que habríamos protestado si se las hubieran hecho a los yanquis en el sur. Había cuatro guardias famosos por ese tipo de cosas. Unos tipos grandes y corpulentos.

—No creo que Hiram Sloane fuera uno de ellos —dijo Nate.

—Para nada. —Meg inspiró profundamente, lista para seguir—. Señor Jones, usted no conocía a Hiram Sloane, por lo que no podría saber si tenía algún enemigo en particular, ¿verdad?

—Bueno, señorita —dijo con un atisbo de diversión en la comisura de la boca—, era guardia de una prisión en tiempos de guerra. Miles de rebeldes eran sus enemigos.

—Pero no sus enemigos personales —insistió ella.

—Puede que no desde su punto de vista. Pero si les hubiese preguntado a los prisioneros, seguro que ellos lo verían como algo bastante personal.

Un veterano de mayor edad se acercó hasta la mesa con una taza medio llena de café.

—¿Les importa si me uno a ustedes? —Sus articulaciones crujieron

cuando se sentó en el banco al lado de Asa Jones.

Nate se inclinó sobre la mesa para estrecharle la mano antes de presentárselo a Meg: se trataba de Elton Burke.

—También era guardián en Camp Douglas. Elton, ¿tal vez no le importe responder un momento a un par de preguntas?

El hombre accedió. Aunque estaba deseosa de interrogar al señor Burke, Meg no dejaba de dar vueltas al hecho de que el señor Jones hubiera conocido a su padre. En cierta medida, Stephen también era víctima del asesinato de Hiram, dado que su vida había quedado en suspenso por una falsa acusación.

—Señor Jones, ¿sabe si mi padre tenía algún enemigo?

—¿Stephen Townsend? —El señor Jones dejó el salero a un lado—. No. No se me ocurre ni un solo hombre al que no le alegrarse tenerlo cerca. A mí me ayudó más que el propio capellán. Dígaselo cuando pueda. Pregúntele si se acuerda de Asa Jones.

Meg sonrió.

—Se lo diré, gracias. Solo tengo una pregunta más para usted. Por lo que sabía de él, ¿cree que mi padre habría disparado a un hombre desarmado por la espalda?

—¿Cómo? ¿Es lo que dicen que hizo su padre? Imposible, esa es una cobardía de lo peorcito. —El señor Jones meneó la cabeza —. No se lo crea.

—No lo hago. Muchas gracias por su tiempo, señor Jones.

—¿Ya me toca? —La voz del señor Burke presentaba un distintivo tono cavernoso.

Dejó la taza de café en la mesa con demasiada fuerza, o muy poco control, y lo derramó en parte. Meg recogió el café con una servilleta.

—Gracias, señor Burke. ¿Conocía usted a Hiram Sloane?

El hombre se rascó la mejilla, poblada de una barba incipiente.

—Pues sí. No era un mal tipo. Nunca lo vi disparar a un prisionero por diversión, ni nada de eso. En cuanto a los castigos más creativos, que eran moneda corriente en todos los campos de prisioneros del norte y del sur, tampoco le vi impartirlos.

Por supuesto que Hiram no habría hecho algo así.

—¿Conoce a alguien que le desease algún mal? Más allá de los prisioneros que quisieran escapar, por supuesto. —Le dejó pensar unos instantes antes de añadir—: ¿Alguna vez mencionó a Otto Schneider?

Nate le propinó un pequeño codazo.

—Estás insinuándole la respuesta al testigo —bromeó.

—¿Otto Schneider? —Al señor Burke se le iluminaron los ojos al reconocer el nombre—. Su batalla legal con Hiram apareció en todos

los periódicos. Pero nada lo enfurecía tanto como las noticias que llegaban de Andersonville. Tenía un amigo allí, si mal no recuerdo.

—Mi padre —respondió Meg—. Stephen Townsend.

El señor Burke se quedó mirándola como si la viera por primera vez.

—Vaya, pues debían de ser íntimos. Cuando nos enteramos de que los yanquis se morían de hambre en Georgia, Hiram hizo cumplir celosamente la nueva norma de reducir las raciones de nuestros prisioneros. Tampoco es que se les dieran tres comidas al día. Pero si nuestros hombres sufrían en Andersonville, los rebeldes también iban a sufrir. Esa era la idea.

—Represalias —confirmó Nate.

—Exactamente. —El señor Burke dio un sorbo a su café.

Meg se removió en el banco y se recolocó la falda sobre las rodillas.

—No sabía que Hiram hubiera sido vengativo.

—Entonces no lo conoció tan bien como yo. Cumplía con su deber, e incluso un poco más, en honor a su amigo prisionero en el sur. Por ejemplo, a los prisioneros se los registraba al llegar a Camp Douglas. Se requisaban sus efectos personales y se anotaban en un documento para devolvérselos una vez liberados. Pero Hiram no se conformaba con eso. Los cacheaba al azar en el patio. Incluso registraba los barracones de improviso. Se rumoreaba que no siempre entregaba a sus superiores aquello que encontraba para que lo custodiasen.

—¿Qué es lo que insinúa, señor Burke? —Meg no daba crédito.

El hombre sonrió con despreocupación.

—Lo que digo es que Hiram Sloane no siempre jugaba limpio. A su entender, nuestros muchachos en Andersonville sufrían humillaciones mucho peores. Que no tuviera estómago para infligir daño físico no significaba que renunciase a otros métodos, como requisar pertenencias y artículos de contrabando. Decía que así se desquitaba. Solo que a lo mejor el desquite lo beneficiaba a él. —Se encogió de hombros—. O eso era lo que se rumoreaba, vaya.

Nate soltó el lápiz.

—Elton, lo que nos interesan son los hechos. ¿Alguna vez presenciaste algo así? ¿Alguna vez reconoció Hiram delante de ti que hubiera robado a los prisioneros?

—No éramos tan amigos.

Meg ya había oído bastante. Tragándose la indignación, le dio las gracias al señor Burke por su tiempo y se levantó para marcharse.

Capítulo 21

Martes, 31 de octubre de 1871

Querido padre:

Meg habría querido escribirle ella misma, pero solo le han quitado las vendas de la mano izquierda. Está tan obsesionada con escribir y dibujar que pierde la noción del tiempo y tengo que recordarle que coma. Ha pintado algunos estudios para volver a acostumbrarse a los pinceles, pero le avergüenzan los resultados, aunque yo veo que progresa. Ahora me vuelve a dictar:

Pensamos a menudo en usted y nos gustaría verlo en persona. ¿Recibió nuestra última carta?

El otro día visité con Nate el Hogar del Soldado. Asa Jones le manda recuerdos. ¿Se acuerda de él?

Jasper Davenport y algunos de sus compañeros de universidad han empezado a retirar los escombros de nuestra propiedad para que, cuando llegue el momento de reconstruirla, esté lista. Se ha vertido al lago tal cantidad de restos del incendio, entre las vías de la compañía ferroviaria Illinois Central Railroad y la orilla, que la cuenca artificial prácticamente ha desaparecido.

Muchos ya están reconstruyendo, pero el clima lo complica todo, así que nosotros vamos a esperar hasta la primavera. Para entonces, espero que haya salido del sanatorio y pueda supervisar los trabajos, si es que quiere hacerlo.

Uno de los gatos callejeros que usted solía alimentar sigue acudiendo a la esquina donde se encontraba nuestra tienda. Qué pena da, con los bigotes chamuscados y las calvas allí donde las brasas le quemaron el pelo. El día en que siguió a Jasper hasta la mansión de Hiram, lo dejó quedarse. Sylvie y yo le hemos llamado Oliver Twist. Le encantaría, padre. Estamos cuidándolo bien.

Si le permiten escribirnos, hágalo, por favor. Lo queremos mucho y rezamos por usted cada día.

Sus hijas

P. D. En caso de que el personal del sanatorio lea el correo de nuestro padre: si se niegan a entregarle esta carta, al menos díganle que estamos bien y que lo queremos.

❋❋❋

Viernes, 3 de noviembre de 1871

Stephen tomaba los medicamentos porque eran preferibles al aislamiento, pero detestaba el efecto que tenían sobre él.

Si antes se había considerado emocionalmente distante, no era nada comparado con ese entumecimiento total, por dentro y por fuera. Se suponía que el fármaco, algún cóctel que era incapaz de identificar, le bajaría el ritmo cardíaco y reduciría los temblores. Y eso lo hacía. Pero también ralentizaba su mente y arrojaba un velo de apatía sobre todo lo que tuviera ante él.

Se sentó en un rincón de la sala de día, en el suelo, donde los pacientes pasaban las horas de luz cuando no estaban en el comedor o en sus celdas. No tenía mayor interés en pelearse por una de las pocas sillas disponibles. Nunca había bastantes y, de todas formas, no importaba. Ya nada importaba. Apoyaba la cabeza en las rodillas, pues le costaba demasiado esfuerzo mirar a su alrededor y establecer contacto con otros hombres.

Percibió de forma vaga un sonido de hebillas contra la madera. Sin necesidad de mirar, supo que eran dos pacientes con camisas de fuerza, que se balanceaban adelante y atrás ante una mesa en cuya superficie había pintado un tablero de ajedrez, aunque él jamás había visto ninguna pieza con la que jugar. Gemían y hablaban de modo ininteligible. A Stephen no le molestaba. Él también habría querido gemir.

Sobre su pierna crecía una mancha húmeda, cada vez más fría. Tardó algunos minutos en darse cuenta de que volvía a babear. Se pasó el dorso de la mano por la boca y luego se la limpió en el pantalón. Dejó otra mancha húmeda. La próxima vez, ni se preocuparía.

—¿Q-q-qué t-t-tienes ahí?

La voz tenía acento irlandés. Sonaba muy alta. Al volverse, Stephen

descubrió a otro paciente sentado con las piernas cruzadas a su lado. Tenía la cabeza afeitada, como todos los demás, pero el pelo que le empezaba a crecer era entrecano, al igual que las barbas que asomaban en sus mejillas. Cuando habló, las encías delataron los signos del escorbuto.

No era de extrañar, teniendo en cuenta lo que les daban. La única comida completa era la de mediodía. La carne se hervía, pero nunca estaba hecha del todo. La sopa era el agua en la que se había hervido la carne. No había verdura ni fruta. El café era tan flojo que parecía té, y la leche daba tanto asco que solo los más desesperados de entre ellos eran capaces de ingerirla.

Stephen se pasó la lengua sobre los dientes para ver si había alguno suelto. No estaban tan mal.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

El hombre señaló a Stephen con un gesto de la cabeza.

—Malas not-t-ticias, ¿eh?

Stephen frunció el ceño. Había olvidado por completo las cartas de Meg y Sylvie que llevaba en la mano. Estirando las piernas, extendió las hojas sobre el regazo y se esforzó por ver lo que tenían que decirle. ¿Las había leído ya? Debía de haberlo hecho. Pero recordar su contenido no era más fácil que recordar un sueño una vez despierto. La primera estaba fechada el 16 de octubre. La letra era de Sylvie. Meg y Nate habían ido a visitarlo al sanatorio. ¿De verdad? Los trazos eran tan finos que la cabeza le dolía al intentar seguir las líneas y florituras. Hasta entonces nunca había tenido problemas para leer. El corazón tendría que habérsele acelerado al percatarse de esta deficiencia, pero no lo hizo. Se sentía extrañamente desconectado de su propio cuerpo y de su vida, en especial de la vida que había tenido antes de entrar en el manicomio.

—¿De q-q-quién es? —preguntó el hombre sentado a su lado—. Soy Hugh. Hugh B-Brodie.

—¿Realmente estás aquí? —Stephen le clavó la mirada—. ¿No eres una aparición? —No sentía miedo. Solo curiosidad.

—P-p-pégame y lo verás —asintió Hugh con seriedad.

Stephen no quería pegarle. Al estrecharle la mano, sintió sus huesos entre los dedos.

—Soy Stephen.

—¿T-t-también ves a otras p-personas? —preguntó Hugh, sin vergüenza ni sorpresa en la mirada—. Yo sí. Yo veo a p-personas q-que no están aquí. La mayoría muertas. Los médicos dicen q-que tengo corazón de soldado y es evidente que t-t-tartamudeo. D-d-desde la

guerra.

«Corazón de soldado». El vocablo pugnó por llegar hasta la superficie de la mente de Stephen.

—Sí, eso mismo tengo yo.

—Pero también tienes gente que te escribe —dijo, señalando las cartas.

El oído de Stephen se adaptó al tartamudeo del hombre y dejó de notarlo en la conversación.

—Mis hijas.

Hugh parpadeó y se rascó detrás de las orejas.

—Mi mujer me dejó hace años. Se llevó a los niños. Tengo dos hijos que fingen que he muerto. Tal vez así sea más fácil para ellos. O para su madre —concluyó, al tiempo que se hurgaba la porquería acumulada en las cutículas.

La luz caía sobre las piernas de Stephen. En sus haces pálidos flotaban partículas de polvo en suspensión. El hombre las contempló danzar, embelesado. Pero Hugh tenía algo que decirle. ¿Qué era? Pensar en ello parecía costarle demasiado.

—Estás babeando —señaló Hugh antes de rascarse la cabeza de nuevo—. Te están dando la medicina esa para que estés tranquilo, ¿verdad?

Stephen se limpió la barbilla, apenas con un atisbo de vergüenza.

—Sí. Y funciona.

Con buen humor, el irlandés le dio una palmadita en la espalda.

—Ya se nota. Me apuesto algo a que normalmente no te gustaría que te tocase.

En realidad, a Stephen tampoco le gustaba en ese momento, pero su corazón iba tan despacio que ni siquiera era capaz de protestar.

—¿Te cuesta leer las cartas? ¿Quieres que te las lea en voz alta? Mejor te las puedo cantar, si no te importa. Cuando canto, no tartamudeo.

Cuando el hombre extendió la mano para agarrar la primera, Stephen le dejó hacerlo. Cerró los ojos, concentrándose en las palabras y no en la voz que las pronunciaba. En ese momento quien hablaba con él eran Sylvie y Meg. No un recluso cantante. Era surrealista oír las palabras de sus hijas con absoluta claridad en la melodía de Hugh. Le decían que estaban a salvo en casa de Hiram. Le hablaban de ir a la iglesia. «Daremos gracias a Dios en cuanto podamos», había dicho el reverendo. Meg creía que esas palabras le reconfortarían.

No entendía que, en ese momento, él no sentía dolor. En ese momento, no sentía nada de nada.

Tal vez fuera mejor así.

—La siguiente carta —dijo Hugh—. ¿Estás preparado?

Stephen volvió a encoger las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas huesudas.

—Sí.

Hugh entonó las palabras con una melodía típica de las tabernas. La tercera era más larga. A Meg le habían quitado la venda de una mano y ya la usaba. Debería haberse alegrado por ello, pero solo sintió un pequeño movimiento en el estómago, que bien podría deberse a una indigestión. Si eso era la felicidad, podía pasarse sin ella. Sin felicidad, sin decepción, sin dolor ni pesar. El péndulo de las emociones no se movía en dirección alguna. Estaba atrapado en la neutralidad del centro.

Oyó el resto de la carta como un murmullo. Algo sobre Asa Jones, un nombre que le sonaba. Meg esperaba que Stephen volviera a casa en primavera. ¿Primavera? Stephen miró las barras de hierro que lo separaban del resto del mundo. En aquel lugar era fácil perder la cuenta de las estaciones. Del propio tiempo. Era incapaz de pensar más allá de la hora siguiente, cuando menos de la siguiente primavera. Ah, habían adoptado un gato. Volvió a cerrar los ojos. Eso estaba bien. Se preguntó por un instante cómo les iría a los perros callejeros del vecindario ahora que él no estaba para alimentarlos. Luego recordó que el incendio los habría obligado a huir. El incendio… El asesinato de Hiram… El motivo por el que estaba encerrado.

—Eh, ¿has visto? Te quieren mucho y rezan por ti cada día. Qué suerte tienes de que sigan fieles a ti.

No deberían. Les iba bien sin él. A la familia de Hugh también le iba mejor sin él, o eso decía. A Stephen le pesaban los párpados. Lo único que quería era dormir sin que nadie lo despertara.

Súbitamente, recordó las palabras de su amigo Peter durante la alucinación. «Intenta ponerte bien», le había dicho.

Stephen se abrazó los tobillos. La saliva había formado un charquito en su rodilla. «No puedo».

❋❋❋

Jueves, 9 de noviembre de 1871

El sol se desparramaba por el cuarto situado en la torrecilla de la tercera planta, haciendo relucir el suelo de madera noble. Con

ventanales en tres de los lados, era una estancia fresca, a pesar del fueguecillo que ardía alegre tras la rejilla. La luz natural, no obstante, era perfecta.

Y allí era donde acababa la perfección.

Con la mano izquierda sujetando un pedazo de carboncillo, Meg respiraba su olor terroso y miraba, ora su reflejo en el espejo, ora el boceto en el lienzo que estaba a su lado. El parecido era modesto, desde luego. Jasper le había permitido utilizar ese desván como estudio temporal, pero aún no se sentía como una artista.

Durante la semana que llevaba trabajando allí, había esperado que el espacio se convirtiera en algo parecido a un santuario, igual que lo había sido su viejo estudio sobre la librería. En cambio, parecía más bien un crisol, un lugar en el que poner a prueba sus habilidades y fortaleza. Durante el cambio diario de los vendajes de la mano derecha, había visto lo suficiente como para saber que nunca volvería a servirse de ella como antes. Si quería volver a pintar, tendría que hacerlo con la izquierda.

Dobló el cuello a ambos lados para desentumecerse, suspiró y apretó el carboncillo en la mano. Era la tercera vez que intentaba dibujar su autorretrato. Si no le salía bien, el señor VanDyke lo sabría de inmediato, y era a él a quien debía impresionar. Si lo conseguía, la presentaría ante clientes dispuestos a pagar por sus propios retratos. Pero hasta el momento, dibujar con el sentido del tacto mermado no era mucho más fácil de lo que había sido escribir.

Meg se alejó algunos pasos del caballete e, inclinando la cabeza, lo estudió.

Basura. Lo que veía en el boceto era una mera impresión de sí misma, no una copia.

Una suave llamada a la puerta precedió la entrada de Sylvie. Con un libro bajo el brazo, tomó la mano de Meg entre las suyas y se la estiró hasta que esta se quejó. Una vez terminada la parte dolorosa, Sylvie comenzó a masajeársela para romper el duro tejido cicatricial que le cubría la palma y los dedos.

—Bastará por el momento. —Con sonrisa ladina, Sylvie arrastró una butaca hasta un suave rayo de sol y se sentó antes de abrir el libro sobre el regazo—. Necesitas cambiar de panorama. Estoy a tu servicio.

A Meg le dio un vuelco el estómago al adivinar el propósito de su hermana.

—¿Quieres que te pinte?

—Quiero que practiques, sí. Mira qué he encontrado en la biblioteca —dijo, tendiéndole un ejemplar de *Villette*, de Charlotte

Brontë—. Es un libro largo y, cuando leo, puedo quedarme muy quieta. ¿Qué más quieres en una modelo?

Tal vez fuera mejor pintar a alguien distinto. Así, al menos, el señor VanDyke no vería hasta qué punto se había alejado de la realidad. Tras apartar el espejo y dejar su retrato apoyado en la pared, colocó un lienzo vacío en el caballete.

Oliver Twist atravesó con parsimonia el estudio y se subió encima de Sylvie. Se ovilló en su regazo, con el rabo enroscado alrededor del cuerpo, y comenzó a ronronear. Mientras se conformase con dormir y no se dedicase a explorar los estantes con tubos de pintura y carros de aceite y disolvente, Meg no tenía problema en que el gato de color crema se quedase.

El suave sonido del carboncillo sobre el lienzo le llenaba los oídos. Diseccionaba mentalmente la imagen de la cabeza de Sylvie para luego ir transcribiéndola de línea en línea y de contorno en contorno. Obligar a la mano a que obedeciera a la mente era un proceso lento y deliberado. Por lo menos no se le cayó el carboncillo.

Desviando la mirada del lienzo, observó a Sylvie desde una nueva perspectiva. Su mirada mostraba una suavidad inexistente tres semanas atrás. Hasta la manera en que interactuaba con Meg había evolucionado. Se había vuelto más leve, aunque no superficial; más profunda, pero sin tornarse oscura. Sospechaba que el cambio tenía más que ver con cierto caballero que con el desdichado gato que había llevado a casa unos días antes.

El sonido de pisadas en la escalera las interrumpió. Meg dejó el carboncillo en el borde del caballete y corrió a la puerta, reacia a tener público. Si alguien la veía trabajar, no solo percibiría lo imperfecto de sus resultados, también podría mirarle las cicatrices. Aún no estaba lista para ello.

Kirstin llevaba en las manos el vestido de un cliente, al que estaba metiéndole el bajo.

—Ha venido a visitarlas el señor Pierce, señorita. Ahora mismo está con el señor Davenport, pero ha venido a verlas a usted y a la señorita Sylvie.

—Gracias, Kirstin. Ahora mismo bajamos.

Meg y Sylvie bajaron de la torrecilla y encontraron a los hombres en el salón. La mirada de Jasper se posó en Sylvie. La enfermedad lo había dejado aún más delgado que antes, pero al menos su color había mejorado.

Con el sombrero en la mano, Nate se volvió en cuanto Meg entró en la estancia.

—No quería interrumpirte mientras trabajas. Estabas pintando, ¿verdad? ¿Cómo va? ¿Estás satisfecha con tus progresos?

—¿Alguna vez te han dicho que haces demasiadas preguntas? —Meg sonrió, tratando de desviar el tema, al tiempo que introducía las manos en los bolsillos de la falda. No obstante, sabedora de que él no se rendiría, acabó admitiendo que sí, había estado trabajando, y que no, no estaba satisfecha.

—¿Nos traes noticias? —Sylvie miró a un hombre y al otro—. ¿Han encontrado a Otto Schneider?

—Por ahora no, que yo sepa. —Nate enganchó el pulgar por detrás de la correa de su bolsa—. Después me pasaré por la comisaría y preguntaré a qué pájaros han logrado atrapar desde el incendio.

Meg trató de ocultar su decepción. *Oliver* entró a paso tranquilo en el salón; Jasper lo tomó en brazos y le rascó detrás de las orejas. Luego miró a Nate.

—¿Vas a decirles por qué has venido?

—Claro. He venido a invitaros a los tres a un concierto benéfico que tendrá lugar este domingo en Turner Hall. Lo que recauden irá a la Sociedad de Ayuda y Socorro. La verdad es que tengo que cubrir la velada para el periódico, pero disfrutaré mucho más si me acompañáis.

Sylvie saltaba de la emoción.

—Me parece una idea estupenda. Llevamos muchísimo tiempo sin salir, al menos no por ocio. Además, es por una buena causa.

Jasper dejó el gato en el suelo y se sacudió los pelos de la ropa.

—Motivos excelentes para que vayáis. Pero me temo que he de declinar la invitación. Tengo un examen el lunes por la mañana y debo estudiar.

—Oh. —El abatimiento se apoderó del rostro de Sylvie—. Puedo ayudarte a estudiar, si quieres.

—Gracias, pero no. A pesar tus buenas intenciones, solo me distraerías. Eres harto más interesante que el derecho municipal. —Sonrió—. Pero vosotras deberíais ir. Pasadlo bien.

—Lo haremos —dijo Meg, consciente de que respondía por su hermana.

—Muy bien. —Nate sonrió de oreja a oreja.

Antes de que pudieran decir nada más, alguien llamó a la puerta principal y Jasper fue a abrir.

—¿Puedo ayudarles? —se le oyó decir desde el salón.

—Lamento molestarlo —dijo otra voz masculina—. Buscamos a las señoritas Townsend. Este anuncio del periódico decía que podríamos

encontrarlas aquí. Tienen algo que nos pertenece.

—Ustedes deben de ser los Spencer —dijo Jasper—. Adelante.

Cuando Meg y Sylvie salieron al recibidor, con Nate tras ellas, vieron a sus antiguos inquilinos, James y Flora Spencer, entrar en la casa al tiempo que Jasper se presentaba. Bajo un sombrero de fieltro algo ajado, el cabello de Flora se veía mucho más plateado de lo que Meg recordaba, y tenía las manos surcadas de venas.

—Me alegro mucho de que estén bien. —Sylvie les estrechó la mano, un gesto formal dadas las circunstancias, pero nunca había habido verdadero afecto entre los Townsend y los Spencer.

Antes de que James pudiera estrecharle la mano a Meg, esta le hizo ver que la tenía vendada y no podría responderle.

—Este es nuestro amigo Nathaniel Pierce, reportero del *Tribune*.

La expresión de la pareja mudó casi imperceptiblemente, por lo que Meg se preguntó una vez más si uno de ellos, o ambos, habrían sido los autores de la carta anónima publicada en el periódico que difamaba a su padre.

Se acercó hasta el armario del vestíbulo y extrajo el pequeño joyero de un cajón.

—La tapa está desportillada y tiene una grieta, pero pensamos que de todos modos les gustaría conservarlo —dijo al tiempo que le ponía el joyero a Flora en la palma de la mano.

Las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas en cuanto sacó un camafeo del interior.

—Debió de caérseme por detrás del secreter; de lo contrario, jamás me habría ido sin él. No se imaginan lo contenta que estoy de haberlo recuperado.

James se quitó el sombrero de la cabeza calva y moteada de manchas. El anticuado traje le quedaba holgado por todas partes.

—Podrían haberse quedado con el joyero y haber empeñado el contenido, sin preocuparse por buscar a unos viejos gruñones como nosotros. Por cierto, por el momento estamos viviendo en casa del hermano de Flo. —Miró a su alrededor con asombro—. Parece que a ustedes no les ha ido nada mal.

—Bueno, esto es temporal. —Con la vista fija en Jasper, Meg se preguntó si estarían abusando de su hospitalidad—. Vamos a reconstruir la librería y el apartamento. Empezaremos de nuevo.

—Una perspectiva desalentadora para un par de señoritas solas. —James estrujaba el ala del sombrero—. Es una pena que su padre no esté para ayudarlas.

Meg hizo un esfuerzo por ocultar su sorpresa. Hasta Sylvie vaciló y

sus cejas se enarcaron un instante, antes de volver a dominarse.

—Una pena, sí, desde luego.

Flora se guardó el joyero en el ridículo.

—Deberíamos decírselo, James. Decirles lo que vimos la noche del incendio.

El corazón le dio un vuelco a Meg ante la posibilidad de obtener nueva información.

—¿Por qué no toman asiento? —dijo, conduciéndolos al salón principal antes de darse cuenta de que la mansión era de Jasper y no suya. No era su casa—. ¿Te importa? —le preguntó.

—Por supuesto que no.

Se sentaron en el salón, donde los cortinajes color carmesí absorbían la luz natural. La chimenea, apagada, estaba fría, pues la estancia apenas se usaba. Al menos las lámparas de gas volvían a funcionar. Jasper las encendió, un gesto poco habitual en un hogar sin ingresos regulares.

Con el cabello rojizo rutilante a la luz, Nate sacó lápiz y papel.

—No les importa, ¿verdad? Tengo el presentimiento de que querré recordar lo que tengan que decir.

Flora se lamió los labios apergaminados.

—Pero… ¿lo publicará en uno de sus artículos?

—Tal vez debería hacerlo —gruñó James—. Y si no, podríamos enviarle nosotros una carta al editor. —Miró fijamente a Sylvie y luego a Meg—. Esta vez incluso firmaríamos con nuestro nombre.

Con el rostro acalorado, Meg se volvió hacia la ventana hasta recuperar la compostura. La neblina se levantaba desde el suelo y envolvía árboles y verjas, difuminando el paisaje en la distancia.

—Ya lo sabían, ¿no? —preguntó James—. Debían de imaginárselo.

—Sí —respondió Meg, notando cómo la ira le palpitaba bajo la piel. No obstante, aquellas personas tenían información que deseaba. O al menos así lo esperaba.

Flora negó con la cabeza y la triste pluma que adornaba su sombrero se agitó con el movimiento.

—No sido fácil vivir cerca de un hombre tan impredecible, sabiendo que era nuestro arrendador. Pero aquella carta… Bueno, fuimos demasiado lejos. Y me atrevo a decir que ustedes también lo creían; aun así, me han devuelto mi posesión más preciada —dijo, aferrando el ridículo de cuentas bordadas que reposaba en su regazo.

Meg se secó la palma izquierda contra la falda.

—Aprecio sus palabras, señora Spencer. Pero había algo más que querían decirnos, ¿no?

Jasper se inclinó hacia delante, su pantalón oscuro en acusado contraste con las rayas ocres del diván.

—Vimos a Stephen la noche del incendio. —James se aclaró la garganta y frunció el ceño—. Vimos cómo se enfrentaba con la gente, cómo les gritaba a unos bebés para que se callaran. Acusó a un hombre o dos de rebeldes. Todo esto ocurrió tal como se lo cuento. Pero también vimos a un tipo que se ofendió especialmente; algo comprensible, visto que Stephen lo apuntaba con un arma. Se la quitó de un golpe en la mano y lo dejó inconsciente de otro en la cabeza.

Por el momento, eso no era lo que Meg quería oír.

—¿Y luego? ¿Qué pasó luego?

—El hombre agarró el revólver de Stephen, comprobó si había balas en la recámara y salió corriendo con ella. Los dos lo vimos, ¿verdad, Flo? —James se rascó la nariz—. He dicho muchas cosas sobre vuestro padre, eso es cierto. Pero igualmente os voy a decir otra: si fue su pistola la que mató a aquel hombre, no fue Stephen quien disparó el gatillo.

Meg notó cómo le latía el pulso en la base del cuello.

—¿Está seguro de lo que vio? —musitó.

—Tan seguro como que ahora mismo estoy aquí sentado.

—Teníais que saberlo. —Flora le tomó la mano a James—. Teníais que saber que vuestro padre no disparó a aquel hombre.

Sylvie se volvió hacia Jasper.

—Mi padre no mató a tu tío. Deseaba más que nada en el mundo que no fuera cierto, pero ahora estamos seguros, Jasper. No fue mi padre quien lo hizo.

Lágrimas de gratitud rodaban por las mejillas de Meg. Nate le ofreció su pañuelo y, mientras se las enjugaba, le apretó el hombro.

—Gracias —dijo. Jamás había creído que su padre hubiera matado a Hiram, pero oírselo decir precisamente a los Spencer le proporcionó un alivio que no había sentido hasta entonces.

—¿Por qué no le dicen a la policía lo mismo que nos han dicho a nosotros? —preguntó Nate—. Parece que en este caso están dando una gran importancia a las declaraciones de los testigos, dado que lo que consideran pruebas son circunstanciales.

—Contradirán directamente las declaraciones anteriores —los advirtió Meg—, pero ese no es motivo para no brindarles su punto de vista. Si no les importa, ¿podrían enviar una carta también al manicomio del condado de Cook? Diríjanla al doctor Franklin.

—Lo haremos. —Flora sorbió por la nariz y les dedicó una sonrisa trémula.

—Tendríamos que haberlo hecho antes —añadió James—, pero estábamos demasiado ocupados con nuestros propios asuntos. Es lo que pasa cuando lo has perdido todo.

Jasper le tendió la mano para ayudarlo a levantarse de la butaca.

—Gracias por venir. Gracias por compartir con nosotros lo que vieron —dijo. En los últimos minutos había palidecido: el asesino de su tío seguía suelto.

Pero para Meg, la causa contra su padre quedaba oficialmente cerrada.

Capítulo 22

Domingo, 12 de noviembre de 1871

Sylvie se enderezó en la silla plegable del pabellón de Turner Hall para aliviar la presión del corsé, que se le clavaba en las costillas. Era una pena que solo la acompañasen Meg y Nate, y no Jasper, porque eran escasas las ocasiones en que llevaba un vestido tan elegante. La seda lavanda, con un ribete de color púrpura imperial, le hacía sentir como si fuera vestida de crepúsculo. El de Meg era azul oscuro, con un brocado en un tono más claro formando grecas. Era del color de un lago bordeado por el cielo; su cabello rubio, recogido en lo alto de su cabeza, era el sol. Sylvie había encontrado ambos vestidos esa misma semana en una enorme pila de ropa donada, en el sótano de la Primera Iglesia Congregacional, donde continuaba haciendo voluntariado. Tras esa noche, no podía imaginar otra ocasión que mereciera tal elegancia. Su hermana y ella eran mujeres sencillas, más dadas a la sensatez de la lana que al satén.

Especialmente una vez que se trasladaran.

Con el correo del viernes llegó la noticia de que les habían concedido una casa de acogida y que a las ocho de la mañana del lunes llegaría el material necesario, así como una cuadrilla de albañiles, a quienes solo tendrían que pagar por el tiempo invertido. A modo de disculpa por el retraso, la carta mencionaba que la Sociedad de Ayuda había recibido seis mil doscientas cincuenta y nueve solicitudes y que la suya era la número quinientos sesenta y cuatro. Así, su estancia en la mansión de Hiram se acercaba al final. Igual que su tiempo con Jasper.

El calor de la muchedumbre reunida desafiaba al frío del exterior y se mezclaba con los olores empalagosos de perfumes y cremas. Agitando el abanico para darse aire, Sylvie volvió la vista hacia Meg, cuya atención se concentraba únicamente en lo que fuera que Nate decía. Pues muy bien. Sylvie también estaba perdida en sus pensamientos, concentrados únicamente en Jasper.

¿Era una necia por creer que algo se estaba gestando entre ellos? Tenía una sensación extraña en el estómago al pensar en su amabilidad. No creía que fueran imaginaciones suyas. Al menos, esperaba que no lo fueran.

Una vez recuperada de la enfermedad provocada por el agua, pero mientras Meg todavía se encontraba mal y Kirstin seguía convaleciente, Sylvie se había escabullido por el pasillo hasta el ala que albergaba el dormitorio de Jasper. Helene se había quedado dormida cuidando de Meg y lo único que quería era comprobar cómo estaba Jasper sin tener que despertar a su querida ama de llaves, que había estado ejerciendo de enfermera para todos ellos.

Jasper deliraba por la fiebre, así que le aplicó paños fríos en la frente. Mientras dormía, murmuraba palabras sin sentido. Había intentado calmarlo, pero no dejaba de agitarse. En un momento dado, dijo: «Tengo frío. Mucho frío». Eso sí lo entendió. Atizó el fuego y lo cubrió con otra manta de lana. Pataleaba tanto que acabó destapándose.

Le faltaban tres dedos en un pie y dos en el otro. Sylvie se quedó atónita unos momentos antes de remeter las mantas por debajo del colchón para que no se moviera.

Cuando, al cabo, Jasper abrió los ojos vidriosos, la agarró de la muñeca y dijo:

—No te vayas. Ángel de misericordia, no me dejes.

Aquella noche se quedó durante horas. Le rogó que le cantase y así lo hizo. Le pidió algunas canciones que no conocía, por lo que intentó cantarlas él mismo.

No soy más que un forastero errante
Viajero en este mundo de aflicción
Mas no hay peligro, dolor ni males
En aquel bello país al que voy.
Por fin estaré junto a mi Padre
Al otro lado del Jordán
Se acabarán todos mis pesares
Por fin vuelvo al hogar.

Los versos se veían interrumpidos por su respiración laboriosa, hasta que Sylvie le pidió que parase. Con dulzura, le tocó los labios para acallarlo y él le besó los dedos.

¿Lo recordaría? Porque ella, sí. El momento de necesidad y encuentro se había bordado en su memoria con hilo de oro. Él medio deliraba por la fiebre y tal vez ni se hubiera percatado de quién era ella, pero fue la primera vez que un hombre la besaba. Lástima que no hubiera significado nada. ¿O sí?

En cualquier caso, no se lo había contado a Meg. Había secretos demasiado preciosos para revelarlos.

Las luces de los apliques a ambos lados del auditorio se atenuaron, oscureciendo a los asistentes, y un foco iluminó el centro del escenario, flanqueado por cortinas de terciopelo escarlata.

Meg se inclinó hacia Sylvie y susurró:

—Me alegro de que hayas venido.

Sylvie sonrió y asintió, dispuesta a disfrutar de la velada.

Después de que el presentador, ataviado con un frac de largos faldones, alabase el trabajo de la Sociedad de Ayuda y Socorro, diera las gracias a los patrocinadores y anunciase el programa, una serie de músicos ocuparon el escenario. Algunos eran de Chicago y otros habían viajado específicamente para la ocasión. Sylvie reconoció la mayoría de las piezas. Al final de cada interpretación, el pabellón convertido en auditorio retumbaba con los aplausos.

Era una noche resplandeciente: Sylvie se sintió vivificada no solo por el espectáculo, sino por la reunión de tantas personas dispuestas a ayudar.

Volvió la vista hacia su hermana para comentar la última interpretación, pero Meg estaba absorta en algo que Nate le susurraba al oído. Olvidada toda vergüenza por sus cicatrices, apoyaba las puntas de los dedos en su brazo. Él le cubrió la mano con la suya.

Qué no daría Sylvie por una señal de afecto parecida por parte de Jasper. Suspiró y miró a otro lado.

El maestro de ceremonias volvió al escenario, sonriendo delante del telón bajado.

—Y ahora, damas y caballeros, para terminar por todo lo alto, algo muy especial. Dos canciones compuestas específicamente para la ciudad de Chicago en este momento de necesidad e interpretadas por la soprano de Boston Constance Jacobs. La primera se titula «Piedad para el desamparado».

Salió del círculo de luz, el telón se levantó y, con voz trémula, la soprano entonó:

Piedad para el desamparado, piedad para el pobre,
empujado a tu puerta por el feroz demonio del fuego.
Escucha su ruego, escucha su grito;
no pases de largo ante él.
Arrebatado de un sueño pacífico y dulce,
se echó a la calle en mitad del terror,
dejando tras de sí sus más caros tesoros,
presa del miedo y la angustia escapó...

Sylvie se removió incómoda en la silla, deseando que alguien abriera una rendija de alguna puerta o ventana para que entrase un poco de aire fresco. No se esperaba una canción sobre el propio incendio, ni quería tener que revivirlo. Juntó las manos. Tenía las palmas húmedas de sudor.

Por fin, acabada la canción, respiró todo lo hondo que le permitía el corsé.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Meg mientras aplaudían.

¿Tan evidente era su desazón?

—Ya estoy mejor. Esa canción…

Su hermana asintió.

—Esperemos que anime a recaudar contribuciones considerables.

Cuando se anunció la siguiente canción, «Atravesamos el fuego», Nate dedicó a Sylvie y luego a Meg una sonrisa tranquilizadora. Los tres habían sobrevivido juntos a aquella terrible noche del incendio.

Sin duda Sylvie sería capaz de soportar unas sencillas palabras musicalizadas.

¡Llamas! ¡Llamas! ¡Qué llamas terribles!
Cómo se alzan, suben, vuelan.
Los cielos se llenan de un feroz resplandor de espanto,
Un rojo calor abrasa la tierra con su aire,
¡Piedad, piedad! oímos gritar a los desesperados.

Sylvie cerró los ojos con fuerza y luchó contra el deseo de taparse también los oídos. De verdad, ¿por qué aquella mujer insistía con tal ardor en lo sucedido? Con los pulmones oprimidos, sentía como si intentase respirar a través de un paño.

¡Atravesamos el fuego! Atravesamos el fuego

de la mano del buen Padre.
Aunque aún no comprendamos
por qué lo atravesamos,
¡atravesamos el fuego!

Sylvie extrajo un pañuelo del ridículo y se lo pasó por la cara y el cuello. ¿Acaso intentaban recrear el calor de aquella noche? Desesperada por respirar aire fresco, reprimió un gemido y se dedicó a abanicarse.

¡Llamas! ¡Llamas! ¡Qué llamas terribles!
Cómo arrasan, rugen y se precipitan.
Ved las horribles lenguas lamiendo tejados, arboles, pináculos,
Un salvaje carnaval que se inflama y eleva
¡hasta que cae!, ¡se desmorona! Nuestra gloriosa ciudad ya no está.

Entonces lo vio. Por obra y gracia de algún artificio mental, las terribles llamas se elevaron a su alrededor, rodeando el auditorio mientras los concurrentes permanecían sentados, sin moverse. Sintió el mismo terror que la había invadido la noche en que el fuego la perseguía, en que los perseguía a todos ellos, arrasando la ciudad a su paso. El pulso le retumbaba en los oídos con tal violencia que se convirtió en el tañido de la campana del Palacio de Justicia y, acto seguido, de todas las demás campanas de iglesias y escuelas.

Era una locura. La campana del Palacio de Justicia había sido destruida, fundida y convertida en reliquias; había sostenido una de ellas en la palma de la mano.

Estaba temblando, aferraba con los puños la tela de la falda. Una ira incontenible la consumía. Aquella soprano de Boston no sabía lo que cantaba, no tenía ni idea de lo que era perderlo todo. ¿Cómo se atrevía a cantar sobre ello, con melodía y compases y pulsos matemáticamente medidos para crear un orden a partir de una noche que no fue sino puro caos? Sylvie estaba lívida, aunque sabía que la mujer debía conmover al público para que llenase los cestillos que pronto les pasarían por delante. No obstante, era incapaz de extraer siquiera esa mínima lógica de su mente agitada.

Cuando algo tiró de ella, trató de zafarse, asustada, antes de bajar la vista y ver a Meg. Por algún motivo, Sylvie estaba de pie, como si estuviera a punto de echar a correr.

—Siéntate —susurró Meg—. ¿O quieres que nos vayamos?

Sylvie asintió. No podía controlar su respiración acelerada. Necesitaba aire, necesitaba salir de allí.

Meg le susurró algo a Nate e hizo un gesto hacia el pasillo al otro lado. La luz del escenario se reflejó en sus anteojos cuando volvió la vista hacia Sylvie, antes de levantarse a toda prisa y deslizarse por la hilera de sillas. Meg y Sylvie lo siguieron hasta la parte posterior del pabellón. Una vez que hubo ayudado a las hermanas a ponerse las capas, se echó la levita por encima y las condujo al exterior.

Sylvie agradeció el frío viento de noviembre al escapar de Turner Hall. Apoyada en el brazo de Nate, dio una gran bocanada de aire gélido, como si necesitase apagar un fuego en sus pulmones. El efecto vigorizante fue inmediato y su pulso comenzó a calmarse.

Meg le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Qué ha pasado?

Sylvie sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

—No sabría cómo explicarlo, pero esas canciones me han hecho revivir el incendio con demasiada intensidad. Podía verlo de nuevo, justo allí, en el edificio, aunque sabía que no era real. —Se llevó una mano al pecho—. El corazón me late como si hubiéramos vuelto a correr entre las llamas. Estaba aterrorizada y furiosa con la cantante, totalmente fuera de mí, con unas sensaciones que parecían demasiado fuertes como para contenerlas. —Se detuvo para tomar aire—. Suena descabellado, ¿verdad?

—No —dijo Nate con dulzura—. Suena lógico. Para alguien que ha sufrido un trauma, ese tipo de reacción puede surgir sin avisar. No es algo poco habitual.

—¿Tú también lo sentiste? ¿Y tú? —Sylvie miró a su hermana en busca de respuestas.

—Quizá no tanto como tú —respondió Meg—, pero, desde luego, no pude evitar verme transportada a un lugar al que preferiría no volver.

Los ojos de Sylvie se inundaron de lágrimas. La tibia descripción de Meg no era nada en comparación con lo que había experimentado.

—No es lo mismo. No es lo mismo en absoluto.

❋❋❋

Las farolas de gas siseaban, formando charcos ámbar de luz sobre las aceras a ambos lados de la avenida Prairie. Centinelas solitarias ahora que los soldados ya no hacían guardia por ellas. Meg iba del brazo de

Sylvie cuando llegaron al porche delantero de la mansión de Hiram, pero su mirada se desvió hacia el perfil de Nate, que caminaba a su lado.

Tal vez fuera la artista que llevaba dentro quien admirase la profundidad de sus ojos y la forma en que sus labios finamente tallados se elevaban ligeramente por una de las comisuras, incluso en reposo, como si estuviera procesando alguna información fascinante y fuera a empezar a hablar de ella en cualquier momento. Tal vez lo miraba, o tal vez miraba a todo el mundo de otra forma ahora que tenía que aprender a pintar a partir de la realidad.

—Gracias por abandonar el concierto antes de tiempo —dijo—. Sé que habías ido por trabajo.

El reportero enarcó una ceja, en un sutil desafío.

—Solo nos hemos perdido el último verso de la última canción, y luego la conclusión. No me habría importado perderme algo más por Sylvie o por ti. De todas formas, una vez que os haya dejado en casa y haya saludado a Jasper, volveré para ver cuánto dinero se ha recaudado. No puedo entregarle el artículo a Medill sin dicha suma.

Meg se había preguntado en alguna ocasión si Joseph Medill seguiría siendo el editor de Nate. El martes pasado lo habían elegido alcalde.

—¿Cuánto tiempo más se quedará en el *Tribune*? —preguntó.

—No mucho. —Nate subió los escalones de piedra junto a ella—. Tomará posesión del cargo el 4 de diciembre, así que pronto tendré un nuevo jefe al que impresionar.

—No dudo que lo harás. Pero, por ahora, entra a tomar una taza de té mientras calculan lo recaudado —le sugirió, al tiempo que Sylvie abría la puerta y entraba en la mansión. Helene y Kirstin habían salido aquella noche a visitar a su familia y amigos, pero no les costaría nada poner un hervidor a calentar y servir una bandeja de galletas de mantequilla.

Cuando Nate cruzó el umbral y fue a cerrar la puerta, una ráfaga de viento lo hizo de golpe por él.

—¿Hay alguna ventana abierta por ahí?

—No se me ocurre ningún motivo. —Sylvie se frotó los brazos—. A menos que Jasper quemase la cena y tuviera que dejar salir el humo.

Meg dudaba que Jasper hubiera cocinado nada. Sin detenerse a quitarse el sombrero ni la capa, enfiló el pasillo con Sylvie y Nate pisándole los talones.

—¿Jasper?

A modo de respuesta les llegó un gemido quejumbroso.

Ahogando un grito, Sylvie adelantó a Meg y entró en la biblioteca a toda prisa.

—¡Jasper, estás herido!

Meg se quedó estupefacta en el umbral lo suficiente para verlo sujetarse la cabeza antes de echar a correr en busca de una jofaina y paños limpios. De camino a la cocina, un viento helado le erizó la piel. Alguien había roto la ventana junto a la puerta trasera. Los trozos de cristal se esparcían por todo el suelo.

—Meg, detente. —Nate tiró de ella como si estuviera a punto de caminar sobre los cristales—. Alguien ha allanado la casa. Y ha atacado a Jasper.

—¿Quién ha sido? —susurró Meg, notando el calor de sus manos sobre los hombros a través de la capa. ¿Hacía mal en desear que fuera Otto Schneider?

—Ven y habla con Jasper tú misma. No necesita cuidados, la herida ya le ha dejado de sangrar.

En su mente se agolpaban las preguntas: tomó asiento en el sofá de brocado frente a Sylvie y Jasper, que compartían el otro. Tras ellos, la mesa del despacho estaba cubierta de libros de texto y una pila de folios. Nate añadió un par de troncos a la lumbre que languidecía y se frotó las manos para quitarse los restos de corteza. Luego se desabrochó la levita y se sentó junto a Meg.

—Empieza por el principio —dijo esta—. Por favor. Cuéntanoslo todo.

Jasper se estremeció al llevarse la mano a la nuca y se lamió el labio inferior, que tenía hinchado.

—Estaba estudiando. Debí de quedarme dormido sobre los libros, porque no vi que nadie rompiera la ventana. Tampoco lo oí venir hasta que era demasiado tarde. En cuanto me desperté, me golpeó en la cabeza con ese soporte para libros de latón —dijo, señalando el objeto, que aún estaba en el suelo tras la mesa—. Ojalá pudiera deciros que me recuperé del golpe y luchamos, pero la verdad es que me dejó fuera de combate. Debí de partirme el labio con el borde de la mesa.

El semblante pálido de Sylvie parecía una máscara de cera a la luz de la chimenea.

—Robó en la casa, ¿verdad?

—Se llevó los candelabros y la cubertería de plata, y no sé qué más. No hecho un inventario completo. Gracias a Dios que no estabais aquí cuando sucedió. Si os hubiera pasado algo, yo…

—Pero ¿lo viste? —lo interrumpió Meg. El reloj de la repisa rechinó

con el avance del minutero. El carillón dio las once.

Jasper suspiró.

—Estatura y complexión media. Llevaba un gorro calado hasta las cejas, por lo que no pude verle el color del pelo. Por las arrugas de la cara diría que era mayor que yo, pero más joven que vuestro padre.

La respiración de Meg se entrecortó. Era absurdo lo mucho que deseaba que el atacante fuera Otto Schneider. Pero si ese fuera el caso, sería más que probable que también hubiera disparado a Hiram y mayor sería la probabilidad de que exculpasen a su padre.

—¿Podrías describírselo a la policía?

—Solamente lo vi reflejado en la ventana, y por un instante. Cuando empecé a darme la vuelta, me golpeó en la cabeza.

Nate se quitó los anteojos y se frotó el puente de la nariz.

—¿Has denunciado el robo? —Cuando levantó la vista, sus ojos brillaban como azules esquirlas de hielo.

—En cierto modo. El sereno se percató del incidente. Me desperté al oírlo llamando a la puerta delantera. Debió de ahuyentar al atacante. Cuando salía a abrir, le expliqué lo sucedido.

—Pues qué oportuno —dijo Nate—. En cualquier caso, tendrás que comprobar qué más robó y presentar un informe detallado en la comisaría, que ahora se encuentra en la esquina de las calles Union y West Madison.

—¿Te golpeó muy fuerte? —preguntó Sylvie. Al acercarle los dedos a la nuca, se estremeció—. Tienes un buen chichón. ¿No estás mareado?

—Si no me muevo, no.

Nate volvió a ponerse los anteojos y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Una cosa está clara y si nadie lo dice, lo diré yo. Meg, Sylvie, ya no es seguro que os quedéis aquí. Recoged lo que podáis ahora y mañana volveremos a por el resto.

Sylvie abrió la boca y la cerró de inmediato, con la cabeza gacha.

—Creía que pasaríamos algunos días más. Todavía no nos han construido la casa —dijo, al tiempo que se ponía un cojín en el regazo y se abrazaba a él.

—Nate tiene razón —dijo Jasper—. Quienquiera que haya entrado sabe que hay más que lo que robó esta noche. Podría volver. Taparé la ventana rota, pero ¿quién dice que no vaya a volver?

—No tendría por qué volver —protestó Sylvie—. Si se lo decimos a la policía y le pedimos que apueste un guardia… —Pero su voz se desvaneció, pues hasta ella se daba cuenta de que no era realista. Una

vez que las compañías de Sheridan se habían disuelto, el cuerpo apenas daba abasto y no podía prescindir de un agente para que patrullase una mansión, especialmente una que, de todas formas, iba a salir a subasta pública.

Meg notó la resignación como un peso en el estómago. Llevaban un mes viviendo allí y siempre habían sabido que sería temporal, pero una parte de ella había olvidado oportunamente que eran indigentes. Habían encontrado refugio en la mansión, y solo podía dar gracias. Pero ahora que un ladrón, y posiblemente asesino, había entrado en la casa, esta había dejado de ser un lugar seguro.

—¿Y qué va a pasar con Helene y Kirstin? —preguntó Sylvie—. ¿Van a quedarse?

Jasper se echó hacia atrás, con la cabeza erguida.

—Les aconsejaré que no lo hagan en cuanto regresen. No me puedo arriesgar a que ninguna de las dos sufra daños. Eli puede quedarse en las cocheras, bajo su cuenta y riesgo.

Meg asintió.

—Es hora de irnos —musitó—. Pero ¿adónde?

❋❋❋

Nate odiaba tener que despertar a Edith a esas horas. Pero bien sabía Dios cuántas noches en vela había pasado él por ella, por Harriet y por Andrew.

Sin embargo, fue Frank quien abrió la puerta, con los ojos velados de sueño y la cara oscurecida por la barba incipiente.

—¿Nate? ¿Ha pasado algo? —La lámpara que llevaba en la mano destellaba en la oscuridad.

—A mí, no. —Con las manos ateridas de frío por haber atravesado la ciudad en coche hasta llegar allí, invitó a entrar a Meg y a Sylvie antes de cerrar la puerta—. Frank, te presento a Margaret y Sylvie Townsend —dijo en voz baja para no despertar a los niños.

Visiblemente desconcertado, Frank se apretó el nudo del cinturón de la bata y las saludó en el momento en que Edith aparecía por el pasillo, con el cabello recogido en una trenza que le caía por la espalda.

—Siento venir a estas horas, Edith. —Nate le besó la mejilla. La casa conservaba un leve aroma al asado que le había dado ese mismo día, después de ir juntos a la iglesia—. ¿Recuerdas que me dijiste que, si alguna vez necesitaba un lugar en el que quedarme, podía venir aquí? Espero de verdad que la oferta fuera extensible —dijo antes de

explicarle brevemente lo sucedido.

—Ay, qué horror —murmuró Edith, frotándose los brazos—. Sí, por supuesto, podéis quedaros todo el tiempo necesario, siempre y cuando no os importen las estrecheces. Tenemos una cama en la habitación de invitados y este sofá; Frank insiste en que es el lugar más cómodo para dormir de toda la casa.

—¿Están seguros de que no les importa? —preguntó Sylvie—. No queremos molestarlos.

—No nos molestan —afirmó Edith.

—Será por poco tiempo —dijo Sylvie, tras soltar un hondo suspiro de alivio—. Mañana por la mañana comienzan a construir nuestra nueva casa. Los materiales están cortados a medida y la cuadrilla ya ha levantado miles de ellas. No tardaremos en tener un techo sobre nuestras cabezas.

—Disfrutaremos de la compañía mientras podamos. Nate nos ha hablado tanto de ustedes que me alegro de tener la oportunidad que conocerlas mejor.

—Lo mismo digo —respondió Meg, al tiempo que se quitaba los alfileres del sombrero y se descubría—. Entiendo que tiene dos hijos pequeños. Estoy deseando conocerlos.

Parecía agotada, y con razón. Sin embargo, se esforzó por devolverle una sonrisa cálida y genuina. Nate les habría ofrecido a ella y a Sylvie su propia habitación en la casa de huéspedes mientras pernoctaba en los aposentos de alguno de sus vecinos, pero esta solución le había parecido mucho más apropiada.

—¿Nate? —Frank carraspeó. Dejó la lámpara en la salita y señaló con un gesto el comedor.

Nate siguió a su cuñado más allá de las mesitas de té cubiertas con tapetes y se adentró en las sombras.

—¿Esto es a lo que tú llamas no implicarse? —preguntó Frank—. ¿Qué ha pasado con lo de disfrutar de la soltería? Has acogido a dos nuevas pollitas bajo el ala. Pero estas pollitas son muy, pero que muy complicadas. No tienes por qué hacerte cargo de sus problemas. Nate, hermano, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? No eres una gallina clueca. Deja de portarte como una.

Nate ahogó una carcajada, que le retumbó en el pecho.

—Claro que no.

Frank se cruzó de brazos. Sin la vaselina que se aplicaba habitualmente en el cabello, un mechón le caía sobre la frente. Olía a los saquitos de lavanda que Edith usaba para aromatizar las sábanas.

—Esto es diferente —dijo Nate—. Especialmente con Meg. Si me

necesita, Frank… Bueno, digamos simplemente que no sería como cuando una chica necesita a su padre. ¿A ti te importa cuando Edith te necesita?

Frank enarcó las cejas. Giró la cabeza y observó cómo su esposa les llevaba vasos de agua a Meg y a Sylvie, antes de desaparecer de nuevo y regresar con ropa de cama para el sofá. Volviéndose de nuevo hacia Nate, le dio una palmadita en el hombro.

—La verdad es que yo también la necesito. O más, incluso. Sí. Desde luego que más.

Nate volvió a mirar brevemente a las hermanas.

—Sé lo que se siente. O, al menos, empiezo a saberlo.

—Ah, ¿sí?

Nate sonrió.

—Sí.

Así era. Y no le importaba lo más mínimo.

Capítulo 23

13 de noviembre de 1871

Querido padre:

Soy yo, Sylvie. Es la una de la madrugada, pero no consigo dormirme.

Ni siquiera sé si recibe usted nuestras cartas. De algún modo es más fácil escribir lo que tengo que contarle si pienso que no las recibe, que nadie verá nunca esto. Pero una parte de mí sí quiere que lo vea.

Me está costando mucho adaptarme a la vida después del incendio. Nate ha dicho que lo que experimento le sonaba familiar. Ahora me pregunto si se refería a usted.

A veces el corazón me late demasiado rápido y hay momentos en los que, al pensar en el incendio, transpiro demasiado para una dama. A veces, incluso de día, los recuerdos me abruman y es como si estuviera viviéndolo de nuevo. Las pesadillas son tan intensas que preferiría padecer insomnio que descansar. Creo que ahora entiendo por qué usted apenas dormía.

Ojalá le hubiera hecho más preguntas sobre lo que sentía cuando estaba en casa. Aunque, de todos modos, tal vez no hubiera querido responderme.

Ojalá le conociera mejor.

Quiero que se ponga bien. Que vuelva a casa y lo intentemos de nuevo.

Su hija,
Sylvie

❋❋❋

13 de noviembre de 1871

Querido padre:

Espero que se encuentre bien a la recepción de esta carta. Espero que las esté recibiendo. ¿Le llegó aquella en la que le contábamos lo que los Spencer nos habían dicho?

A estas horas, la semana que viene, podrá escribirnos a nuestra antigua dirección. No quiero disgustarlo, pero ha de saber que están construyendo nuestra vivienda temporal en el jardín trasero, encima de su mapa de Andersonville. Tenemos previsto vender libros allí hasta que podamos construir la nueva tienda.

Intento pintar con la mano izquierda, porque la derecha nunca volverá a funcionar como antes. Para practicar, estoy haciéndole un retrato a Sylvie. ¿Recuerda cuando era pequeñita y empezaba a pintar? La flor que dibujé en un papel no se parecía en nada a lo que tenía en mente y quise abandonar. Pero usted me dijo que no lo hiciera. Me dijo que, si la pintura era mi pasión, no debía abandonar, sino seguir intentándolo. Eso mismo es lo que me digo ahora.

¿Dispone de bastantes libros? Sé que en el sanatorio hay biblias. Me gustaría enviarle o hacerle llegar algo más, pero ni siquiera sé si recibiría el paquete. Por favor, escríbame y dígame qué le gustaría leer. Si puede. (Al personal del sanatorio: si leen esto, lo menos que podrían hacer es responder a esta pregunta).

Estoy deseando que vuelva a casa. Seguimos necesitando a nuestro padre.

Con todo el cariño de su hija
Meg

❋❋❋

Martes, 14 de noviembre de 1871

Stephen caminó cuatro pasos por su celda antes de dar media vuelta y regresar en sentido contrario. Se le había pasado la hora de la medicina y no lo dejarían salir hasta que la hubiera tomado. Por el vigor con que le latía el corazón, sabía que el efecto de la dosis anterior se le había pasado casi por completo.

Ese día le había llegado carta de Sylvie y Meg, y lo que Sylvie le contaba le había disgustado enormemente. Su niñita sufría.

Horas atrás, cuando los fármacos aún le entorpecían mente y

espíritu, el descubrimiento se había quedado flotando en la superficie, en la turbidez de sus pensamientos, negándose a llegar más hondo. Sylvie sufría de una forma que no acertaba a comprender; Meg tampoco llegaba a entenderla del todo. Pero él sí.

A él le importaba. También lo sentía. Y también le dolía, pero se sentía vivo de nuevo. Quizá fuera un milagro que la siguiente dosis se hubiera retrasado lo suficiente como para que volviera a despertar.

Stephen sabía exactamente lo que le sucedía a Sylvie. Ni siquiera sabía cómo o por qué, pero sus descripciones sonaban verdaderamente familiares, justo como había dicho aquel reportero. Habría que darle las gracias al joven por haberlo mencionado, pues, si no lo hubiera hecho, Sylvie no se lo habría contado a él.

Estaba avergonzada. Y lo entendía, por supuesto que sí, aunque no debería avergonzarse de algo así, y menos ante él. Hubo un tiempo en que era capaz de aliviar sus penas subiéndosela al regazo y dejando que se quedara allí hasta que, por voluntad propia, volvía a bajarse. En ocasiones le leía cuentos, otras veces se los inventaba, adaptándolos para responder a las preocupaciones de la niña y complacerla. Jamás la había alejado de sí.

Al menos no antes de la guerra.

Si los pacientes del manicomio pudieran comunicarse con el mundo exterior, agarraría un lápiz y le escribiría en ese preciso instante. Le contaría el cuento de un padre que se había perdido y de una hija que era la luz que lo guiaba de vuelta al hogar.

Quería volver a casa. Necesitaba volver a casa. Las reacciones de Sylvie no significaban que estuviera loca y, si ella no lo estaba, él tampoco.

Stephen no estaba mejorando en ese lugar. Estaba desapareciendo.

En cierta medida, quedarse allí era mejor que marcharse, pero sus hijas ya habían perdido a su madre. Seguían necesitando a su padre. Al apoyar la cabeza en las manos, se acarició con las puntas de los dedos las costras que le dejaban los parásitos e hizo examen de conciencia. Los Spencer habían dicho que habían visto cómo un hombre le quitaba la pistola, y eso significaba que no había matado a Hiram.

Pero también lo habían visto apuntando a otras personas. Y el arma estaba cargada. Si no había matado a nadie aquella noche, había sido solo por la gracia de Dios. ¿Realmente sus hijas iban a estar mejor con un padre tan imprevisible como él?

La angustia hizo que cayera de rodillas sobre el duro suelo. Stephen clamó:

—Oh, Señor, te necesito. Necesito que me conviertas en el hombre que mis hijas merecen.

Las bisagras de la puerta de hierro rechinaron y dos enfermeros ocuparon todo el espacio de la celda. Linden se cruzó de brazos en su uniforme blanco, mientras que Slattery se adelantó con una ampolla de vidrio en la mano.

—Conque hablando de nuevo con alguien que no está aquí, ¿eh? Menos mal que te hemos traído la siguiente dosis.

—Le rezaba a Dios. —Stephen se puso en pie con las articulaciones doloridas—. Y Él está aquí.

—Recuérdame que añada el fanatismo religioso a la lista de tus enfermedades mentales —respondió Linden con una sonrisita de suficiencia.

—No voy a tomármelo. —Stephen se plantó con las piernas abiertas y cerró los puños para evitar el tamborileo nervioso.

—Este frasco lleva puesto tu nombre —dijo Slattery—. Es para ti. Y ya es hora de que te lo tomes.

—Ya se lo dicho, no voy a hacerlo. —El sudor le corría por las sienes.

Linden cerró la puerta con llave antes de volverse hacia Stephen.

—Entonces dices que prefieres la camisa. Y el aislamiento, ¿no?

Stephen sintió cómo le subía una náusea. Tragó con fuerza y negó con la cabeza. Quedarse a solas con sus pensamientos y alucinaciones no era, desde luego, la mejor de las compañías. La última vez que permaneció en aislamiento casi se había vuelto loco.

—No puedes estar sin tu tratamiento.

Con la mente desmadejada, Stephen abrió las manos y se palmeó las piernas sin darse cuenta. Se frotó el mentón y no sintió sino el duro pelo incipiente; su barba de antes era tan solo un recuerdo. Era débil, sí. Pero el poder de Dios florecía en la debilidad, ¿no? La promesa de la Biblia, largo tiempo atrás memorizada, reverberó en su interior.

Slattery lanzó un silbido.

—Mírate. Estás fatal. Esto es lo que pasa cuando nos retrasamos con la medicina, Linden. Ya te dije que teníamos que haber venido antes. Ahora 283 no está de humor para cooperar.

¿De verdad esas eran las únicas dos opciones? ¿O el aislamiento o el estupor de los fármacos? Las rodillas le cedieron. Necesitaba estar lúcido, necesitaba recordar quién era y que tenía unas hijas a las que cuidar.

Los enfermeros le agarraron de los brazos y lo arrojaron sobre el catre, donde lo inmovilizaron. Stephen apretó los dientes y se revolvió

hasta que un rodillazo en la entrepierna hizo que un dolor insoportable se extendiera por su interior. Cerró los ojos y una mano le bloqueó la mandíbula, obligándole a abrir la boca.

No quería esas repugnantes drogas. Pero, bien lo sabía Dios, no podría soportar el aislamiento de nuevo.

Capítulo 24

Martes, 14 de noviembre de 1871

El alba se filtraba entre las cortinas festoneadas y caía formando curvas de un rosado grisáceo, como conchas de ostras, sobre la colcha de la cama. Adormecida, Meg oía cómo alguien entraba en el cuarto del bebé para aplacar sus sollozos. El olor del café y el siseo del beicon en una sartén señalaban la llegada del nuevo día.

Todo parecía de lo más normal. Casi podría creer que el allanamiento de la mansión de Hiram no había sido sino un sueño y que estaba de vacaciones, visitando a unos amigos. Pero no podía olvidar que cada día que pasaba sin que el asesinato de Hiram se resolviese era otro día que su padre pasaba en el sanatorio. Y seguía sin tener ni idea de cómo estaba.

Reprimiendo un gruñido, se cubrió la cabeza con la manta en el momento en que todas las preocupaciones cayeron sobre ella. La Biblia le decía que pusiera todas sus angustias en manos de Jesús, y así lo hacía. Pero cada día, por lo visto, estas volvían a las suyas.

Sus manos.

Súbitamente, se sentó y movió los dedos. Habían pasado cinco semanas desde que el doctor Gilbert le vendara las heridas por primera vez. Era hora de que su mano derecha volviera a ser libre.

Apartando la colcha, Meg sacó las piernas por el borde de la cama y se puso en pie sobre la alfombra trenzada. No necesitaba a un médico para hacerlo. Ni siquiera necesitaba a Sylvie. Lo que necesitaba era que Dios le diera fuerzas para afrontar lo que temía desde la noche del incendio.

Temblorosa delante de la chimenea apagada, retiró el imperdible que sujetaba el extremo de la venda y fue desenrollándola.

Ahí estaba.

Se quedo mirándola. Ya la había visto antes, pero ese día era distinto. Había una sensación de finalidad que se le endureció en el pecho como una piedra. Las lágrimas se le agolpaban en la garganta y le ardían en los ojos.

El pulgar, el índice y el corazón se habían fusionado y las cicatrices rosadas los contraían en una posición permanente. El anular y el meñique podían moverse con torpeza, igual que los de la mano izquierda, pero había perdido la habilidad de agarrar nada con la mano a menos que lo sujetara entre esos dos dedos y la palma.

No había guante que pudiera ocultarlo.

Bajo una cascada de luz, Meg estiró las manos y los dedos de la forma en que el doctor Gilbert le había enseñado. Había tenido más de un mes para prepararse para ese momento y ordenar a su mente que aceptara la verdad. Ella estaría limitada, pero Dios no conocía límites. Tendría que confiar en que Él encontrase la forma de hacer algo bello por medio de su persona. Pensó en Asa Jones, del Hogar del Soldado, que había perdido una pierna y un brazo, y en tantos otros que vivían con sus heridas. No era la única que había sufrido una pérdida.

En su mente, Meg ya sabía todo esto. Pero mientras se lavaba la cara, se cepillaba el cabello y se colocaba con cuidado la mitad de sus tirabuzones en bucles en lo alto de la cabeza, no lograba librarse del dolor que sentía.

Cuando ya terminaba de acicalarse, Sylvie llamó a la puerta y entró, con el rostro aún abotargado de sueño. Su mirada se clavó primero en la venda amontonada sobre la mesa del aguamanil y luego se volvió hacia Meg.

—¿Ya no vas a llevar la venda?

Meg negó con la cabeza.

—Ya ha mejorado todo lo posible, o casi.

Con una sonrisa de determinación, su hermana la abrazó.

—Entonces, es hora de abrir un nuevo capítulo. Puede que «todo lo posible» sea mejor de lo que esperabas.

Tras concluir a toda prisa las rutinas matinales, Meg y Sylvie se unieron a Edith en la cocina, donde esta sostenía al pequeño Henry sobre la cadera mientras batía unos huevos. Aún llevaba puesta la bata, y el cabello castaño claro estaba sujeto únicamente a ambos lados de la cabeza y cayendo en ondas por la espalda. Meg estuvo a punto de extender los brazos para tomar al niño, deseosa de aliviar su

carga. Pero, consciente de que solo tenía una mano para sujetar a un risueño bebé de diez meses, se echó atrás. Fue Sylvie quien lo hizo, y con una facilidad que se clavó como un aguijón en el corazón de su hermana.

Se negaba a quedarse de brazos cruzados.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —le preguntó a Edith. Podría haber entretenido a Tommy, pero parecía que seguía durmiendo.

Frank entró a ruidosos trompicones en la cocina, con el cabello peinado hacia atrás y un resto de espuma de afeitar visible por encima del cuello de la camisa. Edith, guiñándole un ojo, se apuntó con un dedo al mismo lugar en su cuello, y el hombre se limpió.

—¿Me ayudas a buscar el otro zapato, Meg? A Tommy le encanta pasearse por casa con ellos, pero luego no le gusta tanto volver a ponerlos en su sitio. Hoy tengo una reunión a primera hora, así que voy con un poco de prisa.

Esta, sonriendo al verle un pie enfundado únicamente en el calcetín, accedió.

Cuando encontró el zapato perdido en una cesta de la colada, se lo acercó a Frank, que estaba desayunando huevos con beicon.

—¡Gracias! —Al tomarlo de sus manos, se fijó en ellas antes de dirigirle una mirada franca. Siendo boticario, seguro que habría visto cosas mucho peores—. Nate dice que eres artista.

Eso no se lo esperaba.

—Sí, lo era. —Dirigió una mirada a Sylvie, que le estaba dando papilla a Henry a cucharaditas.

El hombre dio un sorbo a su café.

—No, dice que lo eres. En presente. ¿Estás haciendo los estiramientos? ¿Cómo va lo de entrenar la mano izquierda?

—Frank —dijo su esposa, en tono de advertencia—. ¿Tienes hambre, Meg? Hay comida de sobra. Y tienes que perdonar a Frank. Puede ser de lo más curioso. Aunque supongo que ya estarás acostumbrada si has pasado mucho tiempo con Nate.

—No pasa nada. —Meg se sentó a la mesa y se sirvió una loncha crujiente de beicon, frita a la perfección—. Respondiendo a tus preguntas, sí, estoy haciendo los estiramientos. Y en cuanto a entrenar la mano izquierda para sustituir a la derecha, voy progresando, aunque no tan rápido como desearía.

Frank asintió sin un atisbo de sorpresa en el semblante.

—Es lo normal. Si pudiera embotellar la paciencia y venderla junto con los demás remedios, me haría rico. —Se metió en la boca los huevos revueltos que le quedaban en el plato y miró el reloj—. Ojalá

pudiera darle una doble dosis a mi jefe —murmuró al tiempo que se levantaba de la mesa y se estiraba la corbata—. Me voy —se despidió antes de darle un beso a Edith y otro a Henry, agarrar el abrigo y el maletín y marcharse.

Edith les sirvió una taza de café a cada una.

—Frank puede ser directo y brusco. Lo siento si te ha molestado. Especialmente hoy. Es un hito importante, ¿verdad? —preguntó con la misma delicadeza que si hubiera estado curando una herida. En cierto sentido, así era.

Incluso completamente vestida con su chaquetilla malva y su falda, Meg se sentía desnuda y expuesta, pero los modales delicados de Edith la calmaron.

—Lo es.

—Bueno —dijo Edith, removiendo la leche en el café—, no dudes en decirnos qué podemos hacer para que te sientas más cómoda. En esta casa, lo que nos falta en cristal y damasco nos sobra en linimentos y tónicos. ¿Sientes dolor? ¿Dolor físico?

Una distinción pertinente. Meg contempló en su regazo la mano medio insensible.

—Solo duele cuando estiro el tejido cicatricial, y es necesario que lo note para saber hasta dónde puedo forzarme.

—Ay, eso es algo que a todos nos gustaría saber —repuso Edith, colocándose un mechón de cabello tras la oreja—. Siempre es necesario forzar un poco las cosas para crecer y sanar, pero si las forzamos demasiado, podríamos romper algo de manera irreversible.

—Yo diría que ya no estamos hablando sencillamente del cuerpo humano —dijo Sylvie, levantando la vista. El pequeño Henry se inclinó hacia delante con la boca abierta, exigiendo más comida.

El rostro cansado de Edith se dulcificó con una sonrisa pensativa mientras contemplaba cómo Sylvie alimentaba al niño.

—Podríamos establecer cierto paralelismo, ¿verdad? Pensemos en Nate, por ejemplo. Cuando tenía dieciocho años se forzó a convertirse en nuestro sustento, cuidando de mis hermanos y de mí, y nos empujó a alcanzar ciertos niveles de responsabilidad y moralidad. En el caso de mi hermana Harriet y de mí, diría que funcionó. Pero cuando trataba de empujar a mi hermano Andrew en un sentido, él tiraba hacia el otro. Se convirtió en una lucha de voluntades y, con el tiempo, entre ellos se rompió algo que aún no se ha reparado.

La lumbre que aún ardía en la cocina emitía un ronroneo bajo y reconfortante.

—¿Estás diciendo que Nate forzó demasiado a Andrew? —Meg no

había visto esa faceta de disciplina estricta en Nate, pero podía imaginársela.

Edith le tendió a Sylvie una servilleta para que le limpiase la cara al bebé.

—No era más duro con él de lo que era consigo mismo. Pero ahí está el quid, ¿verdad? Todo el mundo es diferente. Hay que saber cuándo forzar las cosas y cuándo abrir un poco la mano. —Rodeó con las suyas la taza de café y sonrió a Meg—. Contigo es igual. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero siento que te conozco por medio de Nate. Así que, si soy demasiado sincera, échale la culpa a él o a la influencia de mi marido. Escucha lo que te digo: esfuérzate, pero no te impongas una meta imposible.

Meg se esforzaría, por descontado. Pero sus metas seguirían siendo las mismas.

❋❋❋

Jueves, 16 de noviembre de 1871

En cuanto Jasper abrió la puerta, Meg supo que algo había cambiado.

—Entrad. —Se hizo a un lado para que ella y Sylvie penetrasen en la mansión. El vestíbulo ya no olía a limón o a aceite de linaza, pues Helene y Kirstin se habían ido a trabajar a otras casas.

—¿Qué sucede? —Sylvie se quitó el sombrero y lo colgó en el perchero junto con la capa—. Pareces distinto.

—Es que todo es distinto. —Introdujo los pulgares en las trabillas del pantalón—. Lo he encontrado.

—El testamento —musitó Meg.

Trató de calmar su respiración mientras se desabotonaba la capa y la colgaba junto a la de su hermana. El suspense que se arremolinaba en su interior era tan fuerte que casi se le olvidó la vergüenza por su mano derecha, que Jasper ya había visto el día anterior. Sus ojos habían reflejado tristeza, que suponía que era mejor que el asco. Ese día, no veía en ellos ninguna de las dos cosas.

—Sí, el testamento —confirmó.

—¿Y? —Se atrevió a preguntar Sylvie—. ¿Te… te deja los bienes a ti?

Una levísima sonrisa lo delató.

—En efecto. Venid a verlo.

Meg se sintió colmada de alivio mientras los seguía a la biblioteca, donde un documento legal reposaba en la mesa de estudio, junto a

una pila de libros de texto y una palmatoria. Aún se notaban las líneas por donde había estado doblado. Echó una rápida ojeada a la fecha, 30 de diciembre de 1869, y al texto, hasta que encontró lo que buscaba. Tal y como había dicho, Jasper Davenport constaba como único beneficiario de la herencia de Hiram. Al final aparecían la firma de Hiram Sloane y de su abogado, Thomas Grosvenor.

Así que no le había legado los bienes a su padre. Stephen no tenía ningún motivo, ninguno en absoluto, para matar a su amigo. Ella ya lo sabía, especialmente desde que los Spencer les contaron lo que habían visto, pero en cuanto vio el testamento su respiración se sosegó.

Oliver entró en la pieza y se subió a la mesa, peligrosamente cerca del documento. Sylvie tomó en brazos al gato, que ronroneó.

—Me alegro muchísimo por ti —dijo—. ¡Eso significa que puedes quedarte en la mansión y acabar la carrera!

El gato se revolvió y la joven lo depositó sobre la alfombra.

—Significa muchas cosas. Solo tengo que encontrar otro abogado para que ejecute el testamento, ahora que Grosvenor ha muerto. —Jasper negó con la cabeza y se le tensó un músculo de la mandíbula—. Y me gustaría mucho que la policía encontrase a Otto Schneider o a quienquiera que entrase en casa el domingo. De lo contrario, tengo la corazonada de que volverá. Eli ha encontrado un trabajo fijo en otro lugar, por cierto, y no lo culpo. Pero eso significa que ahora estoy solo.

Meg asintió. Sentía no haberse despedido del fiel cochero, pero se alegraba de que hubiera encontrado otro trabajo estable.

—¿Dónde lo encontraste?

El gato se frotó contra sus tobillos antes de alejarse en busca de un lugar cerca del calor de la chimenea.

—Ha estado en esta habitación todo el tiempo. Plegado y guardado dentro de un libro sobre historia de Roma, nada más y nada menos. No es de extrañar que no lo encontrase hasta ahora.

—Pues sí —dijo Meg, que había buscado entre los libros, anaquel tras anaquel. No se había equivocado cuando registró algunos de los volúmenes del despacho de Hiram. Ojalá hubiera hecho eso mismo en la biblioteca, pues habría encontrado el testamento mucho antes.

Saber que todo aquello ahora pertenecía a Jasper confirió una suerte de finalidad a la muerte de Hiram que hasta entonces no había sentido del todo. Volviendo la mirada a Jasper, se obligó a sonreírle. Al fin y al cabo, esa era la resolución que todos necesitaban.

—Hoy acabaré el retrato de Sylvie y así te dejaremos tranquilo.

—Hasta que vuelvas para seguir pintando, quieres decir —preguntó

el joven enarcando una ceja.

Sylvie se puso a juguetear con el borde de la manga.

—Esta mañana nos hemos enterado de que nuestra nueva casa ya está lista para el traslado. Después de hoy no hará falta que volvamos —dijo, aunque sus ojos suplicaban que Meg o él la contradijeran.

Sosteniéndose el codo en la palma de la mano, Jasper empezó a darse toquecitos con uno de sus largos dedos en la mejilla.

—Todavía tienes que practicar con los retratos, ¿verdad?

Así era. Una muestra sería del todo insuficiente para impresionar al dueño de la galería de arte, el señor VanDyke.

—Píntame a mí —dijo Jasper—. Ya tienes el material organizado en el piso de arriba. Así dispondrás de tiempo y espacio para mudarte a la nueva casa antes de decidir qué parte utilizarás como estudio. Considéralo un encargo, Meg. Te pagaré cuando hayas acabado.

—¡Qué magnífica idea!

La respuesta de Sylvie fue tan apresurada que a Meg le faltó poco para reírse. Aunque tenía que darle la razón.

—Cuando el retrato de Sylvie esté acabado, me gustaría que se quedase aquí para que se seque antes de moverlo. Si mañana tienes tiempo, puedo empezar a dibujarte. Pero primero tengo que preguntarte una cosa: ¿has visto el retrato que está arriba? —le preguntó Meg. Si no estaba satisfecho, no aceptaría que le pagase por el suyo.

—Espero que no te enfades conmigo, Meg, pero sí, lo he visto. Y puedes estar segura de que me gustó —repuso al tiempo que miraba a Sylvie, quien le sonrió con las mejillas del color de las amapolas. Parecía muy complacida con su aprobación.

Una vez decidido esto, las hermanas Townsend subieron al estudio de la torrecilla. Envuelta en los aromas de trementina y aceite de linaza, Meg se puso un delantal, pues era probable que se le cayera el pincel, antes de exprimir un poco de negro ébano sobre la paleta.

—Qué alivio que por fin lo haya encontrado —dijo Sylvie mientras abría las cortinas, antes de sentarse y recolocarse la falda—. No sabía qué pensar después de lo que madre escribió en su diario. Pero la fecha del testamento es posterior a su muerte, así que debe de tratarse de una versión más reciente.

—Yo también me he dado cuenta —murmuró Meg, que de inmediato se ensimismó en la tarea. Un fuego bajo se consumía tras la rejilla, sin caldear apenas la estancia helada. Le echó leña y contempló cómo revivían las llamas.

De vuelta a la paleta, mezcló la pintura negra con aglutinante

suficiente como para conseguir un delgado barniz, que fue aplicando sobre el fondo.

Sylvie levantó la vista de *Villette* y dejó que deambulara por las molduras de escayola que decoraban el techo.

—Me pregunto si Jasper conservará la mansión o la venderá.

—Pregúntaselo.

Con un grueso pincel en seco, Meg fue mezclando el aceite negro con el fondo, dejando que asomase la capa inferior de pintura. Después aplicó sobre el resto del cuerpo y la cabeza una capa de medio y un toque de negro ébano, que luego fundió igualmente con el pincel seco. Mientras estudiaba el rostro de su hermana, Meg se alejó del retrato para obtener perspectiva y, acto seguido, volvió a acercarse. Con un paño limpio y seco, fue frotando los puntos más luminosos en la cara del lienzo.

Sin mudar de postura, Sylvie la miró de soslayo:

—¿Ahora me estás borrando?

—Es la técnica de Rembrandt —le dijo Meg—. Al eliminar los puntos de luz, la veladura negra se ve obligada a penetrar en los surcos de la pincelada. Da una apariencia de relieve aún mayor. Y eso es lo que lo dota de vida. —O, al menos, ese era el objetivo. Con el paño en la mano, apoyó el puño en la cadera y tomó distancia.

Sylvie, marcando la página donde había interrumpido la lectura con el dedo, se levantó y rodeó el retrato para observarlo.

—Desde luego, no es Rembrandt —dijo Meg.

Sylvie ladeó la cabeza.

—Tienes razón. Es un Meg Townsend original.

—Qué graciosa.

—En serio, Meg. No es el mismo estilo que tenías antes, pero es igualmente bello a su manera. Y más suave. Y cuanto más te alejas del cuadro... —dijo al tiempo que daba varios pasos hacia atrás.

—¿Mejor pinta tiene? —se rio su hermana, pero el comentario le dolió, porque era verdad. Las líneas no eran tan precisas, ni los detalles tan finos. Si el tiempo y el dinero no la apremiasen, se pasaría meses practicando antes de mostrarle nada al señor VanDyke. Pero no se podía permitir esperar tanto. Tenía que exponer su arte y tenía que exponerse ella, por lo que era y lo que no—. Tal vez pueda pedirle al señor VanDyke que lo vea desde el otro lado de la calle antes de tomar una decisión.

Mientras Sylvie trataba de reformular lo que quería decir, a Meg se le cayó el paño que llevaba en la mano. Se arrodilló y se apresuró a limpiar la mancha negra que había dejado en el suelo de madera.

El sol hizo brillar algo atrapado entre dos listones. Lo tocó con la punta del dedo, pero no fue capaz de adivinar de qué se trataba por el tacto.

—Sylvie, mira. ¿Puedes sacarlo?

Esta se arrodilló. Después de tratar en vano de extraer el objeto brillante con la uña, se quitó una horquilla e hizo palanca con ella. Una moneda saltó de la hendidura y rodó por el suelo. La agarró y frotó la superficie en relieve con el pulgar.

—Es de oro. Pero... mira.

Meg entrecerró los ojos para leer el texto que se curvaba en la cruz de la moneda. «Estados Confederados de América». Sintió cómo el rostro perdía todo color al recordar de repente la historia que Elton Burke le había contado en el Hogar del Soldado. ¿Acaso el patriotismo de Hiram, y su amistad con Stephen, lo habían empujado realmente a cruzar la línea de la moral?

—¿Por qué iba a tener Hiram una moneda de oro confederada? —preguntó Sylvie.

—No lo sé —susurró Meg—. Lo único que puedo decirte es lo que me contó otro guardián, un compañero suyo en la prisión. No era más que un rumor, sin prueba alguna que lo demostrara, así que no me lo creí. Ni siquiera sé si podría creérmelo ahora. Pero el señor Burke dijo que Hiram robaba a los prisioneros de Camp Douglas.

Sylvie torció el gesto.

—No tiene sentido. Hiram jamás haría algo tan ruin; además, no le hacía falta el dinero. Jasper sabrá cómo interpretarlo.

—¿Realmente crees que deberíamos decírselo? —caviló Meg—. ¿De qué le serviría oír tales calumnias sobre su tío?

—No tenemos por qué decirle nada. Solo le daremos lo que hemos encontrado. De todas formas, ahora es suyo.

Encontraron a Jasper en la biblioteca, examinando más libros en los anaqueles.

Fue Sylvie quien se le acercó.

—Hemos encontrado esto entre dos listones del suelo del estudio de la torrecilla —dijo, dejando caer la moneda en su mano.

Su rostro palideció al contemplarla, pero la voz no le temblaba cuando habló.

—Oro confederado. Debe de proceder de alguien de Camp Douglas. Supongo que ahora tendría que estar en un museo. —Frotó la moneda entre los dedos y miró a Meg y a Sylvie—. No sé cómo la obtuvo mi tío. ¿Sería un soborno para obtener leña extra, medicina, comida? ¿Se la dieron libremente como muestra de gratitud por algún gesto secreto

de amabilidad? ¿O la robó?

—Nunca lo sabremos —respondió Sylvie, meneando la cabeza—. Pero no pasa nada, Jasper. Tampoco hace falta. Recordaremos a Hiram como el buen hombre que fue.

El joven asintió lentamente.

—Me encargaré de hacerla llegar a la Sociedad Histórica de Chicago, siempre y cuando pueda asegurarme de que el nombre de mi tío no se asocie con ella. Como lo único que sabemos de su origen son especulaciones, cuanto menos se hable de ello, mejor.

Meg no podía estar más de acuerdo.

Capítulo 25

Viernes, 17 de noviembre de 1871

Las nubes procedentes del lago flotaban sobre Chicago, manchando el azul del cielo. En el distrito incendiado, el viento levantaba el polvo y agitaba la falda de Meg alrededor de sus piernas. Habían pasado casi seis semanas desde el desastre, y el negocio de venta de reliquias seguía viento en popa a juzgar por los clientes frente a la mesa dispuesta donde solía estar la acera. Sonriendo, Meg y Sylvie saludaron con la mano a Louis y a Lorenzo Garibaldi, los hermanos emprendedores, al rodear el sótano de la antigua librería. Ya se habían marchado quienes acampaban en el lugar, tal vez para protegerse del invierno en los barracones de la División Norte. Tras la casita, junto a un callejón sin vallas, un cobertizo se inclinaba ligeramente por acción del viento. Reprimiendo un escalofrío, Meg introdujo la llave en la cerradura de la cabaña y entró en la vivienda que Sylvie y ella tendrían que aprender a considerar su hogar.

Nate entró tras ellas, cargando con sus pertenencias, antes de cerrar la puerta. Una fina capa de polvo y arena ya se había colado por debajo y cubría el suelo, de planchas de madera. La luz natural penetraba por las ventanas desnudas, iluminando cada rincón. Meg había sabido desde el principio que la cabaña tenía dos cuartos, el primero de tres metros y medio por cinco y el segundo, de dos y medio por cinco. Sin embargo, por algún motivo no estaba preparada para la sensación de estrechez, especialmente si tenía en cuenta que tendrían que añadir pinturas y libros.

Las botas de Sylvie taconearon por el suelo cuando esta fue a

asomarse a la ventana.

—Desde aquí podremos ver cómo avanza la reconstrucción del Palacio de Justicia.

—Sí, y también lo oiréis —añadió Nate, antes de dar un par de golpecitos en la pared—. Me apuesto algo a que oiréis prácticamente todo.

—Al menos así sabremos que no estamos solas. —Meg sonrió y, como si le hubieran dado una señal, Louis voceó sus reliquias del incendio a un volumen apenas mitigado por las paredes que los separaban.

Sylvie, cruzando los brazos, se los frotó con las manos por encima de la ropa mientras examinaba con los labios apretados los dos cuartos desde la puerta divisoria. En la habitación principal había una cocina de leña, además de una mesa y un par de toscos bancos colocados debajo. Un anaquel alojaba una vajilla, una sartén, una bandeja de horno, una tetera y una jarra de cerámica. El dormitorio de la parte trasera tenía un colchón cubierto con sábanas, dos mantas del ejército y una colcha. Sin duda, tendrían que llevarlo todo hasta el cuarto principal para dormir cerca del fuego por la noche. Aun así, estarían secas y protegidas del viento. No había luz de gas ni cañerías, por supuesto. Tendrían que acarrear el agua desde el pozo de la plaza del Palacio de Justicia, al otro lado de la calle. Todo olía a madera nueva y a serrín. Aunque Meg no lo admitiría en voz alta, ahora entendía por qué ciertas personas las llamaban chabolas.

—Al menos sabemos que estaremos a salvo. Aquí nadie va a entrar a robar nada.

Se quitó el sombrero y la capa, que colgó de una silla. Aunque hacía frío como para dejárselos puestos, quería demostrar que había llegado para quedarse. Ese iba a ser su hogar. Por el momento.

Nate le apretó levemente el hombro al pasar junto a ella para encender el fuego de la cocina. Luego se acercó a la mesa y acarició la superficie con la palma de la mano. Arrugó la nariz.

—Cuidado con las astillas —dijo—. Volveré mañana con papel de lija.

—No tienes por qué hacerlo. —Meg acercó las manos a la cocina. Sintió un cosquilleo a medida que se le calentaban—. Estoy segura de que podría pedírselo a cualquier vecino de por aquí.

Nate se subió los anteojos.

—Sé que no tengo por qué. Pero no me echarías si me presento una tarde con la herramienta adecuada, ¿verdad? ¿Y puede que también con un par de clavos para colgar los abrigos?

—No —le sonrió—. No te echaría.

Uno de los bancos chirrió contra el suelo cuando Sylvie lo sacó de debajo de la mesa. Se sentó sin quitarse la capa.

—Esto es temporal.

—Pero ¿tenemos idea de «cómo» de temporal? ¿Cuándo podremos empezar a construir nuestra residencia permanente?

Nate se rascó el mentón y se sentó frente a ella.

—Debéis tener en cuenta ciertas cosas, y os diría que consideréis bien vuestras opciones. Si tuvierais los medios para empezar a construir ya, podríais hacerlo. Pero...

Lo interrumpió un golpe recio en la puerta.

—¿Señorita Townsend? ¿Señorita Townsend? —Una voz familiar la llamó desde el otro lado.

Meg abandonó el calor de la cocina para ir a abrir la puerta. Una ráfaga de viento arrastró arena más allá del umbral.

—¡Señor y señora Hoffman! —exclamó.

Una sonrisa como una media luna se dibujó en el rostro del panadero mientras le presentaba una bandeja de enormes y esponjosos *pretzels* salpicados de sal gruesa. A su lado, Anna, su esposa, sostenía una cesta cuya asa trenzada recordaba al cabello rubio pálido que le coronaba la cabeza. Meg no los conocía muy bien, pero cuando la mujer se le acercó con el brazo extendido, no dudó en sumergirse en un abrazo que olía a levadura y azúcar.

—Adelante, por favor. —Meg se hizo un lado y la pareja entró en la casa, donde rápidamente les presentaron a Nate. Anna también envolvió a Sylvie en un abrazo y le besó la mejilla. El cálido aroma de los *pretzels* no tardó en llenar el exiguo espacio.

Cuando Meg tomó sus sombreros, Anna le devolvió una mirada de comprensión, una mirada que delataba que había advertido las cicatrices.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, con tono preocupado.

Con los ojos empañados, Meg tragó saliva.

—Lo estaré.

Karl observó la conversación en silencio y asintió como para zanjarla.

—Para ti y para tu hermana. —Dejó la bandeja en la mesa—. Cuando la señora Hoffman y yo vimos que estaban construyendo la casa, supimos que volveríais. Queremos deciros que será bonito volver a ser vecinos.

—Mirad, vais a necesitar todo esto. —Con las mejillas enrojecidas por el frío, retiró un paño de lino de la cesta y comenzó a extraer

objetos—. Velas, cerillas, medias de lana. Jabón y toallas. Visillos para las ventanas. Y también café. Una casa no es una casa sin café, *ja?* —dijo al tiempo que abría un pequeño bote de metal y dejaba escapar el aroma de los granos sin moler.

Sylvie inspiró hondo.

—Cuanto más tiempo pasan ustedes aquí, más parece una casa.

Anna, ilusionada, desdobló los visillos de cuadros amarillos y blancos.

—Esto le dará algo de alegría. ¿Veis los herretes en la parte superior? Son para atravesar las barras que hay encima de las ventanas. Si necesitáis cualquier cosa, venid a vernos. ¡Pero tened cuidado al caminar entre las obras!

—Vivimos en la misma manzana que antes. —Karl se agarró las solapas del abrigo—. Ahora vamos a ser vecinos de verdad, *ja?* ¿Y su *vater*, Stephen? ¿Cómo está? —preguntó, con el ceño fruncido.

Sorprendida por el repentino giro de la conversación, a Meg le costó dar con una respuesta. A decir verdad, no tenía ni idea de cómo estaba su padre.

—Está en manos de los médicos —respondió Sylvie—. En realidad, eso es todo lo que sabemos.

La barbilla de Karl tembló.

—Hizo todo lo que pudo, la noche del incendio. Que lo sepáis. Hizo todo lo que pudo. Siento haberlo perdido de vista cuando por fin encontramos un carro en el que llevar nuestras cosas.

—¿Consiguió cargar algunas de sus pertenencias en los trenes, señor? —preguntó Nate.

Karl asintió con gravedad.

—Toda la maquinaria que pude mover la moví. La Sociedad de Ayuda ha sustituido los hornos para que pueda volver al negocio. ¿Y vosotras? ¿Qué salvasteis?

—Muy poco. —Una vez que la habitación se había caldeado, Sylvie se desabrochó la capa y colgó un par de visillos en la ventana delantera. Su rostro se suavizó al disponer el tejido del color del sol—. Pero igualmente tenemos pensado abrir pronto para nuestros clientes. Compraremos algunos títulos para tener inventario, pero la gente podrá hacer pedidos y les conseguiremos lo que deseen.

—Nosotros no pudimos salvar nuestros libros. —Con los ojos muy abiertos, Anna le clavó la mirada a Karl—. La verdad es que me encantaría tener algo que leer.

—Y lo tendrás —replicó Karl, la voz teñida de buen humor—. Esta noche tenéis que ponerlo todo en orden, pero pronto, muy pronto,

será un honor contarnos entre los primeros clientes que recibáis tras el incendio.

Meg sonrió al ver cómo a su hermana se le iluminaba el semblante. Nate le propinó a Karl una palmadita en la espalda y le estrechó la mano.

—Los Townsend tienen suerte de contar con vecinos como ustedes.

—Venga, esposo mío —dijo Anna—, vayámonos antes de resultar pesados.

Acompañaron a los Hoffman al exterior, donde Meg le dio las gracias a Anna una vez más por todos los obsequios. Mientras Nate preguntaba a Karl cuál era su estrategia para la reconstrucción, un movimiento al final de la calle llamó la atención de Meg.

Un edificio de ladrillos de dos plantas recién construido se tambaleó, empujado por una fuerte ráfaga de viento. Meg se tapó la boca cuando vio cómo se inclinaba, volcaba y se derrumbaba con un estruendo; esperaba que no aquello no provocase en Sylvie otro episodio similar al que había experimentado durante el concierto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a su hermana.

Sylvie, apretando una mano contra el estómago, asintió.

—*Ach* —dijo Karl—. Tendréis que acostumbraros al ruido que hacen los edificios al desplomarse y a manteneros alejadas de las nuevas construcciones. —Con estas palabras, los Hoffman se despidieron, dándoles las buenas noches.

De vuelta en la casita, Meg encendió una cerilla en la cocina y prendió una de las velas que les habían traído los Hoffman.

—No pareció que el derrumbe te sorprendiera, Nate. Si me dices por qué, compartiré un *pretzel* contigo.

Fijó la vela a la palmatoria y la colocó en el centro de la mesa, antes de deslizar la cesta de los Hoffman a un extremo.

Sonriendo, el periodista se sentó a su lado y partió por la mitad un *pretzel*, cuyo vapor se elevó en el aire. Sylvie dispuso tres platitos de loza blanca y se sentó frente a su hermana, sirviéndose un *pretzel* con un suspiro contenido.

—Los ladrillos deben permanecer secos —comenzó Nate—. Sin el calor y la luz solar del verano, eso es imposible: aunque no les llueva encima, no acaban de secarse del todo. Y no solo eso, las paredes de ladrillo se asientan durante los meses más cálidos, por lo que resultan más estables a medida que el mortero se endurece. Pero ahora, el mortero corre el riesgo de congelarse cuando las temperaturas bajan sustancialmente durante la noche. ¿Ese edificio que acaba de derrumbarse? Me apuesto algo a que se tenía en pie por efecto de la

gravedad, equilibrio y poco más. He visto edificios de cuarenta y cinco plantas correr la misma suerte debido a un golpe de viento sin importancia —concluyó antes de partir un trozo de *pretzel* y metérselo en la boca.

—Así que deberíamos esperar —dijo Sylvie tras tragar un pedazo.

Nate se movió en el banco, que crujió.

—Yo no os voy a decir qué hacer, pero sí que os diré lo que sé. Hoy mismo he estado en la reunión extraordinaria del comité del ayuntamiento que está estudiando el reglamento de seguridad antiincendios. Van a proponer la práctica prohibición de las casas de madera y unas normas muy estrictas para las de ladrillo.

—Pero la gente ya está construyendo estructuras de madera en el distrito incendiado —repuso Sylvie.

—Sí, y lo están haciendo a toda prisa para acabar antes de que el ayuntamiento apruebe la prohibición. El reglamento solo se aplicará a las nuevas construcciones. No van a obligar a nadie a derribar lo que ya se ha construido.

Meg paladeó el esponjoso *pretzel* mientras cavilaba.

—Nuestra tienda estaba construida en ladrillo. ¿Cómo de estrictas van a ser las nuevas normas?

—Por lo que sé de la propuesta, las paredes de las casas de ladrillo de una planta deberán tener, como mínimo, treinta centímetros de espesor, y los edificios más altos, paredes aún más gruesas en las plantas inferiores. Todos los tejados tendrán que ser de metal, pizarra, terracota u otro material a prueba de incendios.

—Se acabaron los tejados de papel embreado —dijo Meg.

—Justamente. Y las cornisas, albardillas, ventanas en saledizo o cualquier otro elemento que sobresalga deberá ser no inflamable.

Antes del incendio, la mayoría de los edificios presentaban cornisas y ornamentos de madera tallada, pintados a imitación de mármol o piedra. Prohibir el uso de la madera aumentaría exponencialmente los costes. Pero si era más seguro, por el bien de todos, tal vez mereciera la pena. Aun así...

—En tal caso, tendremos que ahorrar todo el invierno para construir la nueva tienda. ¿Crees que el reglamento se aprobará?

Nate, que ya se había terminado su mitad del *pretzel*, se volvió para mirarla de frente.

—Ya está recibiendo críticas. Los residentes de clase trabajadora no se pueden permitir tales edificios, y la gente de las inmobiliarias dice que subirán los precios. Creedme, el debate fue intenso durante la reunión.

—Te creemos. Pero la cuestión es ¿qué vamos a hacer? —Sylvie cruzó los brazos sobre la mesa y fijó la mirada en su hermana.

—Es una decisión importante —comenzó Meg—. Una decisión con consecuencias duraderas para la familia y el negocio. Si padre pudiera responder a una sola carta, le escribiría ahora mismo para pedirle su opinión.

—Meg. —Sylvie soltó una carcajada sombría—. Aunque pudiera responderte, ¿le confiarías la toma de una decisión así?

Escondiendo las manos en el regazo, Meg se encogió ante el escrutinio de su hermana.

—¿Quieres decir que ni siquiera deberíamos consultárselo?

—Hace años que no ejerce de cabeza de familia. Ahora mismo ni siquiera puede decidir su propio futuro, mucho menos el nuestro. Estamos solas, Meg.

—Si quieres mi opinión, creo que tiene razón —dijo Nate en voz baja.

—No te la he pedido. —Meg se frotó las cicatrices de las palmas, arrepintiéndose al instante de su rápida respuesta.

—Está bien —respondió él—. En tal caso, haré las preguntas. Cuando tu padre se fue a la guerra, ¿qué es lo que hicisteis tu hermana, tu madre y tú mientras estaba fuera?

—Esperamos a que volviera; esperanzadas, expectantes y rezando, rezando mucho.

—Y seguimos adelante con nuestra vida —añadió Sylvie—. Mientras esperábamos a que volviera, seguíamos tomando decisiones. Padre confiaba en nosotras.

—Esto es distinto —repuso Meg.

Sylvie resopló frustrada y se levantó del banco para encender otra vela. Colgó el otro par de visillos de Anna y se retiró al cuarto trasero con un libro.

Meg se preparó mentalmente, creyendo que Nate le diría que se equivocaba y que se estaba comportando como una necia. Que Sylvie estaba siendo razonable.

En cambio, pasó una pierna por encima del banco y, a horcajadas sobre él, se quedó mirándola. Cuando buscó su mano derecha por debajo de la mesa, la joven se estremeció. Él no. Tampoco se había estremecido la primera vez que le permitió verle la mano. Su reacción le preocupaba más que la de ninguna otra persona, pues no podía soportar la idea de que Nate la rehuyera. Meg había tenido el estómago lleno de mariposas hasta que él volvió de visita a casa de Edith y con una mirada, una sonrisa, una caricia, había calmado sus

nervios a flor de piel. «¿Te doy asco?», le había preguntado. «Al contrario» fue todo lo que dijo antes de que su sobrino se le subiera al regazo.

En ese momento, con el dorso de la mano apoyado en las de él, Nate comenzó a masajearle la palma trazando círculos con los pulgares, ejerciendo mayor presión de la que ella misma habría empleado. Hizo una mueca al sentir los dardos de dolor que el tejido cicatricial le provocaba a medida que se rendía y moldeaba bajo su tacto.

A través de las delgadas paredes se oía a los trabajadores que salían de la obra al otro de la calle, en la plaza del Palacio de Justicia: voces que retumbaban sobre los ruidos, fuertes pisadas. En algún lugar de la manzana, una mujer regañaba a alguien por apestar a licor.

Nate levantó la mirada y se topó con la de Meg. El reflejo de la vela danzaba sobre sus anteojos.

—¿De qué tienes miedo?

—Se me olvidaba que te ganas la vida haciendo preguntas —respondió, con la esperanza de restar algo de solemnidad a la expresión del reportero.

—No hagas eso. No finjas que te pregunto porque es mi trabajo. Te pregunto porque me importas y porque es necesario que oigas tu propia respuesta.

Meg apartó la mirada y él comenzó a masajearle la otra mano, palpando las durezas para ablandarlas.

—Temo que estemos aprendiendo a vivir sin nuestro padre, no solo porque tengamos que hacerlo, sino porque es más fácil. Incluso es un alivio. Temo que lo estemos dejando atrás. —Se detuvo a ordenar sus pensamientos en un patrón inteligible—. Me siento como si lo traicionáramos: al hombre que era, al hombre que es ahora y el hombre en que se convertirá. Eso es de lo que tengo miedo. Tengo miedo a que nos acostumbremos tanto a vivir sin él que ya no lo queramos de vuelta. Podríamos dejarlo en el sanatorio por el resto de su vida. Pero ¿lo haríamos por él o por nosotras?

Nate asintió con lentitud. Estaba tocando heridas y cicatrices, por dentro y por fuera, mientras le masajeaba los dedos uno a uno, pellizcando y amasando el rugoso tejido entre ellos. El ritmo y el movimiento habría resultado hipnótico si no doliera tanto. Estaba forzando las cosas en varios sentidos, y no era cómodo, pero no se suponía que tuviera que serlo.

—¿Qué más?

Meg sacudió la cabeza.

—¿Es que no es suficiente? Eso es todo.

El reportero le tomó las manos, curvando las suyas para adaptarlas a su deformidad.

—Habla con Sylvie sobre ello. Tu padre querría que tomaseis decisiones a partir de la información disponible. No es una traición, Meg. Es lo mejor que podéis hacer.

—Le escribo cartas —dijo sin convicción—, pero no obtengo respuesta. Ni siquiera sé si las recibe. No quiero que piense que lo hemos olvidado o que nos hemos rendido. Sigo creyendo que puede ponerse mejor y volver a casa.

—Puede que se ponga mejor y puede que vuelva a casa. Pero si esperas que regrese el padre que solía ser, te llevarás una decepción. Está tan marcado por sus cicatrices como tú por las tuyas.

Meg trató de apartarse, pero él no la soltó.

—Meg, estás más bella que nunca. Tu refinamiento no procede de una escuela de modales ni de la alta sociedad, sino de la prueba de fuego que has sufrido. Tu padre, Sylvie, tú, todos nosotros… Nunca volveremos a ser los que éramos, porque no dejamos de cambiar y de crecer. El dolor no nos define; la gracia de Dios nos permite superarlo. Nos transforma. Yo en tu lugar no rezaría por el padre del pasado, sino por un padre renovado, y no a pesar de las heridas, sino precisamente por ellas.

Dio la vuelta a sus manos y le besó las palmas.

El calor la inundó al cerrar los dedos sobre la leve y cálida huella que sus labios habían dejado. Puede que su piel no percibiese las sensaciones como antes del incendio, pero lo que en ese momento sentía no estaba limitado por sus cicatrices. Era como cruzar una puerta, pasar del mundo conocido a uno por descubrir. Sentía sus pies tan vacilantes como si se abriera paso entre las ruinas para llegar al otro lado.

Tal vez lo estaba haciendo. Tal vez ambos lo hacían.

Nate sintió un nudo en la garganta. Con una sonrisa trémula, por un breve instante sostuvo la mejilla de Meg en el hueco de su mano.

—Debería irme. —Un leve sonrojo teñía su rostro. Se puso en pie y dio un golpecito a la cesta de los Hoffman—. Parece que tenéis todo lo necesario para acomodaros. Me alegro de que Sylvie y tú no estéis solas aquí.

Al tiempo que agarraba el sombrero alzó la voz para despedirse de Sylvie. Luego asintió mirando a Meg y se marchó. Una ráfaga de aire frío ocupó su lugar.

❋❋❋

Meg no conseguía dormirse, ovillada como estaba bajo las mantas del ejército sobre el colchón dispuesto en el suelo. El murmullo de la lumbre en la cocina se veía acallado por el viento que soplaba alrededor de la casa. Sin árboles, y sin apenas edificios que detuvieran las corrientes de aire, las ráfagas barrían el vecindario como habrían hecho en el campo abierto. El sonido, fuerte y quejumbroso, se hacía eco de la lucha que Meg libraba con unos anhelos innombrables.

Añoraba la vida que había vivido en aquel mismo lugar antes del incendio. No solo echaba de menos las cosas, sino la seguridad y la paz que había dado por sentadas. Mientras vivía en casa de Jasper o con la familia de Edith había sido muy fácil obviar la devastación de Chicago. Pero ahora estaba en el corazón de la ciudad. Y se había hecho la cama justo encima de la reproducción del lugar que le había quebrado el espíritu a su padre. Tardaría tiempo en acostumbrarse a dormir allí.

A Meg le dolía la ausencia de su padre, pero esa noche echaba de menos a su madre. Le habría encantado que conociera a Nate, el cazador de historias que se había convertido en un amigo y acaso podría convertirse en algo más. Mientras se embozaba bajo la manta, se preguntó si estaría despierto y pensando en ella.

Una nube de polvo penetró por una rendija entre dos planchas de madera hasta el rostro de Meg, cuyos sentidos se pusieron alerta. Con el corazón acelerado, abandonó el calor del lecho para buscar una media o una toalla con la que tapar el hueco, y se preguntó si la sensación del polvo en la piel ya siempre le recordaría a aquella terrible noche en la que el polvo la cegaba y el fuego la perseguía. Se pasó la mano por la cara y el cabello antes de volver a meterse bajo las mantas.

—Gracias —susurró Sylvie.

—De nada. —Las palabras eran demasiado pequeñas para salvar la distancia entre ellas: Meg aborrecía que esta se hubiera ampliado desde la llegada de Nate—. ¿Tampoco puedes dormir?

Antes de irse a la cama, Meg había aceptado que tuvieran que tomar decisiones sobre la reconstrucción sin consultar a Stephen, y Sylvie había aceptado que, por cortesía, le fueran informando de las decisiones tomadas. Pero esa noche había mucho más que decir.

Sylvie se colocó de lado y exhaló un suspiro.

—Nate es un buen hombre.

Meg también se giró y observó su silueta. El contorno de su

hermana era más oscuro que el resto de la habitación, y su semblante estaba totalmente velado por las sombras.

—Sí, sí que lo es.

—He oído lo que te ha dicho. No era mi intención, pero lo he oído. Tiene razón, ¿sabes?

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, sobre padre. Sobre ser una mujer refinada y sobre rezar por que padre vuelva renovado. Creo que todos deberíamos rezar por nuestra renovación. Comprendo a padre mucho mejor ahora que no me comprendo a mí misma —se rio—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Meg contempló el suave brillo naranja que desprendía la cocina.

—¿Te refieres a tu reacción en el concierto?

—A eso y a mucho más. Ya sabes lo de las pesadillas, pero a menudo las imágenes que veo en mi mente durante el día parecen más reales que lo que tengo delante. No puedo evitar que el corazón me lata tan fuerte que siento que se me abrirá una herida en el pecho. Y estaba tan enojada, pero tan enojada con la soprano de Boston que casi ni me reconocía. —Se detuvo y trató de aplacar su respiración acelerada. El viento azotaba la casa y la madera crepitaba a modo de protesta—. Pero, Meg, no creo que esté loca.

—Por supuesto que no. Jamás habría sugerido nada semejante.

—Pero yo sí. ¿Es que no lo ves? No entendía lo que veía en nuestro padre y creí que era locura.

Meg se mordió la lengua, con miedo a interrumpirla. Cuando el silencio se prolongó demasiado, preguntó con un hilo de voz:

—¿Y ahora?

—Ahora recuerdo el tiempo en que corrimos peligro, que no fueron ni dos días, y pienso en lo difícil que me resulta superarlo. Luego considero cuánto tiempo estuvo padre en la guerra, primero luchando, y después dos años en Andersonville. ¡No es de extrañar que se viera tan afectado! —La voz de Sylvie temblaba—. Le he juzgado por ello. La piedad y la compasión se me acabaron hace mucho, pero se diría que el resentimiento y la vergüenza eran inagotables.

—Yo también he sentido bastante resentimiento, Sylvie —susurró Meg—. Quizá la diferencia está en que yo no he sido tan sincera al respecto, sino que me he volcado en el arte para sentirme mejor.

Sylvie se sorbió la nariz y respiró hondo.

—Podrías haber acudido a mí.

Meg extendió la mano bajo las mantas y asió la de su hermana.

—Lo siento. Tienes razón.

—Y ahora acudirás a Nate. No es que te culpe, Meg, porque de

verdad que es un buen hombre.

Meg le apretó la mano.

—Sí que lo es. Pero según lo dices, suena como si me hubiera declarado sus intenciones, y no lo ha hecho.

—Puede que no con palabras.

—Bobadas —respondió Meg antes de darse la vuelta, riendo.

No obstante, después de que Sylvie y ella hubieran rezado juntas para que Dios las renovase y renovase a su padre, cerró los ojos y sintió la cálida mano de Nate sobre su rostro.

Capítulo 26

Sábado, 18 de noviembre de 1871

No había motivo para que Sylvie se quedase todo el día sola en la cabaña mientras Meg dibujaba y pintaba a Jasper. Así que se acurrucó en un sillón orejero de la habitación de la torrecilla, con el gato en el regazo. Espiaba a Jasper por encima de *Villette*, cuyas páginas llevaba un rato sin pasar.

Él no la miraba.

Desde luego, no la miraba del modo en que Nate había mirado a Meg la noche anterior. La cabaña era demasiado pequeña como para que Sylvie no se hubiera dado cuenta. Lo que le había dicho Nate estaba lleno de sabiduría y compasión. Pero, combinado con el beso que le había dado en las manos, el momento había resultado terriblemente romántico.

E irritante, al menos para Sylvie. Había dormido muy poco aquella noche, tras darse cuenta de que tal vez Meg no acabara siendo una solterona toda su vida. Durante años se habían resignado a que nadie las cortejase, y lo habían hecho juntas. Pero, de repente, Meg y Nate estaban forjando una relación que iba más allá de la amistad.

Sylvie sofocó un suspiro y le acarició el lomo al gato, consciente de la extrema sensibilidad de sus calvas, y el felino la recompensó con un ronroneo satisfecho que contrastaba enormemente con su estado mental. Bien podía ser que Meg se casase algún día, aunque no fuese con Nate. Abandonaría a Sylvie, igual que la había abandonado Ruth e igual que la había abandonado Stephen. ¿Tan terrible sería vivir una vida rodeada de libros y de lectores, disponiendo de las noches a su

antojo para evadirse con los libros que le placieran?

Volvió a mirar de soslayo a Jasper. Luego, alejando sus pensamientos, volvió la página y se quedó mirando las palabras, aunque sin leerlas.

—Ahora mismo estoy dibujando el contorno aproximado de la cabeza, el cabello y los hombros. —Meg estaba situada tras el caballete, trazando líneas de carboncillo por el lienzo—. Así que podemos hablar. Nunca te he preguntado qué te llevó a estudiar Derecho. ¿Qué fue?

Jasper se lamió los labios y se aclaró la garganta, por lo que Sylvie dejó a un lado libro y gato, y le sirvió una taza de té. Sus faldas crujían cuando se la tendió. Él le dio las gracias sin mirarla. Debía de estar concentrado.

Sylvie se volvió al sillón y apartó a *Oliver* para volver a ocupar su lugar.

—Bueno, ya le conté a Sylvie que crecí sin muchas oportunidades educativas. Leía todo lo que podía, pero no era gran cosa.

—Ah, como Lincoln —sugirió Meg.

—No. No como Lincoln —repuso Jasper con dureza, antes de darle un sorbo al té de bergamota—. Me parezco mucho menos a Lincoln de lo que te podrías imaginar.

—Ah, ¿sí? —Meg se acercó a la ventana y movió la cortina para regular la luz que entraba antes de regresar el caballete.

—No me gusta la política. —Jasper tenía los ojos clavados en la taza—. Pero me gusta la justicia. Ese es el motivo por el que quiero dedicarme al derecho. Para ser la voz de aquellos que no se pueden defender por sí mismos —afirmó con convicción.

Sylvie ladeó la cabeza, reflexiva.

—¿Alguna vez necesitaste una voz así, Jasper? ¿O había alguien a quien quisieras y que no pudo defenderse?

Se volvió hacia ella tan de repente como si hasta entonces no se hubiera percatado de que estaba en la habitación. Dejó la taza de té en el platillo, que sostenía en la rodilla.

—Alguien cometió una injusticia contigo —dijo Meg en voz baja—. Eso te marcó. Eso marcó tu camino. ¿Me equivoco?

El joven parpadeó y se obligó a sonreír, tenso.

—Cometieron una injusticia conmigo. Necesitaba una voz y no la tuve. No pude defenderme.

A Sylvie le dio un vuelco el corazón. Quería saber más. Quería saberlo todo sobre él.

—Pero no quiero hablar sobre ello —admitió—. Si no os importa.

—Por supuesto que no. —Meg borró una línea y volvió a trazarla. Pasaron algunos instantes en silencio antes de que volviera a hablar—. ¿Ya has llevado la moneda de oro a la sociedad histórica?

Jasper se removió y se sentó algo más recto.

—No he tenido tiempo de informarme sobre su nueva ubicación. Es probable que Nate pueda decirme dónde se halla la nueva sede después del incendio —dijo antes de tomar un pequeño sorbo de té. Sylvie debería haberle servido café.

Meg sonrió y se quedó mirándole la oreja con los ojos entrecerrados mientras la dibujaba.

—Apuesto a que sí. Si no, podrías hablar con el personal del Hogar del Soldado. En febrero se trasladaron a un nuevo edificio en Evanston, pero hasta entonces lindaban con el antiguo Camp Douglas, por lo que puede que posean una colección de objetos del lugar. Supongo que la mayoría pertenecerían a la zona de instrucción, pero nunca se sabe. Puede que también estén interesados en lo relativo al campo de prisioneros.

La taza chocó con el platillo.

—Tal vez.

Un cambio casi imperceptible se operó en su semblante. Si Sylvie no hubiera estado observándolo tan atenta, no lo habría notado. A él tampoco le gustaba hablar de aquello. Por suerte, parecía que Meg había dado el tema por zanjado.

Al cruzar las piernas, Sylvie movió el libro y algo se cayó de entre las páginas. Lo recogió del suelo para volver a meterlo dentro. Era una pequeña fotografía de un soldado con uniforme de la Unión. Los bordes estaban algo recortados, probablemente para que cupiera en un marco. En el reverso aparecía escrito con la letra de Hiram: «La imagen de Jasper. Marzo de 1865». Volvió a darle la vuelta y estudió el rostro, mientras contemplaba asombrada a Jasper. Sí, era él. Debía de tener unos diecinueve años, dos menos que Sylvie en ese momento. Estaba mucho más delgado: sus pómulos lucían afilados como cuchillos, pero el cabello rizado y la fina cicatriz de la frente eran fáciles de reconocer.

Se preguntó por qué la fotografía se había tomado tan avanzada la contienda, cuando la mayoría de los soldados se había retratado nada más alistarse. Tal vez, dadas sus raíces humildes, no había podido pagar por ella hasta más tarde. Era probable que fuera de los que mandaban a casa cada dólar que ganaba. Volvió a deslizar la fotografía al interior de la novela y, cerrando el volumen, lo dejó a un lado.

—Cuéntanos dónde creciste —sugirió Sylvie, con idea de dejar atrás el tema de la guerra.

Inmóvil en la pose dispuesta por Meg, Jasper respondió sin volverse a mirar a Sylvie.

—Crecí en un lugar del que no habrás oído hablar, seguro. Pero era una comunidad de gente trabajadora, en la que los vecinos se ayudaban en caso de necesidad y la familia era lo más importante. Los niños trabajaban codo con codo con sus padres en cuanto tenían edad suficiente para aprender el oficio.

—¿A tu familia le gustaba la música? ¿Cantabais mientras trabajabais o cuando os ibais a la cama por la noche? Por ejemplo, esta canción —dijo Sylvie antes de entonar la melodía que él había cantado durante su enfermedad—: «No soy más que un forastero errante, viajero en este mundo de aflicción...».

Jasper se puso en pie, volcando la taza de té, que se derramó por el suelo, y se volvió hacia Sylvie.

—¿Qué estás haciendo? —La fulminó con la mirada—. ¿Por qué cantas esa canción?

A Sylvie se le cayó el alma a los pies, consciente de que había dicho algo mal, pero sin saber con seguridad el qué. Agarró a *Oliver*, tumbado junto a ella, y hundió los dedos en su pelo.

—Dímelo —le ordenó.

—Es… Es la canción que me pediste que te cantara cuando estabas enfermo —le dijo, negándose a sentir miedo ante su cambio de humor —. Tú me la enseñaste, o lo intentaste al menos. La primera estrofa y el estribillo, creo. Pensé que te gustaba.

Sin hacer movimiento alguno para limpiar el té derramado, Meg miraba alternativamente a Sylvie y a Jasper.

—¿Cuando estuve enfermo? ¿Por el agua contaminada? —Parpadeó a toda prisa—. ¿Estabas allí?

—Solo una noche. Me había recuperado y tú seguías muy enfermo. Helene se había quedado dormida al pie de la cama de Meg y Kirstin también se estaba recuperando. Necesitabas ayuda y a mí no me importaba brindártela. —Sylvie estaba furiosa por la emoción que delataba su voz.

—¿Y canté esa canción?

—Sí.

—No lo recuerdo. No recuerdo que estuvieras allí.

La decepción se apoderó de ella.

—Pero tú… —Se contuvo antes de quedar como una estúpida aún mayor. Cuando le había besado las puntas de los dedos, él había

creído que se trataba de otra persona. Tal vez su madre. O un amor perdido y jamás olvidado. Sintió las lágrimas a punto de brotar—. Necesitabas ayuda.

—¿Qué más dije aquella noche? —preguntó, caminando hacia ella.

Meg corrió a su lado, sin la menor idea de qué decir o hacer.

—¿Acaso importa, Jasper? Estábamos todos muy enfermos.

—Me importa a mí. —Se arrodilló ante Sylvie—. ¿Qué más?

Apenas era capaz de pensar teniéndolo tan cerca, mirándola de ese modo. No había amor ni compasión en sus ojos. Lo único que veía en ellos era miedo, dolor e ira.

—Te he dejado vivir en mi casa cuatro semanas, Sylvie. Lo mínimo que puedes hacer es responder a una pregunta cuando te la hago.

—¡Dijiste que tenías frío! —espetó—. Dijiste que tenías frío, así que te tapé con varias mantas y me pasé toda la noche atizando la lumbre para calentarte.

Teniendo en cuenta lo agitado que ya estaba, sería mejor no mencionar que había visto que le faltaban varios dedos de los pies.

—¿Nada más?

—Tú no te acuerdas. ¿Por qué iba a acordarme yo? ¿Y por qué estás tan enfadado conmigo? —Para sus adentros, se reprendió por sonar tan infantil.

Cuando Jasper agachó la cabeza, sus rizos le rozaron la rodilla.

—Lo siento. Perdóname, Sylvie. Lo siento, Meg. —Se puso en pie—. Creo que basta por hoy. ¿Queréis que lo intentemos de nuevo mañana?

Salió de la estancia sin esperar una respuesta. Meg bajó la voz:

—No sabía que habías cuidado de Jasper mientras estuve enferma.

—No me pareció tan importante como para decírtelo.

—Está bien. Desde luego, le has tocado la fibra sensible. Me encantaría saber cómo y por qué, pero supongo que no es asunto nuestro —dijo Meg, apretándole brevemente el hombro a Sylvie antes de ponerse a limpiar el té derramado.

Esta, recomponiéndose, recogió el juego de porcelana y lo llevó a la cocina.

Pero, cuando esa misma tarde dejaron la casa, se llevó el libro. Y al gato.

❋❋❋

Lunes, 20 de noviembre de 1871

—Vamos, Gruber. Que eres nuevo, pero no tanto.

Nate le devolvió el expediente equivocado al funcionario de la comisaría y volvió a pedirle el correcto. La sala de espera olía a cerrado, atestada como estaba de gente y quejas, como de costumbre. Nate se aflojó la corbata mientras esperaba.

Al cabo, el funcionario regresó con los informes policiales que Nate necesitaba para su último encargo. Estaba cubriendo la llegada de hombres del este, supuestamente en busca de trabajo en la construcción, y el efecto que el exceso de población tenía en la seguridad pública, dado que la policía ya estaba sobrepasada. El artículo estaba prácticamente terminado, pero Nate necesitaba comprobar las estadísticas que había utilizado a partir de los informes policiales. Una cifra incorrecta y la panorámica sería muy distinta.

—Gracias.

Satisfecho, Nate deslizó la carpeta de informes sobre el mostrador para devolvérsela a Gruber, mientras este se expulsaba unas migas de la barbilla. Estaba listo para archivar la historia y pasar a otra cosa. Se dio la vuelta y se abrió paso entre agentes y ciudadanos que esperaban en la sala hasta que una voz conocida lo detuvo.

—¿Jasper?

Con el ceño fruncido y mientras se colocaba la correa de la cartera al hombro, Nate se le acercó.

—¡Nate! —Jasper interrumpió la conversación con un agente para estrecharle la mano—. ¿Qué te trae por aquí?

Nate se lo contó y le preguntó lo mismo.

—Vine en cuanto O'Hara fue a casa para darme la buena noticia. Han atrapado a Otto Schneider. Tenía que venir a verlo por mí mismo para creerlo.

Nate enarcó las cejas y volvió la mirada al agente O'Hara. Por lo que Meg le había dicho, era uno de los policías que habían detenido a Stephen.

—¿De verdad? ¿Dónde lo encontraron?

O'Hara, ufano, se balanceó sobre los talones.

—Escondido en uno de los barracones de la División Norte. Bueno, no. En el momento de la detención, no estaba escondido. Estaba borracho y alborotando a la puerta de una cervecería alemana. Armó tal bronca que se delató.

—Así que ahora está en custodia —dijo Nate—. ¿Aquí?

—No solo eso —respondió Jasper—. Han encontrado los candelabros de plata y los gemelos de oro de mi tío bajo su cama. Lo ha confesado todo. Al menos ha tenido el buen juicio de entender que

no servía de nada hacer otra cosa.

Sus últimas palabras prácticamente se perdieron bajo el clamor de un tren que pasaba por las vías cercanas. Nate se inclinó para oírlo mejor.

—Cuando dices que lo ha confesado todo, ¿te refieres al allanamiento de morada y al robo? O a…

Jasper le dio una palmadita en la espalda.

—Todo. El asesinato. Ha firmado una confesión en la que admite que mató al tío Hiram cuando salió del calabozo la noche del incendio.

Nate se quedó sin aliento al oírlo.

—Eso quiere decir que ya pueden retirar los cargos contra Stephen Townsend —dijo, clavándole una mirada penetrante a O'Hara.

El agente se encogió de hombros antes de darle un sorbo a la taza de café; luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Los de asesinato sí, desde luego. Pero eso no quiere decir que lo exculpen de la demencia.

Nate se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa, sofocado al pensar que la inestabilidad mental fuera un delito como cualquier otro del que pudieran culparle a uno. O quizá la incomodidad se debía a la verdad que ocultaba la afirmación de O'Hara. Uno no tenía que ser un asesino para estar encerrado en el manicomio.

Aun así, era el momento de felicitar a Jasper.

—Sé que esto no va a devolverte a tu tío, pero debe ser agradable poder dar por zanjado el asunto —dijo Nate bajando la voz, una vez que el tren hubo pasado.

—Me sentiré mejor cuando Schneider este en la cárcel y no solo detenido, pero sí. Es una gran victoria. —Jasper echó un vistazo al reloj de la pared—. Es hora de que me vaya. Meg va a venir a casa a las dos. Ha sido un placer, Nate. Cuídate. —Se llevó la mano al sombrero. Al marcharse, una ráfaga de frío viento se extendió por la comisaría.

Nate observó su silueta, deseoso de ser él quien se reuniese con Meg al cabo de media hora. Había vuelto a la cabaña con papel de lija, como había dicho que haría, pero más allá de lijar las astillas y los bordes afilados de los muebles, no había sabido cómo comportarse. ¿Había ido demasiado lejos cuando le besó las manos? Ella se había puesto roja como la grana. Tal vez hubiera cruzado un límite que ella habría preferido que no cruzara. Pero la forma en que lo miraba no era la de una mujer que se sintiera ofendida.

—Está bloqueando el paso. ¿Le importa apartarse?

Nate se arrimó a la pared, apartando sus pensamientos de Meg para revisitar la conversación que acababa de mantener con Jasper. «Lo ha confesado todo. Todo. Schneider ha firmado una confesión en la que lo admite todo».

Qué poco había tardado.

Miró a su alrededor. Mientras estaba perdido en sus pensamientos, O'Hara se había ido y había otro agente en el mostrador, rellenando un formulario. Nate lo reconoció.

—McNab —lo llamó—. ¿Has terminado ya con el papeleo?

No hizo falta que Nate lo convenciera mucho para que accediera a su petición. La verdad era que, para un reportero, no era nada del otro mundo. Solo quería hablar con Schneider antes de que lo trasladasen a otro lugar. Obtendría declaraciones del acusado, de los agentes a cargo y, a partir de ahí, escribiría un artículo. Medill le había dicho que no perdiera más tiempo investigando un caso cerrado, pero ahora que Schneider había confesado, bien podría ser él quien diese la noticia. Al fin y al cabo, estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno.

El calabozo carecía de barras por tratarse de una celda temporal. No era más que un cuarto al otro lado de una puerta cerrada con llave. El ventanuco recortado en la puerta era insuficiente para lo que Nate tenía en mente.

—Déjame entrar —le dijo a McNab.

—¿Estás seguro? —Frunció el ceño—. Es un asesino confeso.

—Sin armas ni motivos para matarme. Déjame entrar. No puedo hablar con él a través de la puerta.

El rostro del agente revelaba incertidumbre, pero le abrió la puerta.

—Cinco minutos.

Nate penetró en la celda. A sus espaldas, La puerta volvió a cerrarse con llave y el sonido reverberó en el cuarto desnudo. Esperó a que sus ojos se adaptaran a las sombras. No había sino una pequeña ventana al exterior, y estaba sucia de roña.

El catre rechinó cuando Otto Schneider se incorporó sobre él. La barba empezaba a crecerle en la zona del mentón. Sus hombros estrechos no llegaban a llenar la camisa que llevaba, pero la redonda barriga sí hacía que los botones tirasen.

—¿Usted quién es? —Su voz sonaba confusa.

—Nathaniel Pierce, del *Chicago Tribune*. —Nate se sacó el lápiz de detrás de la oreja y extrajo un taco de folios de la cartera—. He venido a hacerle algunas preguntas.

Schneider no respondió. Tenía un ojo amoratado, pero su mirada no era desafiante, sino sombría. Era la mirada de un hombre roto, de un hombre que ya no tenía nada que perder.

Al advertir un taburete de tres patas en un rincón, Nate lo acercó al catre y se sentó. El catre, o acaso el hombre sentado en él, olía a rancio y a falta de lavado.

—Me he enterado de que ha firmado una confesión. ¿Le importa decirme qué ha confesado?

—¿Es que no puede leerla usted mismo? —replicó Schneider, la mirada clavada en la costura rota alrededor de su zapato, donde la piel se había desprendido de la suela.

—Preferiría enterarme de lo sucedido de sus propios labios. De su propia voz.

Schneider ahogó una carcajada.

—¿Se cree que tengo voz? Ni de broma.

El lápiz de Nate se detuvo sobre la hoja.

—¿Quiere decir que aún no ha visto a un abogado? Tiene derecho a uno. Él será su voz, si es que es eso a lo que se refiere.

—Claro que sí. A eso me refería. —El leve arco de la mueca en labios de Schneider sugería lo contrario—. ¿Quiere que hable? Muy bien. Lo hice todo. Maté al viejo. Me escondí y esperé a que la casa no estuviera vigilada, entré y robé todo lo que pude, hasta que la llegada del sereno me ahuyentó. Ah, y también había un hombre al que golpeé en la cabeza, ¿no? Sí, dejé a un hombre inconsciente para poder robar en la mansión. Luego esperé a que las cosas se calmaran un poco, pero tenía previsto volver. Hay mucho que robar en casa de Hiram, desde luego. Hala, ya está. —Inclinó la cabeza—. ¿Contento?

Qué extraño. No había justificación ni intento velado de ganarse su compasión.

—Pero ¿por qué mató a Hiram Sloane la noche del incendio, cuando podía haber huido para salvar la vida?

—Venganza. La ocasión la pintan calva.

Nate esperó a ver si Schneider se explicaba. Los segundos se sucedían, y el hombre no decía nada.

—¿Qué robó? ¿Y qué más habría robado si hubiera vuelto a la mansión?

—Candelabros de plata, vajilla de plata, gemelos de oro. —Recitaba los objetos como quien lee una lista de la compra—. ¿Quiere saber qué habría robado si hubiera vuelto? ¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Es que no tienen cargos suficientes por los delitos que ya he cometido? —Meneó la cabeza —. Supongo que, de todas formas, da igual. Me voy a

pasar en la cárcel el resto de mis días. Aunque tampoco es de extrañar. Llevo años entrando y saliendo de ella.

—Por pequeños hurtos —subrayó Nate—, vagabundeo o embriaguez pública. Nunca por crímenes violentos o asesinato.

—Hice lo que tenía que hacer por mi familia. —En los ojos de Schneider se iluminó una llama donde antes solo había rescoldos—. ¿Cree que ha sido fácil para mi mujer y mis hijos? Lo perdí todo con la bancarrota. Era incapaz de mantener un empleo regular; cada mañana tenía que buscarme la vida en los muelles, viendo si alguien me contrataba para la jornada. Esa no es manera de mantener a una familia. Mi mujer y mis hijos merecían algo mejor que eso. Algo mejor que yo. ¿Y a quién tenía que mantener Hiram Sloane más que a sí mismo? A nadie. —Los tendones del cuello se le tensaron—. Ni a un alma.

—¿Nadie?

—Bueno, nadie salvo el sobrino. —Schneider señaló la puerta con un gesto antes de darse una palmada en la rodilla—. No es lo mismo.

—¿Lo conoce?

El preso asintió.

—Quería conocerme, igual que usted. Es irónico, porque mi propio hijo no quiere saber nada de mí. Las niñas son más indulgentes, pero el muchacho dice que me conoce demasiado bien. ¿Puede imaginarse lo que es que un niño de once años diga algo así? Pero tiene más juicio que su padre y, desde luego, mucha más suerte. Puede que aún haya esperanza para él.

—¿Le escribió una nota de amenaza a Hiram? —preguntó Nate, consciente de que se le acababa el tiempo.

—He escrito muchas cartas de protesta —respondió burlón—. Me engañó.

Nate ya se lo imaginaba. Sin embargo, sus pensamientos volvieron a la detención de Stephen.

—Señor Schneider, en este caso había dos testigos. Uno dijo que había visto a Stephen Townsend disparar a Hiram Sloane y el otro dijo que había visto a Townsend enterrar el arma. Le tendieron una trampa. ¿En su confesión se explica por qué lo hicieron?

—La gente dice cualquier cosa por dinero —murmuró, rascándose la barriga.

Pero Schneider acababa de salir del calabozo la noche del asesinato. No podía tener gran cosa que ofrecer.

—¿Les pagó por adelantado?

El hombre se encogió de hombros.

—Les dije que les pagaría con creces.

—Así que no les pagó en el momento. ¿Aceptaron mentir a la policía con la promesa de que usted los buscaría y les pagaría más tarde?

—Exacto. ¿Qué culpa tengo yo de que la gente esté tan desesperada por el dinero fácil?

Nate decidió cambiar de rumbo.

—¿De qué conocía a Stephen Townsend?

El padre de Meg había sido el cabeza de turco perfecto para cargar con el asesinato. Pero ¿de qué lo conocía Schneider? Aunque hubiera leído el artículo de Nate publicado en el *Tribune*, no podía saber que Stephen era amigo de Hiram o hasta qué punto llegaba su paranoia.

—¡Se acabó el tiempo! —McNab abrió la puerta—. Ya está, Pierce, vamos.

Schneider lanzó una mirada al agente y, acto seguido, se tumbó en el catre de cara a la pared. Nate guardó los folios y el lápiz en la cartera, y volvió a colocar el taburete en el rincón. Al salir del cuarto, oyó murmurar a Schneider:

—Hice lo que tenía que hacer. Por mi familia. La ocasión la pintan calva.

Capítulo 27

Martes, 21 de noviembre de 1871

«Querido padre: vamos a ir a buscarlo».

Este pensamiento se repetía en la mente de Meg desde que Jasper le dijera que Schneider había confesado el asesinato de Hiram. Pero no tenía sentido escribirle a su padre cuando tardaría lo mismo en darle el mensaje en persona. Esa vez, cuando Meg se dispuso a visitar el sanatorio, Sylvie quiso ir con ella. Al igual que Nate.

Tras apearse del coche que habían alquilado, Nate ayudó a Sylvie y luego a Meg, cuya mano enlazó con firmeza en el hueco de su codo.

—Gracias por venir con nosotras —le susurró ella mientras se acercaban a los escalones de piedra. Ese día, la niebla envolvía la fortaleza de ladrillo.

El reportero sonrió.

—No me habría gustado nada que vinierais las dos solas. Por muy inteligentes y capaces que seáis, puede que no seáis bien recibidas. Será un placer actuar de escudo.

Aferrando el paquete que había preparado para Stephen con un brazo, Sylvie se levantó las faldas por encima de los tobillos y subió los escalones junto a ellos.

—¿Es eso lo que eres? ¿Un escudo?

Meg miró a los ojos azules del hombre.

—Eres más que eso, Nate.

—Ah, ¿sí? —respondió este, enarcando las cejas por encima de la montura de las lentes. Le guiñó un ojo antes de abrir la pesada puerta de madera y cederles el paso a las hermanas.

Con los zapatos taconeando sobre el suelo, Meg entró en la sala de recepción de la derecha y se acercó al mostrador.

La señorita Dean levantó la vista por encima de los anteojos y saludó a Meg con una sonrisa. Su cabello, de un castaño apagado, seguía recogido en una redecilla de color marfil, a juego con el cuello de ganchillo.

—Señorita Townsend. Señor Pierce. Me preguntaba cuándo volvería a verlos.

Tras presentarle a Sylvie, Meg se quitó la bufanda del cuello.

—Nos gustaría ver al doctor Franklin, o a quien se encargue del alta de los pacientes. Pero primero le hemos traído algo a nuestro padre, Stephen Townsend. —En el caso poco probable de que su padre no volviera a casa ese día, al menos quería que tuviera algunas cosas, incluido un ejemplar del *Tribune* con el artículo sobre la confesión del asesinato de Hiram por parte de Otto Schneider—. ¿Podría ocuparse de que se lo entreguen?

—Ay, no sé —respondió la señorita Dean con gesto de preocupación—. Va en contra de las normas.

Sylvie depositó el paquete en el mostrador.

—Por favor. No contiene nada peligroso, solo cosas que sin duda le serán útiles. Calcetines de lana, un periódico, un libro de poesía. —Dentro del libro, entre los sonetos, habían escrito notas para él—. Nuestro padre tenía una librería. Seguro que nos dejará proporcionarle algo que leer. No puede ser sano para la mente carecer de ocupación.

La señorita Dean se enroscó el dedo en la cadena de cuentas que sujetaba los anteojos.

—Veré qué puedo hacer. En cuanto a su cita con el doctor Franklin, no sabía que tuviera nada previsto para hoy.

Nate dio un golpecito con los nudillos en el mostrador.

—Excelente. Así tendrá tiempo para vernos. Si es necesario, esperaremos, pero no nos iremos sin hablar con un médico. Gracias.

La recepcionista suspiró.

—Tomen asiento los tres y tengan paciencia.

—Por supuesto. —Nate sonrió y Meg vio cómo surtía el deseado efecto cautivador en la señorita Dean, que se quitó los anteojos, guardó el paquete de Sylvie en un cajón y, excusándose, salió de la habitación.

Sentada junto a la pared, Meg vio a la misma pareja de ancianos de la última vez que había ido al sanatorio. La mujer de pelo gris tejía, mientras el hombre a su lado se miraba distraído la punta de los zapatos. Meg sintió una punzada de simpatía por ellos. Cuando la

mirada de la mujer se cruzó con la de Meg y le sonrió con cordialidad, esta no pudo evitar responderle de igual modo.

Meg se sentó a su lado.

—Discúlpeme, ustedes ya estaban aquí la última vez que vine a visitar al médico de mi padre, ¿verdad?

—Claro que sí. Vengo todos los días, ¿sabe? Mi hija está por ahí arriba —dijo, levantando la mirada hacia un punto indeterminado.

—¿Le dejan verla?

—Ay, no. A menos que haga bastante calor como para que los pacientes trabajen en el exterior. En ese caso, a veces me permiten verla por la ventana. Pero me reconforta estar bajo el mismo techo que ella. No puedo abandonarla, ¿sabe?, aunque ella tenga cincuenta años y yo setenta y uno. No puedo dejar de ser su madre. Al menos, así, realmente no estamos separadas, aunque tampoco estemos juntas. —Asintiendo con dulzura, retomó la calceta—. Y, si no le importa que se lo diga, su padre tampoco dejará de ser su padre. Es un vínculo de por vida, y aún más allá.

Aunque la edad y los pesares habían hecho mella en la mujer, su amor y amabilidad la hacían tan bella que casi le robó el aliento a Meg. Le habría gustado pintar ese rostro surcado de arrugas, capturar la brillante llama de un espíritu generoso en mitad de un lugar como aquel.

—Entonces, ¿dónde está? —murmuró Sylvie. Salió de la recepción y enfiló el vestíbulo hasta el arco que dividía la zona pública del pasillo que conducía a los lugares ocultos.

Meg se disculpó y siguió a su hermana.

—En algún lugar ahí arriba. —Señaló el techo—. Es la planta de los hombres. Las mujeres están más arriba.

Con los botones de la levita desabrochados, Nate se introdujo los pulgares en los bolsillos del pantalón y se unió a ellas

—¿Alguna vez van al exterior? —preguntó Sylvie.

—A veces. —Nate se aclaró la garganta—. Hay una finca agrícola en la propiedad, por detrás del edificio. Usan a los pacientes para labrarla. Pero durante el invierno no, no salen mucho.

En la planta sobre sus cabezas sonaban golpes. Un hombre gritó y otro gritó por encima de él; la nana que cantaba adquirió un ritmo frenético al tratar de eclipsar el sonido angustioso del otro.

Con una línea surcándole el entrecejo, Sylvie se aproximó aún más al arco y alzó la vista hacia los ruidos. Un golpe sordo y un chillido de dolor acallaron los gritos. Los versos de *Humpty Dumpty* se sucedían: «Ni los caballos del rey ni los hombres del rey pudieron a Humpty

recomponer». Y nuevamente: «¡Humpty Dumpty en un muro se sentó! ¡Humpty Dumpty de lo más alto cayó!».

Meg se estremeció.

—Que todo se renueve —musitó en una plegaria espontánea—. Señor mío, renuévanos a todos.

—¿Señor Pierce? ¿Señoritas Townsend? —La voz meliflua la señorita Dean pronto se vio eclipsada por unas pisadas contundentes.

Al girarse, Meg vio acercarse al doctor Franklin y a la señorita Dean esconderse en el interior de la recepción.

—Aléjense de ahí —les ordenó el médico.

—Doctor Franklin. Es un placer volver a verlo. —La voz de Nate retumbó en las paredes.

—Lo dudo, pero no perdamos el tiempo en formalidades, ¿le parece? —respondió, indicando con un gesto de la cabeza que lo siguieran a su despacho.

La estancia parecía aún más pequeña con los cuatro dentro. Antes incluso de que el médico se sentara, Meg tomó la palabra:

—Mi padre, Stephen Townsend, es inocente del crimen que le imputaron, el asesinato de Hiram Sloane, que provocó su detención y su encierro en el sanatorio. Otro hombre ha confesado. Puede leerlo en el *Tribune* de esta mañana.

Sobre el escritorio yacía un ejemplar del periódico. El médico ya debía de haberlo leído, porque no mostró sorpresa alguna. La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué?

—Que no hace falta que siga aquí —repuso Sylvie—. El motivo de su detención ya no es válido. Queremos llevarlo a casa.

—Así, sin más. —El médico chasqueó los dedos—. Sin preguntar siquiera por los tratamientos aplicados y los avances.

—¿Nos hablaría de ellos si le preguntásemos? —Meg aferraba con fuerza los extremos de su bufanda, enterrando los puños en la lana. La presencia de Nate a su lado era una silenciosa fuente de ánimos. Aunque el reportero dejaba que Sylvie y ella condujeran la conversación, sabía que lo observaba todo, lo digería y lo diseccionaba, listo para intervenir en cualquier momento.

Los labios agrietados del doctor Franklin se abrieron en una lenta sonrisa, dejando ver sus dientes pequeños y rectos.

—Les diría que ha respondido a los tratamientos del modo esperado. También les diría que, aunque estuviéramos seguros de que ya no suponía un peligro para la sociedad, apartarlo de nuestros cuidados lo convertiría en un peligro para sí mismo. Aquí está en paz.

Es feliz.

—¿Feliz? —repuso Meg, incrédula.

—El mundo supone numerosas presiones, especialmente para alguien con corazón de soldado. Aquí nadie espera nada de él. No le exigimos que haga nada salvo comer, dormir y tomar sus medicinas. Está libre del miedo al fracaso, porque no hay nada en lo que pueda fracasar.

—Lo que quiere decir es que no tiene nada que hacer —dijo Nate—. ¿Come, duerme y toma sus medicinas? ¿Qué tipo de vida es esa?

—Una vida segura, señor Pierce. Y para un paciente con corazón de soldado, la seguridad es un lujo del que preferiría no prescindir.

Meg recordó las noches que su padre se pasaba en vela, patrullando, completamente convencido de que los rebeldes iban a matarlo.

—¿Nos está diciendo que ya no sufre la paranoia de algún peligro inminente?

—Hasta él es capaz de reconocer la seguridad que ofrece nuestro establecimiento —respondió el médico, extendiendo las palmas de las manos—. Ni siquiera su familia puede venir a verlo.

—Pero nosotros no somos una amenaza —replicó Sylvie.

—Ah, ¿no? —El médico ladeó la cabeza—. ¿Alguna vez le han exigido que lleve a cabo una tarea de la que no era capaz? ¿Alguna vez le han hecho sentir el peso de la decepción? ¿De la vergüenza?

Manchas rosadas motearon el cuello de Sylvie. Meg sintió frío en los dedos a pesar de tenerlos envueltos en lana.

—Lo que imaginaba. —El doctor Franklin sonrió—. Aquí está libre de todo eso. No es una amenaza porque no se siente amenazado.

Nate torció el gesto.

—Lo que quiere decir es que no siente nada. ¿Cuántos opiáceos le administran?

—Suficientes para que tengan efecto. —El doctor se puso en pie—. Ha aprendido que eso es mejor que la alternativa.

Una imagen de Stephen se abrió paso en la mente de Meg, pero no era el padre afectuoso y bibliófilo de su niñez, ni el insomne desconfiado incapaz de dejar pasar hambre a un animal callejero. En su visión, era un hombre desplomado en una silla, indiferente, con un hilo de baba que le caía de la boca. Al mirar a Sylvie, vio su propio horror reflejado en los ojos oscuros de su hermana.

—La alternativa —repitió Nate, con voz ardiente—. Un método alternativo para mantenerlo bajo control. ¿Cuál es, Franklin? ¿Una jaula de madera o el confinamiento?

—La jaula demostró ser ineficaz. Sin embargo, el confinamiento… Hemos descubierto que lo mejor es ponerle una camisa de fuerza para evitar que se haga daño. Pero como les he dicho, 283 ahora se toma sus medicinas.

Meg se estremeció ante la idea de enjaular a un hombre adulto. Qué mezquindad. Qué deshumanización.

—¿Cómo? —musitó Sylvie—. Pare. Pare lo que esté haciendo. No es un número, es una persona. Es mi padre. —Estaba temblando.

—Lo que nos está diciendo es que nuestro padre prefiere no sentir nada a sentirse solo. —Meg notó los párpados húmedos y calientes, y la voz le tembló. Con dulzura, Nate le apoyó la mano en la base de la espalda. Meg sabía que no era un gesto para que callara sino para transmitirle la fuerza que tanto necesitaba. Respiró hondo, armándose de valor—. Pero nunca ha estado tan solo como aquí, aun sin confinamiento. Libérenlo.

—No puedo hacerlo. No depende solo de mí.

Sylvie se cruzó de brazos.

—¿Recibe siquiera las cartas que le enviamos?

—Cálmese, jovencita. Si les digo que recibe las cartas, es que las recibe.

Sin embargo, Meg sospechaba que su padre no estaba en condiciones de leerlas. No si lo habían medicado tanto como para perder la noción de sí mismo. El dolor y la frustración dieron paso a la ira. Apretó los dientes, incapaz de formular una respuesta.

—Esto no es una cárcel, doctor Franklin, o al menos no debería serlo —dijo Nate—. Es irónico porque, si lo fuera, lo liberarían. Ese hombre es inocente del crimen que lo ha traído a este lugar. Lo mantienen encerrado a costa de los contribuyentes y contra los deseos de su familia. Aquí habría un artículo la mar de interesante sobre el uso de los fondos públicos.

El doctor Franklin echó los hombros hacia atrás.

—Como les he dicho, la decisión no depende solo de mí.

—Entonces, ¿de quién depende? —preguntó Meg—. Me gustaría hablar con los responsables.

—El comité incluye a varios médicos y psicólogos, y no están a su disposición. Ahora, si me permiten, no hay nada más que pueda hacer por ustedes hoy.

—Puede decirle que hemos venido. —Meg se puso la bufanda alrededor del cuello—. Dígale que queremos llevarlo de vuelta a casa y que haremos todo lo necesario para que así sea. Necesita estar con su familia.

—A veces la familia no sabe qué es lo más conveniente —repuso el médico con tono cortante y profesional.

Meg lo miró directamente a los ojos, negándose a sentirse acobardada.

—A veces la familia es lo único por lo que merece la pena vivir. Y lo que está haciendo aquí no es vivir en absoluto.

❋❋❋

Miércoles, 22 de noviembre de 1871

Dos rebanadas de pan se iban reblandeciendo en un plato de latón oscurecido por la suciedad. A su lado había una papilla de maíz mal cocinada que empapaba la corteza. Pero, habida cuenta de las últimas noticias, que confirmaban que Otto Schneider había confesado ser el asesino de Hiram Sloane, Stephen sentía que podría soportar su ingesta.

No había sido él. No había matado a su amigo. Cualquiera podía leerlo en el periódico: se habían retirado los cargos contra Stephen Townsend. Schneider estaba detenido. Por dentro, Stephen se alegraba: aunque las autoridades siguieran diciendo que estaba loco, no todas las batallas se ganaban, o se libraban, de una sola vez.

Hugh le dio un codazo en las costillas.

—Mira esa bazofia. No me dirás que no te recuerda a otros tiempos, ¿eh? —Su tartamudeo no había desaparecido, pero Stephen ya ni lo notaba.

Contempló cómo el desagradable puré se iba extendiendo por el plato y supo exactamente a qué se refería su compañero. El irlandés se vio sacudido por un temblor, ya fuera por exceso de medicamentos o por la ausencia de estos. No era fácil de distinguir.

—Al menos durante la guerra luchábamos por algo. Habíamos tomado partido.

Hugh siguió llevándose la comida a la boca; todo le daba igual. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto y, al no correr nada de aire, un olor nauseabundo impregnaba la estancia. Quizá fuera la comida. O los hombres.

Stephen tomó un sorbo de té de una taza de latón oxidada y observó el comedor. Cincuenta hombres se inclinaban sobre los platos en varias filas de largos bancos estrechos. Algunos de ellos levantaban la vista y lo miraban, lúcidos. Un hombre llamado Charlie, que solía sufrir convulsiones, cantaba para sí en un rincón. Henrik, sentado en

el suelo, se balanceaba adelante y atrás, abrazándose las rodillas. Patrick y Amos, enfundados en camisas de fuerza, comían directamente del plato, como perros. Aprenderse sus nombres había sido un acto de humanidad y de rebeldía para Stephen. Si no quería que lo trataran como a un número, debía conocer también sus nombres.

En Andersonville había organizado una sociedad de oratoria entre los prisioneros para mantener la mente despierta. Aquellas últimas semanas, había tratado de despertar el interés por crear un grupo similar. Hugh no había querido unirse debido a su tartamudeo, pero sí algunos de los otros. El ejercicio mental era de cierta ayuda. Habría sido mejor si participaran más pacientes, pero la mayoría de ellos estaban demasiado alelados por las medicinas.

Tal vez lo prefiriesen así.

Ahogando un suspiro, Stephen partió por la mitad una rebanada de pan y la mojó en el repulsivo líquido, por si hubiera algún nutriente escondido en su interior. Al tragarlo con esfuerzo, tuvo que luchar contra el recuerdo que amenazaba con llevarlo de vuelta a la guerra.

—«Que tus pensamientos no sean tu prisión» —murmuró para sí.

—¿Qué has dicho? —Hugh parpadeó varias veces—. ¿Tus pensamientos, una prisión?

—Es un verso de una obra de Shakespeare: *Antonio y Cleopatra*. César se lo dice a Cleopatra, pero considero que sus palabras son un buen recordatorio para mí.

Hugh se rascó tras la oreja.

—Es curioso que piense así un hombre que se supone que está tomando sus medicinas.

Instintivamente, Stephen recorrió con la vista el comedor en busca de enfermeros, pero no había ninguno. No comían allí, sino en otra sala, probablemente con comida mejor.

—No estoy tomando los opiáceos. Me guardo las píldoras en los carrillos al tragar, así no las ingiero. No quiero volver a ser esa versión de mí mismo, babeante y estúpida. Pero sí bebo la tintura que nos dan por la noche, pues me ayuda a dormir.

Aún tenía alucinaciones, pero no mientras dormía.

En el rostro avejentado de Hugh se formó una lenta sonrisa, revelando la ausencia de dos o más dientes debido al escorbuto.

—Te refieres al *whisky*. Te bebes el *whisky* que te dan por la noche.

Stephen frunció el ceño.

—No sabe a *whisky*.

—No, no como el bueno. A este le añaden unos polvos. Pero el

efecto es el mismo, ¿no? Te hace sentir mejor. Es lo que tiene el *whisky*. Me apuesto algo a que ya no podrás pasarte sin él.

Un gélido vacío se le agarró a la boca del estómago. Stephen no quería beber *whisky* cada noche. No quería volverse dependiente; de lo contrario, pronto bebería más de la cuenta. Pero tampoco quería volver a sufrir insomnio. Los años durmiendo mal lo habían debilitado física, mental y emocionalmente. Ahora que sabía el efecto que dormir bien tenía sobre él, no podía soportar la idea de un futuro de privación.

—Yo jamás dejaré el *whisky* ni los opiáceos —decía Hugh—. He llegado a un punto en que no soporto prescindir de ninguno de ellos, ¿sabes?

—¿Quieres decir que eres adicto?

El hombre se encogió de hombros de tal manera que estos casi le rozaban la oreja.

—Y qué más da. Mientras permanezca aquí, me darán lo que quiero.

—Pero esos mejunjes nos cambian. Es imposible que te sientas tú mismo.

La sonrisa de Hugh se marchitó.

—Amigo mío, esa es la cuestión. ¿Crees que me gusta ser quien soy? ¿Crees que a nadie de los que están aquí le gusta ser quien es?

Stephen dejó la cuchara en el plato.

—Creo que te has olvidado de quién eres. ¿Cuánto tiempo llevas en el sanatorio?

—Llegué poco después de que disparasen a Lincoln.

Hacía más de seis años de aquello. ¡Seis años! Stephen no podían imaginarse pasar tanto tiempo en un lugar así. Especialmente desde que Meg y Sylvie le habían dado a probar las delicias del exterior.

—¿Has terminado de comer, Hugh?

El irlandés lo miró de soslayo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tengo algo para ti y, créeme, no querrás llevarte nada a la boca después de esto.

Las cejas de Hugh se elevaron.

—Estoy más que listo.

Stephen sonrió y le puso un caramelo de menta en la palma de la mano antes de desenvolver otro y metérselo en la boca. Sylvie los había añadido al paquete con una nota: «Espero que aún te gusten». Por supuesto que aún le gustaban. Había olvidado cuánto.

El sabor penetrante de la golosina cobró vida, le refrescó el paladar

y le aclaró la mente. Cuando regentaba la librería con Ruth, solía guardar caramelos de menta en el bolsillo del chaleco. Cada vez que Sylvie se le subía al regazo, le quitaba uno. Siempre que iba a acercarse a un cliente, primero se aseguraba de refrescar su aliento con un caramelo. Así, el sabor no solo era algo placentero. Le traía recuerdos de los años más felices de su vida, cuando Ruth aún estaba a su lado. Las niñas hojeaban libros de cuentos junto a la chimenea. El olor del café y los pasteles de las tiendas cercanas se mezclaban con el aroma de los libros. Ay, cuánto había amado los libros antes de que la guerra le arrebatara la capacidad de concentrarse.

Hugh gruñó de placer.

—¿De dónde diantres los has sacado?

—Mis hijas me trajeron un paquete ayer. La señorita Dean me lo hizo llegar a escondidas, pero no digas nada. No querría que se metiera en problemas.

—¿Qué más había dentro?

Stephen se pasó el caramelo a un lado de la boca. Lo más importante era el periódico con la noticia de la confesión de Schneider, pero en ese momento no quería hablar de ello.

—Calcetines —dijo en su lugar, al tiempo que se levantaba la pernera del pantalón para enseñarle a su compañero el pie enfundado en gruesa lana gris—. Y un ejemplar de poesía de John Donne. Era, y es, mi poeta favorito. —Como Hugh no dio muestras de reconocimiento, Stephen continuó—: Fue deán de la catedral de San Pablo, en Londres, en el siglo XVII. Eran tiempos complicados para la religión, y él era un hombre apasionado por su fe.

De hecho, había sido su pasión lo que había inspirado a Stephen a plantearse un futuro en el mundo de la teología, además de recordarle que la fe era algo profundamente personal.

Hugh frunció los labios, chupando el caramelo.

—¿Escribió algo que me pueda sonar? Recítame algún verso.

Eso no se lo esperaba. Pero su lengua no tardó en pronunciar la primera estrofa de uno de sus sonetos sacros:

> *Golpea, oh, Dios uno y trino, el corazón que hasta ahora*
> *tan solo invocas, alientas, pules y corriges;*
> *doblégame y derríbame para que pueda alzarme,*
> *quiébrame con tu fuerza, impúlsame, quémame y hazme de nuevo.*

Luego se quedó mirando a Hugh para comprobar su reacción. Estaba pasmado.

—Suena bien. Pero no tengo ni idea de lo que significa.

Sonriendo, Stephen volvió a una antigua versión de sí mismo para explicarle el significado de las palabras.

—El poeta le pide a Dios que lo renueve empleando toda la fuerza necesaria. Le dice que, hasta entonces, los métodos empleados por el Señor han sido demasiado suaves y que, para que la transformación sea completa, hace falta más: «Quiébrame con tu fuerza, impúlsame, quémame y hazme de nuevo».

Eso era exactamente lo que Stephen necesitaba. Quizá Dios ya estaba obrando sobre él y era en ese momento cuando se daba cuenta.

—¿Así lo crees? —preguntó Hugh—. ¿Crees que Dios puede renovarte?

Stephen hizo examen de conciencia, pues la pregunta merecía una respuesta sincera.

—Sí.

—Entonces, ¿no lo culpas de la enfermedad que te aflige? Podría haberte ahorrado este sufrimiento. Si fuera todopoderoso y bueno, podría haberte curado antes de llegar a esto.

Las palabras de Hugh permanecieron en la mente de Stephen mucho más que el pan y la papilla en su estómago. Aquella noche, mientras este rugía y los muelles del delgado colchón se le clavaban en la cadera, no paraba de darle vueltas a la cuestión. Sí, Dios podía haber intervenido y haber evitado su detención y posterior cautiverio en aquel desdichado lugar.

Pero ese lugar lo había quebrado. Era allí donde había recordado lo mucho que necesitaba a Dios y la posible relación que aún le esperaba con sus hijas. Era allí donde había suplicado una vida nueva. Era ese golpe en el corazón que John Donne había descrito. Al otro lado de su necesidad se encontraba Aquel que podía satisfacerla.

La imagen de Hugh se materializó entre las sombras. Una nueva alucinación, aunque leve en comparación con otras.

«Has vuelto a tomar la tintura de *whisky*, ¿verdad? ¿Es así como Dios satisface tu necesidad? ¿O puede renovarte sin recurrir a ella?».

Capítulo 28

Miércoles, 22 de noviembre de 1871

Meg creía estar preparada.

Se equivocó.

Las obras que colgaban en la galería del señor VanDyke parecían burlarse de ella. Al entrar en la sala sombría, las lámparas de gas parecían haberle susurrado «impostora». En un rincón, Nate y ella sostenían los retratos de Sylvie y Jasper para mostrárselos al galerista.

La reacción que le había provocado verlos se leía claramente en su semblante.

—Lo siento, señorita Townsend. —El tono suave del señor VanDyke no amortiguaba su rechazo. Tenía la mirada clavada en las manos de Meg—. Veo que sus recursos se han visto comprometidos por el incendio, y le expreso mi más profunda compasión. Pero mis clientes quieren retratos de los que poder enorgullecerse generación tras generación. Esto es un negocio, no una institución caritativa.

Toda la humillación que había sentido se vio eclipsada por la ira que se apoderó de ella. El mentón de Nate se endureció antes de abrir la boca para hablar. Ella le posó la mano en la manga para detenerlo. Podía hablar por sí misma.

—No he venido en busca de compasión ni caridad —dijo levantando la barbilla, agradecida de que la voz no le temblara—. Si es lo único que ve aquí, no voy a hacerle perder más tiempo. Ni tampoco voy a perder el mío.

Y así, sin más, se acabó.

Evitó mirar a Nate cuando bajaron las escaleras y salieron a la luz

de última hora de la tarde, que se filtraba a través de un cielo gris como la ceniza. La puerta se cerró tras ellos. Sintió un agradable frescor en su rostro acalorado, pero sin lágrimas, mientras Nate paraba un carruaje. Era probable que no pareciera descompuesta. Aunque por dentro luchaba por no romperse en mil pedazos.

Una vez que Nate hubo cargado los retratos en el coche y la hubo ayudado a subir, se sentó a su lado y su rodilla rozó la de ella. Se pusieron en marcha sin mediar palabra, porque ¿qué iban a decir? Meg contemplaba el retrato de su hermana que tenía delante y se preguntaba cómo le iba a decir que sus esperanzas de conseguir clientes se habían quedado en nada. Después del intento fracasado de sacar a su padre del sanatorio, era un nuevo golpe para su espíritu ya magullado.

Nate se quitó las lentes y se frotó los ojos.

—Lo que dijo el señor VanDyke estaba totalmente fuera de lugar, ¿sabes?

Fuera del coche, las largas sombras de las farolas se extendían a lo largo de la calle.

—Estoy de acuerdo. Pero conoce a sus clientes. Si dice que no les iba a gustar mi estilo, me lo creo. Casi no me gusta ni a mí.

—Meg. —Nate le rodeó los hombros con el brazo y ella se permitió apoyar la cabeza sobre él e inhalar su aroma a jabón de sándalo y papel de periódico. Cuando el reportero deposito un beso en su sien, la suave presión liberó las lágrimas que llevaba dentro—. Casi desde el instante en que te conocí, lo único que he querido es protegerte. Odio que los sinsabores sigan sucediéndose. Si te los pudiera ahorrar, lo haría. No soy crítico de arte, pero voy a decirte lo que opino de tu estilo. ¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué a veces contemplaba la ciudad sin mis anteojos?

Lo recordaba bien.

—Dijiste que era un alivio. Que era un descanso para los ojos y la mente no ver cada minúsculo detalle y que había belleza en lo borroso.

—En efecto. —Tomó un mechón de su cabello y lo enrolló entre los dedos—. Hay cierto encanto en suavizar los duros contornos del mundo. No veo gran cosa sin mis lentes, pero el cambio de perspectiva es como un regalo. Así es como veo tu pintura, Meg. Sé que admiras el realismo de los antiguos maestros. Pero lo que has hecho desde el incendio lleva una carga aún mayor de emoción. Eso que tú llamas imprecisión, para mí es delicadeza. Has pintado con el corazón y eso se nota. ¿Te has planteado alguna vez que esto —dijo, señalando los

retratos que tenían delante— refleja con mayor fidelidad tu personalidad artística que lo que hacías hasta ahora?

La joven se reclinó en el asiento y lo miró.

—No —dijo al tiempo que la comisura del labio se le elevaba formando una sonrisa. En sus ojos veía amabilidad, pero no adulación. Nate creía en lo que había dicho y eso bastaba para dejarla sin aliento.

—Pues tal vez deberías.

Con la yema del pulgar le enjugó una lágrima de la mejilla. El dedo se detuvo allí un instante, antes de retirar el brazo y volver a ponerse los anteojos.

Algo confusa por el cambio abrupto en el ambiente, Meg miró por la ventanilla.

—Este no es el camino para llegar a casa. Ni para ir a la mansión de Jasper. —Tenía que devolverle su retrato. Al menos él había dicho que le gustaba, dijera lo que dijese el señor VanDyke.

Nate contempló un coche que pasaba antes de volver a mirar a Meg.

—Le he dicho al cochero que nos lleve a casa de Edith. Luego te llevaré a tu casa.

—Me parece bien, Nate, pero ¿por qué?

—Frank debería estar allí. Quiero hablar con él sobre la situación de tu padre.

Para cuando llegaron al hogar de los Novak, las esperanzas de Meg se habían avivado y desinflado varias veces de tanto como había intentado controlar sus expectativas. Edith los recibió con cordialidad y abrazó a Meg con un poco más de fuerza tras enterarse del rechazo del señor VanDyke.

—¿Queréis que os traiga algo? —preguntó Edith mientras se limpiaba las manos en el delantal, antes de apartarse un mechón de cabello de la frente. Era evidente que estaba aprovechando la siesta de Henry para hacer la cena.

—Puedes traerme a este caballerete, ¿eh?, ¿qué te parece? —Nate tomó en brazos a Tommy y lo puso boca abajo sujetándolo por los tobillos—. ¿No llevas nada para mí en los bolsillos hoy?

El pequeño no podía parar de reír.

—¡Más! ¡Más! —gritaba mientras Nate lo levantaba en volandas, en un juego que Meg sospechaba debía de constituir un ritual frecuente. Rio con el niño.

—Pues vaya. —Nate se fingió decepcionado al volver a dejar a su sobrino en el suelo—. Bueno, tal vez para la próxima.

En el momento en que Edith regresaba a la cocina, Frank entró en

el salón, con la corbata suelta alrededor del cuello, y se puso a hacer cosquillas a Tommy sin piedad hasta que el pequeño echó a correr.

—Sentaos, por favor. —Frank se acomodó en una butaca, mientras que Meg y Nate compartieron el sofá en el que Sylvie había dormido la semana anterior—. ¿Es una ocasión especial?

—Podríamos decir que sí —respondió a su cuñado antes de dejar el sombrero en el extremo del sofá.

—He visto el artículo sobre la confesión de Otto Schneider y que han retirado los cargos contra tu padre, Meg —dijo Frank—. Enhorabuena a los dos. Después de lo mucho que te advirtió tu editor que te mantuvieras alejado de todo lo relacionado con los Townsend, Nate, supongo que te sentirías resarcido al escribirlo.

—La verdad es que sí. Aunque aún no han liberado Stephen. Por eso quería hablar contigo.

Nate le explicó brevemente lo que había sucedido con el padre de Meg en el manicomio.

—¿Qué podemos hacer? —Meg posó la mano izquierda sobre la derecha en el regazo, una costumbre que no había tardado en desarrollar—. He escrito cartas, pero dudo que sirvan de nada por sí solas. ¿Se te ocurre algo?

De la cocina llegaban un reconfortante olor a patatas, salchichas y cebollas. Tommy entró corriendo en la estancia y se subió a las rodillas de Nate con un camión de madera en la mano. Este se lo acomodó en el regazo y le dejó recorrer con el camión los brazos y el pecho.

—Conque corazón de soldado —repitió Frank—. Uno de los médicos con los que trabajo prescribe medicamentos para ese trastorno a ciertos pacientes del Hogar del Soldado.

Meg se inclinó hacia delante y una cascada de cabello rizado le cayó sobre un hombro.

—¿Quieres decir que padecen el mismo mal que mi padre y que no los consideran dementes? —Esa información podía serle de mucha utilidad.

Cruzando un tobillo sobre la rodilla, Frank se quitó la corbata y la dejó en el reposabrazos de la butaca.

—Supongo que dependerá del médico al que preguntes. Pero habla con los de allí. Al menos uno de ellos dice que el trastorno posee distintos grados y que no todos ellos precisan de internamiento. Me inclino a estar de acuerdo con él.

Meg pensó en el doctor Gilbert. Si mal no recordaba, dividía su tiempo entre la clínica gratuita de la División Norte y el Hogar del

Soldado. Seguro que podría hablar con ella sobre el tema.

Los últimos rayos del día llenaron el salón con el brillo rosado de una copa recién vaciada de vino. Con una mano en la espalda de Tommy, le dijo:

—También deberíamos hablar con los administradores del sanatorio. El año pasado entrevisté a algunos de ellos mientras redactaba la noticia sobre el nuevo edificio. Los buscaré de nuevo y veré si forman parte del comité a cargo de las altas de los pacientes. Si no es el caso, podrían decirme a quién acudir, y así tendremos un punto de partida.

Meg suspiró, agradecida de tener un plan y de no estar sola en su cruzada.

❋❋❋

Viernes, 24 de noviembre de 1871

Jane Eyre no necesitó permiso de nadie para volver junto al señor Rochester. Sylvie tampoco necesitaba permiso para visitar a Jasper en su casa. Aun así, sintió un revoloteo de mariposas en el estómago mientras esperaba a que alguien respondiese a la puerta. Cuando Kirstin la abrió, la amplia sonrisa de la criada la tranquilizó de inmediato.

—¡Señorita Sylvie! Cuánto la hemos echado de menos. ¡Entre, entre! —Kirstin se recolocó la cofia sobre el cabello dorado.

Sylvie entró y se quitó el sombrero, deleitándose en el aroma familiar del lugar. Cuando allí solo vivía Hiram, la atmósfera era antigua y señorial. Ahora olía a jabón de afeitar y café negro. A masculinidad. A Jasper.

—Entiendo que Helene y tú habéis vuelto definitivamente, ¿verdad? —preguntó Sylvie.

—Sí, gracias a Dios, ahora que el señor Schneider está en la cárcel y se ha ejecutado el testamento. El otro día vi a Eli en la calle y le pregunté si iba a volver, pero ha decidido quedarse donde está.

—Entonces, debe de estar contento en su nuevo puesto. De todas formas, da la impresión de que ya es oficial. ¿Todo se ha transferido a nombre de Jasper?

—Es lo que entiendo, señorita. Nosotras estamos recibiendo nuestro sueldo y el señor está buscando una cocinera, así que debe de ser verdad.

Jasper entró en el vestíbulo: un rayo de sol se reflejaba en su

cabello. La sonrisa que le dedicó a Sylvie no podía ser falsa. Se alegraba de verla, y su alegría era la de ella.

—Sylvie —dijo—. ¿Meg y tú habéis venido a ver qué tal queda el retrato colgado en la biblioteca?

Kirstin tomó la capa de Sylvie y la colocó en el perchero antes de marcharse con una reverencia.

—No exactamente. —Sylvie se alisó el vuelo a los lados de la chaquetilla—. Quiero decir, sí, por supuesto que quiero verlo. Pero he venido sin Meg. He venido a verte a ti, no solo a ver tu retrato. —La joven vio cómo un atisbo de placer se filtraba entre los rasgos finamente cincelados de su rostro.

—Ah. —En la mejilla del heredero se formó un hoyuelo—. Bueno, ven a verlo para que puedas decirle a Meg que ya ocupa su lugar de honor. Cuando me lo devolvió, me contó lo que le había dicho el señor VanDyke.

—Sí. Al principio se lo tomó bastante mal. —A decir verdad, las dos se lo habían tomado mal. Sin los ingresos por las pinturas para complementar las escasas ventas de libros, habían tenido que empeñar algunas de las joyas de su madre. Pero eso no se lo iba a decir a Jasper. Detestaría que pensase que había ido a pedirle dinero ahora que había heredado los bienes de Hiram.

—¿Y ahora que han pasado un par de días? ¿Ya está de mejor humor?

—Su decepción ya no parece tan amarga. Al menos ha vuelto a pintar. Aunque no podría dejar de hacerlo, igual que yo no podría dejar de leer libros. Forma parte de su ser.

Jasper se enderezó.

—Cuando vuelvas a ver a tu hermana, dile que mi retrato queda perfectamente en la biblioteca..., en mi biblioteca.

Sylvie lo siguió hasta su estancia favorita y contempló la imagen del joven que colgaba encima de la repisa de la chimenea. Tal y como había intentado explicarle a Meg, desde cierta distancia el retrato resultaba aún más asombroso. Sonrió.

—Se lo diré. Se alegrará de oírlo. —Apartó la mirada del lienzo para concentrarse en el hombre de carne y hueso que representaba—. Me alegro mucho por ti de que todas las cuestiones legales se hayan resuelto.

—Yo también me alegro por mí —se rio—. No me di cuenta de lo mucho que me pesaba hasta que pude dejar el problema atrás. Ahora puedo pasar página.

—Sí. —Sylvie giró la pulsera que llevaba en la muñeca para

esconder el cierre. No podía seguir posponiendo el motivo principal de su visita. No le gustaba tener que pedirle favores. Cuánto habría preferido poder hacer algo por él. Aun así, no se arredró—. Ahora que has dejado atrás el problema, tengo un favor que pedirte.

Jasper señaló el diván con un gesto y se sentó a su lado.

—Dime.

La luz de la lumbre hacía brillar las paredes y calentaba la estancia.

—Ahora que Otto Schneider está donde le corresponde, Meg y yo estamos intentando sacar a nuestro padre del manicomio. Saben que no mató a tu tío, pero por algún motivo siguen diciendo que es peligroso. No lo es. Antes del incendio era paranoico y desconfiado, pero no un peligro.

—Continúa —dijo, sin dejar de mirarla.

La joven jugueteaba con los botones de terciopelo del puño de su vestido.

—Meg habló con un doctor que cree que se podría tratar a nuestro padre sin tener que encerrarlo. Luego, ella y Nate hablaron con un miembro del consejo de administración del sanatorio para que soltasen a mi padre. Ayer nos enteramos de que al resto del consejo le preocupa la opinión pública con relación al caso. Nuestros antiguos inquilinos, los Spencer, enviaron una carta al manicomio pidiendo su alta, pero en vano. Se diría que intentamos razonar con un muro de ladrillo.

Jasper se removió en el diván, sentado tan cerca de Sylvie que la punta de su zapato desaparecía bajo el ruedo de su falda.

—Sé lo que es que un ser querido sufra y no poder hacer nada al respecto.

Su cercanía le infundió valor.

—No siempre me he llevado bien con mi padre, pero no está loco. Quiero que vuelva. Por favor… —la voz se le quebró con el peso de la determinación—. Por favor, ayúdame a que vuelva.

Sus ojos verdes se abrieron como platos antes de revelar un destello de comprensión.

—Quieres que yo también escriba al consejo.

—Viniendo de ti, significaría mucho. Teniendo en cuenta la falsa acusación de que nuestro padre había matado a tu tío, tu deseo de que lo liberan pesaría mucho más que el nuestro.

Jasper se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y empezó a dar vueltas al anillo de Hiram que llevaba en el dedo.

—Lo que necesitáis no es tanto una carta personal mía, sino un escrito legal. Mantener encerrado a un paciente sin el consentimiento

de la familia no puede ser legal si este no supone una amenaza para la seguridad pública.

Sylvie debería haber imaginado que la ley estaría de su parte.

—Pero yo…, nosotras no nos podemos permitir un abogado.

—Pues qué suerte que dé la casualidad de que sois amigas de alguien que va camino de serlo —sonrió—. Yo mismo redactaré el escrito mencionando las leyes que infringe el sanatorio al mantener encerrado a vuestro padre. Esta tarde se lo llevaré a mi profesor para asegurarme de que todo está bien. Es un hombre generoso. Puede que hasta me deje usar su papel timbrado y que firme el escrito con su nombre. En cualquier caso, yo mismo lo entregaré antes de acabar el día.

Sylvie se quedó maravillada. Por mucho que hubiera ensayado en su mente cómo iba a desarrollarse la reunión, en ningún momento había contado con la ley ni con el interés que esta despertaba en Jasper.

—Tu profesor querrá que le paguemos por su tiempo —supuso. Se sacó un anillo del dedo y se lo tendió—. Andamos cortas de efectivo. ¿Supones que con esto bastará? —Se trataba de una sencilla perla engastada en oro.

Jasper tomó el anillo y volvió a colocárselo en el dedo.

—Quédate con el anillo. Si tuviera que pagar algo por sus servicios, ahora me encuentro en posición de poder hacerlo por mí mismo. No será un sacrificio, créeme.

—¿Estás seguro? Es tan generoso por tu parte que no sé qué decir.

Tomó las manos de Sylvie entre las suyas.

—Hay cosas que no sabes sobre mí, Sylvie. Las cosas que he visto y he hecho… —Su voz se desvaneció, supuestamente enterradas bajo los recuerdos de la guerra—. Pero tú haces que quiera ser la mejor versión posible de mí mismo.

La joven se quedó sin aliento. Por un luminoso instante, ficción y realidad se fundieron. Las palabras de Jasper se hacían eco de las del señor Rochester, quien había dicho a Jane Eyre: «Quiero ser mejor de lo que he sido antaño». Y Sylvie, como Jane, sentía que su «precario destino» comenzaba a ampliar sus límites.

Las lágrimas asomaron en sus ojos.

—No sé cómo darte las gracias. Tu ayuda es mucho más de lo que habría imaginado que harías por mi familia.

El joven trazaba círculos con los pulgares en el dorso de sus manos.

—Me gusta Meg. Y siento simpatía por tu padre. Pero, Sylvie, esto lo hago por ti.

Cualquier duda que Sylvie hubiera sentido antes de llegar a la mansión se desvaneció con la fuerza de su júbilo. Ya no cabía duda del afecto de Jasper, no después de tales palabras, no cuando la miraba de esa forma. Poco importaba lo que hubiera hecho antes de conocerla, lo perdonaba. Fueran cuales fuesen los fantasmas que aún lo perseguían, también podía entenderlo, al menos en parte. ¿Acaso no sabía que no solo sostenía sus manos, sino también su corazón entre las suyas?

Un tronco se derrumbó tras la rejilla de la chimenea y se elevó una cascada de chispas. La mirada de Jasper se detuvo en los labios de Sylvie, acelerando sus latidos a una velocidad dolorosa. Pero con la misma rapidez la soltó y se puso en pie, pues Kirstin había entrado en la estancia para atizar el fuego.

Con el semblante acalorado como en un día de verano, Sylvie se levantó y le dio las gracias una vez más a Jasper mientras la criada se arrodillaba frente a la lumbre.

—Por cierto, la familia de Nate nos ha invitado a cenar con ellos por Acción de Gracias el jueves.

—¿Habéis aceptado? —Una sombra veló su expresión—. Os debería haber pedido que vinierais aquí antes. No será lo mismo sin vosotras.

—Tú también estás invitado, Jasper. Ni se me ocurriría dejarte cenando aquí solo. Además, tengo entendido que aún no tienes cocinera.

—En tal caso, acepto —respondió como una encantadora reverencia antes de clavarle una mirada que parecía no tener fin.

Súbitamente azorada por la atención, Sylvie le dijo la hora a la que debería llegar y se apresuró a marcharse. Casi tropezó con una caja de cartón que había en el vestíbulo.

Jasper la sujetó.

—Lo siento. Helene ha debido de bajar esto del dormitorio de mi tío. Ha estado recogiendo su ropa. A mí no me sirve y supongo que podría aliviar la necesidad de alguien más. Tengo que llevarla a uno de los almacenes de ayuda para donarla.

—Ay, puedo hacerlo yo. No será ninguna molestia, porque me pilla de camino —dijo al tiempo que se agachaba para levantar la caja, pero él la detuvo.

—Te lo agradezco. Pero permíteme por lo menos que la cargue en el carruaje por ti.

—No es más que una caja, puedo apañarme. —Sonrió—. No te imaginas los cajones de libros que he tenido que mover en la tienda.

—No pongo en duda tu capacidad. —Se alzó, levantando la caja de ropa—. Eres una dama, Sylvie. Déjame que te trate como a una.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había cuidado así? Sylvie no lo recordaba.

Desde el vestíbulo, se giró para echar un último vistazo al retrato de Jasper e imaginó el suyo en la pared a su lado. La misma artista, el mismo fondo, dos cuadros a juego. Casi podría decirse que era el destino.

❋❋❋

Sábado, 25 de noviembre de 1871

—No tienes demasiado frío, ¿verdad, Louis? —Meg apartó la vista del caballete que había plantado entre las ruinas de la plaza del Palacio de Justicia. Nubes esponjosas flotaban por el radiante cielo azul. El aire, húmedo y punzante, aún transportaba el olor de los objetos calcinados y el invierno que se acercaba.

—Ay, esto no es nada, señorita Townsend. —Con la gorra de repartidor puesta del revés, las mejillas pecosas de Louis se elevaron al sonreír. Llevaba una bufanda irregular alrededor del cuello, con el extremo colgando sobre el hombro—. ¿Es que no sabe que, de todas formas, me paso el día fuera? ¿Cómo cree si no que me gano la vida? Me apuesto algo a que aguanto muchísimo más que usted.

—Sin duda. —Riendo, regresó al retrato que iba surgiendo del lienzo.

Tras el rechazo del señor VanDyke, no había tenido ánimos para pintar. Pero Louis Garibaldi, el pequeño vendedor de reliquias de la plaza del Palacio de Justicia, constituía un modelo tan fascinante que no pudo evitar tratar de capturarlo. Su hermano mayor, Lorenzo, se encargaba aquel día de la mayoría de las transacciones, mientras Louis permanecía obedientemente sentado a la mesa, con un bloque de arandelas fundidas en la mano enguantada.

Pintar también la distraía con éxito del fracaso que había supuesto tratar de liberar a su padre. Además de sus propios esfuerzos, Sylvie había hablado con Jasper, que había remitido una carta al consejo. Meg aún desconocía el resultado de todas esas gestiones.

—Es usted buena para el negocio —dijo Louis, alejando sus pensamientos del sanatorio—. La gente viene a ver qué está haciendo y Lorenzo les hace una oferta que no pueden rechazar.

—Por mí, encantada. Ahora no te muevas. —Con la espátula firmemente sujeta, fue mezclando colores hasta dar con el tono perfecto para su piel aceitunada y, acto seguido, empezó a añadirlo al

dibujo que había terminado la víspera. Después rellenaría el fondo con los esqueletos de edificios que se alzaban tras él; solo entonces el retrato tendría sentido. Porque pretendía destacar la belleza del niño, tan lleno de vida, en mitad de las ruinas. Al igual que la ciudad de Chicago, tenía un largo futuro ante él.

Louis y su familia eran supervivientes, según le había contado. Sus padres no hablaban inglés tan bien como Lorenzo y él, pero habían encontrado un trabajo en el que eso no importaba: su padre en los muelles y su madre en una fábrica de prendas de vestir. Vender reliquias lo divertía sobremanera, era mucho mejor que lustrar zapatos o levantarse antes del amanecer para vender periódicos. Su madre iba a tener otro bebé, así que era un trabajo que se tomaba muy en serio. Pronto habría una nueva boca que alimentar.

—El resultado va a ser simplemente maravilloso, ya se nota. —La voz de Bertha Palmer sonó como una campanilla junto a Meg.

—¡Señora Palmer! —A Meg casi se le cayó el pincel, pero lo agarró a tiempo y lo dejó en el caballete—. Cuánto me alegro de verla. ¿Cómo está?

—Mejor que muchos otros. —La señora Palmer iba a tomarle las manos, pero vaciló y, en vez de ello, le brindó una sonrisa. Demasiado educada para preguntar por las cicatrices, encadenó graciosamente con la siguiente frase—. Perdimos el hotel en el incendio, incluidas sus preciosas pinturas.

La visión de los dedos largos y elegantes de la señora Palmer provocó una punzada de vergüenza en el pecho de Meg, aunque pronto se desvaneció. Se levantó una ráfaga de viento y la joven se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja mientras buscaba algo que decir. ¿La señora Palmer también consideraría que pedía caridad si hablaba de sus cuadros? Las palabras del señor VanDyke aún le resonaban en los oídos.

—¡Reliquias del incendio! —voceó Louis—. ¡Consigan aquí mismo sus reliquias de la conflagración y conserven para siempre un recuerdo del acontecimiento del siglo!

El semblante de la señora Palmer dibujó una sonrisa genuina.

—Discúlpeme un momento.

Se acercó a la mesa de Louis y se inclinó a examinar la mercancía. La perfecta silueta verde esmeralda que formaba con el polisón contrastaba con la ropa mal conjuntada y raída del niño y las ruinas tras ellos. Mientras charlaba amigablemente con él, seleccionó un objeto y le pagó su precio. Con una sonrisa de oreja a oreja, Louis le entregó el pedazo chamuscado de una estatua.

Meg se quedó sin aliento al contemplarlos. Rápidamente, cambió el pincel por el carboncillo y trazó los contornos de la señora Palmer en el momento en que su mano se encontraba con la de Louis. Aquella pequeña interacción le infundía una chispa de vida e iluminaba a la propia dama. Para cuando la filántropa regresó junto a Meg, esta ya había plasmado su imagen en el lienzo.

—Espero que no le moleste. —Meg observó cómo los ojos de la señora Palmer se iluminaban al reconocerse.

—¿Realmente cree que mejora el cuadro, o trata de ganarse mis afectos?

Meg se ruborizó. No estaba segura de si la señora Palmer bromeaba o si realmente podía creer que Meg quisiera manipularla. Escondió la mano derecha tras la falda.

—La verdad es que así está mucho mejor de lo que había previsto. Este es un contexto aún más real para el retrato de Louis que si sencillamente sujeta la reliquia con la destrucción a sus espaldas. Ese era solo el comienzo. Pero con su presencia, el cuadro cuenta una historia, ¿no cree? En un momento único, el rico y el pobre unidos, representando ambos por igual el espíritu de la reconstrucción de la ciudad. Usted es la compasión. Él es la tenacidad. Los dos son Chicago.

Durante el silencio que se prolongó a continuación, se preguntó si había dicho demasiado.

La señora Palmer dio un paso atrás y estudió el cuadro; luego miró a Louis y a Lorenzo, que ya estaban charlando con otro potencial comprador ante su mesa. Al cabo de unos instantes, se volvió a Meg con lágrimas en los ojos.

—Vendido.

—¿Cómo? —Meg parpadeó con incredulidad.

—Querida mía, he ido a su tienda. Vi la nota en el *Tribune* en la que anunciaban que habían vuelto a abrir y quería ver si seguía interesada en pintarme a Jane Eyre y a Agnes Grey. Su hermana me mostró el retrato que le había pintado y vi que su talento también abarca la pintura del natural. Pero esto… —Señaló con un gesto el lienzo—. Esta podría ser su mejor obra.

Meg estaba anonadada.

—Esto estaba pensado como un ejercicio.

—Lo quiero. Hay un nuevo movimiento artístico en Francia que apenas acaba de comenzar. Es una técnica más suave, que pretende plasmar una impresión en lugar de copiar la realidad. Su cuadro me recuerda mucho a ese movimiento. Lo que quiero saber es si puede

producir otros similares.

—Una serie de cuadros del mismo estilo —confirmó Meg—. Con gente normal y la propia ciudad.

—Exacto.

Cuanto más lo pensaba, más ilusión le hacía.

—Podría llamarlo «El espíritu de Chicago». Subrayaría el coraje y el potencial de nuestra ciudad, mostrando a las personas que la reconstruirán. No obviaría la calamidad, sino que la usaría de fondo, en fuerte contraste con la esperanza. Enseñaría atisbos de belleza, aunque rodeados de ruinas.

La señora Palmer asintió.

—He alquilado un espacio de la galería del señor Jansen para subastar algunas de las obras que me traje de Francia y recaudar fondos. Si prepara algo a tiempo, también incluiré sus obras. Un porcentaje de los beneficios podría donarse a la institución benéfica que desee y el resto sería para usted, para ayudarla con los costes de su propia reconstrucción. —Apoyó la mano en el hombro de Meg—. Déjemelo todo a mí y ya verá cómo su arte recibe la atención que merece.

Capítulo 29

Miércoles, 29 de noviembre de 1871

Había funcionado; no gracias a Meg, pero había funcionado.

Entre las conversaciones con el doctor Gilbert y el consejo, el escrito legal de Jasper y su profesor, el artículo con el que Nate había amenazado y un número innombrable de oraciones, algo había acabado por convencer a las autoridades de liberar a Stephen del sanatorio.

Una cosa había sido firmar los formularios esa misma tarde, y otra muy distinta traerlo de verdad de vuelta a casa. Ese era el peso que sentía Meg al conducir a su padre a la cabaña. La última vez que había vuelto a casa tras una ausencia prolongada, no había terminado de adaptarse. Después de casi dos meses en el manicomio, ¿qué nuevos horrores lo acompañarían? El alivio por su salida pronto se tornó en preocupación.

Nate había acompañado a las hermanas al sanatorio para recoger a Stephen, pero dejó que continuaran el reencuentro en la intimidad. «Este es un momento reservado únicamente para la familia», le había susurrado a Meg cuando esta lo invitó a entrar en casa.

Acabada la breve visita guiada por las dos habitaciones, Sylvie se quitó la ropa de abrigo y la colgó de los clavos dispuestos en la pared delantera.

—Qué alegría volver a tenerlo en casa —dijo con timidez. La joven se veía igual que a los quince años, cuando recibió a Stephen de vuelta de la guerra. Insegura. Esperanzada. Cauta.

Meg también se sentía así. ¿Cómo había dedicado tanta energía a

esperar y rezar por su liberación y tan poca imaginación a lo que sucedería cuando estuviera de vuelta en casa? No tenía ni idea de cómo iban a afrontar la estrechez de la cabaña en mitad del distrito incendiado.

—Casa —repitió Stephen, contemplando la habitación delantera y luego la ventana, donde la suciedad arrastrada por la lluvia del día anterior había salpicado el cristal. ¿Había sarcasmo en su voz o solo decepción? Estaba más delgado que la última vez que lo habían visto, especialmente se notaba en la cara, que quedaba expuesta sin la barba.

—Está usted donde le corresponde —dijo Meg, tratando de infundir seguridad a su padre y a sí misma—. Con nosotras.

El hombre la miró con sus enormes ojos grises antes de fijarse en las manos. Con los labios formando una fina línea, asintió.

Quería que le tomara las manos entre las suyas, igual que había hecho Nate. Quería que le tocara las cicatrices, que tocase a quien era en ese momento y que le dijera que la quería tanto o más que antes, porque ahora ambos estaban marcados, de manera visible o invisible.

El hombre no hizo ninguna de las dos cosas. No hizo nada.

Meg sintió una opresión en la garganta. Se recordó a sí misma que su padre llevaba años sintiéndose incómodo con el contacto. Pero, por el amor de Dios, si había un día en el que hacer una excepción con respecto a la acostumbrada distancia, era ese.

¿Habría tenido razón el odioso doctor Franklin? ¿Acaso esperaba, si no exigía, más de su padre de lo que este era capaz de dar?

No era una reunión digna de un cuento de hadas; era tan tensa como el tejido cicatricial de sus palmas.

Con ruido de faldas, Sylvie se acercó a la cocina, poniendo distancia entre ella y su padre, como tantas veces antes había hecho. Meg se preguntó si se sentiría desatendida o insignificante.

—¿Café? —preguntó Sylvie.

Stephen le dedicó su atención.

—Tomaré un poco.

¡Había tantas cosas que Meg quería preguntarle! ¿Cómo lo habían tratado? ¿Pasó hambre o frío? ¿Le hicieron daño? ¿Lo habían drogado? ¿Lo metieron en una jaula? ¿Tuvo miedo? ¿Sus cartas le sirvieron de ayuda? ¿Podría recuperarse de lo que fuese que le había sucedido, o aquellas semanas en el sanatorio habían añadido nuevos traumas a aquellos que ya sufría y de los que no había podido librarse? Y Sylvie le preguntaba si quería café.

Las preguntas de Meg habrían llegado demasiado rápido,

demasiado lejos y demasiado pronto. Habría sido un error formularlas, una actitud egoísta para descargar su propia conciencia. Sin embargo, Sylvie tal vez le hubiera hecho la única pregunta que su padre era capaz de afrontar. Meg miró a los ojos a su hermana y asintió con aprobación.

Con un suspiro que sonó aliviado, Stephen se pasó una mano por el mentón.

—Huele bien. ¿Qué más tenéis para comer?

Meg puso sobre la mesa una bandeja de galletas frías junto a un pedazo de mantequilla y un tarro de confitura de arándanos.

—También tenemos pollo con caldo de anoche. Coceré unas patatas para acompañarlo.

Stephen fue untando con mantequilla y mermelada una galleta tras otra hasta haber devorado tres en menos de cinco minutos. Solo entonces se detuvo y miró a su alrededor. Se lamió los labios.

—¿Hemos tenido que pagar por esta casa?

Meg detectó un atisbo de desaprobación en su tono y trató de no tenerlo en cuenta.

—No, la construyeron como parte de un subsidio que recibimos de la Sociedad de Ayuda y Socorro, ¿recuerda?

—Es probable que me lo escribierais. Leí vuestras cartas, pero hay mucho que no recuerdo. De los poemas, sin embargo, sí que me acuerdo. Gracias por todo lo que me llevasteis.

Con una sonrisa satisfecha, Sylvie sirvió una taza de café y se la colocó delante.

—¿Quiere que le contemos cómo va el negocio? ¿O prefiere que… no?

El hombre rodeó con los dedos la taza de cerámica y dio un sorbo al café con el ceño fruncido, como si hasta aquella fuera una pregunta demasiado difícil de ponderar.

—Podemos esperar a otro momento para contárselo —le propuso Sylvie—. Pero sepa que está yendo lo mejor posible, dadas las circunstancias.

—Bien. —*Oliver* se subió al regazo de Stephen, cuyas arrugas de la frente se suavizaron al acariciarlo. El ronroneo se oía desde donde Meg calentaba el caldo al fuego.

Se mordió la lengua para no interrumpir el silencio que su padre, evidentemente, prefería. Sin embargo, quería contarle que ya habían acudido a encargar libros cinco clientes, incluida Anna Hoffman. Quería explicarle cómo había evolucionado su pintura y la exposición en la que iba a participar, patrocinada por Bertha Palmer. Quería

mostrarle el retrato de Sylvie que colgaba en la habitación delantera y pedirle su opinión; si se había percatado de su presencia, no lo había indicado de forma alguna. En lugar de decirle nada, añadió sal a la cazuela de patatas y volvió a colocar la tapadera.

Después de servirse una taza de café, Meg se sentó con Sylvie y con su padre a la mesa mientras esperaba que las patatas terminasen de cocerse.

—Mañana nos han invitado a celebrar Acción de Gracias con Edith, la hermanastra de Nate, y su familia. También estará Jasper Davenport.

Una sombra veló el semblante de su padre.

—¿Acción de Gracias? No tenía ni idea de que fuera mañana. ¿Queréis pasar la festividad con Nate y Jasper?

Meg apretó con fuerza el asa de la taza.

—Queremos pasarla con usted.

Estaba a punto de decir que entendía por qué no quería ir y que se quedaría en casa con él, cuando Sylvie negó con la cabeza.

Era cierto. Habían hablado largo y tendido sobre el tema. Meg tenía que dejar de excusar a su padre a cada mínimo signo de incomodidad.

—Queremos pasarla con usted —repitió—, pero también sería bonito aceptar la invitación después de todo lo que han hecho por nosotros.

—Se han convertido en buenos amigos —añadió Sylvie.

Stephen arrugó el ceño.

—Que yo recuerde, Jasper pensaba que había matado a su tío.

—Solo por lo que dijo la policía —respondió Sylvie con dulzura—. Y, de todas formas, nos permitió vivir en la mansión durante semanas. Por no hablar de que su escrito ayudó a abrirle las puertas del sanatorio.

Stephen levantó la vista, con el rostro tomado por la sorpresa.

—Eso no me lo contó nadie. No sabía que estaba en deuda con él.

Meg estiró los dedos. No había nada que desease más que complacer a su padre, pero Sylvie tenía razón. Ese nivel de dependencia no era sano.

—Haga usted lo que más le convenga, padre. Mañana Sylvie y yo compartiremos la cena de Acción de Gracias con nuestros amigos. Nos encantaría que viniera, pero la elección es suya.

Sin mediar palabra, volvió su atención a *Oliver*, que seguía en su regazo. La cazuela comenzó a hervir y el agua siseó al derramarse sobre el fogón. Stephen dio un fuerte respingo y se golpeó la rodilla con la mesa, por lo que el gato se escabulló.

Con el pulso acelerado por la reacción de su padre, Meg se apresuró a levantar la tapadera y dejar que saliera el vapor. Podía oírle respirar demasiado rápido y con dificultad.

—No pasa nada —le dijo Sylvie en voz baja—. Es solo agua. Todo está bien.

Pero Meg se preguntó si realmente lo estaba.

❋❋❋

A Nate no le gustaba tener secretos con Meg. Pero ¿cómo le iba decir que había algo que no cuadraba con la confesión de Otto Schneider cuando era precisamente esa confesión la que había permitido que se exculpara a su padre?

Eso era lo que le preocupaba cuando se despidió de ella tras la reunión con Stephen. Casi sin pensarlo, enfiló la calle Randolph en dirección al río. Llevaba tiempo sin que le limpiaran los zapatos.

Martin Sullivan estaba inclinado sobre los zapatos de otro cliente cuando Nate llegó junto al puente. La niebla se cernía sobre ellos, robándole todo color a la escena. El río, frío y gris, serpenteaba entre las orillas. Con las manos guardadas en los bolsillos del pantalón, los pensamientos de Nate también fluían en una dirección: de vuelta a Otto Schneider.

Había confesado demasiado rápido, incluso antes de que le hubieran asignado un abogado. Schneider había afirmado que los falsos testigos habían mentido la policía sin recibir primero pago alguno. ¿Qué tipo de persona se arriesgaba a ir la cárcel por la mera esperanza de que más tarde le pagasen? No cuadraba. Y tampoco sabía cómo se había enterado Otto Schneider de que podía inculpar precisamente a Stephen Townsend. Su confesión no decía nada al respecto. De hecho, tampoco decía nada sobre los falsos testigos. Nate ni siquiera conocía sus nombres.

Así, antes de redactar la historia, Nate había compartido su escepticismo con su editor. «No eres un detective», había dicho Medill, «sino un reportero, al menos por el momento. Si no eres capaz de seguirle el ritmo a las noticias de esta ciudad, búscate otro trabajo». Nate había escrito el artículo sobre la confesión. Eso no quería decir que la creyera.

A Meg le dolería saber que Nate dudaba de la culpabilidad de Schneider, fuera cual fuese el motivo. Ese mismo día, mientras regresaban del sanatorio a la cabaña, Stephen había mencionado que jamás se había encontrado con Otto Schneider. Ni siquiera conocería

su nombre si no hubiera sido por las historias de Hiram. Eso no hacía sino poner aún más en duda la confesión de Schneider, lo cual implicaría que el verdadero asesino seguía suelto. No obstante, hasta que Nate no contase con hechos que respaldaran su corazonada, se guardaría sus sospechas.

El cliente de Martin pagó y se fue, desapareciendo entre la niebla. Nate lo sustituyó en la silla de madera y apoyó un pie en la caja.

—Llevaba tiempo sin venir, ¿verdad? —preguntó Martin, afable.

—Desde luego, iba siendo hora.

Martin tenía la nariz roja del frío mientras limpiaba el zapato de Nate.

—Bueno, al menos lucirá elegante para la festividad. Oiga, la última vez que estuvo aquí anduvo preguntando por un tal Schneider, ¿no? ¿Leyó en el periódico que ha confesado un asesinato? —Emitiendo un silbido, negó con la cabeza.

—Sí que lo vi. —Escondió las manos bajo los brazos para mantenerlas calientes—. ¿Le ha sorprendido?

—Pues sí. ¿Que era un borracho? Desde luego. ¿Y lo de los hurtos? También me lo creo. ¿Pero un asesinato? Jamás lo habría creído capaz.

Nate no había acudido en busca de información, pero tampoco iba a interrumpir a Martin.

—¿Sabe lo que es muy curioso? El otro día vi a Martha, su mujer, con los tres niños. Tenían mejor aspecto que el que les haya visto en años. Todos con ropa nueva, si no me equivoco. Sin parches, sin bajos ni mangas más cortas de lo debido, nada —gruñó—. La Navidad ha debido de llegar antes de tiempo a su casa.

Nate se quedó mirando la niebla por encima de la cabeza de Martin.

—Qué extraño.

—Eso es lo que pensé yo. Le dije que se la veía bien y se puso algo colorada antes de contestarme no sé qué sobre una tía generosa en Saint Louis. —Martin se encogió de hombros y mojó el trapo en un tarro de betún.

—Bueno, si alguna vez les hizo falta una tía generosa, desde luego que sería ahora —respondió Nate. Tal vez Schneider ganase poco dinero antes, pero en ese momento no iba a aportar nada al sustento familiar—. Puede que a Martha le avergonzara necesitar ayuda.

—Eso es verdad, señor. Sí que es verdad —asintió Martín antes de ponerse a canturrear villancicos mientras seguía trabajando.

Conque ropa nueva. ¿Y una tía en Saint Louis? No era que Nate

dudase de su explicación, pero le gustaría verlo por sí mismo. Con los zapatos lustrados y el servicio pagado, le deseó a Martin un feliz Día de Acción de Gracias y tomó un carruaje de alquiler hasta los barracones de la División Norte, pues recordaba la dirección de los Schneider de haberla visto en el informe policial.

La niebla se había levantado y el cielo parecía bajo y plano, como una triste sábana blanca estirada. Debajo, en el vecindario arruinado, cuatro largos edificios de una planta albergaban a mil familias. De vez en cuando, entre los bloques calcinados descollaban chimeneas, solitarias y ominosas. A medida que Nate se acercaba al barracón número dos, le iban llegando los sonidos de quienes vivían entre sus delgados muros. Llamó a la puerta de los Schneider.

Esta se abrió.

—¿Qué desea? —Un chiquillo lo miró desconfiado, con un esponjoso *pretzel* en la mano. El cuarto desprendía calor, que siseaba y crepitaba al contacto con la humedad del aire. Los aromas que lo acompañaban no eran los de la pobreza, sino los de los preparativos para un festín.

—Soy Nathaniel Pierce, del *Chicago Tribune*. Me preguntaba si podría hablar con tu madre. Esta es la casa de los Schneider, ¿verdad?

El niño terminó de abrir la puerta y Nate entró en la estancia. La luz natural que le faltaba al exiguo espacio se compensaba con varias lámparas de queroseno, todas ellas encendidas. Extraño, cuando se suponía que la familia debía ahorrar.

—Está ahí —respondió, señalando a una mujer con el brazo metido hasta el codo en un pavo. Unas salchichas chisporroteaban a la lumbre.

Nate se quitó el sombrero y, acercándose a la mujer, volvió a presentarse.

—Bien, yo soy Martha Schneider, y este es mi hijo, Frederick. Dice usted que es del periódico, ¿no? —Su cabello oscuro estaba veteado de gris y sus ojos calculadores, rodeados de finas arrugas—. ¿Qué quiere? El artículo ya está impreso.

Era una buena pregunta.

—No he venido por el artículo, señora. Solo quería saber qué tal les iba.

—Nos va tan bien como cabría esperar —respondió con el ceño fruncido—. Como puede ver, estoy preparando la cena de Acción de Gracias. Así que, si ya está satisfecho, Frederick lo acompañará a la puerta.

No la culpaba por mostrarse confusa y distante. Pero aún no estaba

satisfecho.

—Aquí huele de maravilla. ¿Va a cocinar para una multitud?

Una niña pequeña salió de otro cuarto.

—¡Ay, para muchísimos! —respondió ceceante, pues le faltaban varios dientes—. ¡Para todos los vecinos que quepan! Mamá dice que tenemos que compartir nuestra buena suerte. Y los pavos también. Este año tenemos tres, pero mami les ha dado dos a otras mamás para que los cocinen ellas.

—¡Cállate, Mary! —Martha se volvió hacia Nate—. Esta niña es una cotorra. Una nunca sabe por dónde va a salir.

Nate sonrió a la niña al tiempo que se maravillaba por lo que había dicho. Tres pavos constituían un gasto desmesurado para cualquier familia de clase media. En el caso de los Schneider, no tenía sentido. El reportero hincó una rodilla para situarse al nivel de la niña y esta hizo una pirueta.

—¡Mire mi vestido! Es especial para Acción de Gracias.

Nate no era un experto en ropa infantil, pero todos esos volantes parecían elegantes. Y el tejido, eso sí lo sabía, era de calidad.

—Quítate eso ahora mismo, jovencita, y déjalo para mañana. —Martha sacó el brazo y dejó los intestinos del pavo sobre unas hojas de periódico—. ¡Y dile lo mismo a tu hermana!

Mary escapó de la pieza, dejando tras de sí una risa infantil, para transmitirle el mensaje a su hermana. Frederick puso los ojos en blanco y empezó a jugar a las tabas en mitad del suelo. La Sociedad de Ayuda solo había equipado los barracones con colchones y vajilla. Pero tras el niño había un sofá y una butaca a juego, y un montón de mantas se acumulaba sobre la otomana. La etiqueta del precio aún seguía atada a una de las patas de madera. Nadie había donado esos muebles.

Nada tenía sentido. A esa gente se le había quemado la casa hacía un mes. Lo habían perdido todo, al igual que Nate. Este ganaba un buen sueldo y no tenía a nadie a su cargo, y sin embargo no podría permitirse lo que allí veía.

—Me alegro de que les vaya tan bien —dijo Nate —, teniendo cuenta las circunstancias.

Martha continuó eviscerando el ave.

—Sigo sin ver qué le importa a usted, pero sí, nos va bien. Gracias a una tía muy generosa de Cincinnati.

—¿Cincinnati ha dicho? —Martin había dicho que era de Saint Louis. Pero bien era cierto que la memoria podía haberle fallado.

Frederick levantó la vista con algo parecido a la preocupación en

los ojos. Nate también lo detectó en los de Martha. ¿Por qué?

—Es hora de que se vaya, señor Pierce. Ya ve que estoy ocupada.

—¡Yo lo acompañaré a la puerta! ¿Vale, mami? ¡Por favor! —Mary irrumpió de vuelta en la habitación descalza, y con un vestidito que le quedaba corto.

Nate se puso el sombrero.

—Muchas gracias, señorita. Adelante, pues. —Tras despedirse de Martha y Frederick, siguió a Mary los pocos pasos que los separaban de la puerta. Cuando esta la abrió, él se tocó el sombrero—. Vuestra tía debe de quereros mucho —dijo en voz baja—. Seguro que te encantaría pasar Acción de Gracias con ella.

La niña ladeó la cabeza y parpadeó.

—No tenemos ninguna tía.

Capítulo 30

Jueves, 30 de noviembre de 1871

Stephen no estaba de humor para desconocidos, pero tampoco quería comer sopa de alubias fría él solo, en la cabaña, durante las fiestas. Tenía que estar con su familia, dondequiera que esta estuviese.

No obstante, le costaba. El barullo le ponía los nervios de punta. Al menos los Novak habían tenido el detalle de hacer coincidir la cena con la hora de la siesta de sus hijos, pues no tenían una institutriz que se ocupara de ellos mientras los adultos comían. Stephen no habría sido capaz de soportar todo aquello y, además, a los niños.

Los Novak parecían agradables, y no le importaba la compañía de Nate Pierce, pero había algo en Jasper que no entendía, y eso le preocupaba. ¿Por qué se había tomado tantas molestias para que Stephen saliera del manicomio?

En cualquier caso, Stephen decidió disfrutar en silencio del pavo y la salsa de arándanos, las patatas y el caldo, mientras los demás conversaban a su alrededor. Después del rancho que le daban en el sanatorio, estaba feliz de saborear cada bocado en paz. Las distintas texturas y sabores estallaban en su boca. Cuando Edith le pasó el pastel de frutas, se sirvió otro pedazo.

Cuando a Meg se le escapó de la mano el cuchillo mientras sostenía un panecillo untado de mantequilla en la otra, los cubiertos rechinaron sobre el plato de loza. A nadie pareció molestarle el ruido.

—¿En qué otras noticias estás trabajando ahora, Nate? ¿Has oído algo sobre el juicio contra Catherine O'Leary por provocar el Gran Incendio?

El rostro de Nate se tornó sombrío.

—Hasta ahora no. La investigación empezó hace siete días y la prensa todavía no tiene nada que decir sobre el proceso. No nos permiten entrar en la sala del tribunal, pero nos han prometido entregarnos las transcripciones una vez que termine el juicio. Entretanto, el resto de los periódicos imprimen meras conjeturas y al público no le queda otra que formarse una opinión basándose en poco más que rumores y conclusiones apresuradas.

—Hasta donde yo sé —dijo Jasper—, todo el mundo ha decidido ya que la señora O'Leary y su vaca son culpables.

—Y por eso es tan importante que consiga los documentos de la investigación, para informar de lo que realmente sucedió.

—Así se habla. —Frank levantó la copa de agua frente a Nate—. Ese artículo será tu gran titular. Ya lo veo en primera plana.

—Frank tiene razón. —Edith le rellenó la copa de agua—. Va siendo hora de que obtengas algo de reconocimiento en el *Tribune*. Cuando Medill ocupe el cargo de alcalde, ¿quién será el nuevo editor?

—No lo sé. —Nate se limpió la boca—. He oído que uno de los otros editores se hará cargo de su trabajo hasta encontrar a alguien que ocupe el puesto de editor de noticias locales.

Después de aquello, Stephen perdió el hilo de la conversación. Sylvie y Jasper intercambiaron algunas palabras, pero no logró entenderlas. Estaba demasiado distraído viendo cómo Meg trataba de cortar el pavo. Sostenía el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo entre los dedos anular y meñique y la palma de la derecha. Los otros dos dedos y el pulgar paralizados tenían un aspecto sumamente extraño, como apéndices destinados a estorbarle para siempre. Trataba de cortar la carne, pero necesitaba toda su concentración. De repente, el cuchillo se le cayó al plato y Stephen se estremeció.

Meg levantó la vista y, mirándolo, musitó:

—Lo siento.

El hombre asintió. No era culpa suya. Cada uno de los ruidos a la mesa le resultaba demasiado alto. Se sentía más inquieto que pocos días antes. De alguna extraña forma, echaba de menos a Hugh Brodie. También echaba de menos a Hiram, y esa punzada era con mucho la más dolorosa. El anciano siempre había sido amable con él, había aceptado su forma de ser aun cuando empezó a fallarle la mente. Stephen odiaba que sus últimas palabras a su mejor amigo hubieran sido tan duras.

—¿Más patatas, señor Townsend? —preguntó Jasper—. Puede acabárselas.

—Lo haré.

Jasper pasó la fuente de mano en mano para hacérsela llegar. Cuando fue el turno de Meg, la sujetó sin problemas con la mano izquierda, pero tuvo dificultades con la derecha y uno de los lados de la fuente se cayó con un fuerte golpe contra los cubiertos.

—¡Meg! —El reproche saltó de boca de Stephen antes de poder callárselo. Se rascó la nuca—. No pasa nada —farfulló—. Está bien.

Era tan incapaz de controlar sus nervios crispados como ella de controlar la fuente. Pero era culpa de él, no de su hija.

Desde uno de los cuartos traseros, el llanto de un bebé fue subiendo de volumen hasta sonar como una sirena. Se oyó otro llanto más. El pulso le retumbaba en las sienes, Stephen ya no lo soportaba. Dejó la servilleta en la silla y, tratando de no cerrar de un portazo, salió de la casa.

Se derrumbó sobre el escalón delantero. Su cuerpo absorbió el frío de la piedra e inspiró el aire helado a bocanadas, como si fuera agua. Al menos, allí fuera, uno podía respirar. Al menos podía tener algo de paz.

Escondió la cabeza entre las manos. A su espalda se oían los sonidos amortiguados de una madre consolando a su hijo. Él había humillado a la suya.

La paz que traía consigo el aislamiento era superficial y momentánea. No estaba loco, eso lo sabía. Su lugar no era el manicomio. Quería volver a encajar en la familia, pero ¿cómo hacerlo cuando ni siquiera encajaba en su propia piel?

—Señor mío —rezó—, ¿es que no puedo hacerlo mejor?

Tras él, las bisagras de la puerta rechinaron cuando esta se abrió y se cerró. Frank Novak le tendió su abrigo.

—Vamos a dar un paseo.

Stephen se levantó y se puso el abrigo. Una vez que llegaron a la acera, lanzó una mirada a Frank, que estaba a su lado.

—Entiendo que ayudó a poner en marcha el proceso que ha permitido mi liberación. ¿Se está preguntando ahora si se equivocó?

—Para nada. Lo que sí me pregunto es cómo ha dormido últimamente.

—Nada bien. —Sus palabras se quedaban cortas. Stephen había dormido mejor en el sanatorio que en su propio hogar la noche anterior. Tampoco es que la cabaña, donde dormía sobre un catre en el suelo, le pareciese un hogar.

Una larga hilera de árboles montaba guardia entre las casas y la calle. Las últimas hojas del otoño temblaban, aferrándose a las ramas

que se alzaban hacia el cielo azul lechoso.

Frank se subió las solapas del abrigo y hundió el cuello entre los hombros.

—¿Qué tipo de fármacos le daban en el sanatorio? Soy boticario, así que siento curiosidad.

—Si es boticario, ¿no debería saberlo ya?

—Hágame el favor.

El frío envolvió la garganta de Stephen, provocándole una tos de la que no había conseguido librarse desde la guerra. Al cabo, cesó.

—Láudano. Opiáceos, directamente —dijo al fin—. Suficientes para que un hombre inteligente deje de pensar, suficientes para hacerle babear y que no le importe demasiado. —El recuerdo le provocó un escalofrío—. En aquel momento me daba igual, no tenía fuerza de voluntad. Pero no volveré a caer en ello.

Caminaban sobre una alfombra de hojas mojadas por la lluvia de la víspera.

—Los opiáceos están entre los favoritos de los médicos —dijo Frank —. Pero la cantidad que describe usted es demasiado alta. ¿Era el farmacéutico del sanatorio quien administraba las dosis?

—Nunca vi a un farmacéutico. Los enfermeros eran los encargados de administrarlas. Creo que se facilitaban el trabajo incapacitando a todas las personas que podían.

Las puntas del bigote de Frank descendieron en una mueca de disgusto.

—Me parecería terrible. Eso no quiere decir que no lo crea. Si tomase la dosis adecuada, podría hacerle bien. El doctor Gilbert…

—No —lo detuvo Stephen—. Se acabaron los médicos, se acabaron las drogas.

Mientras caminaban, las palabras y su respiración levantaban pequeñas nubecillas.

—Entiendo por qué se siente así, señor Townsend.

Stephen lo dudaba. Doblaron una esquina. Unos mirlos que picoteaban una manzana podrida echaron a volar cuando Stephen y Frank se acercaron.

—¿Le daban algo más en el sanatorio? ¿Algo que le ayudara a dormir?

Stephen, hundiendo las manos en los bolsillos, admitió que así era.

—Una tintura de *whisky*. La tomaba, pero no volveré a hacerlo ahora que estoy fuera. Se acabó el alcohol. Se acabaron las drogas.

—Ah… —Frank asintió, con las puntas de las orejas y la nariz colorados del frío—. Debían de usar *whisky* como base para los

sedantes. Me apuesto algo a que añadían bromuro de potasio como anticonvulsivo para reducir los temblores. Y probablemente también hidrato de cloral como somnífero, para ayudarlo a dormir.

A Stephen poco le importaban los nombres rimbombantes.

—Fuera lo que fuese, no volveré a tomarlo. La mayoría de los internos eran adictos.

Un par de ardillas treparon por un árbol, persiguiéndose, comunicándose entre ellas. La acera estaba cubierta de nueces negras que alguien debería haber apartado. Stephen lo hizo de una patada al pasar.

—Lo entiendo. Y entiendo que ha tenido una mala experiencia, pero creo que el doctor Gilbert podría ayudarlo. No tiene por qué luchar contra el corazón de soldado usted solo.

Stephen hundió la barbilla en el cuello de la capa, impertérrito. Se acabaron los doctores. Se acabaron las drogas. Se acabó el alcohol.

❋❋❋

Aquello era nuevo.

Meg, que siempre había querido que su padre se sintiera mejor, no hacía sino empeorar las cosas. Sylvie, cuya simpatía por él pendía de un hilo desde hacía años, se había convertido en la hija que lo entendía. Él la escuchaba y parecía calmarse hasta cierto punto. Meg se alegraba por ello.

Lo que no le alegraba era que la torpeza causada por su deformidad lo alejase de ella.

—Lo siento mucho —le había dicho a Edith cuando Frank salió a buscarlo.

—No has hecho nada malo —respondió Edith —, y tampoco tu padre. Hace todo lo que puede. —Sylvie le dio la razón.

—Volverá a ti —había añadido Nate más tarde—. Dale espacio. Dale tiempo.

Un poco más tarde, invitó a Nate a dar un paseo por la orilla del lago y él aceptó. Pero primero querían volver a la cabaña con Stephen y Sylvie para que Meg pudiera cambiarse de zapatos. Mientras Nate esperaba en la habitación delantera con su padre, Meg siguió a su hermana al cuarto trasero.

—Ojalá Jasper y yo pudiéramos acompañaros —suspiró Sylvie—. Pero dice que tiene que estudiar.

Meg se sentó en la silla de madera y cruzó un tobillo sobre la rodilla opuesta para llegar al botín.

—¿Exactamente cuánto tiempo te gustaría pasar con él, si pudieras?

El rostro de Sylvie dibujó una media sonrisa.

—Todo el que tuviera libre.

Las manos de Meg se detuvieron sobre los cordones al ver a su hermana sonrojarse.

—¿Ya habéis hablado? ¿Te está cortejando, Sylvie?

—Si no lo está haciendo, espero que lo haga muy pronto. —Sus mejillas se ruborizaron, enmarcadas por los bucles castaños.

Meg se quedó pensando en ello. Y en la inevitable reacción que tendría Stephen. Jasper y él apenas habían hablado entre ellos durante la comida.

—¿Crees que… es el mejor momento? —preguntó mientras se quitaba los botines de tacón y los sustituía por un calzado más apropiado para el terreno pedregoso.

—¿Es el mejor momento para ti y para Nate? —Había cierta dureza en la voz de Sylvie, pero la ayudó con los cordones. Meg podía hacerlo sola, pero habría tardado mucho más.

—Nate no me está cortejando.

—Yo diría que sí. Está claro. Y me alegro por ti, Meg, de verdad. Pero, por favor, ¿no podrías hacer lo mismo por mí? —Con sus ágiles dedos, le ató los zapatos y le dio una palmadita en las punteras al terminar—. Ya estás lista.

Meg sabía muy poco sobre Jasper. Las pocas veces que había intentado preguntarle algo, no se había mostrado demasiado comunicativo. Aun así, sin su carta al sanatorio, Stephen seguiría encerrado, y eso decía mucho sobre su carácter, Meg estaba segura de ello. A menos que lo hubiera hecho para ganarse el afecto de Sylvie.

Inquieta, pero sin querer insistir en el tema, le dio las gracias y se puso en pie. Al ver una caja de cartón apartada en un rincón, añadió:

—¿Todavía no has llevado la ropa vieja de Hiram al almacén de la Sociedad de Ayuda?

—Quería hacerlo. Pero entonces vi esto. —Sylvie se dio la vuelta y sacó de la caja el viejo uniforme de guerra de Hiram—. Jasper no lo quiere; si no, no estaría en la caja. Como la Sociedad Histórica lo perdió todo en el incendio, he pensado que podríamos limpiarlo y ver si lo quieren. ¿Qué te parece?

Le tendió la casaca a Meg. Sus dedos apenas percibían el tacto de la lana. Hacía falta sacar brillo a los botones, pero la prenda no había sufrido demasiado durante los últimos diez años.

—Creo que es una idea estupenda.

Colocó el uniforme en el respaldo de la silla y acarició con las

puntas de los dedos cada sección del tejido en busca de rasgones, manchas o puntos en los que un ratón pudiera haberlo roído.

Algo crujió en el bolsillo del pantalón. Extrajo un sobre dirigido a Hiram. La remitente era Sarah Davenport, en Indiana. Su hermana.

Meg dio la vuelta al sobre. En él aparecían escritas con la letra de Hiram, aunque más trémula que de costumbre, las siguientes palabras: «Actualizar testamento. Hacer beneficiarios a los Townsend».

El corazón se le encogió. Se acercó a la ventana para tener mejor luz, extrajo la carta y leyó:

Querido Hiram:

Sé que llevamos muchos años sin hablarnos. Pero también sé que agradecerás recibir noticias de mi nieto, tu sobrino nieto, Jasper Davenport, a quien crie como si fuera mi propio hijo desde la muerte de sus padres. Hubo un tiempo en que tú y yo estábamos muy unidos, antes de que aquella discusión acabase con nuestra relación. Le escribiste muchas cartas que jamás le entregué, pues te negabas a acatar mi petición de romper todo contacto. Cometí un error al no dejar que las leyera. Le habría gustado saber de ti. No creo que me perdones en mucho tiempo, si es que algún día lo haces, pero te lo pido igualmente.

Como diría nuestro presidente, Jasper entregó hasta la última gota de su devoción por la causa. Murió de fiebre tifoidea en su campamento militar en las afueras Petersburg, Virginia, el pasado agosto. Has de saber que…

Anonada, Meg miró la fecha de la carta: 18 de octubre de 1864. «No puede ser». Cuando dio la vuelta a la carta, vio la firma de la hermana de Hiram. Luego volvió a leer aquellas palabras imposibles. «Jasper murió».

Las rodillas le flaquearon como gelatina por el susto. Si Jasper había muerto, ¿quién era el hombre al que había retratado?

Sylvie frunció el ceño.

—¿Qué sucede? Parece que hubieras visto un fantasma.

❋❋❋

Sylvie miraba fijamente la carta y el sobre que Meg había dejado en la mesa de su humilde cocina.

—Lo sabía —murmuró Stephen—. Sabía que ese hombre tramaba algo.

Sylvie miró a Meg y a Nate, rogándoles en silencio que lo contradijeran. Que dijeran que Stephen volvía a mostrarse paranoico y desconfiado. Con la garganta seca, se sirvió un vaso de agua y dejó la jarra sobre la mesa. Su frescor le avivó los sentidos y le recordó que no estaba soñando.

—Nos mintió a todos —convino Meg—. ¡Pobre Hiram! No recordaba que su sobrino había muerto. Sucedió casi al final de la guerra. Para entonces la memoria empezaba a fallarle.

El viento azotaba las ventanas de la cabaña y las llamitas de las velas oscilaban a su paso.

—Yo… no entiendo cómo ha podido suceder esto —vaciló Sylvie. Los había engañado a todos, pero ella había sido la más necia. Había confiado en él.

Oliver dejó la alfombra al pie de la lumbre y se frotó contra la falda de Sylvie. Esta se lo subió al regazo y hundió los dedos temblorosos en su suave pelaje.

Stephen alzó la mirada.

—¿Decís que encontró el testamento que lo declaraba beneficiario? ¿Qué fecha constaba en él?

—Estaba fechado en 1869. Recuerdo que era después de la muerte de madre —respondió Meg.

—Si Hiram cambió el testamento después de la muerte del verdadero Jasper en 1864, lo que os enseñó tenía que ser un documento falso —dijo Stephen.

—A mí me pareció real. —Meg también se sirvió un vaso de agua.

—Para él no debía de ser difícil de falsificar. —Nate se cruzó de brazos—. Si verdaderamente es estudiante de Derecho, tendría acceso a algún modelo con la fraseología utilizada en los testamentos.

Meg sacudió la cabeza y estiró los dedos. Su semblante se veía cetrino a la luz de la lámpara de queroseno.

—Pero ¿quién es en realidad este hombre al que llamamos Jasper?

El banco chirrió contra el suelo cuando Stephen se puso en pie. Empezó a caminar por el cuarto, dándose golpecitos en el muslo. Sylvie lo observó con inquietud tan creciente como la de él.

—¿Se encuentra usted bien?

Los ojos grises le brillaban. Deteniéndose, cerró los puños y volvió a abrirlos, antes de ponerse nuevamente en marcha con el cuerpo tenso.

—Sea quien sea, no es Jasper Davenport —gruñó Stephen—. Es un embustero, astuto y peligroso.

Sylvie se llevó la mano al dolor que se le extendía por dentro.

—¿Peligroso? No, claro que no. —Aquella obsesiva canción sobre el

forastero errante… trataba de él. Él era el forastero, sin madre, padre ni otro pariente—. Puede que no sepamos quién es, pero no es peligroso. —Él le había dicho que quería ser mejor de lo que había sido antaño. Por ella.

—Eso no lo sabes —musitó Meg.

—¡Y tú tampoco puedes saber si lo es! —Ay, cuán desesperada sonaba. Lágrimas de vergüenza y frustración rodaban por sus mejillas —. Espera. —Sorbió por la nariz, recomponiéndose—. Tal vez la hermana de Hiram se equivocó al escribir sobre la muerte de Jasper. Puede que la informaran mal.

Sylvie notó cómo la desaprobación de su padre, que la miró con los ojos entrecerrados, le erizaba la piel. El hombre resopló por la nariz y un músculo le tembló en el mentón.

—¿Qué poder ejerce ese joven sobre ti para que defiendas a alguien que nos ha engañado a todos? ¿Qué promesas te hizo, hija, durante aquellas largas semanas en las que vivisteis bajo el mismo techo? ¿Acaso se ha llevado tu…?

—¡No! —Gimiendo, escondió la cabeza entre las manos, y *Oliver* huyó de su regazo—. Te aseguro que no ha sido otra cosa que un caballero.

—¡Un caballero! —vociferó Stephen—. ¿Alguien puede explicarme qué hechizo ha lanzado ese hombre sobre mi hija menor?

Meg levantó las manos y las agitó en el aire con suavidad.

—Tranquilo, padre. Ninguno de nosotros podría haber imaginado algo así.

—Yo sí. Sabía que había algo extraño, que el mal acechaba. El mal puro. —Stephen empezaba a caer en un pozo de oscuridad.

—No podemos responder al cómo ni al por qué —dijo Nate—, pero sí podemos discutir qué hacer a continuación.

Sylvie dobló el pañuelo y lo dejó en el regazo.

—Podemos pedirle que se explique.

Stephen se dio la vuelta y se abalanzó sobre la mesa, señalando con un dedo a Meg y a Sylvie.

—En ninguna circunstancia, absolutamente ninguna, quiero que volváis a veros en presencia de ese impostor. Me da igual qué ilusiones te estuvieras haciendo con el muchacho, es hora de que les pongas fin.

Sylvie cerró los ojos y vio el rostro de Jasper. Vio su retrato colgado en la biblioteca. Luego lo vio en aquella fotografía que seguía guardada en la novela que había tomado prestada de la biblioteca de Hiram.

Abrió los ojos súbitamente.

—¡Se equivocaba! —exclamó—. Sarah Davenport se equivocaba y puedo demostrarlo.

Pasó las piernas por encima del banco a toda prisa y corrió al cuarto trasero, donde estaba *Villette*, y extrajo la fotografía de su interior. El corazón le latía acelerado de alivio y alegría.

De vuelta en la cocina, soltó la tarjeta de un golpe en la mesa.

—Leed el anverso. Es Jasper, identificado de mano del propio Hiram. Pone que la fotografía fue tomada en marzo de 1865. ¡Así que no pudo morir en 1864

Stephen examinó la fotografía con el ceño fruncido.

—¿A ti qué te parece? —preguntó, tendiéndosela a Nate, quien la examinó con Meg.

—Es él —confirmó Meg—. Me he pasado horas estudiando los contornos de su cara. Aquí aparece mucho más delgado, pero la estructura del cráneo es la misma, al igual que la cicatriz. Es Jasper.

Nate se quitó los anteojos y miró de cerca las palabras escritas en el reverso del sobre y en el retrato.

—La letra también es la misma. Así que ¿qué versión de Hiram creemos? ¿La que se dice a sí mismo que ha de cambiar el testamento o la que nos dice que la identidad de su sobrino nieto es la que pensábamos?

Sylvie unió las manos, que tenía frías.

—Las fotografías no mienten. Esa es la versión que tenemos que creer. O bien la hermana de Hiram recibió un informe falso, o bien le mintió deliberadamente para hacerle creer que Jasper había muerto. Estaban enfrentados, ¿no? Hiram llevaba años escribiendo a Jasper en contra de los deseos de su hermana. Habría sido una forma de cortar la relación de una vez por todas. Él no habría tenido forma de saber que Jasper de verdad seguía vivo.

—Eso… tiene lógica —dijo Meg con cautela.

Cuando nadie más le dio la razón en voz alta, Sylvie se apresuró a llenar el silencio.

—Es la única explicación que resuelve el misterio.

Stephen negó con la cabeza.

—No estoy dispuesto a fiarme de él tan fácilmente. Hay algo que no cuadra. ¿Por qué Hiram fechó la foto tan avanzada la guerra? Yo me hice la mía en cuanto me alisté y la dejé con mi familia. Jasper nos dijo que se había alistado en 1861.

Una ráfaga de viento penetró por la rendija entre la ventana y el marco. Nate sacó de su cartera un periódico viejo, dobló una página

hasta formar una delgada tira y la encajó en el hueco.

—Me pregunto lo mismo, padre —dijo Sylvie—. Pero puede que no hubiera un estudio fotográfico en el campo donde hizo la instrucción. Y su familia era pobre. Me imagino que creyó que era malgastar un dinero que podría emplear mejor en otras cosas. Puede que su abuela Sarah le rogase una fotografía para recordarlo y que él, al final, cediese. No es tan difícil de imaginar, ¿no? Que su experiencia no sea igual a la suya, padre, no significa que sea menos válida.

Stephen se levantó y se puso delante de ella.

—¿Confías más en él que en tu propio padre?

Por un momento, Sylvie titubeó.

—No, padre. También confío en usted.

—Entonces no volverás a hablar con él. No pasarás tiempo en su compañía. El mal sigue acechando.

Capítulo 31

Miércoles, 6 de diciembre de 1871

La temperatura era tan solo de un par de grados bajo cero, y no se preveían lluvias, lo que suponía todo un alivio. «El espíritu de Chicago», la exposición benéfica organizada por la señora Palmer, se inauguraría la noche del domingo 17 de diciembre, diez semanas después del Gran Incendio. En días como ese, el estrés en casa se fundía con el fondo mientras Meg se perdía, voluntariamente, en el trabajo.

Los rayos de sol se abrían paso entre las nubes, un escenario simbólico de esperanza para un banquero que contemplaba el esqueleto de su antiguo edificio, que los albañiles iban a derribar ese día. Llevaba traje negro y sombrero de copa; apoyado en su bastón, formaba una figura imponente. En esa ocasión, Meg pintaba al protagonista desde atrás y lo había colocado en un lateral, de modo que veía lo mismo que él. Su postura en presencia de la construcción capturaba la cualidad pretendida. No se doblegaba, no se rendía ni siquiera al ver cómo las cuadrillas echaban abajo las columnas y arcos calcinados de su antiguo banco.

Tenían que permanecer a una distancia prudencial del lugar, pero no importaba, pues Meg quería incluir todo lo que pudiera de la escena. El banquero se encontraba a varios metros de ella, descansando sobre el bastón. Le oía recitar el «Salmo de la vida» de Longfellow.

En pie, pues, y manos a la obra,

con un corazón dispuesto a cualquier destino.
Persistamos en el esfuerzo y en el logro,
aprendamos a trabajar y a esperar.

Al principio le temblaba la voz, pero fue adquiriendo firmeza hacia el final. Sonaba incluso victoriosa. Era hermosa. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Meg mientras pintaba en negro de marfil, tierra de sombra y siena tostado la obra que denominaría *Un corazón dispuesto a cualquier destino*.

La humedad procedente del lago agudizaba el frío de sus dedos. Se los sopló y continuó trabajando hasta que llegó la hora de guardar sus materiales y plegar el caballete. A medida que se acercaban al solsticio de invierno, la noche caía cada vez más pronto sobre la ciudad. Pero en menos de tres manzanas estaría en casa.

Tras una breve pausa para ceñirse la bufanda al cuello, Meg agarró el caballete, el lienzo y la caja en la que guardaba los tubos de pintura, los pinceles y la paleta. La semana anterior, Louis Garibaldi la había acompañado dos veces mientras pintaba y le había llevado el material, a pesar de que podía hacerlo ella misma. El negocio de las reliquias comenzaba a decaer y a ella no le importaba darle una propina por su ayuda. También le entregó un ejemplar de *Las aventuras de Robin Hood* y él respondió regalándole una canica azul fundida.

Con cada paso que daba, sus pensamientos se centraban cada vez más en su familia. Muchas cosas habían cambiado desde el incendio. Otras, no.

A lo largo de la semana en la que Stephen había vuelto a casa del sanatorio, Meg había notado cómo crecía la tensión entre su padre y su hermana, y la causa era Jasper Davenport. Stephen se había obsesionado con él igual que antaño se había obsesionado con patrullar por la azotea en busca de espías rebeldes. Ideaba teorías extravagantes que explicaban quién era Jasper y cómo se había aprovechado para hacerse con los bienes de Hiram. Sylvie mantenía que el joven era exactamente quien decía ser. No se había puesto en contacto con él, pero Meg notaba que, cada día que pasaba en su ausencia, Sylvie enflaquecía un poco más.

La desconfianza y paranoia de Stephen estaban desatadas, pero solo intentaba proteger a sus hijas. Después de años de desapego emocional, y especialmente después de lo que podría considerarse un abandono la noche del incendio, Meg entendía su necesidad de redimirse. Pero Sylvie..., pobre Sylvie. En ocasiones, Meg creía oír

cómo se le rompía el corazón. No solo Stephen le había prohibido ver a Jasper, sino que este no había hecho nada que diera a entender su deseo de verla.

Lo único que Meg quería era que su familia volviera a estar unida, verdaderamente unida. Pero la brecha era cada vez mayor, y ella caminaba sobre la cuerda floja entre ambos. «¿Qué puedo hacer?», le había preguntado a Nate la última vez que lo vio. «Necesito arreglarlo. Pero no sé cómo hacerlo».

Este le había brindado aquella extraña y triste sonrisa suya. «No puedes agradarlos a ambos. En su lugar, agrada a Dios. Si no sabes cómo hacerlo, solo tienes que preguntárselo», le había respondido.

Sonaba sencillo en sus labios. «Solo tienes que preguntárselo». Eso había hecho. Eso hacía. Pero hasta el momento, el Todopoderoso no había respondido de una forma que ella entendiera, y no veía un camino claro que seguir. Cuando estaba en casa, lo que no era habitual con todos los cuadros que pintaba en exteriores, trataba de aliviar la atmósfera cargada que llenaba la cabaña. Pero entre sus palabras bienintencionadas y la torpeza con que en ocasiones manejaba los objetos, lo único que conseguía era irritar a uno u otro miembro de la familia.

Para cuando llegó a la cabaña tenía las mejillas ateridas de frío. Se limpió los pies en el felpudo, soltó los aperos, se quitó las botas y colgó el sombrero y la capa.

Sylvie estaba enfrascada en un libro de cuentas. Stephen estaba sentado frente a ella, reparando la encuadernación de un libro con una aguja. Un tarro de pegamento descansaba sobre la mesa, junto a un par de tijeras y un carrete de hilo. Era bonito volver a ver a su padre trabajando, especialmente en algo en lo que antaño destacaba. Tal vez volviera a destacar.

—¿Habéis tenido un buen día? —preguntó Meg.

El lápiz de Sylvie se detuvo sobre la página.

—¿Por qué siempre lo formulas así? Es como si le insinuases la respuesta al testigo. ¿Por qué no preguntas simplemente cómo me ha ido el día y te preparas para recibir la respuesta?

Una metáfora legal. Una vez más, debía de echar de menos a Jasper.

—Así que no has tenido un buen día. —Meg llevó los materiales de pintura al cuarto trasero y apoyó el lienzo en la pared antes de regresar—. ¿Quieres hablar de ello?

La mirada que le dedicó su hermana implicaba que no era el caso.

—Esta muchacha no me escucha. —Stephen tiró del hilo y volvió a

hundir la aguja en la encuadernación—. Llevo todo el día explicándole por qué no debería confiar en Jasper, pero sigue sin convencerse.

—Espero que no lo hiciera mientras hubiera clientes.

—¿Qué clientes? —Sylvie no levantó la vista del libro de cuentas.

La cabaña era demasiado pequeña para contener las emociones que a ambos les sobrepasaban.

—Sylvie, me quedaré en casa por si alguien decide venir antes de la hora de cierre. ¿Por qué no vas a ver a Anna Hoffman? Le encantará que la visites. Y trae de vuelta algo rico, ¿te parece?

Meg no había acabado de sugerirlo cuando Sylvie estaba cerrando el libro y echándose la capa sobre los hombros.

—Gracias —dijo antes de marcharse.

Stephen negó con la cabeza.

—No me escucha.

—Tal vez debería dejar el asunto un tiempo, padre. —Meg puso el hervidor al fuego—. Es evidente que no quiere oír hablar de ello. De hecho, también sería bueno que usted pensase en algo más. ¿Qué libro es ese en el que está trabajando?

—*El progreso del peregrino*. El otro día lo trajo un cliente para que lo restaurase. Esta edición tiene más de cien años.

—Que le confíe un volumen así demuestra una gran fe en usted. Sé que será un excelente custodio hasta que regrese con su dueño.

Sus miradas se cruzaron. El hombre dejó la aguja en el margen del libro.

—Eso es. Exactamente así es como me siento yo contigo y con tu hermana. No me pertenecéis, le pertenecéis a Aquel que os creó. Pero yo soy vuestro custodio y es mi deber cuidar de vosotras y reparar aquello que esté roto. No lo he hecho nada bien, así que intento compensar el tiempo perdido. Si parece que me excedo, es solo porque soy vuestro padre. Es decir, intento ser vuestro padre.

Meg quería cubrirle la mano con la suya, pero se detuvo a tiempo.

—Lo es. Nunca dejaremos de ser sus hijas.

La llama de la esperanza prendió con fuerza, llenándola de calor hasta las puntas de los dedos. Su padre estaba mejorando. A su técnica le faltaba tacto, pero su motivación y objetivos estaban ahí. Por fin volvía a casa.

Se oyó un breve golpe en la puerta antes de que se abriera.

—*Hallo?* —Karl Hoffman entró en la cabaña con las mejillas coloradas de frío.

—Siguen abiertos hasta las cinco, *ja?*

Meg le aseguró que así era.

—*Gut*. Mi Anna y vuestra Sylvie están de cháchara en casa. Yo no hago más que estorbar. Stephen, ¿qué te parece si me siento contigo a leer el periódico? No te interrumpiré mientras trabajas.

Stephen levantó la cabeza, obviamente sorprendido de que Karl buscara su compañía.

—¡Siéntate! —Se pasó una mano por la barbilla en un viejo ademán que delataba su incomodidad.

Sonriente, Meg miró a su padre y ladeó la cabeza, señalando a Karl, hasta que Stephen parpadeó y dijo:

—¿Cómo estás, Karl? ¿Cómo está tu mujer?

Asintiendo con aprobación, Meg sacó el hervidor del fuego y vertió agua en la cafetera. El rico aroma al sumergir los granos molidos impregnó de inmediato la habitación. La amable voz de Karl, que había empezado a hablar de la panadería y los clientes, y el crujido de su periódico animaban el ambiente.

—Bueno, Stephen —continuó Karl—, no hay gran cosa que me interese hoy en el periódico. Está lleno de anuncios, cartas y poco más. Ya sé que había dicho que no te iba a interrumpir, pero déjame ver qué tienes ahí. ¿*El progreso del peregrino*? No lo he leído. ¿Debería?

Conforme la conversación fue avanzando, Meg se llenó de gratitud. No creía que a Karl le interesara tanto *El progreso del peregrino* como hablar con Stephen sobre lo que a él le interesase. Era una invitación a disfrutar de la compañía, una declaración de que su pasado no era un obstáculo. Viniendo de un inmigrante, que a menudo había sufrido desprecios, el gesto tenía aún más significado.

—¿Café? —preguntó Meg a los dos hombres.

Cuando ambos accedieron, apartó con cuidado el viejo libro y les sirvió la bebida caliente.

Después se preparó una taza para ella y se la llevó al cuarto trasero, donde se sentó en el colchón que compartía con Sylvie. No les había costado conseguir otro para Stephen, una vez que explicaron a la Sociedad de Ayuda y Socorro por qué lo necesitaban. Se habían acostumbrado a arrastrarlos por las noches hasta la habitación delantera para estar cerca del fuego y luego guardarlos por la mañana. «He vivido cosas peores», les había recordado Stephen. Una mínima referencia al sanatorio, a Andersonville o a cualquier otro campamento militar, suponía. Pero que su padre lo mencionara, aunque fuese de pasada, era todo un avance, y se alegraba de ello.

¿Cómo decía el resto del poema de Longfellow que el banquero había recitado ese día? «Persistamos en el esfuerzo y en el logro, aprendamos a trabajar y a esperar». Llevaba años anhelando el tipo de

esperanza que en esos momentos albergaba por su padre. No importaba el mañana, estaba agradecida por el día de hoy.

Dejó la taza en el suelo y, tomando la fotografía de su padre vestido de uniforme, la observó con interés. Se lo veía resuelto y quizá algo temeroso. A los treinta y cinco, cuando se alistó, carecía del entusiasmo de los reclutas mucho más jóvenes, sin mujer ni hijos. No había ido a la guerra en pos de aventuras ni gloria. Había revestido su espíritu dócil con el uniforme y había hecho lo que consideraba correcto.

Tomó un sorbo de café y pensó en la fotografía de Jasper. Se la había hecho a los diecinueve. Y, sin embargo, tampoco se lo veía entusiasmado, a menos que la memoria le fallara. Con curiosidad, tomó el ejemplar de *Villette* de Sylvie y, extrayendo la fotografía, la colocó junto a la de Stephen. Resultaba extraño lo vacío de emoción que se veía el rostro del joven, pensó. Volvió a fijarse en el retrato de su padre.

El fondo utilizado en ambas era igual. Exactamente igual.

Meg tomó la fotografía de su padre y leyó el texto impreso en vertical sobre el borde de color marfil a la derecha de la imagen: «Daniel F. Brandon, fotógrafo, Estudio de Camp Douglas».

Acto seguido, tomó la de Jasper. Los bordes estaban recortados, por lo que faltaba la mitad inferior de las palabras, que resultaban imposibles de leer. No obstante, cuando la alineó con el margen superior de la fotografía de Stephen, coincidían a la perfección.

Jasper le había dicho a Sylvie que esa era la primera vez que había visitado Chicago. Pero le habían hecho una fotografía en Camp Douglas en 1865.

¿Por qué no quería que lo supieran?

¿Y por qué Hiram jamás había mencionado que su sobrino había estado en el campamento mientras él prestaba servicio allí?

❋❋❋

Jueves, 7 de diciembre de 1871

Un grito rasgó la noche y sacó a Stephen de su ya inútil duermevela. «Sylvie».

—El puente está en llamas —gimió en sueños —. No podemos cruzarlo…

Se levantó de su colchón y se arrodilló junto a su hija, posándole la mano en el hombro para despertarla.

—Sylvie —dijo en voz baja antes de repetirlo, un poco más alto.

Meg se incorporó al oírlo.

—¿Otra pesadilla?

—Duérmete, Meg. Yo me ocupo.

Esta lo contempló un instante antes de darse la vuelta y quedarse mirando a la otra pared, contra la cual habían empotrado la mesa y los bancos para hacer sitio y dormir junto a la cocina.

—Sylvie, despierta, querida —dijo de nuevo—. Es un sueño. No pasa nada, aquí me tienes.

Su pesadilla no era la realidad, pero lo había sido. Estaba atrapada en un terror ya conocido. Nada deseaba más Stephen que poder rescatarla. Con su propio corazón latiendo a toda velocidad, le pasó el brazo bajo los hombros y la alzó hasta que quedó sentada.

—Ya está. Ya ha acabado. —La zarandeó con suavidad y notó cómo se estremecieron sus extremidades cuando finalmente despertó. Una vez que la crisis hubo pasado, se concentró en calmar su propia respiración.

—¿Padre? —Dos esbeltos brazos lo rodearon. Sylvie escondió la cabeza bajo su barbilla. Lloraba, apoyándose en él mientras sollozaba en silencio—. Hacía tanto tiempo que no nos abrazábamos —susurró.

Stephen arrugó la frente, tratando de recordar la última vez que lo había hecho. Fue incapaz.

—¿Lo echabas de menos?

Cuando la joven asintió, el cabello se le enredó en la barba incipiente de su padre.

—Y Meg también. Mucho. Ella era la que más se sentaba en su regazo. Siempre ha sentido el cariño a través del tacto.

Stephen sintió un nudo afilado en la garganta al recordar cómo le leía a Meg mientras Sylvie se acurrucaba sola con su libro. Cómo le daba la mano a Meg cuando despedían a Sylvie, camino del colegio sin su hermana mayor. Tragó saliva.

—¿Y tú? ¿Cómo sientes el cariño?

—Con el tiempo.

También le había dedicado más tiempo a su primogénita.

—Bueno, ahora soy todo tuyo, si aún me aceptas.

Solo bromeaba a medias. Con cuidado de no molestar a Meg, guio a Sylvie para que se sentase a su lado en el otro colchón y le retiró el cabello de la frente con una caricia.

—Claro que lo acepto —dijo con timidez. Estaba asombrada.

Entonces, de repente, Stephen pensó en otro hombre que, de alguna manera, había ocupado su corazón.

—También quieres a Jasper, ¿verdad?

¿Cómo podía hacerle ver lo que él veía? Parecía ciega a toda desconfianza. Era un afecto imprudente, un capricho peligroso..., se negaba a llamarlo amor. Por su propio bien, tenía que acabar con él. No confiaba lo más mínimo en aquel embustero.

La joven suspiró.

—Ahora mismo prefiero no hablar de él.

—Me parece bien. —*Oliver* se subió al regazo de Stephen, donde, ronroneando, se ovilló. Acarició el pelaje del maltratado animal, pasando los dedos entre sus calvas—. Siento lo de las pesadillas.

—No parecen sueños —dijo mientras apoyaba la cabeza en su hombro—. Cuando las tengo, me parecen reales.

—Lo sé —respondió. Esperaba que entendiera todo lo que encerraban aquellas dos palabras. Sabía lo que era estar aterrorizado, aunque la amenaza solo existiera en su mente. Sabía lo que era temer el sueño y anhelarlo, porque el insomnio era un amo terriblemente cruel. ¿Despertar sudoroso con el corazón saliéndose del pecho? Sí, también sabía lo que era.

—Sé que lo sabe —musitó—. Ojalá no fuera así. Ojalá ninguno de los dos lo supiéramos —dijo, irguiéndose. *Oliver* le pasó por encima de las piernas y se alejó.

Se quedaron en silencio, sentados uno junto al otro, oyendo la respiración profunda y pausada de Meg. Fuera, el viento ululaba y llegaba hasta sus dedos fríos por la rendija de la pared. Stephen levantó del suelo la manta del ejército y cubrió con ella la espalda de su hija.

Esta la extendió para taparlo a él también.

—¿Lo he despertado?

—La verdad es que no.

—Ay, no. —Sylvie volvió la cabeza y lo miró—. ¿Lleva durmiendo mal desde que regresó?

El hombre se frotó los ojos con la base de las manos.

—Últimamente, el sueño y yo no nos llevamos bien. Duermo poco y tan mal como tú. —Aborrecía que esos días durmiera peor que cuando tomaba la tintura de *whisky* en el sanatorio.

—Lo siento mucho. —Bostezó—. ¿No le dijo Frank nada útil el Día de Acción de Gracias?

—Me recomendó ver al doctor Gilbert. No voy a hacerlo.

Transcurrieron varios instantes, y Stephen confió en que la falta de respuesta se debiera a que se estaba quedando dormida. No obstante, al cabo dijo:

—Si quisiera, podría ir con usted.

—Estoy cansado de médicos, hija mía. Se lo dije a Frank y ahora te lo digo a ti. No quiero tener nada más que ver con ellos.

—Está bien. Supongo que, si usted no necesita un médico, yo tampoco. Nos recuperaremos juntos, ¿verdad?

Le dio una palmadita en la rodilla, le deseó buenas noches y regresó a la cama con Meg.

Sin embargo, mucho después de que la venciera el sueño, Stephen seguía despierto.

❋❋❋

Viernes, 8 de diciembre de 1871

Con la energía correteándole por las venas, Nate entró en la sede temporal del *Tribune* en la calle Canal, con la cartera repleta de papeles. Mil cien páginas, para ser exactos. Por fin se habían facilitado a la prensa las actas judiciales de la investigación sobre la causa del incendio. Nate había sido el primero de la fila en recibir una copia en comisaría. Y ahora era el primero en la sala de redacción.

La carrera estaba en marcha. El periódico que primero lanzase la noticia no solo vendería más y mejoraría su reputación, sino que determinaría la opinión pública en cuanto a quién tenía la culpa. Nate quería ser el primero, pero aún más que eso quería ser preciso. Presentar la información de modo que la gente la entendiera.

Eso significaba que primero tenía que entenderla él.

Provocó un golpe sordo con la cartera al dejarla caer sobre el escritorio y siguió el olor del café hasta el cuartito del final del pasillo, agradecido de que una de las secretarias ya hubiera preparado una cafetera. Sacó una taza del anaquel y se sirvió la que sería la primera de muchas, muchísimas tazas. Mil cien páginas que analizar y sintetizar iban a exigir toda la concentración de la que fuera capaz. Podía hacerlo.

Se quemó la lengua al dar el primer trago, necesario para poder echar a andar sin derramar la taza, y volvió a su escritorio.

Y allí estaba Meg, con el rostro encendido por el frío de la mañana.

—Gracias a Dios que estás aquí —exclamó con voz ahogada.

—Aquí estoy, y por el momento no me voy a ir a ninguna parte. —Nate dejó la taza en el escritorio y se remangó la camisa—. Ya están aquí las actas del juicio de Catherine O'Leary.

Meg se quedó mirando la cartera con los ojos abiertos como platos.

—¿Todo eso?

—Todo eso.

—Entonces, no voy a molestarte —dijo, con el ceño fruncido—. Es solo que he encontrado algo y no sé qué hacer. No quería enseñárselo a Sylvie ni a padre, porque no sé qué conclusiones sacarían. Yo tampoco sé qué pensar.

—Enséñamelo.

Abriendo el ridículo, sacó las dos fotografías y las dejó una junto a otra en el escritorio. Jasper Davenport y Stephen Townsend.

—Mira el fondo de las dos.

Eran idénticos.

—Y ahora mira esto.

Colocó el retrato de Jasper sobre el de Stephen y señaló el borde impreso: «Daniel F. Brandon, fotógrafo, estudio de Camp Douglas». Nate se quitó los anteojos y tomó las tarjetas. Estudió las palabras que aparecían en ambas, deslizó la fotografía de Jasper a la izquierda y luego volvió a colocarla encima de la de Stephen.

—Las dos coinciden. Es evidente que Jasper estuvo en Camp Douglas.

Meg se inclinó hacia Nate por encima del escritorio y este advirtió el aroma a agua de rosas que desprendían su cabello y su piel.

—Le dijo a Sylvie que hasta este otoño nunca había estado en Chicago.

Nate volvió a ponerse los anteojos, cada vez más inquieto.

—Entonces, ¿sobre qué más miente?

—Exacto. —Aquella palabra encerraba muchísima curiosidad y poquísimo miedo.

El reportero rodeó el escritorio hasta llegar a la joven, cuyo hombro apretó con la mano. La capa de lana todavía estaba fría por el aire del exterior.

—Escucha. Tu padre tenía razón cuando os dijo a Sylvie y a ti que os mantuvierais alejadas de Jasper. Sea cual sea el misterio, no quiero que te involucres. —Volvió la atención a la abultada cartera—. Me ocuparé de ello en cuanto pueda. Pero ahora mismo necesito trabajar en este artículo. Prométeme que no harás nada mientras esperas. No le digas nada a nadie.

—No, no lo haré. Eres el único en quien confío.

Nate la soltó, tratando de digerir el peso de la responsabilidad.

—Déjame las fotografías y sigue adelante con lo que tuvieras previsto para hoy.

El sol penetraba a través de las cortinas, iluminando a franjas la

capa de Meg, su rostro y el cabello que le caía en bucles por la espalda.

—Lo haré. Tienes ante ti un día largo, así que no voy a quitarte más tiempo —dijo mientras cerraba el ridículo.

—Quiero que me quites más tiempo. Quiero oír cómo le va a tu padre, cómo progresan tus cuadros, cómo van las cosas en la librería. Quiero oír cómo te encuentras.

Meg ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—¿Quizá mientras nos comemos un pedazo de tarta de arándanos?

Sonriendo, dio un paso atrás.

—Me encantaría.

—En tal caso, ya tenemos una recompensa para cuando acabes con todo eso —dijo, señalando el trabajo que lo esperaba.

—Más me vale ponerme con ello —respondió, con el pulso acelerado por la urgencia—. No te preocupes, guardaré las fotografías a buen recaudo.

Le apretó la mano a Meg y esta se marchó. Con el contorno de su figura cada vez más pequeña aún en la mente, metió las fotografías de Camp Douglas en el bolsillo interior de la cartera. «Daniel F. Brandon, fotógrafo». El nombre le sonaba. Era probable que lo hubiera leído en el listín de negocios incendiados que se habían trasladado a una nueva sede. Si pudiera visitar a Brandon…

Otro día. En ese momento, tenía que concentrarse. Extrajo el larguísimo informe sobre el juicio de O'Leary, que abarcaba nueve días de interrogatorios y cincuenta testigos, y se puso a trabajar.

Una hora más tarde, Nate se recostó en la silla y cerró los ojos, doblando el cuello hacia uno y otro hombro, estirando los músculos tensos. Tras leer las respuestas de tantos testigos, en su mente se formaron nuevas preguntas para Otto Schneider.

«La gente dice cualquier cosa por dinero», había afirmado, refiriéndose a los falsos testigos que habían culpado a Stephen Townsend del asesinato. Pero la intuición le decía a Nate que era Otto a quien habían pagado, o que como mínimo habían pagado a su familia, para que se confesara autor del asesinato de Hiram. «Hice lo que tenía que hacer. Por mi familia. La ocasión la pintan calva».

Tenía sentido. Pero carecía de pruebas. Esa mañana, en comisaría, había leído una vez más el expediente de Schneider, aunque no había sacado en claro nada nuevo. Cuando se marchó con una copia de las actas del juicio de O'Leary en la mano, llevaba consigo la sospecha de que a Schneider le habían cargado el asesinato de Hiram, igual que le había sucedido a Stephen. La diferencia era que Schneider se había

prestado voluntario al engaño.

Parte de él quería contárselo a Meg. Pero hasta que también pudiera decirle quién había sido el verdadero asesino de Hiram, no veía la necesidad de contrariarla. Entre su padre, Jasper y la próxima exposición de sus obras, ya tenía bastante. No, decidió. No la importunaría con sus sospechas. Por el momento, tampoco él debía distraerse con ese asunto.

—Pierce.

Al levantar la vista, se encontró con el señor Hollingbrook, editor provisional hasta que encontraran un sustituto permanente. Llevaba la ropa arrugada, y Nate se preguntó si había dormido en el periódico esa noche, si es que había dormido algo. Había asumido el cargo de editor de noticias locales además de mantener el de responsable de noticias nacionales.

—Buenos días. —Nate entrecerró los ojos por el sol que se filtraba a espaldas de su jefe.

—Me alegro de ver que ya has empezado con esto. Quiero que el *Tribune* sea el primero en publicar estos hallazgos. ¿Podrás conseguirlo? —Se estiró los tirantes por encima de los hombros.

—No voy a perder ni un minuto, señor. Pero tampoco voy a comprometer la calidad del periódico por apresurarme. —Nate no podía hablar de cómo lo harían otros periódicos o con qué rapidez.

Hollingbrook asintió.

—Tus artículos son impecables, y no ocultas tus fuentes. Todo eso está muy bien. Pero también tengo entendido que tiendes a «lastrarlos», creo que fue la palabra que utilizaron, con datos —dijo, esbozando una media sonrisa de curiosidad.

Nate soltó el lápiz y se cruzó de brazos.

—Soy concienzudo. Hago muchas preguntas. Compruebo dos veces los hechos antes de redactar los artículos.

El señor Hollingbrook se quedó mirándolo con el ceño fruncido, como si reflexionara.

—Algunos dirían que ese es el trabajo del editor.

—Entonces me alegro de poder aliviarle la carga —respondió. Hollingbrook debería alegrarse también, dadas sus crecientes responsabilidades.

El editor ahogó una carcajada y señaló con el dedo la transcripción del juicio de O'Leary.

—En tal caso, más te vale que vuelvas al trabajo.

Nate no podía estar más de acuerdo.

Capítulo 32

Sábado, 9 de diciembre de 1871

Sylvie, que se había puesto a barrer el suelo de la cabaña, tuvo que echar a *Oliver,* que se dedicaba a atacar a la escoba. Sin molestarse en ponerse la capa, salió, animada por el tintineo de la campanilla que colgaba del picaporte. Inspiró el vigorizante aire frío y dobló la esquina de la cabaña para tirar el contenido del recogedor y que no volviera a penetrar de inmediato. Regresando a toda prisa, cerró la puerta al tiempo ventoso y se remetió los mechones de cabello sueltos en el moño trenzado.

Las cortinas y la jarapa de vivos colores que había confeccionado con Anna conferían un aire acogedor al exiguo lugar, y el omnipresente olor a café daba la bienvenida a todo el que pasara de visita. Karl y su padre habían fabricado dos altos estantes para libros que albergaban una colección cada vez mayor de viejos amigos. Sylvie sería feliz guardando para sí los títulos que no se vendiesen.

Ese día, Stephen hacía compañía a Meg mientras esta pintaba en la zona norte, por lo que Sylvie estaba sola, aunque no se sentía sola. Se sirvió un pedazo del *strudel* de Anna y volvió a la mesa para disfrutar de un capítulo más de *Villette*. No obstante, como el libro era de Jasper, no hizo sino recordarle aún más su ausencia.

¿Es que no la echaba de menos? ¿Acaso eran imaginaciones suyas que los momentos que habían pasado solos en su biblioteca pocas semanas atrás habían significado más que las palabras que se dijeron?

La campanilla sonó, la puerta se abrió y Louis Garibaldi entró con toda tranquilidad.

—El cartel decía que estaba abierto, así que he abierto.

Sylvie se rio por lo bajo.

—Esa es la idea —respondió antes de servirle una porción de *strudel* e invitarlo a sentarse con ella.

El niño, quitándose la gorra, accedió.

—Esto está buenísimo —dijo mientras masticaba—. Mamá va a tener al niño cualquier día de estos, así que tendré que quedarme en casa. Estarán unos días sin verme por aquí. Pero quería decirle a la señorita Meg que me terminé el libro que me había dado, y me preguntaba si tendría más historias parecidas. He estado leyendo a mis hermanos pequeños en casa para que no molestasen a mamá, ¿sabe?

—Me lo imagino. —Sylvie se acercó a la estantería y eligió *Robinson Crusoe*—. Este es de aventuras, va de un naufragio y una isla desierta. ¿Crees que te podría gustar?

El niño asintió.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó al tiempo que daba un último bocado al dulce. Luego se puso en pie, se introdujo la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas.

Sylvie le dijo un precio que pudiera permitirse.

Mientras se ponía la gorra, Louis dejó caer las monedas en su mano y sonrió de oreja a oreja al agarrar el libro.

—Dígale a la señorita Meg que he venido, ¿vale? Dígale que he comprado un libro. Le gustará saberlo —dijo antes de marcharse con paso jovial.

Sylvie estaba recogiendo su plato de la mesa cuando la campanilla volvió a sonar.

Jasper entró con el sombrero en la mano. Cuando sonrió y asomó el hoyuelo de su mejilla, todos los pensamientos sobre Louis y su familia se desvanecieron.

—¡Jasper! ¡Qué sorpresa verte!

El joven se estremeció y se dio la vuelta para colgar el sombrero del clavo que había junto a la puerta.

—En tal caso, he tenido desatendidos a mis amigos demasiado tiempo.

«Amigos». La había metido en el mismo saco que a su hermana y a su padre.

—Me temo que Meg y padre no están. —Gracias a Dios que no iban a volver hasta dentro de un par de horas—. Pero, ya que has venido, puedo ofrecerte *strudel* y café. ¿Supongo que no necesitarás comprar o pedir ningún libro?

—¡Por supuesto! ¿No es por eso por lo que viene la mayoría de los

clientes?

Así que ahora no era más que un cliente. Sylvie apretó los labios para ocultar su creciente exasperación. Recomponiéndose, se alisó una arruga de la falda.

—¿Para qué has venido exactamente?

El hombre se puso serio, abandonando todo atisbo de broma.

—El Día de Acción de Gracias os fuisteis a toda prisa. Quería saber cómo estabais. ¿Tu padre se ha adaptado a la vuelta a casa?

—Está en ello. Todos lo estamos. —Entrelazó las manos por delante del cinturón—. ¿Ese es el motivo de tu visita?

Sylvie deseaba mucho más y, sin embargo, oía cómo lo estaba rechazando con su tono cortante y sus breves palabras. Él la estudió un momento.

—Estás distinta, Sylvie. Hay algún problema. He estado muy ocupado con las clases, y tal vez debería haber venido antes, pero pensaba que tu familia necesitaría algo de tiempo mientras tu padre se habituaba a estar de vuelta en casa. Espero que, por lo demás, no haya hecho nada para ofenderte.

A ella se le escapó una carcajada. No había hecho nada; sin embargo, su sola presencia la removía de un modo que se negaba a reconocer. Debería cortar todo contacto con él, de una vez y para siempre. Debería dejar de echar de menos a ese hombre inexpresivo, y así su padre dejaría de intentar convencerla para que lo hiciera. Alzó la barbilla, resuelta a ello, pues le traía más pesares que alegrías.

—Había tomado prestado este libro de la biblioteca de Hiram. Puedes llevártelo —dijo, tendiéndole *Villette*, y se acordó de la fotografía que descansaba entre sus páginas.

—¿Ya te lo has acabado?

—No me hace falta. Ya sé cómo acaba y lo detesto.

Cuando el joven tomó el libro, sus manos se rozaron.

—¿Estás segura?

Su roce la conmovió, al igual que la pregunta. Oh, cuánto significado podían encerrar esas dos palabras. Podían curarle el corazón o rompérselo con tal facilidad que daba miedo.

—Jasper, por favor —susurró, cruzando los brazos sobre la almidonada blusa de tablas—. Te aseguro que no entiendo lo que quieres decir.

—¿De verdad que no? —El hoyuelo volvió a aparecer, y Sylvie se dio la vuelta para no verlo—. Lo siento. No estoy de broma. Claro que quiero seguir viéndote y suponía, tal vez equivocadamente, que nuestra última conversación te lo había dejado claro. Pero los estudios

me tienen muy ocupado.

—¿Quieres seguir viéndome como amigos?

Sus rasgos se tiñeron de un agradable tono rosado.

—Más que eso. Si te parece bien.

¿Sería verdad? Su corazón retumbó con un sonoro sí, antes de hundirse en la miseria.

—Mi padre jamás lo permitiría.

—Pero ¿por qué? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Qué he hecho?

—Nada. —Se mordió el labio. Todo lo que su padre tenía contra Jasper se basaba en un equívoco, estaba segura de ello. Podría pedirle que lo solucionara por ella, allanando así el camino para su prometedor futuro juntos.

Pero ¿realmente quería ser ella quien le dijera a Jasper que su abuela, la mujer que lo había criado, le había dicho a Hiram que su sobrino nieto había muerto para cortar toda relación entre ellos? Eso solo le haría daño. Y ya había sufrido bastante.

Y luego estaba la fotografía. Otro signo de interrogación. Para ella, poco importaba que se la hubiera hecho un mes antes de que la guerra acabara en lugar de cuando se alistó. Tenía varias teorías válidas al respecto, pero si resolvía la cuestión de una vez por todas, tal vez Stephen se diera por satisfecho.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Sylvie?

Jasper se acercó un paso más, llenando el espacio entre ellos con su aroma balsámico.

La joven tragó saliva y volvió la vista a la ventana para asegurarse de que no venía nadie.

—Hay una fotografía en el libro. En ese libro. —Señaló la novela que Jasper llevaba bajo el brazo—. Un retrato tuyo.

Su rostro se demudó. Acercándose a la mesa, depositó el libro, lo abrió y comenzó a pasar las páginas de la primera a la última. Cuando no encontró la fotografía volvió a buscar entre ellas. Dio la vuelta al libro y, sujetándolo por las cubiertas, lo sacudió. Nada.

Se quitó la bufanda del cuello y la dejó caer en la mesa antes de desabrocharse la capa.

—¿Qué fotografía?

—Ha debido de caerse en el cuarto trasero. Es un retrato; apareces vestido con el uniforme del ejército unionista. Una fotografía de estudio. En el reverso, Hiram escribió la fecha en que se tomó: marzo de 1865. Es una imagen conmovedora, y estoy segura de que querrás conservarla. Algún día se la enseñarás a tus hijos y nietos.

—Quizá. —Recorrió con la vista la habitación delantera, como si buscase la fotografía—. ¿Quién más la ha visto?

Sylvie se agarró el camafeo con el índice y el pulgar.

—Solo Meg y yo, y Nate y mi padre. El único problema es que mi padre se pregunta por qué se tomó con la guerra tan avanzada. Es decir, ¿por qué esperaste cuatro años para hacértela?

El joven apenas se detuvo un instante antes de contestar:

—Yo no me la habría hecho, pero el tío Hiram dijo que quería tener una fotografía mía. —Se encogió de hombros—. Así que al final cedí por hacerle el favor. Él era muy patriota, como ya sabes. Estaba tan orgulloso de que yo sirviera en el ejército como de haberlo hecho él.

—Claro —musitó—. Tiene toda la lógica del mundo. Dame un momento, que voy a buscarla.

Entró a toda prisa en el cuarto trasero y buscó el retrato, aunque en vano. Tampoco encontró la de su padre. Tal vez Stephen se había llevado las dos cuando se marchó con Meg, sin querer desprenderse de ellas por algún motivo.

Irritada, dejó que la cortina cayera a sus espaldas y regresó a la habitación principal.

—No la he visto, pero estoy segura de que, en cuanto vuelvan Meg y mi padre, alguno sabrá dónde está. Te la devolveré a la mayor brevedad posible.

Las comisuras de los labios de Jasper se elevaron.

—Asegúrate de ello.

Un remolino de nieve penetró en la habitación en cuanto el joven abrió la puerta. Cuando se marchó, ya no sonreía.

Capítulo 33

Lunes, 11 de diciembre de 1871

Con la niebla amortiguando sus pasos, Meg se afanaba por andar a la velocidad de Nate, camino del nuevo estudio fotográfico del señor Brandon. El reportero había ido a buscarla, con los ojos enrojecidos bajo el ala del sombrero, antes de que tuviera tiempo de salir y comprar un ejemplar del periódico. A juzgar por la sombra que le oscurecía el mentón, esa mañana tampoco había tenido tiempo de afeitarse.

Aunque no creía presentar un aspecto tan cansado como el de él, sin duda estaba exhausta de tanto como estaba pintando aquellos días. Apenas quedaban seis para la exposición. La cabeza le daba vueltas con todo lo que tenía que hacer antes, pero por el momento no quería pensar en ello.

—¿Y bien? —preguntó, enlazando su brazo con el de Nate—. ¿Podrías resumirme mil cien páginas de notas en una sola frase? ¿Cuál es el veredicto?

—Catherine O'Leary ha sido declarada no culpable —respondió, con una sonrisa cansada.

—¿Y a quién, o a qué se debió el incendio?

—Me he pasado horas y horas redactando cuidadosamente el artículo para responder precisamente a esa pregunta. Me duele que no lo hayas leído. —Se llevó la mano al corazón fingiendo sentirse herido.

—Compraré un periódico de vuelta a casa. Pero, por favor, ¡no me dejes con la incertidumbre! ¿La noticia sale al menos en primera

página?

—No, en páginas interiores. La respuesta: no se sabe.

Meg se detuvo y se quedó mirándolo.

—¿Después de toda la investigación?

—Después de toda la investigación, esa ha sido una de las conclusiones: «Si el incendio se debió a una chispa que saltara de la chimenea aquella noche ventosa o si fue originado por un error humano, es algo que no podemos determinar».

Meg meneó la cabeza. El aire húmedo se le colaba por el cuello y la calaba hasta los huesos.

—Espero que obtengamos respuestas más definitivas del señor Brandon. Aún tienes las fotografías, ¿verdad?

—Aquí mismo —respondió, dándose una palmadita en el pecho—. ¿Alguien las ha echado de menos estos últimos días?

—La verdad es que sí. Jasper vino a la cabaña el sábado y, cuando Sylvie iba a devolvérsela, se dio cuenta de que no estaba. Él le dijo que la quería de vuelta.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Le dije que había notado algo extraño y que te las había traído para pedirte tu opinión, pero que estabas ocupado con un encargo importante. Sinceramente, si hubiera sabido que ibas a tardar tanto, no te las habría dejado —dijo, con la mirada al frente, buscando algún hito reconocible a lo largo de la calle. La niebla baja suavizaba las esquinas y redondeaba los contornos.

—Pero si no las hubieras dejado a mi cargo, ahora mismo Jasper tendría su fotografía y nosotros habríamos perdido nuestra prueba.

—¿Nuestra prueba de qué?

—Pronto lo sabremos. Ya hemos llegado.

Una vez dentro del estudio del fotógrafo, Meg se limpió los pies en el felpudo y contempló las decenas de retratos sepia que cubrían las paredes. Algunos se habían coloreado, por lo que labios y mejillas lucían artificialmente rosados y los ojos eran de un azul extraordinario. Separada por biombos del resto de la sala había un área para retratos con una butaca y una mesita cubierta delante de una cortina de terciopelo, sujeta por un alzapaños con borlas. Una cámara de fuelle plegada descansaba sobre un trípode.

El señor Brandon salió del cuarto trasero poco después de que la campanilla anunciara la llegada de la pareja. Enseguida se bajó las mangas, que llevaba subidas hasta los codos, y cerró los gemelos de los puños. Un periquito amarillo y verde claro cantó dentro de su jaula al pasar junto a ella. Tendió una mano a Nate mientras con la otra se

alisaba el cabello castaño.

—¡Buenos días! —El señor Brandon sonrió—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? Ofrezco una amplia gama de servicios fotográficos. Ahora incluso coloreamos fotografías.

—Ya veo. —Meg se aguantó las ganas de preguntarle por la técnica que utilizaba. En su lugar, se presentó.

Cuando el señor Brandon le tendió la mano, ella se la estrechó con la izquierda. Resultaba extraño, pero era el modo en que había decidido afrontar esa costumbre social: con valentía y sin disculparse.

—Esperábamos que pudiera aclararnos una cuestión. Entiendo que fue fotógrafo en Camp Douglas durante la guerra.

—En efecto. —El hombre se pasó los pulgares por los tirantes—. Hice innumerables retratos a alistados unionistas, guardias de la unión y prisioneros confederados. ¿Qué tipo de ayuda necesitan?

Nate sacó las dos fotografías, se acercó al mostrador y las depositó sobre una superficie de fieltro verde.

—En el borde de esta fotografía se ve su sello —dijo, señalando la de Stephen—. En la otra se ha recortado, pero parecen coincidir. ¿Podría confirmarlo?

El señor Brandon colocó el retrato de Jasper sobre el de Stephen.

—Y que lo diga. Yo tomé esas dos fotografías, puede estar seguro.

Meg le dio la vuelta a la fotografía de Jasper.

—Ahora mire la fecha: marzo de 1865. Nos habían dicho que este joven se alistó en el sur de Indiana a principios de 1861. ¿Tiene alguna idea de por qué se haría esta fotografía en Camp Douglas un mes antes de que acabara la guerra?

El reloj de cuco de la pared interrumpió la conversación, cantando nueve veces para dar la hora. El señor Brandon, haciéndole caso omiso, se mordió el labio inferior, pensativo.

—Los soldados unionistas a los que fotografié en aquella época, además de los guardias del cuerpo de inválidos, eran yanquis galvanizados.

Los ojos de Nate llamearon tras las lentes. El periquito siguió cantando. Visto que el fotógrafo no ofrecía ninguna explicación, Meg dijo:

—No estoy familiarizada con esa expresión.

—Ya en 1862 —dijo el señor Brandon—, el gobierno de los Estados Unidos trató de aliviar la superpoblación de los campos de prisioneros de la Unión ofreciéndoles la libertad a aquellos presos confederados que jurasen fidelidad a los Estados Unidos de América y prometiesen no volver a luchar contra el norte.

La lumbre crepitaba alegre cerca de ellos, haciendo que el aire húmedo y caliente resultase casi sofocante. Meg se desabrochó los botones de la capa.

—¿Así que los prisioneros podían prestar juramento y quedar libres? ¿Sin más?

—No exactamente —la corrigió Nate—. Se convertían en «yanquis galvanizados», un tipo específico de soldado unionista, y los enviaban al oeste para luchar contra los indios junto a las limitadísimas tropas de la Unión. Solo abandonaban la prisión para volver a prestar servicio luchando en las filas de su antiguo enemigo. Los mandaban al oeste para que no tuvieran que luchar contra sus camaradas sureños.

—Así evitaban la tentación de desertar y volver a vestir el uniforme confederado —añadió el señor Brandon—. Un pequeño porcentaje de prisioneros aprovechó la oportunidad, pero pagaron un precio muy alto. No quiero ni imaginar el tipo de bienvenida que les dispensarían sus familias en el sur una vez acabada la guerra.

Meg buscó en su mente un lugar donde encajara esta información. El señor Brandon venía a decir que Jasper habría sido primero un soldado confederado, cosa que no tenía sentido.

—Jasper Davenport nos dijo que había luchado como soldado de la Unión desde el primer día en que se alistó. —Aunque esas no hubieran sido sus palabras exactas, era algo implícito—. Nos contó que su tío, Hiram Sloane, había pedido que le hicieran esta fotografía. Hiram era guardián de la prisión de Camp Douglas.

—¿Cómo sabes que Hiram se lo pidió? —le preguntó Nate.

—Jasper se lo dijo a Sylvie el sábado. Ella le preguntó por la fecha.

El señor Brandon asintió repetidamente; con cada movimiento, su papada se aplastaba contra el cuello.

—Recuerdo a Hiram Sloane. Me apenó leer que lo habían asesinado la noche del incendio. Si no es mucha indiscreción, ¿a qué se debe su interés en él y en este joven, Jasper, por el que preguntan?

—Hiram era un amigo muy querido de nuestra familia. Su sobrino nieto, Jasper Davenport, ha regresado a Chicago y es el heredero único de sus bienes. —Meg no añadió que su hermana se había enamorado de él.

—¡Ah! No sabía que Hiram y este joven fueran parientes. —El señor Brandon se quedó mirando la fotografía de Jasper—. Menudo cambio de fortuna para ambos. Sí, Hiram insistió en pagar por su retrato. A mí me pareció de lo más inusual que un guardián de la Unión le pagase una fotografía a un prisionero confederado. Pero si eran familia, eso cambia las cosas, ¿no creen?

Meg dio un toquecito en la fotografía con el dedo, que tenía un resto de pintura bajo la uña.

—Discúlpeme, pero lo que sugiere es difícil de aceptar. Jamás lo habría imaginado mirando la fotografía.

El señor Brandon se rio y su mirada se desvió por un momento al periquito, que frotaba el pico contra las barras de la jaula en busca de atención.

—Las fotografías pueden engañar.

Meg sintió una punzada de exasperación. Demasiado acalorada, se quitó la capa y, una vez doblada, se la colgó del brazo.

—Explíquese.

—Muy bien. Al contemplar la imagen, usted ve a un soldado de la Unión, sin más. Lo que yo veo es un prisionero confederado que juró fidelidad, cambió los harapos por un uniforme que despreciaba y se sentó a que le hicieran un retrato que no quería justo antes de que lo enviaran a luchar junto a unos soldados a los que probablemente aún consideraba sus enemigos. Observe sus ojos. ¿A usted le parece un patriota del Tío Sam?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Volvió a examinar el retrato de Jasper. No podía negar que el señor Brandon tenía razón en cuanto a su expresión. ¿Acaso no había notado algo extraño, una suerte de dureza especial en sus ojos, incluso antes de llevarle la fotografía a Nate?

—Así que ese es su secreto —susurró—. El amado sobrino de Hiram luchó en el otro bando. No es de extrañar que Jasper jamás quisiera hablar de ello.

Nate cambió el peso a la otra pierna, mientras giraba el sombrero hongo en las manos.

—Señor Brandon, entiendo que su estudio anterior ardió. ¿Por casualidad no conservaría alguno de sus registros?

—Poquísimos. No tengo los libros de cuentas de aquella época, pero sí alguna que otra fotografía de Camp Douglas, si es que les interesan. Una es de un grupo de prisioneros prestando juramento.

—Sí, señor, agradeceríamos poder verla.

Cuando el señor Brandon se fue, Meg se volvió a Nate y apoyó un codo en el mostrador.

—Tiene sentido, ¿verdad? Jasper nunca ha sido una persona abierta con nosotros. No quería que supiéramos que ya había estado en Chicago porque no quería tener que decirnos que había sido como prisionero en Camp Douglas. —Meg sintió una punzada de compasión por Jasper a pesar de la consternación por el descubrimiento.

Nate se inclinó para examinar la fotografía. Los remolinos de la coronilla le habían partido el cabello formando una pequeña aleta.

—Hay algo que sigue sin cuadrar. Aquella carta de Sarah a Hiram…

—Era una artimaña —concluyó Meg—. Debía de querer cortar la relación de una vez por todas. Imagino que su enfrentamiento se extendía al patriotismo. Debía de haber apoyado a la Confederación, mientras que Hiram era un unionista convencido.

Nate levantó la mano para detenerla.

—Pero dijo que Jasper había muerto en el campamento militar de las afueras de Petersburg durante el asedio del verano de 1864. De las «afueras» de Petersburg. Fue el ejército de la Unión quien acampó fuera de la ciudad durante el asedio.

—Es cierto, pero las tropas confederadas también construyeron defensas fuera de la ciudad. Ambos ejércitos se encontraban técnicamente en las afueras de Petersburg. —Rememoró las palabras exactas de la carta —. Puede que, más que la ubicación, resulten reveladoras las palabras que Sarah escribió: «Como dijo nuestro presidente, Jasper entregó hasta la última gota de su devoción por la causa». Fue Lincoln quien empleó esa expresión sobre la devoción en su discurso de Gettysburg. Así que, si creemos que Jasper estaba incluido en ese «nuestro», entonces luchó por la Unión desde el principio.

Con los pensamientos agolpándose en la cabeza, le quitó a Nate el lápiz que llevaba detrás de la oreja.

Este, comprendiendo cuáles eran sus intenciones, sacó una hoja en blanco de su cartera y la puso en el mostrador. Después de estirar las manos, Meg formó dos columnas trazando una línea vertical en el centro de la página. En el encabezado de una escribió: «Sarah dice» y en el de la otra: «Brandon dice». En cada una de ellas anotó los hechos tal y como los conocían, sin preocuparse, por una vez, por si su letra resultaba poco elegante al escribir con la mano izquierda.

Bajo «Sarah dice», escribió: «Jasper, soldado de la Unión desde el principio. Murió a las afueras de Petersburg, verano 1864».

Bajo «Brandon dice», escribió: «Jasper, soldado confederado, prisionero en Camp Douglas, juró fidelidad a la Unión en marzo de 1865 y luego luchó en sus filas. Hiram pagó su retrato».

—Las dos cosas no pueden ser ciertas —suspiró Meg—. Lo único que tienen en común es que Jasper era soldado.

—Y solo una columna cuenta con pruebas fehacientes. —Nate señaló al señor Brandon.

El fotógrafo salía en ese momento del cuarto trasero, negando con

la cabeza.

—No estaba donde yo creía. Después de todo, no debió de sobrevivir al incendio.

A Meg no le extrañó.

—Gracias por mirar de todas formas.

Con el periquito cantando a sus espaldas, Meg y Nate se fueron con más dudas de las que tenían al llegar, pero al menos podían devolverles las fotografías a sus legítimos propietarios. Ya no había motivos para que Jasper no tuviera su retrato.

—¿Vas a contarle a tu familia lo que has descubierto? —le preguntó Nate—. ¿Aun cuando contradice la carta de Sarah?

Meg desplegó la hoja de papel con las dos columnas de información.

—Tenías razón, Nate. La única prueba real que tenemos dice que Jasper era un prisionero de guerra confederado. Padre y Sylvie deberían saberlo. Y Jasper no debería vivir con el peso de guardar un secreto así.

Tal vez entonces podría quitarse la máscara que llevaba y volver a ser libre.

❋❋❋

A Stephen le temblaba la mano. Aferró la aguja con fuerza, resuelto a que el temblor no le impidiera reparar la encuadernación de un ejemplar de *El paraíso perdido* que le había llevado un cliente. Era una labor sencilla. La punta de la aguja tenía que entrar por los orificios ya practicados en las páginas, pasar el hilo y vuelta a empezar. Si no era capaz de reparar un libro, ¿cómo iba a reparar lo que verdaderamente importaba en su vida? Si no conseguía unir las páginas al lomo, ¿cómo iba a unir lo que quedaba de su familia?

Retrepándose en el asiento, se tocó la barbilla. Todavía no se había acostumbrado a la suavidad de su piel afeitada. Se habría dejado crecer la barba si Sylvie no le hubiera dicho que le gustaba ver más de su cara. Más de él. Era el tipo de cosas que Ruth le decía al principio de su matrimonio, un recordatorio amable de que debía afeitarse.

Oliver se le subió al regazo. Rascó a la pobre criatura por debajo de la barbilla, con el corazón dolorido nuevamente al ver sus bigotes chamuscados. Con suavidad, le fue acariciando de la cabeza al rabo, palpándole las costillas.

—Creo que pasa hambre —dijo.

—¿Es eso lo que le dice? —preguntó Sylvie sin alzar la vista. Estaba

anudando cintas de cuadros rojos y verdes a una corona de ramas de abeto para colgarla en la puerta—. *Oliver Twist* ya comió esta mañana. No necesita más hasta la tarde.

—¿Estás segura? —Stephen echó un vistazo a la alacena, en busca de algo que ofrecerle.

—Confíe en mí. —Levantó al gato de su regazo y, besándolo entre las orejas, lo depositó en una pequeña caja que habían forrado de franela y dispuesto en el suelo cerca de la cocina—. No deje que lo distraiga.

Pero ya lo había distraído el esfuerzo por no dar su opinión sobre aquel embustero de Jasper. No es que le costara concentrarse: el problema era que se concentraba en lo que no debía. Sería un alivio dejar pasar la cuestión, pero sus pensamientos parecían bloqueados en un camino de un solo sentido y sin destino a la vista.

En ese momento sonó la campanilla. Nate y Meg entraron con el rostro casi tan pálido como la niebla que los rodeaba; Stephen no veía nada por las ventanas de tan densa como era. Parecía que la cabaña estuviera envuelta en un sudario. Se estremeció ante la idea, porque más de una vez había soñado que lo enterraban vivo en una fosa común como las que había tenido que llenar de cadáveres en Andersonville. Dio un pisotón bajo la mesa para anclarse al presente y no perderse en el pasado.

Meg cerró la puerta con llave antes de darle la vuelta al cartel de la ventana para que indicase que la librería estaba cerrada. Tras colgar el sombrero y la capa, dijo:

—Tenemos que hablar.

Stephen tuvo un mal presentimiento.

Nate también colgó la levita y el bombín, pero se dejó la bufanda puesta sobre los hombros al ir a sentarse frente a Stephen.

—Perdón por la interrupción —dijo, señalando *El paraíso perdido*.

Stephen deslizó el libro y las herramientas hasta el extremo de la mesa y los cubrió con una toalla por si *Oliver* decidía dar un paseo entre las páginas.

—¿Qué sucede?

Mientras esperaba a que Sylvie se sentara en el banco junto a su padre, Meg tomó asiento junto a Nate y suspiró.

—En una palabra: Jasper. Venimos ahora mismo de visitar al fotógrafo del estudio de Camp Douglas.

La voz de Meg rebotaba entre los oídos de Stephen mientras esta disponía su fotografía y la de Jasper, explicando que las dos fotografías las había tomado el mismo hombre en el mismo lugar.

Desdobló una hoja y la alisó, disponiéndola de manera que él y Sylvie pudieran ver dos columnas.

El corazón le latía a una velocidad imposible. Oyó la voz de Meg, luego la de Nate y, por último, una aguda exclamación de sorpresa de Sylvie, pero más que nada, oía la alarma dentro de su cabeza. Los distintos sonidos convergían y divergían como un millar de campanas que no cesaban de tañer.

—Lo sabía. —Se lamió los labios resecos—. Sabía que tenía algo raro. ¿Acaso no lo dije? ¿No lo dije? Es un rebelde. Me apuesto algo a que es un espía rebelde, incluso ahora.

—La guerra ha terminado, padre. —El tono de Meg era demasiado confiado. Ella no lo entendía.

—No, no ha terminado. No para mí. Y probablemente tampoco para él. —Se pasó los dedos temblorosos por el cabello. Estaba corto. Demasiado corto, porque le habían afeitado la cabeza en el sanatorio. Costras de cuero cabelludo quedaron atrapadas entre sus uñas. La sensación lo catapultó de vuelta a Andersonville.

—No es un espía, padre —dijo Sylvie con pasión apenas contenida —. Ni siquiera es un rebelde ya. Este es el motivo por el que nunca nos ha querido decir quién era en realidad. Está usted exagerando.

No, no exageraba. Había rebeldes allí, en Chicago. Siempre había sabido que sucedería. Por eso había pasado años patrullando la azotea de su edificio.

—Mi deber es protegeros —respondió. Había dejado a sus hijitas indefensas durante los largos años de la guerra. Jamás volvería a hacerlo—. Yo te protegeré de ese rebelde, pero debes cooperar y hacer exactamente lo que te diga.

En los ojos castaños de Sylvie asomaban las lágrimas.

—No quiero que me protejan de él. ¿Es que no lo ve? ¡Él me importa!

Sus palabras le cayeron como un duro golpe. Se llevó la mano al corazón antes de levantarse de la mesa y empezar a recorrer el cuarto cuan largo era, cinco metros y vuelta a empezar, sin dejar de darse palmadas en el muslo.

Meg se dio la vuelta y lo miró. Un mechón de cabello ondulado le caía por la mejilla.

—Padre, si creemos que es un veterano confederado, también tenemos que creer que juró fidelidad a los Estados Unidos años atrás y que luchó junto a los yanquis. Tenemos que creer que Sarah Davenport se equivocaba o mentía cuando dijo que había muerto, lo que significaría que Jasper es quien dice ser. Que es el sobrino de

Hiram. Que Hiram sabía cuáles eran sus lealtades y lo amaba a pesar de todo. Le legó toda su fortuna.

Qué joven parecía, qué inocente. En su mente, Stephen volvió a verla con un vestidito y un par de trenzas que le caían por la espalda. Era una niña.

Respiró hondo y lentamente, tratando de calmarse. Luego se dirigió a Nate.

—¿Tú qué tienes que decir de todo esto?

El reportero se puso en pie para mirarlo directamente a los ojos.

—Es toda una sorpresa, ¿verdad? Aunque parece que a este rompecabezas aún le faltan varias piezas. Y, en ocasiones, conocer tan solo parte de la verdad puede distorsionar en gran medida la realidad.

—¿Cómo? —Stephen intentaba con todas sus fuerzas quedarse quieto mientras Nate le hablaba, pero el fuego que le ardía en las extremidades no se lo permitía. Echó a andar de nuevo.

Nate se agarró los extremos de la bufanda.

—Por ejemplo, sabíamos que el Gran Incendio comenzó con una chispa en la granja de Catherine O'Leary. Así que las culpamos a ella y a su vaca de haberlo provocado. Algunos hasta dijeron que había sido deliberado. Pero la investigación ha revelado que estaba en la cama, por lo que es inocente. Por desgracia, su reputación y la de los inmigrantes irlandeses se ha visto tan dañada que tal vez ya no se pueda resarcir. A la gente le encanta tener un chivo expiatorio.

—No estoy hablando de una inmigrante irlandesa y un incendio —bramó Stephen. El sudor le rodaba por las sienes y se lo limpió con el puño de la manga—. Estoy hablando de un rebelde y de mis hijas.

—Jasper es su chivo expiatorio. —La voz de Sylvie sonó tan baja que Stephen estuvo a punto de no oír sus palabras.

Se dio la vuelta y se colocó frente a ella, retándola en silencio a repetirlas.

—Tiene que separar a Jasper de lo que le sucedió a usted —le dijo Sylvie—. Antes de este mismo otoño ni lo conocía. Jamás le ha hecho daño. Y usted tampoco se contaba entre aquellos que le hicieron daño a él. No se confunda, Jasper también ha sufrido. Y de un modo que usted puede entender mejor que ninguno de nosotros.

Tenía la respiración agitada. El pulso le galopaba tan desbocado que sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Ha sido una sorpresa para todos —dijo Meg con dulzura—, pero recuerde lo que nos dijo en una de sus cartas al poco de comenzar la guerra. Nos contaba que, al principio, consideraba rebeldes a todos los sureños y había asumido que todos ellos eran malas personas. Pero

luego admitía que en el otro bando había buenos hombres, aunque hicieran cosas con las que usted no estaba de acuerdo. Creo que es nuestro deber para con Jasper no asumir demasiado. No debemos juzgarlo por su pasado, sino por lo que haga con su presente y con su futuro. ¿No está de acuerdo?

Stephen no era estúpido. La pregunta era tan acerada que por poco no le había cortado la piel. Lo que le estaba diciendo era que, si Stephen no quería que lo juzgaran por su pasado, cosa que no deseaba, tampoco debía juzgar a otro hombre por el suyo.

—Tómese su tiempo para digerir la información, señor Townsend. —Nate se quitó la bufanda del cuello. Al menos Stephen no era el único que tenía calor—. Tardará en acostumbrarse, pero tengo fe en que lo conseguirá.

Fe. Stephen también tenía fe. Creía firmemente en un Dios que lo amaba, un Dios que tenía el poder de sanarlo. Había creído que, si rezaba lo suficiente, si se esforzaba lo suficiente, se sentiría mejor, con un mayor control. Pero ¿qué padre, qué veterano y prisionero de guerra unionista podía recibir una noticia como aquella sin alterarse?

Se hundió en una silla. «Dios mío, ayúdame a encontrar mi camino en este lance», comenzó a rezar. Pero, cuando cerró los ojos, se encontró de vuelta en Andersonville, tratando desesperadamente de recoger agua de lluvia contaminada de restos humanos en un jarrillo de lata para no morir de sed. Un guardián se cernía sobre él, tapándolo todo con su sombra. Al levantar la vista, vio el rostro de Jasper.

Sacudiendo la cabeza, Stephen se puso en pie. Aquello no era cierto. Jasper no había estado allí. Pero el hecho de ver su imagen con tanta claridad le dio miedo. Por una fracción de segundo se preguntó si debería haberse quedado en aquella institución, pero otra idea eclipsó tal pensamiento. Estaba en casa para proteger a su familia. Estaba en casa para afrontar momentos como aquel. ¿Qué iban hacer sin él sus hijas, tan cándidas como eran?

Por primera vez en meses se llevó la mano instintivamente a la cadera, pero su arma no estaba allí.

—¿Dónde está mi revólver? —preguntó, alzando la voz.

Al instante Meg estaba a su lado, con las manos posadas en su brazo, pero se zafó de ella. Nate estaba al otro lado. Alguien lloraba. Sylvie.

—Tranquilo, no hay que ponerse así —dijo alguien.

—Pero ¿dónde está? Un hombre necesita su arma —insistió Stephen —. Si no, ¿cómo voy a defenderos?

Entonces, de repente, lo recordó. El fuego la había destruido. El chiquillo italiano trató de vendérsela como una reliquia. Más tarde, la policía se la enseñó como prueba de que había disparado a Hiram.

Stephen ya no tenía su revólver. Había un enemigo en el campamento, tenía que proteger a sus hijas, y no tenía revólver. El pánico le atravesó el pecho.

Capítulo 34

Martes, 12 de diciembre de 1871

Debía de frisar la medianoche, pero Meg, tumbada en el colchón, notaba en la respiración de su padre que todavía no había caído en un sueño profundo y rítmico. Seguía despierto, igual que ella, y la única que verdaderamente descansaba era Sylvie.

Se giró sobre un costado y la mirada se le fue a la estantería. Los títulos de lomos dorados reflejaban el brillo naranja procedente de la cocina. Al distinguir *Cumbres borrascosas*, sus pensamientos volaron a la mujer que lo había escrito.

Cuando Emily Brontë cayó enferma, toda la familia menos ella sabía que se estaba muriendo. O, si lo sabía, lo había negado. Se había negado a descansar, a ver a un médico o a alterar su rutina diaria en modo alguno. Las pobres Charlotte y Anne tuvieron que ver cómo se iba apagando hasta que, al cabo, accedió a que llamasen a un médico. Pero era demasiado tarde. Murió aquel mismo día. No había permitido que su familia la ayudara.

El frío que le nacía en la boca del estómago se expandió por todo su ser. ¿Le sucedería lo mismo a Stephen? No estaba bien, por fin lo veía. Había sido una inocente por pensar que no era el caso. Aun así, se negaba a ver al doctor Gilbert y a ella se le estaban acabando las ideas para ayudarlo.

Eso era lo que le bullía en la mente cuando por fin sucumbió a un sueño inquieto.

La despertó el viento gélido en la cara. Un delgado rayo de luna atravesaba la habitación; en su luz danzaban los copos de nieve.

La puerta estaba abierta. Stephen se había ido.

Asustada, se levantó de la cama.

—¿Qué sucede? —Sylvie se incorporó súbitamente, antes de percatarse del colchón vacío de su padre—. Oh, no.

Las dos hermanas se pusieron la capa y los zapatos, agarraron las bufandas y salieron de la cabaña, cerrando la puerta tras ellas.

Sin aliento por el frío, Meg miraba a un lado y a otro de la calle. Las chimeneas del resto de las cabañas lanzaban humo gris al cielo, pero por ninguna parte se veía a su padre.

—¿Adónde habrá ido? —Preguntó Sylvie: cada una de sus palabras formaba una nubecilla blanca en la oscuridad.

—Ni idea —respondió Meg—, pero creo que sé por qué lo ha hecho. ¿Qué va a hacer sino volver a patrullar? —Solo que esa vez carecía de las ventajas que ofrecía la azotea de un edificio de tres plantas desde donde montar guardia.

Con un gruñido de fastidio, Sylvie se ciñó la bufanda alrededor del cuello y señaló una serie de huellas en la nieve. Las siguieron hasta que desaparecieron.

El corazón de Meg le golpeaba las costillas en señal de alarma.

Lo había perdido. Otra vez. No se encontraba mejor que antes del Gran Incendio. ¿Cómo había sido tan ciegamente optimista como para pensar que se pondría mejor al volver a casa?

Las lágrimas se le solidificaban en las pestañas y le helaban las mejillas.

—Puedo hacerlo —se susurró a sí misma, a Dios, a Sylvie—. Puedo cuidar de él. —Allá donde estuviera, le pidió a Dios que lo protegiese, que protegiese su mente y que lo convenciera de volver a casa.

Los pies la hicieron avanzar entre los remolinos de nieve. Con la cabeza gacha para hacer frente al viento, Sylvie caminaba a su lado. Estaban llegando a la plaza del Palacio de Justicia cuando las huellas desaparecieron. Meg condujo a Sylvie al otro lado de la calle y se dirigió al edificio más alto. Lo que, en la distancia, parecía una ruina era la nueva construcción de una obra aún en curso. Los andamios a su lado formaban una retícula oscura.

—Ahí es adonde habrá ido —dijo.

Sylvie levantó la vista y se tapó la boca.

—Vamos. —El cabello le azotaba la cara y el cuello según se acercaba al edificio—. ¿Padre? —lo llamó. Gigantescos copos de nieve flotaban en el aire como plumas.

En la ventana abierta en la tercera planta, aún por terminar, apareció una figura solitaria.

—¿Meg? ¿Qué estás haciendo aquí? —El abrigo se le abrió al viento y dejó entrever el pijama.

—Sylvie también ha venido. Baje de ahí o agarrará una pulmonía. Vamos a casa.

Estaban exactamente como al principio. Trataba de hablarle a su padre, pero él estaba fuera de su alcance.

—No, no, no puedo bajar. Tengo que montar guardia.

Sylvie ahuecó ambas manos sobre la boca.

—No, no tiene por qué hacerlo.

Pero él ya se había alejado. La distancia entre ellos era insoportable.

—Si alguien denuncia su comportamiento, ¿bastará para mandarlo de vuelta para siempre al manicomio? —preguntó Sylvie, haciéndose eco de la preocupación de Meg. ¿Era una muestra de locura o sencillamente un instinto de protección extremadamente desarrollado?

—Voy a subir. —Meg esperaba que su hermana le pusiera pegas.

—Voy contigo.

Animada por su apoyo, Meg se agarró el camisón con la mano derecha, lo levantó por encima de los tobillos y trepó por la escala del andamio. Sylvie esperó unos segundos antes de trepar tras ella.

Los peldaños estaban lo bastante fríos como para que Meg pudiera notarlos a través del tejido cicatricial de la mano izquierda. Cuando por fin llegó al nivel de su padre, bajó al suelo, sintiendo cómo el viento soplaba a su alrededor. Había construida parte de una pared, con los vanos para las ventanas listos para su colocación, pero no había sino cielo abierto por encima de ellos y en los otros tres costados. Ayudó a su hermana a abandonar el andamio.

Encontraron a su padre en medio de la planta.

—No teníais por qué venir. Lo tengo todo bajo control —les dijo.

Pero no era cierto. Y tampoco lo era en el caso de Meg.

—Esto no va a funcionar —susurró, con la nariz y los dedos ateridos de frío. Se abotonó la capa hasta el cuello.

—Tienes razón —dijo—. No sirve de nada estar aquí arriba. Si veo algo sospechoso, ¿qué puedo hacer? ¿Gritar? —Negó con la cabeza—. No servirá de nada. Necesito un arma. Vive Dios que mañana compraré una. —La fuerza de sus palabras hizo que a Meg le flaquearan las piernas.

¿Qué podía hacer, qué iba a hacer con un arma? Tal vez nada. Durante años había rondado por la azotea de su edificio, revólver en mano, y jamás había disparado un tiro. Pero eso no significaba que en el futuro no fuera a apretar el gatillo, especialmente ahora que estaba

más convencido que nunca de la presencia de espías rebeldes en Chicago. Ya habían logrado sacarlo una vez del manicomio. Si volvía a dar el más mínimo motivo para que lo encerrasen, y la amenaza pública era motivo suficiente, pasaría allí el resto de sus días.

—Tengo derecho a portar un arma —estaba diciendo—. La Segunda Enmienda afirma tengo derecho a defenderme y a defender lo que es mío.

Sylvie se agarró al borde inferior del vano de una ventana para no perder el equilibrio.

—No creo que un arma sea la respuesta.

El ladrillo al que se agarraba se movió ligeramente, rechinando contra el que había debajo. Abrió los ojos como platos y las dos hermanas se miraron, conmocionadas al comprender la situación. Con las prisas por llegar hasta su padre, habían subido a un edificio de ladrillo en construcción aún sin acabar. Después de todo lo que Nate había dicho sobre el mortero, que se desmoronaba por el frío, después de ver cómo se había derrumbado un edificio, Meg se había subido con su hermana a lo más alto de otro, precisamente una noche en la que el viento soplaba con fuerza.

Sylvie soltó el ladrillo y se alejó de la pared.

—Deberíamos irnos.

—Sí —convino Meg—. Debemos irnos ahora mismo.

—Estoy vigilando la ciudad. —Stephen era completamente ajeno al peligro en el que se hallaban—. Mirad lo apacible que parece, con la nieve cubriéndolo todo bajo un manto de inocencia y luz. Pero es lo que hay por debajo lo que me preocupa.

El aliento de Meg formaba cristales por dentro de la bufanda. Se la colocó bajo la barbilla.

—Entiendo lo que quiere decir. Pero hablemos abajo, en la calle. Este edificio no es estable.

La nieve cubría el pelo rapado y los hombros de Stephen. Se llevó una mano a la oreja, con los ojos chispeantes y abiertos como platos mientras observaba los edificios a su alrededor.

—¿Oís eso?

Ella no oía nada. Lo único que oía era el latido de su propio corazón y la respiración de Sylvie a su lado.

Un golpe de viento hizo revolotear sus camisones y precipitó a la calle tres ladrillos de la fila superior de la pared. El suelo se tambaleó.

—Hay alguien ahí —dijo Stephen, dando un respingo.

—El viento está tirando los ladrillos de la pared. —Meg notaba el pulso en los oídos—. El mortero no va a aguantar; el edificio no es

seguro. Podría derrumbarse en cualquier momento, y nosotros con él.

—Padre. —La voz de Sylvie era apenas un hilo bajo el viento—. Tengo miedo. Tengo muchísimo miedo y necesito que me proteja, que nos proteja a las dos. Eso significa que tenemos que irnos ya, antes de que el edificio se derrumbe.

La locura se desvaneció de sus ojos en cuanto la miró. Salvo la distancia que lo separaba de ellas, tomó la mano de Sylvie y luego la de Meg, sin tener en cuenta sus cicatrices.

—Vosotras, hijas mías, no tenéis por qué caer conmigo —dijo—. Jamás quise eso para vosotras.

Que las tocara parecía un pequeño milagro, al que lo sucedió otro más, el que lo llevó a bajar por el andamio tambaleante hasta la sólida calle que había debajo.

Cuando se hallaban a media manzana de distancia, un fuerte estruendo sacudió la tierra. Meg sintió que todo su ser retumbaba. Aun antes de girarse, supo que el edificio que acababan de abandonar había caído.

Sylvie ahogó un grito: su semblante estaba blanco como el nácar. La mirada horrorizada que lanzó a su hermana decía que se habían librado por muy poco.

Stephen cayó de rodillas sobre la nieve, contemplando la destrucción.

Arrodillándose junto a él, Meg le posó una mano en el hombro.

—No pasa nada —musitó a duras penas, porque había estado a punto de pasar.

—Por todos los santos, hija. Creo que alguien intenta matarnos.

Meg escondió el rostro entre las manos.

❋❋❋

Miércoles, 13 de diciembre de 1871

Sylvie estaba rendida de cansancio después del trance con su padre la noche anterior. Stephen y ella tenían las pesadillas en común pero todo parecido acababa ahí, pues la paranoia intensa y la desconfianza seguían reconcomiéndolo como en los peores momentos. No podía seguir así. Ninguno de ellos podía seguir así. Por eso, después de una difícil conversación en familia aquella mañana, Stephen había aceptado plantearse ver al doctor Gilbert la semana siguiente, una vez concluida la exposición de arte de Meg. Como promesa no era gran cosa, pero fue lo mejor que pudieron obtener de él.

Entretanto, necesitaba dormir desesperadamente. Tal vez lo lograría con la cabaña para él solo. Sylvie tenía otras cosas que hacer.

Se preguntó si debería sentirse culpable por haber concertado un encuentro con Jasper sin que su padre lo supiera, pero rápidamente lo descartó. La fotografía le pertenecía y le había prometido que se la devolvería. Si no se la hubiera llevado de su casa, nada de aquello habría sucedido.

Pero se la había llevado, así que allí estaba, acompañada de Meg y Nate, en los terrenos de la Iglesia de la Unidad de la División Norte, esperando a que llegase. Meg había acudido con Stephen la semana anterior para pintar al reverendo Collyer en su interior. No obstante, tenía que regresar para terminar los detalles del edificio. En cuanto Sylvie se enteró de los planes de su hermana, se había ofrecido a ir con ella y con Nate, y envió una nota a Jasper diciéndole dónde podía encontrarla. Esa mañana Stephen estaba resfriado, algo lógico, dado lo sucedido la víspera, y prefirió quedarse en casa.

Sylvie se ciñó la bufanda alrededor del cuello y se la anudó por debajo de la barbilla. El viento soplaba a través los restos de la iglesia, emitiendo espeluznantes gemidos y levantando polvo y tierra. Solo quedaban en pie los muros exteriores. No había tejado, ni nada en su interior, pues ya se habían retirado los escombros. En la distancia, a Meg le había parecido un dibujo lineal, un mero esbozo a carboncillo sobre un fondo grisáceo. Y tenía razón.

Al menos la temperatura había subido por encima de cero, fundiendo la nieve de la noche anterior y permitiéndole a Meg manejar sus pinturas. La humedad del aire, sin embargo, hacía que el frío calase a Sylvie a través de las capas de ropa.

Meg asomó la cabeza tras el lienzo, pincel en mano.

—¿Os importaría ir acercándoos al edificio, por favor? Quiero añadir a alguna persona en el santuario y recrear el primer domingo tras el incendio. Os necesito para dar perspectiva.

A Sylvie le hormiguearon los dedos dentro de las botas al penetrar entre los muros.

Nate se bajó la bufanda para poder hablar.

—¿Cómo te encuentras, Sylvie? —El aliento le empañó la mitad inferior de los anteojos.

Ella lo miró de soslayo. Sin saber muy bien qué responder, cambió de tema y se centró en su padre.

—Sigo pensando que fue bueno que la pistola de padre se destruyera en el incendio y se quedara sin ella —dijo—. No me gustaría nada que anduviera patrullando como hizo anoche con un

arma en la mano. Si se considera que es una amenaza para la seguridad de alguien, volverán a meterlo en el manicomio, para siempre. A pesar de nuestras discrepancias, no es eso lo que quiero para él.

—No. Ninguno de nosotros quiere algo así. —Levantó la cabeza y desvió la mirada hacia el lugar donde solía estar la campana de la iglesia. Solo quedaba el muro exterior de la torre, que se levantaba sobre los arcos vacíos donde antaño hubiera puertas y ventanas—. Sabes que no intenta hacerte infeliz, ¿verdad? Él cree sinceramente que es su labor protegerte de todo mal.

La joven asintió.

—Cree sinceramente que Jasper es peligroso. Pero, sinceramente, se equivoca.

Ante ellos apareció un carruaje tirado por caballos. Presa de la anticipación, vio cómo se acercaba y frenaba hasta detenerse. Jasper se apeó y le dijo algo al conductor.

—Qué coincidencia… —murmuró Nate, mirándola con una ceja enarcada.

Sylvie vio de reojo que su hermana también observaba la escena. A esta no le había gustado demasiado el plan, pero al menos había reconocido que Jasper merecía que le devolvieran su retrato. Que se reunieran en la cabaña quedaba fuera de consideración, así como que Sylvie fuera sola a su casa otra vez.

—No tardaré más que un minuto —le dijo Sylvie a Nate—. No me digas que te incomoda la situación.

—Siempre y cuando pueda veros a los dos.

—Aquí no hay donde esconderse —se rio —, así que eso no será un problema.

Al cabo de un instante se hallaba con Jasper en el interior de la iglesia, a varios metros de Nate.

—Siento haber tardado tanto en devolverte esto —dijo al tiempo que se sacaba del bolsillo un pequeño libro de sonetos, en el que había guardado el retrato para que no se arrugara. Lo abrió por la mitad y extrajo la fotografía antes de entregársela a su dueño.

—Sí, es curioso. ¿Y por qué? —tenía la nariz y las mejillas enrojecidos por el frío. Se mostraba cauteloso. Probablemente pensaba que lo odiaría si se enteraba de quién era en realidad.

Azorada, volvió a guardarse el librito en el bolsillo y decidió ser lo más sincera posible sin hacerle daño.

—Te lo diré. Pero, por favor, no me interrumpas y no saques conclusiones apresuradas.

Le explicó lo más brevemente que pudo lo que Meg y Nate habían descubierto en el estudio del fotógrafo.

—No tengo peor opinión de ti, Jasper, por haber luchado con el sur. Para mí es importante que lo sepas.

Su silencio se hizo incómodo.

—¿Estamos equivocados? —preguntó—. ¿Algo de lo que dicho no es cierto?

El joven parpadeó y apartó la vista.

—No. Luché con la Confederación. Estuve preso en el campo del tío Hiram y él pagó por la fotografía, como ya te había dicho. Luego me convertí en un yanqui galvanizado. Podrías haberme hecho a mí todas esas preguntas, Sylvie. No hacía falta que te lanzases a desentrañar las respuestas.

—¿Nos lo habrías contado? ¿Habrías compartido toda esa información conmigo?

La comisura de la boca de Jasper se le contrajo en una rápida sonrisa.

—Todo de una vez, no, si hubiera podido evitarlo. Pero ¿acaso puedes culparme? Chicago y yo tenemos una historia complicada. Tú vienes de una familia muy patriota, y tu padre… No me imagino que se haya tomado la noticia de mi pasado demasiado bien.

Sylvie se volvió a mirar a Nate, que seguía observándola.

—Ha sido un duro golpe para él. Pero con el tiempo creo que acabará aceptándolo. Al menos así lo espero.

—Supongo que eso no sucederá de aquí poco. Me mantendré al margen por respeto a sus deseos. Lo único que pido de ti y de tu familia es que me mostréis suficiente respeto como para no seguir indagando a mis espaldas. Os ahorraré el trabajo y te lo diré de una vez. Por si os lo preguntabais, mi familia jamás poseyó esclavos. Si tenéis alguna otra duda, lo único que tenéis que hacer es preguntarme —dijo, llevándose la mano al sombrero.

No podía dejar que se marchase así, no cuando por fin empezaba a ver lo que se ocultaba tras la máscara.

—Te lo estoy preguntando ahora —dijo casi sin aliento—. Por favor, háblame. Quiero saber más de quién eres realmente. Jasper... te vi los pies.

Aquello hizo que se detuviera. Algo iluminó su rostro por un instante.

—Congelación. En Camp Douglas me obligaban a permanecer de pie descalzo sobre el hielo y la nieve.

—¡Qué horror! No tenía ni idea.

—Eso es que nunca subiste a la torre del observatorio para ver el espectáculo. Me alegro.

—No, mi madre jamás lo permitió. —Permaneció un momento en silencio, esperando a ver si había ido demasiado lejos. Como él no se había alejado, probó suerte de nuevo—. ¿Y aquella canción sobre el forastero errante? ¿Por qué reaccionaste tan mal cuando la mencioné?

Jasper suspiró, como si responder le exigiera una enorme paciencia.

—Es una canción popular en el sur. A mí y a muchos otros soldados nos reconfortó durante la guerra, especialmente mientras fuimos prisioneros. Me preocupaba que averiguases por la canción que había luchado con la Confederación y que no quisieras volver a relacionarte conmigo.

Con aquella pequeña confesión sincera, la puerta al verdadero Jasper Davenport se abrió ligeramente. Ella habría querido abrirla de par en par, pero se refrenó antes de hacerlo. Enderezó la espalda con la dignidad que le quedaba.

—No tenías que haberte preocupado por ello, Jasper.

La sonrisa que se dibujaba en su rostro era triste.

—Que tenga un buen día, señorita Townsend. Le deseo todo lo mejor.

Entonces se marchó, y el sol se ocultó tras una nube.

Capítulo 35

Domingo, 17 de diciembre de 1871

Meg cerró los ojos y respiró hondo. No le sirvió de nada.

No había ningún problema entre ellos, le había dicho Nate. No estaba enojado ni ofendido por nada que ella hubiera dicho o hecho. Podría haberlo dejado así, sin más. Pero era tan sensible a la distancia que temía estaba abriéndose entre ellos que le suplicó que le revelase aquello que ocultaba. Después de enterarse del sorprendente pasado de Jasper, no quería más secretos ni medias verdades.

Reticente, se lo contó. Dudaba que Otto Schneider hubiera matado a Hiram. Creía, aunque no lo podía demostrar, que a Otto le habían pagado para cargar con la culpa. «No quiero que te preocupes», había añadido después de explicarle los motivos. Pero lo que ella oyó fue: «El asesino sigue suelto, nadie sabe quién es y la policía no lo está investigando».

Eso había sucedido dos días atrás y, desde entonces, cargaba con la conversación, además de con un miedo que la envolvía y asfixiaba.

No había sido capaz de comer en todo el día. En ese momento, de pie en la galería del señor Jansen, poco antes de que se inaugurase la exposición «El espíritu de Chicago», se alegraba de ello. Con una mano apoyada en el corpiño, sonrió a Bertha Palmer y confió en que su nerviosismo no resultase tan patente como lo sentía.

—Estás preparada —le dijo la señora Palmer con una sonrisa. La luz de gas refulgía en los diamantes de su cabello y se reflejaba en el parqué de abedul. Marcos dorados pendían a la altura de los ojos de las paredes empapeladas en verde oscuro. En el otro extremo de la

larga sala, un cuarteto de cuerda afinaba los instrumentos antes de empezar a tocar: su música era el lustre perfecto para que la velada resplandeciese.

Si tan solo pudiera concentrarse en ello y no en que un asesino seguía suelto. Rezó pidiendo ayuda en silencio y decidió dejar a un lado su pesadumbre y disfrutar de la noche. Un mes antes no lo habría creído siquiera posible.

—Tal vez padre venga más tarde —dijo Sylvie.

Tal vez. Pero las muchedumbres le agitaban, y lo último que Meg quería era que esa noche lo pasara mal. Al menos en casa estaba cómodo. Aun así, el hecho de que se perdiera el acontecimiento le dolía, por muy buenos motivos que tuviera para hacerlo.

—Venga o no, has de creer que está orgulloso de ti. Todos lo estamos. —La voz de Anna Hoffman hizo que volviera a concentrar su atención en lo que tenía delante, y no en lo que no tenía. La mujer, que había llegado pronto para donar tartas y pasteles a la exposición benéfica, sonrió de oreja a oreja mientras señalaba las obras de Meg, que compartían espacio con varios cuadros que Bertha había traído de Francia.

La mirada de Meg se empañó al contemplar las escenas que había pintado por toda la ciudad, desde Louis Garibaldi vendiéndole una reliquia a Bertha Palmer hasta el reverendo Collyer con su congregación en la calcinada Iglesia de la Unidad. Uno de los cuadros mostraba a Sylvie trabajando en el centro de distribución de ayuda y otro, a Anna Hoffman repartiendo *pretzels* y berlinesas a las familias alemanas que lo habían perdido todo en la División Norte. Y allí estaba el banquero, en pie con su mejor traje y recitando «un corazón dispuesto a cualquier destino» mientras su antigua institución se derrumbaba. Entre aquellos cinco cuadros se repartía un puñado de retratos menores. Cada uno contaba una historia, pero vistos en conjunto, formaban un tapiz de esperanza.

Sylvie la tomó de la mano.

—Piénsalo. Nunca habías pintado del natural y, ahora, mira toda la vida que has capturado.

Llena de gratitud, Meg le apretó la mano a su hermana.

—Hace diez semanas, todas las mujeres aquí presentes lo habíamos perdido casi todo —dijo en voz baja—. Pero mira lo lejos que hemos llegado. Mira lo lejos que ha llegado Chicago.

—Sí, querida —asintió la señora Palmer antes de echar un vistazo al reloj que llevaba enganchado al corpiño con una leontina—. Aquí estamos, y más que van a llegar muy pronto. ¿Estás preparada para

recibirlas?

Mientras Meg y la señora Palmer discutían el proceso de puja silenciosa, Sylvie y Anna se retiraron a un rincón de la sala. Desde la zona de recepción adyacente llegaba el olor de la sidra, junto al de los ramos de abeto dispuestos en la mesa cubierta con un mantel de lino. Varios camareros llenaban bandejas de plata con vasos de sidra para repartir entre los invitados.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando empezaron a llegar las primeras damas, ataviadas con joyas y abrigos de piel. Completamente en su elemento, la señora Palmer las condujo hacia Meg y la presentó con términos tan elogiosos que esta no estaba segura de estar a la altura.

—Vedlo por vosotras mismas —les dijo la señora Palmer a sus amigas, al tiempo que trazaba un círculo con su elegante brazo señalando los cuadros. Luego le susurró a Meg—: Es tu turno.

Tragándose los nervios, Meg siguió su mirada y, tras tomar nota de dónde se había posado, comenzó a hablarles de las personas representadas.

—Pero tengo entendido que usted se quemó las manos —dijo un caballero—. Debió de ser un rumor.

—No, no lo fue —respondió Meg, haciendo que su mirada descendiese hasta las cicatrices. Semanas atrás, se habría retraído ante su curiosidad. Pero se había ganado la atención que iba a recibir esa noche. Lo único que sentía era orgullo.

—¡Fascinante! —exclamó el caballero antes de volverse a los cuadros con nuevo interés.

Después de aquello, Meg apenas pudo llevar la cuenta de las personas con las que habló. Helene Dressler y Kirstin Lindberg estaban entre ellas, y se quedaron charlando con Sylvie un rato tras admirar las obras. Jasper estaba notoriamente ausente, pero Meg sabía que era mejor así.

Cuando Nate llegó con Frank y Edith, Meg hablaba con una pareja del distrito de la avenida Prairie. Les sonrió y saludó discretamente con la mano, antes de volverse hacia la mujer, que quería saber más sobre el destino de la iglesia del reverendo Collyer. Para cuando la pareja se marchó, parecía que Nate también hubiera desaparecido.

Abriéndose paso entre los invitados, Meg tuvo que detenerse un par de veces más antes de llegar junto a los Novak para agradecerles cordialmente su asistencia.

—No nos lo podíamos perder —dijo Edith, al tiempo que le daba un par de besos en las mejillas.

—Si no fuera por lo bien que le caes, Meg, diría que se alegra por pasar una noche lejos de los niños —bromeó Frank antes de que su semblante se tornara serio—. Nate nos ha contado lo que le pasó a tu padre esta semana. ¿Ese deseo urgente de hacerse con un arma, lo de patrullar por aquel edificio justo antes de que se derrumbara? Realmente debería ver al doctor Gilbert.

—Lo sé. Ha dicho que se lo pensará. Me encantaría concertar una cita esta semana.

—Esa sería una muy buena idea.

—Lo único que hace falta es que mi padre esté de acuerdo. —Meg miró en derredor—. ¿No venía Nate con vosotros?

Edith aceptó un vaso de sidra de un camarero que pasaba por allí y le dio un sorbo.

—Ha preguntado por tu padre y luego ha desaparecido.

—Creo que sé por qué —dijo Frank, señalando la puerta con un gesto de la cabeza.

Stephen y Nate entraron juntos. Este vio a Meg y condujo a su padre directamente hasta ella. Frank le dio una palmada a su cuñado en la espalda y le estrechó la mano a Stephen. Edith lo saludó, llamó a un camarero y le tendió un vaso de sidra.

A Meg se le agolparon las lágrimas en la garganta.

—¡No esperaba verlo por aquí!

Stephen miró a Nate antes de responderle:

—Esta es una noche importante para ti. Te dije que a partir de ahora iba a estar a tu lado, ¿no? Bueno, pues aquí estoy.

—Ya lo veo. —También veía en sus ojos asustados lo mucho que le costaba. Estaba tan agotado como ella—. Y lo aprecio más de lo que se puede imaginar. Tal vez quiera sentarse mientras se bebe la sidra. Y asegúrese también de probar un pedazo del *strudel* de Anna.

Uno de los colegas de Frank se les acercó, y este y Edith se apartaron para conversar con él y con su esposa. Stephen bajó la voz.

—No se me da muy bien hablar con desconocidos, hija mía. A menos que quieran hablar de libros.

—No hará falta que lo haga —le respondió—. Tan solo siéntese y mire los cuadros. Eso es lo único que tiene que hacer.

El hombre asintió antes de alejarse y tomar asiento en uno de los bancos acolchados.

—Estás bellísima —dijo Nate—, tan bella como tus cuadros. Disfruta de la velada.

Habría querido preguntarle si se había enterado de algo más sobre Otto desde la última vez que hablaron, el viernes, pero decidió que

podía esperar.

—Lo haré. Ya lo estoy haciendo.

—Bien. No quiero mantenerte alejada de tus invitados, así que voy a sentarme con tu padre. Si alguien trata de hablar con él, en su lugar tendrán que hacerlo conmigo.

Nate estaba protegiendo a Stephen. Aunque tenía allí mismo a una familia con la que podría pasar la velada, prefería quedarse con su padre. Meg extendió la mano y le agarró la suya, tirando de Nate hacía sí.

—Gracias —le dijo—. Por venir y por convencer a mi padre de que viniera.

—De nada —respondió. La forma en que sonrió hizo que Meg deseara poder sentarse también junto a él.

❋❋❋

Con un vaso apoyado en la rodilla, Nate apartó los pensamientos de Otto Schneider por una noche y decidió centrarse en Meg.

—Significa mucho para su hija que esté usted aquí —le dijo a Stephen—. Ha sido un detalle que viniera. Sé que no le ha resultado fácil, por lo que es tanto más importante que lo haya hecho.

Stephen, recto como una vela sobre el banco, se limitó a asentir, mientras observaba un cuadro de Meg y mascaba el último pedazo de *strudel*.

En ese momento entraron los hermanos Garibaldi, y Meg les estrechó la mano en una cálida bienvenida.

—Ese chiquillo del cuadro —dijo Stephen, entrecerrando los ojos—. ¿Quién es?

Aunque una cartela bajo el marco daba información general, Nate supuso que Stephen querría algo más específico.

—Es Louis Garibaldi. Su hermano Lorenzo y él vendían reliquias del incendio en nuestro vecindario hasta que empezó a hacer demasiado frío.

Stephen se dio un tirón al cuello de la camisa y se puso en pie. Avanzó dos pasos a la pared y señaló el lienzo.

—Yo a este chiquillo ya lo he visto, pero no me había dado cuenta hasta ahora.

Nate se situó a su lado.

—Bueno, está ahí mismo, hablando con Meg y la señora Palmer.

El hombre se giró, con el ceño fruncido.

—Lo conozco. Se llevó mi revólver. Un hombre debe tener a mano

su revólver, especialmente en tiempos como estos —dijo, con el vaso de sidra temblándole tanto en la mano derecha que algunas gotas se derramaron.

—Tranquilo, señor Townsend. —Nate le quitó la copa de la mano y la dejó en una bandeja que llevaba un camarero—. Dígame más. ¿Qué sucedió?

—La mañana después del incendio, ese niño se ofreció a venderme el Colt del ejército que había perdido durante la noche. Pero no podía pagarlo y, de todos modos, ¿por qué iba a hacerlo? Era mío. Mis iniciales estaban grabadas en uno de los lados.

—¿Así que se lo vendió a alguien más?

—Debió de hacerlo. Cuando volví a verlo, la policía dijo que era una prueba en el asesinato de Hiram. Me gustaría saber qué hizo Louis con mi arma después de que la viera por última vez.

Nate también sentía curiosidad.

—Escuche. Hay un guardarropa justo al final del pasillo; allí podremos hablar con algo más de privacidad. Llevaré al niño hasta allí y usted podrá hablar con él, pero solo si me promete que no le levantará la voz. No le grite. No le toque. ¿Podrá hacerlo, señor Townsend?

Stephen resopló.

—Lo intentaré.

—Excelente. Vaya al guardarropa. Llegaré enseguida. —Enderezándose la corbata, Nate caminó hasta los hermanos Garibaldi y se sumó a la conversación que mantenían con Meg, Edith y la señora Palmer. Después de darles la enhorabuena por su nueva hermana, Nate se volvió hacia Meg—. Si no te importa, me voy a llevar a Louis unos minutos. Tengo algunas preguntas que hacerle sobre el negocio de las reliquias.

—Ah, ¿sí? Entonces yo también debería ir. —Lorenzo cuadró los hombros—. Louis es la voz de la operación. Yo soy el cerebro.

—Por supuesto. —Nate sonrió—. Es por aquí.

Un bosque de levitas y abrigos de pieles atestaban el exiguo espacio, amortiguando los sonidos de las conversaciones y la música que llegaban del exterior. La luz de gas de un único aplique arrojaba sombras por debajo de los ojos y los pómulos de Stephen.

Lorenzo lo saludó llevándose la mano al sombrero.

—¿Está interesado en comprar una reliquia, señor? Estamos cerrados por fin de temporada, pero si tiene algún objeto concreto en mente, tal vez podría satisfacer sus deseos.

Stephen miró a Louis con el ceño fruncido.

—Tú trataste de venderme mi viejo revólver. El que tenía mis iniciales grabadas: SJT.

Louis abrió los ojos como platos.

—¿Sagaz Jarrón Torcido?

—Stephen James Townsend, pedazo de… —Stephen se detuvo y respiró hondo—. Así que recuerdas quién soy.

—Caballeros —dijo Nate—. Este es Stephen Townsend. La señorita Meg y la señorita Sylvie son sus hijas.

Lorenzo, con las cejas levantadas, miró a su hermano y a Stephen.

—¿Stephen Townsend es su padre?

Louis se dio una patadita en la punta del zapato con el otro pie. La parte superior se le estaba despegando de la suela.

—No lo sabía. En aquel momento ni siquiera conocía a la señorita Meg —dijo. Su fanfarronería empezaba a desvanecerse.

—En efecto, Louis —dijo Nate—. Nos gustaría saber qué es lo que hiciste con el arma del señor Townsend después de que te dijera que no podía comprártela.

—Esa arma era importante para mí —añadió Stephen—. Lo que sucediera con ella es importante.

Louis se rascó la coronilla y se enderezó la gorra.

—¿Es importante para la señorita Meg y la señorita Sylvie? —La luz de gas titilaba en sus grandes ojos negros.

—Podría serlo, sí —le confirmó Nate.

Lorenzo se quitó el sombrero y estrujó el ala.

—Se lo vendí a otra persona —reconoció Louis, encogiéndose de hombros—. Y un buen dinero que me gané. En cuanto el tipo demostró que le interesaba, supe que podía sacarle los cuartos. Así que le di un precio alto. Y él me ofreció aún más si le hacía un favor extra.

—¿Qué favor? —preguntó Nate.

—No tenía mucho sentido, pero me dijo que enterrara el arma en alguna parte, no muy hondo, y que le dijera a la policía que había visto a Townsend haciéndolo. También tenía que mostrar dónde la encontrarían.

—Así que tú eres el testigo falso número uno. —Stephen dio un paso atrás, con el rostro cada vez más sombrío, aunque por la caída de los hombros parecía que la información lo aliviaba—. No tienes idea de lo que hiciste.

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Qué mal le iba a traer a nadie haber enterrado su arma, cuando ya no le valía para nada? El hombre me ofreció dinero contante y sonante y yo lo acepté. Después de todo, tengo una familia de la que cuidar.

Interesante. Otto Schneider había dicho que no había pagado directamente a los testigos. Nate hincó una rodilla para ponerse al nivel del chiquillo.

—Louis, ¿tienes alguna idea de quién fue el otro testigo? ¿El que dijo que había visto al señor Townsend disparar a Hiram Sloane?

Lorenzo apretó los dientes y carraspeó.

—Ahora ya no importa, ¿no? Han retirado los cargos. No van a meter a los testigos en la cárcel, ¿verdad?

Nate se puso en pie y miró al joven a los ojos. Sabía algo y Nate imaginaba el qué.

—Dímelo, Lorenzo.

—Esto queda entre nosotros. Si hablo, tiene que prometerme que no lo publicará en su periódico. Al menos, no los detalles. Ni los nombres de los falsos testigos. Sería malo para el negocio, ¿sabe?

Nate se lo prometió.

—El único motivo por el que quiero encontrar a los testigos es para poder identificar al hombre que os encargó, o que encargó a los testigos, que dieran falso testimonio. Él es el verdadero criminal. El nombre de los testigos no tiene por qué divulgarse.

Lorenzo arrugó la frente y se apartó un mechón con la punta desnuda de los dedos enfundados en mitones.

—Está bien, se lo diré. Seguí al hombre que pagó a mi hermano y le pregunté si tenía algún otro trabajillo para mí. Lo único que tenía que hacer era decir una frase y, bueno, me pagaría suficiente para…, bueno, muchísimo más que a Louis. Mi hermano no sabía nada de ese trato. —Se volvió hacia Stephen—. Pero sí, le dije a la policía que vi cómo disparaba usted al señor Sloane.

Nate exhaló un hondo suspiro y miró de soslayo a Stephen. Era la primera confesión que oía en mucho tiempo que tenía sentido.

—¿Está usted bien, señor Townsend?

—Lo estaré cuando sepa quién está detrás de todo esto —respondió, frotándose el mentón—. Si no sabéis el nombre, ¿recordáis al menos qué aspecto tenía?

Louis se mordió el labio y se guardó las manos en los bolsillos.

—La verdad es que no. Veo un montón de gente cada día.

—¿Sabía él que el revólver pertenecía al señor Townsend antes de que lo encontraras?

El chiquillo alzó la vista a través de la densa cortina de sus pestañas.

—Por eso fue por lo que conseguí un precio tan alto. Le dije al tipo que era del señor Stephen James Townsend. Y ahora, si hemos

terminado, creo que voy a ir a comerme otro pedazo de tarta —dijo antes de echar a correr.

—Si te acuerdas de algo más, ponte en contacto conmigo. —Nate le entregó su tarjeta a Lorenzo y este siguió a su hermano.

Nate concedió a Stephen unos minutos para recomponerse antes de regresar a la galería justo en el momento en que Daniel Brandon pasaba junto al guardarropas y la sala de recepción y entraba en la sala principal.

—Ese es el fotógrafo de Camp Douglas —le dijo Nate a Stephen antes de saludar al señor Brandon—. Le presento al señor Stephen Townsend. Su fotografía fue una de las dos que le llevamos. ¿Qué lo trae por aquí esta noche?

Después de saludar a Stephen, el señor Brandon se llevó la mano a la americana y extrajo una carpeta.

—Después de que usted y la señorita Townsend se fueran de mi estudio, señor Pierce, encontré algo. Estoy seguro de que la señorita querrá verlo. Si no hubiera visto el anuncio de esta exposición, no habría sabido dónde encontrarla. Ahora que estoy aquí, estoy deseando conocer su opinión.

A Nate le picó la curiosidad.

—Ahora mismo está ocupada. Podría esperar, pero es probable que la señorita Townsend se pase la mayor parte de la noche charlando con cualquiera que atraviese esa puerta.

—En ese caso, se lo mostraré a usted. —Brandon extrajo una fotografía de la carpeta. Medía veinte por veinticinco centímetros y mostraba a un grupo de unos doce hombres con la mano derecha en alto—. Es el último grupo de prisioneros que prestó juramento de fidelidad al Norte. Los últimos yanquis galvanizados que salieron de Camp Douglas. ¿Le suena alguna cara?

Nate observó a los hombres enjutos y demacrados.

—Claro que sí; ese es Jasper. Mire, señor Townsend.

—En efecto —corroboró Stephen.

No era exactamente información novedosa, pero confirmaba la teoría de que Jasper había sido un yanqui galvanizado.

—No, no lo es —dijo el señor Brandon en voz baja—. No dejan ustedes de llamar Jasper a este hombre. Cuando lo mencionaron no me sonaba el nombre, pero no le di mucha importancia porque había fotografiado a miles de soldados. Pero puedo asegurarles que este hombre no se llama Jasper.

Le dio la vuelta a la fotografía. En el reverso había una leyenda mecanografiada con la fecha y el nombre de los prisioneros que

habían prestado el juramento.

El de Jasper no estaba entre ellos.

Nate volvió a darle la vuelta a la fotografía y estudio los rostros.

—Pero es él. Estoy seguro.

—Estoy de acuerdo en que es el mismo hombre de la foto que usted me trajo. Pero le digo que no se llama Jasper. —El señor Brandon señaló el reverso—. Es el segundo de la primera fila, empezando por la derecha. Ese hombre se llama George Skinner.

Algo cambió en el aire de la sala. El semblante de Stephen parecía una tormenta a punto de desatarse; la atmósfera a su alrededor crepitaba.

—¿Está seguro? —susurró Nate al fotógrafo—. ¿Absolutamente seguro?

—Absolutamente seguro.

—No es de su familia. —Stephen no paraba de parpadear y de darse palmadas en el muslo—. No es pariente de Hiram. Es un demonio rebelde, simple y llanamente. No es de su familia.

—Espere. —Nate le apretó el hombro a Stephen—. Cálmese, señor Townsend. Tranquilo. ¿Recuerda el reverso de la fotografía de Jasper? Hiram escribió el nombre de su sobrino. Decía… —Apretó los ojos, tratando de recordar la frase exacta—: «La imagen de Jasper».

—¿Por qué no? —El señor Brandon asintió con la cabeza—. Estoy seguro de que lo que quería decir era que George Skinner era la viva imagen de su sobrino. Que se parecían. Pero eran dos personas distintas.

Stephen se dejó caer sobre un banco cercano.

—Todo este tiempo… —musitó, balanceándose adelante y atrás con la cabeza entre las manos—. Todo este tiempo, todo este tiempo. El enemigo entre nosotros. Necesito mi arma.

—Tranquilo, tranquilo. Lo solucionaremos. —Pero Nate sentía el miedo en el estómago como una pesada piedra.

Al levantar la vista, se percató de que varios invitados se habían quedado mirándolos. Uno de ellos era Louis. Nate flexionó el índice para llamarlo y el chiquillo corrió hacia él. Cuando llegó a su lado, le enseñó la fotografía.

—¿Qué ves ahí, Louis?

Este se tiró de la pretina del pantalón y se inclinó hacia delante.

—¡Pero bueno, si es él! ¡El tipo que compró el arma! ¿Cómo lo ha sabido?

El niño señalaba a George Skinner.

Capítulo 36

Había algo terrible en el aire.

Con los nervios tensos como cuerdas de violín, Meg se acercó a Nate, que estaba en el centro de la galería. Su padre, el señor Brandon y Louis Garibaldi la rodearon.

—Dime qué está pasando —exigió Meg.

Nate le hizo un gesto a Sylvie para que se uniera a ellos y le tomó la mano a Meg.

—Hemos descubierto algo que debemos hacerle saber a la policía.

A Meg se le secó la boca.

—¿Ahora? —preguntó, incrédula. ¿Qué era tan urgente que no podía esperar a la mañana siguiente?

—Eso me temo. El señor Brandon y los hermanos Garibaldi tienen que venir conmigo para ayudarme a explicárselo.

La galería estaba llena de clientes, por lo que la atención de Meg se dividía entre la exposición y lo que Nate decía.

—¿Te importaría explicármelo a mí también?

—Hemos encontrado los falsos… —comenzó a decir Stephen, pero Nate le puso una mano en el brazo.

Testigos. Por fin habían encontrado a los falsos testigos. Louis y Lorenzo no se atrevían a mirarla a la cara. No tuvo que preguntarse por qué. Soltó un largo suspiro y relajó los hombros, tratando de digerirlo. Por muy decepcionada que estuviera porque sus jóvenes amigos hubieran hecho algo así, estaba segura de que había sido por dinero y no por maldad.

—Te prometo que te lo contaré todo después de la exposición de

esta noche —le dijo Nate—. Tu padre se quedará aquí contigo mientras nosotros hacemos este recado. —Luego se volvió hacia Stephen—. Deje que yo me ocupe, señor Townsend. Es mejor así.

Meg arrastró a Nate hasta el pasillo que llevaba al guardarropa. Sylvie los siguió, con las mejillas coloradas por algo más que el calor.

—¿Deberíamos estar preocupadas? —preguntó Meg sin levantar la voz.

—Es Jasper, ¿verdad? —preguntó Sylvie sin aliento.

Nate se quitó los anteojos y se los guardó en el bolsillo de la americana.

—Supongo que no puedo pediros que vigiléis a vuestro padre sin deciros por qué. Así que sí, es Jasper. No es quien dice ser, y ahora tenemos pruebas que lo demuestran.

A Meg las ballenas se le clavaron en las costillas al respirar.

—¡Pero si admitió que era un soldado confederado y luego un yanqui galvanizado! Se lo contó todo a Sylvie —dijo, mirando a su hermana.

—No todo —contestó Nate—. Por eso tenemos que ir a la policía. Tenéis que vigilar vuestro padre. Sylvie, ¿podrás hacerlo? ¿Mientras Meg habla con los posibles compradores?

—Puedo intentarlo, pero…

—Es fundamental. Si Frank y Edith siguen por aquí, también podéis pedirles que os ayuden. Decidles por qué. No dejéis a Stephen solo. —Sus palabras, duras como la roca, quebraron la compostura de Meg y despojaron de todo encanto a la velada—. Decidle a Brandon y a los Garibaldi que estaré enseguida con ellos. También he visto a Helene y a Kirstin: decidles que no vuelvan esta noche a casa de Jasper. Tienen que confiar en nosotros. No tengo tiempo para explicaciones.

Sylvie palideció. Tragó saliva y se alejó hacia el sonido del cuarteto de cuerda y las voces, tan leves y cantarinas como carillones.

Preguntas y conclusiones se agolpaban en la mente de Meg, pero sabía que solo tenía tiempo para una.

—¿Hace falta que te diga que tengas cuidado? —Aún no le había soltado la mano manchada de tinta.

Nate se resguardó entre las sombras y la acercó a él.

—No, siempre y cuando nadie vaya a ver a Jasper, o al hombre que afirma llamarse Jasper. Tu padre es quien más me preocupa. —Su mirada recorrió la estancia antes de volver a su rostro—. Habría deseado que no fuera hoy. Habría deseado no tener que amargarte la exposición.

Meg habría deseado muchas cosas. Negó con la cabeza.

—No ha sido culpa tuya. Pero ten cuidado. Y vuelve.

Nate le tomó el rostro con las manos y sonrió.

—¿No lo has notado? Me es imposible mantenerme alejado de ti.

❋❋❋

Sylvie jamás había aspirado a ser actriz. No tenía ningún interés en sentir una cosa y expresar otra.

Pero esa noche, mientras sonreía a la élite de Chicago y les daba la razón cuando alababan el talento de su hermana, el corazón se le encogía por los dos hombres que más le importaban en el mundo. Gracias a Dios, Frank, Edith y Anna habían accedido a vigilar a Stephen para que no se fuera. Suponía que era necesario que los cuatro se implicaran para evitar que su padre hiciera algo de lo que luego podría arrepentirse. ¿Sería consciente de cuánta gente se preocupaba por él? Allí estaban tres amigos a quienes no conocía antes del incendio, por no hablar de Nate y Karl. Todos ellos ahora también eran amigos de Sylvie.

¿Y a quién tenía Jasper?

A nadie.

Aunque podría haber tenido a Sylvie. Ella habría unido su vida voluntariamente a la de él si no se hubiera cerrado en banda. ¿Qué habría descubierto Nate sobre su pasado que exigía ir a la policía? Cada minuto de ignorancia parecía una hora.

—Perdone, ¿es usted la señorita Sylvie Townsend?

Al girarse se encontró con una mujer de pelo rojizo, de mediana edad, que llevaba un vestido de seda con polisón y pedrería.

—¿Sí?

—La señora Palmer me ha dicho que hable con usted para concertar una cita con su hermana. Me gustaría encargarle un cuadro.

—Desde luego —respondió sonriendo, y abrió la agenda que llevaba en la mano.

Era el cuarto cliente que Meg conseguía esa noche. Entre eso y las pujas silenciosas por los cuadros expuestos que estaban recogiendo en una caja, el libro de cuentas iba a demostrar sin lugar a duda que la velada había sido un éxito.

El libro de cuentas no registraría el corazón roto de Sylvie.

En cuanto acabó de anotar la cita, su mirada volvió a recorrer la galería. Meg estaba enfrascada en una conversación con Bertha Palmer y otro cliente sobre las técnicas de pintura que estaban surgiendo en Francia. Al no ver a su padre ni a los Novak, Sylvie se acercó a Anna

Hoffman, que se encontraba en la zona de recepción.

A esa hora tan avanzada de la noche, la panadera se veía cansada pero contenta. Sylvie imaginó que normalmente madrugaba tanto que no estaba acostumbrada a quedarse despierta hasta tarde. Era más que probable que en ese momento Karl ya estuviera en la cama, e iba siendo hora de que Anna también se fuera.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy, Anna. —Sylvie rodeó sus suaves hombros con un brazo y le dio un apretón—. ¿Por qué no te vas a casa?

Cuando Anna sonrió, se formaron unas finas líneas en sus mejillas. No obstante, en cuanto miró a espaldas de Sylvie, su sonrisa se esfumó.

—Querida, ¿no estaba tu padre contigo?

—Creía que estaba con Frank y Edith —respondió, mirando tras de sí.

—Ay, no. —Anna se estremeció—. Se me olvidó decírtelo. Me pidieron que te dijera que tenían que irse a casa por los niños. Tú estabas ocupada con un caballero, escribiendo en ese libro tuyo y no querían interrumpirte. —Su rostro se contrajo en una mueca de inquietud—. Después Stephen se quedó conmigo, pero necesitaba ir al cuarto de baño. Le dije que fuera contigo y me quedé mirando mientras atravesaba la sala en dirección a ti antes de…

—Lo encontraré —le aseguró Sylvie, pero se le había contagiado la preocupación de Anna.

Después de despedir a la mujer, fue abriéndose paso entre camareros y clientes con una sensación de urgencia cada vez mayor. Miró en el pasillo, en el guardarropa, en la zona de recepción y en la galería con el pulso en un *crescendo* acorde con la música que el cuarteto de cuerda seguía tocando.

Se había marchado.

❋❋❋

Para un hombre que había pasado dos años imaginando cómo escapar de un campo de prisioneros, escabullirse de una exposición de arte era pan comido.

Con el aliento formando nubes de vaho, Stephen subió los escalones del porche delantero de la mansión de su viejo amigo y accionó con fuerza la aldaba de latón de la puerta. Era la casa de Hiram. Y de nadie más. Había que enfrentarse al hombre que había dentro y, dado que la policía había demostrado su inutilidad, Stephen tendría que ser

quien lo hiciera.

Volvió a llamar a la puerta, esta vez con el puño. Una luz se encendió por encima de su cabeza.

La puerta se abrió.

—¿Señor Townsend?

Qué joven parecía Jasper, qué agudas sus facciones. Era astuto, el muchacho. Pero también lo era Stephen.

—Me gustaría entrar.

—Adelante.

Jasper... No, George Skinner dio un paso atrás para dejarle pasar.

Stephen llevaba sin pisar la mansión desde el día en que conoció a aquel joven, que también había sido el último día en que había visto vivo a su amigo. ¿Coincidencia? En absoluto.

—¿A que no adivina lo que estoy pensando?

Skinner apretó los labios, que formaron una línea tan fina como la cicatriz blanca que lucía en la frente.

—Creo que sí. Venga, hablemos en el salón.

Stephen lo siguió hasta la estancia, pero se quedó de pie.

—No me apetece sentarme. —Tampoco es que le apeteciera hablar. Lo que le apetecía no podía hacerlo, pues no llevaba su revólver.

Al ver el servicio de té sin recoger sobre la mesa, recordó que la criada y el ama de llaves habían ido a la exposición de Meg. Tanto mejor si no estaban en la casa. El enfrentamiento era solo con George Skinner.

Una lámpara de queroseno titiló junto a la tetera. Cuando Skinner vio que Stephen se había quedado mirándola, dijo:

—Es la costumbre. Siempre se me olvida que las luces de gas vuelven a funcionar. —Se apartó uno de sus femeninos bucles de la frente y se cruzó de brazos—. Si ha venido por Sylvie, le diré que no hemos hecho nada deshonesto.

—¿Sylvie? —Se sintió confuso—. ¿Qué pasa con ella? ¿Qué le ha hecho?

Skinner arrugó la frente.

—Como ya le dicho: nada. Me devolvió la fotografía, pero Meg y Nate también estaban presentes y pueden contarle todo lo que pasó. Acepté lo que era mío y le devolví lo que era suyo. Es decir, le dije que cumpliríamos sus deseos y no volveríamos a vernos.

Las extremidades de Stephen lo conminaban a caminar y a palmearse los muslos, a moverse, a dar rienda suelta a la energía que bullía en su interior. Pero permaneció inmóvil.

—Me apuesto algo a que se alegrará de tener la fotografía de

vuelta, George.

El joven palideció.

—¿Cómo ha dicho?

—Estoy diciendo que usted no es Jasper Davenport. —Stephen se enderezó y cuadró los hombros. Volvía a ser un soldado y estaba listo para la batalla—. Se llama George Skinner, fue prisionero bajo las órdenes de Hiram en Camp Douglas y ha vuelto para vengarse. Le quitó la vida, le quitó sus bienes y casi nos ha quitado a mi hija. Pero se le ha acabado el cuento.

—Sea razonable, señor Townsend —dijo Skinner, al tiempo que se erguía y apoyaba una mano en la butaca—. Está usted perdiendo el control. Otra vez.

—Esta vez no.

—Es su palabra contra la mía, ¿a quién piensa que va a creer la policía? Puede que hayan retirado los cargos de asesinato, pero usted sigue sin estar bien. La gente lo sabe. Además, lo único que tengo que decir es que ha intentado hacerme daño y lo encerrarán por el resto de sus días. ¿Es eso lo que quiere? ¿Es eso lo que sus hijas quieren para usted? ¿Quiere que ellas también vivan a la sombra de su locura por el resto de sus vidas?

Stephen se detuvo, pero solo un instante. Era una guerra mental, pero ¿acaso no era también un veterano en aquel tipo de batallas? Skinner le estaba golpeando donde más vulnerable se sentía. Pero se negó a claudicar.

—Lo que quiero es justicia.

—Se muestra desconfiado y paranoico porque padece de corazón de soldado. Tal vez nos equivocamos cuando pedimos su liberación. Debería estar bajo el cuidado de los médicos.

—Lo que quiere decir es que deberían encerrarme y arruinar mi reputación para que usted pudiera salirse con la suya. Hiram era mi amigo. Usted mató a mi amigo, y ni siquiera estábamos en guerra. —Los rostros de todos los camaradas que Stephen había perdido cruzaron por su mente: habían muerto en batalla, o de hambre, o de epidemias que ningún médico había podido detener. Pero Hiram había sido asesinado. Meg dijo que le dispararon por la espalda—. Cobarde.

Stephen lanzó el puño contra la nariz de Skinner.

Aunque su cabeza retrocedió por el golpe, enseguida se repuso y propinó un puñetazo a Stephen en la mandíbula. Con el sabor de la sangre y la furia, le devolvió el golpe en el estómago. Skinner se dobló por la cintura y chocó con la mesa del salón, haciendo que el servicio de té y la lámpara cayeran y rodasen por el suelo. Abalanzándose, le

asestó a Stephen tal puñetazo en el pómulo que la luz tembló ante sus ojos.

Este sacudió la cabeza y se alejó vacilante, antes de apoyar las manos en las rodillas para recuperar el aliento, notando el peso de cada uno de sus cuarenta y cinco años.

—Si van a encerrar a alguien, va a ser a usted.

Cuando levantó la vista, George le apuntaba al pecho con un revólver Colt del ejército.

—No, señor Townsend. No lo creo.

Un trueno rasgó el aire y el salón se llenó de humo.

Cuando, un segundo después, Stephen abrió los ojos, vio las rosetas de yeso del techo. Se percató vagamente de que estaba tumbado en el suelo y le sangraba el muslo.

Al otro lado del salón, una pequeña llama titilaba en un charquito de aceite, rodeada de cristales rotos.

Capítulo 37

Casi sin aliento por los nervios, Sylvie pagó al cochero y atravesó a toda prisa la cancela, presumiblemente abierta por su padre, pasó entre los leones de piedra y subió los escalones. En el preciso instante en que llegaba a la puerta delantera, oyó un disparo dentro de la mansión.

Creyó que iba a vomitar. Imaginó a Jasper desangrándose sobre una alfombra, con su padre mirándolo desde arriba. Pero sus propias manos también estaban manchadas de sangre, pues le habían encargado que vigilara a Stephen.

Con un nudo en el estómago, golpeó la puerta y luego intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Se agarró las faldas con las manos y volvió a bajar corriendo los escalones, saltó un seto de boj y rodeó la mansión, en cuyo lateral divisó luz a través de una ventana.

Ahogó un grito cuanto miró por el cristal. Jasper apuntaba con una pistola a su padre, que yacía inmóvil en el suelo.

¿Lo había perdido para siempre?

Se vio impelida por el miedo. El miedo, el arrepentimiento y el amor por el único padre que tenía.

Bajo la ventana había una gran urna de piedra, vacía de flores por el invierno. Tras subirse a ella, Sylvie abrió la ventana y, al precipitarse al interior, tiró un helecho dispuesto sobre un pedestal. Al impactar, la tierra y los pedazos de cerámica se desparramaron por el suelo.

—¡Sylvie! —Jasper no hizo amago alguno de ayudarla. La pistola seguía apuntando a su padre.

—¿Qué has hecho? —Corrió hacia Stephen y se arrodilló a su lado. Bastó un vistazo a su pierna para que se levantase el ruedo de la falda y comenzase a rasgar bandas de tela de la enagua.

—Hija mía —dijo Stephen —, su nombre es Skinner.

Sylvie se volvió de repente hacia el hombre que sostenía el arma. El sudor le caía por las sienes y tenía la nariz manchada de sangre.

—Sylvie, no es lo que crees.

—¡Lo que creo es que has disparado a mi padre! —gritó—. ¡Estaba desarmado! —Con todas sus fuerzas, continuó rasgando la tela y enrollándola alrededor de la pierna para vendarle la herida.

—También lo estaba Hiram —musitó Stephen.

Esas cuatro palabras, ligeras como la pólvora, explotaron en la mente de Sylvie.

—¿Qué quiere decir?

El frío aire nocturno impregnaba la habitación. El fuego crepitaba al contacto con la humedad.

—Puedo explicarlo —dijo Jasper, desesperado—. Si hubiera querido matar a tu padre, le habría disparado en el pecho. Lo entenderás una vez que te lo explique.

Sylvie anudó el torniquete que había elaborado con la enagua lo más fuerte posible.

—No tengo ni idea de quién eres. —Su voz sonaba extrañamente controlada, aunque por dentro estaba destrozada—. Dime cómo te llamas. Cuéntamelo todo.

El hombre se limpió la sangre que le salía de la nariz con el dorso de la mano.

—Me llamo George Skinner.

No podía ni mirarlo, así que miró a su padre, sosteniéndole la cabeza en el regazo.

—Tenía razón —susurró él con voz áspera—. Todo este tiempo tenía razón. Debíamos cuidarnos del enemigo, que estaba entre nosotros.

La carcajada de George fue breve y sombría.

—Pero no tenía por qué ser su enemigo, señor Townsend, y desde luego tampoco el tuyo, Sylvie. Fui prisionero confederado en Camp Douglas. Lo que sufrimos allí es algo que no puedes imaginar. Te conté que perdí los dedos de los pies por congelación, pero no te he contado que hubo hombres que perdieron también los de las manos. Uno de mis amigos perdió los diez dedos. Sus manos eran muñones. Nos turnábamos para alimentarlo, intentando sostener su cuerpo y su alma. Pero dejó de comer; solo quería morir.

Sylvie acarició el rostro de su padre y notó las púas de su barba. Contempló las costras que aún tenía en el cuero cabelludo. No obstante, escuchaba cada una de las palabras del joven.

—No podía soportar contarte los juegos indignos a los que los guardianes de la prisión jugaban con nosotros. Hiram era uno de ellos, aunque no de los peores. No nos infligía daño físico, pero nos quitó todo lo que nos importaba. Se lo llevó todo.

—¿El oro? —Preguntó Sylvie, con la cabeza aún inclinada sobre su padre. El aire exterior se mezclaba con el fuego encendido, aguijoneándole la piel con una extraña mezcla de frío y calor.

—Era mío. Aquella moneda que encontraste era mía, y había muchas más. Daba igual cómo las hubiera conseguido, eran mías y él me las robó. Eran mi futuro. Sin ellas, no tenía nada. Él lo sabía y me las quitó igualmente.

—No puedo creer que lo hiciera. —Las lágrimas se le agolpaban en la garganta.

—Tuviste la prueba en tus manos.

Sylvie levantó la cabeza y ahogó un grito. El fuego que había creído que ardía en la chimenea se había desbocado y se extendía por el salón. Había trepado por la pared y lamía el marco de la puerta que conducía al vestíbulo. Pedazos de molduras en llamas caían al suelo. El humo salía por la ventana abierta. Tenían que salir de allí. Tenían que salir cuanto antes.

—El fuego —dijo, aunque notaba la lengua entumecida—. El salón está en llamas. Tenemos que irnos.

Stephen se impulsó y quedó sentado.

George se acercó y apuntó a Sylvie con la pistola.

—Todavía no. No he acabado con mi historia.

Tenía el pecho agitado, el corsé la asfixiaba.

—No seas necio, Ja…

—George —la corrigió—. Ya no importa que lo digas.

—George. El fuego. No puedo… No podemos…

Los pensamientos se le arremolinaban en la mente. Apretó los ojos; volvía a ser el 8 de octubre. Estaba en el estudio de su antiguo apartamento, tratando de sacar a Meg de entre las llamas. Stephen no estaba con ellas. Meg se había quemado. Tenían que huir sin él para salvar la vida.

—Sylvie. —Su padre le agarró un pliegue de la falda—. Saldremos de aquí juntos.

Cada inspiración le dolía como el corte de un cuchillo, y casi no podía pensar. Alarmada, observó la sangre que continuaba emanando

a través de las vendas.

—¿Puede usted caminar?

—Ayúdame a ponerme en pie.

George miró el fuego antes de volverse hacia ellos. Dio un paso más, estaba muy cerca. Demasiado cerca.

Sylvie dejó a su padre en el suelo y se colocó entre ellos.

—Déjanos marchar. Tenemos que salir de aquí, los tres.

—¿Y permitir que vayas corriendo a la policía? Escúchame y ya verás como no querrás ir. Tú me amas, Sylvie, sé que me amas. Lo mínimo que me debes es tu atención.

Notaba el sudor bajo las axilas, en la espalda y en el pecho. Miró el arma.

—Entonces, habla.

—Nunca quise hacerte daño. Y tampoco quise nunca hacerle daño a Hiram. —El fuego le iluminaba un lado de la cara; el otro era una sombra oscura—. Es verdad que fui un yanqui galvanizado, aunque eso significó traicionar los sacrificios de mis camaradas confederados. Cuando acabó la guerra y volví a casa, descubrí que mis hermanos habían muerto en la batalla, y mis padres me dijeron que ya no era hijo suyo. Estaban tan avergonzados de que hubiera jurado fidelidad a los yanquis que le habían dicho todo el mundo que había muerto. Y preferían creerlo así.

La mirada de Sylvie se desvió a las llamas que se abrían paso por el suelo; ya lamían el diván, cuyo tapizado comenzó a ennegrecerse.

—¿Qué pasó después?

—El trabajo en el sur escaseaba, por lo que acabé volviendo a alistarme. Al cabo de tres años de servicio, buscaba otro modo de vida, pero apenas había logrado ahorrar nada de mi paga en el ejército. Si aún tuviera el oro que Hiram me había robado, podría emprender un nuevo camino. Así que viene a Chicago a conseguir de él todo el dinero que pudiera.

El humo formaba espirales en el techo, manchando de hollín la escayola. En el salón no había violentas llamaradas ni remolinos de fuego, pero la fuerza de la memoria llevó a Sylvie a creer que las chispas volvían a atravesarle la ropa y la piel. Se frotó los brazos y el cabello para extinguirlas. Sintió que perdía el contacto con la realidad y se volvió hacia Stephen.

Su presencia la amarró al presente. Estaba allí. No era el 8 de octubre.

—Rápido —suplicó Sylvie—. Tenemos que irnos.

Pero George no era consciente del incendio.

—Antes de poder llevarme nada de Hiram, me vio en la calle y me recibió como si fuera su sobrino, tanto tiempo añorado. Recordé que en Camp Douglas me había dicho lo mucho que me parecía a él. Su mente parecía anclada en el pasado, por lo que decidí seguirle la corriente. Me daría mucho más de lo que yo podría llevarme jamás. —Se apartó de las llamas—. Podría haber interpretado ese papel de por vida.

—Entonces, ¿por qué lo mataste? —masculló entre dientes Stephen.

—Jamás fue mi intención. La noche del incendio lo encontré deambulando cuando volvía de la biblioteca, camino a casa. Tuvo un momento de lucidez y se dio cuenta de que no era su sobrino. Cuando me amenazó con ir a la policía, se lo impedí. No podía permitir que mi vida volviera a derrumbarse. Ahora tengo un futuro prometedor, ¿es que no lo ve? Unos estudios que me permitirán conseguir un trabajo estable. Una casa, un hogar digno para una esposa.

Sylvie se estremeció y el vello de los brazos se le puso de punta. Era un asesino. Lo había confesado. El hombre del que se había enamorado había matado al mejor amigo de su padre. A su espalda, Stephen gimió de dolor.

En el otro extremo del salón, las patas de la mesa se consumieron y el tablero cayó al suelo con un fuerte estruendo. Cuando George volvió la vista hacia el estrépito, Sylvie se abalanzó sobre el arma y consiguió arrebatársela de la mano sudorosa. Lo encaró con pulso trémulo.

—Hija. —La voz a su espalda sonaba lejana—. Dame el revólver.

Pero estaba apuntando a George, sujetándola con ambas manos. Este dio un paso atrás.

—Nunca lo harás, cariño. No dispararías al hombre al que amas.

Sudando y temblorosa, Sylvie tensó la mandíbula.

—El hombre al que amo no existe.

❋❋❋

En cuanto alguien le dijo a Meg que había visto a Sylvie salir a toda prisa sin la capa ni el sombrero, supo por qué se había marchado. Lo único que esperaba era que no se hubiera ido sola. Se disculpó rápidamente con la señora Palmer y salió de la magnífica galería en pos de su hermana, que no podía sino haberse marchado en busca de su padre. Y solo había un lugar al que podían haber ido.

Cuando Meg llegó a la mansión de Hiram, el salón estaba fuertemente iluminado.

No. No estaba iluminado. Estaba en llamas.

Aquello no podía estar sucediendo.

La puerta delantera estaba cerrada con llave, al igual que la lateral, por lo que corrió a un lado de la mansión y se subió a una urna de piedra para mirar por la ventana abierta. Al principio, lo único que vio fue el fuego que devoraba el lado opuesto de la estancia, bloqueando la puerta que conducía al vestíbulo. En ese momento se le detuvo el corazón. En mitad del salón, Sylvie apuntaba con un arma a Jasper. Ambos estaban inmóviles: un *tableau vivant* a punto de arder. A su padre no lo veía.

El calor de las llamas contrarrestaba el frío del aire exterior. Meg se quitó la capa y el sombrero, que dejó caer sobre el suelo helado. Dentro, Sylvie negaba con la cabeza. ¿Miraba a Jasper o a Meg?

—Estás conmocionada —decía Jasper, de espaldas a la ventana—. El disgusto te impide pensar con claridad. Baja el arma, despacio y con cuidado.

—Mataste a Hiram —dijo Sylvie en voz lo bastante alta como para que Meg lo oyese—. Has disparado a mi padre. ¿Por qué crees que iba a confiar en ti como para devolvértela?

Sintió que se quedaba sin aire en los pulmones. La revelación quedó suspendida en el ambiente de la sala como algo oscuro y salvaje.

—Porque me amas —respondió Jasper—. Me perdonarás porque me amas. Y yo te amo, Sylvie. Dame el arma y saldremos juntos de esta. Jamás habría disparado a tu padre si él no me hubiera atacado antes. Tenía que defenderme.

—¡No lo escuches, hija!

Meg sintió una sacudida de alivio al oír la voz de su padre. Ya había oído bastante. Stephen estaba incapacitado y Sylvie jamás apretaría el gatillo.

Cada fibra de su ser le decía que huyera del incendio. Las manos le hormigueaban por la aprensión, como si poseyeran una memoria independiente y el miedo las desvinculase del resto de su cerebro.

Pero ese incendio no era lo bastante grande como para consumir un tercio de la ciudad. Ni siquiera era lo bastante grande como para haber alarmado a los vecinos o al sereno. No huiría, sino que se adentraría en él.

Meg se agachó, se enrolló las faldas alrededor de la muñeca izquierda y trepó con cuidado hasta el salón: el ruido de sus movimientos quedaba oculto por el crepitar de las llamas. Al instante se sintió empapada de sudor.

Sylvie hacía que Jasper siguiera hablando.

—¿Y qué será de nosotros? ¿Qué futuro tendríamos tú y yo después de esto?

Meg no escuchó su respuesta, pero tampoco le importaba. Había asesinado a Hiram, había disparado a su padre y estaba manipulando a su hermana. En su interior brotó el coraje, nacido del miedo y la ira. Sabía lo que tenía que hacer.

En silencio, se acercó a la hornacina que había junto a la ventana y agarró el busto de mármol de Robert Burns, haciendo un esfuerzo con la mano derecha para que no se le escapara. La sensación era extraña, y parecía mucho más pesado que la suma de sus gramos; los músculos de los brazos le temblaban. Tenía las manos resbaladizas y los dedos fusionados de la mano derecha le estorbaban. El humo saturaba el aire y le asfixiaba los pulmones conforme se alejaba de la pared.

Sylvie estaba a punto de rendirse; el arma temblaba y comenzaba a bajar.

Jasper había avanzado un paso hacia ella.

—Basta de negociar —dijo antes de extender el brazo a toda velocidad y agarrar el cañón del revólver, retorciéndolo mientras Sylvie se aferraba a él.

Todo sucedió en menos de un instante. En un fogonazo fugaz, pasado, presente y futuro se mezclaron en la mente de Meg. Vio en Stephen al soldado herido, al prisionero, al padre, herido otra vez. Vio a Hiram en pijama, con un disparo en la espalda. Vio a su hermana anhelando un romance, enamorándose de Jasper y recibiendo un disparo de él, igual que lo había recibido Stephen.

Meg levantó el busto por encima de la cabeza y lo dejó caer con fuerza sobre la de Jasper.

Este se desplomó, inconsciente, y el arma cayó a su lado. Las llamas avanzaban por el suelo, proyectando reflejos anaranjados en los ojos vacíos del poeta que Hiram tanto amó.

Sylvie miró a Jasper y luego a Meg, y su rostro reveló alivio y pesar. Luego, sacudiendo la cabeza como para aclarar sus pensamientos, se guardó el revólver en el bolsillo y dijo:

—Vámonos.

El fuego impedía la salida al vestíbulo. Mientras Sylvie tiraba de Jasper hacia la ventana, Meg fue hacia su padre y lo ayudó a ponerse en pie. Apoyado en su hija, Stephen tosió por el humo que le inundaba los pulmones.

—Esto le va a doler —le dijo Meg.

El semblante del veterano era pétreo; su boca, apenas un hilo.

Sylvie fue la primera en salir por la ventana, donde esperó para

ayudar a guiar las piernas de su padre, que colgaban hacia el exterior, hasta la urna de piedra. El hombre se desplomó, pero Sylvie frenó su caída. Meg salió dando tumbos tras ellos. Juntas, las dos hermanas condujeron a Stephen al otro lado de la calle.

Antes de que Meg y Sylvie pudieran regresar en busca de Jasper, un par de caballos subieron a toda prisa por la calle, tirando de una bomba de agua. Se detuvieron delante de la mansión, y un par de bomberos corrió hacia ellas.

—¿Queda alguien más en la casa? —gritó uno de ellos.

—¡Sí, un hombre! —respondió Sylvie, al tiempo que entregaba a Stephen al cuidado de un tercer bombero—. El primer cuarto de la izquierda, pero tendrán que entrar por la ventana. —Cuando les señaló el camino, apenas le quedaba un hilo de voz.

—¡Meg!

Esta se giró al oír la voz familiar, justo cuando Nate la tomaba en sus brazos y la estrechaba con tal fuerza que podía sentir el latido de su corazón contra el de ella. Le hundió las manos en el cabello y el rostro en el cuello, antes de echar la cabeza atrás para mirarla a los ojos.

—No estabas en la galería ni en casa, así que supe que algo iba mal. ¿Estás herida?

Abrumada, solo pudo negar con la cabeza. Tras él aparecieron los bomberos, con Jasper a hombros como un saco de harina.

Nate besó a Meg en la coronilla, en la frente, en la nariz, en las mejillas salpicadas de pecas. Luego le levantó la barbilla y la besó en los labios, tan levemente que la joven apenas lo sintió. Un beso suave y sin exigencias, una afirmación más que otra cosa. «Estás aquí, estás a salvo», parecía decirle. El beso que lo sucedió decía: «Eres mía».

Su respuesta le dijo que así era.

Capítulo 38

Lunes, 18 de diciembre de 1871

Al otro lado de la pequeña ventana de la cabaña, el alba tornaba rosado el cielo gris antes de volverlo de un invernal azul desvaído. Meg añadió leña a la cocina y sirvió una segunda taza de café para Sylvie y para ella. Stephen dormía en el colchón sobre el suelo, después de que la noche anterior le hubieran curado la herida.

Meg se sentó junto a su hermana. Su calma solo era superficial, una delgada capa que ocultaba lo que yacía debajo, cual hielo que cubriera un lago. Con una sola palabra, ambas se hundirían en los recuerdos guardados en su interior.

Volutas de fragante vapor salían del café, empañando el rostro de Meg.

—No podías saberlo —murmuró—. Fuiste muy valiente. Estoy muy orgullosa de ti.

La maravillaba que su hermana hubiera apuntado con el revólver al hombre que amaba.

—Aún no me lo creo —respondió Sylvie, con las lágrimas rodándole por las mejillas—. Creo que jamás volveré a poner en juego mi corazón, Meg. Si ayer me hubiera pedido que me casara con él, habría aceptado.

Esta reprimió un escalofrío.

—Pero habrías esperado a que padre os diera su bendición. No os habríais fugado. —Su tono de voz se elevó al final, convirtiendo la afirmación en una pregunta que casi le daba miedo formular.

El sonido de la lumbre llenó la estancia cuando Sylvie no

respondió. Antes bien, se limitó a cerrar los ojos y a beber. Luego depositó la taza, que sujetaba con ambas manos, en la mesa.

—Qué vida tan horrible la de George Skinner. No justifico el asesinato, pero todo lo que le sucedió, las cosas que vio y sufrió… Desearía no sentir compasión por él, pero la siento.

Meg le rodeó los hombros con el brazo.

—En cierta medida, yo también la siento. Pero no somos nosotras quienes hemos de decidir las consecuencias.

—¿Crees que una persona puede cambiar? —preguntó Sylvie en un susurro tenue, un fino hilo tendido entre la esperanza y el temor.

—Sí. Por supuesto que sí. —Meg volvió el rostro para mirar a Stephen antes de inclinarse y taparle los hombros con una manta—. Podemos cambiar para peor y podemos cambiar para mejor, con ayuda de Dios. Solo intentarlo ya es un paso adelante. Padre es el vivo ejemplo de ello.

—Porque nosotras no lo dimos por perdido. —Sylvie se frotó el puente de la nariz—. George quería ser un hombre mejor. Así me lo dijo. Quizá… —Su voz perdió toda convicción y la frase quedó sin acabar.

—Sylvie, tienes que dejarlo marchar. —Meg trató de endulzar su voz, pero sabía que no había manera de endulzar el sentimiento—. Amabas la idea que te hiciste de él, la idea del amor. No podías amar a George Skinner porque no lo conocías.

Sylvie sorbió por la nariz, con la mirada fija en el café.

—Entonces amaba a un fantasma. Y el corazón todavía se me rompe por alguien a quien nunca tuve. —Inspiró con fuerza y negó con la cabeza—. No volveré a hacerlo.

—¿Quieres decir que nunca volverás a amar lo que no sea real?

La joven se encogió de hombros.

—Nunca volveré a amar a un hombre en el que no pueda confiar. Y no sé cómo voy a confiar en ningún hombre…

Un golpe en la puerta le impidió concluir la frase. Con un gesto de la mano, Sylvie le quitó importancia a lo que iba a decir, aunque a Meg no le costó adivinar que era. Era una conversación que precisaba de tiempo y espacio para desarrollarse.

—Continuará… —susurró Meg, apretándole el hombro a su hermana, antes de alisarse el pelo con la mano y abrir la puerta

—He venido en cuanto he podido. —El doctor Gilbert estaba en la puerta de la cabaña, con el maletín médico en la mano y las mejillas sonrosadas por encima del bigote—. ¿Puedo ver al paciente?

Meg se sintió traspasada de gratitud mientras cerraba la puerta a

espaldas del médico y colgaba su capa y su sombrero. Stephen se removió al sentir el ruido y el aire frío, y entrecerró los ojos mirando a la luz. Se sentó con movimientos lentos y torpes.

Las articulaciones del doctor Gilbert crujieron cuando se agachó junto al colchón.

—Buenos días, mi buen hombre. —Volvió a presentarse, dado que la última vez que se habían visto fue momentos antes de que detuvieran a Stephen en la iglesia—. Tengo entendido que ha tenido una noche movidita.

Stephen le confirmó que así era.

—He venido para ocuparme de su tratamiento a largo plazo, si no le importa.

—¿Ha venido para eso? ¿No soy yo quien debería ir a verlo a usted?

El médico sonrió.

—Aunque la bala no tocó arterias ni huesos, no creo que esté en condiciones de desplazarse, ¿no?

—No, supongo que no —respondió Stephen, encogiéndose de hombros con un suspiro. Luego se pasó los dedos por el cabello, que empezaba a crecerle, más gris que castaño—. Ya sabe que padezco de corazón de soldado, ¿verdad?

Meg retrocedió hasta la mesa, aguantando la respiración. *Oliver* llegó desde el cuarto trasero, le olisqueó los bajos del pantalón al médico y se subió al regazo de Sylvie.

—Lo sé —respondió el doctor Gilbert, asintiendo con lentitud—. También sé de las sobredosis de fármacos que le administraban en el sanatorio. ¿Sabía usted, señor Townsend, que uno de los polvos que mezclaban con la tintura de *whisky* puede provocar alucinaciones en ciertos pacientes? Cánnabis. Les puede resultar útil a algunos, pero no a otros, y eso depende de la dosis.

Stephen abrió los ojos como platos.

—¿Las medicinas me ponían peor?

—Es posible. Pero hay otras medicinas que verdaderamente ayudan.

—Dios me puede ayudar a ponerme mejor sin sus medicinas. Rezaré con más fervor. Lo haré mejor; sé que puedo.

El doctor Gilbert se pellizcó la punta del bigote encerado.

—Yo también creo que Dios puede ayudarlo. No tengo duda de que Dios hizo que anoche salvara la vida, por el modo en que la bala describió el trayecto menos nocivo posible a través de su pierna. Pero también lo ayudó por medio del cirujano que le cosió la herida. No

rezaría para que esta se cerrara por sí misma, ¿verdad?

Stephen torció el gesto, pero a Meg no se le escapó que estaba siguiendo la lógica.

—Si estuviera muriéndose de hambre y rezase por su vida, ¿no tomaría el vaso de agua que le ofrecieran y diría que Dios había respondido a su plegaria? Lo que yo le ofrezco es un vaso de agua, señor Townsend. En este caso, puede que no le cure del todo, pero es muy probable que mejore su trastorno. Y sabremos que es una respuesta a su súplica.

La mirada de Stephen se cruzó con la de Meg y luego con la de Sylvie.

—Por favor, padre —susurró Meg—. Por favor, inténtelo.

—¿Agua, dice? —le preguntó al médico—. Porque no voy a tomar *whisky*.

A un gesto suyo, Meg sirvió agua en un vaso y lo puso en el banco junto al médico. Este abrió el maletín y extrajo dos frascos.

—Añadiré una medida de este fármaco ahora mismo para que su corazón acelerado se calme y sus nervios se templen. Tómelo a diario, por la mañana. Por la noche, tome este otro para ayudarlo a dormir. Su cuerpo necesita dormir bien más de lo que imagina. —Indicó las dosis de cada fármaco mientras vertía los polvos en el vaso—. ¿Lo hará?

Stephen accedió y se bebió el brebaje con una mueca de disgusto.

—Bien. Volveré para ver cómo está dentro de una semana. —El doctor Gilbert cerró el maletín de cuero y se sentó en el banco—. Le voy a recetar algo más, señor Townsend. Trabe amistad con otro veterano, alguien que entienda por lo que ha pasado y lo lejos que ha llegado.

—Asa Jones se acuerda de usted, padre —le recordó Meg—. Estoy segura de que le encantaría volver a verlo.

—¿Asa? —Stephen se frotó el mentón, áspero por la barba incipiente—. Asa Jones. También yo me acuerdo de él.

—Vaya a verlo en cuanto se vea capaz, señor Townsend. Son órdenes del doctor —dijo Gilbert antes de despedirse.

En cuanto el médico se hubo marchado, Meg se volvió hacia Sylvie con lágrimas en los ojos.

—Tenías razón —musitó—. Hace años que debería haberlo llevado a un médico. Creí que con tiempo y con cariño se pondría mejor él solo. Creí que podría cuidar de él.

—Hace años no conocías al doctor Gilbert —admitió Sylvie—. Solo conocías a médicos como el doctor Franklin. Y padre todavía no está

curado.

Pero había un atisbo de esperanza, real y a su alcance, por lo que Meg se aferró a él.

—Perdóneme, padre —dijo, sentándose en el suelo junto a Stephen —. No sabía cómo ayudarlo. Hemos perdido mucho tiempo.

Stephen negó con la cabeza.

—Nada de lo que hubieras dicho me habría convencido de ver a un médico. Mira lo que ha hecho falta para que viera a uno ahora.

—Pero ahora hará lo que le manda el doctor Gilbert, ¿verdad? —preguntó Sylvie, con la mano inmóvil sobre el lomo de *Oliver*—. ¿Tomará esas medicinas y esperará a ver qué efecto tienen? Y, además de los polvos, ¿entablará amistad con otros veteranos?

Su padre cerró los ojos. Las cuencas parecían hundidas y oscurecidas por la falta de sueño crónica. Pero cuando los abrió, dijo sin siquiera parpadear:

—Prometo que lo intentaré.

—Gracias. —Meg le besó la mejilla, resuelta a no exigirle nada fuera de lo razonable. Casi al mismo tiempo, se dio cuenta de que el contacto físico tal vez no fuera bien recibido—. Ay, lo siento. ¿Le ha molestado?

Las comisuras de los ojos se le arrugaron.

—Trataré de acostumbrarme.

Alguien volvió a llamar a la puerta, por lo que Sylvie fue a abrirla.

—¡Envío expreso! —Nate entró en la habitación: iba sin afeitar. Meg se puso en pie, con el ánimo avivado por su presencia. El reportero dejó en la mesa un ejemplar del *Tribune* antes de quitarse el bombín y la capa. En primera página destacaba el titular: «Un estudiante de Chicago culpa a otros dos hombres del asesinato que cometió».

Sylvie apartó la vista, antes de clavarla en el café y en el gato que descansaba en su regazo.

—Déjame verlo, hijo — dijo Stephen, tendiéndole la mano a Nate, y este le entregó el periódico.

—¿Dice algo de…? ¿Has averiguado cómo George consiguió involucrar a los Schneider? —preguntó Meg.

—¿Algún día serás capaz de leer mis artículos? —Nate le guiñó un ojo y le posó la mano en la espalda, antes de dejarla descansar en el hueco de su cintura. La mirada que intercambiaron fue tan breve que Meg dudaba que alguien se hubiera dado cuenta; pero, para ella, era la confirmación de que verdaderamente había tenido lugar lo sucedido la noche anterior. Todo lo sucedido. Y que, incluso tras la cortina de

humo, una vez superada la crisis, Nate aún la quería, y ella no quería otra cosa que pertenecerle.

—La verdad es que el artículo no incluye todos los detalles —confesó—. Por ejemplo, no menciona a Louis ni a Lorenzo, ni dice que George empezó a interesarse por Otto Schneider a partir de las anécdotas que contaba Hiram. Cuando tú y yo empezamos a buscar pruebas del asesinato, George decidió desviar la atención y escribió la nota amenazante que no tardamos en encontrar.

—Me preguntaba cómo era posible que Jasper no la hubiera encontrado —dijo Meg.

—En efecto. Resulta que había estado investigando y se había enterado de que Otto Schneider era uno de los prisioneros liberados del calabozo la noche del incendio. Imaginó que necesitaría un empujoncito para que se lo considerase sospechoso de nuevo.

—Era perfecto. —Meg rodeó la cintura de Nate con el brazo y esperó a que Stephen objetara, pero este no dijo nada—. George sabía que la policía ya estaba buscando a Otto.

—Me apuesto algo a que también orquestó el allanamiento de la mansión de mi buen amigo Hiram, ¿verdad?

—Así es —confirmó Nate—. En cuanto la policía tuvo a Otto Schneider en custodia, George fue directamente a proponerle un trato que no podía rechazar. A cambio de su falsa confesión, le prometió sostener económicamente a su familia. Desde luego, con la fortuna de Hiram en las manos, era algo que se podía permitir.

Meg lanzó una mirada a su hermana.

—Si Sylvie no hubiera encontrado la fotografía de George, se habría salido con la suya.

—No —repuso Sylvie, alzando la vista por primera vez—. La historia de George no comenzó a desvelarse hasta que le llevasteis la fotografía al señor Brandon. ¿Qué le sucedió al verdadero Jasper Davenport? —preguntó, cruzándose de brazos, al tiempo que *Oliver* se bajaba de su regazo y se alejaba.

—Sospecho que lo que decía su abuela en la carta era verdad. —Nate se metió el pulgar en el bolsillo del pantalón—. He escrito una carta al Ministerio de Defensa solicitando el historial de servicio y el acta de fallecimiento de Jasper Davenport. Tardaré algunas semanas en obtener respuesta, pero espero que confirme lo que ya sabemos. También sospecho que el testamento fue falsificado. Tardarán varios días en verificarlo, pero, en cualquier caso, dado que Jasper Davenport no está vivo, la mansión pasará a subasta pública. —Miró a Stephen—. Lo siento, señor Townsend. Si el testamento original

hubiera aparecido, sé que es muy probable que usted hubiera sido el beneficiario.

El padre de Meg alzó la vista.

—No lo querría. No quiero hacerme rico a costa del asesinato de mi amigo. Pase lo que pase, aceptaré mi destino.

—¿Eso es todo? —le preguntó Sylvie a Nate, señalando con la cabeza el periódico. Su voz sonaba áspera, como si procediera del fondo de un pozo—. ¿Podemos pasar página? ¿Por favor?

Meg se apartó de Nate y salvó la distancia que la separaba de su hermana.

—Sí —le respondió—. Desde luego que podemos.

❋❋❋

Domingo, 24 de diciembre de 1871

Sylvie no creía que fuera posible sentirse más triste de lo que se sentía en ese momento.

Y era irónico, puesto que compartía la acogedora mesa de los Novak con Meg, su padre, Nate, Frank y Edith. Después del servicio religioso vespertino, Edith les había dado de cenar a todos, antes de meter a Henry y a Tommy en la cama y regresar al salón, que presidía un abeto adornado con palomitas de maíz y arándanos secos.

Estaban repartidos por parejas. Tommy y Henry en su dormitorio. Frank y Edith en un sofá, Meg y Nate en el otro. Sylvie y Stephen estaban sentados en las butacas que flanqueaban la mesita baja. Suponía que así sería a partir de entonces. Siempre había considerado a su hermana y a su padre en pareja, pero ahora que Meg iba a formar parte de la familia de Nate, Sylvie entendía que habría de asumir el papel de cuidadora.

Quería a su padre más que nunca. Pero la realidad era muy distinta del futuro que había soñado para sí.

Tomando un sorbo de sidra caliente, Edith se acurrucó junto a Frank.

—Harriet quería venir. Tenía muchas ganas de conocerte, Meg, y a ti también, Sylvie, pero la docencia no permite grandes dispendios en viajes.

Nate estiró el brazo por detrás de Meg en un gesto posesivo mientras esta le preguntaba qué tal le iba a Harriet en Iowa.

—Supongo que no se sabe nada de Andrew —dijo Nate en un momento en que se había hecho el silencio. Cuando Edith suspiró,

asintió con la cabeza—. Me imaginaba que, si hubieras oído algo, me lo habrías dicho. No todas las historias terminan como nos gustaría.

—Bueno, pero la historia aún no ha terminado. —Meg miró a Nate y luego a Sylvie—. No sabemos qué sucederá en el siguiente capítulo. Dios actúa, y las cosas suceden aun cuando no estén escritas en la página que tenemos delante.

Sylvie entendía lo que Meg trataba de hacer. Llevaba toda la semana dejando caer observaciones, delicadas pero persistentes, de ese mismo tenor esperanzado. «No siempre te vas a sentir como te sientes ahora. Mañana te irá mejor. Encontrarás a alguien más, alguien digno de ti». Pero aquello último sonaba algo vacío, viniendo de una mujer que ya había encontrado a un hombre que la adoraba.

Sylvie se obligó a beber la sidra, aunque no le supiera a nada. No quería que aquella semilla de amargura le arraigase en el corazón. No era culpa de Meg que Jasper… George…

Solo pensar en él le provocaba una punzada en el pecho. Sylvie se apresuró a cerrar la puerta que su imagen le abría en la mente. Así, se giró hacia su padre para ver si, agitado, se daba palmaditas silenciosas en la pierna. No lo hacía. No obstante, un par de cortes en el mentón delataban que le había temblado la mano al afeitarse antes de ir a la iglesia.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó. La herida sanaba a buen ritmo, pero era posible que el esfuerzo de viajar hasta allí, de haber salido de la cabaña por primera vez desde el domingo anterior, lo hubiera fatigado más de lo que admitía—. ¿Está cansado?

Sus ojos grises la examinaron, brillantes por el reflejo de las velas de la corona de Adviento que se interponía entre ellos sobre la mesa.

—¿Y tú?

Estaba exhausta. Pocos días atrás había conseguido dos mantas extra de las damas de la Primera Iglesia Congregacional y las había llevado en secreto a la cárcel donde estaba encerrado George. Qué órgano inconstante, el corazón humano. Sylvie detestaba lo que el joven había hecho, y no había excusa para el asesinato. Pero, sabiendo lo que había sufrido como prisionero en Chicago, no soportaba la idea de que pasara frío. Quería entregarle ella misma las mantas, verlo una última vez. No quería que su último momento juntos fuera aquel en el que lo apuntaba con una pistola y el fuego se extendía hacia ellos.

Pero no quiso verla. Sylvie les había dejado las mantas a los guardianes y había vuelto a casa.

—Estaré bien —respondió, y rezó para que así fuera. Después de todo, habían sucedido milagros mayores. Había sobrevivido al Gran

Incendio de Chicago. Su padre estaba viendo a un médico.

Sylvie levantó la vista hasta el ángel tallado en madera que coronaba el árbol. «No temáis —parecía decir—. Emanuel, Dios, está con nosotros». Sí, Dios estaba con ellos, con Sylvie, incluso en ese momento. Si George Skinner acudía a Dios, también estaría con él. Era lógico, tenía sentido; lo único que tenía que hacer Sylvie era acostumbrar a su corazón a escuchar a su mente. Si George realmente quería cambiar, si quería convertirse en un hombre mejor, Dios lo ayudaría.

No ella.

❋❋❋

Meg observaba a Sylvie y a su padre con preocupación. Ninguno de los dos parecía tener ánimo para celebraciones, y no podía culparlos. No obstante, se alegraba sobremanera de que hubieran decidido acudir a la cena, pues no soportaba la idea de que esa noche se quedasen solos en la cabaña. La Nochebuena anterior la habían pasado con Hiram en su casa. Aquellos recuerdos se desvanecieron de la mente de Meg, reemplazados por acontecimientos más recientes. La exposición había tenido lugar una semana antes. La exposición y la terrible confrontación con George Skinner.

Pero era Navidad. Decidió apartar de la mente lo sucedido la semana anterior y disfrutar del bello momento que tenía ante sí. El hogar de Frank y Edith rebosaba lo más importante: amigos, familia y fe.

Una vez más recordó el sermón del reverendo Collyer justo después del incendio: «Daremos gracias a Dios en cuanto podamos». Esa noche podía hacerlo, así que dio gracias. Los últimos meses no habían transcurrido como hubiera deseado, pero en ese momento era mucho más rica que antes de que lo perdiera casi todo en el fuego.

La lumbre chisporroteaba alegre en la chimenea, caldeando el salón lo suficiente como para que Meg empezara a amodorrarse. Se apoyó en Nate e inspiró su aroma a sándalo, que se mezclaba con el de la sidra y el abeto. Mientras Edith trataba de que Sylvie participara en la conversación, Nate hablaba con su cuñado.

—¿Qué tal se siente uno cuando ya no es reportero? —preguntó Frank mientras se atusaba el bigote con el índice y el pulgar.

Meg se volvió hacia Nate, alarmada.

—¿Qué ha pasado?

El rubor le fue subiendo a Nate por encima del cuello almidonado

de la camisa.

—Iba a contártelo.

—Soy toda oídos —respondió, aunque imaginaba que su sonrisa apenas enmascaraba la confusión. ¿Habría perdido el trabajo? ¿Trataba de no arruinarle la Navidad con una mala noticia? Aunque eso tampoco tenía sentido, después del artículo en primera página del lunes.

—¡Frank! —Edith le dio una palmada en el brazo a su marido—. ¡No tenías que haber dicho nada! ¡Se lo iba a contar cuando fuera el momento oportuno!

Meg soltó una leve carcajada nerviosa.

—No hay momento como el presente.

Nate se puso en pie y le tendió la mano.

—Vamos a dar un paseo. —Luego se volvió hacia Sylvie y a Stephen—. No tardaremos; a la vuelta, si están listos, los acompañaré a casa.

Mientras Meg se ponía en pie, Frank le dio una palmadita en la espalda a su cuñado.

—Lo siento, muchacho. Pensé que se lo habrías dicho —se disculpó. A su espalda, Edith negaba con la cabeza.

Nada de aquello tranquilizó a Meg. Estaba cansada de secretos; era algo que no quería que le volviera a pasar en la vida. Jamás se lo habría esperado de Nate, y menos en ese momento.

En el exterior, la nieve caía como fino polvo blanco en derredor y las bocanadas de su aliento formaban pequeñas nubes de brillantes cristales. Meg se cruzó de brazos.

—Iba a contártelo —comenzó a decir Nate.

—Eso ya me lo has dicho. —Meg lo miró a los ojos—. ¿Has perdido tu trabajo? ¿Lo has perdido por culpa de mi familia, de Hiram y George?

—Podría decirse que sí, pero no te preocupes. Puedo explicártelo. —Para ser un hombre que llevaba años redactando noticias, le estaba costando lo indecible encontrar las palabras.

—¿Que no me preocupe? —La voz se le quedó atrapada en la garganta. En ese momento, lo único que sentía era preocupación.

—Cuando Edith, Harriet y Andrew se marcharon para emprender su propia vida, sentí alivio. Anhelaba la independencia. —Se enderezó el sombrero en la cabeza y, al bajar las manos enguantadas, tenía los dedos llenos de nieve—. No quería volver a cargar con algo así.

—¿No querías? —Meg detuvo sus pasos—. ¿O no quieres?

La nieve se derretía sobre sus anteojos, formando pequeñas gotas

sobre las lentes. Se los quitó y los guardó en el bolsillo. Luego agarró a Meg de los hombros, como si quisiera impedir que la distancia entre ellos aumentara. Ella no se apartó.

—Lo que intento decir es que no pretendía volver a ser responsable de nadie en mucho tiempo, quizá para siempre. Imaginaba que ya había pagado mi deuda, que había criado una familia y no necesitaba otra. Pero tú has hecho que cambie de opinión, Meg. Amarte no es una carga. —Tragó saliva, con los ojos brillantes del frío—. Seguro que ya sabes que te amo.

Un nudo se deshizo en el interior de Meg. Oír esas palabras de labios de Nate colmaba una parte de su ser que había permanecido desatendida y yerma. Su madre le había dicho que la amaba. Antes de la guerra, también se lo había dicho su padre. Pero esto era distinto. Amor por elección, entregado libremente, sin obligación ni deber alguno. Amor a pesar de sus imperfecciones.

Una sonrisa fue abriéndose paso en sus labios.

—Yo también te amo, Nate. Más de lo que puedo expresar con palabras.

El reportero acarició sus brazos hasta tomarle las manos desnudas. Meg apenas tendría que levantar el mentón y podría besar los copos de nieve posados en sus labios. Pero reprimió el impulso.

—¿Y tu trabajo?

—A eso iba. Mi trabajo de reportero no habría bastado para tu sustento. El horario era terrible, al igual que el sueldo. Pero me han ascendido. Hollingbrook me recomendó. Ahora soy el editor de noticias locales.

—¡Vaya, eso es maravilloso! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque quería esperar a tener esto.

Nate la soltó, se quitó los guantes, los dejó caer a sus pies e hincó una rodilla en la nieve. La luz de gas de la farola iluminaba los copos que se arremolinaban a su alrededor. Cuando extrajo una cajita del bolsillo y la abrió, revelando una alianza de oro con una amatista, al corazón de Meg le brotaron alas.

—Te amo, Meg Townsend. Y quiero seguir amándote, si me lo permites, el resto de nuestra vida. Si hay alguna carga, la soportaremos juntos. Quiero volver a formar una familia, mi propia familia, nuestra familia. ¿Quieres casarte conmigo?

Cálidas lágrimas se mezclaron con la nieve sobre el rostro de Meg. En cuanto Nate las vio, volvió a ponerse en pie, preocupado. Ella lo rodeó con los brazos y, con sus besos, alejó toda duda que hubiera podido albergar.

—Sí —susurró, protegida entre sus brazos mientras la tormenta danzaba y giraba a su alrededor—. ¿No te has dado cuenta? Ya te pertenezco.

Epílogo

Chicago, junio de 1872

En el exterior de la nueva Rincón de Libros y Más, Chicago vibraba con el ruido y la actividad de la reconstrucción. En el interior de la librería, sin embargo, Sylvie Townsend se iba reconstruyendo poco a poco. Ese día se movía cómodamente entre los clientes, los estantes y la caja registradora, mientras que Stephen, en la parte trasera, trabajaba en una nueva encuadernación para un viejo libro. Sonrió pensando en su trabajo. Ella tenía la misma encuadernación de siempre: era el interior, su espíritu, lo que había tenido que volver a unirse, puntada a dolorosa puntada. Con la gracia de Dios, había resultado tener una mayor capacidad de adaptación de la que creía.

—Decidido. Quiero este.

Al alzar la vista, Sylvie se encontró con Lucy Marsdale, una de sus clientas más jóvenes, abrazando un libro.

Recorrió rápidamente con la vista el resto de la tienda, donde varios clientes más rebuscaban entre los volúmenes, pero en ese momento no había nadie esperando en el mostrador para pagar.

—¿Qué libro es? —preguntó Sylvie, contenta de compartir el entusiasmo de Lucy.

La joven dio la vuelta al ejemplar para que viese la cubierta.

—He oído que es terriblemente romántico —dijo.

Tenía dieciséis años. El romance era su principal interés. Sylvie ahogó un suspiro al ver que se trataba de *Jane Eyre*.

—A tu edad también era mi favorito.

—¿Ya no le gusta? ¿Por qué no? —Entre los ojos azul claro de Lucy

se formó una leve arruga.

Sylvie se alisó el frente del corpiño lila y se quitó un invisible pelo de gato de uno de los pliegues horizontales de la falda, mientras se tomaba un instante para elegir las palabras.

—Sigo pensando que es una de las mayores obras literarias jamás escritas. No solo tiene romance, sino también profundidad moral. De hecho, me encantaría que charlásemos del libro cuando lo hayas terminado. Pero ¿me dejas que te recomiende otro título más?

Le pidió a Lucy que la siguiera y, rodeando un estante, llegaron al extremo de otro, sus pasos amortiguados por las alfombras dispuestas en los pasillos.

—No te preocupes por *Oliver Twist* —rio, pasando por encima del gato, que tenía el cuerpo estirado para aprovechar un rayo de sol de la tarde.

—Aquí está. *Villette*, también de Charlotte Brontë. —Le tendió un ejemplar a Lucy—. No es tan popular como *Jane Eyre*, pero debería. Además, la heroína se llama igual que tú.

No le dijo a su joven clienta que no había aprendido a apreciarlo, especialmente el final, hasta hacía pocos meses. Pero ahora lo entendía. Entendía que el matrimonio con el primer amor no era la única forma en que una historia podía concluir. Que un trabajo gratificante también conducía a la felicidad.

Lucy tomó la novela y la abrió por el primer capítulo, sonriendo abiertamente al encontrar a una tocaya en el personaje de Lucy Snowe.

—Me lo llevo. Me llevo los dos. Estoy segura de que a la abuela no le importará —dijo, al tiempo que hacía un gesto a la señora Marsdale.

La elegante mujer llegó hasta el mostrador con un frufrú de su falda marrón con polisón. Mientras Sylvie registraba la compra, señaló con un ademán el ventanal delantero.

—El escaparate es delicioso, querida, pero echo de menos ver a su hermana con sus pinturas y su caballete. Cómo disfrutaba viéndola trabajar.

Sylvie también echaba de menos a Meg, y por muchos motivos. Pero aquel rincón se había vuelto demasiado estrecho para la artista en que se había convertido. Algunos de sus retratos de personajes colgaban de las paredes, pero la mayoría de las nuevas estanterías se alzaban hasta el techo.

—Meg ha ampliado sus horizontes. Ahora pinta del natural, señora Marsdale. Pero todavía puede verla trabajar. Claro que primero tendrá

que encontrarla en algún lugar de la ciudad.

La señora Marsdale rio mientras pagaba la compra.

—Creo que, en tal caso, mejor la veré en su próxima exposición. ¡Gracias!

La campanilla de la puerta sonó cuando ella y Lucy salieron, su fortuna incrementada en dos nuevos libros.

Mientras el resto de los clientes continuaba mirando, Sylvie se sentó en un taburete tras el mostrador y fue actualizando el inventario. El negocio iba bien. Era estable. Estaba previsto que se construyera una nueva biblioteca pública, pero no abriría hasta enero, por lo que por el momento no le preocupaba cómo podría afectar a la tienda. Aún tenían que pagar las deudas de la construcción, pero Sylvie estaba convencida de que contaba con los clientes más fieles de la ciudad. También ayudaba la renta que pagaban los inquilinos de la tercera planta, que se habían trasladado al edificio dos meses atrás. Sylvie no estaba preocupada, o al menos no mucho.

Una ráfaga de aire cálido y húmedo penetró en la librería cuando la puerta volvió a abrirse. Algún día, junio volvería a traer la fragancia de las rosas y las lilas: ese año, el viento solo transportaba el olor de los ladrillos calientes y el mortero fresco. Meg entró acompañada de tan industriosa brisa, con los bucles rubios flotando sobre los hombros de su vaporoso vestido de algodón blanco. Dejó caer el caballete plegado que llevaba bajo el brazo y soltó la caja que contenía los lienzos, los pinceles y las pinturas.

—Por fin llega, señora Pierce. No olvide que debe pagar la renta a finales de esta semana —bromeó Sylvie.

—Eres una propietaria muy dura, hermana —rio Meg—. No nos das ni un respiro, ¿eh?

Guardando el material de pintura tras un estante, se acercó al mostrador con las pecosas mejillas coloradas. Sylvie levantó una ceja, divertida.

—Como si te hiciera falta. —Por lo que sabía, el trabajo de Nate en el *Tribune* era estable y Meg estaba tan ocupada con encargos que apenas pisaba ya la librería—. ¿Qué tal ha ido hoy el trabajo?

—De maravilla —respondió, al tiempo que se quitaba el sombrero de paja—. Mi próxima exposición en la galería está prevista para la primera semana de octubre, justo antes del primer aniversario del incendio. Tengo tiempo de sobra para trabajar en una colección de pinturas basadas en la Gran Reconstrucción.

—Estoy segura de que el tiempo pasará rápido.

—Desde luego. —Tornándose seria, Meg dejó el sombrero en el

mostrador y empezó a juguetear con la cinta verde que lo adornaba por encima del ala—. Pero hay algo más. Ya sabes que la mansión de Hiram y todos los bienes que contenía se subastaron la semana pasada.

Sylvie se quedó callada. Recorrió la tienda con la mirada para asegurarse de que no descuidaba a ningún cliente. Un caballero estaba sentado en una silla, leyendo, y otro conversaba con Stephen.

—Tengo entendido que la propiedad se la ha quedado el dueño de un banco nuevo. Supongo que él y su familia ya se habrán trasladado, ¿no?

—Están en ello. Hoy he recibido una carta del caballero. Encontró el retrato que pinté de George Skinner y no tiene intención de quedárselo. Se enteró de que yo era la artista y me ha preguntado si lo quería o si conocía a alguien que lo quisiera.

Sylvie vio el cuadro en su mente.

—No. —La palabra se le escapó como un quejido—. No creo que conozcas a nadie que lo quiera.

—Claro que no. Ni lo habría mencionado, pero como una vez preguntaste por él… —Meg parecía estudiarla.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Semanas. Meses. Una eternidad.

—Sí que lo fue. Lo siento, Sylvie. Por si no te lo había dicho hasta ahora, siento mucho por lo que has tenido que pasar. No todo el mundo se habría recuperado como tú lo has hecho. —Meg estiró los dedos—. Gracias por lo que has hecho con la tienda y con padre.

Sylvie empezó a negar con la cabeza, pero Meg le tocó la muñeca para detenerla.

—Lo digo en serio. Estoy muy agradecida por cómo lo has afrontado todo. Si alguna vez estás más cansada de lo que das a entender o si necesitas desahogar cualquier frustración, espero que vengas a mí. De hecho, ven a mí por el motivo que sea. Que esté casada no quiere decir que no sigamos siendo hermanas.

—Y doy gracias a Dios por ello —respondió Sylvie, apretándole la mano, más conmovida por lo que acababa de decir de lo que era capaz de expresar—. Será un placer; sí, acudiré a ti. —Luego lanzó una rápida mirada a un cliente que esperaba—. Pero, por el momento, ¿podrías preguntarle al nuevo dueño si tiene previsto conservar el retrato de Hiram? Si no es así, sé que a padre le gustaría tenerlo.

Meg se lo prometió y se marchó escaleras arriba.

Al acabar la tarde, Sylvie colgó el cartel de CERRADO y echó la llave, cerrándole la puerta al mundo exterior. Tras acabar la

contabilidad e intercambiar alguna palabra con su padre, subió al apartamento.

Su cuarto volvía a ser suyo. De las ventanas colgaban los visillos de color amarillo y blanco que Anna había cosido para la cabaña, y una colcha confeccionada en los mismos tonos alegres cubría la cama de hierro pintado de blanco. En la mesilla, la fotografía de su padre, enmarcada, reposaba junto al ejemplar sin cubierta de *Mujercitas* que había pertenecido a su madre. Sylvie sonrió cuando las palabras del personaje de Marmee parecieron brotar de entre las páginas: «El trabajo es un bendito solaz». Sí que lo era. Amar su trabajo era una bendición.

Sentada en el borde del colchón, Sylvie se quitó los zapatos y los dejó caer sobre la gruesa alfombra. Su propio rostro, o una versión más joven y sencilla, la miraba desde el lienzo apoyado en la pared de enfrente.

Era especial, pues se trataba del primer retrato que Meg había pintado después del incendio que no fuera de sí misma. Era un hito en la trayectoria de su hermana, una de las primeras metas que demostraban lo lejos que había llegado. Pero era algo más. Para Sylvie, era el retrato de su propia candidez, porque ese era el aspecto que tenía cuando creía que amaba a George.

Parecía feliz. Parecía una ilusa.

Sylvie no quería volver a ser así jamás.

Jasper Davenport, según Nate se había enterado por el ejército, había muerto en el lugar y el momento descritos por su abuela Sarah. George Skinner había sido condenado por asesinato y estaba en prisión, donde pasaría los mejores años de su vida. En su mente, Sylvie lo había puesto en manos de Dios. También confiaría su propia vida a Su santa voluntad.

Se puso en pie y, cubriendo el cuadro con una sábana para protegerlo del polvo que entraba por la ventana, se dirigió a la cocina a fin de preparar una cena para dos.

❋❋❋

Después de cenar con Sylvie, Stephen subió solo a la azotea del edificio. El crepúsculo teñía las nubes que se desplegaban a poca altura, como una bandera en el cielo. No obstante, lo que le preocupaba era la ciudad que había debajo.

Miles y miles de hombres habían llegado del este para la Gran Reconstrucción. Solo Dios sabía quiénes eran, o si todos ellos eran

honrados. A Stephen lo incomodaba la constante agitación de ladrillos, polvo y humanidad. Ninguno de los medicamentos del doctor Gilbert había conseguido curar su inquietud. Al fin y al cabo, había tenido razón en sus sospechas sobre George Skinner.

Stephen se rascó la nuca. Se figuraba que sus rondas nocturnas ya no servían de gran cosa. Había serenos y policía, todos ellos hombres más jóvenes y fuertes que él. Además, el sueño era un preciado regalo al que no estaba dispuesto a renunciar. Así, limitaba sus labores de vigilancia a las últimas horas de la tarde, antes de que oscureciera. Sinceramente, por mucho que le disgustaran las hordas de forasteros que llegaban a la ciudad, había algo satisfactorio en ver cómo esta progresaba día a día. Era milagroso lo rápido que los edificios podían levantarse de las cenizas. El *Tribune* había informado de que cada día se ponían un millón de ladrillos.

Caminó lentamente hasta el otro extremo del edificio, a distancia suficiente de cualquier cornisa. Los vientos de la pradera soplaban a su alrededor, hinchándole la camisa. Una punzada en el muslo le envió una advertencia. Resignado a la debilidad persistente por la herida de bala, se sentó en la silla que Nate le había subido allí semanas atrás. Cerca de ella se agazapaban macetas de cerámica con flores rojas, obra de Meg. Al principio había cuestionado los esfuerzos de su hija por decorar la azotea, pero no le molestaba la presencia de las abejas, mariposas e incluso los pájaros que se sentían atraídos por el lugar e iban a visitarlo.

El vecindario empezaba a tranquilizarse tras otro largo día de trabajo, pero los ecos y las voces se prolongaban. Se les unió el canto de los grillos. Stephen se sacó del bolsillo un panecillo de la cena y lo despedazó antes de esparcir las migajas. Un gorrión que revoloteaba cerca aterrizó en la azotea, mirando a Stephen con la cabeza ladeada antes de empezar a picotear la comida. Mientras Stephen lo contemplaba, llegó otro para unirse al festín. Echaron a volar demasiado pronto. Ya volverían.

Un hondo suspiro hinchó su pecho, provocándole un acceso de tos. Al menos el corazón ya no se le aceleraba tanto como antes, todo gracias a Dios y al doctor Gilbert. No obstante, a veces la mano seguía temblándole. A veces lo dominaban el miedo o la ira. Tenía que recordarse a sí mismo que debía mostrar afecto a sus hijas y a menudo se le olvidaba. A veces volvía a ver a amigos que habían muerto en el campamento militar, en el campo de batalla o en Andersonville, en sueños o despierto.

También veía a Hiram, otra víctima de la guerra. Él era quien más

le preocupaba, porque Stephen podría haber impedido su muerte si se hubiera percatado antes de las intenciones de George Skinner. Pero había recorrido ese camino en su mente tantas veces que los surcos ya eran profundos como trincheras. Y nada de aquello le iba a traer a Hiram de vuelta.

Una lágrima le rodó caliente por la mejilla. Dejó que cayera, al igual que las otras que la sucedieron. Stephen había asumido que seguiría viendo a sus amigos, en sueños o en su mente, y hasta lo prefería, dado que la alternativa era olvidarlos. Los camaradas y su recuerdo no eran algo de lo que curarse. Eran algo que honrar y respetar.

Al menos eso era lo que había dicho su yerno, y Stephen estaba de acuerdo. Había ido al Hogar del Soldado para hablar con otros veteranos, como había sugerido el médico, pero no le había ayudado. Los hombres que vivían allí estaban aún más afectados por el pasado que él, y le resultaba difícil conectar con aquella vida de aislamiento e inactividad. Tampoco ellos habían sobrevivido a Andersonville.

Echaba de menos a los amigos que había tenido.

Pero había estado trabajando con Nate en un proyecto para traerlos de vuelta gracias a la palabra impresa. Por la mañana madrugaba y preparaba café antes de que Sylvie despertara. Después de dar de comer a *Oliver* y pasar un rato leyendo la Biblia, los recuerdos brotaban de su pluma. Era algo extraño. Volcaba en el papel unos años que, hasta que conoció a Nate Pierce, no había querido ni volver a mencionar. Los había mantenido guardados tanto tiempo que dejar salir la presión le había supuesto un alivio inesperado. Sus ideas eran dispersas y desordenadas, pero Nate las organizaba hasta convertirlas en algo coherente, y le hacía preguntas cuando era necesario rellenar huecos. Algún día contaría su historia más allá de lo que las minúsculas columnas de un periódico podían albergar y, al hacerlo, contaría igualmente la historia de sus amigos. Era una noción que lo satisfacía.

Stephen nunca sería el hombre que había sido antes de la guerra. Pero tampoco creía que eso fuera lo que Dios tenía pensado para él.

Arrellanándose en la silla, levantó la vista a lo alto. La gloria del Señor se extendía por el cielo en magníficos tonos púrpura y carmesí, de una belleza que dolía.

¿Era el mundo un lugar terrible? Lo era. Por mucho que mejorase, ¿seguirían algunos síntomas del corazón de soldado martirizándolo hasta el final de sus días? Así lo creía. Pero ¿no seguía habiendo una luz que la oscuridad no podría destruir? ¿Acaso Dios no seguiría

amando a Stephen Townsend y tendría un plan para su bien, y también para el bien de su familia?

Así era.

❋❋❋

En cuanto Meg abrió la puerta que conducía a la azotea, su padre se levantó de la butaca y se giró hacia ella.

—¿Meg? ¿Qué haces aquí arriba? —le preguntó con tono sorprendido, pero no molesto.

Esta esperaba no haber agitado su corazón. Había ganado bastante peso desde su salida del sanatorio, pero aún presentaba un aspecto frágil.

Los grillos cantaban.

—Pensé… Esperaba que usted me dejara pintarlo. —Cuando se apartó del umbral, Nate la siguió con el caballete y el lienzo en la mano—. ¿Le importa?

Stephen parpadeó y se atusó el cabello veteado de gris.

—¿Quieres pintarme? ¿Por qué?

—Hoy lo dibujaré —dijo Meg al tiempo que se le acercaba, con la falda agitada por el viento—. Lo pintaré más tarde. Pero sí, quiero capturar su imagen mientras contempla cual centinela la nueva Chicago.

Su padre pensaría que había perdido la cabeza si usaba la palabra «bello» para describir la escena.

Un año antes, le habría dado la razón. Se hallaban rodeados de edificios en distintos grados de construcción. Las calles eran casi impracticables. Grúas y cabrias arañaban el cielo, listas para izar ladrillos y piedras. Era desordenado, caótico. Peligroso.

Al día siguiente el sindicato enterraría a los trabajadores que habían muerto en nuevos accidentes durante las obras. Los muros levantados a toda prisa seguían derrumbándose. Las cabrias agilizaban el trabajo, pero con demasiada frecuencia dejaban caer la carga. Al día siguiente, un millar de albañiles aparcaría su labor para llevar los ataúdes en procesión hasta sus tumbas. Meg también estaría allí para pintarlo, porque ninguna panorámica de la Gran Reconstrucción estaría completa sin rendir homenaje a aquellos que murieron en el proceso.

Sin embargo, en ese momento veía avance, y no solo en la reconstrucción planta a planta, sino también en su padre, que se había recuperado más de lo que habría creído posible tan solo unos meses

atrás. Stephen ya no patrullaba en la oscuridad con un arma en la mano, sino que contemplaba el mundo a su alrededor sin pánico. Y ella, con las manos marcadas para siempre por el fuego, de alguna manera transmitiría esa maravilla al lienzo.

En algún lugar de su interior resonaron las palabras de su madre: «Hay también belleza en la imperfección. Tú, Señor, usas vasijas rotas. No tienes miedo de las limitaciones humanas ni de sus cicatrices». Tenía razón.

Stephen miró a Nate, que esperaba su respuesta para montar el caballete.

—¿Por qué no? Si crees que contribuirá a tu exposición.

—Lo creo. —Un sentimiento de gratitud, a su padre y a Dios, se abrió paso en el interior de Meg, y no solo por aquella pequeña concesión, sino por los incontables pasos, grandes y pequeños, que habían dado para llegar hasta ese punto—. Gracias.

Nate plantó el caballete y el lienzo en el lugar que ella le había indicado y luego fue junto a Stephen. El cabello castaño se le despeinaba con la brisa.

—Entiendo por qué le gusta tanto subir aquí.

Después de aquello, habló tan bajo que solo Stephen podía oír sus palabras antes de que el viento se las llevara. Fuera lo que fuese lo que decía a su padre, lo tranquilizaba, y eso era lo único importante.

Nate y ella no siempre vivirían en el apartamento por encima de Stephen y Sylvie. Pronto se trasladarían a una casa independiente, con espacio suficiente para criar una familia. Pero, por el momento, la situación les convenía. Meg no tenía deseos de obviar el presente por las expectativas ante el futuro. Si el tiempo fuera algo tangible, sostendría ese instante como una perla entre las manos, valorándolo como lo que era, un tesoro.

Ese era el motivo por el que ahora pintaba. No para escapar a su imaginación y crear una armonía de la que no disfrutaba en la vida, sino para preservar una realidad que jamás debería olvidarse.

Con el carboncillo entre los dedos, ajustó la presión para adaptarse a las líneas que quería dibujar y se puso manos a la obra. Después de más de seis meses de práctica, ya casi no se le caían el carboncillo ni el pincel. Una vez dominada la mecánica de trabajar con el tejido cicatricial, había aprendido a pintar con la mente, no con las manos, tal y como Miguel Ángel había dicho.

Las nubes se iban adelgazando y desgajando, haciendo que el sol las acariciarse por última vez antes de esconder la cabeza ante la noche. Las ventanas refulgían, los ladrillos se tornaban de oro rosa y el acero

centelleaba desde abajo. Los años habían tejido una telaraña de arrugas en las comisuras de los ojos de Stephen, que se hallaba de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla. Con las mangas subidas hasta los codos, Nate estaba lo bastante cerca como para hablar con él, pero no tanto como para bloquearle la vista a Meg. La luz los teñía de dorado antes de disolverse en tonos más suaves y aterciopelados.

Una libélula se posó en lo alto del lienzo, un trémulo toque de amarillo que no tardó en echar a volar. El cielo crepuscular enseguida parpadeó, repleto de minúsculos insectos. La puesta de sol se prolongaba y Meg se deleitaba en ella, dibujando sin parar antes de que terminase la jornada.

Su padre se acercó al lienzo y, contemplándolo, sonrió.

—¿Mañana añadirás los colores?

—En efecto. O más bien empezaré a hacerlo.

—En tal caso, buenas noches —dijo.

No abrió los brazos para abrazarla ni le ofreció la mejilla para un beso filial. Pero abandonó la azotea por sí mismo, antes de que oscureciera, y aquello también era bello.

Nate enlazó los brazos alrededor de la cintura de Meg. Después del día de trabajo que le había descrito durante la cena, habría creído que estaría exhausto, pero la chispa que mostraba su mirada sugería lo contrario. Llevaban casados dos meses y todavía estaba aprendiendo a leer las luces y sombras de sus ojos, la inclinación de sus labios. Cada línea y cada curva de aquel hermoso rostro era un idioma que deseaba dominar. Pero, sobre todo, quería pasar la vida entera estudiando la mente y el corazón de su marido, sin cansarse jamás de hacerlo.

—¿Qué te parece? —le preguntó este—. ¿Estás lista para que también nos recojamos? ¿O prefieres una romántica serenata de mosquitos y servirles de cena?

—Por tentador que suene —se rio—, creo que aquí ya he terminado.

—Casi ——respondió él al tiempo que la envolvía entre sus brazos, en el confort y la seguridad de su presencia, mientras la noche, cada vez más fría, los rodeaba.

Entrelazando los dedos por detrás de su cintura, Meg se apoyó en su pecho y contempló cómo el sol se ponía sobre su ciudad amada. La reconstrucción podría haberse confundido con las ruinas, pues entre las sombras se parecían sobremanera. Pero ella sabía la verdad.

Nate le besó la coronilla.

—Está oscureciendo —susurró.

Pero la luz pronto estaría de vuelta.

Nota de la autora

Aunque la familia Townsend y la familia de Nate Pierce constituyen personajes de ficción, numerosos detalles en esta novela son fieles a la Historia.

El Gran Incendio de Chicago se desató en la granja O'Leary de la calle DeKoven. Otros detalles que esta novela describe sobre la progresión del fuego y la respuesta de bomberos y ciudadanos siguen lo que nos cuenta la Historia. Aquellos lectores que deseen consultar una crónica detallada del incendio la encontrarán en *Chicago and the Great Conflagration*, escrita por Elias Colbert y Everett Chamberlin en 1872, así como en la impresionante página web GreatChicagoFire.org.

Catherine O'Leary y su vaca fueron acusadas de desencadenar el incendio por el reportero Michael Ahern, del *Chicago Republican*, acusación que se fue repitiendo por toda la ciudad. En 1893, Ahern acabó admitiendo que se lo había inventado.

Es imposible dar cifras concretas, pero se calcula que más de trescientas personas perecieron en el incendio. Más de diecisiete mil edificios fueron destruidos, por lo que unas cien mil personas se quedaron sin hogar. Los daños materiales ascendieron a 192 millones de dólares, que equivaldrían a 3.692.307.692 dólares actuales.

El Gran Incendio no fue el único que tuvo lugar en aquel momento. Aquel mismo día (el 8 de octubre de 1871), el incendio de Peshtigo arrasó el noreste de Wisconsin, destruyendo casi cinco mil hectáreas y acabando con la vida de al menos mil doscientas personas. También se produjeron incendios en Holland, Manistee y Port Huron, en el estado de Michigan.

El boletín que Stephen lee con fecha del 9 de octubre de 1871 era el boletín real publicado por el *Chicago Evening Journal*.

Después del incendio, el *Chicago Tribune* publicó anuncios personales para que los damnificados pudieran buscar a sus seres queridos. Los ejemplos empleados en la novela proceden de anuncios reales.

El Consejo de Comisarios de Policía y Bomberos declaró a Catherine O'Leary inocente una vez concluida su investigación en 1871, pero la opinión pública era inamovible. En 1997, el ayuntamiento de Chicago aprobó una resolución en la que exoneraba formalmente a la mujer, y a su vaca, de toda culpa.

El hotel Sherman House se encontraba enfrente de la plaza del Palacio de Justicia, pero tanto Rincón de Libros y Más como la pastelería de los Hoffman son ficticios.

La Sociedad de Ayuda y Socorro de Chicago distribuyó donativos por valor de varios millones de dólares, administró vacunas y proporcionó casas tuteladas (a las que a lo largo de la novela me refiero como cabañas) y barracas para un millar de familias en la División Norte, todas ellas equipadas con los objetos mencionados en el libro. Para saber más sobre cómo la ciudad de Chicago se enfrentó a la magnitud de esta necesidad, véase *Smoldering City: Chicagoans and the Great Fire 1871–1874*, de Karen Sawislak.

Entre los personajes históricos que vivieron en aquella época se encuentran: James Hildreth, quien voló varios edificios para crear un cortafuegos; Joseph Medill, editor de noticias locales del *Chicago Tribune* y que fue elegido alcalde; Bertha Honoré Palmer, filántropa y esposa de Potter Palmer; Philip Sheridan, el general de la Guerra Civil que estableció la ley marcial con sus tropas; Thomas Grosvenor, abogado que fue asesinado de un disparo por el estudiante Theodore Treat al saltarse el toque de queda, y Daniel F. Brandon, fotógrafo de Camp Douglas.

Todas las anécdotas sobre la familia Brontë son reales. Las citas de Charlotte Brontë proceden de *Vida de Charlotte Brontë*, de Elizabeth Gaskell.

Algunos de los detalles sobre la decoración de la mansión de Hiram Sloane, que es ficticia, están inspirados en los detalles del museo Driehaus, que puede visitarse en el número 40 de East Erie, en Chicago.

El vecindario de Hiram Sloane, en los alrededores de la avenida Prairie, existió de verdad. El distrito histórico abarca los edificios de los números 1800 a 1900 de South Prairie.

Camp Douglas fue construido en 1861 como centro de instrucción para las tropas unionistas en la actual área de Bronzeville, en Chicago, y funcionó como campo de prisioneros confederados entre 1863 y 1865. Aunque concebido para seis mil prisioneros, llegó a albergar doce mil. Al finalizar la Guerra Civil, habían pasado por allí veintiséis mil hombres. Más de cuatro mil (el diecisiete por ciento de los reclusos) murieron allí.

La mayoría de los yanquis galvanizados, prisioneros de guerra confederados liberados para alistarse en las filas del ejército de la Unión, procedían de campos de prisioneros en Illinois (Rock Island, Camp Douglas, Alton y Camp Morton); Columbus, en Ohio, y Point Lookout, en Maryland. Fueron licenciados en noviembre de 1866.

Los recuerdos de Stephen Townsend de Andersonville incluyen experiencias que realmente tuvieron lugar, incluido el conflicto entre *raiders* y reguladores. El 29 de junio y el 1 de julio de 1864, con permiso de las autoridades confederadas, los reguladores dieron caza y arrestaron al menos a setenta y cinco *raiders*, que fueron encarcelados fuera del campo. Después de que un tribunal marcial los declarase culpables, los seis *raiders* más notorios fueron ahorcados. Al igual que sucedió en Camp Douglas, Andersonville llegó a duplicar la capacidad prevista. En total, trece mil hombres (el veintiocho por ciento de la población de la prisión), murieron allí.

El manicomio del condado de Cook se hizo famoso por su trato a los internos. De hecho, hasta que la señora Helen S. Shedd lideró un movimiento reformista, el sanatorio no dejó de drogar a los pacientes de manera sistemática.

El expediente que Nate Pierce lee en el despacho del doctor Franklin contiene anécdotas reales e históricas de veteranos con corazón de soldado. Los lectores que deseen obtener más información sobre el corazón de soldado y el síndrome de estrés postraumático en veteranos de la guerra civil estadounidense pueden consultar *Shook Over Hell: Post-Traumatic Stress, Vietnam, and the Civil War*, de Eric T. Dean Jr. Los síntomas de Stephen Townsend en la novela se basan en las experiencias reales detalladas en el libro de Dean.

El concierto benéfico que aparece en la novela es ficticio, pero Turner Hall celebraba actos similares. Los textos de canciones citados proceden de canciones reales, escritas e interpretadas en homenaje al Gran Incendio.

El estilo pictórico francés al que Bertha Palmer se refiere en la novela llegaría a conocerse como impresionismo. A principios de la década de 1870, esta tendencia apenas comenzaba a tomar forma.

La biblioteca mencionada en el epílogo es la Biblioteca Pública de Chicago. Se construyó en 1872 y abrió sus puertas en enero de 1873, en gran medida a partir de la donación de ocho mil volúmenes procedentes de Gran Bretaña y enviados como signo de solidaridad tras el incendio.

La Gran Reconstrucción constituyó un impresionante momento de crecimiento para Chicago, pero se perdieron más vidas durante la reconstrucción que durante el propio incendio.

El nombre de esta serie de novelas, LA SAGA DE LA CIUDAD DE LOS VIENTOS, se debe al sobrenombre que recibe la ciudad de Chicago: la Ciudad de los Vientos. Aunque la procedencia de este sobrenombre no está plenamente confirmada, la mayoría de las fuentes concuerda en que se debe a las jactanciosas afirmaciones, llenas de «aire caliente», que hacían políticos e impulsores de la ciudad, especialmente mientras competían contra otras ciudades por albergar la Feria Mundial de 1893.

Agradecimientos

Como siempre, deseo dar las gracias a las numerosas personas que han intervenido en la creación de esta novela.

A mis editores, Dave Long y Jessica Barnes, por creer que merecía la pena invertir en esta historia y por ayudarme a darle forma y convertirla en algo digno de leerse.

A mi agente, Tim Beals, de Credo Communications, por su continuo respaldo y entusiasmo.

A Kevin Doerksen, propietario de Wild Onion Walks en Chicago, por ofrecerme una visita guiada personalizada cuando fui a la ciudad para investigar, por permanecer después en contacto conmigo y responder a todas mis preguntas de seguimiento, y por leer la novela con antelación en busca de cualquier inexactitud histórica. (En caso de errores a este respecto, la culpa es solo mía). ¡Atención, lectores! La próxima vez que vayáis a Chicago, ¡echadle un vistazo a Wild Onion Walks! Kevin es un guía turístico formidable.

A Lesley Martin, bibliotecaria de referencia del Centro de Investigación del Museo de Historia de Chicago, por proporcionarme los materiales solicitados tanto en persona durante mi visita como durante nuestra correspondencia continuada después.

A Ken Hall, profesor de arte en la Universidad del Norte de Iowa, por pasar horas hablando conmigo sobre técnicas de la pintura al óleo, creatividad y cómo las lesiones por quemaduras podrían afectar a la mente y a los métodos empleados por un artista.

A mi vecino, el doctor Neil McMahon, por emplear sus conocimientos médicos y su experiencia para responder a mis

numerosas preguntas sobre quemaduras y el proceso de recuperación.

Al doctor Dave Beach, director de salud mental de VetGR en Grand Rapids, Michigan, que me brindó todo su conocimiento de haber trabajado con veteranos con traumas de combate mientras yo daba forma al personaje de Stephen Townsend y a su arco espiritual y emocional.

A todas las personas que rezaron por esta historia y por mí mientras la escribía y editaba. Son tantas que no podría nombrarlas a todas. Aprecio a cada una de ellas.

A mi esposo, Rob, y a mis hijos, Elsa y Ethan, por toda la gracia y la paciencia que demostráis ante cada una de las fechas límite asociadas a cada libro.

Por último, lo más importante, gracias, Señor, por ser un Dios que usa vasijas rotas y por no verte limitado por aquello que nos limita a nosotros.

Estimado lector, gracias por dedicarle tu tiempo y energía a esta historia. Que Dios la haya usado para inspirarte de alguna forma y que arroje algo de esperanza al fuego o cenizas que puedas estar experimentando en tu propia vida.

Sigamos en contacto. Puedes encontrarme en www.jocelyngreen.com.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:
https://librosdeseda.com/